MARCELO GONZÁLEZ

Arzobispo de Barcelona

DON ENRIQUE DE OSSÓ

O LA FUERZA DEL SACERDOCIO

Dedicatoria

El original de este libro estaba en manos del Excmo. y Rdmo. Sr. D. Antonio García y García, Arzobispo de Valladolid, en espera del Prólogo que él había prometido escribir como homenaje a don Enrique de Ossó y en señal de atención inmerecida al autor. Su muerte inesperada nos ha privado de esta satisfacción tan notable.
Lleno de gratitud a su memoria santa y como tributo humilde de respeto y de cariño, a él quiero dedicar este trabajo, al realizar el cual, sus consejos fueron más de una vez luz y aliento.

M. G.

FUENTES

El autor, debidamente autorizado, ha podido utilizar para escribir este libro las declaraciones de cuantos fueron llamados a deponer en el Proceso Informativo Ordinario sobre fama de santidad, virtudes y milagros en orden a la Causa de Beatificación del Siervo de Dios Enrique de Ossó y Cervelló.

Asimismo ha examinado toda la documentación relativa al pleito de que se habla en el capítulo XVI.

En cuanto a otras fuentes para el conocimiento de su vida, la más valiosa es la colección de la "Revista de Santa Teresa de Jesús", publicación mensual que don Enrique fundó en 1874 y dirigió hasta enero de 1896, fecha de su muerte.

Son también interesantes los siguientes libros: "Enrique de Ossó y Cervelló, Pbro.", Apuntes biográficos por Juan Bautista Altés y Alabart, Barcelona 1926; "Rosas y Espinas" (vida de la Madre Teresa de Jesús Blanch), por el P. Fray Tomás de San Juan de la Cruz, O. C. D.; "Inmolación" (la Madre Saturnina Jassá y Fontcuberta), por Vicente Tena, presbítero, Zaragoza 1947.

PROPÓSITO DEL AUTOR

Acepté el compromiso con seriedad y con amor. Paréciame, aún sin tener entonces los suficientes elementos de juicio, que no sería tiempo perdido el que dedicase a estudiar y escribir después, la vida de don Enrique de Ossó.

Por eso acepté la invitación y me dispuse a correr el riesgo de acometer una empresa de esta índole, confiado, más que en mis fuerzas, en las que seguramente brotarían de una vida sacerdotal que yo adivinaba llena de interés y de ejemplaridad.

Dificultades múltiples me han impedido dar remate a la tarea hasta ahora en que, por fin, puedo contemplarla con el natural gozo de quien ve logrado algo que anhelaba ardientemente. Tan sincero sería ocultar esta alegría como presuntuoso pretender algo más que referirla.

Este libro no aspira a otra cosa más que a ser el homenaje de un sacerdote de hoy a un sacerdote de ayer. Pasan los años, pasa la vida, y cambian con el tiempo las formas y métodos de lucha en la gran batalla que perpetuamente se libra entre el bien y el mal. Pero hay algo que permanece inalterable como la cumbre solitaria de una montaña nunca hollada por la planta del hombre. Es la fecundidad del sacerdocio católico cuando el que lo encarna está dispuesto a vivirlo en íntima unión con Jesucristo.

Creo que don Enrique de Ossó es un buen ejemplo de esto que digo. Y espero que la misma persuasión se apoderará del ánimo de quien leyere este libro. Cincuenta y siete años han transcurrido desde que el Fundador de la Compañía de Santa Teresa bajó a la tumba. Mas la lección que él nos da no se ha hecho vieja. Sirve exactamente igual para hoy y podrá servir para mañana. Conciencia clara de que el sacerdocio es luz del mundo, trabajo infatigable al servicio de los hombres, vida de unión con Dios sin la cual toda fuerza se desvanece y muere, santidad y perspicacia apostólica: éstos fueron los fundamentos de su acción. Con ellos pueden levantarse espléndidos edificios en todo tiempo y lugar. La consigna también puede ser la misma que él usó constantemente en su vida: Amor a la Iglesia.

Ojalá, salvada la distancia que separa nuestra época de la que don Enrique de Ossó vivió, puedan servir estas páginas para despertar nuevos estímulos de santidad y de trabajo serio en los sacerdotes de nuestro tiempo.

MARCELO GONZÁLEZ

Valladolid, 1953.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ITALIANA

El deseo tan amablemente expresado por la Superiora General de la Compañía de Santa Teresa de Jesús de que escribiera algunas breves palabras presentando la edición italiana de la vida – de la hermosa vida, amplia, bien documentada y profunda – de su Fundador, don Enrique de Ossó, me ha impuesto el agradable deber de ponerme en contacto con la vida, con el alma generosa y vibrante, con las obras, con la Fundación del Siervo de Dios. Figura maravillosa, polifacética, hecha de un solo trazo, del hombre integral, del santo, del apóstol, del organizador, del fundador, del padre de las almas.

Es un exquisito e íntimo consuelo expresar con palabras sencillas y sinceras algunas de las impresiones que la gracia actual – lo es ciertamente – del contacto con don Enrique deja en el alma. Un sentimiento de admiración, hermosas lecciones de auténtica, heroica fidelidad a Dios y a las almas; impulsos de celo ardiente, universal, multiforme, la vida convertida en apostolado y del apostolado en vida; fascinador ejemplo de la necesidad y facilidad, netamente teresianas, de fundir la contemplación con la acción; hondo sentido de una paternidad generosa, fuerte, comprensiva, verdaderamente magnánima de un gran Fundador que, en algunos aspectos, podemos decir con verdad, rompe todos los moldes.

Don Enrique fue ante todo y siempre un hombre en el más completo y más hermoso sentido de la palabra. Desde niño se mostró ya todo un carácter: reflexivo*, con criterios propios, que mantenía respondiendo invariablemente a su madre - ¡santa de verdad! – cuando ella aludía dulcemente a la alegría de poderlo ver sacerdote: "¡No, quiero ser maestro!";* serio, tenaz, *trabajador incansable, sumamente activo,* recto, delicado*, piadoso por naturaleza y por convicción.*

Un día – tenía 5 ó 6 años – estando en compañía de su padre, oye la campanilla que anuncia el paso del Viático. Pregunta de qué se trata. Enterado de que están llevando a Jesús a un enfermo, echa a correr, deja solo a su padre y va a acompañar al Señor. Al primer niño que encuentra le da unas pocas monedas que tiene en el bolsillo, invitándole a ocupar su puesto junto a su padre hasta que él vuelva.

Don Enrique tuvo una naturaleza rica. De cualidades superiores de inteligencia para todos los ramos de la ciencia, se dedicó a la Filosofía, a las Matemáticas, a las Ciencias Naturales, que enseñó y cultivó y que le habrían abierto incluso la enseñanza universitaria de Literatura y de Ciencias Sagradas. Fue profesor, orador brillante, escritor fácil y fecundo, uno de los precursores del apostolado de la pluma; hombre teórico y práctico hasta en los mínimos detalles; quería, veía, hacía, sabía enseñar a hacer y sabía también organizar. Un hombre extraordinario nacido para arrastrar, para dar, para ayudar a todos a alcanzar la meta. ¡Sursum!

Sin duda debió mucho a su padre, pero el sentido profundo de la fe y de la piedad lo recibió de su madre. Como último don, ella moribunda, pero plena de lucidez, obtuvo para su querido hijo la vocación sacerdotal*, y ¡con qué fuerza y plenitud! La vocación llegó a ser para él la estrella, la brújula, el resorte, la fuerza de su vida.*

Con mucha razón el autor de esta "Vida" ha elegido como título: "Don Enrique de Ossó o la fuerza del Sacerdocio". Don Enrique fue un sacerdote según el corazón de Dios. Todo lo sacrificó *al sacerdocio, todo: el dinero, la carrera universitaria, la salud…en una palabra, todo, y con un gesto natural, resuelto, generoso.* Todo lo dio *al sacerdocio. Cuanto era y cuanto tenía. Su sacerdocio, vivido en profundidad, con un agudo sentido práctico, le llevó a ser – según las necesidades –* insigne catequista *y organizador de catecismos y clases de religión en tiempos dificilísimos;* confesor y director *de almas;* fundador *de una serie de asociaciones, semejantes a las actuales de Acción Católica;* organizador *de peregrinaciones regionales y nacionales a Alba, a Montserrat, a Roma, etc.,* promotor, editor, escritor de revistas *oportunísimas en periodos críticos. Don Enrique forma parte de aquella legión de sacerdotes santos que en Tortosa, como don Manuel Domingo y Sol, y en las demás tierras catalanas, como Balmes, Claret, Sardá y Salvany, Palau, y como otros en toda España, afrontaron todas las dificultades, se entregaron a los más diversos apostolados, según las necesidades, que se derivaban también de la ausencia y escasez de clero, y fundaron gran parte de las 60 Congregaciones, especialmente femeninas, que surgieron en la segunda mitad del siglo XIX.*

A las notas generales de la ascética del apostolado profundamente sacerdotal de don Enrique, que hacen vivamente sacerdotales, hasta la médula, su vida y su arrolladora acción, debemos añadir otras más personales y peculiares para trazar fielmente su fisonomía entre los sacerdotes de Cristo. Esas notas son verdaderamente características y predominantes, son los rasos personales de su santidad y de su obra.

La ascética y la santidad de don Enrique, que no solamente imprimen carácter a su apostolado sino que se identifican sustancialmente con él, tienes estas tres características esenciales: su teresianismo ardiente, convencido; la unión íntima, armónica y fecunda entre la contemplación y la acción; el constante equilibrio humano y divino, teórico y práctico de su vida individual y social.

Apenas podemos aludir a estos rasgos atrayentes que hacen del Siervo de Dios un tipo de santidad integral que penetra toda la vida, la purifica, la transforma, la diviniza, pero nada quita a lo que hay de hermoso, de noble, de bueno en la naturaleza, haciendo la santidad y la ascética natural, sencilla, practicable y flexible en la realidad de la vida vivida.

Sería delicioso hablar extensamente del teresianismo *entusiasta y contagioso de don Enrique. Él llega a ser una versión masculina, una edición sacerdotal de la gran* Doctora de Ávila *(como dicen en España). Interesante traducción, fiel e inteligente. El amor apasionado a Jesús, a la Virgen, a San José, la sinceridad luminosa, la generosidad total, la pasión por las almas, la solidez ascética, el equilibrio, la naturalidad, la alegría serena, el perenne buen sentido y tantas cosas grandes y bellas lo hicieron enamorarse de Santa Teresa. Conocía maravillosamente las obras, la vida, las experiencias de la Santa. Supo suscitar y mantener vivo y operante hasta su muerte, por toda clase de medios, un fuerte movimiento teresiano que hizo un bien grande y sólido. Sus hijas continúan fielmente su misión teresiana, especialmente en el importante campo de la enseñanza y de la educación.*

Esencialmente teresiano es el otro rasgo característico de la santidad del Siervo de Dios: la unión íntima, perenne y total entre la contemplación y la acción*. Desde niño demostró ser un contemplativo nato. Todo lo convertía en oración. En él se verificaba – como en tantos otros santos modernos inmersos en la acción, por ejemplo, San Juan Bosco, San Antonio María Claret – la profunda frase de Santa Teresa:* "El recogimiento no es el recogimiento sino el amor al recogimiento"*. Sin este amor es quimera, tiempo perdido, aburrimiento, un replegarse no sano sobre sí mismo; con aquel* amor *nada distrae, se ve a Dios en todo y todo en Dios, Dios en todos y todos en Dios, se tiene la fuerza de atracción divina que arde dentro, se puede así – como él decía – "vivir en el tren", y vivir siempre en Dios, como Santa Teresa, "la andariega", en su carro-monasterio. Decía San Antonio María Claret: "Nunca me encuentro tan recogido como cuando me encuentro rodeado y estrujado por cientos de miles de personas". Y durante el Concilio Vaticano I, mirándolo, decía de él un Prelado del Canadá: "¡Qué modestia encantadora, qué recogimiento suave y profundo! Se diría que Mons. Claret lleva siempre consigo el Santísimo Sacramento".*

A los 14 años, don Enrique, se escapó por primera vez a Montserrat, abandonando el mostrador de la tienda para hacerse ermitaño y cambió sus vestidos con los de un pobre que encontró por la carretera. Pero muchas otras veces en su vida y de muchos otros modos se escapaba de la acción para orar, para contemplar, con los Carmelitas en el Desierto de las Palmas, con los sacerdotes amigos suyos, con sus hijas…Una de estas huidas a la contemplación en el Convento Franciscano de Sancti Spiritus se convirtió en visión. Alma hermosa que vivía de dentro a afuera, que convertía la contemplación con feliz y sencilla facilidad en acción, que transformaba la acción en fuente y estímulo de contemplación para engolfarse en Dios, recogiendo contactos y experiencias divinas para saborearlas.

También el tercer rasgo característico de la santidad y de la ascética del Siervo de Dios tiene perfume teresiano, aunque es muy personal. Como se ha dicho de San Antonio María Claret sobre su actividad apostólica, se puede decir en varios sentidos de don Enrique: que era un santo catalán y catalán tortosino". Uno de los más grandes líricos catalanes, Costa y Llovera, que empleó también dignamente la lengua de Cervantes, decía a los jóvenes en uno de sus maravillosos discursos:

> *Hijos de una raza recta y fuerte,*
> *que ha unido la prudencia con el ímpetu,*
> *no reneguéis de vuestra sangre.*

El Siervo de Dios supo unir a su carácter fuerte su actividad, su arrolladora capacidad de trabajo, su vigorosa ascética y su mística, con el más sereno equilibrio, con un sentido común ("el menos común de los sentidos", dice Balmes), sin eclipses, con la más grande comprensión y moderación. Ninguna dificultad en él al dar el salto – que a veces resulta mortal, aunque sea metafóricamente – de lo abstracto a lo concreto, del concepto al detalle de la vida vivida. A pesar de un teórico, era un catalán práctico y cauto. Ninguna desarmonia en él. También socialmente, aunque apareciese modesto y pobre, era ordenado, amable, sociable.

El apostolado del Siervo de Dios presenta también una serie de caracteres y rasgos que no solamente lo definen, sino que lo hacen típicamente ejemplar y admirable. Relación íntima, completa y continua del apostolado con la perfección, de tal modo que cada acto de perfección se convierte, mejor dicho, es apostolado y el apostolado se hace con tal rectitud de intención, con tal espíritu interior, con tal modestia, con una llama tan viva de caridad, que llega a ser un acto de perfección, y es santo, santificante, santificador y no agota sino alimenta y renueva el apostolado.

Es también notable el apostolado de don Enrique por su sentido de adaptación. Se extendió a todas las formas: catecismo, confesionario, dirección, predicación, diversas organizaciones, apostolado de la pluma, fundaciones de toda clase. Fue incansable en todas estas actividades apostólicas, triunfó en todas, para todas conquistó colaboradores, en todas dejó huellas profundas. A pesar de tratarse de un sacerdote catalán, que no se desligó de su diócesis, su apostolado tuvo insólitas dimensiones nacionales, e incluso, repercusiones internacionales.

Y, finalmente, genuino y peculiar carácter del apostolado del Siervo de Dios fue su santo, fructuosísimo apostolado con las mujeres y por medio de ellas. Justamente se le puede citar como ejemplo altísimo de este no fácil apostolado. Don Enrique creía firmemente en la eficacia santificante y social de todas las diversas formas de apostolado femenino, especialmente el de la educación. "Educar un niño es educar un hombre, educar una mujer es educar toda una familia". Y a sus hijas, las religiosas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, les aseguraba: "Debe ser ésta una de las más fecundas obras, la que ha de dar más excelentes y mayores resultados prácticos en bien de la Iglesia y de la sociedad. Otras buscan las ramas; la Compañía va derechamente al corazón. El corazón de la familia es la mujer: mejorado el corazón, el principio, todo estará sin advertirlo mejorado".

Todos sus generosos esfuerzos, sus ideas geniales, su fuerza de dedicación, de sacrificio, de paternidad, las concentra en este campo, en su *Instituto. Verdaderamente* suyo, *porque lo amó con un amor fuerte, delicado, desinteresado, porque le dio todo cuanto era y tenía, porque supo santamente sufrir por él.*

¡Verdaderamente interesantes la prehistoria y la historia del Instituto! Don Enrique fue un precursor en muchas cosas: pensó en una especie de Instituto secular, se preocupó con corazón magnánimo no solamente de la enseñanza privada, sino también de la oficial. Quiso que sus hijas poseyeran sólida cultura y diplomas apropiados. Para algunas de sus ideas los tiempos estaban madurando, pero con ritmo más lento de lo que don Enrique hubiera deseado.

Dios ha bendecido a la Compañía de Santa Teresa que tiene fama de ser de las más hermosas Instituciones religiosas educadoras femeninas.

Cierro estas líneas con el recuerdo del hermoso prólogo que Fray Luis de León escribió para la primera edición española de las obras de Santa Teresa. Del Siervo de Dios, don Enrique de Ossó, ciertamente queda el tesoro de su maravillosa y bien documentada historia, rica de virtudes y de heroísmos, que los Procesos de Beatificación y Canonización discutirán ponderadamente, y auténticamente confirmarán. Nos quedan, como de la Santa Madre Teresa ponía de relieve Fray Luis de León, los libros llenos de ardiente celo y de doctrina vivida, hecha también leche dulcísimo para los pequeños y para los menos instruidos; nos quedan sus hijas – la Compañía de Santa Teresa de Jesús – en las cuales vive y palpita perennemente su amadísimo Padre.

ARCADIO CARDENAL LARRAONA

PRIMERA PARTE

DESDE SU NACIMIENTO HASTA LA FUNDACIÓN DE LA COMPAÑÍA DE SANTA TERESA (1840 – 1876)

CAPÍTULO PRIMERO

LA SEGUNDA SALIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS

1. Universalidad de la Santa y frutos de su reforma.- 2. La fuerza del espíritu no muere nunca.- 3. La España de 1830 al 60. Desolación y ruinas.- 4. Reacción salvadora. Cataluña y sus hijos gloriosos: Balmes, Claret, Ossó.- 5. Don Enrique, el gran desconocido.

1. Muerta Santa Teresa de Jesús en 1582, los frutos de su Reforma se extendieron por todo el orbe de la tierra. Tan universal como San Ignacio de Loyola, llegó un momento en que no hubo ningún país cristiano en que no se hablase de ella con admiración y, lo que es más importante, con amor. Particularmente en España fue profundamente querida, hasta tal punto que sería empresa poco menos que imposible a las fuerzas humanas calcular las dimensiones que alcanzó en el corazón de los españoles el amor a su persona, a su espíritu y a sus obras.

Había sembrado los caminos de España de una buena nueva fecunda y graciosa y los hombres miraron con embeleso durante mucho tiempo a aquel ángel que, sin dejar la tierra, había pasado por ella cantando como nadie gloria a Dios en las alturas y paz a la buena voluntad. Duró este cántico suyo tanto como su primera salida, es decir: desde 1562, en que fundó el primer convento Reformado, hasta 1582, en que su alma subió al cielo.

Dejóse de oír su voz, pero no murió su influencia. El mundo de la devoción y la cultura tuvo prisa por manifestar lo que de ella sentía y brotaron a raudales elogios subidísimos a la mujer incomparable, nunca jamás interrumpidos. Fray Luis de León se da la mano sobre la curva de los siglos con Menéndez Pelayo y Juan Valera pasando por San Francisco de Sales, Bossuet y tantos otros. Sin embargo, más aún que el ingenio de los hombres preclaros, fue el pueblo, el sencillo pueblo cristiano el que mejor supo honrarla, al correr hacia ella buscando en su espíritu la verdadera vida. Muchos aprendieron en Santa Teresa a amar a Dios y a apetecer para sus ojos cansados la luz esplendorosa de la perfección cristiana. Todo esto fue uno de los frutos de la que yo llamo *su primera salida*.

2. Los hombres que han recibido de Dios una misión destinada a perpetuarse en la tierra no mueren nunca. Su paso por el mundo no es más que una jornada en el camino. Bajan al sepulcro, descansan, y cuando alguien con demasiado apresuramiento pudiera creer que todo se ha reducido a cenizas, se encuentra un día con la gratísima sorpresa de que la tumba se abre y otra vez vuelve a la vida el enviado de Dios. Es su espíritu, que de nuevo se presenta a los hombres porque así lo quiere el Señor de las fuerzas ocultas. La historia está llena de ejemplos de esta índole y se ha hecho célebre la frase, aplicada por vez primera al Cid Campeador, según la cual nunca han faltado caudillos y conquistadores que ganaran batallas después de muertos. En el orden de la renovación de costumbres por la influencia de la doctrina y de la vida, la Iglesia Católica sabe y da gracias al Señor por el hecho de que algunos de sus hijos, dotados de especialísima fecundidad, nunca han desaparecido del todo. Parece como si tuvieran el poder de resucitar en un momento determinado. Santa Teresa también salió un día del sepulcro para hacer su segunda salida. Era necesario que la hiciera.

3. Estamos en el segundo tercio del siglo XIX español. Pronto será inaugurado el ferrocarril en su primera línea de Mataró a Barcelona. Todavía no hay más que caminos fangosos y polvorientos con diligencias y posadas, en las cuales, cuando cae la noche, los arrieros cuentan historias truculentas de bandidos, no tan románticos como los que vendrán después, y evocan los mil y mil recuerdos y leyendas de la pasada guerra contar los franceses. ¡Qué afición hemos tenido los españoles a hablar de “la francesada”! ¿Quién que tenga treinta o cuarenta años no ha oído referir a sus abuelos preciosas y romancescas narraciones, tan llenas de calor íntimo y vital como si Napoleón y sus generales hubiesen sido contemporáneos suyos y vecinos de su pueblo?

Pues, ¿y las guerras carlistas? De sangre, de voces de mando y de caudillos estaban llenos los montes de Cataluña, Navarra y Vascongadas. Las partidas abundan entonces como hoy pululan los turistas. En los hogares y en los templos, en las escuelas y los ayuntamientos, en las plazas, ventorros y caminos soplaban los vientos de la discordia, crecía la división, extinguíase la paz y España entera era como una huérfana sometida a todas las inclemencias, que se consumía en su pobreza, medio desnuda y desgarrada.

La pura y limpia religiosidad de los espíritus no podía subsistir en aquel ambiente de tanta agitación y confusionismo. Familias buenas formaban en uno y otro bando. Católicos ejemplares llenos de rancias virtudes cruzaban entre sí las balas de sus escopetas y fusiles y en los hogares llenos de noble austeridad se veían los venerables tomos del "Año Cristiano", lo mismo en las manos vacilantes de algún viejo liberal que entre los dedos finos y suaves de alguna jovencita que había perdido a su padres luchando a favor de los carlistas.

La alta dirección de los movimientos políticos tenía, es verdad, diverso sentido y trascendencia. Pero la falta de información cumplida, el furor de la lucha a campo abierto, los excesos que inevitablemente se producen en tales circunstancias, los abusos del poder, el ansia violenta e irreprimible de un mayor sosiego en campos y ciudades, rompía en mil fragmentos la necesaria serenidad del pueblo, perpetuamente infante, para caminar con calma y con mesura.

Resultado de todo ello fue que desapareció la unidad en todos los aspectos importantes de la vida y se creó un clima propicio a la germinación y desarrollo de las ideas disolventes que hacía tiempo habían puesto sitio a este rincón de la vieja Europa Cristiana, antes tan sano y tan fecundo.

Una nueva figura desconocida hasta entonces, la del fraile exclaustrado, habíase hecho popular exponente de la situación tristísimo a que se llegó en el orden religioso. Perseguidas de mil maneras las órdenes monásticas, confiscados los bienes de la Iglesia, intermitentes y frecuentemente hostiles las relaciones con la Santa Sede, exacerbados por las guerras intestinas los más crueles sentimientos de odio y animadversión entre ciudad y ciudad y aún de familia a familia, abandonados y sin paz los seminarios, con un carácter como el nuestro tan de por sí propenso a las ardientes y arrebatadas explosiones, fue desapareciendo poco a poco de la vida civil aquel noble sentido de piedad cristiana, profunda e ilustrada, gala exquisita de las generaciones anteriores. Languidecían los estudios eclesiásticos y moría por falta de cultivo la flor de la devoción, que en otro tiempo había crecido alimentada por las aguas riquísimas de nuestros autores místicos y ascéticos.

Progresistas liberales, demócratas y republicanos, y dentro de todos ellos los revolucionarios más audaces del pensamiento o de la espada, abrieron los caminos por donde llegaron hasta nosotros, atravesando fronteras, nuevas insignias políticas y nuevas tendencias filosóficas, literarias y religiosas que tomaron posesión de nuestros hogares, amenazando convertir en ruinas las altas torres, más espirituales que materiales, de nuestros viejos y gloriosos campanarios.

4. La ruina, sin embargo, no llegó a consumarse. Hubo siempre quienes hicieron esfuerzos titánicos en medio de la desolación para sostener el edificio cuarteado.

Cataluña – es de justicia reconocerlo así – se distinguió como pocas regiones españolas en lanzar al combate hijos afortunados que llenaron de gloria a España y a la Iglesia.

En el Seminario de Vich, viejo y sombrío caserón, todas las tardes podían ver los alumnos a un joven profesor de rostro demacrado y ojos ansiosos de luz, que, terminadas sus clases, se encerraba en la Biblioteca horas y horas como un enamorado de la meditación y del silencio. Era *Jaime Balmes* que así se preparaba para el recio batallar de los escasos años que la Providencia quiso concederle. Los ocho últimos de su vida fueron un portento de trabajo fecundo y lleno de clarividencia.

El *P. Claret* – me gusta llamarle así, aún cuando la Iglesia haya puesto ya delante de su nombre la palabra más hermosa del diccionario – recorrió Cataluña entera a pie, *sine baculo neque pera*, descargando sobre las conciencias dormidas o disipadas el trueno de su palabra inflamada que se rompía sobre todas las vertientes como una catarata arrolladora.

Fueron ellos, cada uno con su propia fisonomía y en un orden distinto, los primeros eslabones de una cadena de esfuerzos que ya nunca se interrumpiría, encaminados a frenar los avances de la Revolución y despertar en la conciencia nacional los poderosos estímulos de un espiritualismo que tantos días de gloria nos había dado. Filósofo el primero, misionero y apostólico el segundo, preocupáronse de ilustrar el pensamiento y de mover la voluntad.

Faltaba el hombre que descendiese a la tierra llana y virgen del corazón para golpear allí con amorosa insistencia hasta hacer vibrar los puros afectos del amor y la piedad cristiana en aquel pueblo desorientado y vacilante. Así la obra sería completa y, frente a la revolución triunfante, triunfaría también en el silencio de las almas el germen renovado de una vida cristiana que muchos habían tratado de extirpar.

5. La Providencia quiso depararnos ese hombre extraordinario en *don Enrique de Ossó*, joven catedrático del Seminario de Tortosa. En sus afanes no se limitó a Cataluña, sino que tuvo presente a España entera. Ante lo difícil de su misión tuvo el acierto genial, sin duda inspirado por Dios, de no salir al combate con las armas de su exclusiva y propia personalidad. Miró a España, examinó su historia, contempló a sus Santos, y rápido como una flecha, en el momento de elegir al que de entre ellos fuese más apto para vivificar el espíritu cristiano, se dirigió a Alba de Tormes en busca de una mujer que por su cautivadora simpatía, por su exquisito amor a Dios, por su invencible fuerza de arrastre, levantaría en el seno del pueblo español, como lo había levantado en otro tiempo, oleadas incontenibles de entusiasmo.

Santa Teresa de Jesús obedeció a su llamada y salió del sepulcro.

Esta fue su segunda salida.

Duró tanto como la vida sacerdotal de don Enrique.

Ruego al lector que no se precipite en manifestar su disconformidad con estos juicios que voy emitiendo. La vida de este insigne sacerdote es muy desconocida. Precisamente esta es la tarea que yo me he impuesto: darla a conocer. No si para él están próximos los días de gloria. Lo que si sé, es que se han prolongado mucho tiempo los del oscurecimiento y la penumbra.

Muerto don Enrique, en su sepulcro quedó sólo una flor: la del recuerdo con que sus hijas de la Compañía de Santa Teresa renuevan constantemente su memoria.

España vivió una época muy difícil. Los sacerdotes de mi generación hemos salido al campo de batalla faltos del sosiego necesario para detenernos en aquellos caminos de la tarde, que soñara el poeta, a contemplar los ejemplos de quienes nos precedieron. Nos ha tocado respirar la atmósfera espiritual áspera y angustiada de esta sociedad de la posguerra que agoniza entre carcajadas histéricas, cuando no entre llantos y maldiciones.

En algún momento de descanso, uno mira hacia atrás y se encuentra con que antes que nosotros hubo quienes recorrieron un camino semejante y dieron maravillosas lecciones de vida.

Tal fue don Enrique de Ossó: Predicador, misionero, publicista fecundísimo, pedagogo y catequista, precursor de la Acción Católica y de los modernos apostolados, fundador de una Congregación religiosa y, sobre todo, sacerdote ejemplar adornado con tales virtudes que anonadan al que las contempla de cerca.

Yo podía haber escrito este primer capítulo más bien como un prólogo general a todo lo que después voy a narrar. Pero no. He querido que sea el primer capítulo. Precisamente el primero. Ahora vendrán los demás y empezaré a hablar de quiénes fueron sus padres, cuándo y dónde nació, cómo transcurrió su niñez, etc., etc. Pero me interesaba mucho dedicar el primero a decir lo que he dicho. Lo he titulado así: *La segunda salida de Santa Teresa*. También pude haber escrito estas palabras: *De cómo una noche de octubre de 1840 vino al mundo Enrique de Ossó, nueva encarnación de Santa Teresa de Jesús.*

Y entonces, estábamos ya dentro del más riguroso género biográfico.

CAPÍTULO II

NACIMIENTO. AQUELLOS HERMOSOS AÑOS DE LA INFANCIA

1. Jaime y Micaela, vecinos de Vinebre.- 2. Cuando Cabrera empezó a ser "El Tigre del Maestrazgo".- 3. Una fecha teresiana.- 4. Los abuelos y los nietos.- 5. Una escena que hubiese podido inspirar a Lacordaire.- 6. Me ha tocado en suerte un alma buena.

1. Este es don Jaime de Ossó. Un hombre joven todavía, de cuerpo vigoroso, alma recta, carácter enérgico.

Es propietario suficientemente acaudalado y en su casa se vive bien.

Labra y hace labrar sus fincas.

No le gusta consumir tiempo y energías en aquellas terribles luchas políticas de la época que pasan como un vendaval sobre la superficie de España, talando el bosque de nuestras costumbres y modos de vivir deliciosamente tranquilos. Él ama la paz, el orden y el trabajo.

Buen cristiano, buen español, buen catalán. Cuando no en el campo, es en casa donde se le encuentra. En 1840, lector, la familia donde no había entrado el virus político era un verdadero santuario y como a tal había que darle culto. Sólo faltaba en él la lámpara y a veces también se encendía.

Su esposa, Micaela, era una mujer excepcional. Profundamente creyente, limpia hasta la exageración, instruida, bondadosa, bella y sencilla.

Más delicada que su marido, no sólo por exigencia de su feminidad sino por la hermosura de carácter con que Dios la había enriquecido.

Y mucho más piadosa también.

Porque don Jaime, sin dejar nunca de ser cristiano viejo, tenía muy acentuado eso que suelen llamar sentido práctico, por el cual a veces los hombres miran con demasiado contentamiento las cosas de la tierra.

A doña Micaela, fina y caritativa, atenta y buena, amiga de todos, la querían las gentes de Vinebre porque no había más remedio que quererla. Su marido el primero que, como suele suceder en estos hombres de equilibrada aunque recia contextura, se dejaba vencer con gozosa facilidad por las dulces insinuaciones de aquella mujer encantadora. No había conflictos en el matrimonio. No podía haberlos. Tenían además dos hijos pequeños que eran toda su alegría. Jaime, como su padre, se llamaba el primero. Dolores, la segunda. Vivían donde habían nacido: en Vinebre.

Vinebre es un pueblecito pintoresco de la provincia de Tarragona y diócesis de Tortosa que se levanta a las orillas del Ebro entre olivares y viñedos, un poco presumido de su natural belleza. El Ebro, al pasar por allí, viene cargado con las resonancias de muchas jotas riojanas y aragonesas que ha oído en su camino y corre lento y majestuoso y hasta casi diría un poco triste, porque presiente que el curso de su vida se le va a acabar muy pronto. Siempre generoso, consiente todavía en derramarse con pródiga abundancia sobre toda aquella campiña, gracias a él espléndida y fertilísima.

Tenía el pueblo por esta época unas cuantas calles estrechas y tortuosas, doscientas o trescientas casas, muchas de ellas de dos pisos, 1.400 habitantes, y una hermosa iglesia parroquial dedicada a San Juan Bautista en el misterio de su degollación. En las afueras, hacia el Este, en la sierra de Mores, una ermita en que se daba y se da culto al Arcángel San Miguel.

2. Años de 1830 al 40.

Turbulentos y fatigosos como pocos.

Don Jaime de Ossó y doña Micaela Cervelló han vivido su noviazgo primero, su luna de miel después, y más tarde los instantes llenos de estremecimiento de la paternidad fecunda, entre noticias y episodios múltiples que hasta Vinebre llegaron más de una vez manchando de sangre sus casas limpias y turbando el sosiego de sus moradores. Son los años en que Cabrera, el general carlista, hace retemblar las tierras catalanas al paso de sus brigadas legendarias.

Un día, a las puertas mismas de Tortosa, es fusilada su madre por orden del feroz Nogueras. El caudillo carlista ruge de cólera al saberlo y pronuncia aquellas palabras que salieron de sus labios entre espumas de rabia y de furor:

- Me ahogo, denme agua. No quiero agua…sangre, sangre, es lo que quiero. ¡Temblará el mundo! ¡Desgraciado del que me hable de piedad y compasión…!

Desde aquel instante el antiguo seminarista de Tortosa empieza a ser "El Tigre del Maestrazgo". La lucha en esta parte oriental adquirió un carácter de inaudita ferocidad que tenía consternada a toda la región.

3. Tal era el ambiente en que se había vivido precisamente hasta julio de aquel año de 1840. Y en octubre, sólo dos meses después de terminada la primera guerra carlista, el matrimonio Ossó y Cervelló veía aumentado el número de sus hijos con un nuevo pimpollo que el cielo les concedía.

¿Fue la noche del 15? ¿O más bien la mañana del 16? El dato no deja de ser interesante porque anda por el medio una fecha teresiana.

En la partida bautismal firmada por el presbítero señor Beltrán se dice que el 16. Pero en los apuntes autobiográficos que dejó don Enrique se cuida muy bien de consignar que su madre le decía con frecuencia:

- Fue el día 15, hijo mío, fue el día 15, y no el 16, cuando viste la luz primera.

Yo, ante la duda, prefiero dar fe al documento oficial de la parroquia. Aunque muy bien pudo suceder que aquel día el buen cura no transcribiese los datos en el acto y, más tarde, algún sacristán distraído pusiese una fecha en lugar de otra. Porque la madre de don Enrique tenía muy buena memoria y no veo qué interés podía tener en decir esto a un niño de ocho o diez años.

El hecho es que las estrellas que alumbran los cielos por el aniversario de la fecha en que murió Santa Teresa, alumbraron también la cuna en que nació este niño rollizo y sanote que vino al mundo con una misión teresiana que cumplir.

Suele decirse que cada niño que nace como fruto del amor bendecido por Dios, trae cuando menos un pan bajo el brazo. Aquí no era necesario, porque los panes sobraban en aquella casa. El día del bautizo, algunos se repartieron a los pobres del pueblo. La chiquillería, abundante y bulliciosa, lanzó al aire sus gritos y participó en la fiesta. No sabemos si el señor cura fue invitado a tomar chocolate. Que desde luego le gustaba, es fácil presumirlo.

Era una tarde limpia y serena del otoño.

Doña Micaela, en su propia casa, había rezado con más fervor que nunca.

4. Al recién nacido no le faltaron elogios y cariños desde el primer momento en que vio la luz, por la sencilla razón de que Vivian, todavía derechas y con pocas arrugas, sus dos abuelas y también ambos abuelos. Don Jaime y Doña Mariana Catalá lo fueron por parte de padre. Don José Antonio Cervelló y doña Magdalena Jové, por línea materna. De manera que el niño se llamó así: Enrique Antonio Ossó Cervelló Catalá Jové. Su segundo nombre, Antonio, lo debió al abuelo materno.

Y empezó a crecer en edad…Nada por ahora de sabiduría. De gracia, la del Bautismo, que no es pequeña. Y aprendió a llorar sin que se lo enseñara nadie, porque en esto de llorar todos salimos maestros. Después, a reír. Y a hacer mimos y gracias y pucheritos. Y a decir las primeras balbucientes palabras en lengua catalana. En fin, aprendió todo eso que, a tal edad, sólo saben enseñar las madres y sólo ellas entienden. Me engaño: acaso también lo entiendan los ángeles.

¿Qué hacen, mientras tanto, sus dos hermanos Jaime y Dolores? Dejémoslos. No compliquemos su vida, tanto más interesante cuánto más infantil. Corretean, juegan, comen, van a la iglesia, también a la escuela, entran, salen, vuelven a entrar y vuelven a salir. Es decir: exactamente lo mismo que han hecho y hemos hecho todos los niños cuando éramos eso: niños. Los hay muy traviesos. Yo conozco a uno que, de pequeñito, quiso tirar al río a un hermano suyo para ver cómo nadaba. Creo que Jaime y Dolores no eran así, aunque también en su pueblo había río.

A la caída de la tarde entraban en casa, y, una vez alimentados, su madre les hacía rezar las últimas oraciones del día. El pequeño Enrique también se santiguaba ya y abría mucho los ojos al oír a sus hermanos. Muy pronto les ganaría.

5. Tiene ya 5, 6, 7 años. Por ser el más pequeño de los tres y sin duda también por su bondadosa y amable condición, era el preferido de todos. Particularmente de su abuelo materno, a quien debía el nombre de Antonio.

Era éste un viejo patriarca, con más virtud en el alma que nieve en la frente, que en el ocaso de su vida espléndidamente cristiana solía muchas tardes tomar al niño de la mano e irse con él a pasear en una huerta de su propiedad.

Devotísimo el anciano del Santo de Padua, se entretenía en contar al niño los mil episodios que esmaltan la vida del glorioso taumaturgo. Enrique escuchaba embobado las narraciones del abuelo. Entre flores, plantas y pájaros, por horizonte el cielo azul y el verdor de los campos, oyendo hablar de milagros y de santos, iba labrándose lo que después sería una nota aguda de su carácter: su exquisita sencillez humana y piadosa que de continuo tuvo en tensión las cuerdas de su alma embriagada de amor a Dios y a los hombres.

Don Antonio y Enrique. El abuelo y el nieto. Setenta y más años por un lado y siete poco más o menos por otro. La virtud encanecida y la devoción incipiente. Hablando de Dios entre las flores. O de la Virgen María, que también el buen anciano solía dirigir por las mañanas el rezo del Rosario de la Aurora. Aquel santo abuelo justifica plenamente la frase sublime de Lacordaire: "Después de la mirada de Dios sobre el hombre, no hay nada más bello que la mirada del anciano sobre un niño".

6. Las palabras de don Antonio caían en el alma virginal de Enrique como semillas que sólo Dios puede enviar a la tierra. Más tarde, en unos brevísimos apuntes autobiográficos que por mandato de su confesor escribió don Enrique, estamparía con emoción estas palabras: *Sortitus sum animam bonam…Me ha tocado en suerte un alma buena, buenos padres, madre piadosa y santos abuelos*.

Buen regalo de la Providencia. También Santa Teresa escribió unas páginas conmovedoras sobre los que le dieron el ser.

NOTAS: 1ª *Partida de Bautismo*.- "En la Parroquial Iglesia de la Villa de Vinebre, Obispado de Tortosa, a los diecisiete días de octubre de mil ochocientos cuarenta, yo el infla Cura Párroco de ella bauticé solemnemente como previene el ritual y puse por nombres Enrique Antonio a un niño que nació a las siete de la noche del día anterior, hijo legítimo y natural de los consortes don Jaime de Ossó y doña Micaela Cervelló, naturales y vecinos de ésta.- Abuelos paternos don Jaime Ossó, natural de ésta, y doña Mariana Catalá, natural de Batea, vecinos de ésta. Abuelos maternos don José Antonio Cervelló y doña Magdalena Jové, natural de Ribarroja, vecinos de ésta.- Fueron padrinos don Raimundo Ossó y doña Magdalena Jové, a quienes advertí el parentesco espiritual que han contraído con el bautizado y sus padres, y la obligación que tienen de enseñarle la doctrina la doctrina cristiana en defecto de éstos y lo firmo fecha ut supra.- Lorenzo Beltrán, Rector.

2ª. *Sobre la familia y el pueblo de don Enrique*.- Los descendientes actuales de Jaime el hermano mayor de don Enrique, casado con Teresa Serra Sandiumenge, son: Miguel de Ossó Rius, que vive en San Feliu de Llobregat, y sus hermanas María Teresa y María Rosa, residentes en Barcelona. Constituyen la tercera generación.

De Dolores, la hermana de don Enrique casada con José Berenguer García, descienden actualmente – segunda generación – Josefa Montserrat Berenguer y Miguela Montserrat Berenguer de Cabré, que vive en Tarragona y tiene tres hijos, María Dolores, Francisco y María Josefa. Hoy la población de Vinebre ha disminuido, y en el último censo no llega a 800 habitantes. Sigue siendo la principal la llamada Calle Mayor. Se prolonga esta calle en forma de ángulo, en cuyo lado más corto aparecen el Colegio de la Compañía y la que fue casa de los padres de don Enrique. Esta casa había sido mandada construir por el abuelo de nuestro biografiado para entregársela a su hijo Jaime en el momento de contraer matrimonio, ya que la "casa pairal" de los Ossó, sita hoy en la Plaza del Caudillo, número 5, pasaría al hijo mayor, José, que era el "hereu". Don Jaime, padre de don Enrique, era el segundo de nueve hijos. Dicha "casa pairal" pertenece hoy a don Pascual de Ossó y de Viala, biznieto de José. A la amabilidad de don Ramón de Ossó Fernández, hijo de otro hermano del padre de don Enrique, debemos algunos datos que nos han servido de orientación.

CAPÍTULO III

YO QUIERO SER MAESTRO

1. Los deseos de don Jaime.- 2. Enrique en la escuela.- 3. El alma de la madre: ¡Qué gusto me darías, si fueras sacerdote!- 4. Carácter y cualidades del niño.- 5. El comercio del tío Juan y la campanilla del Viático.

1. Es hora de tomar una decisión sobre el provenir de Enrique. Don Jaime siente sobre sí esa grave responsabilidad paterna que en una hora solemne sienten todos los padres cuando se trata del futuro de sus hijos. Las más florecientes villas y ciudades de Cataluña tenían ya entonces, como tienen hoy, un enorme poder de atracción sobre todos los pueblos de la comarca.

Aquellos comerciantes e industriales, clase especial y adelantada dentro de la clase media que empezaba a formarse, constituían, sobre todo para los campesinos, un ideal de vida ardientemente apetecido.

Don Jaime, que era hombre como sabemos de gran sentido práctico, estimó que lo mejor para sus hijos era dedicarles al comercio. Así saldrían del horizonte limitado de Vinebre y quién sabe si algún día podrían llegar a establecerse en la misma Barcelona. Él tenía amigos allí, como también los tenía en Tarragona y en Reus, y en Tortosa. Con tal propósito hizo que su hijo mayor saliera pronto para la Ciudad Condal en calidad de dependiente de una casa de comercio cuyo principal se llamaba José Serra.

En cuanto a Enrique, un poco le contrariaba el deseo espontáneo y reiteradamente expuesto por el niño de ser maestro. Maestro de escuela. Es todo un poema. El futuro catequista y brillante pedagogo manifestaba ya inconscientemente los rasgos de una vocación irrenunciable. Prueba además de que no le fue mal en sus años de instrucción escolar. Yo no sé de ningún niño que desee con perseverancia ser maestro, cuando las lecciones le entran mal en la cabeza.

2. Efectivamente, Enrique era un muchacho listo y despejado. Vamos a observarle un poco de cerca. Tiene ya diez años. Ha crecido bastante. Mejillas sonrosadas, frente ancha, ojos vivos y negros, blanco el color, piernas nada cortas. Va cuajando en él el temperamento sanguíneo, más tarde estallante de vitalidad y fuerza. Acude a la escuela con regularidad y estudia los dos grados entonces existentes en la enseñanza primaria llamados elemental y superior. Tiene particular afición a la escritura, la aritmética y el dibujo lineal. Hasta la hora de morir conservará - ¡cosa rara en un hombre que escribió tanto! – una letra pulcra y bonita, ni grande ni pequeña, que refleja claramente el carácter ordenado y el autodominio en que tanto se distinguió.

Era sumamente aplicado y estudioso. En los esquemáticos apuntes autobiográficos que, por mandato de su confesor, escribió más tarde, dice él mismo. “Era muy aficionado a cosas de Iglesia, ayudar misa, contar con el coro sobre todo, pues mi buen maestro Francisco Freixas me enseñó de solfeo, y aprendíamos misas y rosarios; en la escuela fui siempre de los primeros, el maestro me quería mucho, no sé que nunca me pegara o me castigase”.

De su rara instrucción a tal edad conservamos algunas pruebas elocuentes. Entre papeles amarillentos donde aparecían los rasgos temblorosos de las primeras letras que aprendió a trazar todavía muy niño, había algunos pliegos de mayor tamaño en donde escribió sus primeras composiciones y trabajos literarios. El vendaval de la revolución de 1936, a su paso por la Casa Madre de San Gervasio, también se llevó estas reliquias casi sagradas. De ellas decía el culto sacerdote don Juan Bautista Altés que llamaban la atención por su facilidad de expresión, su soltura y elegancia. Muy pronto el lector va a tener ocasión de comprobarlo con otras muestras semejantes. Esto, en un niño de once años, catalán, y en Vinebre donde no existían académicos de la Real Española, que sepamos, tiene su importancia.

Entonces ¿qué? ¿Maestro, o comerciante? Ya sabemos lo que quería el niño y lo que pensaba el padre. Nos falta conocer el deseo de la madre.

3. A doña Micaela no la habían asustado los excesos de la revolución. Aquellos curas y frailes asesinados años antes en Madrid y también en Cataluña, porque se decía que habían envenenado las fuentes, aquellos inicuos despojos de que el judío Mendizábal hizo víctima a la Iglesia, las reformas liberales de Martínez de la Rosa y el despotismo ilustrado de Cea Bermúdez, ni por lo que representaban de promesa ni por lo que tuvieron de terror, lograron

extirpar de la conciencia de muchas madres españolas el amor a la vocación sacerdotal de alguno de sus hijos.

No se ha escrito la historia de estas mujeres, manantiales de honestidad y de recato, vergeles floridos de añeja y sustanciosa devoción, enamoradas de la Virgen María, que en el secreto triste o gozoso de su vida nupcial han guardado la más jugosa e íntima palpitación de su alma para ofrecérsela muy a solas a Dios nuestro Señor, con el ruego anhelante de que alguno de los frutos de su vientre fecundo y bendito mereciese la merced de ser consagrado al divino servicio. Algunas veces han sido ellas más sacerdotes que los mismo hijos que ofrecieron al altar. Los han educado, los han sostenido, los protegieron en momentos difíciles y murieron en silencio clavándoles una mirada dulcísimo y temible que era al mismo tiempo mandato y bendición. Sólo Dios sabe lo que España las debe.

Doña Micaela era de éstas:

- "¡Qué gozo me darías, hijo, si fueras sacerdote!", - le decía muchas veces a Enrique, como después recordaría éste con entrañable y vivísima emoción. Y el pequeño contestaba con invariable terquedad.

- *"No vull"*.

- Pues entonces ¿qué quieres ser?

- *"Vull ser mestre"*.

Maestro, y maestro por encima de todo.

4. Y el caso es que el niño ofrecía claras demostraciones de una piedad no común. Le gustaban los juegos, pero también acudía a la iglesia contento y gozoso siempre que se ofrecía ocasiones para ello. Llegó a ser - ¿cómo no? – un excelente monaguillo. Como además sabía algo de música y tenía una bien timbrada voz de tiple, cantaba primorosamente en los oficios litúrgicos.

No sé si levantaría altares y diría misas en casa. Seguramente que sí. Porque ya sabe el lector que en los niños de familias piadosas hay una hora en que invariablemente se levantan altares y se dicen misas. Claro es que después igual pueden ser sacerdotes como inspectores de Hacienda. Pero el hecho es ése y yo no tengo por qué rechazarlo en este caso ni tampoco apresurarme a recogerlo.

Lo incuestionable – y de esto sí que tenemos datos positivos – es que era piadoso y se distinguía por su compostura y devoción. Además, muy obediente. Doña Micaela le ponía siempre por modelo a sus hermanos mayores. A él casi nunca tenía que reñirle por nada, a pesar de que demostraba coraje y una ausencia absoluta de timidez. Y en cuanto a delicadeza y prematuro dominio de sus instintos, bien lo demostró aquel día en que comían en casa unos tíos suyos.

En una mesa aparte estaban, como es natural, los tres niños de la casa juntamente con sus primitos. La sirvienta, más ajetreada que de costumbre, se olvidó de poner el correspondiente plato a Enrique. Y tuvo éste la virtud de callarse hasta casi al final en que, habiéndose levantado a dar una vuelta entre aquellos graves varones la señora de la casa, su mamá, comprobó lo que pasaba y al preguntar por qué no comía, contestó Enrique con candorosa ingenuidad:

- "Me he quedado sin comida porque Dios lo ha permitido".

Doña Micaela se retiró de allí y por sus mejillas rodó una de esas deliciosas lágrimas que tienen siempre dispuestas las madres lo mismo para gozar que para sufrir.

¿Por qué, pues, no había de encaminarle al sacerdocio si el niño era tan bueno y la madre era tan santa? Pero no, maestro y maestro, seguía diciendo Enrique.

Tenemos, pues, más que propósitos, tres intenciones encontradas. ¿Cuál de ellas triunfará? De momento, la del padre: Enrique tiene que hacerse comerciante.

5. Un día de primavera de 1852 cuando Enrique no había aún cumplido los doce años, salió juntamente con su padre en dirección a Quinto de Ebro, en la provincia de Zaragoza. Allí vivía, dedicado al comercio de tejidos, don Juan de Ossó, hermano de don Jaime. No tenía hijos varones. Frecuentemente había pedido a los de Vinebre que le dejaran para vivir con él a alguno de los suyos. Él le educaría y le haría hombre.

Don Jaime, sin acceder del todo a estas pretensiones nacidas del cariño familiar, en parte por complacer a su hermano, en parte también por aprovechar aquella oportunidad nada despreciable, dados su planes para el futuro, dejó al pequeño en sus manos. Allí podría pasar Enrique una larga temporada y, medio en bromas, medio en serio, junto al mostrador del tío se iría acostumbrando al tejemaneje de la vida comercial en pequeño. "Una temporadita en

Quinto…viene bien como aprendizaje…además doy gusto a Juan…el chico se despabila…y luego…porque, claro, en Quinto no hay porvenir…luego, a Reus o a Tarragona…". Así pensaba don Jaime aquella mañana de primavera en que salió de Vinebre.

Doña Micaela se quedó en casa llorando.- "Que seas muy bueno, hijo mío, y te portes bien siempre"…- le había dicho a Enrique dándole unos besos apretados y dulcísimamente sonoros.

"Comerciante… ¿por qué tendrá tanto empeño este Jaime? ¿no habrá visto que Enrique tiene un alma excepcional?...Comerciante… ¿por qué no sacerdote?". Y cuando cerraba la puerta para recogerse en su hogar, un poco más triste ahora, se puso a recordar que una noche, cuando el niño tenía sólo siete años, había entrado en casa don Jaime conmovido por un gesto hermosísimo del chiquillo.

- ¿No sabes lo que ha hecho Enrique hoy? – le dijo.

Se le quedó ella mirando con ojos suaves de esperanza y de cariño.

- Estaba yo en la plaza con él y otros dos chiquillos amigos suyos. De repente oyó la campanilla del Santo Viático y echó a correr para acompañar al Señor Sacramentado. Pero al ver que los otros dos también corrían con él, se detuvo, me miró a mí, algo les dijo al oído, sacó del bolsillo no sé qué…y vi que él siguió corriendo mientras los otros dos se venían conmigo. Les había dado unas monedas para que no me dejasen solo, mientras él iba a acompañar al Sacramento. ¿Has visto, mujer?".

A doña Micaela se le rompió aquella noche un sollozo de ternura en la garganta.

- "Es un ángel – había dicho por lo bajito don Jaime -, es un ángel este crío".

Ahora recordaba esta escena con insistencia. Don Jaime y Enrique se habían perdido ya de vista, en la destartalada diligencia que avanzaba por un camino pedregoso.

Hacia Quinto de Ebro, donde el tío Juan tenía un comercio.

Habrían de recorrer 136 kilómetros.

Una hermosa mañana de primavera.

En lo alto brillaba un sol esplendoroso.

NOTA: La enseñanza primaria en España en esta época era un verdadero desastre. Véase lo que dice LUIS ALONSO FERNÁNDEZ, en su *Historia de la Pedagogía*: "El estado de la enseñanza era lamentable, la organización escolar existía en muy escasa medida, los maestros carecían de suficiente preparación. En estas circunstancias se pensó en redactar un nuevo plan de instrucción primaria, que se dictó en 1838 de evidente mejora sobre los planes anteriores. El Reglamento tuvo valor legal y comprendía once títulos. Se establecía la enseñanza obligatoria y se dividía en pública y privada, subdividiéndose la primera en elemental y superior; la elemental abarcaba principios de religión y moral, lectura, escritura, aritmética y gramática castellana; la superior la formaban geografía e historia, geometría, ciencias naturales y dibujo lineal. También se acordaba la apertura de una escuela elemental en los pueblos de menos de 100 vecinos; de una escuela primaria superior en los pueblos de más de 1.200 vecinos y una Normal Central para el profesorado.

La Ley de 1838 fue completada con el "Reglamento de las escuelas públicas de Instrucción primaria elemental" del mismo año.

Puede calcular el lector el tiempo que transcurriría desde esta época en que se dictan tales disposiciones hasta que en la práctica dieran eficaces resultados. Si el niño Enrique llegó a poseer una instrucción bastante completa, ello se debió a que probablemente la escuela de Vinebre era de carácter particular, como ocurría en muchos pueblos de España, y regentada en aquellos años por un buen maestro.

Puede verse un resumen bastante completo de todo lo relativo a estas cuestiones de enseñanza en el siglo XIX en el libro de PÍO ZABALA, *Historia de España, Edad Contemporánea,* vol. II, p. 193 y ss.

CAPÍTULO IV

COMERCIANTE EN REUS

1. Grave enfermedad en Quinto de Ebro.- 2. La primera Comunión por Viático.- 3. A los pies de la Virgen del Pilar.- 4. De nuevo hacia Vinebre.- 5. Otra vez su vocación.- 6. Reus, patria del General Prim.

1. Si los Canónigos de la Catedral de Zaragoza hubieran sabido quien iba a ser, andando el tiempo, aquel niño de doce años, le hubieran hecho firmar en el libro de visitantes distinguidos.

Enrique entraba un día en el famoso templo para cumplir una promesa hecha a la Virgen del Pilar. En realidad, él no había prometido nada. Era su tío Juan, que le acompañaba, el que había hecho la promesa. Pero ¡cualquiera se quedaba en casa! En cuanto pasó el momento de mayor peligro en que la fiebre tuvo al niño delirante y desvanecido, el buen nombre se acercó a la camita del enfermo para decirle todavía sobresaltado:

- Cuando te cures, iremos a hacer una visita a la Virgen del Pilar. Se lo he prometido.

Iremos. En plural la promesa y en plural la visita. En esto de las promesas que hacen las personas mayores para forzar a la Divinidad a que intervenga a favor de los pequeños, no tienen reparo en incurrir en ese delito que algún necio se atrevería a llamar abuso de libertad. Y hacen bien en no tenerlo. Cuando una madre ve moribundo a su hijo de seis meses, o de cuatro años, o de veinte - ¿qué más da? – se siente tan cerca de él por el dolor, que no es su hijo, es ella misma la que sufre y la que muere, razón por la cual, cuando hace la promesa en nombre del enfermo no tiene que consultar más que a su propia alma angustiada y a su cuerpo estremecido y agonizante como el de la víctima.

Algo de esto le pasó al tío Juan. No estaban allí los padres de Enrique. Vinebre quedaba lejos. Por otra parte, aquella enfermedad del niño se presentaba alarmante. ¿A qué avisarles con el consiguiente susto? Pero de repente la enfermedad dio un brusco giro y se cebó despiadadamente en aquel tierno organismo que, por su estado de crecimiento, se encontraba abierto a las influencias buenas o malas como un capullo a los vientos de abril. En esas circunstancias, ¿qué iba a hacer sino acudir ansiosamente a la Virgen María para suplicarla que interviniera a favor del pequeñuelo? Si le curaba, la prometía ir con él a hacerla una visita en su Templo del Pilar de Zaragoza.

He tratado de averiguar qué clase de enfermedad fue y no lo he logrado. ¿Acaso el cólera? Muy pronto veremos que hizo su aparición en toda la comarca causando terribles estragos.

2. Que fue muy grave, lo prueba el hecho de que su tío juzgó llegado el momento de que recibiera los Santos Sacramentos. Enrique, siguiendo las costumbres de la época que retrasaban mucho el momento de la Primera Comunión, no había recibido todavía a Jesús en su pecho. Pero estaba muy bien preparado porque sabía perfectamente la Doctrina Cristiana y era un niño de hábitos y costumbres sanísimas. Y recibió al Señor. Su Primera Comunión, por Viático. No puede haber más augusta solemnidad para este momento. Parece un símbolo. Como si Dios hubiese querido manifestar de esa manera que aquel niño, en cuyo corazón entraba ahora por primera vez, había de vivir todo el tiempo que permaneciese en la tierra como si constantemente estuviese a las puertas del cielo.

Fueron dos días de una congoja inenarrable. Sin atreverse a llamar a los padres porque las distancias eran largas y suponía lo que iban a sufrir, queriendo por otra parte hacerlo ante la idea de que ocurriese el desenlace fatal, el tío Juan sufrió indeciblemente. Por fin la enfermedad hizo crisis y el peligro se alejó definitivamente. La naturaleza robusta de Enrique había triunfado. Cuando se levantó y otra vez empezó a aparecer junto al despacho de su tío, comunicó éste a la familia de Vinebre los malos ratos que había pasado. Pero nada de ponerse en camino. Porque el niño estaba perfectamente bien.

3. Eso sí, las promesas eran promesas y había que cumplirlas. Transcurrido algún tiempo, Ebro arriba, de camino a Zaragoza, salieron un día el tío y el sobrino. Era ésta la primera vez que Enrique iba a ver de cerca una gran ciudad.

Zaragoza, con calles espaciosas y numerosas estatuas. Las torres de la Pilarica reflejadas en las aguas del río que corre a sus pies, agitadas por el embrujo de la recia y fuerte alegría de Aragón. Rotas y desdentadas las antiguas murallas, porque unos años antes los

ejércitos franceses habían descargado contra ellas su impotencia y su furor. Algo de esto sabía Enrique, aventajado alumno de una escuela primaria en la que el viejo maestro se emocionaba con ardor al explicar a los niños las gestas gloriosas de la Independencia. También por Vinebre habían pasado los franceses. Él había oído contar muchas cosas. Las referían al amor de la lumbre en las largas noches de invierno los amigos de su padre, antiguos combatientes, a uno de los cuales le faltaba una pierna como consecuencia del combate terrible de un día de diciembre de 1810 (1).

Ahora estaban allí. En la misma ciudad de los Sitios. Su tío, tan patriota como buen cristiano, le iba explicando cuanto estaba a sus alcances.

Y entraron en el Templo del Pilar y se postraron ante la columna de la Virgen idolatrada. Lo que pasó por su alma no es fácil saberlo. Enrique tuvo toda la vida una devoción entrañable a la Santísima Virgen María. La Moreneta de Montserrat llegó a ser algo fundamental en sus empresas y completamente indispensable. Niño purísimo ahora y dotado de una sensibilidad espiritual extraordinaria, de seguro que cayó de rodillas ante la Madre de Dios vibrando de ternura y de cariño. Era a ella, la Virgen querida, a la que su madre le había enseñado a rezar en las horas más infantiles de su vida. María le envolvió en una mirada de suavísima y embelesadora complacencia. Muchas veces los mejores capítulos de la historia de la piedad cristiana han sido escritos en silencio por la mano de la Virgen, puesta a guiar los dedos vacilantes de algún niño.

4. Nuestros viajeros salieron pronto de Zaragoza, pero no para detenerse en Quinto, sino para continuar hasta Vinebre. Se habían cruzado ya antes algunas cartas entre don Juan y don Jaime y de común acuerdo tomaron esta decisión. Don Juan estaba encantado de que el niño viviera con él. Pero la amarga experiencia de la enfermedad sufrida y el temor de que, por cualquier circunstancia imprevista, pudieran repetirse escenas semejantes le habían hecho concebir este secreto propósito de devolvérselo a su hermano, aunque ello le costase extraordinariamente.

Era una joya demasiado preciosa aquella criatura y sentía escalofríos de angustia al solo pensamiento de que, por las epidemias de que se hablaba o por cualquier otro motivo, pudiera verse en el trance de perderle.

Por otra parte, don Jaime nunca había pensado en dejar indefinidamente al niño en Quinto de Ebro. Sólo por unos meses. El tiempo suficiente para complacer a su hermano y para que a Enrique, acostumbrado ya a vivir fuera de la casa paterna, no le fuera demasiado violenta la separación de diversa índole a que pronto había de verse sometido.

Así pues, hacia noviembre de 1852 entraba de nuevo Enrique en su casa de Vinebre de donde había salido aquel hermoso día de primavera. Tenía doce años. Su madre le apretó junto a su pecho ansiosa de comérsele a besos. También su hermana Dolores le recibió con la mejor de sus caricias. Jaime, el hermano mayor, ya estaba en Barcelona.

5. Y ahora, ¿qué? A la escuela ya no se le podía enviar porque nada tenía que aprender. Enrique no había abandonado los libros durante su estancia en Quinto. Su buen tío habíase preocupado mucho de que no le faltase este alimento. Libros piadosos unos e instructivos otros. Además había adquirido una maravillosa soltura en la Aritmética como consecuencia de su contacto con el mostrador y el libro de caja. Por la noche, cuando se cerraba el despacho, el sobrino hacía el balance del día con absoluta perfección y aún había llegado a moverse con pleno dominio en el pequeño aunque siempre árido mundo de las facturas, letras, pagarés y demás documentos de la vida de comercio. Enrique – adelantemos ahora esta noticia – fue un excelente Profesor de Matemáticas.

¿Qué iba a aprender él en la escuela de Vinebre? Su madre insinuó una vez más sus deseos con tanta mayor esperanza cuanto que ahora Enrique ya no manifestaba una decidida y apasionada determinación de ser maestro.

Pero don Jaime se mostró irreductible.- De ninguna manera. Aquel muchacho de quien el tío Juan hacía tantos elogios…formal y aplicado…tan experto ya en cuentas y problemas…conocedor de la vara de medir y de las tijeras de cortar… ¡Si tenía abierta una magnífica carrera de comerciante!... ¡Ahí es nada! Cuando se presentara en una buena casa de Tarragona o de Reus en posesión de todos estos conocimientos teóricos y prácticos…En muy poco tiempo podía llegar a la categoría de primer empleado y más tarde - ¿por qué no? – a establecerse por propia cuenta en unión de su hermano. Por algo se encontraba ya éste muy bien situado en una importante casa de Barcelona adquiriendo experiencia y trabando relaciones. Y si era preciso, ¿para qué estaban las fincas que él cultivaba en Vinebre? Con tal

de dejar a la niña las suficientes para su dote si algún día se casaba, vendería las restantes para poder hacer realidad aquellos sueños. Ya se veía él en la opulenta Barcelona, padre afortunado de los ricos propietarios de un próspero comercio.

Por todo lo cual, nada de pensar en hacerse sacerdote. Se presentó en Reus, habló con el señor Ortal, jefe principal de la más importante casa comercial que allí había en el ramo de los tejidos, y convino con él las condiciones en que aceptaría al muchacho. Aquella noche se presentó en Vinebre diciendo a su buenísima esposa. “Desde mañana, a preparar la ropa y atavío necesarios, porque el lunes próximo iré a llevar a Enrique a Reus”.

Doña Micaela obedeció sin rechistar.

6. Reus tenía en esta época más importancia comercial que la misma ciudad de Tarragona. En el siglo XVIII, con más de quinientos telares, había sido la segunda ciudad del Principado Catalán. Estratégicamente situada en uno de los puntos céntricos del llamado Campo de Tarragona, nudo de comunicaciones y siempre en febril actividad, era y es un verdadero emporio en la industria y el comercio. Fuertemente liberal, luchó contra los carlistas y particularmente en la primera guerra les hizo víctimas de atroces represalias por una derrota que a sus manos habían sufrido las milicias urbanas allí constituidas. Siempre extremista en los movimientos políticos, tiene un claro exponente de su carácter en la sangre hirviente y alborotada de uno de sus hijos más esclarecidos: el General Prim, héroe de los Castillejos y de tantas cosas más. Progresistas, republicanos, demócratas y más tarde anarquistas han encontrado siempre ambiente propicio en esta ilustre ciudad, sin que esto quiera decir que se reduce a este aspecto su fisonomía. Hablo9 de una época y señalo una característica. Añado con gusto que nunca han faltado en ella numerosas familias y grupos que se mantuvieron en la vanguardia de las nobles ideas políticas y religiosas. Pero así era por los días en que entra en ella el jovencito Enrique de Ossó para ponerse a las órdenes del señor Ortal, en su casa de comercio. Dejémosle aquí un momento. En los pocos ratos libres que tiene, acostumbra a ir a la iglesia y los domingos a la ermita de la Misericordia. Más de una vez, al pasar por las calles de la ciudad, Enrique se encontraría con un niño pequeñín, con quien, andando los años, habría de tener largas conversaciones. Es el futuro arquitecto de San Gervasio, de fama universal: Gaudí.

Don Jaime ha regresado a casa.

También aquel día doña Micaela había llorado.

NOTA: La fecha en que Enrique pasó a Reus no puede precisarse. Acaso fuera en la primavera del año 1853, después de haberse repuesto totalmente de la enfermedad sufrida en Quinto de Ebro. El comercio donde entró a servir era propiedad de don Pedro Ortal. Era un establecimiento de tejidos. Se llamaba, y creo que se llama actualmente, “Maravilla”.

(1) Precisamente en diciembre de este año fue cuando el francés Suchet conquistó la plaza de Tortosa. ZABALA, vol. I, pág. 79.

CAPÍTULO V

LA MUERTE DE LA MADRE Y LA VOCACIÓN DEL HIJO

1. El cólera de 1854.- 2. Vida de don Enrique en Reus.- 3. Muere doña Micaela: “Miren a mi madre que sube al cielo”.- 4. Terquedad de don Jaime.- 5. Evolución de Enrique.- 6. Santa Teresa de Jesús en Reus.

1. ¿Quién no ha oído hablar de las epidemias coléricas del siglo pasado? Narraciones trepidantes de dramatismo y aspereza que ponen los pelos de punta. Era una época en que la higiene pública estaba muy poco atendida y no digamos nada la privada, en un país como el nuestro, tan refractario, sobre todo en los medios rurales, a todo intento educativo en el orden sanitario. Atravesando fronteras por vía marítima o terrestre, se presentó varias veces la cruel enfermedad asiática cubriendo campos y ciudades con el negro crespón del luto y la miseria. Familias en que sucumbían cuatro, cinco o seis miembros; sepultureros semiborrachos que esperaban fumando y bebiendo – nadie sino tipos de esta catadura quería tal oficio – a la puerta de los hogares en que agonizaban los enfermos; pequeños cementerios de aldea en que se amontonaban los cadáveres sin enterrar o los cuerpos prematuramente cadavéricos que volvían a la vida dando lugar a escenas dantescas dignas del pincel de Solana. Los enfermos fuertemente atacados sufrían horrorosamente sin remedio posible. Espasmos y calambres, evacuaciones continuas y agotadoras, estados álgidos que hacían aparecer a los enfermos como muertos antes de fallecer, fríos, sin pulso, la sangre casi negra y espesa. Propágose la enfermedad hoy en esta ciudad, mañana a aquella, avanzando dominadora y terrible, sin posibilidad de luchar con eficacia contra ella, recorrió casi toda Europa por los años de 1854 al 56 y sólo en España, donde ya había dejado sombríos recuerdos de sus anteriores visitas, causó más de 80.000 víctimas.

2. Enrique hacía en Reus su vida normal de dependiente de comercio. Por la mañana tempranito y por la tarde, hasta bien entrada la noche, junto al mostrador o en las inmediatas dependencias, empaquetando y cortando; en la misma casa donde trabajaba, comía y dormía, como era costumbre general entonces en esta clase de empleados; si ganaba algún dinero – seguramente nada durante el primer año – lo guardaba, hacía alguna limosna y se compraba libros. Nunca le faltó alguna cantidad facilitada por sus padres. Una vida muy semejante a la que algunos años antes hacía otro joven que salió de Sallent con dirección a Barcelona: Antonio María Claret.

En Reus, Enrique recordaba con insistencia los consejos de su madre, se confesaba con frecuencia, como él mismo refiere, en la Capilla de los Dolores, y en los días festivos se entregaba con más intensidad a las prácticas piadosas. Así iba transcurriendo su vida. Costumbres honestísimas, naturalidad absoluta en su carácter, buen cumplidor de sus obligaciones en el comercio, pronto a refrenar, si hubiera hecho aparición, cualquiera de esos apetitos torcidos que en un adolescente de casi catorce años, precoz en su desarrollo, suelen presentarse con frecuencia, sobre todo cuando se vive lejos de la familia y en una ciudad en cuyas calles soplan con fuerza los vientos del Progreso. Progreso con mayúscula. Tal como lo entendían en el siglo XIX. Progreso que no sólo significaba industria, civilización y máquina, sino también libertinaje, conculcación y desenfreno. Enrique se mantuvo maravillosamente sereno.

3. Una noticia inesperada. Hay que ir a Vinebre rápidamente. El cólera se ha presentado en aquel pueblecito del que más tarde diría don Enrique que parecía una blanca paloma posada junto a las orillas del Ebro. La enfermedad ha elegido ya sus víctimas. Cuando el joven entró en casa, su madre estaba casi en la agonía. ¡Precisamente su madre! Ella, la de los besos apretados en las mejillas y las palabras dulces al oído…,la que había sabido resignarse siempre ante las exigencias de don Jaime, doblada por esa cruz de la paciencia que tantas veces llevan las madres de familia… la que no había podido lograr que su hijo fuera encaminado al sacerdocio. Ahora se moría sin remedio. Por lo menos, que pudiese darle su última bendición. Se la dio, y se inició en ella una mejoría que parecía iba a ponerla fuera de peligro. No eran raros estos cambios bruscos en algunos coléricos. Quizá aprovechando uno de estos días más tranquilos volvió a manifestar a Enrique su deseo del alma. No quería llevárselo al otro mundo.

La esperanza de curación duró sólo unos cuantos días. De nuevo el mal la atacó con violencia y cuando el médico entró aquella tarde a verla y observó los síntomas de la característica algidez y frialdad que se acentuaban por momentos, declaró que viviría pocas horas. Allí estaba don Jaime, destrozado de pena y de dolor. También había llegado el hijo mayor de Barcelona. A los dos más pequeños no les permitían acercarse a la habitación de la enferma, por una prudente medida de precaución y temor al contagio. Cuando entraba la noche del día 15 de septiembre de 1854, doña Micaela entregó su alma al Señor.

En el momento en que expiraba, Enrique, que se hallaba en una habitación del piso alto, muy alejada de la alcoba donde la enferma moría, exclamó:

- "Miren a mi madre, que sube al cielo"…

Yo recojo el dato con respeto y sin reservas. Ni credulidad exagerada, ni criticismo impenitente. Lo aseguran personas de su familia, que estaban allí con él. Su tía doña Mariana. ¿Fue aquello un don del cielo?, ¿fue más bien una piadosa espontaneidad explicable por la sensibilidad espiritual del muchacho, excesivamente agitada aquellos días? No lo sé. La vida de don Enrique de Ossó está llena de sorprendentes episodios que parecen reclamar una intervención de fuerzas más que humanas para poder explicarlos. Bien pudo ser éste el primero de la serie.

Lo que desde luego sí que se logró en aquel momento fue la victoria plena y total de doña Micaela. Aquella santa mujer que con tanta reiteración había expuesto en vida sus deseos maternalmente piadosos de que el hijo más querido se consagrase al Sacerdocio, entraba ahora en el mundo de la eternidad cantando un himno lleno de alegría. Yo me acuerdo de una frase divina de Jesús: *Nisi granum frumenti cadens in terris mortuum fuerit*…Tiene que sepultarse la semilla en la tierra y entonces brota la espiga llena de fecundidad y lozanía. Si esto es así, ¡cómo será de espléndidamente fértil una vocación sacerdotal que, para nacer, ha tenido que ser sembrada sobre el cuerpo muerto de una madre santa!...Enrique sería sacerdote.

4. Aunque don Jaime siguiera oponiéndose. Ya nos va resultando un poco terco este buen padre de familia. Pero no le culpéis. Dejadle. Esta terquedad, la heredará su hijo transformada en esa que se llama tenacidad y perseverancia para el bien. No está mal tener padres así, porque de esta manera pueden nacer hijos de una voluntad indomable. Es el Señor quien va preparando los caminos. Sin esta oposición cerrada de don Jaime, no hubiéramos tenido ocasión de comprobar uno de los aspectos más brillantes de la vocación sacerdotal de Enrique: el de la reflexión tranquila y sosegada que sabe tomar decisiones heroicas a los catorce años. Ni nos explicaríamos acaso tampoco, sin esta sangre de su padre que corría por las venas de Enrique, la fuerza invencible de que dio pruebas más tarde en el curso de la vida. Firmeza que, si acompañada de la gracia sobrenatural nos hace postrarnos con admiración ante la santidad que de ella se desprende, en el orden puramente humano, tampoco deja de producir un explicable sentimiento de arrebato y simpatía en todos aquellos que saben amar a los caracteres que pasan por el mundo como representantes de la integridad y abanderados de la fortaleza. Don Enrique fue uno de ellos. Lo heredó de su padre. Su madre, ya sabemos lo que le dejó en testamento: la súplica de que fuera sacerdote.

Así se unieron en él las dos cosas: las disposiciones naturales de su personalidad humana, robusta y armoniosa, y las fuerzas sobrenaturales que sobre él empezaron a descender como una lluvia de oro desde el momento en que surgió en su alma la vocación sacerdotal. Fue aquel mismo día en que murió su madre. No porque sintiese un llamamiento extraordinario, o porque se operase en él una transformación súbita de sus facultades, no. Ya me he apresurado a decir que lo único que ocurrió aquel día fue que un grano de trigo cayó en la tierra y empezó a germinar. Nada más. Esa semilla siguió echando raíces y lentamente apareció el talló, tras el cual vino un día la espiga. ¿Cuándo?

5. A Reus otra vez. Don Jaime se queda triste en la soledad de aquella casa vacía. Sólo está con él su hija Dolores, que cuenta dieciséis o diecisiete años. Hay que hacerse fuerte para que sus hijos no le vean llorar. La vida sólo detiene su curso para el que muere. Los que quedan, tienen que seguir viviéndola.

Enrique vuelve a la ciudad del porvenir, pero por muy pocos días. Sus fejes le encuentran profundamente afectado. Hay en él una gravedad impropia de sus años. No es retraimiento hosco y antipático; es soberanía de gesto, palabras y modales que le tornan más silencioso sin llegar a ser sombrío. Razona como un hombre. No se altera. Es afectuoso y sin embargo parece imperturbable. Obedece y da la impresión de que manda. Su virtud se

transparenta. Parece que algo está creciendo dentro de él. Por otra parte, sale menos con sus amigos que, si nunca fueron malos, por lo menos piensan en cosas del mundo. Un día ha vuelto fuertemente disgustado porque uno de ellos se ha permitido insinuar algo menos conveniente en una conversación que dejaba adivinar procacidades si Enrique no la hubiese cortado a tiempo. Con frecuencia, compra y lee libros piadosos. Un devocionario para los amantes de la Virgen de Montserrat y varios folletos explicativos de su historia y de la veneración que en Cataluña se la profesa.

6. También lee desde hace algún tiempo escritos de Santa Teresa de Jesús. ¿Santa Teresa de Jesús en Reus? ¿Y qué tiene de extraño? Hay conventos de monjas de clausura. También tienen un colegio las Carmelitas de la Enseñanza. Los sacerdotes que alimentan sus almas delicadas conocen bien la fuerza nutritiva de la doctrina de la Santa de Ávila. Uno de los días en que Enrique ha ido a confesarse a la capilla de los Dolores, con más detenimiento y fervor que de costumbre, ha dejado entrever algo de lo que pasa en su alma. El confesor se ha dado cuenta de que aquel jovencito no es un muchacho vulgar. Le ha aconsejado que siga leyendo a la Santa. Porque ya hacía tiempo que Enrique solía entretenerse con una edición de las obras de Santa Teresa, regalo de su tía Mariana. Y se asimila con facilidad algunos de aquellos escritos. Sobre todo los que se refieren a la vida tan preciosa de la extraordinaria mujer. La que, siendo muy pequeña, huyó de su casa porque quería dejarse descabezar por Cristo. La que siendo monja, salió del convento para reformar la Orden…

¿Qué le ocurre a Enrique? Nadie sabe explicárselo. Algo crece dentro de él. Empieza a romper la espiga. Ya está. Tiene que brotar, para que la vean bien, en lo alto de una montaña. A Montserrat, a ofrecérsela a la Virgen. Su madre sonreía dulcemente desde el cielo.

CAPÍTULO VI

LA HUÍDA A MONTSERRAT

1. Una carta interesante.- 2. Análisis de su contenido.- 3. Planes secretos de Enrique. El mendigo de Papiol.- 4. Reacción de la familia.- 5. En la Basílica, orando junto a la Virgen.- 6. Influencia de Santa Teresa en estas determinaciones.

1. Llamo la atención del lector sobre la carta a continuación transcrita. Deseo que forme juicio de ella por sí mismo. Para facilitarle esta tarea le ruego que tenga en cuenta el siguiente interesante dato: el autor de la carta es un muchacho, aprendiz de comerciante, natural de Vinebre y vecino de Reus, que sólo tiene catorce años.

Sr. D. Jaime de Ossó.- Vinebre.

Llegado ha el tiempo de pediros vuestra bendición y marcharme, según lo mandan nuestros Padres. Os causará grave dolor mi ausencia; pero, padre, la gloria y el servicio de Dios lo han motivado; por lo que debéis consolaros y encomendarme a Dios para que me mantenga fiel en su santo servicio, según es mi deseo. No lloréis, ni me busquéis, ni os entristezcáis por haberme separado de vuestro lado, pues pronto nos juntaremos para siempre en el cielo con mi amada madre, para no separarnos más y vivir en compañía de los ángeles y santos de Dios, para alabarle y glorificarle por toda la eternidad. Vuestro dolor se trocará en alegría si pensáis que pronto nos veremos en la gloria. Dejo a vuestro parecer mis bienes, pero es mi voluntad que pague los papeles rubricados de mi mano que se le presentarán hechos por mí mismo y dictados según mi conciencia, y después de haber satisfecho lo que llevan anotado, repartirá mi ropa y todo lo que me pertenece a su voluntad, a todos los pobres de más necesidad, encargándoles me encomienden a Dios, para que siga sus caminos, y no deje de recogerles y hacerles caridad en todo lo que sea posible. Nuestra vida es corta y nada se hace de las riquezas, si no se hace algún bien. Procure encomendar y cuidar de mi hermano; mirad que tenéis que dar cuenta de vuestros hijos, y si sabéis que obran mal y no los corregís, el Señor os castigará. Ya veis cuántos males os afligen en los campos y cuerpos, y de todo es causa el pecado, porque hay pocos que cuidan de su salvación y del fin para que somos creados; sólo piensan los amadores del mundo en amontonar riquezas y cumplir sus malos deseos y no miran que de allí reciben el dolor y el castigo de Dios. Sentiría, amado padre, sin ponderar el dolor, que fueseis de estos carnales, y seguid y practicad los Mandamientos de Dios y viviréis bien mortificándoos en todo, y por estos cortos trabajos recibiremos el imponderable premio de la gloria eterna para siempre. Amén.- Enrique de Ossó.

Despedida

Me marcho; no temáis por mí; Dios será mi protector y mi defensor. La gloria y el servicio de mi Eterno Padre han motivado mi ausencia; adiós. ¡Esperad!

2. Lo primero que causa sorpresa al leer esta carta es la decisión firme e irrevocable que demuestra. No ha habido en él un atolondramiento fugaz y pasajero. Por el contrario, se adivina que ha venido meditando largo tiempo la resolución que ha de tomar. Ha pensado en todo. En algunas donaciones expresas, en el destino que se ha de dar al resto de sus bienes, en el enojo que sentirá su padre.

"Llegado ha el tiempo"…esta frase declara bien que ha transcurrido una temporada de lucha consigo mismo, batallando entre dar satisfacción a sus anhelos y cumplir los deseos de don Jaime. Acaso había mediado alguna carta en que Enrique suplicaba que se le diera el permiso necesario y su padre se mantenía impertérrito en la negativa. En tal hipótesis, el alma noble de Enrique sufriría indeciblemente al ver la perspectiva que se ofrecía ante sus ojos: seguir años y años junto a un mostrador ocupado en negocios puramente materiales, mintiendo alguna vez, exagerando siempre, sin poder dar rienda suelta a las inspiraciones y elevados sentimientos que brotaban en el interior de su espíritu. No podía ser.

"Llegado ha el tiempo de pediros vuestra bendición y marcharme, según lo mandan nuestros Padres", es decir, según es la voluntad de Dios. Respetuoso y delicadamente tierno con el que le dio el ser, le pide su bendición y trata de consolarle del dolor que naturalmente ha de sentir. El consuelo le ha de venir si piensa en los motivos que le han impulsado a proceder de esta manera: la gloria y el servicio de Dios. La vida es muy breve…pasa todo muy pronto…nos veremos en seguida en la gloria en compañía de "mi amada madre". ¿Cómo iba a faltar un recuerdo para ella en esta ocasión?

Y atreviéndose un poco más, se pone a dar consejos a su padre. Que espiritualice su vida, que no tenga gran afán en amontonar riquezas aquí abajo, las cuales no sirven para nada

si con ellas no “se hace algún bien”. Y que cuide mucho de sus hijos, porque habrá de dar cuenta a Dios. En cuanto a los bienes que puedan corresponderle algún día por herencia, no quiere nada…que se los den a los pobres y que éstos le encomienden a Dios. Este será su protector en adelante. No tiene miedo ninguno. Y una última palabra como un grito de esperanza consoladora y fuente de tranquilidad.

Preciosa carta en la que se dibujan con vigoroso relieve los rasgos que han de acompañarle toda la vida: desprendimiento, confianza en Dios, celo por su gloria y por la salvación de las almas, corazón afectuoso, carácter combativo, siempre pronto a las resoluciones heroicas.

3. Cuando esta carta se recibió en Vinebre, Enrique ya no estaba en Reus. Había desaparecido de allí sin que nadie supiera adonde. La ocasión que se le ofreció para realizar su fuga no pudo ser más oportuna. Había muerto un hijo del señor Ortal y, con tal motivo, el comercio se cerró durante dos o tres días. Los dependientes, una vez que acompañaron a la familia en los oficios piadosos y exequias, se vieron libres más que de ordinario. Uno de estos ratos en que nadie reparaba dónde estaría Enrique, salió éste de Reus tan libre de obstáculos que ni siquiera llevaba un hatillo en la mano, en dirección a Montserrat, a ofrecer a la Virgen el nuevo género de vida que había decidido emprender: el de ermitaño. Bien había entrado en su alma aquella frase de Santa Teresa: “Sólo Dios basta”. Vida eremítica, perdido en los riscos de las montañas, haciendo penitencia y oración por los pecados del mundo. No se cuidó de ninguna humana previsión fuera de las que, como hemos visto, aseguraban su desprendimiento de los bienes de la tierra. Renunciar previamente a todo cuanto pudiera poseer para que en lo sucesivo, sin más compañía que una pobreza absoluta, pudiera consagrarse a Dios tal como clamorosamente se lo pedían las voces interiores que en su alma resonaban. Su padre se oponía a que fuera sacerdote. No le daría facilidades para los cuantiosos gastos que exigiría la carrera. Muy bien. Pero había un procedimiento para dar a Dios lo que pedía: darse él mismo. Después, Dios haría lo demás. En cuanto al lugar, ninguno más apto que el de aquellas montañas alejadas del bullicio de los hombres y en las cuales, sin embargo, sentiría las continuas influencias de una compañía ardientemente amada; la de la Virgen Bendita, que haría con él los oficios de madre.

Se fue a pie. Sin dinero. Sin alimentos de ningún género. Pidiendo limosna por el camino. Fueron 110 kilómetros penosos y llenos de fatiga. Durante el recorrido, tuvo lugar un suceso digno de Flos Sanctorum. Se encontró en Papiol con un pobre niño mendigo, aproximadamente de su misma edad y estatura, y, sin vacilaciones, no teniendo otra cosa que darle, cambió con él las ropas que llevaba y se puso los andrajos del desconocido. Así ya era del todo pobre por Cristo.

4. Desconocemos la reacción de don Jaime en el momento en que recibió la carta. Puede adivinarse. Lo que sí sabemos es que su hermano mayor, Jaime, se presentó inmediatamente en Reus para averiguar lo que había pasado. Nadie sabía nada. El muchacho había sido prudente y reservado en extremo y a nadie había dicho una palabra de sus secretas intenciones. Sólo conjeturas podían hacerse. ¿Acaso habría puesto proa a Montserrat? El hallazgo en el fondo de su maleta, allí abandonada de unos libros y folletos que hacían referencia al famosísimo Santuario les indujo a pensar que aquella podía ser la ruta seguida. Y sin más dubitaciones, el hermano se dirigió también, mucho más rápidamente que Enrique, al Monasterio Benedictino. A la caída de la tarde entraba nervioso y agitado en la Basílica, después de haber preguntado infructuosamente a algunos monjes si habían visto por allí a algún niño de estas y estas señas. Nada. Un chiquillo pobre y harapiento, sí – le dijo el Hermano Portero – había pedido limosna, le habían socorrido con un poco de pan, y no habían vuelto a saber nada de él.

5. Jaime se arrodilló, saludó a la Virgen Morena, miró a un lado y a otro, avanzó hacia el altar mayor, y allí, muy cerca, vio a un niño postrado en el pavimento, recogido, en actitud devotísima. ¿Aquel? No; le engañaban sus ojos. Aquel era un muchacho astroso, pálido, macilento…del traje le colgaban pingajos y sucios remiendos…No podía ser. Pero, por otra parte…parecía que…Se acercó un poco más y al hacer un ligero movimiento Enrique, obligado por la proximidad del que hasta él llegaba, le reconoció y no pudo reprimir un grito de emoción y de ternura:

- ¡Enrique!

La escena recuerda un poco aquella del Evangelio en que se nos habla del Niño Jesús perdido y hallado entre los Doctores. Aquí Doctores no había. Pero sí que estaba la Reina de la Sabiduría y con Ella había entablado Enrique un sabroso diálogo de preguntas y respuestas. Ya fuera del sagrado recinto, hablaron con más calma. Suponemos que si Jaime pensaba reñir a su hermano, sus propósitos se desvanecieron. Las circunstancias del caso son de ésas que desarman y dejan desconcertado a cualquiera. Aquello no había sido una chiquillada ni una simpleza. Por añadidura, el estado de depauperación en que el niño se encontraba movía a compasión profunda.

Trató de convencerle y hasta invocó su propia autoridad y la de su padre a quien representaba, para que Enrique desistiera de aquella resolución. Pero, en vano. El pequeño penitente le decía que quería obedecer a Dios antes que a los hombres, sin dejar por esto de profesar el debido acatamiento a los deseos de su padre. Sin embargo, en este caso era Dios el que mandaba y no había opción a la duda: él se quedaría allí para ser ermitaño o religioso, si los Padres le admitían. Conmovido su hermano por aquellos razonamientos en los cuales se veía claramente que había algo más que humano, le dijo conmovido y profundamente sincero:

- "No te apures, todo se arreglará…Ahora ven conmigo a casa y yo te ayudaré a conseguir lo que deseas".

Sólo entonces es cuando Enrique se rindió a las súplicas y juntos emprendieron el camino de Vinebre. Su estancia en Montserrat había durado cinco o seis días. Había hecho una confesión general, había rezado mucho, había seguido viviendo de limosna.

Yo he entrado también una tarde, casi al anochecer, en la gran Basílica. Entonces no sabía nada de esto. De haberlo sabido, me hubiera acercado con veneración a aquel altar de San José (1), junto al cual ocurrieron estas cosas. Los Padres del Monasterio suelen decir hoy a las Religiosas Teresianas que van por allí siguiendo las huellas de su Fundador: Ahí fue. Y ellas se arrodillan con un recogimiento que invita al alma a orar y dar gracias a Dios.

6. Todo esto sucedía en octubre de 1854. Enrique era un niño. Mejor diríamos, un adolescente privilegiado. Tenía por esas fechas una vida espiritual fuertemente desarrollada. ¿A quién se lo debía? La carta que va a continuación, fuera de capítulo, nos lo indica claramente. Porque no se limitó desde Reus a despedirse de su padre. El que había de ser más tarde fecundo publicista, demostró ahora sus aptitudes escribiendo veinticuatro cartas a diferentes sujetos anunciándoles su retirada del mundo y exhortándoles a que se entregasen al ejercicio de la virtud. Lo dice él mismo en una de las dos que, por otra parte, escribió a sus tías María y doña Mariana, las cuales vivían en compañía de su hermano José, abogado. La que escribe a doña María está llena de pensamientos y máximas de Santa Teresa, lo cual prueba que, a estas fechas, Enrique se había acostumbrado a leer y meditar la parte más accesible de la doctrina de la Santa de Ávila. Y es que hacía ya bastante tiempo, doña Mariana le había regalado – cosa nada extraña tratándose de un niño tan piadoso y de tan despierta inteligencia – un tomito que contenía parte de las obras de la Santa, y que ella misma confesaba no entender. Algunas personas piadosas de entonces leían a Santa Teresa y la tenían como maestra de su vida espiritual. Enrique recogió con avidez las enseñanzas de aquellos escritos maravillosos y cayó prisionero de los dulces encantos que en ellos se encierran.

De Santa Teresa aprendió a despreciar el mundo, a amar a Dios, e incluso a huir a Montserrat. Él razonaba así: si ésta, que fue una santa, salió un día de casa sin pedir permiso a su padre para dejarse matar por amor a Cristo, ¿por qué no puedo hacer yo lo mismo, no ya para ir a la muerte sino al menos para vivir en el destierro por amor a Jesucristo también?

Y como lo pensó, lo realizó. Y se fue a Montserrat. Tenía ya una voluntad de acero junto a aquel corazón, hermoso como las flores.

NOTAS: 1ª. *Santa Teresa a la vista*.- Fuera de capítulo, para no cansar al lector, y, únicamente a título de confirmación y prueba de lo que he dicho sobre la influencia de Santa Teresa, ya en esta época de su vida, transcribo aquí la carta dirigida a su tía doña María. Dice así:

En el nombre del Señor nuestro Dios y su Madre la Virgen Santísima, a quien pido sea nuestra abogada en la hora de la muerte, salud, gracia y bendición a todos los siervos del Señor.

Mi digna y respetada tía: Uno de mis deberes es el participaros la marcha que he emprendido en el camino del Señor, asistido de su gracia, para apartarme de las vanidades y engaños que trae el mundo, que nos tienta continuamente para hacernos perder la gracia de Dios. Por el bien que le deseo, he querido ponerle algunas saludables máximas para su eterna felicidad. No penséis que venga a reprenderos si os halláis fuera del camino de la virtud (aunque no lo creo), sino para que volváis a ella, y pedid auxilio a vuestra Madre amorosa; porque nunca iréis mal. Amad a Dios de todo corazón y por Él dad vuestra alma, y amad a vuestro prójimo y cumpliréis con la ley de Dios. Oíd y poned por obra las

palabras de Dios, las santas inspiraciones, los santos consejos, y seréis sabios y santos. Lo que no queráis para vosotros no lo hagáis ni lo tratéis con nadie; juzgad vuestros corazones por el ajeno; sed amigos de los pobres y tenedles mucha lástima; doleos de sus trabajos, y desead el remediarlos. La avaricia en los ricos no es más que una pobreza miserable. No deseéis saber ni preguntar faltas de vuestros prójimos, que muchas tiene cada uno en sí y sólo Dios es el que las ha de juzgar. Cada uno viva contento con lo que Dios le ha puesto, porque así es su voluntad, y guarde religión, que siendo así, tiene bien en qué merecer. No reprendáis a nadie sino con discreción y humildad y con una confesión secreta de vuestros propios defectos. Mezclad siempre algo de espiritual y edificante en las conversaciones en que toméis parte, a fin de evitar así las palabras inútiles y cualesquiera contestaciones desagradables. Estad siempre animados de un vivo deseo de sufrir por Jesucristo en todas las cosas y en cuantas ocasiones pueden presentarse. Desapegad vuestro corazón de todas las cosas mundanas, buscad a Dios y le hallareis; conservad cuidadosamente en vuestro corazón aquellos sentimientos decorosos que os vienen de Dios. Poned en práctica todos los buenos deseos que os inspira en la oración. En los días consagrados a las fiestas de los Santos considerad cuáles han sido sus virtudes, y rogad al Señor que os las dé. Cuidad muchísimo de hacer el examen de conciencia todas las noches, porque no sabemos si llegaremos a la mañana con seguridad. Acordaos que no tenéis sino un alma, que sólo moriréis una vez, que no tenéis sino una vida, cuya duración es corta, y que no hay más que una gloria cuya duración es eterna. Este pensamiento os desaficionará de muchas cosas. Que vuestro deseo sea sólo de ver a Dios, vuestro temor de perderle, vuestro dolor de no poseerle aún, vuestra alegría de todo lo que pueda acercaros a Él, y vosotros viviréis en un grande reposo. Procuremos, pues, hermanos míos, el vencer nuestras desordenadas pasiones y deseos, y la enmienda en gracia de Dios. Esto sólo os pido para calmar mi reposo cuando me hallo separado de vosotras, para que después de este destierro nos veamos juntos en el cielo, para adorar al Padre, glorificar al Hijo y gozar del Espíritu Santo y toda la corte celestial con nuestra Santísima Virgen Madre María, Reina de los cielos y tierra para siempre. Amén.- Enrique de Ossó.

A doña María de Ossó, mi tía. 5 de septiembre, miércoles.

Véase ahora el paralelismo entre las frases de Enrique y las máximas de la Santa:

(Dice la carta)	(Dice Santa Teresa)
Oíd y poned por obra las palabras de Dios, las santas inspiraciones, los santos consejos, y seréis sabios y santos.	Guarde mucho los sentimientos que el Señor le comunicare, y ponga por obra los deseos que en la oración le diere. (Avisos, 32)
No deseéis saber ni preguntar faltas de vuestros prójimos, que muchas tiene cada uno en sí y sólo Dios es el que las ha de juzgar.	No pienses faltas ajenas sino las virtudes y tus propias faltas. (Avisos, 82)
No reprendáis a nadie sino con discreción y humildad y con una confesión secreta de vuestros propios defectos.	Nunca siendo superior reprenda a nadie con ira, sino cuando sea pasada, y así aprovechará la reprensión. (Avisos, 59)
Mezclad siempre algo de espiritual y edificante en las conversaciones en que toméis parte, a fin de evitar así las palabras inútiles y cualesquiera contestaciones desagradables.	En todas las pláticas y conversaciones siempre mezcle algunas cosas espirituales y con esto se evitarán palabras ociosas y murmuraciones. (Avisos, 14)
Estad siempre animados de un vivo deseo de sufrir por Jesucristo en todas las cosas y en cuantas ocasiones puedan presentarse.	Andad siempre con grandes deseos de padecer por Cristo en cada cosa y ocasión. (Avisos, 29)

Desapegad vuestro corazón de todas las cosas mundanas, buscad a Dios y le hallareis.	Despegue el corazón de todas las cosas y busque y hallará a Dios.
	(Avisos, 36)
En los días consagrados a las fiestas de Santos considerad cuáles han sido sus virtudes y rogad al Señor que os las dé.	En las fiestas de los santos piense sus virtudes, y pida al Señor se las dé.
	(Avisos, 56)
Cuidad muchísimo de hacer el examen de conciencia todas las noches, porque no sabemos si llegaremos a la mañana con seguridad.	Con el examen de cada noche tenga gran cuidado.
	(Avisos, 57)
Acordaos de que no tenéis sino un alma, que sólo moriréis una vez, que no tenéis sino una vida, cuya duración es corta, y que no hay más que una gloria, cuya duración es eterna. Este pensamiento os desaficionará de muchas cosas.	Acuérdate que no tienes más de un alma, ni has de morir más de una vez, ni tienes más de una vida breve, y una, que es particular, ni hay más de una gloria, y ésta eterna, y darás de mano a muchas cosas.
	(Avisos, 68)
Que vuestro deseo sea sólo de ver a Dios, vuestro temor de perderle, vuestro dolor de no poseerle aún, vuestra alegría de todo lo que pueda acercaros a Él, y vosotros viviréis en un grande reposo.	Tu deseo sea de ver a Dios; tu temor, si le has de perder; tu dolor, que no le gozas; tu gozo de lo que te puede llevar allá, y vivirás con gran paz.
	(Avisos, 69)

La fecha de esta carta, 5 de septiembre, miércoles, ha dado lugar a evidentes confusiones cuando se trata de precisar la cronología exacta de estos primeros hechos de la vida de don Enrique. Creo que la explicación es la siguiente:

La madre de Enrique murió – según la partida de defunción de la parroquia de Vinebre – el 15 de septiembre de 1854. Sabemos que la determinación de ir al seminario le nace después de muerta doña Micaela. Y el mismo don Enrique dejó escrito que empezó sus estudios en el 54, como así afirman también Altés y algunas Madres de las más antiguas, que se lo oirían a él muchas veces. Entonces, ¿por qué esta fecha 5 de septiembre? 1º. En esta carta no hay ninguna referencia explícita a su propósito de huir y cambiar de vida en lo externo. No hay más que una clara manifestación del progreso de su vida interior. Muy bien pudo haberla escrito en Vinebre, durante aquellos días que tan largos se le hacían, de la enfermedad de su madre, o bien porque su tía viviera fuera del pueblo, o bien porque, aunque viviese allí, le pareció mejor decir todas aquellas cosas por escrito y no de palabra.- 2º. Si se prefiere entender que esta carta es una de las veinticuatro que envió como despedida (así ALTÉS, pág. 19), no hay inconveniente en suponer que efectivamente la escribió en Vinebre a donde había sido llamado por la enfermedad de la madre. Enrique venía ya de Reus con el ánimo muy inclinado a la vida piadosa. Golpeado su corazón por los deseos nuevamente manifestados de su madre, bien pudo concebir un propósito que todavía no formulaba claro: huir del mundo. El cómo y dónde ya se vería. En esta hipótesis, escrita la carta en Vinebre y no entregada, con ella se marchó a Reus otra vez. Desde allí la enviaría, juntamente con las demás, de abierta despedida, cuando se decidió a huir a Montserrat y no se dio cuenta de cambiar de fecha.- 3º. Hay todavía una tercera explicación posible. Enrique, antes de morir su madre, sentía ya vagos deseos de dejar el mundo a los que daba vueltas dentro de sí mismo desde hacía tiempo, ya en Reus. Y va escribiendo poco a poco, unas en Reus y otras en Vinebre, ese manojo de veinticuatro cartas a que él mismo se refiere. Ya las enviaría en el momento oportuno. Y las envió a sus destinatarios cuando, de nuevo en Reus, se decidió a huir a Montserrat. A Montserrat huyó con ánimo sencillamente de ser ermitaño, porque hacía tiempo que estaba desengañado del mundo. Ya en la Santa Montaña su decisión se transformó, conforme a los deseos de la madre, en el propósito último y definitivo de ser sacerdote. Esta última explicación parece deducirse de lo que él escribió más tarde en el folleto "Tres florecillas a la Virgen de Montserrat". Cfr. ALTÉS, página 19.

Otra dificultad surge al comprobar que en 1854 el 5 de septiembre no fue miércoles, sino martes. Atribuyámoslo – no hay en ello ningún inconveniente – a un pequeño lapsus que sufrió el fatigado autor de nada menos que veinticuatro cartas. Dos datos por lo menos son ciertos: 1º, que éstas fueron escritas antes de ir al seminario; 2º, que empezó sus estudios en el 54 como él mismo dice: "El año 54 empecé

gramática en Tortosa en casa del Dómine Prades, y pupilo en casa de mosén Ramón Alabart, sacerdote celoso y amigo de la familia". (Apuntes autobiográficos)

2ª. Detalles de su huida a Montserrat.- a) Debió de tener lugar esta huida a principios del mes de octubre. En su autobiografía escribió después, refiriéndose a su madre: "Estuve presente a su muerte santa, y lloré mucho, porque mucho sentí verme privado de ella. Mas a esto que parece desgracia debo tal vez mi dicha y mi suerte, porque *luego* me vinieron deseos de ser sacerdote recordando lo que me decía mi buena madre". No puede ser antes porque, lógicamente pensando, transcurrirían dos semanas por lo menos entre la muerte de doña Micaela, funerales, viaje otra vez a Reus y preparativos de huida. Tampoco mucho después, porque antes de noviembre sin duda estaba ya en el seminario de Tortosa.

b) Su estancia allí.- El cálculo que hago es el siguiente. 1º. Duración del viaje: la distancia que hay de Reus a Montserrat es de 110 kilómetros, pasando por Tarragona, Vilafranca e Igualada. Éste es el camino que seguían las antiguas diligencias de Reus a Barcelona. Enrique a su edad andaría por término medio 20 kilómetros diarios. Supongamos que con las diversas paradas y teniendo quizá que pedir limosna perdería algo de tiempo. Tenemos, según esto, seis días de camino.- 2º. Estancia en Montserrat: duró tanto como lo que transcurre entre el momento de su llegada y aquel en que es hallado por su hermano Jaime. Ahora bien, Jaime estaba en Barcelona. Allí recibe aviso de lo que sucedía. Se puso en camino para Vinebre, pasando quizá por Reus. Pudo pensar que en el entretanto de su viaje, Enrique podía haber regresado a casa. En Vinebre consulta con su padre, vuelve a Reus, encuentra los libros en la maleta y sigue la pista que cree haber descubierto. Fuese así, o fuese que desde Reus, sin llegar a Vinebre, se trasladara a Montserrat, es presumible que en estas idas y venidas pasaron diez o doce días. Luego Enrique permanecería en Montserrat cinco o seis.

c) Años más tarde, las hijas de Jaime y sobrinas de don Enrique por consiguiente, Flora y Elvira, contaban que su padre, para avergonzar a Enrique del estado en que le había hallado, le hizo retratarse tal como estaba vestido con los miserables andrajos del mendigo. Quizá el dato sea cierto, pero en tal caso tengo la seguridad de que la fotografía dejaría impertérrito a Enrique.

(1) En la actualidad, este altar ha desaparecido, por exigencias de las obras hechas para dar entrada al Camarín.

CAPÍTULO VII

EN EL SEMINARIO DE TORTOSA

1. Ambiente en los Seminarios españoles en esta época.- 2. Tortosa y el foco de Vich.- 3. Teatro de sus alegrías y sus penas. Alumno externo.- 4. Cómo era el seminarista.- 5. Raíz y fundamento de su prestigio entre los compañeros.- 6. Distribución del tiempo.

Quisiera poder narrar bien su vida de Seminario. Es fundamental para entender todo lo que ha de venir después. El seminarista Enrique de Ossó durante los años 1854 al 67 – catorce a los veintisiete de su edad – se labró definitivamente una personalidad que más tarde se desplegó en abanico, en múltiples y poderosas manifestaciones. En una vida humana en que el poder y la armonía lo presiden todo, van perfectamente unidas las diferentes etapas de la misma. A aquel niño prometedor, lleno de naturalidad y dotado de tan buenas prendas, sucedió el adolescente de las santas y bien maduradas determinaciones. Tras la adolescencia, una juventud constructiva, en que la piedad y el estudio van levantando las líneas del edificio. Luego después, un sacerdocio lleno de plenitud y de eficacia.

1. Tortosa. Octubre de 1854. El rector del Seminario es un fraile exclaustrado, el dominico padre Grau, varón de tomo, que diría Santa Teresa, con gran fama de ciencia y santidad. La Suma Teológica no tiene secretos para él. Su santidad, sin embargo, es poco más que personal. No se manifiesta sino en los ejemplos o intervenciones directas que se permite con más o menos frecuencia.

En el Seminario no se respira lo que hoy llamaríamos un clima de piedad y de sobrenaturalismo capaz de transformar por completo la conciencia de los jóvenes alumnos. Las causas son múltiples y no es de este momento examinarlas. Años más tarde, don Manuel Domingo y Sol, contemporáneo de don Enrique, el hombre a quien más deben los seminarios españoles en lo que va de siglo, exclamaba en una de sus pláticas: “No es posible comprender cómo estaba la formación de los jóvenes en mi época, y algo anterior, y bastante posteriormente, en estudios en piedad, en disciplina y vigilancia y pruebas de vocación…”. “Formación de espíritu. Cuán de lamentar es que en ciertos seminarios no se piense en esto…Aquí mismo ha habido épocas en que una plática, y nada más. Ni se sabía qué era el Kempis. Los ejercicios para Órdenes eran un juguete; los anuales no se establecieron hasta Vilamitjana”.

Muchos de los seminaristas vivían externos durante toda la carrera. Las conmociones políticas, con su secuela inevitable de partidismos y pasiones, turbaban la paz de los claustros, tan indispensable para una buena formación. Los alumnos, de tener una esmerada vigilancia sobre sí mismos y un sentido eminentemente positivo de correspondencia a la gracia, se estancaban vencidos por una inercia paralizante y estéril que impedía las fecundas y hermosas expansiones del espíritu. Salían después clérigos cuya más alta aspiración era tener costumbres honestas, cumplir las prescripciones eclesiásticas y acaso ser carlistas. En cuanto a la formación científica, con frecuencia se resentía por los cuatro costados. Hablo en términos muy generales. A la Iglesia española le sucedía entonces lo mismo que a las familias ricas y aristocráticas que han venido a menos. La generación a la que toca sufrir el golpe adverso de la fortuna difícilmente reacciona. Después, sí. Los nietos y sus descendientes vuelven a sentir el grito de la sangre y otra vez pueden llegar a ser conquistadores y valientes guerreros, si bien en otras batallas, como aquellos antepasados suyos a quienes deben el título.

La Iglesia de España, durante gran parte del siglo XIX, estuvo sufriendo el formidable asalto de la Revolución que, en muchos aspectos de su organización externa, la dejó reducida a ruinas. Ruinas eran también los Seminarios. Más tarde reaccionaría la gran familia.

2. ¿Fue una excepción el de Tortosa? Ni fue excepción ni tampoco una de las víctimas más desgranadas. La posible influencia, por razones de proximidad, del glorioso foco de Vich, donde se habían movido o se movían hombres tan ilustres como Balmes, Claret, el Obispo Casadevall, Verdaguer, Vilamitjana, etc., sirvió de estímulo y de ejemplo a una reducida minoría de excelentes catedráticos y educadores que en Tortosa mantuvieron el fuego de las viejas glorias. Precisamente, el último de los citados había llegado a ser ahora el Prelado de la diócesis Tortosina. Todo lo que él había visto y aprendido quería comunicarlo a su nuevo Seminario.

3. Enrique entró en Tortosa para matricularse en el Seminario, vencidas ya las resistencias de su padre, en el otoño de 1854. Era la primera vez que llegaba a la vieja ciudad Dertusense, de ilustre ascendencia romana, profundamente cristiana ahora, próxima al mar, asomada a una lozana y pintoresca campiña, recogida y devota, pero agitada ya también por el fragor de las luchas políticas. Aquí va a vivir durante unos años y templará las fuerzas de su alma para los días del combate. Nadie sospecha ahora que Tortosa será para él, en el futuro, lugar de muchas lágrimas y fuente también de muchas alegrías. Esta es la ciudad destinada por la Providencia a recibir las primicias de su celo apostólico y también sus restos venerables. Cuna y cementerio a la vez del gran sacerdote, Tortosa será en lo sucesivo teatro de sus triunfos y testigo de las ingratitudes con que amargaron su alma nobilísima; monte de la Transfiguración y Huerto de los Olivos; en definitiva, lo que da de sí la vida humana con sus sombras y sus luces.

Enrique fue externo durante toda su carrera en Tortosa. Desde el primer día, su padre logró que le admitiera en su compañía un sacerdote beneficiado de la Catedral, don Ramón Alabart, con quien de antiguo tenían amistad los Ossó, de vida muy ejemplar y virtuosa. Era frecuente entonces que muchas familias acogieran en su seno a algún seminarista comprometiéndose a correr ellas con los gastos de carrera, a cambio de los servicios que el estudiante podía prestarle dando clase, por ejemplo, a los niños de la casa o ayudando en las tareas del escritorio y oficina. No eran éstas las condiciones en que se encontraba Enrique, porque su padre vivía con desahogo económico y era hombre que a sus hijos les quería plenamente dedicados a su vocación o su oficio: si comerciante, íntegramente al comercio; si seminarista, seminarista del todo.

Enrique estudió ocho años en Tortosa, cuatro en Barcelona y de nuevo otro, el último de su carrera, ya sacerdote, en Tortosa.

4. ¿Cómo es el seminarista? No nos apresuremos a decir que es un santo desde el principio. Ni es necesario, ni es exacto. Veamos los hechos. Cuando Enrique llega al Seminario no es un inexperto en materia de piedad. Tiene ya su historia. No es tampoco un tímido, falto de vida y de pasiones, como ese tipo de seminarista prefabricado que una literatura vacía como un tambor y que como el tambor suena a hueco, se ha empeñado a veces en dibujar. Está acostumbrado a tratar con las gentes. Ha vivido fuera de casa. Ha sabido tomar, llegado el caso, recias y valerosas decisiones. Si ahora viene al seminario, es porque de veras quiere realizar un ideal que siente en su interior. Él no ha venido a perder el tiempo; de esto podemos estar seguros. Fino observador del ambiente se da cuenta de que no todos piensan lo mismo. Una de sus primeras preocupaciones es tener un confesor fijo que dirija su alma y su conciencia. Lo encontró en don Gabriel Duch, párroco de la Catedral, muy venerado en Tortosa (1). Como era algo mayor que sus condiscípulos, pronto la edad y su talento singular le dan un ascendiente que él aprovecha para ejercer sobre los demás la influencia de sus virtudes. Pasan los cursos de Latín y Humanidades. Empieza la Filosofía. Tiene 17 años. Este es el momento crítico para un seminarista. O se afianza definitivamente en el camino emprendido, o no pasará mucho tiempo sin que el clima extraño le ahogue y siga adelante o para retirarse a última hora o para entrar sin vocación en el sacerdocio. Hoy esto último es muy difícil; entonces no era infrecuente.

5. Enrique no padeció ninguna de estas crisis perturbadoras. Examinando sus propios escritos o los testimonios de sus profesores o condiscípulos, viendo más tarde su vida y sus hechos, se nos aparece animoso siempre. Lleno de ideal sacerdotal, gozoso y optimista, francamente entregado al estudio y la virtud, nunca limitándose a vivir precariamente las exigencias de su estado, sino yendo por delante de las mismas, creándoselas más amplias y fuertes para autoeducarse y perfeccionar día a día los mil detalles de su personalidad exuberante.

Es alegre y decidido, nunca huraño y hosco; juega a la pelota que es una maravilla, hasta el punto que nadie podía ganarle, nos dice su condiscípulo Altés: los bolos, los birlos, la aduana, etc., sabían que Enrique era hombre de gran habilidad; no le cansan los paseos largos ni las ascensiones a la cumbre de los montes; amante de la higiene y el deporte, crecía esbelto y distinguido entre sus compañeros. Afable con todos, siempre dispuesto a ayudar a los demás facilitándoles los apuntes y aún explicándoles las lecciones de la clase que algunos no habían logrado entender, despertaba entre ellos una simpatía arrolladora. Lo que más prestigio le daba era su piedad, varonil desde el principio, tierna en la devoción a la Virgen, encendida en sus frecuentes visitas a Jesús Sacramentado, llena de humildad y de atractivo. Era además muy

artista y sentía gran afición a la música así como al dibujo: fuera de las horas de estudio se entretenía muchas veces en hacer copias, a lápiz, de paisajes y cuadros religiosos o bien en modelar con rudimentarios instrumentos estatuitas y pequeñas imágenes. Por aquel entonces en los Seminarios sólo se comulgaba una vez al mes, por prescripción reglamentaria; y la confesión estaba mandada cada quincena. Enrique, sin embargo, según testimonios numerosos, recibía todos los domingos los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía y aún parece ser que todas las fiestas y solemnidades de la Iglesia.

6. Se levantaba a las seis de la mañana diariamente. Hacía una hora de oración mental y a las siete y media oía Misa para volver a casa a estudiar de ocho a nueve. Tomaba un parco desayuno y a las nueve y media en el Seminario a la primera clase. A las doce regresaba a casa; todos los días, antes de comer, visitaba al Señor en la iglesia de la Purísima. Tras la comida, media hora de siesta para después de repasar las lecciones e ir de nuevo a clase. Solían durar las de la tarde de dos y media a cuatro y media. Un paseo de una hora, excepto los días de fiesta y vacaciones en que se prolongaba, visita a Jesús Sacramentado en la capilla del Sagrario de la Catedral y regreso a casa, para hacer la lectura espiritual y rezo del santo Rosario, y ocuparse en el estudio hasta la hora de cenar que solía ser a las nueve de la noche. El tenía su habitación en el tercer piso de la casa del señor Alabart. En ella estudiaba durante el día. Sólo en las horas de la tarde bajaba a una salita del piso inferior en donde se reunían un sobrino, también seminarista, de dicho sacerdote y algún otro que buscaba comodidad y auxilio intelectual en el hogar de sus generosos compañeros. Llegada la hora de retirarse, Enrique prolongaba su estudio alguna que otra hora con el debido permiso y, sobre todo, sentíase dichoso al tener libertad para sus oraciones y penitencias, que ya entonces eran frecuentes. Todo con tal circunspección y discreta reserva, que don Ramón solía decir de él con referencia a estas prácticas piadosas:

"Enric és una caixa tancada". (Enrique es una caja cerrada)

No tanto sin embargo que no se dejara traslucir algo de aquella rica vida espiritual, como es natural dada la convivencia en una misma casa durante largos años.

(1) "Con él me fue muy bien: hacia alguna penitencia, pocas podía, y me confesaba a menudo". (Autobiografía)

CAPÍTULO VIII

EL ESTUDIANTE DE LATÍN Y FILOSOFÍA. SUS VACACIONES DE VERANO

1. El famoso Dómine Sena. Éxitos de Enrique.- 2. La Filosofía. Formación de la cabeza y del corazón.- 3. Las vacaciones en Vinebre. El futuro Catequista.- 4. Su vida interior y su descanso.- 5. Sus aficiones literarias. Fray Luis de León y el P. Granada.

1. Empezó a estudiar, como sabemos, el año 1854, en el Colegio de San Matías. Su aplicación y su talento le permitieron ganar en tres años los cuatro cursos de Latín y Humanidades. Tuvo como profesores en este tiempo a los señores Prades y Sena, los cuales tenían fama en la ciudad de excelentes latinistas.

Del señor Prades no he logrado saber nada. De don José Sena, el Dómine Sena, ya es otra cosa. Su fama se extendió por toda la diócesis, debido a los muchos sacerdotes que pasaron por sus manos. Por sus manos y bajo sus correas. El buen hombre enseñaba Latín, correazo va y correazo viene. Yo no sé qué relación pueda tener con la armoniosa lengua de Cicerón y de Virgilio el ruido seco de la correa y la palmeta. Pero es lo cierto que muchos párrafos de esos insignes autores se han traducido a la lengua de Cervantes teniendo como música de fondo los palmetazos del Dómine y los lamentos del débil traductor. ¡Qué terrible era este pobre señor Sena! ¡Y qué piadoso y bueno al mismo tiempo! Yo me imagino, por lo que dicen de él los que le conocieron, que terminadas sus funciones docentes, tan poco remuneradoras entonces y tan fatigosas siempre, entraba cada día en la iglesia y suplicaba con voz gimiente y ánimo contrito: “Ab ira et omni mala voluntate, ¡libera nos Domine!”, pero en vano. Al día siguiente en presencia otra vez de sus endiablados alumnos, se olvidaba de sus propósitos de moderación y reincidía incorregible. Además, que aquello no era ira ni mal carácter. Era - ¡qué diantre! – pedagogía y de la buena. La letra, con sangre entra. Y entraba a las mil maravillas. O salía, porque todos los años en el Colegio de San Matías donde explicaba, se decidía el porvenir de muchos alumnos que dejaban de pensar en el Seminario para volverse a trabajar sus campos por siempre jamás amén.

El célebre Dómine, tan rico en Humanidades clásicas, murió después tan pobre de fortuna que hubo de hacerse una suscripción pública para acudir en remedio de su familia.

Enrique fue un privilegiado. Su mayor edad por una parte y la aplicación y formalidad con que se entregó al estudio por otra, le hicieron merecedor de muchas pruebas de afecto de aquel hombre, que le distinguió entre todos los alumnos. Porque además, Dómine era un chiflado de las obras de Santa Teresa y sus cálidas y fervorosas exhortaciones a los pequeños estudiantes, para que amasen y leyesen a la Santa, encontraban disposición muy favorable en el ánimo de Enrique, ya de antes infantil conocedor de la Virgen de Ávila.

He aquí, pues, las primeras personas que, ya sin conjeturas, sabemos que depositaron en el alma de Enrique las semillas de su teresianismo: su tía Mariana y el Dómine Sena.

2. Declaró éste al terminar el curso 1856-57, que ya no tenía qué enseñarle. Y nuestro joven pasó a estudiar Filosofía en el Seminario Menor, “instalado a la sazón en el histórico y artístico palacio, que fue después mansión del Colegio de San Luis Gonzaga”. (Cfr. TORRES, *Vida del siervo de Dios don Manuel Domingo y Sol*, p. 11)

Tres años duró el curso filosófico y fue profesor suyo el doctor don Dionisio Brull. Sus calificaciones, excelentes. Llama la atención al que estudia la figura de don Enrique la perfecta conjunción de su talento especulativo y práctico a la vez. Entonces no se estudiaba la Filosofía en los Seminarios como se estudia hoy. Era más que nada una preparación para la Teología en cuanto al arte de discurrir con lógica. Férrea formación escolástica que capacitase al alumno para el examen de las cuestiones teológicas, presentadas siempre con un tinte polémico muy propia de una época en que el libre-pensamiento hacía sus estragos con grande y aparatosa novedad. Enrique hacía progresos continuos y se asimilaba sin dificultad los delgados y sutiles conceptos de la Metafísica (1).

Es en esta época de estudiante de Filosofía cuando se hace miembro en Tortosa de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Nos consta que en las visitas a los pobres acompañaba a personas mucho mayores que él, las cuales quedaban altamente admiradas de su hermoso espíritu de caridad, así como de la discreción y delicadeza con que revestía sus intervenciones a favor de aquellas familias en cuyo seno tenía su trono la miseria. Buen aprendizaje, éste del

contacto caliente y vital con las necesidades muchas veces impresionantes del prójimo, para aprender a conocer la vida en su desnuda realidad y para formar un corazón sacerdotal.

Sus ahorros, muchos o pocos, provenientes de las propinas que en ocasiones le enviaban particularmente sus tías, tenían así un buen destino. Esta fue una de las más simpáticas debilidades de don Enrique toda su vida: la de no tener nunca una peseta en sus manos, a pesar de que por ellas pasaron en gran cantidad. La caridad con el prójimo por un lado y por otro las múltiples empresas de celo a que se entregó le hicieron vivir perpetuamente pobre y entrampado. Característica inconfundible de las almas santas, ésta del desprendimiento absoluto de los bienes de la tierra. Sus libros estuvieron siempre a disposición de otros estudiantes menos acomodados, su ropa sirvió con frecuencia para tapar las desnudeces de mendigos harapientos, su patrimonio familiar y las ganancias que obtuvo con sus numerosas publicaciones las consumió íntegramente en el servicio de Dios.

3. Pasaba las vacaciones en Vinebre entretenido y alegre. Era un acontecimiento cuando en el mes de junio llegaba al pueblo el hijo de don Jaime. Sobre todo para la minúscula población infantil. "¡Ya ha venido Enrique!..." se decían unos a otros, sabedores de que les esperaba lo bueno. Su padre no veía con buenos ojos aquellas bandadas de chiquillos que se reunían en las dependencias bajas de la casa, y cantaban, respondían y preguntaban, y esperaban anhelantes el resultado de la rifa de estampas, libros y confites. Pero aunque algunas veces se enfadaba, sobre todo cuando los ruidos coincidían con la hora de la siesta, no tenía más remedio que ceder, orgulloso al fin y al cabo de ver a su hijo convertido en un celoso catequista a quien los niños querían a rabiar. Además, las personas mayores hablaban de él con los mayores elogios y ponderaciones. Tenía Enrique una simpatía desbordante y encontraba palabra para todos. Una palmadita en la espalda al tío Juan, el viejo de la plaza…una pregunta cariñosa a la señora Luisa, por su hijo que estaba en el ejército…un cambio de impresiones con éste o con el otro sobre la cosecha…en una palabra, todas esas pequeñas atenciones con que se nutre la vida diplomática de pueblos y aldeas que, cuando se manifiestan no por fría cortesía, sino al calor de la amistad y cariño sinceros, levantan una poderosa corriente de simpatía afectuosa y entrañable hacia quien tan noble y desinteresadamente las ofrece. Tenían gran empeño en enviar a sus hijos a aquella rudimentaria catequesis, le contaban sus cuitas, le pedían ayuda, que él nunca negaba si estaba en su mano darla. Muchos años más tarde, nos dice Altés que él mismo vio con frecuencia en Barcelona y en otras ciudades, personas mayores que se acercaban respetuosas a saludar a don Enrique y le recordaban con alegría los favores que de él recibieron o la doctrina cristiana que de sus labios aprendieron en sus catequesis de verano. Algunas tardes llevaba a los niños a la ermita de San Miguel, situada a las afueras de Vinebre, y organizaba fiestas especiales que constituían la delicia de aquella turba de inocentes pequeñuelos. Así se preparaba con la práctica constante el que había de ser después tan prestigioso y competente catequista. Y así pasaba el verano, sin ser víctima jamás de peligrosas disipaciones y sin caer en esa pereza que, si para todo estudiante es el cuarto enemigo del alma, lo es particularmente para el seminarista en vacaciones.

4. Al mismo tiempo que daba expansión a su celo, mantenía bien alta la bandera de su piedad y vida interior. Misa y larga oración diariamente, confesión y comunión semanal, visita diaria a Jesús Sacramentado, rezo del Rosario en la iglesia o en familia, sin que para ello fuera obstáculo el haberlo ya rezado con los niños. Algún rato de paseo por los alrededores de Vinebre. Tres o cuatro horas de estudio cada día, que aprovechaba para dar satisfacción a sus aficiones literarias, menos atendidas durante el curso por razón de los estudios a que especialmente estaba obligado.

5. Constituían sus preferencias en este orden las obras de Fray Luis de León, sobre todo los "Nombres de Cristo" y sus bellísimas composiciones poéticas, muchas de las cuales llegó a saber íntegramente de memoria. También las del padre Granada. Y ya dentro de un ángulo estrictamente espiritual, las de Santa Teresa, que no se le caían de las manos.

En cuanto a novelas, nunca fue aficionado. Por algunos elogios que después hizo de ellas en la Revista Teresiana, acaso conociera las de Fernán Caballero. Ni tuvo tiempo para más, ni tampoco la delicadeza de su alma por un lado y su talento matemático y práctico por el otro le permitieron la más leve excursión por estos dominios de la fantasía. A pesar de que cuando él vivió, florecieron nuestros más grandes novelistas del siglo XIX, como Pereda, Alarcón, Pérez Galdós y otros.

Algunas muestras tenemos de sus poéticas aficiones, las cuales, a la verdad, no le acreditan de hijo predilecto de las musas. Enrique de Ossó, ni de seminarista, ni de sacerdote fue nunca un literato. No es un escritor; es un apóstol; nunca estilista y siempre pedagogo; rico de sentimientos y de ideas, lleno de ternura, vacío de poesía. De haber sido poeta, hubiera sido lírico. Es uno de esos hombres que hasta cuando escriben aman. Su pluma se movió incansablemente, al servicio de la piedad y la devoción y con afán de regenerar al pueblo cristiano. Escribió con tanta facilidad como abundancia. Correctamente, decorosamente.

(1) Refiriéndose a estos seis años de estudios en Tortosa, escribió don Enrique: “Estudié con ahínco y saqué buenas notas y era de los primeros en los cursos, muy amado de los catedráticos”. (Autobiografía)

CAPÍTULO IX

AÑOS DE FORMACIÓN EN TORTOSA Y BARCELONA. FORMACIÓN ESMERADÍSIMA

1. Su talento científico. Alumno predilecto del doctor Arbós.- 2. Estudios de Dogma en Tortosa.- 3. Consciente del momento que vivía.- 4. En Barcelona. Perfiles de su espíritu.- 5. Sus vacaciones en el Desierto de las Palmas.- 6. Tendencias apostólicas.

1. Terminados los estudios de Filosofía, su padre, aconsejado sin duda por alguno de los profesores que conocían bien el talento excepcional de Enrique, decidió enviarle a Barcelona para que cursara Física y Química en el Seminario con el célebre doctor Arbós.

Tan notable fue su aprovechamiento que llegó a suplir en las funciones de la Cátedra al eminente químico más de una vez cuando faltaba éste, obligado por sus desplazamientos. Mientras vivió, conservó gran amistad con don Enrique y más tarde, siendo ya éste profesor de Matemáticas y Física en el Seminario de Tortosa, se les vio trabajar juntos en alguno de los ensayos e instalaciones que aquí vino a hacer Arbós. Es innegable – nos dicen los que le conocieron – que don Enrique hubiera llegado a ser un físico notable, de haberse dedicado a estos afanes. Su temperamento eminentemente observador y detallista y la facilidad con que se distinguió siempre en el estudio de las Matemáticas, así como el aprecio que de sus cualidades hizo este notable maestro, nos permiten conceder justificado fundamento a las afirmaciones de algunos de sus íntimos que, al ver entregado a don Enrique a sus afanes apostólicos, decían que se había perdido una gloria científica. Era otra ciencia más alta la que reclamaba sus desvelos.

2. En octubre de 1861 le vemos de nuevo en Tortosa, alumno de las clases de Teología, que se daban entonces en la antigua residencia de Jesuitas de la calle de Moncada. Tiene veintiún años. Alto, esbelto, fino y distinguido en sus modales, su figura compone una bella estampa de juventud, modestia y elegancia. Su sólida piedad, sus éxitos académicos, la simpatía y al mismo tiempo la gravedad de su carácter le hacen cautivadoramente amable. Le quieren sus profesores y los alumnos se disputan su amistad. En todos los centros docentes suele haber muchachos de veinte años, listos, simpáticos y amables: es el encanto de la juventud y de la inteligencia que, cuando van unidas, tienen un atractivo irresistible. Pero sólo en los Seminarios y sitios parecidos se dan en número abundante muchachos de veinte años en que, a la fuerza de la juventud y a la excelsa hermosura de la inteligencia, se une la gracia insuperable de la virtud. A estos jóvenes la Iglesia los mira con ojos de esperanza porque ve en ellos sus hijos mejores. Enrique era uno de éstos.

Estudió dos años de Teología Fundamental y Dogmática, teniendo como profesores a don Pablo Foguet y don Bernardo Lázaro.

Foguet era un gran teólogo, capaz de discernir hasta en milímetros el grado de aproximación de una doctrina a la verdad o la herejía. “Nunca en mis largos años de profesorado – solía decir – he tenido un discípulo tan brillante como Ossó y Cervello” .Idénticos elogios hacía el doctor Lázaro que distinguió a Enrique con la calificación de meritissimus, única “que se dio aquel curso” (1).

3. Fue en estos años de Teología, cuando se dio cuenta con plena lucidez de los males actuales y próximos de la época. Arreciaba la tormenta provocada por el liberalismo. Eran los últimos años del reinado de Isabel II que pronto terminaría en el destierro. Las logias masónicas y los turbios manejos de políticos expatriados tenían en continua e insoportable tensión el ánimo de pueblos y ciudades. En las Universidades se exponían doctrinas heterodoxas y racionalistas por parte de profesores infecundos que acogían con el necio fervor de los ignorantes lo que llegaba de Francia y Alemania siempre con retraso; en las calles se cantaban coplas y corrían de mano en mano libelos difamatorios contra la vida inmaculada del padre Claret, confesor de la Reina; en los cuarteles y arsenales se propagaban sordamente noticias y manifiestos, tendentes a dividir más y más al Ejército y provocar sublevaciones. Los católicos luchaban con coraje y Navarro Villoslada escribía en “El Pensamiento Español” vibrantes artículos que caían como latigazos sobre la conciencia del país. Fruto de aquellas apelaciones al sentimiento nacional fue la recogida de firmas de centenares de miles de personas que se elevaban al Gobierno como protesta contra la sectaria enseñanza que

recibían sus hijos. Enrique trabajó denodadamente durante las vacaciones de 1862 en los pueblos de la comarca para contribuir al éxito de la campaña. Otros seminaristas y aún sacerdotes se limitaban a comentar el mal y cruzarse de brazos. Con un sentido moderno de la propaganda, llegó a pedir a Madrid numerosos ejemplares de los libros que traducidos del francés publicaba por entonces Gabino Tejano, para repartirlos entre la juventud escolar y personas influyentes. Igual hizo con los famosos opúsculos del padre Claret que editaba ininterrumpidamente la Librería Religiosa de Barcelona. Así se preparaba para el futuro, consumida ya desde ahora su alma por un fuego paulino. Los mismos seminaristas recibían, primero que nadie, la acción directa e inmediata de sus impactos descargados con oportunidad amable entre clase y clase, o bien en aquellos paseos que en las tardes invernales de Tortosa, de claro y tibio sol, solían hacer por los parajes más escondidos del Barranco del Rastro o los que caían a la parte de Capuchinos. Es la primera condición de un apostolado inteligente trabajar en el ambiente en que cada cual se mueve.

En 1863 volvió a Barcelona para continuar durante tres años los estudios de Dogma, Moral, Historia Eclesiásticas, etc.

Estaba regido entonces el Seminario de la Ciudad Condal por los Padres Jesuitas, quienes, ayudados por catedráticos eminentes del Clero Secular, como los doctores Carles y Casañas, futuro Cardenal este último de la Santa Iglesia, habían logrado hacer uno de los mejores centros de formación eclesiástica de España.

Director espiritual suyo en esta época fue el padre Forns, S. J.

Entre sus condiscípulos de ahora, con los que trabó estrecha amistad que perduró siempre, estaban Martorell y Matas, más tarde Jesuitas y el célebre Sardá y Salvany.

4. Estos tres años de estancia en Barcelona, hecho ya un hombre, le sirvieron para apreciar mejor los síntomas agudos de la lucha que se avecinaba. La populosa e inquieta ciudad distaba mucho de ser aquel viejo y tranquilo rincón de Tortosa. No era obstáculo el vivir retirado en el Seminario para poder percibir las pulsaciones de una sociedad enferma. Aquel joven de 25 años vivía en el interior de su conciencia el drama de su tiempo. Testigo de la degeneración actual, no necesitaba ser profeta para adivinar la catástrofe, cuyos vientos quemaban ya la frente. Creo que son estos años de Barcelona los que un historiador prudente de su vida tiene que examinar con más atención. Es ahora cuando medita despacio en las posibles dimensiones de un sacerdocio al que ha de entregarse con ilusión y sin ligereza. Yo no puedo admitir que un hombre tan pensador como don Enrique no se propusiera a sí mismo en esta época frecuentes interrogantes sobre los distintos aspectos del futuro de su vida, los cuales se mantenían suspensos en su interior hasta que lograba darles cumplida respuesta. Iba creciendo su vida espiritual; cada vez más completa su preparación científica; el momento de empezar a actuar, muy próximo; el malestar social, en aumento cada día. Todo esto, para un alma de sus características, era una fuerza motriz de primer orden que iba alimentando la máquina. Legado el momento oportuno, ésta ya no se pararía nunca. También sería un buen símil de su alma en este tiempo la tierra ancha de Castilla en las frías mañanas de octubre y de noviembre: esa tierra gime entonces cruelmente castigada por las prematuras escarchas que la aprietan y endurecen, pero a la vez abre con gozo su fecundo seno y se deja poseer por las semillas que arroja el labrador. Sobre el alma de Enrique – no lo olvidemos, aunque deliberadamente no haga yo mucho hincapié en ello – también la gracia de Dios iba arrojando su semilla.

5. Hay un dato que no puedo silenciar, porque arroja mucha luz sobre lo que estoy diciendo. Por esta época, Enrique ya no pasaba las vacaciones en Vinebre. Tras unos breves días de estancia en el pueblo natal para saludar a su familia y amistades, se encaminaba rápidamente al Desierto de las Palmas junto a Benicasim, en la provincia de Castellón. Era éste un espléndido lugar de soledad y recogimiento en donde se levantaba un convento de Carmelitas Descalzos, junto a la costa bellísima del Mediterráneo, rodeado de un bravo paisaje de barrancos y montañas por las que corre y salta el agua de mil manantiales que da vida al algarrobo y el olivo.

Había ido allí alguna vez con motivo de saludar a sus tíos Justo y Rafaela, personas acomodadas en Benicasim y protectores del convento. Pronto hizo amistad con los frailes hasta el punto de que en estos años últimos de su carrera, no vivía con sus tíos, sino en el mismo Monasterio, dentro de la más rigurosa vida de comunidad a la cual los religiosos le permitían acercarse, porque le veían lleno de edificante espíritu de observancia y recogimiento.

¿Por qué hacía esto? ¿Para descansar? Mal puede llamarse descanso a un género de vida austero y penitente que le servía – como nos consta – para hacer Ejercicios Espirituales y dedicarse más al estudio y la oración.

¿Por simpatía hacia la vida monástica? Siempre la tuvo, desde luego. Y nadie, a estas alturas, le hubiera impedido consagrarse a ella, si ése hubiera sido su propósito. Pero no. Ni la más leve vacilación. Era sencillamente un sacerdocio, cuya grandeza presentía, lo que reclamaba esta paz y este aislamiento. Era la soledad del árbol en la tierra que no tolera vecindades perturbadoras cuando llega el momento de la maduración. Él meditaba ahora en el Desierto de las Palmas, como Juan Bautista meditó en desiertos silvestres y menos bellos. La hora del Señor también estaba cerca. Me gusta haberme detenido a observar esto en la vida de don Enrique. Creo que un seminarista teólogo de veinticuatro o veintiséis años, próximo a las Órdenes, en un ambiente social y religioso ya descompuesto, tiene su importancia. Descubre algo de la lenta y serie elevación a que iba llegando su alma, merced al influjo del Espíritu Santo. Después, durante toda su vida, llena de vertiginosa actividad, siguió viniendo a este retiro cada vez que se disponía a alguna de sus múltiples empresas. Lo cual nos explica suficientemente que para esta empresa primera, la de recibir el sacerdocio, fuente de todas las demás, tenía que prepararse del mismo modo. Evidentemente Enrique de Ossó tenía un alma grande y selecta. Sus ojos brillaban ya con iluminada inquietud y su espíritu se recogía hacia adentro cuando contemplaba el porvenir. Muchos hombres excepcionales de la historia se nos ofrecen en idéntica actitud.

6. Dejó el Seminario de Barcelona en junio de 1866, ya subdiácono, y no le fue posible volver a continuar sus estudios porque su propio Obispo, el de Tortosa, le tenía ya preparado el nombramiento de Profesor de Física y Matemáticas en el Seminario Dertusense, cargo que empezó a desempeñar en septiembre con un año de anterioridad a su sacerdocio. Esto indica claramente el gran prestigio a que sus méritos le habían hecho acreedor.

¿Y los Grados Académicos? Una de las mayores ilusiones de su padre había sido que Enrique se doctorase. También de sus tíos, dos de los cuales eran abogados. Igualmente le instaban a ello y siguieron aconsejándole en repetidas ocasiones sus profesores y condiscípulos, que conocían bien el talento de que había dado pruebas constantes. Aunque ahora tuviese que trasladarse a Tortosa, unos y otros le rogaban que volviese más tarde para dar la prueba y recibir los Títulos tan apetecidos por todo estudiante que ha hecho bien su carrera. Sin embargo Enrique – el Enrique de ahora y el don Enrique de después – se negó siempre a ello de una manera rotunda y categórica. Solamente consintió – acaso porque su Prelado y el hecho de pertenecer al Claustro de Profesores del Seminario lo exigieran así – volver dos años más tarde, en junio del 68, a dar el examen para el Bachillerato en Sagrada Teología, Grado que obtuvo *nemine discrepante*.

Más adelante veremos, a la luz que se desprende de otros hechos de su vida, que el motivo único de esta determinación fue cerrarse voluntariamente la puerta para futuras dignidades que, a pesar de todo, le fueron ofrecidas y siempre por él rechazadas. Andando el tiempo, el Jesuita padre Martorell, en alguna de las muchas ocasiones en que la vida les permitió encontrase y recordar amables días ya lejanos, solía reprocharle su proceder diciéndole: “Sin Grado mayor te incapacitas para muchas cosas buenas, singularmente para ocupar en la Iglesia ciertos cargos desde los cuales podrías ser muy útil”. A lo que don Enrique contestaba con sencillez: “Pues…pues por eso no me gradúo. Para procurar y promover el bien, según Dios me lo inspire, para desarrollar y organizar el celo y el fervor de la mujer cristiana, no necesito Grados Mayores: me basta con el de Bachiller…Mi vocación es más modesta”.

Y que efectivamente fue su extraordinaria humildad la que le inspiró tal conducta lo prueba también el hecho de que, sólo a la hora de morir, supieron sus íntimos que poseía igualmente el Grado de Bachiller en Artes, equivalente poco más o menos a nuestro Bachillerato de hoy. Le había sido expedido por el Rectorado de la Universidad de Barcelona – según constaba en el Título oficial del mismo, hallado entre otros papeles suyos – en diciembre de 1866 con nota de *Sobresaliente*. Jamás había hablado de ello.

Así fue el joven Enrique en su vida de estudiante. Alumno aventajado siempre, íntegro a carta cabal, enamorado de la virtud, enemigo de toda presunción, lo cual le llevó a rechazar lo que es aspiración tan legítima de casi todos los que, con menos méritos que él, triunfan en los estudios.

En cambio, sí que se preocupó de pertenecer en el Seminario de Barcelona a la Academia de San Juan Crisóstomo, de la que formaban parte un grupo muy limitado de

alumnos, escogidos por sus facultades oratorias, que en ella se preparaban esmeradamente para el ministerio de la predicación sagrada. Conservamos un discurso suyo de esta época sobre el tema: "María, amparo del hombre pecador". Fue publicado después de su muerte en la Revista Teresiana. Es un discurso bien compuesto, sencillo en la exposición y denso en las ideas. Todo lo que pudiera servir para el apostolado más directo le atraía poderosamente.

NOTAS: 1ª. *Jaime Arbós y Tor.*- Escritor científico español, nació en San Hipólito de Boltregá (Barcelona), en 1824 y murió en Barcelona, en 1882. Después de brillantes estudios dedicóse desde los veinte años a la elaboración de productos químicos. Ello y sus especiales disposiciones motivaron que en 1851 se le encargara la instalación de una fábrica de gas en Mataró. De sus viajes de instrucción por el extranjero importó varios adelantos y procedimientos industriales; entre ellos es notable la economía del 75 por 100 que obtuvo en la producción del gas del alumbrado. Cuando aún no tenía la edad reglamentaria fue a Madrid con ánimo de hacer oposiciones a una cátedra de Química, pero desistió de ello por virtud del consejo de su amigo el filósofo Balmes, quien juzgó más provechoso para él y para la patria que regresara a Barcelona para cultivar y propagar las industrias químicas. Señalóse en ellas por sus trabajos sobre los alumbres refinados (desprovistos de materias térreas) y depurados (que han perdido los compuestos ferruginosos) del carmín, añil, nitrato de cobre, etc.; logró obtener también barrillas artificiales, con lo que pudieron combatirse los efectos de la terrible competencia de la producción francesa, y arrancó el monopolio del sulfato sódico de manos de Inglaterra. En 1848 contrajo matrimonio y al quedarse viudo a los dos años, cursó los estudios eclesiásticos, siendo ordenado sacerdote en 1859, después de licenciarse en Teología en Valencia, encargándose desde entonces de la cátedra de Física y Química del Seminario Conciliar de Barcelona. Fue académico de la Real de Ciencias Naturales y Artes de Barcelona y de otras corporaciones nacionales y extranjeras. Abnegado y noblemente desinteresado, rehusó prebendas y condecoraciones; pero acudió siempre solícito a las fábricas en que se necesitaba su concurso para operaciones delicadas. Entre sus obras merecen citarse: "Manual de Química Orgánica", "Tratado práctico de blanqueo de la seda y algodón, con un Atlas ilustrativo", "Tratado fundamental de Química y Física con arreglo a las doctrinas de Santo Tomás de Aquino, sobre la materia y la forma" (1881), "La España católica" (periódico fundado en 1856; duró dos años), "El clero y la ciencia moderna" (1876), "Consideraciones filosófico-ascéticas sobre las siete palabras que pronunció en la cruz nuestro Señor Jesucristo" (opúsculo), "De las grandezas de Dios y pequeñez del hombre" (opúsculo inédito), y otros trabajos físico-químicos y analíticos, entre ellos un estudio sobre las materias farmacéuticas e industriales y sobre el descubrimiento de las piroleínas (*Enciclopedia Espasa*, tomo V, v. Arbós).

2ª. Bachiller en Artes.- El 9 de septiembre de 1857 y en uso de la autorización concedida al Gobierno por la Ley de bases de 17 de julio del mismo año, fue publicada la *Ley general de Instrucción pública*, denominada Ley Moyano. A tenor de sus prescripciones en orden a la segunda enseñanza, había de comprender ésta dos linajes de estudios, a saber: *Estudios generales* y *Estudios de aplicación*. Los generales, divididos en dos períodos: el primero de dos años, y el segundo de cuatro, daban derecho a quien los aprobase y, además, sufriese con éxito el examen de reválida, a la obtención del título de *Bachiller en Artes*.

(1) Siendo después canónigo de Segorbe, escribió el doctor Lázaro, a propósito de Enrique: "Respecto a su conducta moral y religiosa, sólo diré que fue, desde cualquier punto de vista, intachable, pues era un modelo de virtud en que podían mirarse los jóvenes aspirantes a ella".

CAPÍTULO X

LA PRIMERA MISA O HISTORIA DE UN ALMA

1. Una advertencia al lector.- 2. Órdenes menores y Subdiaconado. Veni, Sancte Spiritus.- 3. San Antonio María Claret, director de los Ejercicios. Una consulta con él.- 4. Últimas Órdenes.- 5. En Montserrat, Catedral de las montañas.- 6. Atado para siempre.- 7. Presencia de Santa Teresa de Jesús.

1. "Sólo un vacío notaba: la presencia visible, corporal de mi buena madre de este mundo. Pero ¿qué importa? Estaba allí presente su espíritu, alentaba en medio de tan espléndida función. Al entreabrirse los cielos para bajar por primera vez a mis manos el Hijo de María, asomáronse por sus puertas mis buenas madres, María Inmaculada, Madre de Dios, y Micaela, mi madre de la tierra. Y se gozaron con este nuevo y divino espectáculo. Razón tenían. A ellas se debía. Les di gracias y siempre he conservado en mi corazón tan dulce recuerdo. ¡Benditas Madres mías María y Micaela! Todo lo debo a vosotras después de Dios".

Espero que el lector me agradecerá que en este capítulo haga hablar al mismo Enrique algo más que en los anteriores. Si el lector ha recibido Órdenes Sagradas y ha celebrado su primera Misa sabe muy bien que es éste el mejor procedimiento para dar cuenta del sublime episodio. Aquí no cabe el simple estilo narrativo, propio de un frío cronista, ni conviene tampoco caer en un lamentable abuso de adjetivos y epítetos empleados en grado superlativo. La historia de la primera Misa es la historia de un alma en su más recóndita y sagrada intimidad. Para presentarla dignamente es necesario que el alma misma, como el cuerpo de Cristo resucitado, traspase las paredes del Cenáculo – aquí las páginas del libro – y diga a los que contemplan, oyen o leen: ¡Soy yo!, ¡ved y tocad!.

Por eso quiero limitarme a coser con el hilo de mi aguja los diversos acontecimientos. Que hable él.

2. Enrique recibió la Primera Clerical Tonsura y Órdenes Menores en Barcelona el año 1865, de manos del Prelado de la Diócesis, Excelentísimo señor don Pantaleón Montserrat. Era su director espiritual el Padre Forns, Jesuita.

Al año siguiente, en mayo le fue conferido el Subdiaconado, también por el mismo señor Obispo. Es éste el paso decisivo. El seminarista sabe que empieza a caminar por un terreno que no es de este mundo.

"Mayo de 1866. Ejercicios Espirituales de Subdiaconado en la Casa Misión de Gracia".

…*Disce a me, quia mitis sum et humilis corde* (Aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón)…Lo pone en singular, como si las palabras fuesen dirigidas a él. Es una buena manera de meditar el Evangelio. A continuación:

"Fin". Imitar y copiar en mi corazón y en mi exterior a Jesús, de modo que se pueda de mí decir lo que al ver a San Francisco de Sales: "Así se portaba Jesús".

De buena gana me saltaría aquí unos cuantos capítulos para aducir algunos testimonios de los que le conocieron después y hablaron de él ya muerto. Por ejemplo el del doctor Marsal, Deán de Solsona, que decía con emoción incontenible: "Yo no he visto en la tierra ningún hombre más semejante en todo a lo que a mí me parece que debía de ser Jesucristo". Pero no nos adelantemos. Sigamos el curso de su pluma temblorosa.

"Veinte de mayo, nueve y media de la noche (era el día de Pentecostés). "¡Oh Espíritu de Dios! En tu día una gracia te pido. Ya que dentro de poco voy a consagrarme a Dios para ser de un modo especial su Templo y su Ministro eternamente, llena mi corazón de tus sagrados dones, que me infundan un espíritu de oración y celo como a los Apóstoles, y en especial more en mí siempre el don de sabiduría y santo temor de Dios".

Luego copia dos estrofas de la secuencia: *Veni Sancte Spiritus*…Aparecen también en latín, algunas frases de la Sagrada Escritura, y termina con estos pensamientos:

"Dios se ha con nosotros como un padre con su hijo pequeño, que corre y anda en su presencia, y cae…Pero más le mueven a compasión sus caídas que a enojo…*Servio Domino in laetitia* – Sirvo al Señor con alegría…".

San Francisco de Sales…el Espíritu Santo…Dios como un padre y el hombre como un niño pequeño…Servir al Señor con alegría…Atienda, por favor, el que me lee, a todo esto. De lo contrario, no logrará entender nunca la fisonomía espiritual de don Enrique.

3. Había sido Director de aquellos Ejercicios para el Subdiaconado ¡San Antonio María Claret!

El gran misionero, todavía lleno de fuego, Arzobispo dimisionario de Cuba, confesor de Isabel II, hacía pocos meses que había regresado de Roma, adonde fue para consultar con el Papa Pío IX entre otros asuntos su conducta en el futuro de la Reina, de la que se había apartado con motivo del reconocimiento por el Gobierno Español del Reino de Italia. Objeto de las más viles calumnias y persecuciones, tenía un espíritu gigante para sufrir, consolar y redimir a los demás. Nadie como él para dirigir unos Ejercicios Espirituales a futuros sacerdotes. Alma que con él se comunicaba se sentía fuertemente golpeada por la gracia, de la que era un instrumento insuperable. El prestigio que gozaba entre los ejercitantes era inmenso, debido a su fama de santidad y a la aureola de la persecución. Una honda cicatriz en el rostro, reliquia del atentado personal que sufrió en Cuba, le hacía semejante a San Pablo, apedreado en Listra de Licaonia por sus predicaciones apostólicas.

Enrique habló largamente con aquel hombre extraordinario que en una ocasión había llegado a decir al Padre Valier, misionero claretiano: “Sé que te condenarás eternamente, si abandonas la vocación”. En este caso, la consulta no rezaba sobre un problema de vocación ya hacía tiempo resuelto. Todo era con vistas al futuro. Dar plenitud y eficacia de virtudes y apostolado al sacerdocio que vendría muy pronto. Enrique no olvidó nunca esta entrevista. La recordó siempre, con sus amigos y entre sus Religiosas, como quien evoca la fuerza de un torrente que engendra energía. Cuando llegaron los momentos de amargura y terrible desamparo con que la vida le obsequió, hizo surgir en su mente el recuerdo de este Arzobispo santo que a los ordenados de 1866 les habló de un próximo sacerdocio lleno de alegrías y de dolores.

4. En abril de 1867 recibió en Tortosa el Diaconado y el 21 de septiembre del mismo año era ordenado Sacerdote. Inmediatamente, a Vinebre, para preparar y prepararse en todo lo relativo a su primera Misa. Son estos los días más felices que puede pasar un hombre en la tierra, porque los llena totalmente la esperanza de lo divino. Digo la esperanza, sí. Mientras el hombre se mueve en este mundo, nada hay que pueda saciarle, ni siquiera un Sacramento. Espera siempre. Los gozos de la posesión pertenecen exclusivamente al Cielo. Se puede ser Sacerdote y gozar. Pero todavía se goza más, cuando poseyéndolo ya, se espera con un temblor de emoción semejante al de las primeras hojas de los árboles en primavera, el momento en que va a llegar lo que tan entrañablemente se anhela. María, en las últimas horas de su expectación del parto, es algo tan augusto y tan arrebatadoramente hermoso que supera todo intento de describirlo.

5. En Montserrat, Catedral de las montañas. En día 6, primer domingo de octubre. Fiesta de la Virgen del Rosario. Liturgia de monjes benedictinos. En el altar, el nuevo sacerdote Enrique de Ossó, apadrinado por su padre y su cuñada, Teresa Serra. Están allí sus hermanos, sus tíos y muchos amigos. Entre ellos Manuel Domingo y Sol y Juan Bautista Altés que, con Martorell, ya Jesuita, habían sido sus íntimos en el Seminario y lo serían toda la vida. Este último es el encargado del sermón cuyo tema fue este bonito tríptico: ¡El Santísimo Rosario! ¡Montserrat! ¡Una primera Misa!

Enrique rompió a llorar. También su padre, el que le quiso comerciante en Reus. Y llora su hermano Jaime, que se acuerda de una tarde en que los últimos rayos de un sol moribundo le permitieron llegar a esta misma Basílica en busca de un muchacho, que al pasar por Papiol, dio su ropa a un pobre mendigo. Fue aquella tarde en que Enrique se hallaba entregado a un diálogo con la Virgen en el que también había preguntas y respuestas. Los dos se dieron palabra de volverse a encontrar y ahora se cumplía, en esta casta mañana de octubre en que la luz acariciaba suavemente los riscos de las montañas. Pero el llanto de Enrique no era sólo motivado por una mística y espiritual conmoción originada en su alma por el choque con el gran acontecimiento. Era también un llanto humano, tierno, que brotaba del corazón de un hijo que no olvida. Aquél día no estaba allí su madre, la de la tierra, la que en Vinebre arrulló su cuna y cantó a sus oídos canciones de amor; aquella santa mujer que le vio marchar con pena a Quinto de Ebro y que cuando agonizaba, víctima del cólera, parece que taladró la conciencia de su esposo con la última súplica de sus labios mudos: ¡Que sea sacerdote! Ella faltaba aquel día. Se había ido al cielo hacía tiempo para asegurar mejor desde allí la fiesta de esta mañana de octubre. Enrique lloraba copiosamente.

6. Atado ya para siempre al Señor, esta primera Misa era la rúbrica que ponía a su compromiso. Me interesa hacer observar una cosa, sobre todo a los profanos. He dicho más arriba que cuando recibió el Subdiaconado dio el paso decisivo. Acabo de decir ahora que quedó atado para siempre. Hay quienes encuentran en estas frases un sentido de prisión y encadenamiento pavoroso. Se fijan, miopes, en el aspecto puramente negativo de las privaciones y renuncias que la recepción de las sagradas Órdenes comporta. Protesto contra ese concepto restringido, con toda energía. Dar el paso decisivo y quedar atado al Señor para siempre se refiere – entiéndanlo bien – a todo lo que representa el sacerdocio de afirmaciones rotundas y positivas. Un joven como Enrique no se lanza a recorrer estos caminos con el alma acobardada y recelosa. Lo que le asusta y hace temblar sus pulsos no es el lazo de las manos atadas; es el grandioso horizonte, casi aterrador en su hermosura, que tiene ante sus ojos. Cuando uno contempla el mar por vez primera, si alguien le dice al oído que salte sobre él para dar la vuelta a la tierra, se echa para atrás instintivamente. Si a pesar de todo, aquella voz sigue diciéndole que no tema, que se lance, que una fuerza sobrenatural le asistirá, termina por dar el salto sin miedo, pero no sin una emoción anhelante y vivísima, porque lo que tiene que saltar es el océano abarcando al mismo tiempo el cielo y la tierra.

Así se entra en el sacerdocio y así entró Enrique. Eso significa quedar atado al Señor. El Señor del mar, el cielo y la tierra.

7. ¿Qué ha sido entre tanto de Santa Teresa de Jesús? ¿Acaso olvidada? Por el contrario, la devoción de Enrique a la Santa había ido en aumento. Los últimos períodos de vacaciones que había pasado en el Desierto de las Palmas, tan llenos de esencias carmelitanas y por consiguiente de teresianismo, habían acentuado y robustecido cada vez más sus propósitos de seguir las huellas de la mística Doctora. Él mismo nos dice que se pasaba las horas muertas ante un bello cuadro de la Santa que allí tenían los Religiosos, meditando sus enseñanzas. El día en que subió a Montserrat para celebrar su primera Misa, llevaba junto a sí un cuadernito del que no se desprendió nunca. Lo titulaba él: *Ordo vitae – Vince te ipsum*. Es el mismo en que aparecen las frases que antes he dado a conocer relativas a los días de Ejercicios. Pues bien, en ese cuaderno, leemos lo siguiente:

"Como fundamento de la vida espiritual, grabaré en mi alma, con la gracia de Dios, y tendré siempre presente en mis acciones, aquella resolución tan generosa y noble de Santa Teresa de Jesús, mi especial protectora: "Húndase el mundo antes que ofender a mi Dios, porque más debo a mi Dios que a nadie; luego a Él debo antes que a todos contentar y servir. En su servicio seré, con su gracia, "attente, devote, confidenter, alacriter, et ferventer". Lo más notable es que estas palabras estaban escritas allí desde el año 1862.

He ahí un buen ejemplo de eso que he dicho antes de las afirmaciones rotundas y positivas. Saltar sobre el mar. Enrique dará el salto, ayudado por Santa Teresa. Vamos a empezar a verlo.

CAPÍTULO XI

LA REVOLUCIÓN DEL 68

1. Descomposición de España en el siglo XIX.- 2. Destronamiento de Isabel II y consecuencias de la Revolución.- 3. La Iglesia y la política.- 4. Panorama sombrío de Tortosa.- 5. La ruina del espíritu y los hombres escogidos por Dios.

1. Si hubiese un procedimiento señalado de antemano para enseñar a los hombres cuál es el camino mejor para reducir a cenizas la grandeza pasada de un país, no cabe duda de que éste sería el que siguieron los españoles durante el siglo XIX. No incurriré en la presunción de ponerme a hacer filosofía de la historia ni de someter a examen esas cuestiones que suelen agitarse sobre los llamados ciclos históricos, períodos de engrandecimiento y decadencia, motivos internos de las crisis políticas, etc., en cuyo enjuiciamiento hay para todos los gustos. Me refiero únicamente al hecho. Y el hecho, brutalmente vivo, indiscutible, capaz de imponerse como un mazazo en la nuca, es éste: España durante casi todo el siglo XIX fue una selva de partidos, luchas, conspiraciones, pronunciamientos, guerrillas, Ministerios, tendencias desconcertantes y paralizadoras. Al que examina atentamente esa época de nuestra historia le da la impresión de que está viendo una película de cine en que los protagonistas, con una pericia y dinamismo que para sí quisieran los mejores astros de la pantalla, realizan el papel de liquidadores. Consciente o inconscientemente, como sea. ¿Qué tenía que ser así? ¿Qué las ideas modernas exigían muchos cambios y lo que hay de agresivo y detonante se debe a nuestro carácter peculiar? No lo sé. Pero desde luego, ¡qué manera de destruir y aniquilar las energías de un pueblo! Cuando don Antonio Maura se empeñó, años más tarde, en querer convertir a España en una nación de grandes virtudes cívicas, no se dio cuenta de que era sencillamente imposible. Las asperezas irritantes, la división y el individualismo feroz, habían crecido como los matorrales en un campo salvaje. Quédese para otros la generosa tarea de reivindicar al siglo XIX y hacer la apología de los aspectos buenos que en él puedan existir. Hoy se empieza a escribir bastante sobre ello. Pero, examinado en su conjunto y desde el ángulo particular en que nos hemos situado, tenemos que decir con libertad y sin pasión que, durante ese siglo, a España le chuparon la sangre los acontecimientos como sanguijuelas aplicadas a su pecho enfermo.

2. La Reina de los tristes destinos, que había recibido meses antes la Rosa de Oro del Papa, salió de San Sebastián para la villa francesa de Pau, el 30 de septiembre de 1868. Había estallado la Revolución. La Gloriosa, llamada así – decía don Enrique – con tanta justicia como a Escisión se le llamó el Africano. Buena parte había tenido en ella el célebre General Prim, que, en seguida de asistir en Cádiz al estampido de los 21 cañonazos de la Fragata Zaragoza que anunciaban el destronamiento de Isabel II, se lanzó, como si el vendaval le diese alas, a recorrer la costa de Valencia y Cataluña prendiendo en todas partes el fuego de la revolución. Inmediatamente, libertad de cultos, de imprenta, de enseñanza, de asociación y reunión, sufragio universal…Apertura de Cortes, en que se oye la voz de Monescillo, Obispo de Jaén, y la de Manterola, el Magistral de Vitoria, que contiende brillante y apasionadamente con Castelar. Se aprobó la Constitución en junio del 69 y fue incluida la libertad de cultos a pesar de los 9.000 escritos, con más de tres millones de firmas elevadas al Gobierno, en que se pedía que la Religión Católica fuera la única tolerada. Lo peor fue que no era la Constitución la que gobernaba. Era la revolución desencadenada como una fiera. Y con ese estúpido sectarismo con que siempre se ha manifestado tal fuerza en España, en seguida se expulsaba a los Jesuitas y demás Órdenes Religiosas, se derribaban iglesias, se inventariaban los tesoros artísticos de los templos con miras a una incautación general, se abrían capillas y escuelas protestantes, corrían de mano en mano publicaciones soeces y pornográficas, y hojas calumniosas contra el clero…La Iglesia española fue, como en todas las revoluciones de este desdichado país, la primera víctima.

3. Lo más curioso es que esta Iglesia del siglo XIX ha sido frecuentemente calumniada por muchos, de entre propios y extraños, de interferirse en cuestiones políticas abandonando su misión espiritual, cuando está probado hasta la evidencia que fue la política la que, en incontables ocasiones, asaltó como un ladrón vulgar los dominios que en el orden espiritual y en las demás esferas lógicamente derivadas del mismo, alcanzó la Iglesia por su prestigio, por su fecundidad asombrosa y por la fe agradecida de los españoles. Máculas ligeras son la

candidez y, quizá en algún caso, la pasión personal de contados eclesiásticos que descendieron a la arena manchada del politiqueo de la época. La inmensa mayoría de ellos luchó con ardor – que es muy distinto – en las posiciones a que el enemigo los llevaba, porque se consideraban obligados a defender así la vida religiosa del pueblo español, con el cual, no con la política, el catolicismo se había compenetrado de una manera casi única en Europa. Nadie por ejemplo podrá tachar a Balmes de ausencia de espíritu sacerdotal, y, sin embargo, habló y escribió de cuestiones políticas. ¡Naturalmente que tenía que hablar! Era un español de talento que comprendía como pocos la gravedad de las heridas inflingidas al país. El padre Claret era confesor de la Reina e influía – se ha dicho – en sus decisiones…Aparte de que también las reinas tienen derecho y obligación de confesarse, lo que hacía el Arzobispo era vigilar todo aquello que pudiera tener repercusiones morales, porque éste era su sagrado deber.

Durante los años que van de la revolución de septiembre hasta la Restauración proclamada por Martínez Campos en 1874, no hubo más que discursos, atentados, algunos buenos propósitos (Prim fue a pesar de todo un gran estadista), insultos, intrigas y, sobrenadando como náufragos a medio vestir, una regencia por dos veces instalada y sostenida por el Duque de la Torre, un Rey extranjero buscado en las Cortes de Europa como quien busca un diamante en una mina y una República cortejada por cuatro Presidentes, cada uno de los cuales la quería con una cara distinta. ¡Qué desastre! A partir de la Restauración, no es que el panorama cambiase radicalmente, pero desapareció en gran parte la violencia y surgieron en el horizonte político algunos hombres más conscientes. El mal hondo e interno siguió, sin embargo, dando sus frutos. Este ambiente es el que se encuentra don Enrique cuando iba a empezar su ministerio sacerdotal.

4. Veamos, como botón de muestra, lo que ocurría en Tortosa (1).

El 1 de octubre fueron expulsados de la ciudad los Jesuitas y su casa del arrabal de Jesús, convertida en hospital; en el Seminario se instalaron los juzgados; el Colegio de Santiago y San Matías, asaltado violentamente por el populacho, fue destinado a cuartel de los "Voluntarios de la Libertad", sonora denominación que parece un anticipo de las muchas semejantes que aparecieron en la revolución comunista de 1936. En diciembre de 1868 el señor Obispo Vilamitjana se dirigía inútilmente al Ministerio de Justicia lamentándose "de la anómala situación en que todo el mundo me verá de hallarme privado…de la libertad de formar en ciencia y virtud a mis jóvenes levitas, con haberme quitado ambos seminarios".

La chusma se había apoderado de la calle y proclamaba con insolencia su dominio, molestando a las buenas familias constantemente con algazaras y explosivas reuniones mitinescas en que Roque Barcia y Suñer y Capdevila atacaban con violencia los fundamentos del orden social y religioso (2). Se oían continuamente blasfemias, gritos injuriosos, canciones deshonestas…Los sacerdotes apenas podían ir por la calle si no era exponiéndose al insulto y la pedrada rencorosa. El deseo de imitar a los de Reus, que por aquellos días asesinaron en La Selva al padre Crusats, primer mártir claretiano, encendía también a los revolucionarios tortosinos. Bandadas de niños y niñas de los suburbios y barrios adyacentes, sin instrucción ni disciplina escolar, merodeaban a todas horas repitiendo con el mimetismo propio de sus años infantiles todo lo que veían hacer a los mayores, con lo cual perdían el pudor y alimentaban sin ningún género de limitación sus instintos desordenados y anárquicos. Pronto empezaron a celebrarse algunos matrimonios civiles. Se prohibió llevar pública y solemnemente el Viático a los enfermos y asistir el clero a los entierros. Las comunidades religiosas de clausura o fueron obligadas a salir de sus conventos, de los cuales se incautaban los revolucionarios, o vivían, como las Clarisas, bajo perpetuas amenazas, que no llegaron a tener efecto gracias a la Condesa de Reus, esposa del General Prim, a quien la abadesa acudió con súplica desgarradora. Así se mantuvo la situación, con pequeñas intermitencias, durante casi siete años. Todavía en el 75, el Prelado escribía al señor Nuncio de Su Santidad:

"Todo, Excmo. y Rdmo. Señor, todo sigue en Tortosa como estaba y peor. Nada ha sido devuelto, ni siquiera el Archivo de la Catedral, por el contrario, para el día 30 del corriente, está anunciada la venta en pública subasta de la Casa de Misión…La miseria es extrema en la mayor parte del clero de esta diócesis…He perdido la cuenta de las iglesias convertidas en fuertes, y de los sacerdotes desterrados o compelidos por la revolución a abandonar sus puestos…Esto es una desolación".

Por otra parte, en toda la región ardía de nuevo el incendio de la guerra civil y en Tortosa particularmente, de donde salían muchos voluntarios para la causa carlista, se vivía de

continuo bajo el temor de ataques y represalias de uno y otro ejército, según fueran las alternativas del combate.

En Madrid no se daban prisa suficiente para cambiar de ministerios y formas de gobierno. En la calle del Turco caía asesinado el General Prim, una noche de diciembre. Cautelar se dejaba arrastrar por el torrente de su oratoria; las relaciones con Roma se suspendían; las familias de la aristocracia hacían el vacío a don Amadeo; Sagasti llegaba a cansarse de los derechos proclamados por el nuevo régimen como ilegislables, imprescriptibles, inalienables y – añadía él – inaguantables; los carlistas y republicanos se unían en monstruosa alianza dispuestos a que "la situación no tuviera más heredero que el caos"; empezaba a brillar la estrella de Cánovas del Castillo; el Duque de Montpensier mataba en duelo al Infante don Enrique…y entre intrigas y confabulaciones se perdían lastimosamente las energías de la nación, mientras los demás pueblos de Europa se colocaban a una distancia de nosotros, que ya no nos sería posible alcanzar.

El lector puede fácilmente darse cuenta, con este cuadro ante los ojos, de la terrible situación a que se había llegado. Hay algo, sin embargo, y es lo que a nosotros más nos interesa, que no se puede reducir a cifras ni evocar más episodios más o menos pintorescos: es el descenso del espíritu y de la inutilización por los hombres de los recursos de la gracia. En una sociedad de civilización cristiana, azotada por los vientos de todas las decadencias, también hay que recoger como desastre, el más lamentable, el estorbo que se crea a las fuerzas activas de la Redención, que es en definitiva el gran valor con que cuenta la humanidad. Captar este desastre en su sentido íntimo, valorarlo debidamente en silencio, y disponerse a la lucha por encima de los acontecimientos políticos, apartando la hojarasca para ir derecho al fruto, es tarea reservada a los hombres de Dios. El Obispo de Tortosa, lleno de tribulación y de amargura, puso su confianza en algunos sacerdotes del clero joven para reñir la batalla. Casi todas las revoluciones han servido para dar origen a algún movimiento renovador. La Iglesia tiene también sus hijos de la Revolución. Está puesta en el mundo a resistir y avanzar. Es signo de contradicción. Las agitaciones político-sociales de los pueblos pasan sobre ella como el eslabón sobre el pedernal, sacando fuego. Es el fuego de algunos hijos suyos que, en el ambiente revolucionario de la época que les toca vivir, se acuerdan de que la gran Revolución se obró hace veinte siglos y luchan con intrepidez hasta el martirio. Lacordaire y Ozanam en Francia, don Bosco y Pío X en Italia, son testigos gloriosos de esas épocas tristes. En España tampoco faltaron estos hombres: don Enrique de Ossó ocupó entre ellos un puesto brillantísimo.

(1) Tomo estos datos de la obra citada de don Antonio Torres sobre don Manuel Domingo y Sol.

(2) Suñer y Capdevila, natural de Rosas (Gerona), fue un fisiólogo eminente y un político deplorable. Enemigo implacable del catolicismo lo combatió sañudamente. Diputado en las Cortes del 69, declaró la guerra a Dios antes el asombro de la Cámara, mientras el Almirante y Ministro Topete protestaba "en nombre de 18.000.000 de españoles que aún no han perdido la fe ni la vergüenza", según consta en el diario de Sesiones.

CAPÍTULO XII

PROFESOR DE MATEMÁTICAS EN EL SEMINARIO DE TORTOSA

1. Ofrecimiento del Obispo de Barcelona.- 2. Su prestigio científico.- 3. Retiro fecundo en Vinebre.- 4. Crítica situación del Seminario.- 5. Catedrático, pero siempre sacerdote.- 6. Fama extraordinaria.

1. Durante 1866 al 67, don Enrique había desempeñado su cátedra de Matemáticas y Física, y asistido, como alumno, al estudio de las llamadas "Quaestiones Dificillimae" , es decir, aquellos puntos doctrinales de la Teología y Sagrada Escritura que por su mayor dificultad exigían una singular dedicación, sólo posible cuando ya los alumnos tenían conocimientos exactos de la doctrina general. También estudiaría algo de Derecho Canónico. Fue seguramente en este año cuando recibió alguna indicación del Obispado de Barcelona, para que se incardinara en aquella diócesis, en la que el señor Obispo le ofrecía no sabemos qué cargo. Don Enrique tuvo un empeño especial en no hablar nunca de sí mismo. Pero conjeturamos que debió de ser así, por cuanto que en los Apuntes Biográficos que de él escribió Altés, se nos dice que estudió este último año en Tortosa, y por otra parte conocemos el testimonio de don Manuel Domingo y Sol, en que éste manifiesta su deseo de que Enrique renuncie al destino que tenía ya asignado en Barcelona y se venga a Tortosa. Leemos en la vida del ilustre fundador de los Operarios escrita por don Antonio Torres lo siguiente:

"Asistió don Manuel a la primera Misa de su amigo en el Monasterio de Montserrat el 6 de octubre de 1867, y concibió tal aprecio de sus cualidades – refiere una Religiosa Teresiana – que, a su vuelta no tenía bastante boca para alabarlo, y a todos parece que quería comunicar el deseo que él abrigaba de que le ayudase en las obras de celo. Hablando con una persona de su confianza decía: "Lo haremos venir, porque creo que hará mucho bien a Tortosa". Trató, en efecto, sobre todo con el Prelado y con tal eficacia, que a pesar de haberle ya señalado el de Barcelona destino en su diócesis, al siguiente curso encontrábase don Enrique en Tortosa desempeñando una cátedra en el Seminario" (1). La frase "lo haremos venir" no quiere decir que ya entonces estuviese en Barcelona, sino que don Manuel se refiere al momento que lógicamente había de llegar en que don Enrique se pusiese a las órdenes del Obispo de Barcelona. De hecho este momento no llegó. Los dos Prelados lo arreglaron entre sí para que Enrique se quedara en Tortosa, su diócesis de origen.

2. Siguió, pues, todo el curso 67 al 68 con su cátedra y dedicado a algunos ministerios sacerdotales – confesionario, predicación, catequesis – en los que se iba ensayando su celo. En el Seminario – nos dicen todos – se había impuesto desde el primer momento por su gran competencia. No es extraño. En un centro docente en que predominan los estudios humanísticos y las especulaciones filosóficas y teológicas, el Profesor de Ciencias Físicas y Matemáticas tiene siempre un prestigio especial. Los alumnos ven en don Enrique un hombre que – además de su formación eclesiástica estrictamente tal, en que no es inferior a nadie, y superior a muchos – se distingue sobre todos por su cultura científica. Son ellos muy dados a establecer comparaciones, y sobre todo cuando por primera vez hace su presentación un Profesor nuevo, en seguida se lanzan a hacer cábalas, comentan, observan con interés sus métodos y procedimientos pedagógicos y, muy pronto, con sus frases certeras y sus golpes de ingenio típicamente estudiantiles, contribuyen más que nadie a cimentar el prestigio del recién nombrado catedrático o a resquebrajar su fama, si es que de ella venía precedido. Esto ocurre en los Seminarios, en las Universidades del Estado y hasta en las Escuelas Primarias del último pueblo de Cuenca o Albacete. Es un fenómeno universal. De que don Enrique llegaba a Tortosa extraordinariamente bien conceptuado era motivo suficiente el haber sido alumno predilecto de Física y Química, en Barcelona, nada menos que del doctor Arbós, cuyo nombre sonaba entonces en Cataluña como el de una gloria nacional de primer orden, muy semejante aunque en distinta esfera, al de aquel otro sacerdote que como él se llamaba Jaime, y fue el autor inmortal del Criterio. Los hechos habían ido demostrando, durante los dos años transcurridos, que la fama de Ossó era justa.

3. En el verano del 68 se retiró durante una larga temporada, según su costumbre, al Desierto de las Palmas. Allí estuvo como siempre, abriendo nuevos surcos en las profundidades de su alma. Inaugurado otra vez el curso escolar, fue interrumpido a los pocos

días por el estallido atronador de la Revolución. ¿Qué hacer entonces? Don Enrique había llegado a Tortosa sin miedo ninguno a los acontecimientos que se presagiaban, ardorosamente dispuesto a luchar donde fuera preciso. El golpe, sin embargo, fue tan terrible que la vida religiosa de la ciudad quedó desorganizada por completo. No había más remedio que esperar para poder pensar con calma lo que había de hacerse. Ocupado el Seminario por los revolucionarios, fueron instaladas en él las Oficinas de los Juzgados y el inmueble no fue devuelto hasta el año 75. Los seminaristas fueron enviados a sus casas. Era imposible de momento predecir cuánto tiempo tardaría en restablecerse la normalidad académica. Don Enrique, por disposición de su Prelado, se encaminó a Vinebre y allí pasó todo el curso 68 al 69.

En la soledad de aquel retiro, menos turbado por las voces destempladas de la agitación imperante, trazó sus planes para el futuro. Pronto le veremos entrar en Tortosa como un Jefe de Estado Mayor con su mapa de operaciones en la cartera. Resumamos ahora, antes de empezar la narración de sus empresas apostólicas, el periodo de su actuación en el Seminario, que se extiende hasta el año 1878. Así ganaremos en claridad expositiva.

4. En el curso 69 al 70 fueron invitados los alumnos de Filosofía y Teología a volver a Tortosa. El celo del Prelado había dispuesto que se dieran las clases en su Palacio Episcopal y en algunas casas particulares, cedidas al efecto, y sólo durante algunas horas, por familias ejemplares de la ciudad. Para los alumnos de Latín y Humanidades se abrieron Preceptorías en algunos puntos de la diócesis, como por ejemplo en Morella.

Fueron años terriblemente devastadores para las vocaciones eclesiásticas. De 400 alumnos de que constaba la matrícula, quedaron reducidos escasamente a un centenar. Vivían todos externos. Muchos de ellos, de pobre condición, como el famoso Valero, de tan particular significación en la obra realizada por Mosén Sol, yendo a comer la sopa en los hogares en que se les daba de limosna. El señor Obispo dirigía patéticas exhortaciones pidiendo ayuda para remediar el gravísimo problema. Los Profesores se veían en el trance de ponerlo todo a favor de los alumnos a quienes educaban. Así transcurrieron los seis primeros años de catedrático de don Enrique. A partir del 75, o quizá el 76, las clases se reanudaron en el Seminario y a él acudió diariamente hasta junio del 78 en que fue exonerado de su cargo por el Sr. Obispo para que pudiera libremente dedicarse a lo que entonces constituía sus desvelos.

A pesar de la precaria situación tan poco apta para estimular afanes académicos, abundan los testimonios, recogidos entre sus discípulos y compañeros de claustro, que nos hablan de su brillante actuación docente. Su sucesor en la cátedra, el Rdo. Mosén Fontcuberta, elogiaba con extraordinarias ponderaciones la labor que realizó entre los alumnos. Fue con ellos afable y cariñoso, pero su continente lleno de gravedad les infundía más bien respeto y veneración. El citado Valero, que debió de ser simpatiquísimo y vivaracho como pocos en su época de estudiante, dice con graciosa ingenuidad: “Hasta en la clase llegué a excitar más de una vez la hilaridad de mis tan respetables profesores, como lo eran don Enrique de Ossó y don Salvador López, quienes me trataron siempre con el más afectuoso cariño”.

5. No fue nunca don Enrique un profesor exclusivamente atento a sus funciones de Maestro. Ni las circunstancias anormales del Seminario lo permitían, ni su espíritu sacerdotal lo hubiera consentido nunca. Un profesor de Seminario ha de tener siempre presente que está formando a un sacerdote de Cristo hasta cuando enseña Geometría. No hay facultades aisladas y sin relación en un alma que ha de consagrarse por completo al ministerio sacerdotal. La buena pedagogía de un Seminario exige que todo, absolutamente todo, conspire armoniosamente a labrar las líneas del *alter Christus*. Calcúlese cómo viviría estas ideas un hombre de espíritu sacerdotal tan rebosante y desbordado como don Enrique. La voz de Dios y el clamor de aquellos tiempos azarosos le hicieron emprender rutas que le desviaron del Seminario. Pero toda su vida se distinguió, como tendremos ocasión de comprobarlo, en el aprecio y estimación profunda de cuanto se refería a este problema. Ayudó cuanto pudo a don Manuel Domingo y Sol y con él compartió sus nobles inquietudes restauradoras. Habló insistentemente a los católicos desde las páginas de la Revista Teresiana sobre el problema de las vocaciones eclesiásticas. Dispuso más tarde, ya fundada la Compañía, que en los colegios de la misma de situación económica tranquila, se pagase la carrera a un seminarista en cada uno, adelantándose así muchos años a lo que en nuestros días van logrando, no sin esfuerzo, las perseverantes anuales campañas pro Seminario. Quiso que sus Religiosas se distinguieran sobre todas en su oración por los sacerdotes, en el espíritu de cooperación a la Parroquia, y dejó impresas hermosas plegarias con el encargo de que las recitasen diariamente por estos

fines. No deja de ser consolador hoy cuando vemos que han nacido Institutos Religiosos especialmente orientados a lograrlos, comprobar que hace 70 años ya hubo un sacerdote español que se adelantó a nuestros tiempos con clarísima y sobrenatural visión de los problemas.

6. De ahí que fuera voz popular en Tortosa, con respecto del Profesor de Matemáticas, que “Ossó era, más que todo y sobre todo, un sacerdote de cuerpo entero”. Sin que por ello sufrieran detrimento, en lo más mínimo, los aspectos estrictamente académicos de su función docente. Competente, puntualísimo en sus clases, aprovechando el tiempo constantemente, solía dar amenidad e interés al estudio de los áridos problemas matemáticos hasta el punto de que, años más tarde, el reverendo don José Miravalles, antiguo alumnos suyo, decía que dominaba a los seminaristas con tal suavidad y arte que hacían con el mayor gusto lo que él quería. Su conducta en las aulas como Profesor, unida al recuerdo de su paso por ellas como alumno, fue una piedra más en que se cimentó el prestigio excepcional que logró en la diócesis, tan cumplidamente puesto de manifiesto por aquel sacerdote que, al hablarle un día un compañero de la talla extraordinaria de Mosén Sol, igualmente relevante y cargado de méritos, preguntó utilizando un criterio de discernimiento y comparación que él juzgaba definitivo: “¿Acaso vale más que Ossó?”.

El portentoso apostolado – así lo califica don Antonio Torres – a que don Enrique se entregó desde los primeros momentos de su vida sacerdotal, fue tirando de él hasta tal punto que llegó un momento en que su obligada residencia en Tortosa impedía los movimientos estratégicos de un hombre que había nacido para General en Jefe. El señor Obispo fue el primero en comprenderlo y en 1878 le dejó libre de la Cátedra, para que pudiera volar sin perdigones en las alas. Don Enrique dejó el Seminario. Siempre le acompañó el recuerdo y la veneración de los que fueron sus alumnos.

(1) La misma que había empezado a tener siendo Subdiácono.

CAPÍTULO XIII

EN ORDEN DE COMBATE.
LA BATALLA DEL CATECISMO

1. La Teología Pastoral y el misterio de la niñez.- 2. Organización de las Catequesis. Apóstol de los suburbios.- 3. Por los pequeños a los grandes.- 4. Las mamás de Tortosa y las cartas en pecho.- 5. Sin posible descanso.- 6. El brazo derecho del Obispo.- 7. El grito de los serenos por la noche.

1. Don Enrique, según hemos dicho, pasó el curso 1868 al 69 en Vinebre en espera de días mejores. Allí meditó en silencio, como puede hacerlo un guerrero que se ha retirado estratégicamente ante la irrupción inesperada del enemigo. Me interesa extraordinariamente hacer una observación. Nada en la vida de don Enrique fue confiado al azar y la improvisación. Por el contrario, va todo precedido del cálculo sereno y reflexivo. A partir de este momento de su vida a que hemos llegado, todo, absolutamente todo lo que viene después, es el despliegue lógico y natural de una idea fija y la manifestación viva de una fuerza única.

Idea: luchar contra la revolución, en el más amplio sentido de la palabra, y vencerla. Fuerza: la de su sacerdocio íntegramente vivido. Llegó a Tortosa en el nuevo curso 69 al 70 con ganas de pelear. Bien concebidos sus planes, entraba ahora en el combate como un gladiador lleno del espíritu de Cristo. Por lo tanto, a cumplir con su cátedra del Seminario. Pero esto era muy escasa tarea para sus hermosas ambiciones. Había que conocer más, mucho más. Se presentó al señor Obispo, expuso sus pensamientos, fueron aprobados con efusión y, en seguida, a actuar.

Brindo ahora lo que viene a los amantes de la Teología Pastoral y a los que desean conocer procedimientos eficaces de apostolado, para reconquistar una ciudad que pertenece al enemigo.

Ya sabemos cuál era el ambiente de Tortosa en esta época. Don Enrique se ha propuesto transformarlo. Veamos cómo lo consigue.

Muchas veces he pensado con honda emoción en la importancia singularísima que Cristo concede a los niños en el Evangelio. No es que piense en ellos únicamente porque son los hombres de mañana. No. A esto llegan también los pedagogos de tres al cuarto y los oradores y sociólogos de mitin tabernario y de un Congreso de diputados. Lo que caracteriza la atención que Cristo concede a los niños, es que se la concede a la niñez, en su momento actual, a los niños mientras son precisamente eso, niños. Nadie – diríamos – ha demostrado hacia la niñez un respeto extraordinario. Si además nos ponemos a pensar en quién es el que tal respeto manifiesta, entonces hay motivos para sobrecogerse ante el espectáculo de un niño junto al cual pasamos nosotros indiferentes con la frente cargada de eso que llamamos nuestros graves pensamientos. Indudablemente hay un misterio en la niñez que nos vence a los mayores con toda la fuerza que tienen las cosas misteriosas. Es el misterio de la vida. No es solamente que su debilidad provoque nuestra ternura y su encanto despierte nuestro amor. Hay algo más. Los hombres pueden estar matándose durante veinte generaciones seguidas. Lo que nunca podrán hacer es declarar la guerra a los niños. Yo creo que ello se debe a que Dios ha querido que veamos la vida en ellos como algo divino…la vida, que, brotando de Él siempre, se apaga en nosotros y se enciende en ellos sin cesar. Cuando tantas cosas divinas conculcamos, hay algo, por lo menos, que estamos siempre dispuestos a respetar.

De los niños se valió don Enrique para empezar la reconquista de Tortosa.

2. Con los seminaristas que había en la ciudad, empezó a organizar las célebres catequesis, a las cuales, al terminar el curso, asistían cerca de 800 pequeñuelos. Se reveló como un catequista insuperable. Métodos vivos, intuitivos, haciendo intervenir constantemente a los niños que acudían en número creciente, sin cansarse jamás. Con ellos hacía excursiones y romerías, con ellos cantaba y rezaba, y mantenía diálogos a través de los cuales insensiblemente infiltraba en su conciencia los principios de la educación cristiana. Recorría personalmente las diversas secciones establecidas en varias iglesias de la ciudad, celebraba continuas reuniones de orientación con los catequistas de cada grupo para estudiar los planes y métodos más eficaces; lo inundaba todo de folletos, libros, estampas, canciones; los conducía procesionalmente por las calles cantando y rezando mientras los revolucionarios contemplaban el espectáculo sin atrever a disolverlo, porque eran sus mismos hijos los que

formaban en las filas. Enrique había tenido el acierto, lleno de sagacidad y valentía, de irse él mismo, en persona, a organizar la catequesis del suburbio más temible de Tortosa, el del barrio de Pescadores.

Al principio, silbidos, denuestos, y hasta alguna pedrada lanzada desde lejos por algún chiquillo atrevido. Pero tenía no sé qué de atracción sobre la niñez aquel hombre. Era algo semejante a don Bosco, dice el P. Tomás de la Cruz. Enseguida empezaban a asistir algunos que se convertían automáticamente en los mejores propagandistas. Por ellos llegaba a enterarse de las tragedias que frecuentemente vivían sus padres y, con ellos como introductores, entraba en los lugares llenos de mugre y hediondez donde yacía postrado por la tuberculosis o el reuma agotador algún desgraciado que tenía siempre a punto la blasfemia o el grito de desesperación. Entonces era su momento. Se volcaba literalmente en socorros de toda índole. Hacía que fuesen por allí los visitadores de las Conferencias con ropas, alimentos y medicinas. En unas horas simplemente, aquel reducto era suyo y cambiaba por completo la torva fisonomía de sus moradores. Los niños completaban después la labor, porque ya no le dejaban un momento. Corrían por las calles tras de Mosén Enrique, que lleno de unción afectuosa y de ternura, se dejaba manchar su sotana y robar su tiempo y su salud por aquella chiquillería, antes desvergonzada y ahora totalmente transformada por su celo y su cariño.

3. ¿Qué pretendía? No sólo repartir el pan del alma a los pequeñuelos, que ya de por sí es tarea digna de un apóstol como él. Iba más lejos. Quería ganar a los mayores por medio de los pequeños. Disipar primero el ambiente de odio preconcebido al sacerdote y lo que él representa, el confusionismo y la obstinación cerrada en las ideas que difundían los revolucionarios, la hostilidad a los dogmas de una religión que desconocían. Abrirse caminos después para penetrar profundamente en las familias conociendo de antemano sus necesidades o sus intenciones con el fin de remediar las primeras o combatir las segundas cuando fuera necesario. Si no hubiera empezado la batalla por los pequeños, habría fracasado.

Al año siguiente – 70 al 71 – ya eran 1.200 niños y ocho secciones generales, cada una de las cuales se subdividía en otras múltiples. El trabajo aumentaba, pero el éxito también. Ya eran las madres las que acudían con sus pequeños, deseosas de que sobre el alma de sus hijos cayese la nieve pura de una educación sana y limpísima. ¿Qué madre, que no esté desnaturalizada, no quiere para sus hijos la soberana belleza del paisaje de una doctrina cristiana asimilada y vivida por ellos? No hay una mujer en la tierra que no sienta un escalofrío de ternura al oír hablar a su pequeñín de la Virgen María o del Niño Jesús.

4. En algunas ocasiones, como en la fiesta de San José o la Inmaculada, organizaba grandes concentraciones infantiles y se daba el caso notable de que las madres vestían a las niñas con sus propias mantillas que, naturalmente, resultaban siempre un poco grandes y hacían exclamar a los curiosos: “Parece que las mantillas andan solas por el suelo”. Como que tenían una misión que ellos no comprendían: la de limpiar las calles de Tortosa del polvo sucio de una revolución que lo había manchado todo…

Otras veces eran nutridas comuniones de grupos de niños y niñas, preparadas con todo detalle y esplendor, que removían la conciencia de sus padres. Los comulgantes escribían la víspera una cartita en la cual don Enrique, con perspicacia pedagógica de consumado maestro, les hacía escribir las peticiones que en el momento de comulgar formularían. Al día siguiente, lo primero que hacían los niños era poner la carta junto a su pecho. Con ella así guardada, émulos inocentes de Tarsicio, y conscientes de que, como él, iban muy pronto a guardar un tesoro mucho más rico que la carta, se acercaban al altar. Daban gracias, cantaban la Coronilla de desagravios y alabanzas, y terminaban pasando junto a una imagen del Niño Jesús, a cuyos pies dejaban con candorosa gravedad el mensaje escrito con tanta emoción. Los más pequeñines, que aún no comulgaban, cantaban letrillas a la Purísima Concepción, hacían súplicas ardientes por el Papa Pío IX y desfilaban junto al Divino Niño estampando un beso en su imagen y ofreciéndole una flor, muy de mañanita arrancada por ellos mismos, o por sus padres o hermanos mayores, en los campos y jardines de Tortosa. A veces llegaban a reunirse en estas fiestas más de mil niños. Calcúlese el efecto que todo esto iba produciendo lentamente en los mayores.

5. Don Enrique no descansaba. Era el alma de todo. Dotado de un poderoso genio organizador, se le veía en todas partes arrastrando a unos y a otros con el ejemplo de su celo y su entusiasmo. Él no se detenía con nadie a hablar de política. No celebraba tertulias. Carecía de tiempo para estas cosas. Los niños y, mediante ellos, Tortosa entera para Cristo: ésta era

su ambición. Jugaba con ellos en el campo, si era preciso…organizaba carreras, luchas, competiciones…torneos de preguntas y respuestas, diálogos, adivinanzas…y todo orientado hacia el propósito que le animaba: el robustecimiento de la piedad cristiana. El día no le pertenecía. Sólo por la noche, cuando la ciudad dormía, él robaba algunas horas al descanso para entregarse al estudio. En su mesa revuelta, entre montones de estampas y medallas, junto a las cuerdas y pelotas de todos los colores, hojas, folletos y catecismos…abría los libros de Matemáticas para repasar la clase del Seminario, repasaba sus textos de Teología que no abandonó nunca, y leía a Santa Teresa. A la mañana siguiente, a las cinco, ya estaba en pie para hacer su oración, larga y afectuosa, en la que encontraba fuerzas para el día.

6. El señor Obispo se sentía gozoso en medio del dolor, porque comprobaba los avances del bien. Llegó a llamarle su brazo derecho. La transformación de Tortosa fue tan extraordinaria que, en el prólogo de su libro "Guía Práctica del Catequista", nos dice el mismo don Enrique:

"En el primer año de la revolución en que no hubo Catequística, no podía salirse por las calles sin oír canciones, las más provocativas e insultantes contra la Religión y sus ministros. Pues bien, recórranse ahora las mismas calles, y no se oirán más que canciones religiosas y santas. ¡Cosa digna de atención! El barrio de San Pedro o de Pescadores que era el que más se había distinguido por sus actos de impiedad, es hoy día el más notable por su fervor religioso; y creo que uno de los medios principales de su mudanza ha sido el canto. Allí es dónde se oyen de día y de noche cánticos y plegarias a María Inmaculada por Pío IX; allí se alaba en todos los tonos a María siempre Virgen, sin interrupción; allí se canta guerra contra Lucifer en todos momentos; allí se respira un aire embalsamado con los acentos de la inocencia que de continuo elevan alabanzas a Jesús, María, José o a Pío IX. Y antes, dos años atrás, ¿qué se oía allí? ¡Ah!, no hay necesidad de decirlo, porque con mayor elocuencia lo pregonan las lágrimas de gratitud y consuelo que derraman muchas madres al darnos las gracias por la mudanza que han observado en sus hijos desde que asisten al Catecismo.

- ¡Esto es un cielo! – nos decía una anciana mujer - ¡no se oyen sino cánticos de alabanza por las casas y calles! ¡Alabado sea Dios! ¡Y qué recompensa les aguarda en el cielo! ¡Nadie podía pensar tres años atrás que esto sucediera!".

Muchas personas recordaron más tarde aquellos años de lucha y de gloria en que Mosén Ossó, desbordante de juventud y de ilusión sacerdotal, lo llenó todo. Debió de ser algo extraordinario, a juzgar por el calor de los testimonios que se conservan. Fue para Tortosa una de esas épocas que tienen todos los pueblos cuando por ellos pasa un apóstol de cuerpo entero. El que de niño quería ser maestro, el que siendo seminarista reunía a los pequeños en Vinebre en los bajos de su casa, era ahora un hombre hecho, impetuoso e intrépido, devorado por el fuego de Cristo, sacerdote plenamente logrado, que ejercía su magisterio de un modo cabal y perfectísimo. A veces tenía gestos sorprendentes. En medio de los juegos infantiles, o al pasar por la calle o entre las secciones de la Catequesis, se detenía, miraba a algún pequeñuelo con detenimiento, le ponía la mano sobre la frente y le decía con voz calmosa y reposada: "Dios te haga una santita". A más de una se le quedaron clavadas en el corazón estas palabras, como un florete que no sacaba sangre. Parecían un presentimiento. Y las recordaban con emoción dulcísimos años más tarde cuando ya eran Religiosas o ejemplares madres de una familia cristiana.

7. Fue inútil que el Ayuntamiento de Tortosa ordenara en 1870 a los serenos que sustituyesen el grito tradicional de "Ave María Purísima" por el de "Viva la Soberanía Nacional" y más tarde, en el 73, "Viva la República española". Al día siguiente, centenares de niños gritaban por las calles a pleno pulmón: "Ave María Purísima". Su voz argentina hendía los aires como una flecha de plata. Los serenos lanzaban un grito por la noche. Pero durante el día, es decir, mientras dura la luz, eran otros gritos los que se oían. Indudablemente, Mosén Enrique se había hecho el dueño de la calle.

CAPÍTULO XIV

AFANES PERIODÍSTICOS Y APOSTOLADO ENTRE LOS JÓVENES

1. Carta memorable.- 2. La prensa revolucionaria.- 3. Aparece “El Amigo del Pueblo”.- 4. Sagacidad de don Enrique.- 5. La nieve en las alturas.- 6. Con los recios labradores

1. El 9 de julio de 1872 escribía don Enrique desde Barcelona a su amigo don Manuel Domingo y Sol: “Ayer leí “El Hombre” infame de ésa, que vuelve a salir. Su primer artículo es “Guerra a la fe divina”. Es, pues, urgente que vuelva a aparecer “El Amigo”. Si pudiera ser esta semana, mejor. Por mi cuenta corre el artículo de fondo, si queréis. Hoy escribo a don Jacinto y a Mosén Altés, para que continúen, y os mando las “Cartas de Aldea”. Avistaos con don Jacinto y Mariano. Y ¡ánimo!, ¡adelante y no cejar!...Acabo de recibir carta de Llasat. Avístese con él…”

Yo no sé si, para que se perciba el ardor bélico de aquel espíritu, falta aquí algo más que el sonido agudo de un clarín llamando a la batalla. El estilo de este párrafo epistolar no puede ser más combativo y trepidante. Vemos a través de sus líneas a don Enrique convertido en director y jefe de otra empresa que simultanea con sus actividades catequísticas. Él es quien arrastra y mueve el ánimo de un grupo muy selecto de sacerdotes que luchan llenos de entusiasmo contra el mal desencadenado.

2. En todas las ciudades de España aparecieron entonces publicaciones periodísticas escritas con la tinta corrosiva del desenfreno pasional y el ataque virulento a los principios religiosos. Empezaba a manifestarse la alta fiebre de la Prensa. A una temperatura de más de 40 grados, multitud de escritorcillos petulantes, de cálida imaginación y venenosa pluma, vertían los ardores de su furor irreligioso en hojas volanderas y periódicos formales que entraban en el hogar, se comentaban en la taberna proletaria y en el club más distinguido del casino, y se pasaban de mano en mano en fábricas y talleres, con lo cual realizaban lentamente una acción demoledora de trascendencia incalculable. En Tortosa apareció una de estas publicaciones cuyo solo título era por demás significativo. Se llamaba “El Hombre”. Quería ser una exaltación de la virilidad y las fuerzas humanas, al modo como entienden esto los revolucionarios de la baja plebe, capaces, en cualquiera de las semanas trágicas que frecuentemente organizan, de ponerse a bailar con las momias de las monjas desenterradas y de beber vino en los cráneos vacíos de sus víctimas.

El asqueroso papel hacía estragos entre las masas sencillas e ignorantes e incluso empezaba a poner en peligro la conciencia moral de familias cristianas, de clase humilde unas o simplemente amigas de novedades otras, en cuyo seno entraba manchándolo todo con la baba de sus calumnias y la viscosidad de su inmundicia.

3. Don Enrique reaccionó rápidamente, tan pronto cayeron en sus manos los primeros números. Al mal se le vence en su propio terreno, aceptando el combate allí donde se presente. No era hombre que en tales ocasiones se limitase a discreteos inútiles y lamentaciones compungidas. Estas había que dejarlas, a lo sumo, para el momento de la plegaria humilde y dolorosa en que el alma gimiente del apóstol expone a Dios las tribulaciones y desventuras de su pueblo. Fuera de esos instantes, lo que había que hacer era actuar sin descanso y sin tregua.

Inmediatamente comenzó a publicar un semanario titulado “El Amigo del Pueblo”. Al principio él solo, pues que muchos, o no sabían comprenderle, o no tenían capacidad para ayudarle. En seguida se unió a él don Manuel Domingo y Sol y más tarde Juan Bautista Altés. Mas el peso principal de la redacción lo llevó siempre don Enrique. Salió el periódico en 1871, cuando don Enrique se encontraba sumergido de los pies a la cabeza en la corriente de sus actividades de catequista. El contacto con los niños y los padres de éstos le permitió tener siempre una información de primera mano. Conocía las conversaciones y comentarios que se hacían, las preocupaciones vivas del pueblo, el grado de preferencia que despertaban las diversas secciones de “El Hombre”, la mayor o menor oportunidad de unas u otras ideas…con todo lo cual logró dar a su publicación un estilo periodístico de sabor popular sumamente interesante y atrayente. Él escribía siempre el artículo de fondo. Hacía que se insertasen también narraciones emotivas, composiciones poéticas, apólogos, frases orientadoras, noticias

provechosas y bien seleccionadas. Domingo y Sol hacía llamadas vibrantes y calurosas a la conciencia de los tortosinos; Altés se encargaba de dar amenidad con sus bellos trabajos literarios y reproducciones de textos escogidos; don Enrique redactaba las secciones doctrinales, llenas de claridad y de lógica y, sobre todo, con tal oportunidad combativa que sorprendía y llenaba de furor a los flamantes periodistas de la acera de enfrente. No podían explicarse éstos cómo se las arreglaba don Enrique para saber con anticipación cuál era el tema religioso que ellos pensaban tratar con su acostumbrada audacia en cada número de "El Hombre". El caso era que "El Amigo del Pueblo" salía matemáticamente el mismo día, o incluso se adelantaba unas horas, tocando el mismo punto, pulverizando su argumentación y señalando las verdaderas orientaciones. ¿Cómo podía ser aquello?

4. Don Enrique, con una genial y modernísima visión del sentido de la lucha, tenía su propia célula enquistada en la redacción enemiga. Dos jóvenes ganados por él, muy resueltos de acción y valentía, habían sabido hábilmente infiltrarse en el grupo contrario y, sin comprometerse a nada que pudiera ser quebranto de su dignidad y de su fe, disimulando siempre, se enteraban de todo y comunicaban a don Enrique, antes de que se publicaran, los temas que se iban a tratar. Nadie más que él y los dos jóvenes lo sabían. Don Enrique callaba como un muerto cuando alguien le preguntaba. Lo único que hacía era sonreírse y dar vueltas en su interior a un pensamiento evangélico que él se proponía a sí mismo de esta manera: "Que los hijos de las tinieblas no sean más avisados que los hijos de la luz".

En mayo de 1872 fue suspendido el batallador periódico por orden de la autoridad incompetente con el burdo pretexto de que en algún número del mes de marzo había aparecido un artículo en que se pedía a San José con fervorosas instancias que obrase un milagro a favor de España. Sucedió que en abril se pusieron de nuevo en movimiento contra el Gobierno de Madrid (reinaba entonces don Amadeo de Saboya), las tropas carlistas de Navarra y Vascongadas, y los encargados de velar por el orden público en Tortosa, donde la causa del Pretendiente siempre tuvo decididos partidarios, fingieron ver no sé qué relación, arbitrariamente inventada por ellos, entre aquellas súplicas y los acontecimientos de ahora, y se aprovecharon de la coyuntura para decretar la suspensión. Lo único que de veras demostraron con tal medida fue la eficacia creciente del periódico, que constituía para ellos un motivo de preocupación. "El Amigo" ya no volvió a salir, a pesar de los deseos de don Enrique que vemos reflejado en el párrafo de la carta a que hemos hecho referencia al principio de este capítulo.

5. Sin duda como consecuencia de estos afanes periodísticos, a favor de los cuales hubo que utilizar frecuentemente grupos de jóvenes valerosos y decididos para pregonar y difundir el periódico por las calles agitadas de Tortosa, don Enrique determinó emprender otra obra que él estimaba de todo punto necesaria. Sería, por otra parte, una nueva manifestación de su anhelo tan típico y constante de catequizar y llevar todas las almas a Cristo. He dicho antes y vuelvo a repetir ahora con distintas palabras que la vida de don Enrique es una estupenda y serenísima evolución de un principio de vida único. Todo en ella – tan sorprendentemente variada – está reducido a armoniosa unidad como una sinfonía bellísima. Si alguna vez las notas, por su abundancia y su agudeza, parecen una orgía de sonidos, no hay temor de que la estridencia y el desorden hagan acto de presencia. Su actividad abarca mucho, abre múltiples caminos a su celo, rotura campos diversos, pero nunca por diletantismo y afán desordenado de golpear acá y allá, sino por exigencia del manantial interior de su vida. La nieve acumulada en las altas montañas, cuando empieza a recibir los besos del sol, se funde en múltiples arroyuelos que se quiebran por los barrancos y se convierten en torrentes y dan origen a ríos caudalosos que sólo en el mar terminan. Todas esas derivaciones de una agua limpia y tan rica son…la nieve de la altura. Si se reparte en direcciones diversas es sencillamente porque había mucha cantidad acumulada.

6. Don Enrique empezó a organizar a los jóvenes labriegos de Tortosa y su comarca. El campo era entonces, y sigue siéndolo hoy en muchas partes, escuela de virtudes y costumbres sanas. Había que recoger a aquellos jóvenes campesinos y adelantarse a las organizaciones socialistas. ¡Que nadie arrancase de su alma el tesoro de la fe y la educación recibida de sus padres! Formó una Asociación de Congregantes de la Purísima Concepción, compuesta exclusivamente de jóvenes labradores. Mozos robustos de las orillas del Ebro, de recia musculatura y voz vibrante, que llenaban la iglesia de San Antonio y hacían sus prácticas piadosas cantando y rezando sin miramiento humano de ningún género. Oían pláticas y

conferencias, se enardecían inflamados por las exhortaciones de don Enrique, se inscriben como miembros visitadores de los pobres unos, como catequistas otros, y actuaban en la calle con el brío fogoso de sus veinte años en bandolera, simpáticos y alegres, decididos siempre, lo mismo a decir loores a la Virgen María, que a repartir unas oportunas bofetadas si lo exigía el caso. Ya no eran sólo los niños. Era también la muchachada fuerte y viril la que rompía el ambiente gris y entoldado del cielo con sus gritos de esperanza y salvación. Mas no se crea que eran sólo gritos y destellos fugaces de un ardimiento momentáneo. Eran fuerzas organizadas. Tenían sus círculos de estudio. Se formaban cuidadosamente para catequistas y activos propagadores de las ideas buenas. Su piedad se alimentaba en el Templo junto a una imagen de la Purísima – obra del escultor Ferrer -, que presidía un rico altar llamado del gremio de labradores, costeado en su mayor parte por don Enrique, con ayuda de algunas limosnas que recogió. Llegó a pensar en la publicación de un Boletín para adiestrarlos en su labor catequística con artículos fácilmente asimilables, dibujos, cánticos, etc…Algunos de éstos, con su música y letra correspondientes, fueron litografiados aparte, ya que el Boletín como tal no pasó de proyecto, porque otra publicación de más altos vuelos le andaba rondando ya las puertas del corazón.

Llegaron las vacaciones del verano 1872 y, cuando don Enrique, según costumbre, se retiró al Desierto de las Palmas en busca de silencio, en su mente bullían nuevos planes de mayor y más santa ambición. No descansaba un instante. Se crecía sintiendo de cerca el fragor del combate. Ya Tortosa le resultaba pequeña. Empezaba a pensar en la totalidad de España. No había tiempo para detenerse, cuando el mal tanto avanzaba. Aquella costa del Mediterráneo Azul, desde la cual descubría horizontes inabarcables, era un estímulo para su alma, ansiosa también de un panorama infinito.

CAPÍTULO XV

DE TORTOSA A TODA ESPAÑA CON SANTA TERESA DE JESÚS. LA "REVISTA TERESIANA"

1. Plenitud de vida y limitación humana.- 2. Dolor sacerdotal.- 3. Aspiraciones y propósitos de la Revista.- 4. Ambiente en que nacía.- 5. El Teresianismo, fuerza fecunda.- 6. Despersonalización de don Enrique.- 7. A un tiro de ballesta del mar.- 8. Tortosa por Santa Teresa de Jesús.

1. Con sus 32 años en plena floración y con el alma cargada de santas ambiciones, don Enrique se consumía de anhelos dentro del viejo recinto de Tortosa. Las alas de su espíritu estaban hechas para los grandes vuelos. Hay quienes, para ganar experiencia, necesitan lustros. A don Enrique le bastaron estos primeros cinco años de su vida sacerdotal, favorecidos por la extraordinaria intensidad del combate, para trazar con acierto supremo sus planes de avance y reconquista. A partir de este instante le veremos lanzarse a los caminos de España, no para organizar una guerra de guerrillas al estilo de la época, sino un verdadero ejército de fuerzas bien disciplinadas, en defensa de los altos ideales por los que su alma estaba poseía. Un hombre solo, generalmente hablando, no puede dar la vuelta a la vida de un país como se la damos a un guante. Ello es debido en primer lugar a que Dios no ha prometido nunca, en este orden de la restauración cristiana de los pueblos, el aniquilamiento de la libertad en los individuos que a ellos pertenecen, y esta libertad tiene siempre fuerza suficiente para oponer a la mano del artista que quiere labrarla la pétrea resistencia de sus muros frecuentemente inviolables. Siempre hay junto a la cruz redentora un mal ladrón que muere blasfemando, porque quiere.

En segundo lugar, puede suceder que un hombre tenga geniales iniciativas y proponga magníficos planes de reconquista y falle, sin embargo, la cooperación de los que estaban llamados a prestarla. Esto se observa en toda clase de esfuerzos humanos a prestarla. Esto se observa en toda clase de esfuerzos humanos de cualquier orden que sean, lo mismo políticos que científicos o religiosos. La historia está llena de manifestaciones de arrepentimiento y de pesar, generalmente tardías, a las cuales nos entregamos hoy movidos por las torpezas de ayer. Y ya se sabe que esta contrición retrasada, aunque por la misericordia de Dios tiene valor en el mundo del pecado y de la gracia, suele ser inútil en el campo de la contribución social que, como humanos, hemos de ofrecer a las fuerzas salvadoras que continuamente hacen su aparición en la tierra. Estas tienen su hora marcada en el reloj de la Providencia, pasada la cual, es una operación estéril dar cuerda hacia atrás: lo único que se consigue es parar el reloj y perder la noción del tiempo.

Lo terrible es que los hombres no aprendemos. Hoy podemos lamentarnos de la falta de concurso con que tal persona tropezó con sus contemporáneos de ayer. Mañana, los que nos sigan nos echarían en cara a nosotros lo mismo que hemos lamentado en los que nos precedieron. La unidad no pertenece a este mundo, es algo magnífico y espléndidamente divino.

2. Suspendida la publicación de "El Amigo del Pueblo", don Enrique no perdió nada de su aliento. Por el contrario, aquel verano del 72 le empujó con su calor y su hostilidad a una empresa más alta a la que había de entregarse en seguida sin desistir de lo que hasta entonces había ido creando. Habló con algunos amigos suyos, consultó con los Obispos de Tortosa y Barcelona que aprobaron calurosamente sus planes, y en octubre, mes de la Santa, sacaba de la imprenta el primer número de una Revista titulada así: "Santa Teresa de Jesús". ¿Qué se proponía?

De él también podemos decir, con una frase que en nuestros tiempos se ha repetido mucho, que le dolía España. Pero no era el suyo un dolor provocado por un patriotismo irritado por el estrépito de aquellos días turbulentos. Era mucho más hondo. Era el dolor del sacerdote que ama a su pueblo. También los profetas de Israel, y más tarde el mismo Cristo, sintieron estremecimientos dolorosos al extender su mirada sobre el pueblo en que nacieron. Don Enrique quiso llegar con su pluma, ya que no podía hacerlo con su voz, a todas las familias de España, y si posible fuera, del mundo cristiano. Su devoción y conocimiento de Santa Teresa le hicieron intuir que ella podía ser con su extraordinaria significación de símbolo de la raza, el banderín que agrupase las energías espirituales maltratadas y dispersas. Había que ofrecer al

pueblo sencillo un camino y una meta. Y la Santa podía muy bien ser las dos cosas. Camino, por el inmenso atractivo que su figura bien presentada podía despertar. Meta, por la reciedumbre y fortaleza espiritual que de ella, conocida e imitada, podía derivarse. En la exposición que dirigió al señor Obispo de Tortosa, don Benito Vilamitjana, para manifestar los propósitos que le animaban en su nueva publicación, escribió estas palabras maravillosamente expresivas de sus preocupaciones y de sus esperanzas:

Parece nos hallamos en aquellos aciagos días profetizados por San Juan en el Apocalipsis, en que el diablo desciende al mundo con gran furor para dañarle, porque conoce que le queda poco tiempo. ¡Tan dura y cruel es la guerra que levanta contra todo lo que esparce el buen olor de Jesucristo! ¿Qué diría, qué haría Teresa de Jesús si viviese hoy entre nosotros al ver devastado el jardín de sus desvelos, destruidos los templos, los monasterios y las casas de oración convertidos en establos, o cosas peores…España sin unidad de fe, llorando los sacerdotes y Obispos la corrupción de costumbres, y preso el Vicario de Jesucristo? Teresa de Jesús que, por salvar una sola alma, gustosa, como ella misma afirma, hubiera sufrido hasta el fin del mundo todos los tormentos del purgatorio, ¿qué sintiera hoy día al ver cómo en su España la juventud bebe la iniquidad como el agua en libros y escuelas ateas, y las doncellas van perdiendo el pudor y recato, y la familia la santidad y cristiana educación? España de Teresa de Jesús y España del siglo XIX, ¡cuánto os desemejáis!

No obstante, no decae nuestro ánimo; todavía tenemos motivos de esperanza, porque la Iglesia de Santa Teresa permanece unida en la fe, y tenemos acá el recuerdo de sus virtudes y ejemplos admirables, sus escritos y enseñanzas, llenos de celestial sabiduría, y allá en la gloria sus oraciones y poderosa intercesión.

La raíz de los males del mundo actual es el orgullo, el egoísmo y la sensualidad. Con el orgullo va unida la falta de fe, el racionalismo; con el egoísmo la falta de caridad, de sacrificio. La tierra además está desolada porque no hay quien medite ni ore como debe orar. Vemos secarse las flores más delicadas y preciosas, porque no son regadas con el rocío de la gracia del cielo que desciende por la oración; se enseñorea de los corazones el deseo de gozar de este mundo, porque flaquea la esperanza de una vida mejor, y no hay sino odios, rencores, guerras y amenazas de una destrucción total.

Pues bien; recordando a todos los españoles, hermanos nuestros muy queridos, las glorias de nuestra Santa, descubriéndoles su imagen amabilísima, adornada de todas las virtudes y gracias, tremolando la bandera de Cristo Jesús con su mano, y cobijando con su manto multitud de delicadas vírgenes, podremos decir al siglo del tanto por ciento, de lo positivo, de la Internacional, de la molicie y sensualidad: Y qué, ¿no podrás tú, que blasonas de poderoso e ilustrado, lo que estas tiernas vírgenes han podido? ¿Acaso eres de más débil condición o más flaco que estas mujeres? Ven, siglo sin fe, a contemplar la hermosura y las riquezas de esta celestial virtud al resplandor de las luces que despide en Teresa de Jesús. Ven, siglo sin caridad y amor fraternal, a calmar la sed que devora tus entrañas con las cristalinas aguas de la oración de que la Santa es maestra. Ven, siglo insustancial y vano, helado por el frío de falsas doctrinas, a vigorizarte con la lectura de los escritos de una virgen, que levantan por donde pasan llamas de amor divino, Ven, y serás salvo.

No lo dudamos; porque con la devoción a Santa Teresa de Jesús, maestra insigne de oración, derramará el Señor sobre la España indiferente el espíritu de oración, con el que vienen todos los bienes a las almas; el espíritu de fe práctica, que las fortalece y vigoriza; el espíritu de amor, que endulza todas las penalidades de este miserable destierro.

Beneficiar, pues, en provecho de nuestros hermanos, que lo son todos los españoles, este tesoro de virtudes y ejemplos de nuestra compatrona Santa Teresa de Jesús; popularizar sus escritos y enseñanzas llenos de celestial sabiduría; aprovechar sus méritos, oraciones y poderoso valimiento a favor de todo el mundo, es, Ilustrísimo Señor, lo que pretende nuestra humilde publicación.

Si nuestro proyecto merece la autorizada aprobación de su Señoría Ilustrísima, y le dispensa su bendición y cariño, tendremos un nuevo motivo de agradecimiento a sus favores, y una prueba de que el Señor acepta en honra de su predilecta Esposa nuestra publicación, que únicamente a su mayor gloria emprendemos.

El Sr. Obispo le contestó el 6 de octubre en una carta en que decía:

Estimado don Enrique: el pensamiento de publicar una Revista cuyo objeto sea Santa Teresa, merece mi aprobación, y bendigo con toda la efusión de mi alma a usted que la ha concebido, y a sus colaboradores.

Mucha necesidad tiene nuestra amada y pobre España de la protección de la Santa, y nada mejor para obtenerla que la imitación de sus virtudes. Ahí está la devoción verdadera y eficaz. Mas para imitar las virtudes de Teresa, es ante todo necesario conocerlas, y la Revista se encargará de ponerlas periódicamente a la vista de sus piadosos lectores o en acción en los hechos de su admirable vida, o fotografiadas en sus preciosos escritos. Ahora bien, la virtud, amable en sí, reviste irresistibles encantos cuando es practicada por almas tan hermosas como la de Teresa. No será, pues, así lo espero, estéril en esta parte el trabajo de los redactores de la Revista.

Después, en una larga introducción, escribía don Enrique:

Aspira nuestra humilde publicación a hermanar estos dos sentimientos, los más nobles y grandes del corazón humano, el sentimiento religioso y el patrio, lo que se logrará cumplidamente por medio de la propagación entre los españoles de la devoción sincera a Santa Teresa de Jesús, por cuyo amor renunció la Santa a los títulos de su ilustre alcurnia para apellidarse meramente Teresa de Jesús; el amor a María, a la que eligió por madre especial a los doce años y cuyo culto propagó maravillosamente con la reforma del Carmelo; la confianza en San José cuyo poderoso valimiento descubrió y extendió por todo el mundo; y la devoción a la Iglesia, porque después de protestar mil veces en sus escritos su obediencia, y haber consagrado su vida a trabajar por reparar las pérdidas que el error y la herejía le causaban, murió repitiendo: "Yo soy hija de la Iglesia". He aquí el sentimiento religioso en toda su pureza y perfección…Tengo para mí que se va debilitando nuestro carácter español, hidalgo y caballero; que degeneremos de la salud espiritual y fe robusta de nuestros padres, porque nos hemos olvidado de comer de este alimento celestial y divino. Nuestros libros y las lecturas de la época actual son frívolas por lo común e insustanciales. Novelas, folletos, hojas sueltas, periódicos y algún que otro escrito religioso, redactado muchas veces con poco o ninguno espíritu de fe y de amor: he aquí el alimento cotidiano de nuestra alma. Y con esto, ¿no ha de ser enfermiza y débil nuestra complexión y salud espiritual? Me causa santa envidia y experimento al mismo tiempo una satisfacción purísima, cuando al visitar alguna familia española de aquellas que tan bien pinta Fernán Caballero en sus cuadros de costumbres, al entrar en esas casas donde todavía vive puro el espíritu católico-español, descubro allá en un rincón o sobre una mesa algún libro antiguo, y leo: *Guía de pecadores, De la oración y meditación por el venerable Fray Luis de Granada; Subida al Monte Carmelo, por el venerable Fray Juan de la Cruz; Vida o Camino de Perfección por Santa Teresa de Jesús* y no me maravilla entonces la paz que disfruta aquella familia modelo, su espíritu noble, reposado, su carácter franco y caballero sostenido por tan buenos amigos y consejeros. Pero, ¡ah! lástima grande tenemos cuando al visitar la gente de tomo hallamos, entre sus libros las novelas de Sue, Dumas o algo peor, si puede darse, y por ello nos explicamos lo poco sustancial de sus pensamientos, conversaciones y ocupaciones. El alimento no es sano, es nocivo; la salud no puede ser robusta. De aquí tantas inteligencias extraviadas; de aquí tantos corazones corrompidos; de aquí en fin, resulta el rebajamiento del noble carácter español, tipo en otro tiempo de cumplidos caballeros por sus sentimientos cristianos y generosos.

3. Así se lanzaba don Enrique a la nueva empresa. Hizo frente a las primeras dificultades económicas con su fortuna personal. Pronto la Revista tuvo un éxito notable. Cada nuevo número hacía que aumentasen las suscripciones. Eran poco frecuentes las publicaciones de este género. Sobre todo, escaseaban las de un plan bien definido y concreto. Fue esto, a mi juicio, el principal acierto de la suya y la razón de sus éxitos siempre crecientes. Tuvo desde el primer día un estilo, un ideal, un propósito. Era combativa y al mismo tiempo insinuante. Aparecían en ella artículos doctrinales y comentarios vivos de la actualidad española. No faltaba nunca la crónica de los principales sucesos del extranjero que pudiesen tener relación con los intereses que la Revista había venido a defender.

4. Es la época estúpida y maloliente del liberalismo y la masonería, cuando los señores con chistera juegan a suprimir a Dios de la vida y a blasfemar alegremente con una papanatería que les hace irresistiblemente ridículos. Eso hoy, que los vemos a distancia y ha pasado mucho agua bajo los puentes. Pero entonces tenían su influencia. Tipos de esta ralea se habían encaramado en los tejados de casi todos los gobiernos de la Europa culta y desde allí hacían sus muecas grotescas como las lechuzas por la noche, asustando a la gente y diciendo con énfasis insoportable: ¡Nosotros somos la civilización, vosotros el oscurantismo y la caverna! Las muecas consistían en privar a Pío IX de los Estados Pontificios y hacerle vivir prisionero en el Vaticano; en expulsar a las órdenes religiosas de Francia y sembrar en sus jardines la semilla del más rabioso laicismo; en perseguir en Alemania, a las órdenes del omnipotente Bismark, todo lo que tuviera signo católico; en entorpecer constantemente los afanes de la Iglesia en la serena Bélgica. Garibaldi había tenido ya sus más ardientes panegiristas y Renán, en Francia, lanzaba su brillante retórica como un ramo de flores que encubría un puñal para poder clavarle mejor sobre el nombre santo de Cristo. De todo se hacía eco la Revista y lo comentaba con oportunidad y competencia. Llegó a tener un completo servicio de información, y aún de prensa extranjera.

5. Pero la característica principal fue su teresianismo. Todo queda eclipsado en ella ante este aspecto que brilla con luz singularísima. No conozco ninguna publicación de este tipo, puesta al servicio de una idea, que la haya servido con más constancia y perseverante regularidad. Y es que la Revista había nacido principalmente para ser alimento espiritual de una generación famélica. Santa Teresa guardaba en las arcas de su espíritu el pan riquísimo de su doctrina. Había que ofrecérselo a los españoles de entonces si se quería evitar a tiempo

la desgracia. Nada sería eficazmente renovador si no se lograba hacer vivir a las almas el sobrenaturalismo cristiano entendido al modo clásico de oración y sacrificio de signo positivo. Esta fue la idea obsesionante de don Enrique toda su vida. El que no entienda esto en él, no ha entendido nada de lo que su personalidad representa.

La Revista fue, mientras vivió, el eco de la voz de Santa Teresa, de la cual don Enrique estaba ya perdidamente enamorado en el momento de fundarla. Durante los veinticuatro años en que la dirigió no faltaron, mes por mes, varios artículos escritos por él personalmente para divulgar de mil maneras la doctrina de la Santa. Como además, muy pronto su actividad creadora le impulsaría a formar nuevas obras Teresianas – las más completas y definitivas de su vida -, la Revista vino a ser el órgano de un movimiento de teresianismo lleno de simpatía y eficacia, del que todavía hoy estamos recogiendo frutos hermosísimos. Si el lector quiere algún detalle más sobre la famosa publicación, le diré que el primer año salió con 28 páginas y costaba la suscripción anual 16 reales. A partir del segundo, aumentó a 32 páginas. Se editaba en Barcelona, en la Tipografía Católica, calle del Pino, 5, bajos. Llegó a tener más de 2.000 suscriptores, cifra extraordinaria en aquel tiempo en que en España había diez millones de analfabetos. Pronto se extendió por Francia, Bélgica, Italia, Portugal y más tarde América. Yo he tenido el gusto de leer con suficiente detenimiento los 280 números que se publicaron mientras vivió don Enrique. Reconozco que no todos tendrían la misma paciencia, pero estoy seguro de que, si lo hicieran, no perderían el tiempo.

6. Así transcurrió el curso académico 1872-73 para el joven profesor del Seminario. La cátedra, las catequesis y la Revista exigían de él una entrega total. Su prestigio en la diócesis aumentaba de día en día. Había llegado a polarizar en torno a sí mismo las mejores esperanzas. Existía, sin embargo, un peligro. El de que su obra viniese a quedar marcada con el sello de su personalismo, todo lo brillante que se quiera mientras él viviese, pero destinado a la infecundidad en el momento en que por una u otra razón hubiese de abandonarla. Esto puede satisfacer a las almas vanidosas y a los que buscan ante todo el triunfo de sí mismos. De ninguna manera a un espíritu sacerdotal obsesionado con la idea de que la gloria que los hombres deben a Dios no se detenga nunca en su carrera. De estos últimos era don Enrique. Su afán constante fue crear y multiplicar obras difusoras del bien, pero despersonalizadas y amplias; sembrar la semilla en todos los campos para que un día broten las espigas aunque nadie se acuerde del sembrador; fundar en cada ciudad y pueblo de España grupos cristianos con íntima capacidad renovadora; ofrecer a los sacerdotes medios eficaces para el apostolado trascendente y fecundo; asegurar, en una palabra, la permanencia de ideas y propósitos concebidos para una acción duradera.

7. En el verano del 73 ya le bailaba en la cabeza una nueva obra que pronto se extendería prodigiosamente a toda España. Se había retirado a hacer sus acostumbrados Ejercicios Espirituales en la soledad amable del Desierto de las Palmas. Había dado algunas Misiones a hombres y niños, después de lo cual, se quedó a pasar unos días en Benicasim en la casa de sus tíos. Desde aquí, escribía a su amigo Altés esta carta cargada de rumorosas resonancias virgilianas:

Benicasim (a vista del mar) 25 julio 1873:

¿En dónde te hallará ésta, mi buen amigo? ¿Sudando en tierra árida y seca? ¿Por qué no creíste a tu amigo? ¿Por qué no viniste al Desierto de las Palmas a descansar y cobrar nuevo aliento en deliciosa soledad?, ¿por qué? Si hubieses venido conmigo, ayer hubieras llegado a mi excursión última a Borriol y Desierto de las Palmas y te hallarías al lado de una linda capilla nueva, a un tiro de ballesta del mar.

Hay un P. Jesuita y pasado mañana espero al Rdo. Martorell, tu condiscípulo. Una hojosa parra cubre mi ventana que mira al mar y al compás de las ondas y suave refrescante brisa, te escribo. Hoy empiezo baños. Tengo un cocinero que ha bajado del Desierto y él me arregla la comida. Estamos solos y bien acompañados. Algunas devotas familias de Castellón están por ahí…Hoy y mañana confío concluir la Revista de agosto…Y quiero descansar…Veo lo necesito.

En Borriol hemos hecho casi una misión. Hemos confesado a todos los niños y niñas y muchos grandes. Todo por Jesús. Te envío una oración popular de Santa Teresa recogida de boca de una piadosa mujer. Los pensamientos son verdaderos y bellos, pero al verso le falta algo. Podrías tú retocarla, o añadirle o quitar, y la imprimiríamos en el mes de octubre. Aquel mes quiero consagrarle a la Santa todo el número entero. Haríamos tirada aparte y la imprimiría en el librito de las jóvenes católicas. En ésta, paz octaviana, Dios nos la conserve y la dé a toda España. Saluda a esos buenos sacerdotes, parientes y amigos.- Tuyo en Jesús.- Enrique de Ossó.

A un tiro de ballesta del mar…una hojosa parra cubriendo su ventana…una oración de Santa Teresa, recogida de labios de una mujer del pueblo…paz octaviana…Hermoso paisaje de la naturaleza y del espíritu el que permiten adivinar estas palabras.

Pero observe el lector que también dice: Quiero descansar…lo necesito. Y habla de su Revista y de un librito de las jóvenes católicas… ¿Qué era esto? ¿A qué aludía con estas palabras? Sin duda, Altés estaba ya en el secreto de sus planes.

8. Octubre de 1873. De nuevo en la brecha. Clases, predicación, catequesis, artículos para la imprenta, reuniones incesantes…Los habitantes de Tortosa empiezan a hablar de la Novena que se va a celebrar en honra de Santa Teresa con solemnidad extraordinaria. Nunca se habían tributado cultos a la Santa en la ciudad. Las autoridades desahogan su rabia mal reprimida en comentarios impotentes. No pueden impedir que se detenga aquel movimiento de profunda piedad y rancio españolismo. La iglesia del Seminario, única parte del edificio no ocupada, abre sus puertas el primer día de la Novena y resulta insuficiente para el enorme gentío que acude. Predica don Enrique. También las oraciones que se rezan desde el púlpito están tomadas de un opúsculo escrito por él titulado “El día 15 de cada mes”.

Crece el entusiasmo de los tortosinos y el último día de la Novena, fiesta de Santa Teresa, se desborda de júbilo y exaltación religiosa. El señor Obispo ocupa la cátedra sagrada y dirige al pueblo una ardorosa alocución. Casi se sienten ganas de gritar dentro de la iglesia.

Allá, junto al altar, bien visibles a toda la inmensa concurrencia de fieles, aparecen siete muchachas jóvenes, que en voz alta renuevan las Promesas del Bautismo y hablan de vivir intrépidamente un cristianismo activo y generoso y de cumplir las reglas de su Asociación. Acaba de fundarse lo que será más tarde la Archicofradía Teresiana. Don Enrique daba gracias a Dios mirando al porvenir.

CAPÍTULO XVI

LA ARCHICOFRADÍA TERESIANA. CLARIVIDENCIA APOSTÓLICA DE DON ENRIQUE

1. Precursor de la Acción Católica,- 2. Carácter de la Archicofradía.- 3. Confianza en la mujer.- 4. Piedad, estudio y acción.- 5. Magnífica acogida del Episcopado español.- 6. La Archicofradía, instrumento providencial.- 7. Palabras del Obispado de Tortosa.

1. Cuando hoy hablamos de apostolado seglar, nos olvidamos fácilmente de una cosa, a saber: que hace cien años era casi completamente desconocido. Aun ahora, observamos con pesar la diferencia que media entre la realidad tan pobre y el ideal tan espléndido. Pero resulta relativamente fácil hacerse comprender. Se han venido abajo muchas cosas, han mediado llamadas apremiantes de los Papas, han surgido grupos minoritarios por todas partes con el fuego de Pentecostés sobre la frente, y se ve muy claro que, o se entiende así el cristianismo o no hay nada que hacer. Las discusiones están de más y van relegándose definitivamente a los tercamente enamorados del bizantinismo o de la siesta. Don Enrique de Ossó tiene la gloria de haber sido un auténtico precursor de la Acción Católica. Ello es de un mérito extraordinario, por lo cual, me dispongo a examinar este aspecto de su vida con irrefrenable cariño y veneración.

Hemos dicho en uno de los anteriores capítulos que don Enrique concibió su sacerdocio como una consagración total a Dios y como una lucha incesante contra el espíritu del mal en todas sus formas. Este carácter sacerdotal tan perfectamente asimilado por él es el manantial hondo de donde brotan todas las corrientes de su vida. En su actuación no hay palos de ciego ni pasos al azar. Es un asalto metódico y formidable a las posiciones del enemigo. Avanza sin cesar, no conoce el repliegue, va estrechando el cerco cada día más. Ante estos hombres, no se puede reprimir un sentimiento de pena muy honda porque se ve que también tienen que morir. Parece que se les va a ver dominar el mundo con sus manos de hierro y con los anillos gigantescos de su espíritu. Hasta que un día Dios los llama y desaparecen. Ellos también. Los Macabeos de todos los tiempos que riñen las batallas del Señor. Tiene que ser así.

2. Dos días antes de que esas siete jóvenes aparecieren ante los fieles de Tortosa manifestando de manera tan pública y solemne lo que querían ser, el 12 de octubre, había reunido don Enrique a más de 300 muchachas en la iglesia de San Antonio para elegir la Junta de Gobierno de la Asociación que nacía. Ante ellas habló largamente y explicó el objeto de la misma, tal como lo había expuesto en una circular que había repartido profusamente. De este documento son los párrafos siguientes que merecen de nuestra parte una atención especialísima.

Bajo la bandera de la Virgen María y Teresa de Jesús os convida a militar el que os ama en Jesucristo y aspira a salvar la patria y el mundo, salvándoos a vosotras. Vosotras sois quienes debéis decidir y sentenciar sin apelación si la familia y el individuo, y por consiguiente, si la sociedad entera, han de ser de Jesucristo, o de Lucifer; de Dios, o del demonio: si adorarán la virtud, o se abandonarán al vicio. Como sé que los pechos españoles son generosos y esforzados, y que bajo los delicados miembros del sexo débil late un corazón de fuego, capaz de grandes empresas, os propongo mi plan bajo la forma de batalla, pues a un ejército en orden es comparada María, bajo cuyos auspicios acaudilla Teresa el cerrado escuadrón de sus hijas las Carmelitas Descalzas.

El objeto de mi Asociación es el mismo que nos propone la Iglesia al admitirnos en su gremio: renunciar a Satanás, a sus obras y pompas, para hacer lugar al Espíritu Santo: echar de las almas a Lucifer, para que viva y reine en ellas Cristo Jesús.

No se trata de que entréis monjas, ni siquiera de cargaros con nuevas obligaciones o de imponeros duros sacrificios: no se trata sino de que seáis cristianas de veras, y de facilitaros los medios de serlo. Lo primero es un deber riguroso, imprescindible; los segundos los encontrareis en la Asociación a que se os llama. ¿Habrá alguna que no responda al llamamiento? No es posible, puesto que sois católicas y españolas. Además, en la Asociación de María y Teresa cada una se encontrará en su propia casa. ¿Sois nobles y de ilustre cuna? María era hija de cien reyes, y Teresa de Jesús emparentaba con los hombres más ilustres de la tierra hidalga de Castilla. ¿Sois artesanas? María no se desdeñó de ser y llamarse esposa de un carpintero de Nazaret, y Teresa de Jesús hallaba sus delicias en confundirse con la gente del pueblo. ¿Sois labradoras? Ocupadas María y Teresa en los quehaceres domésticos y de la familia, no hacían sino lo que vosotras hacéis.

¿Qué falta aquí para que se pueda decir que nacía la Acción Católica? “No se trata de que entréis monjas…”. “Cristianas de veras…”. “Echar de las almas a Lucifer para que viva y reine en ellas Cristo Jesús…” y este apostolado, en el propio ambiente; si nobles, en su nobleza; si artesanas, en su propio taller; si labradoras, en los quehaceres correspondientes. Se trataba sencillamente de vivir el cristianismo con un estilo militante para sí y para con los demás. Despertar la generosidad cristiana de las almas en gracia. Hacerlas salir del huerto cerrado de una piedad exclusivamente personal y un tanto egoísta para ponerlas cara a cara con las necesidades del mundo, frente al cual los puros lamentos son inútiles si no van acompañados de una acción redentora que le purifique y le eleve en su miseria.

Él había empezado esta labor ya con los jóvenes, al fundar la Congregación de San Luis Gonzaga para los muchachos del campo. Ahora la continuaba con las jóvenes marcando horizontes mucho más amplios. En la exposición que hacía al Ilmo. Sr. Obispo de Tortosa pidiendo la aprobación de su proyecto escribía frases tan hermosas como éstas:

Formar, pues, el corazón de la mujer española en el molde de Teresa de Jesús, copiar su fisonomía, hacer que reviva la imagen de Teresa en las católicas españolas, es a lo que aspira la proyectada Asociación. Tenemos una Juventud católica de jóvenes; hagamos para que haya en España una Juventud católica de doncellas. Así la obra será completa y España se regenerará; porque tal es el mundo, tanto vale una nación, cuanto valen las madres que dieron el ser a sus hijos y los educaron; y sabido es que tanto valen las madres, cuanto valen las jóvenes que en un día más o menos lejano lo serán. Por esto nuestra Asociación es de doncellas que viven en el mundo.

Y no hemos hallado medio más a propósito para lograr este fin que procurar que, con María Inmaculada, sea conocida Teresa de Jesús, su espíritu, su vida y escritos. Que tenga fieles admiradoras y amantes imitadoras en el siglo, como los tiene en el claustro: porque no todas pueden seguir a Teresa hasta la renuncia real, efectiva, heroica de padres y familia, y exigencias del mundo, y menos hoy día en que tanto se persigue a los Institutos Religiosos; pero sí que toda joven católica podrá imitarla en la oración, en la generosidad, en la fe viva y práctica, y en el amor de Dios y del prójimo. Es nuestra aspiración que los intentos de Teresa de Jesús sean realizados en nuestra España, no sólo por un puñado de almas escogidas que moran en el claustro de deliciosa soledad, sino también por todas las jóvenes que llevan el glorioso título de católica.

No es cosa nueva la que nos proponemos. Queremos en primer lugar con los medios que indicamos que sea una verdad en las doncellas lo que solemnemente prometieron a Dios y a su Iglesia al recibir el Santo Bautismo, esto es, la renuncia de Satanás, de sus obras y pompas.

Queremos que siendo ellas miembros vivos de la Iglesia, injertadas en Cristo, como el sarmiento en la vid, continua y eficazmente influya el buen Jesús su virtud y gracia en los corazones de las doncellas cristianas; que vivan en Cristo, estén unidas a Él íntimamente en caridad, vivan su vida, en una palabra, le conozcan y le amen; le hagan conocer y amar.

Para lograr este fin señalamos un ejercicio cada año, cada mes, semana y día; aunque el fundamento está todo en tener cada día un cuarto de hora de oración y meditación en soledad; recibir a menudo a Jesús sacramentado y alimentarse con la lectura de los escritos inspirados de Santa Teresa.

Queremos despertar, avivar, perfeccionar en el corazón de la Juventud católica femenil cierta susceptibilidad delicada y simpatía santa por Jesús, por sus intereses, por su gloria, por la salvación de las almas.

¿Y qué mejor a este fin que ponerles a la vista a María, Madre de Jesús, Reina del Corazón de Jesús, y si acaso este modelo lo juzgan almas poco generosas por muy elevado, a la hija predilecta de Jesús, a su esposa privilegiada Teresa? María es toda de Jesús; Teresa lo es también; y Jesús es todo de María y todo de Teresa. ¿No serán todas de Jesús las hijas de entrambas modeladas a su semejanza?

Quizá esta falange escogida, Ilustrísimo Señor, será la que apresure el restablecimiento del reinado de Cristo Jesús, y como la Magdalena y devotas Marías, la que anuncie a los afligidos Apóstoles la nueva suspirada y gozosa de la Resurrección de Cristo y del triunfo de la Iglesia.

Es verdad que tenemos las Hijas de María, las Esclavas de María y otras asociaciones católicas de jóvenes; pero su carácter no está españolizado, digámoslo así; falta añadir a lo católico lo español, inoculando en ellas el espíritu de Teresa de Jesús.

Las Hijas o Esclavas de María, sin ninguna innovación ni cambio, sólo con asociar Santa Teresa de Jesús a su patrona la Virgen Inmaculada, podrán obtener este resultado.

S. S. I. en su ilustrado celo pasará la conveniencia o inoportunidad de dicha Asociación. Y en el caso de honrarla con su aprobación, espera el que suscribe de la bondad de S. S. I. y de sus apostólicos desvelos por todo lo que se ordena al mayor bien de las almas y gloria de María Inmaculada y de Teresa de Jesús, se dignará tomar bajo sus auspicios la Asociación proyectada y enriquecerla con indulgencias.

3. No podemos menos de afirmar que fue una nota característica de don Enrique su confianza en la mujer, lo cual merece ser meditado. ¡Tantas cosas peregrinas han sido dichas y escritas sobre las mujeres…! Hasta en aquellos que por ministerio se entregan a los nobles trabajos apostólicos, ha habido una verdadera invasión de criterios y literatura excesivamente

varoniles. Polémicas sobre si se debe prestar más o menos atención al trabajo con ellas…desconfianza en su capacidad…a veces desprecio hacia su modo de ser y de reaccionar…otros, por el contrario, se han dejado llevar de la corriente de fácil comodidad que el apostolado entre el devoto femíneo sexo tiene, y no parece sino que la Religión que ellos predican ha sido establecida únicamente para esa porción bella y débil de la humanidad. Ni lo uno, ni lo otro. Lo que conviene tener presente es que la mujer es distinta del hombre. Nada más. Pero tanto el hombre como la mujer, ambos a dos, han sido llamados a participar en el Reino de Dios. Y desde luego, sean cualesquiera las diferencias, lo que es innegable, colosalmente innegable, es la terrible influencia de la mujer en la vida. Ni una sola revolución se ha hecho en la historia sin el concurso de las mujeres. Ni siquiera la revolución Cristiana. San Pablo, en sus intentos de penetración del mundo pagano, bien utilizó la ayuda magnífica de unas cuantas mujeres extraordinarias. Después, cuantas veces ha habido necesidad de volver a empezar, en las crisis más o menos violentas que la sociedad cristiana ha sufrido, indefectiblemente ha habido que ir a buscarlas y pedirlas su cooperación. Acaso no sea esto necesario en alguna tribu salvaje de África y Oceanía. En el resto del mundo, al menos donde florezca la cultura cristiana, sí que lo es.

Era esto lo que tenía presente don Enrique en su apostolado con la mujer. Cuando años más tarde, en sus primeros pasos para fundar la Compañía, le decía su amigo, el padre jesuita, Martorell: “No te metas con mujeres, a San Ignacio le hicieron padecer mucho y tuvo que dejarlas…”, contestaba sencillamente: “He hecho propósito de sufrirlas con paciencia”, o se callaba con una elegante cortesía para no enredarse en discusiones inútiles, y pensaba en el hecho positivo, indestructible e inmodificable de la influencia de la mujer. Y por lo mismo escribía también ahora:

> ¿Se ha visto nunca al mundo resistir la acción simpática, la ardorosa influencia de la mujer? Corazón de la familia, reina del hogar doméstico, dulce encanto de la sociedad y gloria de la religión; la mujer católica posee la virtud de asimilación, pero virtud sin límites e irresistible. El mundo ha sido siempre lo que le han hecho las mujeres. Y a un mundo hecho por vosotras, formadas según el modelo de la Virgen María con las enseñanzas de Teresa; un mundo que, rendido a los pies de María, lea a Teresa, no podrá ser sino un mundo de Santos. Manos, pues, a la obra, que el tiempo urge y apremian las circunstancias.

4. La Asociación fue concebida por él como una agrupación de jóvenes en el seno de cada parroquia, con el objeto de renovar el ambiente de indiferencia religiosa que se había extendido por pueblos y ciudades. A ella podrían pertenecer grupos numerosos, la masa de cultivo, pero dentro de los mismos existía siempre una minoría rectora cuidada con mayor esmero y vigilancia, brazo derecho de los párrocos para sus trabajos apostólicos. Habrían de celebrar Ejercicios Espirituales todos los años, una vez al mes cultos especiales y actos de piedad en honor de Santa Teresa, asistirían con frecuencia a instrucciones y conferencias que oportunamente debían organizarse, tratarían de abrir donde fuese posible escuelas dominicales para ejercitarse en el apostolado. Y como base principal e indispensable, el cuarto de hora de oración diariamente. Es decir, lo que hoy llamamos piedad, estudio y acción (1).

Como por otra parte, la Revista Teresiana llegaba puntualmente todos los meses aun a los lugares más apartados, el movimiento se hacía más poderoso cada día, las jóvenes cobraban conciencia de su fuerza, se estrechaban los lazos de unión espiritual entre las distintas regiones de España, y un santo entusiasmo del que no eran los menos contagiados los propios sacerdotes que experimentaban los frutos de la Asociación siempre en aumento, templaba para la lucha los ánimos de aquellas huestes teresianas llenas de atracción y simpatía.

Surgían colaboraciones espontáneas en la Revista para dar cuenta de las fiestas y actividades de diverso orden que habían tenido lugar. Don Enrique, con gran sentido de la propaganda, se las arreglaba para dar cabida a todas en sus páginas y pedía constantemente que se enviasen relaciones de las mismas. Hasta de Alaejos, oscuro pueblo de la provincia de Valladolid, sin otro mérito actual que el de los retablos de sus iglesias y las torres esbeltas de sus campanarios, he visto crónicas vibrantes que daban cuenta de los actos celebrados. Nada digamos de las provincias de Cataluña y Levante. La Asociación arraigó con tanta fuerza que se llegó a decir que estaba de moda pertenecer a ella, y no había señorita de clase más o menos alta con preocupaciones cristianas que no diese su nombre y, con el nombre, sus afanes.

En diciembre de 1875, Pío IX elevó la Congregación al rango de Archicofradía Primaria con todos los derechos, honores y prerrogativas acostumbradas, y con facultad de

comunicarlas a todas las Congregaciones de jóvenes católicas, Hijas de María Inmaculada y Santa Teresa de Jesús, que hubiere o se estableciesen en el reino de las Españas.

5. Los obispos acogieron la obra con satisfacción y no escatimaron sus bendiciones. Particularmente se distinguieron en ello el de Jaén, Excmo. Sr. Monescillo, más tarde Primado de Toledo; el de Salamanca, Dr. Izquierdo, después primer Obispo de Madrid; el de Ávila, Fray Fernando Blanco, Dominico; y naturalmente el de Tortosa, doctor Vilamitjana. Todos ellos, y en especial el insigne Monescillo, honraron la Revista, más de una vez, con sus artículos de colaboración.

La Archicofradía Teresiana siguió adelante con ímpetu creciente y llegó a contar con más de 130.000 jóvenes asociadas, cifra sorprendente en grado sumo para aquellos tiempos de desorganización y de incertidumbre en todo.

Sólo un año más tarde de haberse constituido, escribía don Enrique en el número de octubre del 74:

> Estamos contentos porque nuestra Asociación de Hijas de María Inmaculada está fundada ya en muchos pueblos y va dando frutos de bendición en muchas almas. Calaceite, Benicarló, Ulldecona, Fatarella, Corbera, Todolella, Alcanar, Cherta, Vinebre, Godall, la tienen ya hace días establecida. Y ciudades como Teruel, Medina del Campo, Jaca, Calahorra, Valencia, Ávila, Tarragona, Badajoz, Barcelona, Cuenca y otras la tendrán establecida a estas horas o, a lo menos, se estará trabajando para establecerla cuanto antes.
>
> Estaos contentos, porque, en un segundo Breve, el gran Pío IX se ha dignado conceder nuevas indulgencias a nuestra querida Asociación.
>
> Estamos contentos, porque, a pesar de haber nacido nuestra humilde publicación en plena revolución (octubre de 1872), que es lo mismo que decir en circunstancias las menos favorables, y más aún, hostiles a toda publicación religiosa, a pesar de las dificultades cada día mayores para la circulación de impresos, por el mal servicio de correos, va creciendo este grano de mostaza sembrado en el corazón de la España católica, y todo hace augurar nuevos y mejores días para la Religión y la patria de Teresa de Jesús.
>
> Estamos contentos porque tiene ya lectores la Revista en Francia, Italia, Bélgica, Inglaterra, Portugal y en la América y Filipinas.
>
> Estamos contentos, porque, con un solo corazón que hubiese en el mundo que por nuestros desvelos conociese un tantico más a Santa Teresa de Jesús, nos daríamos por debidamente recompensados. ¿Cuánto más constándonos que no uno, sino miles de corazones que antes no amaban o amaban tibiamente a Teresa de Jesús, hoy la aman con filial cariño y singular predilección?

Era la legítima alegría de su alma enamorada del bien, que gozaba al ver que se abrían prometedoras cosechas en campos hasta entonces no roturados. Pero se equivocaría quien creyera que con esta alegría iba a dormirse sobre los laureles. Su espíritu ambicionaba mucho más.

> No estaremos satisfechos – añadía – mientras haya un español que no admire y ame a su hermana, la gran Mujer, la gran escritora y la gran Santa, la hidalga Teresa de Jesús, ornamento el más singular de la España católica.

6. Verdaderamente fue ésta de la Archicofradía una obra singularmente oportuna y fecunda. Con ella se adelantó don Enrique muchos años a nuestros tiempos de hoy. A veces se lamentaba de que la Archicofradía no diese los frutos deseados y clamaba desde la Revista con exhortaciones y consejos para que no se abandonasen los medios espirituales indispensables para lograrlos. Es lo de siempre. Tenemos en la mano los instrumentos precisos para realizar una magnífica labor y permitimos que se inutilicen por falta de uso o los modificamos a nuestro talante con evidente peligro de hacerlos infecundos. También las actuales organizaciones de Acción Católica pueden ser eficacísimas. Pero si uno se empeña en no ver en ellas otra cosa más que meros auxiliares para que pongan flores en el altar o limpien las alfombras de la Iglesia, habrá logrado plenamente dar la impresión de que la Acción Católica no sirva más que para eso.

Que la Archicofradía fue un instrumento providencial para la España de entonces, lo prueba el hecho de que aunque no había nacido para que las jóvenes se hicieran monjas, sin embargo está perfectamente comprobado que la inmensa mayoría de las vocaciones que ingresaron en la Compañía de Santa Teresa años más tarde, y esto durante varios lustros, procedían de sus filas. Con el mismo derecho podemos suponer, aunque no tengamos estadísticas, que igualmente se formaron en su seno muchísimas madres de familia cristianas, cuya fecundidad y frutos espirituales sólo Dios conoce.

7. Tenía razón el Obispo de Tortosa para escribir en el Boletín Eclesiástico del mes de mayo de 1876 estas palabras memorables:

Por motivos de delicadeza, quizá excesiva, el Boletín ha guardado hasta ahora silencio absoluto acerca de la piadosa Asociación de jóvenes católicas de María Inmaculada y Santa Teresa de Jesús, fundada en 1873, en la capital de la Diócesis. Como quiera que no existen ya aquellos motivos, ha llegado el momento de romperlo. El Boletín lo rompe hoy y lo rompe de la manera más elocuente. ¿Hay, por ventura, elocuencia más persuasiva y eficaz que la de los hechos?

Los ejercicios de Cherta, cuyo resultado acaba de verse, son uno de los hechos más brillantes de la Asociación, pero no son el único. Muchos pueblos de la Diócesis y de fuera, donde está establecida, los han visto parecidos. La Asociación está por consiguiente juzgada: el árbol se conoce por sus frutos. Ya no falta sino que se extienda y se consolide; lo demás es obra del tiempo y de la gracia.

Y ese lo demás es nada menos que el renacimiento del reino social de nuestro Señor Jesucristo y la salvación de España. Ni se diga que son exageradas y absurdas estas aspiraciones de una humilde Asociación de jóvenes doncellas. ¿Qué hay que no lo pueda la mujer? La fe una Mujer introdujo en el mundo a Jesucristo, una Mujer lo dio a conocer a las naciones, una Mujer lo sostuvo en su glorioso trono contra los porfiados asaltos de todos sus enemigos. *Gaude Maria Virgo, cunctas haereses sola interemisti in universo mundo*. Lo que esa gran Mujer hizo una primera vez, ¿por qué no podrá hacerlo una segunda? Y las jóvenes católicas serán, así lo esperamos, cooperadoras poderosas de esa gloriosa y salvadora restauración.

Colocados bajo los auspicios de la gran Madre de Dios, la mujer que hizo aquellas maravillas, y acaudillas por otra mujer que no puede ciertamente comparársele, pero que no es indigna de ella; por la ínclita Teresa de Jesús, que ha sido apellidada justamente "el martillo de la herejía, el sostén del Catolicismo y el apóstol de España", las jóvenes católicas reanimarán las antiguas creencias y harán revivir el espíritu religioso amortiguado en las familias; y en cuanto esto suceda, será otra vez cristiano el espíritu público y cristiana la sociedad, porque ésta es lo que son las familias que la constituyen.

Manos españolas, a despecho de España, están abriendo al error las puertas de la nación. Pongamos por nuestra parte a la puerta del hogar doméstico a la joven católica, armada con el escudo de la fe y el encanto moral de sus virtudes, y ella le cerrará la entrada. Más aún. Si por sorpresa, por incuria, por culpable complicidad de los naturales guardadores de los intereses religiosos de la familia, el error llegase a franquearla y a tomar asiento en medio de ésta, la joven católica le impondrá respeto, le creará obstáculos, le aislará, le hostilizará, no le dará tregua hasta que le haya arrojado de su seno. Siempre en esta clase de luchas, a la mujer católica, para vencer, le ha bastado combatir, porque nunca el error ha podido arraigar donde la mujer católica no se ha hecho su cómplice.

Nada, pues, más natural que el favor que a la Asociación de Jóvenes Católicas han dispensado los Prelados de la Iglesia y singularmente el Sumo Pontífice.

(1) Don Enrique, como tendremos ocasión de comprobar, ha sido uno de los hombres más enamorados de la oración que podemos encontrar. Pero lo más genial de este enamoramiento, puestos ya a juzgar el afán que tuvo de difundir entre toda de personas el espíritu de comunicación con Dios, fue quizá la forma práctica que supo dar a su incesante campaña a favor de la oración. Lo del cuarto de hora de oración – título de su libro más famoso y a la vez su recomendación favorita – fue, a mi juicio, un acierto colosal. El bien espiritual que se ha derivado de esta frase feliz – eco de la atribuida a Santa Teresa – es asombroso.

Si don Enrique hubiera insistido por ejemplo en la conveniencia de hacer media hora diaria de oración, podemos estar seguros de que muchas, muchísimas personas, se habrían asustado y no hubieran llegado a orar ni diez minutos cada día. Pero al señalar un cuarto de hora, muchas, muchísimas almas, vieron que esto era fácil, y conquistadas pronto por la dulcedumbre del amor que con la oración se despierta, pasaron pronto - ¡ya lo creo! – de los veinte minutos y aún de los treinta diarios.

Esta fue la contestación que dio un día al jesuita P. Augusto Hupffel, que le preguntaba por qué no había ordenado más que ese breve rato. "Porque si a él se aficionan – respondió don Enrique – la prolongarán media hora y hasta una hora". ¡Magnífico psicólogo!

CAPÍTULO XVII

AVANCE CONTINUO DE SUS OBRAS

1. “El Cuarto de Hora de Oración” y otros escritos.- 2. Los Rebañitos del Niño Jesús.- 3. Con los Curas de los pueblos. Su amor a los niños.- 4. Naturalidad y simpatía.- 5. Un recuerdo emocionante.- 6. Identificación con Santa Teresa.- 7. Viaje a Ávila y Alba de Tormes, con su amigo Altés.- 8. Profunda estimación a su persona de los Obispos de Salamanca y Ávila.

1. Don Enrique seguía entregado a una actividad vertiginosa. Sólo su fuerte espíritu de oración y su robustísima vida interior podía darle ánimos para aquel batallar incesante. No es de fácil explicación cómo un hombre solo puede alcanzar tantos y tan variados objetivos. Porque no era él de esos que fundan una obra y la abandonan para ir a crear otras. Espíritus de enfermiza inquietud que cambian de pluma y de nido constantemente, como si su afán único fuera volar por volar sin rumbo fijo. Don Enrique no se apartó de una sola de las obras a que su actividad creadora le iba empujando hasta que tenían sólida consistencia en los cimientos y airosa gallardía en la fachada. De manera que llegó pronto un momento en que se veía obligado a atender casi solo a seis o siete actividades distintas, cada una de las cuales hubiera bastado para consumir la vida a un hombre. ¿De dónde sacan tiempo esto seres extraordinarios? No hay más que una respuesta. De su inmenso espíritu de sacrificio y abnegación personal.

Obsérvese la táctica que va desarrollando. Apenas fundada la Archicofradía, da a la imprenta “El Cuarto de Hora de Oración”, libro famoso del que hablaremos más tarde, rebosante de teresianismo desde la primera página a la última, con el fin de que sirviera a las asociadas como alimento de su espíritu y medio de oración. El bien que hizo este libro fue extraordinario. Juntamente con él editó unos opúsculos titulados “El espíritu de Santa Teresa de Jesús”, los cuales contenían máximas y pensamientos sacados textualmente de las obras de la Santa. Muchos de estos y otros libritos semejantes los enviaba gratuitamente a los suscriptores de la Revista.

2. Pero todavía quería más para que la Asociación se perfeccionase de día en día. Conocedor de que en obras de esta índole suele haber a los comienzos un entusiasmo que fácilmente se extingue con el correr del tiempo, salió al paso del posible peligro fundando los célebres Rebañitos del Niño Jesús. Eran éstos agrupaciones de niñas pequeñitas, las más selectas y capaces de las Catequesis Generales de las que él era el alma, y que ya, a estas alturas de 1874, constituían en Tortosa una obra maestra de pedagogía cristiana. Pues bien; a estas niñas así escogidas las cuidaba él con mayor esmero y diligencia, las instruía aparte, fomentaba exquisitamente su piedad y las formaba en el espíritu de oración, llegando hasta editar para ellas un librito de meditaciones titulado “Viva Jesús” (1). Así formadas, cuando eran mayorcitas pasaban a la Asociación como un fermento renovador de primera calidad, ocupaban fácilmente los puestos directivos y se mostraban capaces de desarrollar una labor de apostolado sencillamente extraordinaria. También los Rebañitos se extendieron por muchos pueblos y ciudades de España, pero en ninguna parte dieron los resultados que en Tortosa, porque la dificultad de cultivar con arte materia tan delicada requiere manos muy expertas, y muy pocos tenían las raras condiciones pedagógicas y sobrenaturales de don Enrique.

Como dato curioso y significativo haré constar que las meditaciones de este precioso librito “Viva Jesús” las dictó, no las escribió, a don Francisco Altés, hermano del sacerdote don Juan Bautista, en unos cuantos días en que no pudo tomar la pluma por padecer una enfermedad en los ojos. Se arrodillaba en un reclinatorio, se ponía a orar en voz alta y su amigo, desde la habitación contigua, entreabierta la puerta, iba tomando nota de aquellas dulces plegarias y hermosos pensamientos que brotaban de su alma. ¡Lástima de un pintor con alta inspiración que hubiera inmortalizado la escena! Sucedía todo esto en el año 1874.

3. Don Enrique no descansaba. En los días y períodos más largos de vacaciones en que le dejaban libre las obligaciones de su cátedra, viajaba continuamente de una parte a otra parte para dar Ejercicios, misiones, conferencias…Su fama de sacerdote santo y extraordinariamente capacitado corría ya de boca en boca por toda la comarca. Los curas de las parroquias le invitaban a predicar, cosa que él aceptaba con gusto, siempre que podía, porque ello le permitía ponerse en contacto con la Asociación donde ya estaba constituida o fundarla donde no se había establecido. Organizaba siempre actos especiales para los

hombres, para las jóvenes, y - ¿cómo no? – para los niños y niñas. Casi estoy por decir que eran éstos los que constituían sus preferencias. Años más tarde, cuando visitaba los colegios de la Compañía de Santa Teresa, buscaba con santa impaciencia a los párvulos y niñas de las clases inferiores y con ellos tenía sus delicias. Solía decir que era la única gente de bien que había en el mundo. Cargado de gravísimas preocupaciones y sobre el alma la cruz larga y pesada del sufrimiento, le brotan irreprimibles sus antiguas aficiones de catequista y daba al olvido sus pesares en diálogo con los inocentes pequeñuelos, en cuya frente purísima veía reflejada la limpieza de la suya. Es ésta otra misión que tienen los niños en la tierra. La de consolar frecuentemente a los mayores de la manera más elegante que puede brindarse el consuelo: sin advertirlo.

A su paso por las parroquias iba dejando la estela de un recuerdo amable e inconfundible por el frescor sobrenatural que emanaba de toda su persona. Jamás se ocupaba en discusiones de tipo político, tan frecuentes y apasionadas entonces. Sabía dar un quiebro oportuno y gracioso cuando la conversación había entrado por esos derroteros y, sin que apenas se dieran cuenta sus interlocutores, se veían de nuevo envueltos por la atmósfera limpia y oxigenada de sus palabras dignas.

4. Todo con naturalidad. Sin antipáticas extravagancias. Discípulo eminente de Santa Teresa, también sabía imitarla en esto de los donaires y alegres decires. Nada más opuesto a él que la afectación y las amonestaciones impertinentes con que algunos confunden la gravedad y lo que logran es triturar al amigo o al súbdito. Si se apartaba de esta clase de conversaciones en que la frivolidad o la pasión política daban el tema, era porque sabía que casi siempre son por lo menos inútiles, cuando no sirven para dividir los ánimos, como por desgracia, se vio tan deplorablemente en España, rota en mil fracciones en aquella época y las siguientes, hasta el punto de que llegó a ser una de las más vivas y acuciantes preocupaciones de la Jerarquía la profunda división de los católicos. Don Enrique vivía de cara a la actualidad, pero en la altura. Precisamente porque quería luchar contra los males del momento, sin perderse en el laberinto que a tantos había ofuscado, hacía lo que hacía.

Se hospedaba siempre en casa de los sacerdotes, sus amigos de veras. Estos le veneraban a pesar de su juventud y se disputaban su amistad. Veían su celo, su desprendimiento, su grandeza y elevación de miras y se dejaban prender fácilmente en las redes de su virtud y simpatía.

La amplia cultura y la perspicacia de que dio abundantes pruebas hacían que su conversación fuese muy entretenida. Lejos de ser huraño y antipático, tuvo un poder de tracción muy grande. Su hombría extraordinaria, la fuerza de su temperamento humano, el conjunto de su figura y más que nada su virtud, influían en los demás poderosamente.

5. Todavía no hace mucho tiempo, me contaba una religiosa teresiana que en la época de la revolución roja tuvo ocasión de conocer en Barcelona a un sacerdote muy anciano, refugiado como ella aquellos tristes días en una casa particular, donde les habían ofrecido hospitalidad, el cual había sido gran amigo de don Enrique. Deseosa la monjita de que le contara cosas de su Padre Fundador, el buen anciano accedió gustoso y ante ella iba desgranando sus recuerdos. Como le instase a que la hiciera una descripción más detallada de su espíritu y de su carácter, el viejecito se recogió en sí mismo como evocando una época ya muy lejana y se quedó mirando al vacío: “¿Describirle detalladamente…?” Preguntó como ensimismado. “¿Su alma…?”, “¿el alma de don Enrique…?” “Es algo superior a mis fuerzas. No puedo”. Y repitiendo por tres veces: “¡Era un santo!, ¡un santo!, ¡un santo!...” ocultó su rostro entre las manos visiblemente emocionado por aquel recuerdo que venía a su mente ahora, cuando su vida llegaba al ocaso y en Barcelona se perseguía a Jesucristo. Era una tarde áspera y fría de noviembre (2).

6. Su devoción a Santa Teresa había llegado a ser ya consubstancial con su persona y su vida. Era el caballero andante de la Santa. La Revista, los libros que publicaba, los sermones, todo conspiraba a encender más y más en su alma la devoción a la mística Doctora. Con frase afortunada se llegó a decir de él que vivía toda su vida enteresianado. La razón de esta dedicación tan absoluta y total a su dama, Teresa de Jesús, creo que hay que buscarla en la gran semejanza del carácter y anhelos de don Enrique con los de la Santa. Por temperamento, era enemigo del mariposeo y la ligereza; buscaba en todo la densidad y el peso; esencialmente comunicativo y afectuoso, necesitaba que el ideal a que su vida se rindiese fuera compartido por otros. Don Enrique era un hombre de corazón. De un inmenso

corazón. Amaba siempre. Sacerdote de Cristo en una época terriblemente crítica y agitada, se entregó sin reservas al trabajo del apostolado. Buscaba al pueblo, a las almas, las almas que se perdían desconocedoras del tesoro de la piedad cristiana. Él quería ofrecerles doctrina, amor y esperanza. ¿Quién mejor que Santa Teresa podía ser su apoyo firme en esta empresa? Nadie como ella reunía con tanta precisión ese conjunto de virtud, gracia, solidez, doctrina, simpatía y hasta atractivo humano. A ella se le había roto el corazón de tanto amar. Ella también necesitó comunicarse. Y buscó al pueblo a su manera, porque por el pueblo pasó en sus tareas de fundadora sin dejar de acariciarle con la brisa de su ternura y gracia maternal, y al pueblo indirectamente quería ofrecer los frutos de su Reforma. A Santa Teresa, igual que a don Enrique, su gran corazón no la hizo nunca perder la cabeza una vez que se entregó a Dios. Pensó mucho y supo escribir lecciones magistrales. Y de la misma manera que con su corazón de madre acunó a todos los hijos e hijas que la trataron de cerca, con su inteligencia de Doctora iluminó para los presentes y los venideros las rutas oscuras de las almas que quieren amar. Y esto fue don Enrique toda su vida…un corazón casi de madre, y un alma de maestro. Además para sí mismo, personalmente considerado, el hondo cariño a Santa Teresa cumplió un papel importantísimo: porque él también necesitaba amar. Dichosos los que ponen su corazón en tesoros como éste.

7. Para afirmarse más en su devoción a la Santa y sin duda también para buscar junto a ella orientación y luz en orden a sus futuros planes, mediado agosto de 1875, hizo un viaje con su amigo Altés para visitar la cuna y sepulcro de la gloriosa Virgen Avilesa. Ningún otro objeto le guiaba. Lo había preparado todo en silencio, como quien saborea un propósito muy íntimo y delicado. Era un gozo fuerte de su espíritu. Y allá se fue con el amigo inseparable. Visitó todos los conventos de Carmelitas Descalzas que halló a su paso. En Villanueva de la Jara (Cuenca) dejó una postulante. Pasó por Madrid sin detenerse más que al regreso. Tenía prisa en llegar a Ávila, la ciudad de piedra con cielo de cristal. La de las sierras con regatos de agua clara y caminos cubiertos con el polvo de la mejor historia. Ávila de los Caballeros…Allí estuvo velando las armas, si es que todavía lo necesitaba él, tan ardientemente entregado al servicio de su Reina. Los recuerdos venerables que allí se conservan de la Santa hacían saltar de gozo a su corazón. Él no era un extraño en aquellos místicos jardines. Hacía años que venía trabajando por dar a conocer el perfume de sus flores. Ávila…Alba de Tormes…Cuna y sepulcro… ¡Si era él quien la había invitado a salir para recorrer juntos los montes y llanuras de España…! Ahora venía a presentarla los frutos conseguidos. Sus libros, la Archicofradía, el Rebañito, la Revista…Aquella Revista conocida y amada ya en todas las ciudades españolas. Precisamente desde hacía unos meses adornaba su primera página con la fotocopia de un autógrafo que había enviado al Sumo Pontífice Pío IX al bendecir a don Enrique y redactores. Decía así “Virgo Theresia dirigat mentes et manus. Deus autem benedicat et illuminet”. Llevaba fecha del 15 de febrero de 1875. Ahora se lo brindaba todo a su Santa idolatrada y le pedía que siguiera acompañándole en su incesante caminar.

Después de establecer la Archicofradía en Ávila en una fiesta solemnísima en que predicaron don Enrique y el señor Obispo, pasó a Alba de Tormes, donde estuvo cinco días casi literalmente pasados en oración junto al sepulcro amado. E por entonces es una carta suya a la que pertenecen estos párrafos:

> Cinco días en Alba de Tormes, donde se venera el corazón y cuerpo incorrupto de nuestra amada Madre Santa Teresa de Jesús, en el mes y día consagrado a su transverberado corazón. ¿Puede darse mayor dicha en este mundo? Cinco días orando, celebrando Misa y oficiando en el solemne día de la Transverberación, ¿puede apetecerse mayor consuelo? ¡Ah! para un pecho teresiano, lo confesamos ingenuamente, no cabe otro mayor en este miserable destierro.
>
> No puede explicarse lo que mi corazón sintió al ver tan de cerca la profunda y ancha herida que le abrió el Serafín… ¡Oh la herida!, causa estremecimiento y grandísima compasión al contemplarla, pues corta casi de parte a parte el corazón. Deseos me vinieron de reconvenir al Serafín que tan despiadada y cruelmente hirió tan hermoso y puro corazón. Mas, ¡ay!, que el amor es fuerte como la muerte y duro como el infierno; y el Señor, ansioso de hacer la voluntad de los que le temen y aman, no podía menos de complacer a su Amada, haciéndole gustar las dulzuras y amarguras del amor, arrojándola a las llamas de este divino infierno, como ella dice.

Igualmente en Alba, el día de la Transverberación, se constituyó la Asociación Teresiana y predicó don Enrique por la mañana y por la tarde. En Salamanca se detuvo para visitar el convento de Carmelitas, fundación de la Santa, y los demás monumentos tan evocadores de la ciudad. Aquí le hablaba a su alma también el recuerdo de Fray Luis de León,

de quien tan prendado estuvo toda su vida, y que como él fue otro enamorado de Santa Teresa.

Ya de regreso a Tortosa, después de haberse detenido un día en Madrid, hizo escala en Zaragoza. En la Basílica del Pilar, donde celebró, se acordaría de aquel año, ya muy lejano, en que un niño que había enfermado en Quinto de Ebro vino a dar gracias a la Virgen por su salud recobrada. Era él, el comerciante frustrado, a quien su padre, don Jaime…Pero esto había pasado para siempre.

Fue en este viaje cuando lo mismo el Prelado de Salamanca, doctor Izquierdo, que el de Ávila, Fray Fernando Blanco, hicieron con don Enrique gran amistad que duró toda la vida. Le conocían ya por sus obras y escritos y ahora, al tratarle de cerca, comprendieron la grandeza de su alma. El primero quiso retenerle consigo y le ofreció una canonjía en la catedral. No vaciló un instante don Enrique en rechazar, agradecido, el ofrecimiento. Tenía ya orientada su vida. En cuanto al de Ávila, le tenía ya de antes en muy alto concepto y estimación, como lo prueba esta carta que le escribió en marzo de 1874.

Ávila, marzo de 1874.

Rdo. Sr. don Enrique de Ossó.

Muy señor mío y de mi distinguido aprecio: No me perdonaría a mí mismo si omitiese dar a usted un millar de gracias por lo mucho y muy bueno que usted está haciendo en honor de mi Santa, y por los libros, estampas, etc., que se ha servido remitirme, y que estimo como preciosos regalos. Estoy suscrito a la Revista, y la leo con interés y la doy a leer, y bendigo de lo íntimo de mi corazón, éste y todos los trabajos de usted en obsequio de Jesús y de Santa Teresa de Jesús. Como ella ha sido, es y será tan robadora de corazones, creo que el darla a conocer más y más ha de ser de grandes resultados para la reforma de costumbres y reflorecimiento de la piedad en los países católicos, azotados y casi agostados por el soplo mortífero de la herejía y de la impiedad. Ella es como un lugar teológico, aun para algunos que apenas admiten otros. Felicísimo pensamiento fue el de usted de utilizarla para común provecho. Siga usted animoso con su Revista y Dios le bendiga y fecunde como yo deseo y pido; y a usted harto bien se lo pagará la agradecida amante de Jesús. Con que sólo se logre despertar el deseo de leer las obras de la Santa, se hace negocio y se dará a Dios mucha gloria.

He de ver de honrarme alguna vez diciendo algo en la Revista Teresiana, pues sería cosa recia, siendo Obispo de Ávila y Dominico, y qué sé yo qué más, no echar alguna flor, como quiera que sea, en el canastillo que usted y otros van llenando a las mil maravillas. Deseo no me falta, tiempo es lo que necesito.

(1) Es de notar el siguiente caso que sucedió en Tortosa, y que manifiesta muy a las claras las gracias que por medio de la Asociación del Rebañito derramaba Dios en las almas infantiles: Una señora notó muy de mañana la falta de una hija suya, de pocos años, *ovejita* del Niño Jesús, enamorada de su Divino Pastor. Buscóla por toda la casa, mas, en vano; no la halló por ninguna parte; preguntó a los vecinos, y nadie la había visto. Afligida la buena señora, iba a ordenar que hiciesen un pregón público por si acaso alguien sabía el paradero de su hija. Mas, antes de dar este paso, recorrió nuevamente todos los rincones de la casa. Buscó y registró cuanto pudo, hasta que por fin…-¡Oh hermoso cuadro digno del pincel de Murillo! -, allá, en uno de los más escondidos rincones, vio por una ventana a su hija de rodillas, con los brazos cruzados y en actitud de meditar:

- Pero, ¿qué haces ahí, hija mía? – interrogóle su madre emocionada.

- Espérese un momentito, madre, que ya acabo – repuso la pequeña con dulzura. Y siguió sin inmutarse hasta terminar su oración.

Y no sólo en sus casas, sino también en la iglesia de San Antonio, de Tortosa, se reunían todas las tardes al salir de la escuela unas cien *ovejitas* del Niño Jesús, quienes, dirigidas por algunas jóvenes teresianas, hacían el cuarto de hora de oración alrededor de una linda imagen del celestial Pastorcillo.

(2) La escena tuvo lugar en casa de los señores Queralt, calle de Cerdeña, Barcelona. El sacerdote a quien se refiere, era don Ramón Jasset, hombre cultísimo, natural de Ascó, muy próximo a Vinebre.

CAPÍTULO XVIII

A LA CONQUISTA DE LOS HOMBRES. ALGO DE SU CARÁCTER Y SU ALMA

1. La Hermandad Josefina.- 2. Prodigiosos frutos de renovación cristiana.- 3. Rendido al poder de Jesucristo.- 4. Las ironías de don Jaime.- 5. El padre de los padres.- 6. Actividad extraordinaria.

1. 1876 es el año cumbre de la vida de don Enrique. Pláceme llamarlo así porque es cuando funda la Compañía de Santa Teresa de Jesús. Pero no voy a hablar ahora de ello. Nos ha de ocupar después varios capítulos. Me contento con aludir al hecho por exigencias del orden cronológico que hasta aquí me he impuesto.

Seguía en Tortosa absorbido por sus múltiples tareas. Y, no obstante, quiso abrirse un nuevo campo de trabajo: los hombres. ¿Qué hacían los hombres? Tenía ya en su mano a los niños, a los jóvenes labriegos, a las jóvenes de la Archicofradía. Pues, todavía más. Había de ir en busca de los hombres. Aunque el alcalde de Tortosa bramase de rabia y de coraje. Le traía a mal traer aquel cura joven, incansable y dinámico, que se había metido a Tortosa en el bolsillo. Don Enrique comprendió que el frenazo a la revolución no sería definitivo mientras no conquistase a los graves varones, padres de familia. Y a tal efecto constituyó en marzo de este año la llamada "Hermandad Josefina", exclusivamente para hombres, aunque podían pertenecer a ella desde jovencitos. Trataba de hacerse de esta manera con los no pertenecientes al ambiente campesino. Eligió como patrono a San José a quien tenía una acendrada devoción inspirada por la misma Santa de sus amores. En seguida dieron su nombre más de doscientos hombres, con los cuales aquel mes de marzo celebró fiestas muy solemnes en honor del Santo Patriarca. En ellas intervino también el señor Obispo, que veía lleno de santa complacencia cómo se iba transformando el espíritu de la ciudad, gracias, sobre todo, a las iniciativas nunca interrumpidas del profesor del Seminario. Don Enrique iba más lejos que nadie en sus apreciaciones sobre lo que aquello podía y debía ser. No se contentaba con una asociación piadosa más. Llamaba a los hombres para urgirles los graves deberes de su conciencia cristiana, para hacerles vivir como militantes de su fe, para que influyeran decididamente en la sociedad.

"Tengo para mí – decía – que así como a Santa Teresa está reservado en los últimos tiempos regenerar a España por medio de la juventud femenina, educándola por medio de su espíritu de fe, de oración y de celo por los intereses de Jesucristo, a San José está confiada la salvación de los hombres, inspirándoles amor al trabajo y al cumplimiento de sus deberes cristianos". Era todo un magnífico plan de trabajo, de penetración de ambiente y de conquista, en que sólo falta la terminología que hoy usamos para poder compararlo a las cuatro ramas de Acción Católica. Sólo su prestigio, su santidad y su fuerza lograban que sus llamamientos encontraran eco tan favorable. Afanoso como siempre de no dejar desdibujada la fisonomía de la nueva obra, la contempló desde el principio publicando un Reglamento de la Hermandad, con las prácticas y normas oportunas para cada día, mes y año, así como varios opúsculos de devoción a San José, "Los siete Dolores", una "Novena" con puntos de meditación, etc. (1).

2. El lector debe tener en cuenta que por aquel entonces las actividades que podían encomendarse a estos grupos cristianos así constituidos no estaban tan definidas como se encuentran hoy. No había hecho su aparición el comunismo bajo la forma tan penetrante y agresiva que ahora tiene, por lo que tampoco existían grupos católicos de choque, organizaciones especializadas y combativas en el terreno ideológico. No había más que anhelos dispersos y desordenados y múltiples ataques al liberalismo, sin organización seria de ninguna clase. El peligro procedía sobre todo de la irreligiosidad y laicismo incipientes, que se presentaban con novedad prometedora, muy capaz de desorientar las conciencias. Hoy estamos mucho más escarmentados y sabemos lo que dan de sí estos planes y programas. Pero entonces no. Por eso, la lucha que contra ellos se entablase había de tomar como punto de partida el fortalecimiento de la piedad cuarteada y la ilustración y cultivo esmerado de la conciencia cristiana. El mérito de don Enrique está precisamente en esto: en que ninguna de las obras que emprendió para seglares dejó de tener como objetivo primero y principal el de nutrir vigorosamente la vida interior del alma de aquellos a quienes quería renovar y disponer para las batallas sucesivas. Primero esto, después lo demás, es decir, la propaganda por

medio de la prensa, la actuación en la política, el sentido social, la responsabilidad profesional…

En este año y los siguientes, mientras vivió en Tortosa, los éxitos de una campaña así concebida fueron tan extraordinarios, que llegó a crear un movimiento arrollador en torno a la devoción a San José. Todos los meses se celebraban cultos y reuniones especiales. Pero particularmente en marzo, la ciudad entera era un foco encendido de devoción y proselitismo cristiano porque por todas partes se respiraban aquellos propósitos de restauración y vida nueva que don Enrique difundía. Cultos para las mujeres por la mañana, después de comer para los niños de la Catequística que ya pasaban de 2.000, y por la tarde, para los hombres. Don Enrique predicaba en todos ellos, daba consignas, organizaba comuniones, era un torrente cuyas aguas se desbordaban por todas partes sin agotarse nunca. Es algo que sobrecoge el ánimo leer crónicas y narraciones de la época en que se recoge la actividad desplegada por este hombre de Dios. Con la particularidad – nos dice por ejemplo Altés – que hasta entonces los cultos de San José estaban casi muertos. Más que resucitarlos, los creó de la nada don Enrique dándoles una orientación certera y eficacísima para lo que se necesitaba en aquellos tiempos. Esta actividad y este fuego que él derramaba contribuyeron no poco – sin que tal contribución signifiquen merma alguna del mérito de sus iniciadores – a que en Tortosa apareciesen por entonces nuevas obras de insospechada trascendencia, impulsadas por sacerdotes beneméritos, de alguno de los cuales, íntimo de don Enrique, hemos de hablar más tarde. La hermosa ciudad del Ebro tiene la gloria singularísima de haber visto juntos muchas veces en aquellos días de angustia a don enrique de Ossó y don Manuel Domingo y Sol, compenetrados y unidos hasta la muerte.

No se piense que don Enrique, arrastrado por el huracán de aquella prodigiosa actividad, descuidase su vida espiritual propia. El oleaje del mar en que navegaba no le hizo naufragar nunca. Esta es la prueba de los grandes caracteres sacerdotales. La fecundidad y extensión de sus obras están en proporción directa con la hondura de su espíritu. Su alma estaba rendida por completo al poder de Jesucristo. Se la oye vibrar, temblorosa y emocionada, a través de todos sus escritos y actuaciones diversas, golpeada en sus cuerdas por una inquietud que ha eliminado todas las demás preocupaciones humanas. Ni cargos honoríficos, ni remuneraciones pecuniarias, ni las suaves compensaciones de la amistad y del cariño que a un sacerdote de estas prendas nunca le faltan…Él había renunciado a todo y sólo tenía frente a sí un horizonte hermoso, pero lejano, al que no se podía llegar sino después de haber realizado el supremo esfuerzo. Él sólo pensaba en la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Durante estos años de su sacerdocio en Tortosa siguió hospedado en casa del señor Alabart hasta que murió y después en la de la familia Vergés y Pauli. Por un nieto de estos señores, don Ramón Vergés Pauli, sabemos que ocupaba una reducísima habitación, en la que tenía prohibido que nadie entrase. Sobre una estrecha cama, un jergón de paja y la ropa necesaria: nada más. Todos sabían que de las pocas horas que dedicaba al descanso, todavía robaba alguna por la noche para entregarse a la oración. Celebraba la Misa con tal fervor que parecía extasiado y consumía largo rato en la acción de gracias, inmóvil, abstraído totalmente de todo cuanto pudiera distraerle. Fue uno de estos años cuando predicando en su pueblo natal, Vinebre, con motivo de la fiesta de Santa Teresa, se transformó en el púlpito como arrebatado en una contemplación sobrenatural, perdió la noción del tiempo, y tuvo al pueblo entero suspenso de su palabra y sobrecogido por aquella extraña y mística actitud en que se sumergió hablando del amor de Dios y de Santa Teresa de Jesús.

Tenía razón el Jesuita Padre Doménech para decir que don Enrique era uno de esos hombres que Dios envía a la tierra cada cien años.

4. Su padre, don Jaime, no llegó nunca a comprender esta grandeza de espíritu de su hijo. Él hubiera deseado verle ocupar algún puesto brillante y distinguido, ganar dinero y disfrutarlo con comodidad, y hasta el fin de sus días mantuvo cierta oposición al carácter tan sacrificado y desprendido de don Enrique, a quien llamaba con ironía “El nostre Capellà dels santets”.

Un día hablaba con don Jaime el médico de Ascó, don Domingo Agustín, y le decía: “Jaime, te robaría el hijo que tienes, porque es un santo”, a lo que respondió el terco vinebrino: “Mi hijo lo que es, es un tonto, porque todo lo da. Algún día le veréis sin nada encima”. “No es un tonto – respondió el médico - , lo que verás algún día es que tu hijo es un gran santo”. Se le escapaba a don Jaime la fuerza del espíritu de su hijo por entre los dedos de sus manos ásperas de labrador. A él no le gustaba aquello de que, cuando iba a Vinebre, no aceptase las

invitaciones que le hacían las familias más ricas del pueblo; que recorriese, por el contrario, las casas de los pobres, dándoles todo lo que llevaba consigo; que consumiera su patrimonio y sus ingresos en aquellas empresas de propaganda y organización de las fuerzas católicas; que incluso llevase a compartir con él su mesa en días señalados del año a los más desvalidos y desamparados de la fortuna. Esto lo hizo frecuentemente en Tortosa y alguna vez en Vinebre. Y cuando más adelante fundó el colegio de la Compañía en su pueblo natal, dejó ordenado que en los días de San José, la Inmaculada y Navidad se diese de comer allí a los tres pobres más pobres de la localidad.

5. Don Enrique fue siempre extraordinariamente generoso. Bien lo sabían los necesitados que acudían a él, seguros de hallar alivio a su desgracia. Con frecuencia, al visitar a las familias humildes y comprobar que no iban a Misa ni recibían los Sacramentos por vergüenza de no tener ropa decente, salía de aquellos hogares con un propósito que se convirtió en costumbre. Se iba al primer comercio que encontraba, comparaba telas en cantidad suficiente y se las mandaba a sus tías para que confeccionasen las prendas necesarias que él mismo llevaba después a los pobres debajo del manteo. No es extraño que le llamasen "el padre de los pobres". Siempre dispuesto a intervenir en todo aquello que representase un beneficio para los demás, muchas veces se presentaba a buscarle familias aldeanas en Vinebre en demanda de su influencia o su consejo o su dinero para cualquier género de apuros y, años más tarde, cuando en el pueblo faltaba algo, por ejemplo, el agua de riego, el camino vecinal, el arreglo de la iglesia, etcétera, decían los viejecitos: "si viviera Mosén Enrique, ya tuviéramos eso", dando a entender tanto la caridad con que siempre le hallaron dispuesto a ayudarles, como la facilidad con que hasta él podían acercarse, porque su sencillez y llaneza lo permitían. ¿No era esto hacerse todo para todos, como dice San pablo?

Aquí encontraba él sus delicias y la comprensión de sus esfuerzos: en derramar el bien a manos llenas para los cuerpos y las almas con tan exquisita caridad y amor a los pobres que llegó a decir a su amigo y compañero de trabajos, don Salvador Rey, que si los revolucionarios le persiguieran algún día, iría a buscar refugio en cualquiera de las casas del barrio de Pescadores, el peor de Tortosa, seguro de que le ampararían. Y en efecto, tan bien dispuestos se hallaban hacia él estos miserables, que públicamente decían que "era un hombre de Dios…", y "que si todos fueran como Mosén Ossó ya serían ellos buenos y rezarían de veras".

6. Así era su vida en esta época de juventud y actividad torrencial. Lleno de una afable y simpática gravedad; paternal y al mismo tiempo sencillo como un niño; austero consigo mismo; pendiente de Dios en todo instante. Nunca asomaba en él la jactancia por sus triunfos personales, a pesar de que hasta las piedras de Tortosa daban testimonio elocuente de los éxitos conseguidos. Narra el abogado tortosino don José María Salvador, contemporáneo suyo, que en las mañanas y tardes, sobre todo de otoño y primavera, llenas de serenidad augusta, era una bendición de Dios salir al campo. Por todas partes se oían cánticos religiosos de las jóvenes o los muchachos que ensalzaban a Dios en medio del trabajo. Era el fruto visible del celo apostólico de don Enrique. Este era su gozo y su estímulo.

Cada victoria conseguida le ponía en movimiento para reñir nuevas batallas. Tal era su actividad que en la Revista de julio de este año 1876 se nos dice que en sólo un mes de vacaciones, estableció la Archicofradía de Corbera, Gandesa, Mora de Ebro, Caseras, Batea y Nules. Dio Ejercicios en Fatarella, Vinaroz y la Cenia y reanimó con sus discursos los corazones de las jóvenes en Calaceite, Alcalá de Chisbert, Cherta, Aldover, Mora la Nueva y Villalba. ¡Sencillamente prodigioso!

Era su Director Espiritual entonces don Jacinto Peñarroya, Penitenciario de la catedral. Con él y con el señor Obispo consultaba todas sus empresas y proyectos. No descansó nada este verano. No olvidemos que es el año cumbre de su vida. En él había emprendido simultáneamente la constitución de la Hermandad Josefina, con su intensísima campaña sobre los hombres; la fundación de la Compañía de Santa Teresa, su obra entre las obras; la construcción del convento de Carmelitas Descalzas en Jesús; la colaboración significadísima y sin reservas a la gran peregrinación a Roma, que tuvo lugar en octubre; los viajes incesantes para extender y consolidar la Archicofradía y los Rebañitos. Predicando, dando Ejercicios, orando. No hay que asustarse. Le acompaña la fuerza del Espíritu Santo.

Don Enrique camina con una seguridad pasmosa y envidiable.

NOTA: *Renovación espiritual del ambiente de Tortosa*.- En la revista de Santa Teresa, septiembre de 1879, apareció un artículo titulado “En el campo de los avellanos”, firmado por Evaristo, seudónimo con el que se encubre quizá el nombre de Altés. No parece que el artículo sea una ficción literaria y, aun cuando lo fuese, al menos parcialmente está inspirado de una manera directa en la realidad.

Se describe en él una excursión al campo que hace un grupo de amigos en uno de los últimos días de agosto. Auras perfumadas, sol que dora las verdes colinas, lomas tapizadas de tomillo, pinares, hondos valles, rústicas casitas. De repente, hiere el oído de los excursionistas un nutrido coro de femeninas voces que cantan:

Hay una flor más hermosa
que el clavel y la azucena:
Jesús la riega en el cielo,
¿Quién será sino Teresa?

Eran muchachas campesinas que lanzaban al viento sus canciones mientras se dedicaban a la tarea de coger el fruto de los avellanos en una hondonada. Se acercaron a ellas los del grupo, las saludaron cantando también versos de la “Diana Teresiana”, y las muchachitas, ruborosas y complacidas a la vez, siguieron cantando coplas como éstas, mientras sus brazos se perdían por entre el verde follaje de los avellanos.

Una niña sandunguera
el corazón me robó:
guárdalo, Teresa mía,
no me lo devuelvas, no.

Al coger las avellanas
por mucho que queme el sol,
Teresa nos hace sombra
y no sentimos calor.

Más hojas que el avellano
tiene Teresa virtudes,
que ni las marchita el sol
ni los vientos del octubre.

Dulces son las avellanas
tostaditas en la hoguera,
pero son mucho más dulces
las palabras de Teresa.

Sigue el artículo narrando preciosos detalles reveladores de la purificación espiritual que se había logrado en el ambiente.

(1) El paso de la revolución de 1936-39 por Tortosa y Barcelona redujo a cenizas muchos documentos de positivo interés, cuidadosamente conservados hasta entonces en archivos particulares y públicos, que nos hubieran sido sumamente útiles ahora para apreciar los frutos extraordinarios de la Hermandad Josefina.

No obstante, en las declaraciones de los testigos que acudieron a deponer cuando se introdujo la Causa de Beatificación de don Enrique, en 1925, abundan los testimonios en una forma tan ponderativa que nos obliga a lamentar muy de veras no poder iluminar debidamente este aspecto del apostolado de don Enrique entre los hombres. Tuvo que ser excepcional, y probablemente lo que más contribuyó a cimentar en Tortosa, de un modo definitivo, su inmenso prestigio. He aquí unas palabras del escritor tortosino Ramón Vergés Pauli:

“Entre muchos datos auténticos recogidos y los recuerdos personales que tengo de la Hermandad Josefina de Tortosa estoy componiendo un libro en el que resaltará la vida espiritual, el copioso fruto recogido por tan benemérita Asociación, fundada por el siervo de Dios, obra que por sí sola basta a acreditar el celo apostólico que inflamaba el corazón de don Enrique de Ossó. Si se conserva y propaga en Tortosa la devoción a San José, débese gran parte a la Hermandad Josefina. Como San Francisco de Asís con su Tercera Orden, el Rdo. Ossó no sólo dio a la Iglesia un admirable Instituto, sino que también se preocupó de la santificación del pueblo, de los que luchamos en el mundo sin el refugio de la vida monacal”.

CAPÍTULO XIX

LAS CARMELITAS DESCALZAS DE TORTOSA. PEREGRINACIÓN A ÁVILA Y ALBA DE TORMES

1. Don Enrique en el Convento de Carmelitas.- 2. El gozo de su alma.- 3. Fiesta solemnísima mientras don Enrique explica Matemáticas.- 4. Resonancia nacional de la peregrinación a la cuna y sepulcro de Santa Teresa.- 5. La Hermandad Teresiana Universal.- 6. Beneficiosa influencia de la peregrinación en España.

1. El día 6 de agosto de 1876, don Enrique, como delegado del señor Obispo, bendecía y ponía la primera piedra de un convento de Carmelitas Descalzas, en una hermosa finca del pueblo arrabal de Tortosa, llamado Jesús. La finca había sido cedida completamente gratis por la generosa señora doña Magdalena de Grau y Gras. Era una tarde espléndida y dominical. Asistía el pueblo entero en traje de fiesta. Referida así la noticia, podría parecer apta para la gacetilla de un periódico local y nada más. Pero da la casualidad de que tras ella se esconde toda una serie de episodios dolorosos tan duros y amargos como los cuadros de un Vía Crucis. Y tan dulces también. Porque don Enrique subió al Calvario como el Maestro: regalando el perdón de su corazón partido por el dolor. Mas no adelantemos acontecimientos. Estamos todavía en la tarde serena de un domingo en que se celebraba la Transfiguración del Señor. Seis de agosto de 1876.

Tan teresiano como era don Enrique, no toleraba su alma que Tortosa careciese de uno de aquellos palomarcitos de la Santa. Quería que el cielo y la tierra de aquella ciudad de sus afanes estuviesen empapados de teresianismo y oreados por la brisa del Carmelo. Y a su regreso de Ávila, el año anterior, se había detenido en Zaragoza para hablar despacio con las Carmelitas Descalzas del convento de Santa Teresa, vulgarmente conocidas con el nombre de Fecetas, y les expuso su deseo de fundar en Tortosa un Carmelo que, llegado el momento oportuno, habría de ser ocupado por religiosas de aquella comunidad. Aceptaron las monjas complacidas y pronto don Enrique se puso en contacto con los superiores de la Orden y con los distintos Obispados para lograr los permisos canónicos necesarios.

Hecha la cesión del solar y puesta la primera piedra, había que construir el convento. ¿Con qué fondos? Don Enrique se convirtió en incansable propagandista de las obras y con visitas a determinadas personas unas veces, con la ayuda de sus propios recursos otras, y sobre todo, clamando y pidiendo constantemente desde las páginas de su Revista querida, logró dar realidad a su deseo y levantar el edificio. De manera que fue él quien, personalmente, trabajó más que nadie para construir aquella casa. No escatimó sacrificio alguno. A su lado aparecen también como coadyuvantes pero de muy segunda fila, otros tres sacerdotes, a quienes él había logrado entusiasmar con sus proyectos. Con sus proyectos, en plural. Fíjese bien el lector en este pequeño detalle de cultura gramatical; es interesante. Eran don Jacinto Peñarroya, su Director Espiritual; don Mateo Auxachs, Prior de Mora de Ebro, y don José Sánchez, Cura Párroco de Jesús. Los tres eran buenos amigos de don Enrique.

2. Al cabo de un año de esfuerzos agotadores, oraciones movilizadas, limosnas recibidas, el convento estaba completamente terminado. Era un edificio pequeñito y lindo, construido en todo conforme a normas y constituciones. Don Enrique quería que fuese un relicario de Santa Teresa. ¡Había puesto en él tanta ilusión…! Gozaba intensamente presintiendo los incalculables beneficios espirituales que de allí se derivarían merced a la vida de oración y sacrificio que llevaría la comunidad que había de ocuparle. Pensaba también en la influencia que se había de ejercer sobre el ambiente. En las sutiles emanaciones de espíritu teresiano que se desprenderían de allí, santamente contagiosas, cuando muy pronto, en aquella misma finca, se levantase otro edificio distinto en el que ya había empezado a soñar. Pensaba sobre todo, hombre de aspiraciones y deseos profundamente sobrenaturales, en el gozo y la gloria de su Santa amadísima, por quien él se esforzaba como un gentil caballero con ansias de desvivirse por su amor.

Decía él que aquel convento era el primer fruto de la Archicofradía teresiana. Y efectivamente, fueron las jóvenes de la Asociación de muy diversos sitios las que rivalizaron entre sí, llenas de generosidad, aportando muchas limosnas, movidas por los llamamientos que él continuamente hacía desde la Revista y en sus viajes de predicación y propaganda. La

argamasa con que habían sido cogidas las piedras de aquel convento, estaba compuesta de cal, agua, arena y parte del ama de don Enrique.

3. Por fin, el 12 de octubre de 1877, fiesta de la Virgen del Pilar, se inauguraba solemnemente el nuevo convento. El día antes, de madrugada, habían llegado a Tortosa, procedentes de Zaragoza, las cuatro religiosas que ocuparían la nueva fundación. Se llamaban - ¡bonitos nombres en verdad! – Petra, armen, Candelaria y Rosa. Las acompañaba desde Barcelona el ilustrísimo Fray Ramón Moreno, Obispo americano de Eumenia (Baja California). De Zaragoza habían salido en compañía de doña Magdalena, la generosa donante del solar, y algún sacerdote.

La fiesta fue apoteósica. Tortosa entera, preparado el ánimo de sus moradores en los días precedentes, se volcó en la verde y riente campiña de Jesús. Bandas de músicas, flores, palomas al aire, cohetes, estandartes, todo contribuía a dar esplendor a aquel cuadro hermosísimo. Las Carmelitas se habían hospedado en el convento de la Consolación, próximo al suyo. De allí salieron, una vez celebrada la Misa durante la cual predicó con fervorosa elocuencia el Obispo americano, a tomar posesión de su nueva residencia. Se organizó un desfile procesional. El señor Obispo de Tortosa llevaba bajo palio el Santísimo Sacramento, que se reservaría en el nuevo Sagrario. Daban escolta las cuatro monjitas acompañadas de doña Magdalena. Largas filas de niños cantores. Niñas vestidas de Santa Teresa. Las jóvenes de la Archicofradía. Un gentío inmenso. Dos padres carmelitas del Desierto de las Palmas, que habían venido en representación de la Orden. Hasta las niñas del Rebañito de Cherta llegaron también, humildes y bulliciosas sobre un ancho y pesado carromato. El único que allí faltaba era don Enrique. El rector del Seminario no había estimado oportuno dispensar a los seminaristas de las clases, y el profesor de Matemáticas – tan fácil como le hubiera sido conseguir el permiso para él – no quiso singularizarse y en el Seminario estuvo explicando la lección correspondiente. Los alumnos no advirtieron en él el menor síntoma de disgusto o pesadumbre. Solamente al final de la fiesta llegó don Enrique al pueblecito y allí estuvo, hasta que todo terminó, mezclado como un desconocido entre la muchedumbre anónima. Brindo el episodio a los que se sienten atacados por la enfermedad de la impaciencia. O mejor aún: a los que deseen saber cómo un alma en que habita la serenidad puede mortificarse con elegancia y silencio.

Se me olvidaba un detalle. Entre los concurrentes a los actos de aquel día también estuvieron presentes algunas jóvenes que se distinguían de todas las demás. ¿Quiénes son? Me contento con indicar al lector que ya por entonces había sido fundada la Compañía de Santa Teresa de Jesús. La verdad es que Santa Teresa podía estar satisfecha.

4. Paralelamente a estas actividades reseñadas, don Enrique había estado trabajando largo tiempo en organizar una peregrinación teresiana a la Cuna y Sepulcro de Santa Teresa de Jesús.

Hoy esto, a casi cien años de distancia, no tiene para nosotros más interés que el de ser una comprobación clarísima del espíritu teresiano que don Enrique iba levantando por todas partes. Pero en aquel entonces tuvo una importancia excepcional. Con un año de antelación al mes de agosto del 77 en que la peregrinación se realizó, fue preparando los ánimos con los eficaces medios de propaganda que ya conocemos. En cada ciudad española donde la Archicofradía estaba constituida se formó una junta encargada de todo lo relativo al mejor éxito de la empresa. Logró interesar a muchos Prelados y centenares de sacerdotes. En toda España se habló de la imponente peregrinación que arrastró a más de 4.000 personas, en aquellos tiempos heroicos del ferrocarril adolescente. Particularmente en Cataluña, Valencia y Aragón despertó un entusiasmo desconocido. En las estaciones del largo trayecto hasta Ávila, salían a saludar a los peregrinos las jóvenes de la Archicofradía con sus estandartes y banderas, y nutridos grupos de curiosos que nunca habían visto un espectáculo semejante. Ya había pasado la época del furor revolucionario y en España se disfrutaban días de paz. Reinaba Alfonso XII.

A pesar de todo, don Enrique había tenido que luchar con incansable ardor para vencer las enormes dificultades inherentes a una empresa de esta índole. Dificultades económicas, puesto que la peregrinación era eminentemente popular y había de señalar precios accesibles para que no se convirtiera en privilegio de unos pocos; dificultades en la amplia organización de la misma, por cuanto comprendía la parte oriental de España: Barcelona, Tarragona, Valencia, Alicante, etc.; obstáculos también de las altas esferas civiles y aun eclesiásticas,

unos porque no les agradaba, otros porque, careciendo de los arrestos de Ossó para lanzarse a empresas tan arriesgadas, apuntaban la posibilidad de un fracaso.

Todo fue perfectamente superado. La peregrinación, presidida por el entonces Obispo de Oviedo y después Cardenal de Sevilla, doctor Sanz y Forés, antiguo Lectoral de Tortosa y amigo de don Enrique, fue recibida el 23 por la tarde en Ávila, por el señor Obispo de la ciudad, Dr. Carrascosa y por el de Eumenia, don Ramón Moreno. La ciudad entera se asoció a los actos que se celebraron. Al día siguiente, partieron para Salamanca. Se detuvieron en Medina del Campo, e inauguraron la línea férrea desde Pedroso a Salamanca. En la ciudad del Tormes tributaron a los peregrinos una cordialísima acogida el Obispo, Cabildo, Clero y una muchedumbre innumerable de personas de toda condición. Se dirigieron después a Alba de Tormes, donde por espacio de tres días se celebraron fiestas solemnísimas en que predicaron sucesivamente los cuatro obispos reunidos, de Eumenia, Salamanca, Ávila y Oviedo. El entusiasmo fue apoteósico.

5. Allí y en Salamanca, en conversaciones sostenidas por don Enrique con el Pelado, señor Izquierdo, que tanto le distinguió siempre, se establecieron las bases para lo que había de ser la Hermandad Teresiana Universal, idea acariciada por don Enrique, y que, por su amplitud casi temeraria, no llegó nunca a cristalizar, a pesar de los varios intentos que se hicieron y no obstante las sugerencias y escritos que con frecuencia publicó en la Revista para lograrlo. Se trataba nada menos que de constituir una Asociación en que de algún modo apareciesen vinculados los católicos del mundo entero amantes de Santa Teresa. Ávila se encargaría de propagar el culto de la Santa; Salamanca de su doctrina, y Tortosa de hacer que se imitasen sus virtudes. La Hermandad quedó en efecto constituida, pero no rindió los frutos apetecidos. Solamente Tortosa, con las obras teresianas ya logradas y las que inmediatamente surgirían, extendió por todo el mundo, gracias a don Enrique, una mayor estima y conocimiento de la Santa.

Los peregrinos volvieron a sus puntos de origen sin haber sufrido la más mínima incidencia menos grata. Don Enrique, alma de todo aquello, rebosaba alegría y fervor. Ya en Tortosa, escribió en la Revista con su estilo inconfundible:

¡Bien por mis queridos hermanos, los devotos y teresianos peregrinos, que dejando las comodidades del hogar, sin reparar en gastos y sacrificios, han sido los primeros en recorrer toda España, haciendo oír los ecos del nombre suavísimo de Teresa, embalsamando los aires, santificando las vías férreas con las alabanzas y oraciones a Teresa de Jesús! Vosotros, amigos míos, vueltos a vuestros hogares, ¡cuán henchido de consuelo tendréis el corazón! Paréceme que todos os hallareis en ocasión de exclamar con una devotísima peregrina: “Padre, necesito descanso y, más que descanso, apartamiento del mundo y soledad, pues mi espíritu ya no puede sobrellevar el peso abrumador de las gracias extraordinarias que Jesús y Santa Teresa me han dispensado en Tortosa, Valencia, Ávila, Salamanca, Zaragoza y sobre todo en Alba de Tormes y Montserrat, es decir, en el término de la peregrinación teresiana y mariana”. ¿No es verdad, amigos míos, que eso experimentáis? Pues dad gracias a Dios, dad gracias a Jesús y a su Teresa vosotros mis queridos amigos los intrépidos catalanes, que con una constancia a toda prueba, con una tenacidad calificada por algunos, que no comprenden de qué es capaz un corazón que ama a la gran Teresa, de obstinación y atrevimiento, dad gracias, repito, por haber sido los iniciadores y los que habéis llevado a cabo con toda felicidad una empresa difícil, al parecer de muchos imposible, y temeraria en extremo grado. ¡Bien por los atrevidos catalanes, bien por los amantes teresianos de Cataluña, que con un entusiasmo sin igual por las cosas de Teresa habéis ido a estimular, a despertar el celo de otras regiones que poseyendo tesoros teresianos que no tenéis vosotros, los estimáis tal vez más que los que tienen tanta dicha y no conocen el don de Dios!

¡Bien por vosotras, animosas teresianas de Cataluña, Aragón y Valencia, que despreciando las burlas del mundo habéis cantado vuestra fe y vuestro amor a Teresa, a la faz de toda España, alentando con vuestro valor y noble ejemplo otros corazones tibios o retraídos!

¡Bien por vosotros, venerables sacerdotes y religiosos, hermanos míos queridísimos, que habéis ido a beber inspiración, fe viva, sabiduría celestial, magnanimidad, amor y celo por los intereses de Jesús en las fuentes de vida eterna que manan del corazón transverberado del Serafín del Carmelo!

¡Bien, en fin, por los sabios e ilustres prelados que han dado pruebas de saber apreciar en lo que vale la mejor nuestras joyas, Teresa de Jesús! ¿Con qué gozo Teresa de Jesús habrá visto desde el cielo postrados ante su corazón y su sepulcro a tan celosos y teresianos prelados, ella que en vida vio ya postrados a sus pies pidiéndole la bendición a varios señores Obispo?

Sólo falta para ser vuestro gozo completo que los propósitos que formamos ante el corazón magnánimo de Teresa de Jesús sean una verdad. Una palabra lo resume todo. Esforcémonos todos por cumplir el dicho del Director de la *Revista* y promovedor de la peregrinación teresiana: “Vamos peregrinos teresianos, y debemos volver apóstoles teresianos”. Y si al Apostolado teresiano unís cada día el cuarto de hora de oración en soledad, os ofrece con toda seguridad el cielo de parte de su querida Madre Teresa de Jesús.

6. En este mismo número de septiembre firmaba don Enrique otro artículo con su propio nombre en el que decía:

> Es un hecho ya la tan suspirada y tanto tiempo ha anunciada peregrinación teresiana a Ávila y Alba de Tormes.
>
> La idea que nuestro íntimo y muy querido amigo el Solitario echó a volar por vez primera diez meses atrás, y que la Revista Teresiana hizo suya y sostuvo con todo empeño, es ya un hecho glorioso que honrará las páginas de la historia, encargada de narrar todo lo que la España católica ha hecho y trata de hacer en obsequio de su más ilustre paisana, Santa Teresa de Jesús.
>
> Es la primera de las peregrinaciones que se han hecho en obsequio de la celestial Andariega, y siempre la Revista de Santa Teresa de Jesús tendrá la gloria indisputable de haber conocido y llevado a cabo con toda felicidad este pensamiento santo. Vendrán, no lo dudamos, tras esta peregrinación teresiana, otras muchas, pues la gran Bullidora y Robadora de corazones, Teresa de Jesús, aunque la miramos contentísima con este primer ensayo, digámoslo así, de peregrinación, no estará satisfecha, y por de pronto ya están anunciadas para el 15 del próximo octubre una nueva peregrinación a Ávila y otra a Alba de Tormes. Serán, si se quiere, las peregrinaciones teresianas venideras más numerosas, más gloriosas, más ruidosas; pero no más devotas, más amantes del Serafín del Carmelo. En cuestión de amor a nadie cedemos la palma. Confesamos ingenuamente, y con mayor verdad que Teresa de Jesús, que estamos hechos una imperfección, menos en los deseos y amor.

En efecto, pronto se sucedieron nuevas peregrinaciones a la Cuna y Sepulcro de Santa Teresa que sirvieron para despertar en las diversas diócesis nobles relaciones de espiritualidad y de fervor. Pero nadie dejó de reconocer a ésta que organizó don Enrique el mérito de haber sido la primera y la de carácter más profundamente piadoso.

Diose el caso de que ni en el tren dejaron de hacer los peregrinos un solo día el cuarto de hora de oración. Además de los obispos citados, asistieron más de 200 sacerdotes, entre los cuales bien merecen consignarse los nombres de don Manuel Domingo y Sol, del escritor Jaime Collel y, por encima de los más ilustres, el inmortal de Mosén Cinto Verdaguer, que por entonces tenía la preciosa edad de 32 años y acababa de ser premiado en los Juegos Florales de Barcelona por su poema “L´Atlántida”. Más adelante, don Enrique se ocuparía nuevamente de movilizar a los católicos españoles hacia estos lugares de su máxima veneración. Pero ya nunca pudo lograrlo con la grandiosidad de ahora.

CAPÍTULO XX

SU INTENSO AMOR AL PAPA

1. Los pontificados de Pío IX y León XIII.- 2. A Roma con don Manuel Domingo y Sol.- 3. Romanismo de la Revista.- 4. El Papa y las obras teresianas.- 5. Peregrinación teresiana a Roma.- 6. Afectuosa ternura de su devoción al Papa.- 7. Autógrafo de León XIII.

1. Don Enrique durante su vida sacerdotal alcanzó dos pontificados: el de Pío IX y el de León XIII. Ambos nombres son recientemente evocadores para el católico a quien corresponde vivir en estos años del siglo XX, tan llenos de angustia y de congoja. Pío IX fue el batallador; León XIII, el de los primeros tanteos diplomáticos. Pío IX el de los Decretos de Condenación y los Dogmas de Fe; León XIII, el de las luminosas Encíclicas y las maneras elegantes. Prisioneros el uno y el otro, a ninguno sin embargo le faltó espacio para el vuelo de sus alas de águila. Los fieles de entonces sufrían con la prisión del Papa como se sufre cuando se ve encarcelado al padre de familia. Ni más ni menos. Despojado de los Estados Pontificios, Pío IX se mantuvo como el guerrero al pie de la muralla. Hasta él llegaron, acribillándole muchas veces, los dardos envenenados de la impiedad y el liberalismo masónico triunfante. Las logias de todos los países desencadenaron una guerra implacable contra el viejo e inerme Pontífice, que se defendía como un héroe acorralado, sin perder una pulgada de terreno, porque defenderse a sí mismo era defender a la Iglesia. Cuando, algún tiempo después de muerto, sus restos fueron trasladados a la iglesia en donde fue su voluntad descansar, el populacho romano, ebrio de odio y de furor, quiso profanar su cadáver, y en las calles de la más majestuosa ciudad del mundo tuvieron lugar, perfectamente simuladas, escenas de patíbulo sólo posible de ser inspiradas en los mismos antros del infierno.

2. Fue conmovedor y tiernísimo el cariño que toda su vida profesó don Enrique al Papa. Ya antes de fundar la Revista, en el año 1870, hizo un viaje a Roma en compañía de su gran amigo don Manuel Domingo y Sol. Acariciaba hacía tiempo esta ilusión que ahora iba a convertirse en gozosa realidad. Poco sabríamos de este viaje, si no fuera por las noticias que nos transmite don Antonio Torres en su magnífica biografía del Fundador de los Operarios.

Salieron de Tortosa el día 29 de mayo. “Por Barcelona, Gerona y Perpignan dirigiéndose a Marsella a donde llegaron el 1 de junio y en cuyo puerto, a la siguiente mañana, embarcaron en el vapor “Esteban” con rumbo a Civitavecchia. Muy accidentada debió de ser la travesía, porque durante ella, a continuación de la palabra “Malestar”…añadió don Manuel en su diario estas otras dos harto significativas: “Un voto”…”Otro voto…”. A las tres de la tarde del día tres de junio arribaron a Civitavecchia y a las siete llegaban a Roma. Antes de dirigirse a su propio alojamiento fueron a saludar a su Prelado, el excelentísimo señor Vilamitjana, que se encontraba en la Ciudad Eterna con ocasión del Concilio Vaticano I. Al siguiente día apresuráronse a visitar al señor Obispo de Oviedo, señor Sanz y Forés, que figuraba también entre los Padres del Concilio, y comenzaron sus peregrinaciones por las iglesias y monumentos de Roma, celebrando cada día la Santa Misa en distintos templos, entre los más venerandos”.

Roma ofrecía en aquellos días del Concilio un espectáculo impresionante. Las ardientes discusiones en torno a la infalibilidad Pontificia trascendían a la calle un clima de pasión y efervescencia religiosa. Fue entonces cuando el Arzobispo Padre Claret levantó su voz enardecida por el amor a la Cátedra de Pedro logrando impresionar vivamente a los Padres del Concilio. Aquellos dos jóvenes sacerdotes de España, venían de una tierra que se distinguió siempre por su adhesión inquebrantable al Papa. En la tarde del día 5, “a la salida de la Sesión Conciliar, fueron presentados en la Plaza de San Pedro por el Obispo de Tortosa al Excelentísimo Padre Claret, de cuya gravedad y modestia, pues no lograron verle los ojos, fijos en el suelo, recibieron grande edificación”. Había hablado en la sesión del 31 de mayo.

Don Enrique recordaría entonces los Ejercicios para el Subdiaconado que de él recibió en Barcelona. “Bien podría decirse – añade don Antonio Torres – que fue aquella la reunión en Roma de tres santos españoles”.

El día 4 habían conocido al entonces zuavo pontificio Príncipe Alfonso de Borbón, hermano de don Carlos, a quien visitaron más tarde el día 8, para entregarle una Santa Cinta que, como obsequio para él, les habían dado en Tortosa.

"Asistieron a algunas de las Sesiones Conciliares y a las funciones en que por aquellas fechas tomó parte Pío IX. Acompañábales con frecuencia en estas piadosas excursiones y, sobre todo, en los paseos vespertinos, el entrañable amigo de ambos, señor Sanz y Forés, y algunas veces también el obispo de Tortosa. El día 16, festividad del Corpus Christi, pudieron presenciar la solemnísima procesión alrededor de la plaza de San Pedro". Aludiendo más tarde a este acontecimiento inolvidable, al que asistieron 450 Obispos, escribía don Enrique en la Revista: "Yo he visto al Papa en sus grandes días; tal como debe aparecer a los ojos de los fieles, con todo su esplendor, rodeado de toda majestad, como conviene al Vicario de Jesucristo… ¡Ah! vosotros ya no le podréis ver por ahora, como yo lo vi".

El día 20 fueron recibidos los dos sacerdotes por Su Santidad en audiencia privada que les llenó de gozo y espiritual consuelo y, por fin, de nuevo el 30 su pusieron en camino para Tortosa.

Fue aquel un mes romano en toda la extensión de la palabra. Otras dos veces volvió don Enrique a Roma en circunstancias bien distintas. El recuerdo de esta primera visita le acompañó toda su vida y en sus constantes trabajos y propagandas de amor al Papa, fue para él una bandera desplegada a los cuatro vientos a la cual sirvió incansablemente.

3. Desde el primer número de la Revista en octubre del 72, y durante los veinticuatro años en que la dirigió, hasta su muerte, ni un solo mes dejaron de aparecer artículos, noticias y documentos, relativos al Romano Pontífice. Ni un solo mes tampoco se interrumpió la suscripción a favor del Papa que abrió en ese mismo número primero. Él la encabezó con cien reales y los lectores que enviaban donativos los hacían acompañar de alguna frase con que manifestaban sus vivos y ardientes sentimientos de adhesión a la Cátedra de Pedro. Hoy se leen con simpatía aquellas ingenuas efusiones. Tomaremos al azar un número cualquiera de la Revista, por ejemplo marzo del 74, y en la página 184 leemos lo siguiente:

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

Socorriendo con oraciones y limosnas al Romano Pontífice cautivo y pobre

Suma anterior……	1.885´60	Rs.
Tortosa. Una hija de Teresa de Jesús pide a su Madre la libertad de Pío IX, y que se aprovechen todas sus hijas de las gracias espirituales que el Señor dispensa con generosa mano en los días de retiro……	8	"
Calaceite. B. S. P., por Pío IX cautivo. Libértale, Teresa de Jesús, tú que todo lo alcanzas de Jesús ……..	3	"
Forcall. Francisco Llop, Presbítero: Santa Teresa de Jesús, da paz al mundo y consuelo a Pío IX …….	10	"
Teruel. Un católico: Santa Teresa de Jesús, salva a Pío IX ……..	22	"
Teruel. Una católica……..	10	"
Corbera. Tomás Llop, Presbítero, para que la esclarecida Doctora del Carmelo haga desaparecer, con la velocidad del rayo, los días amargos del angélico Pío IX ……	20	"
Suma	1.958´60	Rs.

(Sigue abierta la suscripción)

4. Nos haríamos interminables si pretendiéramos narrar aquí detalladamente los actos de desagravio, comuniones, novenas, peregrinaciones, etcétera, que promovió por este tiempo para que el Señor nos permitiese más tribulaciones a su Iglesia y su Vicario. A los niños de la Catequesis, a las jóvenes de la Archicofradía, a los hombres de la Hermandad Josefina, a los jóvenes, a las niñas del Rebañito, a todos utilizaba para secundar sus fértiles iniciativas en favor del Papa. Puede decirse que fue ésta una obsesión en él, muy semejante a la del Teresianismo. Fundada la Compañía, a sus religiosas las inculcó una devoción singularísima a la Santa Sede y las dejó estas palabras que ellas conservan como un tesoro: "Si queréis conocer el grado y la calidad del catolicismo de una persona, de una idea, de una institución, observadla en su relación con el Papa. Si habla bien, buena señal, pero si no, es el mejor

síntoma de que no es buen católico". En las Constituciones primeras de la Compañía ordenaba que el día de San Pedro y San Pablo comulgasen pidiendo grande amor y devoción al Romano Pontífice y a sus enseñanzas infalibles, y que orasen por él todos los días, porque "la devoción al Papa es una de las señales más ciertas de predestinación en nuestros aciagos tiempos". "En las jaculatorias a San José y Santa Teresa de Jesús que decimos en comunidad lo menos siete veces al día, y en particular muchas otras, añadió una súplica por el Papa. Igualmente dispuso que todas las casas de la Compañía hicieran cada año una limosna para el dinero de San Pedro, según la importancia y situación económica que cada una tuviese".

Compuso una oración que él rezaba después de celebrar rogando por el Papa. En la peregrinación a Alba y a Ávila invitó a los peregrinos a que hiciesen el siguiente propósito. "Celar en sí y en todos los que están a su cargo la pureza de la fe, no creyendo ni condenando sino lo que la Iglesia cree o condena por el Romano Pontífice".

En cierta ocasión – escribe la Madre Paula Altés – nos lamentábamos ante nuestro Padre de las deudas que teníamos, y nos respondió que tuviésemos confianza en Dios que todo se arreglaría. Y ordenó a la Madre Procuradora que dispusiese las compras de tela y demás necesario para hacer ornamentos sagrados con que obsequiar a Su Santidad con motivo del quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal, o vigésimo quinto aniversario de su Pontificado, no recuerdo bien. Lo cierto es que nuestras deudas aumentaron y el obsequio a la Santa Sede se hizo con la esplendidez que pudimos.

5. Dado este fervoroso espíritu de romanismo y sumisión rendida al Pontífice Supremo, no resulta nada extraño que cuando en 1876 se celebró la gran peregrinación a Roma, organizada por don Ramón Nocedal, se distinguiera don Enrique sobre todos en la propaganda y preparación de la misma. Fue tal la insistencia y el ardor con que desde las páginas de la Revista llamó a todos los españoles, y tan frecuentes sus intervenciones personales habladas en las regiones de Levante y Cataluña, que puede decirse sin exageración ninguna que a él se debió en gran parte el éxito de la peregrinación, arrollador e impresionante.

Más de 8.000 españoles llegaron a Roma para estar junto al Papa el día 15 de octubre, Pío IX les habló con entusiasmo de Santa Teresa, de la que se sabe que era devotísimo. Los españoles, conforme es costumbre en ellos, rindieron su homenaje al Padre Común con ímpetu indescriptible, y las calles de Roma parecieron de nuevo conquistadas aquellos días, no por ejércitos devastadores sino por legionarios amantes y entusiastas de su fe. El recuerdo de esta peregrinación fue perdurable en la augusta ciudad. Años después, en el Pontificado de León XIII, al organizarse otra peregrinación nacional, en cuyos preparativos también tomó parte don Enrique, el mismo Papa rogó que se hiciera por regiones o por diócesis, para evitar que se produjera en Roma otra análoga, o mayor aún, concentración de católicos de España, que podía parecer un desafío a la política italiana.

Pío IX quedó impresionado de aquel homenaje. Fue conocida la peregrinación, y así se la ha llamado siempre, con el nombre de Peregrinación Teresiana, no sólo porque se hizo en el mes de la Santa, sino por la intervención que en ella tuvieron las fuerzas del Teresianismo movilizado por don Enrique en toda España. ¡Y pensar que unos años antes la devoción popular a Santa Teresa estaba muerta…!

Don Enrique no fue peregrino en aquella ocasión. Las múltiples e ineludibles ocupaciones a que estaba entregado, ya conocidas por nosotros, se lo impidieron. Era el año 1876, cuando en su mente bullían los planes más audaces del movimiento teresiano por él creado. La atención a la recién nacida Compañía le absorbía por entero los pocos ratos libres de que podía disponer. Ya que personalmente no pudiera ir, aunque sí en espíritu, enardeció a sus compatriotas con párrafos y arengas vibrantes, constantemente repetidas. Así por ejemplo, en la Revista del mes de julio escribía:

Iremos a Roma si la celestial patrona y la gran Bullidora de negocios, a mayor gloria de Jesús encaminados, nos deja unos días libres o un tanto libres para reiterar personalmente al gran Pontífice nuestra adhesión omnímoda e inquebrantable a su Persona y a su Cátedra infalible.

¿Vendréis a Roma? Esta pregunta dirigimos también a todos nuestros teresianos amigos, que deben distinguirse por su afición al Pontífice santo, ya que son devotos de aquella Santa y paisana que cifraba su mayor dicha en la hora de la muerte en repetir: "En fin soy hija de la Iglesia".

¿Vendréis? No iréis solos, amigos míos, iremos muchos, muchísimos; que la España católica, la patria de las Teresas de Jesús y de los Ignacios de Loyola debe probar en esta ocasión solemne que, si manos no españolas han trabajado y trabajan por romper el anillo de oro que une nuestra fe y amor a la Cátedra del Pontífice, al trono del Papa-Rey, representante de Cristo sobre la tierra, los verdaderos hijos de la Iglesia y herederos del espíritu de fe de sus padres no participaban de estas ideas, detestan todo

conato de armas y de rebelión, todo asomo de desunión, todo síntoma de desamor, la más leve falta de confianza en la doctrina y enseñanza y persona del Romano Pontífice.

6. Todos los años enviaba al Papa la colección completa de la Revista y las limosnas recogidas en su obsequio. En abril del 77, con motivo de celebrarse el quincuagésimo aniversario de la consagración Episcopal de Su Santidad, quiso ofrecerle un homenaje más espléndido consistente en un magnífico álbum que contenía 11.000 firmas de las jóvenes asociadas a la Archicofradía Teresiana, juntamente con una respetable cantidad, fruto de las limosnas recogidas, y un cuadro al óleo de Santa Teresa de gran mérito artístico.

Muerto Pío IX en enero de 1878, la Revista Teresiana dedicó el número de febrero a su memoria santa y en ella daba rienda suelta don Enrique a sus efectos de esta manera:

NUESTRO AMADÍSIMO PADRE

P Í O P A P A IX

Durmió en el Señor
en su prisión del Vaticano, a las cinco y cuarenta minutos
de la tarde del día 7 del pasado mes.

EL ANCIANO MÁS VENERABLE DE LA TIERRA,

El Pastor de la Iglesia Universal,

EL PONTÍFICE INFALIBLE, VICARIO DE JESUCRISTO,

después de 32 años

DE GLORIOSO PONTIFICADO,

de haber definido la Inmaculada Concepción de María
y la Infalibilidad Pontificia,

CONVOCADO EL CONCILIO VATICANO
Y CONDENADO TODAS LAS HEREJÍAS,

voló al cielo para recibir una corona de gloria inmortal.

Descansa en paz, amadísimo Pastor, en el seño del Corazón de Jesús, a quien tanto glorificaste; en compañía de la Virgen Santísima, a la que declaraste Inmaculada, del Señor San José que nombraste Patrón de la Iglesia Universal, de Santa Teresa de Jesús a la que profesaste devoción tiernísima, y de todos los Santos a quienes honraste.

No te olvides, amantísimo Padre, de tus hijos queridos, que gimen por tu ausencia en la orfandad. Abrevia los días de prueba de tu Iglesia siendo nuestro intercesor ante el trono del Altísimo, de María Inmaculada, para que nos otorguen un digno sucesor tuyo en la Cátedra de Pedro, que vea el triunfo de la Iglesia en nuestros días, y un solo rebaño y un solo Pastor.

Y añadía en la página siguiente:

Un suceso dolorosísimo acaba de anunciarnos el telégrafo. Pío IX el Grande, Pío IX el Santo, nuestro amantísimo Padre Pío IX ha volado al cielo. No era la tierra digna de tanta grandeza, de tanta dignidad, de virtud tanta: y por ello le ha dado un lugar digno en el cielo, en la región de paz, de luz eterna y de amor. Pío IX, después de tantos trabajos y tan acerbos dolores, descansa en paz. Pío IX, después de haber dirigido la navecilla de la Iglesia gloriosamente entre mil tempestades y escollos, ha aportado a las playas ternas felizmente. Viéronle surcar el mar más tempestuoso del mundo; apiadáronse de sus fatigas, de sus achaques, de sus años; llamáronle por su nombre desde las riberas del paraíso Jesús, María y José: -Ven, le dijeron, a nuestros brazos a descansar de tus trabajos.- Voy – respondióles Pío IX, y roto el esquife frágil de la vida, saltó a las playas eternas. Ruge la tempestad; se encrespan las olas de la contradicción, quisieran tragar al justo, y que la tumba del olvido fuese su sepulcro; pero Pío IX vive glorioso. El universo mundo era demasiado estrecho para contener su nombre: su eco llegó al cielo, y allí goza de Dios por toda la eternidad. En tanto resuena este nombre glorioso por todo el mundo, corre esta noticia por todos los ámbitos de la tierra y llena de estupor y de admiración para el héroe, el mártir del derecho, atormentado por la injusticia y la maldad.

Duerme en el Señor. Padre amantísimo de nuestras almas, amadísimo Pío IX. Descansa en paz, Pastor supremo de las ovejas de Cristo, pues hora era ya de que pasase el invierno de esta vida y volases al seno de Dios.

Y mientras inundado de gozo ves a tu Dios, le amas y le alabas confundido con los coros de las Vírgenes, de los Confesores, de los Mártires, Patriarcas, Pontífices y Doctores, acuérdate de tus hijos que navegan en el mar proceloso de este mundo. Nos has dejado ¡ay! Padre queridísimo, en tierra enemiga del nombre de Dios, donde es continuo el batallar y el padecer. No te olvides de tus queridas ovejas, por las que te has sacrificado, pues tememos que después de tu preciosa muerte invadirán el redil lobos rapaces que no perdonarán a tu grey, que registe por 32 años. Acuérdate de tu España, a quien tanto amaste y de la que recibiste pruebas de cariño y amor que no recibiste de ninguna otra nación; y unidas tus oraciones a las que todos los coros de los ángeles y justos dirigen al trono del Eterno, alcanza a la Iglesia huérfana de Pastor, afligida con tu muerte, un dignísimo sucesor que la instruya con sus doctrinas de salud, la dirija con su ejemplo, y la embalsame con el olor de sus suavísimos perfumes, y logremos ver todos, tú desde el puerto pacífico de la gloria y nosotros desde el mar proceloso de este mundo, calmados los vientos y tempestades, en paz la Iglesia, y haya un solo redil y un solo Pastor.

Yo le vi a Pío IX, cruzadas las manos, los ojos fijos en aquel Dios de amor, que adoraba oculto en el Sagrario, orando como un ángel, hermoso, radiante de gloria y majestad como un serafín.

Yo oí su voz sonora y majestuosa, a pesar de sus años y achaques, resonar en el más grande templo del universo.

Yo oí su Misa, besé su mano, recibí su bendición muchas veces.

¡Ay! Pastor santo, Pío IX, amado Padre mío, permíteme que exclame cantándote con uno de los más devotos hijos de la Cátedra de Pedro, lo mismo que él cantaba al Pastor divino, Cristo Jesús, en su subida a los cielos:

¿Y dejas, Pastor santo
tu grey en este valle hondo, oscuro,
en soledad y llanto;
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados,
y los agora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de ti desposeídos,
¿a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
Quién oyó tu dulzura
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

A queste mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno?, ¿quién concierto
al viento fiero, airado,
qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! *muerte* envidiosa
aún de este breve gozo, ¿qué te quejas?
¿do vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas!

EL SOLITARIO

Al mes siguiente, la Revista anunciaba ya otra vez su júbilo rindiéndose con el mejor acatamiento al nuevo Pontífice:

A SAN SANTIDAD

LEÓN XIII

VICARIO DE JESUCRISTO, DIGNO SUCESOR
DE PÍO IX EL GRANDE

Por su elevación al Solio Pontificio

el día 20 de febrero de 1878,

FELICITAN DE TODO CORAZÓN

y ofrecen en testimonio

DE SU ADHESIÓN INQUEBRANTABLE
A LA CÁTEDRA DE PEDRO

y a sus inefables enseñanzas,
su talento, su pluma y su vida,

EL DIRECTOR Y REDACTORES

VIVA Y REINE LARGOS Y PRÓSPEROS AÑOS PARA SALUD
DEL PUEBLO FIEL, EL QUE VIENE
EN NOMBRE DEL SEÑOR

FIAT, FIAT

La pluma de don Enrique vibraba nuevamente con el entusiasmo de los días grandes y escribía:

Bendito sea el Señor Dios de las misericordias y Padre de toda consolación que consuela a los humildes y a los que en sólo Él fían, no permitiendo sean afligidos los buenos en demasía, dándoles las lágrimas con medida. Lloramos la muerte del más amado de los Padres Pío IX el Grande, por espacio de quince días; gemíamos en orfandad los hijos de la Iglesia, y el Señor, en su misericordia, nos depara otro Padre bondadoso, prudente, sabio, esforzado, que viene a continuar gloriosamente la obra empezada por su digno predecesor. Este Padre bondadoso llámase León XIII. Bienvenido, bienvenido a la silla de Pedro tan valeroso Padre y el Señor le dé su gracia copiosísima para ver el triunfo de la Iglesia preparado por su predecesor, de feliz memoria. Oremos entre tanto sin intermisión por tan bondadoso Padre, que propio es de buenos hijos pedir por aquellos de quienes el Señor nos manda: honrarás padre y madre.

7. Dieciocho años alcanzó don Enrique el glorioso Pontificado de León XIII. Dieciocho años ininterrumpidos de propaganda y exaltación amorosísima de su figura, de cometario y explicación de sus Encíclicas, de súplicas y continuas demandas de limosnas y oraciones “para socorrer al Romano Pontífice cautivo y pobre”. Así, en el primer mes de su Pontificado empezaba la suscripción con estas palabras. “Como nuestro Padre León XIII está pobre y continúa en las mismas circunstancias difíciles de su predecesor, continuaremos la lista de los donativos que se nos envíen a este objeto. Quisiéramos fuesen muy parecidos para depositarlos con nuestra protesta a los pies del augusto Padre prisionero”.

Cuando apareció la Rerum Novarum, en seguida don Enrique se apresuró a escribir un “Catecismo de los Obreros” sacado a la letra de la célebre Encíclica. Era un folleto divulgador del inmortal documento, en forma de preguntas y respuestas, breves, claras y precisas para facilitar la inteligencia del mismo a la clase proletaria, a la cual iba dirigido. Hizo de él una tirada numerosísima y lo repartió a precios irrisorios, cuando no totalmente gratis.

León XIII también le envió otro autógrafo que, como antes el de Pío IX, fue recibido por don Enrique con inmensa satisfacción. Decía así: “Dominus dirigat corda et intelligentias vestras meritis et auspicio S. Theresiae”. Ello le daba nuevas fuerzas para seguir trabajando hasta el final con tesón inquebrantable. Santa Teresa y el Papa fueron sus dos grandes amores. En su tumba quiso que apareciese este epitafio: Soy hijo de la Iglesia.

CAPÍTULO XXI

AMIGOS Y COLABORADORES DE ESTA ÉPOCA

1. La amistad sacerdotal.- 2. Colaboración y abandono.- 3. Don Salvador Rey. Los PP. Arbona y Martorell, S. J.- 4. Juan Bautista Altés y don Francisco Marsal, Deán de Solsona.- 5. Sardá y Salvany.- 6. Don Manuel Domingo y Sol.- 7. La restauración de los seminarios.- 8. Mutuas confidencias.- 9. Doscientos duros de deuda.

1. Don Enrique tuvo siempre amigos entrañables. De éstos, algunos fueron también sus colaboradores. Es un buen capítulo, este de la amistad, en la vida de los santos. Sirve para apreciar mejor algunos perfiles humanos que de otro modo quedarían ocultos.

Hoy se habla mucho de amistad sacerdotal. Se han constituido en diversas diócesis de España y particularmente del extranjero agrupaciones más o menos definidas de sacerdotes que tratan de establecer contactos casi permanentes entre sí, con el fin de sacar el máximo rendimiento a un valor que Dios ha puesto en la tierra como una de las más grandes fuerzas de la vid: la amistad. Queda todavía mucho camino por recorrer. Pero ya se han conseguido éxitos notables. Se trata nada menos que de lograr un tipo de amistad único en el mundo. Parece un contrasentido, puesto que la amistad verdadera no tolera clasificaciones. Pero así ha de ser. En el hombre "ex hominibus assumptus" – "segregatus" – nada ha de perder el encanto de lo natural y todo ha de enriquecerse con la tendencia a lo sobrenatural. Lograr este equilibrio es difícil. Los amigos pueden servir para que el corazón descanse. Lo malo sería cuando varios corazones de sacerdotes atados entre sí por lazos amistosos no pudieran llamarse más que camaradas. Para practicar deportes o política barata, pase. Para amarse y amar al feo mundo a través de Cristo, se necesita otra cosa. De la amistad sacerdotal, revalorizada y bien vivida, pueden derivarse en beneficio del apostolado insospechadas ventajas. Pero mucho cuidado para que nunca falte una cosa: el espíritu.

Muchos de los amigos de don Enrique ya no nos interesan hoy. Fueron numerosísimos, porque con su carácter se ganaba el corazón de aquellos con quienes trataba. Nos haríamos enojosos si quisiéramos dar aquí los nombres de todos. Bastantes le sobrevivieron, porque murió joven, y en este tributo espontáneo que la amistad conmovida rinde a la hora de la muerte, si pusieron límites a su dolor, no pudieron ponerlos a las alabanzas que brotaron de su alma en honor del amigo querido. La Compañía de Santa Teresa de Jesús hubiera podido formar una preciosa antología de frases y testimonios reveladores del inmenso cariño que supo despertar su Fundador en todas partes.

2. En Tortosa esta amistad fue colaboración íntima con él de los más selectos y capaces. Los hombres como don Enrique son como los ríos caudalosos: arrastran consigo las aguas que encuentran a su paso. Cuando algunas páginas atrás dejaba yo insinuar lo que hubieran podido ser las obras de don Enrique, de haber encontrado amplia colaboración, me refería precisamente a esa cooperación de plano universal, o nacional por lo menos, que es la que suele faltar frecuentemente a los hombres geniales. Esta también le faltó a él en la escala apetecida. Pero nunca dejó de asistirle la ayuda inmediata del amigo que le trató de cerca, del admirador que se rinde a su dirección, del superior que ve en él un elegido de Dios, del interesado en proteger causas nobles, del contagiado desde lejos por la atmósfera de santidad y de prestigio que envuelve a los héroes. Si llegó un momento doloroso en su existencia en que los amigos de ayer le abandonaron, ello no fue más que la comprobación que tantas veces se repite en la vida, de que las almas grandes tienen que verse con frecuencia completamente solas. Ha dejado esa soledad como herencia el Maestro supremo, desde el día en que Él subió a la Cruz abandonado. Las almas heroicas aparecen así en el único escenario digno de ellas: la tristeza majestuosa de un Calvario en el que se clavan con sublime dolor, sin otra esperanza que la del Padre en cuyas manos entregan su espíritu. Dios suele premiarles después con la gloria de una resurrección que sólo se produce en las mañanas frescas y virginales, cuando los hombres todavía no andan por la tierra, sino únicamente los ángeles. Acaso éstos hayan empezado a ser testigos de que las piedras del sepulcro de don Enrique se remueven.

3. Ya en sus primeros trabajos catequísticos tuvo don Enrique colaboradores entusiastas, que le ayudaron a multiplicarse. Don Salvador Rey, que murió siendo Beneficiado de la Iglesia de San Antonio de Tortosa, fue uno de los más eficaces. También aparecen con frecuencia los nombres de don Agustín Pauli, don Bernardo Vergés, don Buenaventura

Pallarés, don Leopoldo Roch, don Miguel Franch y don Juan Llatse. Todos ellos fueron contemporáneos de Ossó ya en el Seminario de Tortosa. Bastante posterior, aunque captado por su influencia siendo todavía seminarista, fue Manuel Carceller, quién muchos años más tarde manifestaba: "A mí me tuvo como cooperador en varias de sus empresas y hubiera continuado siéndolo si no me hubiera llamado Dios a la Compañía de Jesús".

Muy pronto también en Tarragona, con motivo de la fundación de la Compañía, se unieron a él con vínculos de estrecha amistad don Antonio Forcades, don Juan Bautista Grau, futuro Obispo de Astorga, y don Ramón Sanuy.

A distancia, pero concediéndole siempre los máximos honores de la admiración y del cariño, aparece el nombre del ilustre Arcediano de Vich, doctor Collell. Así, otros muchos de los que oportunamente iremos haciendo referencia.

Pero es de justicia reseñar aquí, con los caracteres sobresalientes que ya en esta época tenía, la amistad que le unió con cuatro sacerdotes insignes: Juan Bautista Altés, Francisco Marsal, Félix Sardá y Salvany y Manuel Domingo y Sol.

4. Altés no se separó de él mientras vivió. Más joven que don Enrique, a su lado parecía un niño y efectivamente algo hay en todos sus escritos que transparenta el candor de su alma. Escritor fácil y de imaginación brillante fue el más eficaz colaborador de don Enrique en la Revista Teresiana. Todo lo poetizaba, y sabía servir sus no vulgares conocimientos teológicos y profanos de una manera sencilla y atrayente. Don Enrique encontró siempre en él un descanso y una fidelidad inquebrantable.

Don Francisco Marsal murió siendo Deán de la Catedral de Solsona. De sólida formación en todas las ciencias de la carrera eclesiástica, quedó prendado de don Enrique desde el primer momento en que le conoció con motivo de haber ido el Siervo de Dios a Tarragona a fundar la Archicofradía en 1874. Era el doctor Marsal Profesor de Humanidades e Historia en el Seminario, y aceptó el ruego de don Enrique de encargarse de la Asociación como Vice-Director de la misma, y dar clases a las primeras Hermanas de la Compañía después. Desde entonces quedaron íntimos amigos. En su casa se hospedaba don Enrique siempre que iba a Tarragona, con él consultaba todos sus planes y hasta le hizo objeto de particulares confidencias que acaso a nadie reveló. El doctor Marsal leyó escritos muy íntimos de don Enrique, observó muy de cerca su vida y llegó a cobrarle una veneración extraordinaria. Es el que decía que viendo a don Enrique se imaginaba cómo hubiera sido Jesucristo en el mundo. Ya anciano de 77 años, fue a declarar en el proceso de Beatificación iniciado en Barcelona, con lágrimas de agradecimiento a Dios y de homenaje al amigo inolvidable.

5. Don Félix Sardá y Salvany, el famoso e intrépido batallador de la propaganda católica, fue otro de los que siempre se distinguieron como amigos y colaboradores. El publicista Ossó hubo de ocuparse también mucho en cosas de imprenta, y en el antiguo compañero del Seminario de Barcelona encontró siempre al hombre experimentado y consejero leal que compartía plenamente sus afanes, por vivir entregado a ellos con rara y maravillosa constancia. Juntos trazaron planes de propaganda contra el liberalismo desatado de su época, y en sus frecuentes contactos y entrevistas en Barcelona, más frecuentes cuando don Enrique vino a residir habitualmente en la Ciudad Condal, concertaron de común acuerdo peregrinaciones y campañas a las que ambos servían, vigía cada cual en su atalaya, con el propósito idéntico de acelerar el advenimiento de una época mejor. Ambos fueron, cada uno a su manera, guerreros incansables en cuyas manos la pluma fue espada y arenga la palabra en los labios.

6. Pero hay un sacerdote próximo a don Enrique toda su vida, como el árbol junto al árbol en el bosque, que reclama de nosotros particular atención. Es don Manuel Domingo y Sol, el esclarecido fundador de los Operarios Diocesanos, cuya Causa de Beatificación también se halla incoada. Cuatro años le llevaba a don Enrique en edad y algunos más en los estudios cuando ambos se conocieron en el Seminario de Tortosa. Ello no fue obstáculo para que desde el primer momento les uniera una fervorosa amistad que no se interrumpió nunca. Don Manuel tuvo también el alma grande como el océano. En él y en don Enrique estaba yo pensando cuando escribía, al principio de este capítulo, sobre la amistad sacerdotal. Afectuosa y entrañablemente humana la que entre ellos medió, no perdió nunca el sello de un aliento sobrenatural del que salieron mutuamente beneficiados. Jamás se empañó ni se debilitó por nada. Juntos trabajaron y, aún cuando en su marcha emprendieron diversas direcciones,

dentro con frecuencia de los mismos campos, ni se produjeron interferencias molestas ni distanciamientos de evasión o indiferencia del uno con respecto al otro.

Aunque muy amigos desde el Seminario, la diferencia de años y de clases hizo que no se conocieran del todo hasta iniciada la vida sacerdotal de don Enrique. Entonces la mistad se convirtió en compenetración y fusión de dos almas gemelas. Don Manuel era un fino catador de valores humanos y había llegado a comprender lo que podría ser Ossó andando el tiempo. No tuvo inconveniente ninguno, a pesar de su mayor antigüedad en la diócesis, en convertirse en auxiliar de don Enrique apenas éste se lanzó al combate con aquel ardor sobrehumano con que le hemos visto actuar. En la catequesis, en la Archicofradía Teresiana, en la redacción de "El Amigo del Pueblo", don Manuel estuvo siempre en vanguardia junto a aquel a quien él llamaba "su don Enrique". Cuando éste se lanzó denodadamente a fundar la Compañía de Santa Teresa, don Manuel se sintió movido a cooperar con él; "mas, en consultando el caso – escribe – con persona para mí poco simpática, me aconsejó que tendiera el vuelo por otra esfera; la que más adelante me ha sido señalada por el Espíritu Divino".

7. Se refiere a la gloriosa y fecunda decisión, que pronto llegó a cuajar en él, de atacar a fondo el problema de las vocaciones eclesiásticas. En la carne viva de su alma sentía la tragedia de aquellos Seminarios, pulverizados por la revolución ahora y sometidos ya de antaño al desgaste de una época desorientada y triste que pasó sobre ellos como una lija, rozando ásperamente su fisonomía y su espíritu. Seminaristas hambrientos que se veían obligados a mendigar de puerta en puerta, profesores llenos de deficiencias pedagógicas, bibliotecas sin libros y hasta iglesias sin Sagrario; quebrantada, y a veces inexistente, la disciplina, de tanto valor educativo; escasa la formación moral y casi nulas la literaria y la científica, los futuros ministros del Señor salían al campo del apostolado desprovistos de la más indispensable levadura contra la corrupción del mundo ambiente. A don Manuel le cabe la honra indiscutible de haber sido el primer eclesiástico español que concibió y realizó un plan en gran escala para reformar por completo el sombrío panorama. Si la Hermandad de Operarios Diocesanos no ha dado todavía todos los frutos que de ella podemos esperar, sería profundamente injusto limitarse a reconocer el parcial hecho y no investigar las causas del mismo. Estas abundan, y seguramente no son los llamados Operarios los más directamente responsables de las mismas. También don Enrique pagó a su amigo con la misma moneda y, a favor de la gran empresa de don Manuel, trabajó con sus artículos de propaganda y con su influencia personal.

8. Juntos los hemos visto hacer la travesía del Mediterráneo para llegar por primera vez a Roma; juntos peregrinaron a la cuna y sepulcro de Santa Teresa en la gran Romería Teresiana; y juntos sufrieron sus penas con frecuencia, cuando el Señor no quiso que todo fuera abandono y soledad. Juntos también compartían en deliciosa convivencia algún breve descanso, no siempre posible aunque lo necesitaran tanto, como se desprende de este párrafo de una carta de don Manuel a un amigo suyo: "Tengo muchas ganas, si no necesidad, de irme a descansar unos días, y las circunstancias me las quitan. Ossó me ha escrito tres cartas desde Borriol y el Desierto a fin de que fuese allá, y prometiéndome pasar después a Valencia y recorrer un poco la Plana, y no me he atrevido a acceder".

Confidentes el uno del otro, don Enrique encontró en don Manuel consuelo en sus tribulaciones y don Manuel buscó en don Enrique aliento para sus trabajos. De carácter más dulce don Manuel y más enérgico don Enrique, ni a la dulzura del primero faltó nunca el recio vigor del hombre de acción, ni la energía del segundo se vio desasistida jamás de una suavísima y encantadora moderación, privilegio de las almas regias. Su amistad llegó a poseer matices de ingenua y delicada intimidad. Cuando don Manuel, Vicario entonces de las Clarisas en Tortosa, vio que sus pobres monjas corrían peligro de ser expulsadas del convento, hizo que la Abadesa escribiera una carta patética a la Condesa de Reus, esposa del General Prim, pidiendo su amparo y protección. Ésta llegó y las monjitas no fueron molestadas. Asesinado poco tiempo después el General, manifestaron su sentimiento a la Condesa viuda en una carta que redactó don Manuel. Pero éste envió el borrador de la misma a don Enrique con esta ruego que sólo puede hacerse a un verdadero amigo: "Mi Enrique; corte y cambie, y añada dos parrafitos de su copioso repertorio".

9. Muerto don Enrique repentinamente, don Manuel quedó profundamente impresionado y un hondísimo sentimiento de dolor se apoderó de su alma. En carta del 7 de febrero del 96 escribía así: "En Vall recibí la noticia de la muerte de Ossó, acaecida a cuatro

horas de Vall, en el Convento de Sancti-Spiritus, encima de Sagunto. Me afectó mucho. Yo me imaginaba que llegaría a los 90 años, como San Alfonso de Ligorio, atendidos los planes que tenía en su cabeza, y ha fallecido teniendo seis años menos que yo. Estoy espantado de veras".

Más tarde, en un artículo necrológico, manifestaba así el concepto que le mereció:

La noticia de su muerte se propagó rápidamente, sorprendiendo a todos mucho por lo inesperada, y más a nosotros, que tuvimos el consuelo de saludarle unos días antes, y ver que los trabajos continuos no le habían quitado alientos ni hecho mella en su robusta salud. Hijo de esta diócesis, hizo sus estudios en nuestro Seminario, del cual fue después Profesor, distinguiéndose siempre por sus condiciones de carácter, y atrayendo hacia sí el respeto de cuantos le rodeaban, aunque éstos se llamaron condiscípulos y amigos…

Tortosa puede gloriarse con haber sido el campo que recibió las primicias de su apostolado…Nosotros no le conocimos y le tratamos, pudimos admirar más de una vez su talento, su actividad y su celo, y a él debemos también ciertos alientos y las normas para la propaganda de algunas empresas de gloria de Dios. Descanse en paz tan benemérito sacerdote, honra de nuestro Seminario, gloria de Cataluña, apóstol incansable de la Doctora Avilesa, y no olvide desde el cielo a los que en la tierra nos honramos con su amistad.

Precioso ejemplo el que estos dos hombres nos ofrecen con sus dos vidas paralelas. Y concéntricas también, porque discurrieron en torno al mismo centro de sus amores: Jesucristo y la Iglesia.

10. Todavía en el testamento de don Manuel, entre los créditos a su favor, aparecen estas palabras, "Enrique de Ossó quedó a deberme ciento cincuenta o doscientos duros. Están perdonados". Perdone también el lector la falta de sintaxis del verbo quedar en gracia al finísimo perfume que se desprende de la frase. Podemos estar seguros de que aquellas monedas habían rodado mucho cantando la gloria de Dios por los caminos de España con su sonido alegre y metálico. Pocas veces la plata pudo haber tenido un destino mejor entre las cláusulas de un testamento.

CAPÍTULO XXII

PRIMERAS MANIFESTACIONES DEL PROBLEMA DE LA ENSEÑANZA EN ESPAÑA

1. Afán renovador de don Enrique.- 2. Las hondas raíces del mal.- 3. La restauración de la Monarquía y la nueva Constitución.- 4. El peligro protestante.- 5. Giner de los Ríos y la Institución Libre.- 6. Trascendencia de una visita de don Enrique a Ávila y Alba de Tormes.

1. En la introducción al primer número de la Revista Teresiana, don Enrique exponía así sus anhelos de renovación del país mediante el conocimiento y difusión del espíritu de Santa Teresa de Jesús.

Españoles todos, sin distinción de clases, opiniones y partidos, *hora est jam nos de somno surgere*. Oid la voz de uno de vuestros hermanos que se interesa por el bien y verdadera felicidad de nuestra patria infortunada. Despertemos de nuestro letargo: hora es ya de que cese nuestro olvido e ingratitud a los dones del cielo, al favor y protección singular que nos ofrece para remedio de nuestros males en las oraciones de Santa Teresa de Jesús. Tengo para mí, como ya advertimos en nuestra *Guía práctica del Catequista* que el infierno trabaja mucho para hacernos olvidar a los españoles los tesoros inmensos de gracia y bendición que tenemos en Santa Teresa de Jesús; en sus oraciones, en su vida y escritos admirables. Quizá en la recia tempestad que nos azota y que parece va a hundirse en ella la Religión y la patria, sólo falta que importunemos a Jesús, que aparenta dormir descuidado de lo que pasa, por la voz de su vigilante esposa Teresa para darse por vencido y mandar a los vientos que cesen y siga la bonanza de paz. Lo cierto es, como nos asegura el Espíritu Santo, que vale mucho la oración del justo y del humilde delante de Dios, y, a lo que se puede juzgar, difícilmente se hallará otra oración en el cielo de más valor, después de la de María y José, que la de aquella que fue maestra y doctora de la oración.

Españoles todos sin distinción de clases ni partidos, cavemos en esta mina, ahondemos en este tesoro, beneficiemos este fértil campo, y sea nuestro siglo el siglo de Santa Teresa de Jesús, así como es ya el siglo de María Inmaculada, del glorioso San José, del Corazón de Jesús, de cuyas glorias fue el más preclaro apóstol nuestra Santa. Que no haya ciudad en España que no tenga alguna iglesia dedicada a Santa Teresa de Jesús; ni pueblo que no la erija algún altar; ni aldea que no venere alguna de sus imágenes; ni casa que no posea alguno de sus hermosos retratos; ni pecho español que no le levante en su corazón una ara de gratitud, admiración y afecto. Que la música y la poesía, el pincel y el buril, el canto y la palabra de vida, se emplee todo en obsequio de Santa Teresa de Jesús, y donde haya un pecho español que profese devoción ardiente a su Dios y a su patria, haya un fino amante y devoto entusiasta de Santa Teresa de Jesús. Que los sacerdotes den a conocer a sus fieles y les pongan por modelo su vida y escritos celestiales; que los padres inspiren esta devoción a sus hijos; que los hijos mamen con la leche de sus españolas y católicas madres el amor a Santa Teresa de Jesús; que los nobles aprendan de la nobleza de la Santa a serlo en buenas acciones y obras cristianas; que los pobres procuren ser sufridos y amar la pobreza a imitación de Santa Teresa, la que siendo riquísima se hizo voluntariamente pobre, y halló sus delicias en la pobreza; que todos los corazones, en una palabra, se revistan de los mismos sentimientos y afectos generosos y cristianos del corazón de Teresa de Jesús, nuestra patricia ilustre, hermana, maestra y doctora. Así regeneraremos a la decaída España, así curaremos sus llagas que le han abierto el egoísmo y la impiedad, así florecerán en nuestro suelo, país clásico del Catolicismo, la fe, la piedad, el espíritu de oración, la fraternidad cristiana, la paz y la prosperidad.

Ya hemos visto lo que hasta aquí había hecho él para conseguir que estos hermosos deseos se realizasen. Por toda España logró poner en movimiento las fuerzas antes dormidas o inexistentes de un espíritu cristiano empapado del más vivo teresianismo. Dotado de un genio eminentemente práctico y con capacidad de profunda observación, vio que las raíces del mal de España estaban muy hondas. La Revolución del 68 no era más que un episodio, fértil, si se quiere, en proliferaciones funestas, pero, al fin y al cabo, obedientes a una misma causa secreta que entonces precisamente empezaba a revelarse, al saltar hecha pedazos la corteza exterior de una ordenación social terriblemente falsa. Lo que estaba en crisis era el hombre español, como consecuencia de la que también sufrían la Monarquía, la Religión, la cultura y la situación política en España con respecto a los demás países de Europa.

2. Don Enrique lo vio. Este es su mérito mayor: no haberse limitado a contemplar el movimiento de las ramas sacudidas por los vientos exteriores, sino presentir con exactitud dónde están las raíces, al poner los pies sobre la tierra. Otros pisan en ella y lo único que advierten es si está blanda o dura, limpia o manchada. Esto es lo de menos. Lo otro, lo interior es lo que importa. Rara vez se encuentra en la superficie el oro de las minas o el fuego de los volcanes.

Ante este problema hondo de España, don Enrique reaccionó como tiene que reaccionar un hombre de fe y con despierta inteligencia. Acaso un historiador racionalista considere que el intento de renovación más logrado y positivo en la España del siglo XIX consiste, por ejemplo, en el avance del liberalismo. Pero ya sabemos a qué obedece este criterio. Nosotros estamos examinando la vida de un Siervo de Dios. Tenemos también nuestra filosofía de la historia, y sabemos que el fermento auténticamente renovador de la humanidad está en la gracia de la Redención servida al mundo por los testigos de Cristo en el tiempo, de tal manera que, sin destruir ningún valor humano, pueda beneficiarlos a todos: a la cultura, a la política, a la economía, a todo cuanto sea fruto de la actividad de los hombres. La preocupación manifiesta de la vida de don Enrique fue servir a la Iglesia y trabajar por España. Sus empresas todas, sus escritos, su predicación, sus organizaciones de vida activa y militante responden con perseverancia ejemplar a este supremo afán.

Le hemos visto abarcar todos los campos: las catequesis de niños, las congregaciones de jóvenes de uno y otro sexo, los hombres, la propaganda hablada y escrita, el Seminario. Sólo una puerta permanece cerrada para él: la de la política. Es perfectamente lógico que estos hombres de espíritu tan amplio y ordenado sientan, llegado el momento oportuno, la necesidad de completar el edificio que han ido levantando. Su mente de arquitectos geniales llega a padecer una necesidad casi física de no dejar el templo a medio hacer.

Don Enrique ha utilizado un estilo arquitectónico y un instrumento de edificación invariables: el Teresianismo. Es un estilo que no se agota, un instrumento que no se consume con el uso. Da de sí mucho más. ¿Qué hacer ahora con él?

3. La Restauración de la Monarquía Borbónica y la rectoría política de Cánovas del Castillo frenaron, sí, los ímpetus de la Revolución, pero no supieron cegar las fuentes de la misma. En el año 76 entró en vigor la Constitución de los Notables, llamada así por la eximia calidad de los que habían intervenido en redactarla. Más moderada que la del 69, no se concedía en ella la libertad de cultos, sino únicamente la tolerancia, y ésta con la condición de que todos, excepto el de la Religión Católica, se celebrasen privadamente. Juntamente con el culto, se toleraba también la enseñanza y podían abrirse escuelas privadas en las cuales se diera toda clase de instrucción en el orden moral y religioso. Mientras los católicos vivían escindidos en múltiples agrupaciones políticas y exclusivamente confiados en que su religión era la oficial del Estado Español, hubo en el campo contrario quienes, amparándose en esa tolerancia de la Constitución, se entregaron con innegable perspicacia a un trabajo fecundo en el campo más apto, que puede darse cuando se tiene como fin cambiar la estructura espiritual de los hombres en uno o en otro sentido: el de la enseñanza y la educación.

Dos años más tarde, en el 78, el Arzobispo de Granada, con sus sufragáneos dirigía una exposición a las Cortes en la que se lamentaba de esta tolerancia en materia docente. Al no exigirse ninguna declaración expresa a los padres de los alumnos sobre su abjuración del catolicismo o su pertenencia de antiguo a las sectas heréticas, era de temer que tales escuelas, "más que para instruir y educar los hijos de padres disidentes, servirían quizá para pervertir e inficionar con el veneno del error a muchos hijos inocentes de ciertos padres católicos, o tibios en la fe y descuidados en sus deberes religiosos, o poco advertidos y demasiado sencillos y confiados en vanas apariencias y halagüeñas promesas".

La razón más fuerte de este temor tan claramente expuesto por el ilustre Arzobispo estaba en que, al mismo tiempo que se permitían tales centros de educación, se declaraba obligatoria la enseñanza en toda España bajo sanción penal y se exigía la asistencia a las escuelas del Estado o a los centros privados.

El resultado no se haría esperar. Allí donde las escuelas del Estado no existían o, aun existiendo, se abrieran otras fuertemente asistidas de los recursos económicos que las Sociedades Bíblicas podían ofrecer, se presentaba el inmediato peligro de que, en parte para librarse de la posible sanción, y en parte por las presumibles claudicaciones de una fe debilitada y poco cauta, vendrían a ser alumnos de los rubios pastores protestantes los hijos de muchas familias católicas. De hecho, así sucedió y el que quiera leer la Revista de Santa Teresa de estos años, puede recoger datos abundantes, constantemente aireados por don Enrique, con el fin de hacer caer en la cuenta de la gravedad que encerraban a los españoles adormecidos y más aficionados a la garrulería insustancial que al laborar hondo y positivo. Como fue también un hecho cierto que a muchos maestros y maestras oficiales les costearon la carrera y el título las asociaciones protestantes, no sin antes exigirles bajo juramento, que más tarde se cuidaban de ver cómo cumplían, el compromiso serio de enseñar doctrinas

contrarias al catolicismo o, cuando menos, ofuscar y no formar debidamente la inteligencia de los niños desde su puesto en el escalafón del Magisterio Nacional (1).

Pero no eran sólo los protestantes. Había otros que, con procedimientos menos ruidosos, empezaban a abrir una brecha profunda en las instituciones docentes españolas.

5. Alejado Giner de los Ríos de su cátedra oficial de la Universidad de Madrid, fundó en este año de 1876 la Institución Libre de Enseñanza. Hombre dotado de una envidiable capacidad educadora ejerció desde el principio poderosísima influencia. Aparte de su labor sobre las personas y ambientes universitarios, tuvo especial empeño en que el espíritu y métodos de la nueva Institución se ensayasen plenamente sobre los niños, para los cuales fundó una Escuela de Enseñanza Primaria, y sobre los adolescentes situados a las puertas mismas de la vida. Con lo cual demostró tener inteligencia para saber trabajar a largo plazo en la seguridad de que los frutos de su esfuerzo se verían totalmente logrados algún día. Y no se equivocó.

Procedimientos pedagógicos nunca ensayados en España, horizontes abiertos, contacto con la vida, viajes y excursiones, aplicación del trabajo manual como elemento educativo de primer orden, fueron factores, muy sabiamente utilizados por él, que contribuyeron a dar sólido prestigio a la naciente Institución. Giner fue un pedagogo extraordinario.

Acaso algún lector se extrañe al ver que en este libro se escribe sobre la Institución sin acrimonia y con respeto. Tenga la seguridad de que no es por candidez ni por tendencia al irenismo y las posturas excesivamente conciliatorias. Donde haya un poco de verdad, debe ser reconocida y amada con independencia de los errores que la acompañen. Aquiles tuvo un punto vulnerable, que fue su talón; pero el resto de su organismo era perfecto e invencible. Seguramente la vulnerabilidad del organismo de Giner y sus obras no residía en un extremo tan vulgar, aunque tan importante, como el talón. Seguramente se encontraba nada menos que en el corazón o en la cabeza. Muy bien. Hubieranse atacado, con violencia si se quiere, esas partes vulnerables, pero respetando las demás, que francamente eran muy bellas.

Si Giner, en lugar de ser un santo laico, hubiera sido un laico santo, es decir, un buen seglar, hijo humilde de la Iglesia, los católicos hubiéramos hablado con orgullo de los aspectos puramente pedagógicos y prometedores de fecundidad científica que latían en su obra. No fue así y, al juzgarle, nos faltó muchas veces la moderación debida.

Yo he visto hombres eminentes, que en la Universidad se formaron y en la Universidad forman a otros, vibrar de indignación ante los juicios globales y necios que algunos formulaban respecto a la Institución, de la que se consideraban hijos: prueba de que la falta de ecuanimidad en la crítica produce efectos contraproducentes. Y he visto también a esos mismos hombres llorar amargamente en horas muy sombrías de la vida, porque se encontraban sin luz para resolver los problemas más importantes que ella ofrece: ese llanto era la mejor acusación que ellos mismos hacían contra la que, debiendo haber sido madre, se convirtió en madrastra, porque no supo cuidar de lo mejor que un hijo tiene: el alma. Por ahí teníamos que haber atacado nosotros, sin destemplanza, con la espada serena de la verdad religiosa bien expuesta y mejor vivida. Creando instituciones semejantes en que, además de lo bueno que la suya tenía, apareciese también lo mejor que a ella faltaba. Esto hubiera sido mucho más eficaz que el ataque cerrado y a destiempo.

Giner quiso inyectar sangre nueva en la Universidad y la cultura españolas, y buena falta le hacía. En parte lo logró. Pero vino a ser un pobre diablo en cuanto al uso y aprecio del mejor elemento de educación y cultura: el hecho religioso. Sus especulaciones habladas o escritas sobre el tema nos harían hoy reír a carcajadas si no fuera por dos cosas: primera, que antes han hecho llorar a muchos; segunda, que todavía siguen influyendo.

Algunos de los que le acompañaron o siguieron, en la Institución primero, y en la Junta de Ampliación de Estudios después, más que pobres diablos fueron diablos auténticos que hicieron verdaderas diabluras. Estos ya no merecen compasión, porque carecían de las honradas intenciones que brillaron en el engañado maestro. Lo que fue en él bondad, humanidad y hasta dulzura, se convirtió en ellos en laicismo que presumía de elegancia, sibilina sonrisa, untuosa cortesía, neutralismo de seres superiores, soberbia luciferina. Ciegos conductores de otros ciegos, han causado a España un daño muy hondo al pretender fomentar una cultura sin Dios, que es como un cielo sin estrellas. ¡Qué torpes han sido! Tan torpes ellos como “buen profeta” su patriarca, su don Francisco querido. Ignoro si el lector sabe que Giner murió en 1915, y que poco antes de morir hizo la profecía de que muy pronto, gracias a sus ideas, en Asturias sobrarían las cárceles y la pena de muerte. ¿Será que el célebre hijo de

Ronda tenía la eternidad en sus manos, como Dios, y por consiguiente empleaba las palabras muy pronto o muy tarde con distinto significado del que tienen en el lenguaje de los hombres?

6. En agosto de 1875 don Enrique había hecho su primer viaje a Ávila y Alba de Tormes. Fue tal la impresión que sufrió al contacto de aquellos lugares tan llenos de íntimos recuerdos de la Santa, que volvió enardecido a Tortosa y con el alma rebosante de anhelos y proyectos. En el número de la Revista correspondiente al mes de septiembre aparecen siete artículos suyos, vibrantes, apasionados, llenos de unción y de fuego…Se adivina un alma enloquecida de amor a Santa Teresa y sacudida por el deseo de hacer cosas grandes.

La visita al cuerpo y corazón de nuestra Santa – escribe – ha avivado en nuestro pecho las ansias que le devoran por dar a conocer a Jesús y a su Teresa y va a imprimir a nuestra publicación nuevo movimiento y vida.

¡Oh vosotros! los que os salíais al paso diciéndonos que dentro de algunos años no habría nada que decir de Santa Teresa de Jesús; visitad estos lugares teresianos y tantos recuerdos recogeréis, tantas ideas y proyectos brillarán en vuestra mente, que os veréis más bien en la dificultad de no saber qué decir ni escoger.

Ya moriremos gozosos – exclamaba en otra página del mismo número -. No obstante, prevenimos a nuestros lectores que, a pesar de tanta dicha, nuestro corazón, en su sed ardorosa, inextinguible, por dar a conocer más y más a Teresa de Jesús, a pesar de estar contentísimo con esta gracia, no está satisfecho del todo, y con razón, como manifestaremos en su día.

¿A qué alude aquí don Enrique? ¿Cuál es el motivo de su insatisfacción? Tengamos un poco de paciencia. Su alma en estos momentos está en plena ebullición. Algo está fraguándose en su interior. Ni él mismo adivina lo que será. Unos meses más, y empezará a ver claro. Lo que sí podemos afirmar es que él no permanece indiferente ante el problema de la enseñanza tan agudamente planteado en España.

(1) Oigamos un sucedido en la visita de un Inspector a una escuela de niñas:

- ¿Quién es Moisés? – preguntó el Inspector a una niña.

- Moisés – contestó la niña -, fue el libertador y el legislador del pueblo hebreo.

- No está bien – repuso el Inspector -, o mejor dicho, no basta; - y volviéndose a las otras niñas, preguntó -: ¿Ninguna de vosotras sabe contestar mejor? – y como todas callasen, dijo con tono magistral y solemne -: Moisés no fue solamente el libertador y el legislador del pueblo hebreo; fue también el primero que inventó a Dios.

Así blasfeman, abusando de su posición oficial, los partidarios de las escuelas sin Dios (cf. “Revista de anta Teresa”, noviembre de 1879, pág. 29).

CAPÍTULO XXIII

DON ENRIQUE DE OSSÓ
Y LA ORGANIZACIÓN DE LAS FUERZAS CATÓLICAS

1. Bastante más que fundador de un Instituto Religioso.- 2. Atención al Ministerio de Fomento.- 3. Ineficaces procedimientos de los católicos.- 4. Cómo veía don Enrique el panorama.- 5. Palabras de Pío IX a los católicos españoles.- 6. Obligados a cuidarnos por nosotros mismos.

1. Ocurre frecuentemente con los fundadores de un Instituto Religioso que su personalidad llega a ser completamente absorbida por esta exclusiva significación de fundadores. El campo fértil de la fundación que realizan pide sin cesar las aguas que ellos con generosidad derraman, y en pago de su esfuerzo, la fundación lograda, con todos los elementos que componen su estructura, viene a ser la prolongación más característica de la vida del que la hizo. La posteridad se acuerda de estos hombres a través, casi exclusivamente, de esa obra que, sea o no la más fecunda de cuantas realizaron, es desde luego la que más llama la atención.

Al escribir esto, y precisamente con ocasión de estudiar a don Enrique como fundador de un Instituto Religioso, no quisiera que mi pluma perdiese ni una milésima de su capacidad para apreciar la singular importancia que tiene en su vida esta obra de la Compañía de Santa Teresa. Pero declaro también que me sentiría profundamente desilusionado si esta misma pluma no me sirviera para expresar con toda claridad que don Enrique es algo más, bastante más, que el fundador de una congregación tan benemérita. Dentro de la corona que lleva un rey sobre su frente puede haber unas piedras más preciosas que las otras. Acaso haya una casa que sea la más valiosa de todas. Pero aún así, una cosa es la corona con sus piedras y otra muy distinta el rey con su corona.

2. ¿Qué veía en torno a sí mismo don Enrique? Un país sumido en el más triste desamparo. Rota la unidad católica, de lo cual tan vivamente se lamentaban los obispos; legalmente permitida la actuación, aunque privada, de las sectas y grupos heterodoxos; frondosas y bien cuajadas de frutos algunas ramas del árbol del liberalismo, y sobre todo, minado el campo de la enseñanza por catedráticos de universidades y otros centros, que se adherían con entusiasmo a las nuevas doctrinas y las propagaban con ardor hasta los últimos rincones de España. A un espíritu avisado y vigilante no podían satisfacerle las medidas políticas de unos hombres llenos de compromisos, los de la Restauración, que si mantenían un sentido de oposición a los principios de la Revolución de septiembre, no eran aptos sin embargo para combatir el mal con la eficacia deseada. El problema no podía arreglarse simplemente con decretos, como los del ministro Orovio, que quiso obligar a los catedráticos a que suscribiesen el compromiso de respetar en sus explicaciones los postulados de la Religión y la Monarquía, so pena de ser apartados de su misión docente. Efectivamente, a algunos se les privó de sus cátedras, pero aumentaba su prestigio con la persecución y no disminuía en nada su influencia. Tal fue el caso de Giner de los Ríos.

Por aquí precisamente, por este campo de la enseñanza, es por donde vendría el mayor peligro para España. Ya entonces hubiera podido decirse, como se repitió tantas veces mucho tiempo después, que desde el Ministerio de Instrucción Pública (a la sazón llamado de Fomento) la masonería se había propuesto reñir la gran batalla.

3. ¿Qué hacían entre tanto los católicos?

Espero que a estas alturas, cuando tantas cosas han ocurrido en España y el peso mismo de la tragedia contribuye a darnos una dolorosa serenidad de juicio, no parecerá descortés ni mucho menos erróneo, afirmar que las fuerzas católicas de la época que estudiamos se movieron frecuentemente por estímulos negativos más que por impulsos de signo positivo y prudentemente renovador. A la vida no se la puede detener nunca. Hay que avanzar juntamente con ella, y hasta un poco por delante, con la antorcha en la mano para iluminarla. Esto no implica una perniciosa y sistemática acomodación a los tiempos. Esto es guiar y conducir a los tiempos.

Al que conozca medianamente la historia de la evolución de la enseñanza en Europa y en España a partir del último siglo no se le oculta que el mal que de ahí podía derivarse no podía ser vencido con pliegos de firmas elevadas al Ministerio, depositadas, la mayor parte de

las veces, por hombres y mujeres desconocedores de la trascendencia de lo que hacían, y con escritos de propagandas, tenaces y tercos mantenedores de posiciones en las que había mucho de intrínseca bondad, que necesariamente había de defenderse, y no poco de rutinarismo, que maldita la falta que nos hacía para que nuestra misión siguiera siendo fecunda. Técnicamente defectuosas muchas de las instituciones docentes de carácter religioso, inexistente, o poco menos, el contacto y conocimiento de lo que se hacía en el extranjero, faltos de una solícita atención a las bondades pedagógicas que el enemigo podía tener, muchos católicos se pasaban la vida hablando, protestando y quejándose. Hoy vemos con absoluta claridad que no era éste el camino. Tengamos un poco de comprensión para los que en aquella época de incertidumbre y de tránsito, con una España en la mano en la que se respiraba el aire de las facciones y la lucha, no supieron o no pudieron actuar con más perspicacia. Pero eso mismo nos invita a rendir un tributo de mayor admiración hacia los pocos iluminados que acertaron a marcar rumbos más certeros.

4. Uno de éstos fue don Enrique. He examinado con atención escrupulosa todos sus escritos de este año de 1876 y siguientes. A través de ellos vemos perfectamente reflejadas sus inquietudes y preocupaciones y llegamos a darnos cuenta de las dimensiones que alcanza su pensamiento. Él no es un político ni un sociólogo. Es sencillamente un sacerdote, un hombre de Dios, que atribuye la máxima importancia a la solución que invariable y perpetuamente ofrece el cristianismo a los hombres y los pueblos: el sentido sobrenatural de la vida. Pero no se detiene aquí. Si su aportación se limitara a esto, no pasaría de ser uno de tantos como entonces y siempre han pensado lo mismo. Es también un apóstol sumergido de los pies a la cabeza en el ambiente de la época, consciente de los males que existen o se presienten, conocedor como pocos de la situación real y de los planes del enemigo. Su talento, su trato con Prelados y sacerdotes de prestigio, sus viajes frecuentes, su puesto de director de una revista popular, pero de positiva influencia, le permiten tener una visión acertada, y hasta aparentemente audaz, de los remedios que se necesitan.

5. En diciembre del año 76, y tomando como base de los mismos una palabras de la alocución dirigida por Pío IX a los peregrinos españoles, empezó a escribir en la Revista una serie de artículos con el título común de “Organicémonos”. Su Santidad había dicho: “La unión y concordia entre los muchísimos buenos, sería un obstáculo inmenso al progreso de los malvados, que les obligaría finalmente a retroceder”.

Palabras oportunísimas, semejantes a otras que, con igual o parecida autoridad, han sido dirigidas más de una vez a este país católico tan aficionado al individualismo y la división.

Don Enrique encabezó su artículo con este pensamiento del Papa y añadió: “Uno de los deberes más imperiosos que tenemos en nuestros días los católicos españoles es la organización. Somos los más, es cierto, pero casi siempre somos juguetes de unos pocos atrevidos y avisados que acechan y aprovechan toda ocasión, por insignificante que ella sea, para avanzar a lograr sus planes infernales”.

Bien es verdad – seguía diciendo – que el mal no puede curarse con organizaciones ni asociaciones solas: “El espíritu es el que vivifica, no la carne o ropaje exterior”. Pero, “reconocemos que, cambiadas las circunstancias, debe modificarse la regla de conducta, así como con los nuevos intentos y armas de guerra ha tenido que cambiase la táctica militar”. Magníficas palabras que equivalen a lo que antes decíamos sobre la necesidad de ir avanzando con la vida para iluminarla y conducirla…

“El Estado ha querido prescindir del cuidado y vigilancia especial en el ramo de la religión rompiendo la unidad católica, y hemos quedado los españoles casi huérfanos en esta parte, obligados *a cuidarnos por nosotros mismos* y a atender a mil cosas que hasta ahora desatendíamos, fiados en el buen celo de la nación”.

6. Creo que en estas palabras reside la clave para entender toda la obra y afanes posteriores de don Enrique. En ese *obligados a cuidarnos por nosotros mismos* escrito hace 75 años, hay una genial e inspirada anticipación del catolicismo de signo militante que caracteriza a nuestra época. No caeré en la necia pretensión de afirmar que el catolicismo, como tal, haya dejado de ser militante alguna vez. Pero es indudablemente cierto que, en países donde la Religión y el Trono han caminado tan unidos e identificados como en España, se ha producido a la larga en el ánimo de sus moradores una especie de abandono colectivo de las obligaciones estrictamente individuales, perdiéndose así la más hermosa condición de la vida cristiana, la de la lucha incesante y la aportación personal a la gran tarea de edificar el Reino

de Dios hasta donde puede ser edificado en la tierra. Con esto no prejuzgo la cuestión que hoy tanto apasiona sobre las relaciones entre Iglesia y Estado. Reconozco únicamente un hecho sobre el cual los estados modernos ofrecen datos abundantísimos. Y recojo con muy viva satisfacción esa llamada que en el siglo anterior hacía un sacerdote excepcional a la conciencia de sus compatriotas. De haberla escuchado y haber obrado en consecuencia, es muy posible que en España no hubiéramos tenido que llorar tantas lágrimas de sangre.

Era necesaria, pues, una robusta organización de los católicos "que pueda superar, o al menos resistir, a los embates de la impiedad".

Cuando don Enrique escribía esto, no lo hacía sencillamente por un afán declamatorio. Estaba viviendo ya dentro de sí mismo ese principio. Se le había predicado a él, el primero. Y como hubiera sido una locura querer avanzar él solo por todos los caminos de la patria e intentar esa organización de todas las fuerzas dentro del ámbito nacional, había escogido uno que desembocaba precisamente en el campo más necesitado de cultivo. Sin perder un minuto, se lanzó a trabajar con estupenda visión estratégica. El enemigo venía atacando por aquí. Lograr que los católicos se dispusieran a combatir en la batalla trascendental de la enseñanza y la educación, fue desde ahora la suprema ambición de su alma.

CAPÍTULO XXIV

EN LA MADRUGADA DE UN DOMINGO DE PASIÓN

1. La “Revista Teresiana” empieza a hablar de una obra predilecta.- 2. El colegio de doña Magdalena Mallol.- 3. Campaña de marzo en Tortosa.- 4. Orando a altas horas de la noche.- 5. La Compañía fruto de las oraciones de los niños.

1. La Revista Teresiana tuvo, desde el primer número, entre sus páginas un hueco de deliciosa intimidad. Situado siempre al final, como el apretón de manos cariñoso que nos da un amigo al despedirnos, o más bien como la frase confidencial que se dice al oído después de una larga conversación, aparecía siempre en letra pequeñita y discreta, apta para comunicar secretos, una sección en que el Director encomendaba a los lectores las gracias que por intercesión de Santa Teresa debían pedir a Dios durante el mes. Don Enrique era un gran psicólogo, y utilizaba este sistema de comunicación espiritual e inalámbrica con los numerosos devotos de la Santa alejados de él por centenares y aun millares de kilómetros. La Revista se hallaba ya extendida por toda España y contaba con no escasas suscripciones en Francis, Bélgica, Italia, Alemania, Portugal, Inglaterra y ambas Américas. En alguno de sus números se permitía el lujo de presentarse a sus lectores engalanada con cartas al señor Director venidas de Bruselas, Plymouth (Inglaterra), Pamiers y Carcasonne (Francia). Otras veces eran artículos de colaboración espontáneamente enviados por suscriptores extranjeros que compartían las intenciones y propósitos que la Revista propagaba.

En ese apartado rincón de la misma a que he aludido, y por primera vez en abril en 1876, entre las gracias cuya impetración se encomendaba a las súplicas de los lectores aparecía una formulada así: “Una obra admirable para promover los intereses de Jesús de Teresa en gran escala”.

En mayo volvía a recomendarla don Enrique de esta manera: “Una nueva obra de mayor gloria de Jesús y su Teresa”. De modo muy semejante insistía en junio. Ya en julio concretaba más y aparecía una palabra mágica: “La Compañía de preferencia Teresiana”.

En agosto se descorrió completamente el velo y escribió don Enrique un largo artículo titulado: “La Compañía de Santa Teresa de Jesús”, dando a conocer la nueva obra. Me propongo ahora narrar el origen histórico de la misma, sin añadir ni quitar nada a los documentos que, por fortuna, conservamos sobre este punto tan interesante de la vida de nuestro biografiado. Para no abrumar al lector transcribiendo sin cesar fragmentos literales de esa documentación, en gran parte escritos por el mismo don Enrique, los utilizaré con toda fidelidad y haré la narración de un modo directo y personal.

2. En Tarragona vivía completamente entregada a las duras tareas de la enseñanza primaria, como Directora y seguramente propietaria de un colegio particular, una señora virtuosa y competente. Se llamaba doña Magdalena Mallol. Había conocido a don Enrique con motivo de alguno de los viajes que ésta hacía a aquella ciudad, requerido por las atenciones que constantemente deseaba prodigar a la Archicofradía Teresiana allí donde estaba constituida. Necesitaba esta profesora de eficaces auxiliares que pudieran ayudarla en su trabajo, acudió a don Enrique en demanda de algunas jóvenes que, indudablemente, nadie como él podría indicar y facilitar, por su contacto continuo con las mejores señoritas de aquellos sitios, pertenecientes a la Archicofradía que él tan celosamente cultivaba. Pedir esto a don Enrique era algo así como pedir agua a una fuente que ha nacido para darla. Todo lo que fuese fomentar la enseñanza católica encontraba en él la disposición de espíritu más favorable.

Gracias a su intervención y su ruego, en seguida encontró doña Magdalena las jóvenes que necesitaba. Con ellas se comprometía, por su parte, a prepararlas en los estudios y facilitarles todos los caminos, incluso los de índole económica, para que pudiesen rápidamente obtener el título oficial de maestras de primera enseñanza.

Mas, como pasaron los meses sin que la citada profesora cumpliera su compromiso, aquellas buenas jóvenes expusieron a don Enrique su natural desilusión y su deseo de cambiar de rumbo. A una mujer joven y capaz no puede evidentemente satisfacerla la perspectiva de seguir a perpetuidad siendo auxiliar de un colegio de Instrucción Primaria. Don Enrique comprendió lo razonado de sus quejas y se dispuso a atenderlas cargando sobre sí la responsabilidad de dar satisfacción a unos anhelos que, sin su inmediata intervención, probablemente no se habrían despertado. ¿Cómo lograrlo?

Sucedía todo esto en los comienzos del año 76. Personalmente, él no tenía más que una preocupación vivísima por los males de España y un trabajo abrumador.

3. ¿Qué hacer con aquellas jóvenes que de manera tan inesperada se le venían a la mano con una mayor capacidad que las demás y también con mayores exigencias? Durante todo el mes de marzo, los sentimientos religiosos de la ciudad de Tortosa habían acusado una vibración extraordinaria. Don Enrique había logrado que el favor de los tortosinos, canalizado entonces en la devoción a San José, tan acertadamente fomentada, se manifestase en continuas y nutridísimas concentraciones de hombres y mujeres, de jóvenes y niños, de cuya alma cristiana arrancaba él, con su trabajo constante, no sólo quietas y pacíficas manifestaciones de religiosidad, sino también vehementes anhelos de restauración y de conquista. Difusa e impalpable se extendía sobre el ambiente esa especie de electricidad espiritual que a veces se produce en ciudades pequeñas cuando sobre ellas descarga continuamente la energía de un apóstol.

Nadie mejor para captarlo que el mismo que lo produce. En el alma guerrera de don Enrique, todo venía a convertirse en nuevos estímulos para hacer más y seguir siempre avanzando. Acababa de organizar a los hombres de la Hermandad Josefina, y, a través de ellos, veía lo que podría ser una España en que los jefes de familia – padres y madres – viviesen un cristianismo recio y vigoroso. Había celebrado durante todo el mes, con los niños de la Catequística y el Rebañito, multitud de fiestas y actos especiales, en los que se ponía continuamente de relieve el porvenir tan prometedor que podía esperarse si sobre ellos continuase cayendo el beneficio de la educación cristiana. Él era un hombre que lanzaba su mirada siempre a lo lejos. Ahora aquellos niños estaban en sus manos. Pero, ¿y después? ¿Acaso podía contentarse su alma con ir despertando a clarinazos reacciones espirituales, condenadas a desaparecer en un momento no lejano? ¿Qué garantías ofrecía la situación política y social de la época en orden al mantenimiento y protección de aquellos sanos valores del espíritu que él iba labrando? ¿No había llegado ya el momento de que los católicos se decidiesen a tomar iniciativas, costosas quizá, pero indiscutiblemente necesarias, para cuidar por sí mismos aquellos campos ubérrimos, de otro modo condenados a una esterilidad inevitable?

Así había pasado para él aquel mes de marzo, clavándole en su corazón el alfilerazo de estos interrogantes dolorosos, lo mismo en las horas sosegadas de la meditación que en medio del turbulento despliegue de sus actividades múltiples.

4. Tan espléndidos y elocuentes habían sido los testimonios de religiosidad y fe durante todo el mes de marzo que don Enrique quiso hacer el 1 de abril, sábado, con los niños de la Catequística y el Rebañito, una solemnísima función de acción de gracias. Celebrada la cual, se retiró aquella noche a la casa en que vivía y en lugar de entregarse al descanso, se puso en oración.

El lector puede estar seguro de que, en la composición de lugar de aquella meditación tenida a altas horas de la noche, entraban como piezas de un retablo reducido a muy hermosa unidad, enjambres de niños, en cuya frente veía don Enrique crecer la flor de la esperanza, jóvenes muchachas que empezaban a hablar de generosidad y entrega casi sin darse cuenta, y muchos, muchos pueblos y ciudades de España sobre los cuales caía la peligrosa amenaza de un debilitamiento progresivo en la fe y las viejas y honradas costumbres. Don Enrique seguía orando. Dieron las doce, la una, las dos de la mañana. Gemía ardientemente suplicando protección para España. Había entrado ya en la madrugada del 2 de abril, Domingo de Pasión. Y como si hubiese sentido una luz inspiradora que descendía de lo alto, interrumpió su plegaria, se levantó, tomó un papel, y a grandes rasgos escribió el plan de fundación de una Compañía de Profesoras Católicas que habían de dedicarse a la enseñanza. Lo guardó dentro de un sobre para enviárselo dos días después a su Director espiritual, don Jacinto Peñarroya, juntamente con una carta que decía así:

Mi estimado don Jacinto: Examine este informe-proyecto. Medítelo y vea si Dios quiere que se pase adelante en ocasión oportuna, o que se tenga en cuenta. ¿Le parece que lo vea el Prelado, o desecharlo? Quedará, cualquiera que sea la resolución, tranquilo su afectísimo que espera sus órdenes:

Enrique

Día del cumpleaños del Bautismo de Santa Teresa de Jesús (4 de abril de 1876), Tortosa.

5. He aquí la soberana sencillez de un alma grande y generosa. El proyecto más hermoso y vivamente acariciado de su vida, como lo demostró después de una manera abrumadora, era sometido a la aprobación o desaprobación de su Director, que muy bien podía dar un sí o un no absolutamente definitivo. En aquella fría madrugada del Domingo de Pasión el alma de don Enrique estaba serena como las aguas de un lago en calma. Sólo una brisa ligera y amable rozaba su superficie. Era la brisa templada del amor sacerdotal, que no descansa ni siquiera en las horas nocturnas. Como el soplo tranquil que, en el silencio de las noches primaverales, desciende desde lo alto de las montañas al ancho seno de los valles rasgando la virginal pureza de plantas y flores para hacerlas fecundas.

Así nació la Compañía de Santa Teresa de Jesús. Casi cuando el fundador sentía todavía junto a sí las voces agudas de muchos niños y niñas necesitados de educación cristiana. En la alborada de un Domingo de Pasión, para que la informase totalmente, como el alma informa a un cuerpo concebido, la limpia y gozosa aceptación del sacrificio que la liturgia conmemora ese día. Abierta la mirada en dirección a toda España y al mundo entero. Como fruto de muchas oraciones de almas infantiles.

Don Enrique mismo decía más tarde: "Las oraciones de estas almas inocentes habrán conmovido sin duda al Corazón de Jesús y de ellas puedo decir que es hija nuestra humilde Compañía".

Raro privilegio éste de las Religiosas de la Compañía de Santa Teresa. Otros Institutos vienen para engendrar a los pequeñuelos en la fe y la educación cristianas. Aquí parece que ha correspondido a los niños el papel de progenitores. Alguna relación muy íntima habrá querido Dios establecer entre la niñez y la Compañía, cuando de tal manera quiso atender las súplicas de esos mismos niños dándoles precisamente esas Madres.

NOTA: Véase ahora el artículo de don Enrique, primero de los muchos que escribió sobre la Compañía, al que hacemos referencia en este capítulo, nº 1º.

La Compañía de Santa Teresa de Jesús.- Una compañía de preferencia en la Congregación Teresiana, ¿qué será? esto se habrán preguntado conmigo no pocos de los lectores de la *Revista* al ver que se les recomendaba en sus oraciones esta obra santa, que, según el nombre indica, está destinada a celar los intereses de Jesús en la mayor escala posible a la mujer católica.

Dada la constitución de esta hermosa Congregación, por necesidad debía desarrollarse con la bendición del cielo, otorgada de un modo visible por el Sumo Pontífice y demás Prelados de la Iglesia, realizándose paulatinamente el vasto plan de su fundador, que según el sentir de varios señores Obispos ha de dar por resultado la salvación de la fe en España.

Lo que en un principio podía parecer una *amable ilusión*, hija de un buen deseo, hoy se ha traducido en obra con la gracia del Señor.

"Como sé, les decía a las jóvenes católicas en el primer día de instalarse dicha Congregación, que los pechos españoles son generosos y esforzados, y que bajo los delicados miembros del sexo débil late un corazón de fuego capaz de grandes empresas, os propongo mi plan bajo la forma de batalla, pues a un ejército en orden es comparada María, bajo cuyos auspicios acaudilla Teresa el cerrado escuadrón de sus hijas las Carmelitas Descalzas.

El objeto de mi Asociación es el mismo que nos propone la Iglesia al admitirnos en su gremio: renunciar a Satanás, a sus obras y pompas, para hacer lugar al espíritu Santo: echar de las almas a Lucifer, para que viva y reine en ellas Cristo Jesús.

No se trata de que entréis monjas, ni siquiera de cargaros con nuevas obligaciones o de imponeros duros sacrificios: no se trata sino de que seáis cristianas de veras, y de facilitaros los medios de serlo. Lo primero es un deber riguroso, imprescindible; los segundos los encontrareis en la Asociación a que se os llama. ¿Habrá alguna que no responda al llamamiento? No es posible, puesto que sois católicas y españolas".

Y no se equivocó por cierto, al dar en vuestro nombre esta contestación, oh jóvenes católicas, pues la Asociación Teresiana, que tres años atrás era tan sólo una pequeña grey, es hoy Archicofradía, que cuenta miles de asociadas, jóvenes católicas y animosas en su gran parte, que mueven guerra a Lucifer con la oración y buenas obras, y trabajan por ganar corazones a Jesús por medio de su vigilante esposa Teresa.

Lo que apenas tres años atrás era un pelotón, es hoy ya un numeroso y aguerrido ejército, que bajo el estandarte de María y teresa, guiado y alentado por tan invencibles capitanas, pelea y alcanza todos los días grandes y repetidas victorias de los enemigos de nuestra eterna salvación.

Pero en los grandes ejércitos debe de haber y hay siempre alguna división, o compañía al menos, de preferencia a las demás, en la que sólo se admiten los sujetos que se distinguen entre todos por su virtud, valor o pericia. Esta compañía escogida quiso la Santa fuese entre los fieles de su tiempo la Reforma Carmelitana, sus hijos del Carmelo, los cuales por su talento, por su virtud y generosidad con Dios habían de ayudar no poco a la Reforma de costumbres y salvación de las almas, ganando para Jesús con su oración y penitencia muchas de las que le robaban los protestantes con su falsa reforma.

Hoy que los días son malos, peores que en el tiempo de Teresa de Jesús, pues entonces los enemigos estaban fuera y hoy los tenemos en casa, fuerza era también que la bendita Santa, que no duerme cuando se trata de promover los intereses de Cristo, pues ella está encargada de mirar por su honra, despertase asimismo entre tantos miles de sus hijas, algunas que fuesen almas reales y animosas, que al ver cómo va ganando almas Lucifer, saquen la cara por su Jesús, y se adiestren y dispongan con gran aparejo de oración, de virtud y de saber para lograr fin alto. En una palabra, trabajen en medio del mundo por hacer el Apostolado de la mujer fecundo en la mayor escala posible, y no se contenten con plañir y lloriquear al ver cómo los malvados aportillan el reinote Cristo Jesús, nuestro amado Bien, sino que ciñéndose de fortaleza y reparando con la grandeza de ánimo la debilidad de su sexo, sean tan varoniles que espanten a los mismo hombres, acaudilladas por la nueva Débora Teresa de Jesús, como la llama el Papa Gregorio XV.

¿Cómo lograr fin tan alto? Reparándose en el silencio y apartamiento del mundo, formando su espíritu, su corazón y su inteligencia al molde de la Santa Madre Teresa de Jesús, y alentadas por sus enseñanzas, extender luego el reinado del conocimiento y amor de Jesucristo por el mundo, por medio del ejemplo y la educación cristiana.

Se ha dicho, y es una verdad, que educar un niño es educar a un hombre; mas educar a una mujer es educar una familia. Y si Teresa de Jesús viviese ahora, por cierto que había de llamar preferentemente su atención la educación de la juventud, pues los padres hoy día, o la descuidan, o la dirigen mal. No se había de ocultar a la mirada elevada de la gran Santa que la cuestión capital que hoy se debate entre la Religión y la impiedad, que el campo donde se da la batalla más encarnizada, es el de la enseñanza. Quiérese arrojar del mundo a Dios. Los discípulos del hijo de perdición que contraría y trata de sobreponerse a todo lo que esparce el buen olor de Jesucristo, y aún al mismo Jesucristo, han comprendido que sólo apoderándose de la enseñanza y haciéndola atea era como ellos y sus doctrinas de perversión podían entronizarse en el mundo. De aquí su afán por corromper la enseñanza con libros de texto y textos vivos que secundasen sus planes infernales. Por ello se van sucediendo tantos desastres en nuestra España y en el mundo todo, de que apenas acertamos a darnos razón. Y ¡ay de nosotros si dormimos el sueño del descuido! Estamos a la boca del abismo, y pronto nos hallaremos despeñados en él, sin esperanza de salir. Porque esto tiene de funesto la falsa enseñanza, que hace imposible luego la enseñanza y la práctica del bien.

No es de maravillar, pues, que el árbol frondoso de nuestra Congregación Teresiana, no sólo cuide de guiar a las doncellas más crecidas por el camino del cielo, sino que mire con preferencia de preservar los corazones inocentes de los peligros de las falsas doctrinas y perversas costumbres, por medio de una educación cristiana y de una enseñanza sólida, según el espíritu de la gran Teresa de Jesús, y con esto regenerar a España, al mundo todo, por la imitación de las virtudes de la Santa de nuestro corazón, tipo acabado de la perfecta mujer católica y española.

Por hoy sólo podemos decir que ya es un hecho esta obra de celo, *excelente sobre toda ponderación*, según el sentir de nuestro distinguido amigo el Director de la *Revista popular*. Obra de celo que ha merecido la bendición y protección de nuestro Ilustrísimo Prelado y del Metropolitano. Rogamos, por fin, muy encarecidamente a nuestros amigos y teresianos lectores que oren mucho a Jesús para que, por intercesión de su Teresa, se consolide y se propague, animada del verdadero espíritu de celo por los intereses de Jesús tan grande obra.

Por hoy no podemos decir más. Otro día daremos más detalles con el favor de Dios.- X.

SEGUNDA PARTE

DESDE LA FUNDACIÓN DE LA COMPAÑÍA

HASTA LA MUERTE DE DON ENRIQUE

(1876 – 1896)

CAPÍTULO XXV

PENSAMIENTO DE DON ENRIQUE AL FUNDAR LA COMPAÑÍA

1. La calma y prudencia necesarias.- 2. Unos Ejercicios Espirituales y la fiesta del Corazón de Jesús.- 3. Santa audacia de sus planes.- 4. Consultando a los demás.- 5. Cualidades que, según él, habían de tener los dirigentes.- 6. En el fondo mismo del problema. Don Pedro Poveda y Castroverde.

1. No sólo su director espiritual, sino también el mismo señor Obispo de Tortosa, Excmo. Sr. Vilamitjana, dio su aprobación al proyecto después de examinarle detenidamente, y ambos alentaron a don Enrique a seguir adelante.

- ¡Con calma y sin precipitación, don Enrique! – le decía el Prelado -. Esto puede ser una obra que dé mucha gloria a Dios.

Era, desde luego, una magnífica demostración de confianza. Don Enrique, por su parte, se la merecía, a pesar de no contar más que 36 años. Allí estaba Tortosa entera, florecida de teresianismo y de fervor religioso, totalmente transformada su fisonomía, gracias sobre todo al celo infatigable de aquel "su querido Profesor del Seminario". Don Enrique a estas fechas, podía ofrecer en bandeja a su Prelado y a los demás compañeros sacerdotes, una estupenda colección de realidades vivas y logradas en el plano apostólico, no ya proyectos imaginarios y planes hipotéticos. De no haber sido así, es muy probable que sus Superiores hubieran pensado más en la cantidad de aventura que encerraban los de ahora, que en la posible conveniencia de los mismos.

De momento, aquellas jóvenes a las cuales don Enrique prometió satisfacer en su demanda siguieron con doña Magdalena en las escuelas del barrio de La Canonja. Aun cuando el señor obispo no le hubiese recomendado calma, don Enrique se la habría impuesto a sí mismo. Dinámico y ágil en sus empresas, nunca sin embargo, le arrastró el frenesí vertiginoso de la improvisación tumultuaria y alocada. Ahora, más que nunca, comprendía él que era necesaria una prudencia exquisita.

Pasaron dos meses largos durante los cuales oró y meditó mucho, consultó con sacerdotes y religiosos de prestigio, dibujó y corrigió repetidamente el diseño de sus planes. A las jóvenes de Tarragona apenas las hizo más que ligeras indicaciones que permitían entrever algo de lo que él pensaba. Sólo con una a quien él había conocido en el pueblecito de Godall, Teresa Blanch, y que no pertenecía al grupo de doña Magdalena, hizo una excepción explicándola abiertamente sus propósitos. La excepción estaba justificada, porque se trataba de una mujer de condiciones extraordinarias cuya incorporación a la *non nata* Compañía podía ser altamente beneficiosa. De no haber recibido ella esta explicación tan oportuna, Teresa Blanch, futura M. General del Instituto, habría tomado otro mundo completamente distinto.

2. Terminado el curso en el Seminario, a mediados del mes de junio, don Enrique se presentó en Tarragona, dispuesto a empezar su gran empresa. Ya en su mente aparecían con claridad los contornos de la obra.

Invitó a las jóvenes de aquel histórico grupo a salir del colegio de doña Magdalena e irse a vivir a un piso que él había alquilado en la calle de la Bajada del Patriarca. No todas le siguieron, aunque sí la mayoría. Ya independizadas, la primera decisión de don Enrique fue que empezasen su nuevo género de vida haciendo unos Ejercicios Espirituales dirigidos por él. El fuego en que ardía su alma se lo contagió íntegramente a aquel plantel de mujeres generosas. Expuso la situación y necesidades de la época, llamó con decisión a su espíritu para que se entregasen al servicio de Cristo y, sobre el fondo siempre impresionante de las verdades que en los Ejercicios ignacianos se meditan, fue clavando la bandera del ideal de restauración y de lucha a que él las llamaba. Nunca, a pesar de que todas ellas le habían oído en otras ocasiones, puesto que todas pertenecían a la Archicofradía, nunca habían sentido tan de cerca la fuerza de aquella alma gigante, recalentada ahora por el grandioso objetivo que se proponía, más difícil que los anteriores pero más meritorio también. Al terminar los Ejercicios, aquellas jóvenes se entregaron por completo. Mediante la oración, el sacrificio personal y el apostolado de la enseñanza, ellas también contribuirían a regenerar el triste ambiente de la época. Don Enrique las había hablado con toda claridad. No salió defraudado. En la Iglesia de la Enseñanza, en Tarragona, se comprometieron a vivir en comunidad, a observar el

reglamento provisional que él las daba, y a dejarse gobernar por su dirección, órdenes e instrucciones verbales y escritas. Sucedía esto el 23 de junio de 1876, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. La Compañía de Santa Teresa de Jesús, concebida un Domingo de Pasión, salía así al mundo en la mañana alegre y jubilosa en que la Iglesia se asoma a las puertas del Corazón de Cristo para sumergirse en los abismos de su amor. De ese Corazón abierto salió como una blanca y purísima paloma. Sobre sus alas llevó desde el principio algo del rojo color de la sangre. Era natural. El Corazón de Cristo sirve de pedestal a una cruz, que nunca ha dejado de acompañarle.

3. ¿Cuáles eran los planes de don Enrique? Debemos detenernos aquí a examinarlos antes de seguir adelante. Ello nos permitirá descubrir la interesante novedad de una concepción genial que coloca a don Enrique entre los hombres más privilegiados que ha tenido la Iglesia española en el campo de las iniciativas apostólicas. Él no pensaba entonces en ningún género de Congregación Religiosa. Se trataba sencillamente de lograr una Compañía de Profesoras Católicas, las cuales, capacitadas con la mejor técnica pedagógica y en posesión del correspondiente título oficial, adquiriesen también una esmeradísima formación religiosa para dedicarse después a la enseñanza concebida como apostolado. Habían de extenderse por toda España, con la santa ambición de infiltrarse en los puestos oficiales del Magisterio Nacional primeramente, y en los centros docentes de categoría superior más tarde, para desde allí apoderarse de un modo legítimo de los resortes de la Enseñanza Oficial y privada, encomendada a la mujer. El plan era de una audacia descomunal en aquellos tiempos. Pero francamente despierta en nosotros una irresistible simpatía el ver a un sacerdote concebir ya entonces una organización apostólica seglar tan valiente, tan perspicaz, y en un campo tan insuperable fecundidad. Era imposible que comprendieran sus contemporáneos toda la grandeza de tan arriesgada empresa. Cuesta mucho siempre introducir novedades donde quiera que sea. De un modo especial se experimenta esa dificultad en todo lo relativo al apostolado católico, pero el peligro evidente que hay de que la innovación, laudable y necesaria tantas veces, se reduzca a una pirueta intrascendente y cómica o degenere en alguna desviación lamentable y perniciosa. Y es que un paso en falso, si siempre es de sentir en cualquier obra, incluso de índole humana, es terriblemente funesto cuando se trata de proyectos en los que puede aparecer comprometido el prestigio de la Iglesia, de sus instituciones o de sus hombres.

4. Él tampoco se apresuró a lanzar a los cuatro vientos todas las gigantescas y atrevidas proporciones de su plan. Había que proceder con cautela. Fue convenciendo primero a sus más íntimos, los cuales se le entregaron con rendido entusiasmo. Así el doctor Marsal, el Padre Martorell, S. J., Altés, Mosén Ferrer, Sardá y Salvany, Peñarroya…Con la bendición del señor Obispo de Tortosa ya contaba. También le llegó la del propio Arzobispo de Tarragona, doctor Constantino Bonet. Suerte grande fue que estos dos Prelados aprobasen calurosamente sus planes. En ellos amparado, pudo resistir sin flaquear la encarnizada oposición que en seguida se levantó contra el grandioso proyecto. Don Enrique no se desalentó jamás. No era él de los que fácilmente ceden ante el ataque desencadenado. En una ocasión llegó a pronunciar esta frase digna de ser suscrita por los grandes caracteres de la humanidad: “Una vez que he concebido un propósito, sólo una cosa puede obligarme a ceder en cuanto a la realización del mismo; saber que allí hay pecado”.

5. Él estaba hondamente preocupado por la necesidad de dirigentes que sentía el catolicismo español de aquella época. En enero de 1877, seguía escribiendo en su Revista sobre lo indispensable que era organizar las fuerzas católicas del país y, al referirse a los futuros dirigentes de aquel gran movimiento de dimensiones nacionales, más apetecido que logrado, señalaba algunas normas prácticas tan certeras como éstas:

a) Que se elijan buenas cabezas de la organización, para lo cual es conveniente que sean “pocos y estén conformes entre sí”. Clara alusión y muy delicada advertencia a los que por su dignidad ostentaban la suprema representación del catolicismo español para que no permitieran se cayere una vez más en el funesto y maldito individualismo que tantas energías ha pulverizado en España. Individualismo que a veces nos enorgullece y nos hace decir que con él hemos conquistado América porque hace de cada soldado un capitán, olvidándonos de que también gracias a él hemos perdido constantemente todas las Américas de la vida social y colectiva en que descansan los pueblos.

b) En segundo lugar, que sean hombres no fundados únicamente en razones de prudencia humana…, que se medite, "y se tomen las reglas y precauciones que dicte esta virtud", sí, pero sobre todo que haya "más sencillez y confianza cristiana" para obrar. Es decir, no perderse en divagaciones inoperantes, no sucumbir a temores puramente humanos, explicables sólo en aquellos que carecen de "una fe viva, práctica, porque no viven según el espíritu del Señor".

Denunciaba así otro aspecto deplorable que frecuentemente se da en los dirigentes católicos, los cuales, movidos en exceso por los criterios puramente naturales, impiden que en su alma haga aparición la noble audacia característica del apóstol, consecuencia al fin y al cabo de un recto sentido de sobrenatural confianza en Dios.

c) En febrero del mismo año volvía a la carga sobre el tema y concretaba un poco más algunas de las condiciones que habían de tener esos futuros dirigentes. Hay que velar porque sean hombres de oración y estén unidos con Dios. Porque "para perseverar en la práctica de estas obras de celo, se necesita de continuo mucho espíritu de sacrificio: sacrificio de comodidades, de tiempo, de intereses materiales, a veces, y lo que es más, del propio juicio y de la propia voluntad. Y esto, sin pedirlo todos los días en la oración, no se alcanza: sin la meditación seria y continua de las grandes verdades de la fe no se puede poseer".

¡Preciosísimas palabras! Porque las olvidamos sucede con frecuencia que las organizaciones católicas, en manos de dirigentes sin espíritu son una estupenda demostración de ineficacia. Hablando un día un librepensador moderno de la ausencia de verdadera caridad en muchas personas que a practicarla se dedican, escribió esta frase hiriente y desgarrada: "La ociosidad es madre de todos los vicios, incluso en la beneficencia". Cuando los dirigentes viven espléndida vida interior, las obras marchan maravillosamente.

6. Me ha parecido conveniente ofrecer al lector estos párrafos de don Enrique porque ellos, mejor que ningún otro, nos descubren la visión que él tenía del problema y de sus remedios. Nada de estancamiento inerte y paralizador; decidida innovación, puesto que las circunstancias lo exigían; firme y valerosa confianza en Dios, mejor que audacia irreflexiva; y como base y centro vital de la actividad futura, oración y sacrificio junto a Cristo. Él no se andaría por las ramas. Dando un ejemplo al buscar los dirigentes de la enseñanza, porque al que se sentía llamado por Dios, se fue derecho al fondo de la cuestión.

Los procedimientos sutiles que el enemigo ha utilizado en los últimos tiempos, las tácticas de penetración de la masonería y el comunismo, la pericia magistral de que han dado pruebas innegables los hijos astutos de la serpiente dan la razón a aquel hombre que, de manera tan preciosa y vigilante, quiso sembrar la buena semilla en el campo de la enseñanza.

El día 28 de julio de 1936 caía asesinado en Madrid por las hordas de la revolución triunfante, don Pedro Poveda y Castroverde, Fundador de la Institución Teresiana.

La Providencia le hizo vivir largo tiempo en la altiva soledad de las montañas de Covadonga, donde la Virgen tiene un trono, comparable, al menos por la belleza del paisaje que le rodea, al de Montserrat en Cataluña. De allí bajó él también un día a recorrer los caminos de España anheloso de fundar la Institución Católica de Enseñanza. Tampoco fue comprendido. En una ocasión memorable pudo conocer los proyectos que había acariciado cincuenta años antes don Enrique de Ossó y tuvo para él los mayores elogios. Más adelante habremos de estudiar despacio este punto.

CAPÍTULO XXVI

PRIMEROS PASOS DE LA COMPAÑÍA Y PRIMERAS DIFICULTADES SERIAS

1. Aquella casa de la Bajada del Patriarca.- 2. Género de vida que observaban.- 3. Murmuración de los descontentos.- 4. Una honda crisis interna.- 5. Enérgica intervención de don Enrique.- 6. Altura de sus ideas y dignidad de su conducta.- 7. Los acontecimientos vienen a darle la razón.- 8. El canto del cisne de Pío IX. La Compañía, monumento vivo a su memoria.

1. Después de aquellos definitivos Ejercicios celebrados en la casita de la Bajada del Patriarca, el grupo en bloque se trasladó a un nuevo piso situado en la calle de San Pablo, 16, propiedad de doña Dolores Suelves, hermana del marqués de Tamarit. Esta casa, que formaba parte de las murallas de Tarragona, estaba muy cerca de la capilla de San Magín, delante de la iglesia de las Religiosas de la Enseñanza. A partir de este momento quedaron constituidas en una perfecta comunidad totalmente entregada a la tarea ímproba de perfeccionar su vida interior y adquirir una capacitación intelectual sólida y completa.

Don Enrique las quería así porque sólo de esta manera podrían presentarse más tarde con el prestigio necesario para conquistar el mundo de la enseñanza. Me permito desde aquí rogar a las actuales religiosas de la Compañía de Santa Teresa, que piensen un momento en esos emocionantes orígenes del que hoy es su Instituto amado. Una casita pobre en Tarragona…, unas cuántas jóvenes animosas dedicadas a la oración y al estudio…, un sacerdote que va y viene incesantemente cuidando con exquisito esmero las flores de aquel jardín. Realmente no falta nada de lo que tiene que haber para que los comienzos sean encantadoramente divinos. Hay pobreza, estrechez, ingenuidad, trabajo, oración…Me imagino las primeras navidades que pasaron juntas aquellas futuras maestras. Villancicos, pláticas sublimes de don Enrique, un Niño Jesús desnudito y pobre cuyos pies pondrían ellas un beso tembloroso de cariño y de ternura. Por delante un porvenir en el que, mejor que pensar, era fiarlo todo a la Providencia. ¿Pensar?, ¿en qué se podía pensar, entonces…? El propósito, sí, había sido bien concretado por don Enrique. Escuelas y centros de enseñanza. Dar educación cristiana a los niños. Pero, ¿cómo se iría logrando todo aquello? La única postura que aconsejaba, ¡la fe! era estudiar ahora intensamente y laborar con inagotable generosidad en un silencio maravilloso y finísimo para ir adquiriendo las grandes y heroicas virtudes cristianas.

2. Don Enrique iba y venía desde Tortosa a tarragona, todos los sábados, porque durante la semana la cátedra del Seminario le retenía constantemente. En seguida de llegar y luego durante el domingo, a hablar con todas, una por una, a instruirlas con pláticas, exhortaciones, avisos, reunidas en la pequeña habitación que hacía de capilla todavía sin Sagrario, a hacerlas calar hondo en el espíritu de Santa Teresa, cuyas obras se leían y meditaban allí con un fervor entusiasmado y anhelante. Había que lograr en el alma de aquellas muchachas de 20 a 25 años filigranas de espiritualidad, indispensables para la recia contextura apostólica de que quería investirlas.

Y todo esto sin que los libros se cayesen de la mano. A trabajar de firme en el estudio para adquirir una cultura y técnica pedagógica sobresaliente. Los mejores profesores del Seminario de Tarragona, amablemente requeridos y bien pagados por don Enrique, eran también maestros a domicilio de aquellas jóvenes estudiantes.

En lo espiritual las atendía el P. Martorell, S. J. y el doctor Sanuy, confesor ordinario de la Comunidad. También don Agustín Ferrer y don Francisco Marsal. Pero era principalmente don Enrique quien, con sus cartas durante la semana y con su palabra los domingos, iba encendiendo la hoguera de su alma.

A últimos de febrero de 1877 se trasladaron a otro domicilio de la misma calle, más amplio que el del número 16. Constaba de entresuelo, principal y segundo, y se hallaba situado en la casa núm. 4, adosada a las murallas, muy cerca del palacio arzobispal y de la Catedral, y próxima a la capilla de San Pablo, en donde, según la tradición, predicó el Apóstol de las Gentes.

Fue nombrada Hermana Mayor o Directora de la Comunidad Dolores Boix, que poseía el título de maestra y había sido religiosa de la Consolación, y Secretaria Dolores Piñol, experta también en las tareas docentes por haber regentado antes un colegio de propiedad particular.

3. La obra empezaba a ser conocida no sólo en Tarragona sino también en bastantes pueblos de la diócesis; los sacerdotes, amigos y simpatizantes con que contó desde el principio hablaban de ella con elogio y entusiasmo. No había sin embargo unanimidad en aquellas apreciaciones. Y también desde el principio, menudearon los ataques despiadados, procedentes con frecuencia de aquellos mismos de quienes había derecho a esperar un poco más de mesura y delicadeza en sus juicios. Comentarios ligeros y despectivos, hablillas de tertulia improvisadas a veces en sacristías y locutorios, frases reticentes y silencios descorteses que tanto hieren cuando se ha puesto en la empresa la mejor de las ilusiones. Para unos, aquello era una aventura temeraria; para otros, un afán insoportable de personalismo de don Enrique y de los tres o cuatro con él identificados. No faltaban quienes, invocando esa noble virtud de la prudencia, de cuyo sentido se ha abusado tantas veces, consideraban el intento sin base actual y sin posibilidad de futura consistencia. Don Enrique – decían – era un sacerdote joven, demasiado joven, y por consiguiente, muy inexperto. ¿Qué podía esperarse, por otra parte, de un grupito de mujeres en las que todo – hasta la edad – estaba por hacer? Sin tradición y sin espíritu, sin la fuerza que se deriva de las Reglas y los documentos, en la más absoluta carencia de medios económicos, ¿cómo iba a prosperar aquel proyecto que más bien parecía la loca ilusión de un soñador fantástico y desequilibrado?

Decididamente aquello pasaría, y el día menos pensado se encontrarían con que el grupo había sido disuelto con el natural regocijo de quienes se complacen torpemente en ver fracasar a los demás. Todo esto llegaba a oídos de don Enrique y le hacía sufrir. Él, por el contrario, se había mostrado siempre dispuesto a ayudar a los demás ofreciéndose espontáneamente o cediendo al más ligero requerimiento que se le hiciera. Sólo un alma enamorada de hacer el bien y ayudar a los demás puede comprender la inmensa tortura de los hombres generosos cuando, situados en el trance de pedir a sus semejantes algo de lo mucho que ellos han dado, no reciben más que indiferencia y abandono.

Don Enrique se replegaba entonces en su interior y sacaba fuerzas de ese pozo hondísimo que existe en todo aquel que vive unido a Dios. En verdad que, si la obra se analizaba desde un punto de vista exclusivamente humano, había serios motivos para temer el doloroso estrépito del fracaso. No era sólo la levedad de los medios iniciales con que empezaba y a los que ya hemos aludido; era también la ingente proporción de dificultades que saldrían al paso en el momento de la ejecución. Centros de enseñanza, dispersión por pueblos y ciudades, un ambiente oficial presumiblemente hostil, dados los vaivenes de la política, falta de sintonización de los católicos con los propósitos que animaban a la obra, motivada por una extrañeza bastante explicable ante la novedad de la misma, y sobre todo la cómoda pereza de los españoles para cuanto fuera serio esfuerzo individual y cuidar por sí mismos de las obligaciones que en el orden religioso habían nacido con el correr de los tiempos.

4. Por añadidura, dentro mismo de la naciente comunidad se produjo una honda y temible crisis que amenazó con derrumbar el edificio, todavía en cimientos. Para un organismo débil, y aun fuerte, nada hay tan peligroso como el tumor interno que avanza destrozando sus fibras y corroyendo sus órganos.

Dolores Boix, la Directora, y su homónima la que hacía de Secretaria, demostraron no estar a la altura de las aspiraciones con que se alimentaba el fuego de aquella casa. Menos jóvenes ambas en cuanto a los años del cuerpo y mucho mayores, sobre todo, en la debilidad del espíritu, fueron incapaces de seguir el vuelo que don Enrique quería imprimir y se dejaron contagiar por los comentarios de fuera que en todo caso venían a reforzar su propia falta de generosidad. Ellas también hablaban muy por lo bajito, con el sordo rumor de los insectos que revoloteaban sobre la superficie serena del lago, de aquellos planes demasiado atrevidos y locos de don Enrique. Más pendientes del medro personal que atentas a la abnegación heroica indispensable en aquella dura batalla que había que reñir, poco humildes para desposeerse de sus criterios propios, torpedeaban la labor del gran sacerdote y fomentaban, amparadas en su provisional autoridad, una división que nacía juntamente con la obra como nace el pecado con el hombre: matándole para la vida de la gracia. Las otras, más jóvenes y de mucho más puras intenciones, se veían así expuestas a una desorientación fatal que podía ahogar en flor los brotes generosos de su espíritu. La Institución en su totalidad podía caer de la noche a la mañana, perforados sus muros por el barreno de la murmuración, el egoísmo y la soberbia.

5. Don Enrique acudió presuroso a taponar la brecha. Lo observó todo, hízose con informes numerosos de cuanto allí ocurría, y asesorado por sus más prudentes amigos y cooperadores, no sin consultar también con el Prelado de Tarragona, que falló el caso con toda

su autoridad, hizo salir a las dos inadaptadas juntamente con alguna otra que había llegado a dejarse prender en demasía por las redes de su perniciosa influencia. Fue una intervención enérgica y oportunísima, gracias a la cual pudo conjurarse un desastre que de otro modo hubiera sido inevitable.

Ahora todo quedaba en paz y la reja del divino Labrador podía seguir abriendo surcos en aquella tierra fecunda sin obstáculos que la mellasen. Sucedió esto en el verano de 1877.

¿Qué hacer, mientras tanto, con los otros enemigos que procedían de fuera? ¿Con los ardientes y tenaces partidarios del chismorreo y la verbosidad irrespetuosa y maldiciente? ¿Los que presagiaban lamentables consecuencias y defendían doctoralmente lo que debía hacerse y dejarse de hacer, aunque desde luego nunca hacían nada?, ¿los que tachaban de aventurero a don Enrique, olvidados de que hay también en la Iglesia un celo y una fuerza que inspira las divinas aventuras de los santos?

Don Enrique acudió al gran recurso de los hombres de fe. Vio en ello una prueba permitida por Dios y con lenguaje teresiano lo llamó *contradicción de buenos*. Sin perder el tiempo en discusiones estériles, libre también de toda altivez y exceso de confianza en sí mismo, fortalecido por el asesoramiento de quienes podían dárselo, avanzaba rectilíneo e insobornable con esa decisión y energía que caracterizan a los grandes temperamentos humanos.

6. Durante el año 1877 dedicó varios artículos en la Revista a examinar el problema de las vocaciones eclesiásticas apoyando calurosamente los planes de su amigo Domingo y Sol. Al apuntar los remedios del mismo insistía él en la necesidad de familias profundamente cristianas, de cuyo seno podrían brotar tales vocaciones. Un paso más y quedaba planteada con toda su fuerza lógica la indispensable urgencia de educar a la mujer, señora y madre futura de ese tipo de familias de las que podía esperarse la anhelada solución. No solamente florecerían así selectas vocaciones para los seminarios cuarteados, sino también brotarán con pujanza futuros ciudadanos llenos de civismo y de virtud. Puntales los más seguros de la sociedad española. Consiguientemente, una obra como la Compañía, concebida con el específico propósito de restaurar mediante la educación de la mujer el auténtico sentido cristiano de la vida, no merecía reproches, sino ayudas decididas y generosas. Así es como él contestaba, remontándose con elegancia y dignidad a las alturas de los principios y la tesis, a los cabildeos de los eternamente descontentos y chismosos.

Los acontecimientos en curso en España y otros países de Europa le daban plenamente la razón. Lo que sucedía es que no todos los observaban con la perspicacia y vigilante atención en él características. La revista de estos años – 1877 al 80 particularmente – es un clamor ininterrumpido y un grito de alarma ante el avance del mal. En artículos constantes y comentarios ágiles a las noticias nacionales o del extranjero, don Enrique habla un mes y otro sobre la propaganda de los protestantes, espiritistas, y demás grupos afines.

7. Apenas la Institución Libre se lanza a abrir su primera escuela para niños, don Enrique pone en guardia a sus lectores sobre la trascendencia del hecho. Escribe contra la secularización de la enseñanza, contra las escuelas mixtas, el neutralismo laico y masónico que entonces empezaba a extenderse. Continuamente ofrece y comenta las noticias que llegan de Francia en relación con las mismas leyes de Ferry, los festejos rabiosamente ateos en honor de Voltaire, y por último la persecución declarada de las Órdenes Religiosas cuando la Asamblea Nacional Francesa decide expulsarlas e incautarse de sus centros docentes.

Conocedor de la influencia que el vecino país siempre ha ejercido sobre la mentalidad de los políticos españoles de izquierda, preveía atentados semejantes en nuestra patria. De ahí que descargase sus continuos aldabonazos sobre la conciencia de los españoles para adelantarse previsoramente a presumibles acontecimientos de los que más tarde sería inútil lamentarse. Este era su pensamiento y su objetivo único: orar y obrar, como él decía, atacar al enemigo antes de que los avances de éste obligasen a una actitud poco menos que puramente defensiva.

8. Por su parte, el Papa Pío IX, ya en las postrimerías gloriosas de su vida, llamaba también a los católicos y les exhortaba a que mirasen con atención el campo de la enseñanza, cuya secularización debía ser considerada, según el Pontífice, como una lamentable conquista de la impiedad reinante.

Precisamente sus últimas palabras en público, cinco días antes de morir, en febrero del 78, fueron dirigidas a los Generales de Órdenes Religiosas y Párrocos de Roma, para urgirles

una vez más el apostolado de la enseñanza. Canto del cisne, llamaba a estas palabras don Enrique, comentadas por él en un precioso artículo de marzo, en que se proponía como prueba de su identificación y obediencia a lo que tenían de ruego apremiante, levantar un monumento a la memoria del gran Pontífice. Sería un monumento no de piedra ni de bronce, sino vivo y perenne, en el que corriera la sangre y el espíritu.

"Este monumento – pregunta - ¿no puede ser en parte la Compañía de Santa Teresa de Jesús, bendecida ya por el gran Pío IX? ¿No es ella la que ha de recordar y cumplir con fidelidad estas últimas y más preciosas encomiendas del más amado de los Pontífices, en la mayor extensión posible?".

"Si educar a un niño es educar sólo a un hombre y educar a una mujer es educar a toda una familia, ¿no ha de ser ésta una de las más fecundas obras, la que ha de dar más excelentes y mayores resultados prácticos en bien de la Iglesia y de la sociedad? Otras buscan las ramas. La Compañía va derechamente al corazón. El corazón de la familia es la mujer. Mejorado el corazón, el principio, todo estará sin advertirlo mejorado".

CAPÍTULO XXVII

LA OBRA DE LA COMPAÑÍA, QUERIDA POR DIOS NUESTRO SEÑOR

1. Las ocho fundadoras y el eco del teresianismo.- 2. Éxitos de don Enrique en la peregrinación a Ávila.- 3. La visita de un Obispo mártir.- 4. Inmensos horizontes en perspectiva.- 5. El premio de Santa Teresa de Jesús.- 6. Providencial coincidencia de tres sacerdotes que pensaban lo mismo, sin conocerse.

1. Eliminadas ya las que habían puesto en peligro con su averiado espíritu el naciente Instituto, la humilde casita de la calle de San Pablo vio correr los días sin más congoja que la de la estrechísima pobreza a que sus moradoras estaban sometidas. Esa luz indefinible que baja del cielo, cuando la vida entera se ha puesto en manos de Dios, entraba por sus balcones inundándolo todo de una mansa y serena alegría, incomprensible para los que nunca han tenido la suerte de vivir la paz que Cristo regala a los suyos. Días felices que son un espléndido anticipo, siquiera sea limitado por la inevitable aspereza de la vida terrestre, de las claridades eternas de una gloria sin fin.

La Comunidad se componía de ocho miembros, cuyos nombres han pasado a la historia de la Compañía aureolados con el tributo envidiable y prestigioso de fundadoras. Teresa Plá ha quedó al frente de la Comunidad como Superiora o Hermana Mayor. La ayudaban en las tareas de gobierno Teresa Guillamón, como Vice Superiora, y Saturnina Jassá como Secretaria. Los nombres de las otras cinco son estos: Dolores Llorach, Josefa Teresa Audí, Cinta Talarn, Teresa Blanch y Agustina Alcoverro.

Durante todo el año de 1877 siguieron intensamente dedicadas al trabajo de la propia formación personal. En medio de las contradicciones que sufrían, era para ellas francamente alentador comprobar los continuos progresos del movimiento teresiano despertado por don Enrique, de los cuales la revista era cada mes un eco fiel lleno de vibración y de entusiasmo. En este año la Archicofradía había logrado establecerse en Cuba, Colombia y Filipinas. Continuamente llegaban a la Redacción cartas de los pueblos más apartados de España en que los Párrocos y los mismos seglares hablaban de la transformación espiritual operada en sus feligresías desde el momento en que se decidieron a establecerla, sin ocultar a veces que en un principio habían sido opuestos, de lo cual ahora se confesaban pesarosos por el gran bien, que, según ellos, habían dejado de hacer. La Revista había logrado un estilo ardoroso y batallador que encendía los ánimos con sus artículos y crónicas, con sus noticias y comentarios de todo el mundo, oportunos y breves, muy hábilmente seleccionados para provocar la reacción espiritual combativa que don Enrique iba buscando. Ávidamente se esperaba su llegada en aquel fervoroso cenáculo. Juntamente con ella, los avisos e instrucciones de don Enrique y la lectura de las obras de la Santa habían llegado a formar una especie de mística teresiana que se respiraba intensamente, hecha toda ella de intrepidez y ansias de lucha, que disponía maravillosamente el espíritu para las futuras tareas apostólicas. Él mismo ruido estallante de la impiedad y la persecución a la Iglesia en distintos países, del que la Revista daba cuenta, servía sin que los enemigos lo advirtiesen, como una vibrante música de fondo inspiradora de las más valientes decisiones.

2. En agosto de este año se celebró la gran peregrinación a Ávila y Alba de Tormes, a la que ya nos hemos referido. En representación del grupo fue escogida por don Enrique para que asistiera a la misma la Hermana Saturnina Jassá, a la que acompañaba la joven Francisca Plá, también futura Teresiana. Aquella salida de la joven Secretaria – que más tarde había revelarse como una mujer de impresionante capacidad y dinamismo – sirvió para dar a conocer de un modo directo y personal la obra famosa de que tanto se venía hablando. Don Enrique confiaba – y no se equivocó – en que aquel contacto inmediato con una de las fundadoras, a través de las largas y jugosas jornadas de la peregrinación, serviría por sí mismo, mucho mejor que todas las apologías que otros hicieran, para disipar recelos donde existieran y despertar simpatías que habían de originarse fácilmente al conocer tan de cerca de la Hermana Saturnina, sobre la cual, el talento, la franqueza aragonesa y la espiritualidad teresiana se daban cita en una conjunción rara y envidiable.

Los prelados que asistieron a la Peregrinación quedaron informados así *de visu* y directamente, de lo que pretendía ser aquella obra. Don Enrique habló con ellos

detenidamente, les confió el secreto alcance de sus planes, el giro que a su juicio había de darse al apostolado de la enseñanza en España. Él no era un visionario, sino un hombre de realidades, cuyo hondo sentido sacerdotal se ponía de manifiesto a las primeras de cambio. Dotado, además, de un insinuante poder de persuasión y una serenidad de juicio cautivadora, reflejo de la virtud que acompañaba a su alma, no es nada extraño que aquellos obispos, hombres también de espíritu selecto, le comprendiesen en seguida, y de conocedores pasaran a ser en el acto protectores del naciente Instituto, en el que supieron ver un instrumento providencial para las necesidades de los tiempos. Todos ellos fueron amigos sinceros de la Compañía durante toda su vida, e hicieron objeto a don Enrique de un cariño y veneración singular. Particularmente el de Salamanca, doctor Izquierdo, más tarde primer obispo de Madrid, le distinguió extraordinariamente y ayudó a la Compañía, protegiéndola incansablemente en su primera fundación en la capital de España, hasta que murió trágicamente asesinado por un sacerote enloquecido. Fue este Prelado el que quiso recibir de manos de la Hermana Saturnina, en Alba de Tormes, la cinta y medalla de peregrino. Al pedirle ella que la concediese algunas reliquias de la Santa para poder llevarlas a la casita de Tarragona, accedió gustosísimo, no sin decirla en una espléndida demostración de la simpatía calurosa con que veía al Instituto: "Vosotros no necesitáis reliquias de su cuerpo, porque tenéis su espíritu".

Cuando saturnina Jassá regresó a Tarragona pudo muy bien haber dado a sus Hermanas la noticia de que había sido ganada para la Compañía la primera magnífica batalla.

3. Vivo todavía el recuerdo de la Peregrinación, caldeado cada día más el ambiente de devoción a Santa Teresa que en España surgía arrollador, conscientes ya de una manera plena y cabal las ocho fundadoras de los propósitos que en su alma iban cristalizando, un día de noviembre de este mismo año se vieron sorprendidas por un visitante ilustre que en compañía de don Enrique se acercaba al pequeño piso de Tarragona, profundamente interesado en conocer más de cerca aquella obra. Era el Obispo titular de Eumenia (Vicario Apostólico de la Baja california), Fr. Ramón María Moreno, Carmelita Descalzo, que también había asistido a la peregrinación y había recibido una gratísima sorpresa al conocer a don Enrique y sus proyectos. Alguna noticia tenemos ya de él porque le hemos visto actuar en la inauguración del Convento de Carmelitas de Tortosa. Era un verdadero mártir, desterrado de México por la política masónica, la cual no había logrado quebrantar su fortaleza a pesar de haberle encarcelado dos veces en tan terribles condiciones que su cuerpo había llagado había sido víctima de los gusanos en la soledad infecta de la prisión. Por dos veces también habían intentado envenenarle y, en otra ocasión, providencialmente había logrado escapar del puñal de un homicida. Ya había estado en España en 1870 como secretario particular del Arzobispo de Quito (Ecuador), otro heroico confesor de la fe entierras americanas, que murió envenenado el Viernes Santo de 1877, víctima igualmente de la masonería, dueña absoluta del Ecuador hasta que García Moreno subió a ocupar la presidencia del país.

Refugiado en Francia, tuvo noticia de la Peregrinación que se preparaba en honor de su querida Gachupina (la Española), como llamaba a su idolatrada Madre Santa Teresa de Jesús. Y vino a España para tomar parte en ella, lo cual hizo con fervor y sencillez edificantes. Se unió a los peregrinos en Ávila y ya no los abandonó hasta regresar junto con ellos a tierras catalanas, deseoso de permanecer unos días en Montserrat. Cumplido su deseo y después de haber participado en las fiestas de Tortosa, con motivo de la llegada de las Carmelitas de Zaragoza, tuvo prisa por establecer contacto con las jóvenes congregadas por don Enrique en Tarragona. En el silencio del destierro, su fuerte celo apostólico presionaba sobre su alma impulsándole a realizar un pensamiento atrevido. Para poder vencer las dificultades derivadas de una legislación hostil y francamente persecutoria, pensaba él en una especie de Congregación Religiosa en que la apariencia de tal se redujese al mínimo, sin hábito incluso, como si sus miembros fuesen seglares, con títulos oficiales para que pudiesen legalmente ejercer el apostolado. Y precisamente quería que fuese bajo la advocación y espíritu de Santa Teresa. Siendo éstos sus pensamientos, aunque no tan definidos, porque todavía no había logrado darles forma, puede calcularse la alegría que experimentó al conocer lo ya realizado por don Enrique.

¡Esto era lo que yo buscaba!, exclamó lleno de gozo al tener noticias y pormenores de la obra, en los ratos que de ella pudo hablar con don Enrique durante la Peregrinación. Y volvió a repetirlo con mucha más seguridad en esta visita que ahora hacía a Tarragona, reconociendo noblemente que el gran sacerdote catalán se le había adelantado y se podía considerar ya logrado en España lo que en su mente no había pasado de proyecto.

4. Aquel día quedó abierta para la humilde Compañía de Santa Teresa de Jesús una ruta que atravesando los mares terminaba en América. El gran Obispo Carmelita, ya para siempre entrañable amigo de son Enrique, renunció a su propósito y esperó a que las Teresianas españolas pudiesen embarcar rumbo al Nuevo Mundo para entregarse allí al apostolado en la forma que él soñó.

Desconozco, aunque no es difícil suponerlo, el efecto que causó esta visita en el grupo de jóvenes moradoras de aquella casita situada tan cerca de la Capilla en que predicó el Apóstol, que cruzó también los mares predicando el nombre de Cristo. La grandiosa perspectiva que se les ofrecía era un estímulo más, poderosamente sugestivo, para dedicarse con afán creciente a la tarea de perfeccionarse más y más. Disipábanse los temores de que la obra fracasara, y, por el contrario, aparecía ante ellas cuajada de promesas que más adelante se convertirían en espléndidas cosechas sobre los campos lejanos e inmensos de un continente que ya las esperaba.

5. Don Enrique consideró todo aquello como el favor con que Santa Teresa agradecida trataba de premiar sus desvelos incesantes por glorificarla. Él había sido el alma de la gran Peregrinación. Él venía luchando hacía tiempo para conseguir que la bandera de la Santa agrupase bajo sus pliegues todas las energías movilizadas del catolicismo español. Él era también quien, superando contradicciones y dificultades enojosas, había constituido aquella obra, de la que decía sin nombrarla, en agosto de 1877:

> Todo el producto líquido que sacamos de la Revista se destina íntegro a una obra de mayor gloria de Dios y que creemos está destinada a ser como el fundamento, el sostén y el complemento más perfecto de todas las obras que hemos emprendido y en adelante se emprendan para hacer conocer y amar a Jesús de Teresa por medio de Santa Teresa de Jesús. Es una obra de celo, destinada a extender el reinado del conocimiento y amor de Cristo Jesús, a fomentar todos sus divinos intereses en grado muy superior a toda ponderación. Un día, no lejano tal vez, empezarán a gustarse sus frutos de salud por el pueblo católico español y entonces les revelaremos el nombre y detalles de esta grande obra. Por hoy básteles saber que la obra existe hace más de un año, con la bendición de nuestro Ilustrísimo Prelado y de otros varios españoles y que según todas las trazas es obra de Dios (1).

Ahora, celebrada ya la Peregrinación y despertada, gracias a la misma, una corriente de simpatía y aún de protección a su proyecto, se afirmaba más y más en sus planes dispuesto a vencer todos los obstáculos, porque no se sentía solo. Santa Teresa estaba con él y le impulsaba a seguir adelante en la formación de la Compañía.

Al enumerar los favores que de la Peregrinación se habían derivado, escribía en septiembre del mismo año:

> Otras muchas gracias más íntimas y que se han de revelar un día al mundo, ha alcanzado a sus amantes y queridos peregrinos la Santa de nuestro corazón. Pero hoy no pueden manifestarse, y sólo podemos repetir el dicho del Profeta: “Secretum deum mihi” – “Mi secreto para mí, mi secreto para mí”.

Este secreto no era más que la persuasión profunda que él tenía, fortalecida por aquellas favorables disposiciones que en el exterior se iban logrando, de que la Compañía no era una audaz y precipitada aventura, sino una auténtica arma de combate que Dios quería utilizar en aquellos tiempos. En argumento de ello se daba la coincidencia, difícilmente explicable en lo humano, de que tres sacerdotes al mismo tiempo habían pensado lo mismo. Don Enrique lo refería así en febrero de 1878:

> Sin una providencia y designio especial del cielo no puede explicarse cómo la idea de educar a la juventud según el espíritu de Santa Teresa de Jesús, ha ocurrido casi a un tiempo a tres sacerdotes que nunca se habían visto ni tratado, ni siquiera sabían de oídas su existencia.
>
> Dos años hará el dos de abril que el Señor nos inspiró este pensamiento; y el día del Corazón de Jesús cumplirán dos años del día de su fundación.
>
> Un día después, en Italia, el celoso y sabio sacerdote director de la revista mensual llamada *Stalla del Carmelo*, destinada a dar a conocer a nuestra incomparable heroína Teresa de Jesús, funda en Sena un Colegio dedicado a la enseñanza con el título de Santa Teresa de Jesús, con el mismo fin que el nuestro, pidiendo oración y limosnas a sus abonados para levantar la Iglesia y casa a este fin.
>
> El virtuoso Obispo de Eumenia, hijo tan distinguido de la Descalcez Carmelitana, abunda en los mismos deseos que nosotros, y excepción hecha de algunos ligeros detalles, su plan de regenerar el mundo por medio de la educación de la mujer según el espíritu de Santa Teresa de Jesús, es idéntico al nuestro. Grande fue nuestra satisfacción al oír de sus autorizaos labios que trataba de hacer lo mismo que nosotros ha dos años teníamos pensado y era ya obra en gran parte. Parece que nos habíamos

concertado de antemano sin vernos ni conocernos en este punto…Es que Dios quiere ser admirable en su Santa Teresa, quiere que se multipliquen las obras de celo bajo su protección y nombre, e inspira esta obra en España, Italia y América, a fin de que multiplicados los obreros teresianos celen la mayor gloria de Dios en mayor escala, y abrasen el mundo en el amor a Jesús.

(1) Ya había escrito sobre la Compañía en agosto de 1876. ¿Por qué dice ahora que “un día…no lejano revelaremos el nombre y detalles de esta gran obra…”?. Sin duda ninguna la explicación está en que en el momento actual don Enrique ya estaba dando forma en su mente a la Compañía como Congregación religiosa, mientras que en aquella fecha sólo pensaba en una Asociación de Profesoras Católicas.

CAPÍTULO XXVIII

CONSOLIDACIÓN DEFINITIVA DE SU OBRA PREDILECTA

1. Don Enrique abandona el Seminario.- 2. Los primeros títulos oficiales de Profesoras de Magisterio.- 3. Nuevo plantel de Teresianas en Tortosa.- 4. “Pues Mosén Enrique lo dice, ya te puedes ir”.- 5. Se reúnen todas en Tarragona.- 6. Hacia una Congregación Religiosa propiamente dicha.- 7. Meritoria novedad introducida por don Enrique.- 8. Los primeros votos.

1. Era humanamente imposible que don Enrique pudiera ya abarcar tantas y tan variadas empresas. El señor Obispo de Tortosa lo comprendió así y dando una prueba más de la singular importancia que concedía a la nueva obra teresiana, le exoneró de su cátedra del Seminario al comenzar el curso 1878 al 79.

Habían pasado doce años desde aquel verano del 66 en que terminados los estudios en Barcelona y, no siendo más que subdiácono, su Prelado le confió el honroso cargo. Doce años espléndidamente llenos de trabajo apostólico en que los meses y las horas representaron un avance continuo de los propósitos de renovación cristiana de que él era portador. Podía serle permitido mirar hacia atrás y contemplar un panorama en que la luz había ganado el terreno a las sombras bajo el nombre y la influencia de Santa Teresa de Jesús. Pero la vocación de don Enrique era mirar siempre hacia adelante. Ahora se despedía del Seminario sin nostalgia y sin pena. Independientemente de la labor puramente intelectual realizada, habían sido grandes también los frutos de su ejemplo y su vida sacerdotal entre los seminaristas. Y era esto lo que de ningún modo se interrumpiría, porque él iba a seguir explicando su cátedra viva de cómo un sacerdote ha de sentirse incorporado a Jesucristo en el noble afán de ir mostrando a los hombres el camino, la verdad y la vida. En este sentido, siguió siendo un profesor insuperable.

2. No tuvo, pues, necesidad de insistir mucho don Enrique en su deseo de dejar la cátedra, porque el Prelado veía claramente la conveniencia de que se dedicase con intensidad a la difícil misión de dar solidez a la Compañía tan laboriosamente constituida (1). Hemos visto a sus miembros recibir la visita del Obispo de Eumenia en noviembre del 77. Continuaron en la forma de vida que conocemos y, en junio del 78, todas ellas, excepto la hermana Teresa Plá que ya le poseía, obtuvieron el título de Maestras después de brillantes exámenes efectuados en Huesca y en Tarragona. La víspera de salir para Huesca, Teresa Blanch, Saturnina Jassá y Cinta Talarn, don Enrique las escribía así:

Ha llegado la hora de hacer un pequeño sacrificio, separándoos por unos días de vuestras Hermanas, para emprender un viaje a la mayor gloria de Dios e imitación de vuestra gran Madre Santa Teresa de Jesús, Andariega celestial. Es vuestra primera salida y no dudo que os acompañarán vuestros Santos Ángeles y vuestras queridas Madres María Inmaculada y Santa Teresa de Jesús, dispensándoos toda su protección…Escribid a Tortosa en cuanto estéis examinadas. Confío en que todo irá bien y ordenado a la mayor gloria de Dios. Estad tranquilas sobre lo que puede venir, pues ya sabéis que todas las cosas cooperan al bien de los que aman al Señor.

Os acompañarán siempre la bendición y oraciones de vuestro Padre y Capellán que desea veros santas y sabias como vuestra Madre Santa Teresa.

ENRIQUE DE OSSÓ

El éxito de los exámenes fue la consecuencia natural de la sólida preparación adquirida durante dos años de incesante trabajo, durante los cuales don Enrique, con procedimientos inverosímiles dada la escasez económica, se las había arreglado para que tuviesen profesores competentes y libros abundantes. No hemos de olvidar que fue siempre empeño especialísimo suyo el que lograsen una capacitación intelectual lo más completa posible.

Cuando de nuevo se reunieron en Tarragona con la alegría inmensa del primer triunfo público obtenido, una absoluta confianza entró con ellas en la casa, que las permitía ya mirar como inminente la posibilidad antes remota de salir al campo de batalla. Don Enrique, el Padre – con este nombre las había autorizado a que le llamasen -, se sonreía con un gozo sereno. Hasta el mismo señor Obispo de Tortosa tuvo la gentileza de enviar ¡cien duros!, para que pudiera sacar los títulos: fueron aquellos unos días inolvidables.

3. No era sólo en Tarragona donde crecía el tallo de la Compañía futura. Don Enrique lo había previsto todo, incluso las contingencias más desagradables, y por si un día fallaba aquel primer intento tan rudamente combatido, había trabajado en los últimos meses del año 77, para lograr en Tortosa un plantel semejante al de Tarragona. En el supuesto de que hubiera tenido que seguir indefinidamente con la cátedra del Seminario, contaría al menos con un grupo al que podría cultivar con más esmero sin el pie forzado de un alejamiento siempre enojoso, aun cuando su buena salud y el ferrocarril del sábado estuvieran dispuestos a salvarle. Además Tortosa era una ciudad Teresiana de los pies a la cabeza a estas alturas. La Archicofradía tenía una vida brillantísima. El prestigio de don Enrique era indiscutible y arrollador en toda la diócesis. De ahí que le fuera relativamente fácil constituir en enero del 78, una nueva agrupación en Tortosa con seis jovencitas de la Archicofradía, de 16 a 20 años, las cuales empezaron a vivir una organización rudimentaria el día de San Francisco de Sales. Se llamaban Josefa Beltrán, Genoveva Queralt, Encarnación Pitarch, Francisca Plá, Carmen Chavarría y Josefa Vericat. Acogidas con cariño en algunas casas particulares cuyas familias eran amigas de don Enrique, durante el día acudían al domicilio de doña Josefina, una maestra muy piadosa que vivía en compañía de su madre. Allí estudiaban, recibían enseñanza, observaban su propio reglamento, y oían las instrucciones y pláticas de don Enrique, que ni un solo día dejaba de visitarlas. La gente de Tortosa las designó con el nombre genérico de “Las Colegialas” y de tal manera arraigó la denominación que durante muchos años, así se llamó a las Hermanas de la Compañía en todos aquellos contornos.

Este género de visa sin embargo no era apto para lograr el necesario robustecimiento de ideales y propósitos y mucho menos para encender ese entusiasmo espiritual que sólo se consigue con la convivencia y el silencio unidos en una común aspiración a la santidad de la vida religiosa. Toda labor de verdadera formación exige imperiosamente un noviciado, entendido aquí como mansión silenciosa y apartada, en la cual las plantas puedan crecer como crece el trigo o el árbol: sin ruido y sin obstáculos.

Aquellas jovencitas empezaban a cansarse y hasta hablaban de volverse con sus familias. De sobre había comprendido don Enrique que aquello no iba bien. Eran sencillamente los agobios económicos los que habían retardado la decisión que ahora se hizo inaplazable ante el peligro de la desbandada. Para cortarla antes de que se iniciara, alquiló un piso en la calle de Costa de Capellanes, 4; hizo venir de Tarragona a la Hermana Cinta Talarn para que fuese la primera Superiora y como Maestra de aquel Postulantazo de la “Compañieta” (nombre con que graciosamente la llamaban los amigos de don Enrique, reservando para las de Tarragona el título de Compañía) y con gran fervor comenzaron a llevar, separadas del mundo, la vida de Comunidad que tanto habían deseado, el 6 de agosto de aquel año. Estudio, oración y sacrificio.

4. Durante el verano, don Enrique se dedicó con más intensidad a unas y a otras sin perjuicio de aprovechar cuantas ocasiones se le ofrecían oportunas para captar nuevas vocaciones que él juzgaba interesantes. Más de una vez sucedió – cosa perfectamente explicable y natural -, que al manifestar alguna joven sus deseos de ingresar en aquella “Compañieta” de don Enrique, sus padres se oponían alegando la poca edad de la aspirante y el incierto porvenir de una obra que tenía todas las apariencias de improvisación. Y más de una vez don Enrique se fue a hablar directamente con ellos logrando que en el acto rindieran su voluntad los que hasta entonces la mantenían contraria, quienes después de oírle hablar, exclamaban gustosísimos dirigiéndose a sus hijas: “Pues Mosén Enrique lo dice, ya te puedes ir”. Y a Mosén Enrique se las confiaban con absoluta seguridad de que no irían mal, llevadas de la mano de un hombre tan santo.

En octubre se unieron a las primeras otras seis muchachitas llamadas Rosario Elíes, Rosalía Montagut, Francisca Valldepérez, Pilar García, Petra Temprado y Antonia Montserrat. Quebrantada la salud de la Hermana Cinta, vino a ayudarla en su cargo de Directora, Teresa Blanch.

5. Este es el momento en que don Enrique se ve libre de las ocupaciones del Seminario. Su primer pensamiento, una vez que ya considera viable poder dedicarse a la obra con el ardimiento deseado, es reunir a las dos comunidades en un solo bloque para poder atenderlas mejor. Y efectivamente, en vísperas de Navidad salían de Tortosa las doce novicias acompañadas de las dos Hermanas que las habían presidido todo aquel tiempo y llegaban a Tarragona para ocupar el segundo piso de la casa en que vivían las fundadoras. Éstas moraban en el primero. La separación entre lo que podríamos llamar Postulantado y Noviciado

era perfecta. Sólo se reunían en el comedor y por la mañana en la capilla de San Pablo para oír la Santa Misa. Aún no tenían Reservado. Únicamente el dos de abril, aniversario de la inspiración de la Compañía, fue autorizada la celebración de una Misa como gracia excepcional que las hacía el Prelado de Tarragona aquel día memorable.

Diciembre de 1878. Pequeña casa de Tarragona, situada en lo más alto de la ciudad, desde cuya terraza se divisaba el mar azul. Frías mañanas del invierno en que el corazón generoso de aquellas mujeres jóvenes, llenaba de celo las habitaciones pobres y desnudas del histórico edificio. Las encantadoras fiestas de Navidad se acercaban aquel año trayendo colgado entre las campanillas de plata de su liturgia y su lírica ternura el regalo estupendo de una ilusión suprema que iba a quedar plenamente satisfecha. La obra soñada por don Enrique iba a llegar al ápice de su perfeccionamiento.

6. Él había pensado en una Compañía de Profesoras Católicas. En un principio no se planteó la cuestión de las bases en que había de asentarse la futura providencia de sus miembros. Cuando salieran a la palestra, una vez adquirida la formación suficiente, ¿cómo se aseguraría la permanencia y fidelidad al compromiso aceptado? ¿Bastaría la libre determinación de cada una de seguir inspirándose toda su vida en los principios y orientaciones recibidas? Ya se ve a cuántas resquebrajaduras quedaba expuesta la obra, dada la limitación humana, si todo se hubiera hecho depender de esta única garantía. Se hubieran logrado acaso magníficas individualidades, personas bien formadas, pero habría faltado el organismo colectivo, el espíritu hecho institución viva y destinado a perpetuar una táctica, un método y un propósito deliberado de influir sobre la vida española.

Entonces, ¿habría que pensar en una futura Congregación Religiosa? Sí. Don Enrique comprendió en seguida que para mantener la cohesión espiritual de unos miembros a quienes se les pedía que entregasen su vida en nombre de Dios y en aras de un ideal no humano, era necesario que Dios lo llenase todo. Por consiguiente había de existir una autoridad a la que, en nombre de Dios, se obedeciera; habían de señalarse unas normas y reglas de vida con las que ese espíritu de Dios se mantuviera fijo e invariable; habían de nacer unas obligaciones que se pudieran llamar sagradas, único apelativo que llena de dignidad y de hermosura la renuncia que un ser humano hace de sus libertades fundamentales. Únicamente así se aseguraba el futuro de la obra y no quedaba expuesta a las contingencias y fluctuaciones que de la naturaleza de los hombres se derivan.

A esta decisión, lógicamente inevitable, había llegado don Enrique después de deliberar mucho consigo mismo y con otros. Ignoro en qué preciso momento se formuló con claridad en su mente. Desde luego, en su proyecto inicial, tal como lo concibió aquella histórica madrugada del Domingo de Pasión, se hablaba exclusivamente de una agrupación de Profesoras Católicas. Este documento se conservó siempre en la Compañía con la veneración a que era acreedor, hasta que el vendaval de la revolución comunista lo hizo desaparecer en los días trágicos de 1936. Tampoco en el primer artículo que sobre la obra ya comenzada escribió en la Revista en agosto de 1876 se alude para nada a una Congregación Religiosa. Me atrevo a pensar que su ánimo se inclinó decididamente por esta vía, cuando comprobó con dolor el pobre resultado que dieron aquellas a quienes había puesto al frente de la nacida agrupación.

Ello no obstante, aun cuando su pensamiento evolucionó hacia el concepto de una Institución Religiosa estrictamente dicha, ésta había de aparecer con un sello muy nuevo.

Mas no se debe perder de vista que don Enrique de Ossó trazaba los planos de la misma hace casi 100 años. Desde entonces se han producido en la Iglesia avances que, si en nada han modificado lo sustancial, sí que han permitido nuevas formas y estructuras en la organización de sus fuerzas. Ahí están los Institutos seculares como última y más reciente demostración de este progreso. El que inicia un camino en la selva, generalmente no puede hacer más que eso: iniciarle. Otros tienen que venir después que ayuden a talar los árboles del bosque, demasiado numerosos y fuertes para las manos gastadas de un solo leñador. Harto hace el que lo inicia con indicar claramente que por allí puede abrirse una senda que permitirá ganar tiempo y energía.

7. La meritoria novedad de la obra de don Enrique consistía en los siguientes aspectos: a) Sus miembros no habían de llevar hábito estrictamente religioso. Sería un modo de vestir modesto y uniforme, libre por igual de la anárquica variedad de los seglares y de la típica y manifestativa condición de las tocas monjiles. La razón que él daba era ésta: que fuese religiosas “pero sin parecerlo, o sin tocas, por cuanto así mejor se pueden favorecer los

intereses de Jesús en muchos casos: pues si antes, atendiendo el espíritu de la época religiosa, los soldados se vestían de frailes para mejor guerrear, hoy vistas las corrientes del siglo, los frailes quizás se hayan de vestir de soldados para lograr mejor sus fines santos y píos" (2).

b) La Compañía era concebida en la mente de su fundador como el último grado en la ascendente evolución de un movimiento de renovación cristiana en el mundo seglar. El aglutinante de aquel movimiento era el espíritu teresiano que, por su reciedumbre católica y por su significación tan genuinamente española, podría realizar el prodigio de restaurar, actualizándolo todo, un sentido cristiano de la vida y pensamiento que había hecho grande a nuestra patria. Colocado ese espíritu como fermento en el frío ambiente seglar de la época, había ido levantándose poco a poco un magnífico monumento con estilo propio cuya cúpula y remate lo constituiría un grupo selectísimo de aquellos cristianos renovados cuya capacidad de entrega al ideal era mayor. Así la Compañía no sería una cosa superpuesta a la sociedad cristiana española, sin otra conexión con ella más que la resultante de un objetivo común, sino más bien la exigencia lógica y natural de un principio de vida por aquella sociedad asimilado y entrañablemente vivido desde el momento en que gozosamente se había rendido a la inextinguible y siempre creciente generosidad del espíritu teresiano. Por añadidura, don Enrique tenía el pensamiento, que su muerte prematura le impidió realizar, de fundar una Hermandad de Sacerdotes Teresianos o Misioneros de Santa Teresa, con el fin de lograr entre los hombres un movimiento paralelo al logrado entre las mujeres, también en el campo de la enseñanza, aunque naturalmente su ministerio había de alcanzar otras actividades de muy diversa índole. Resultaba así un plan de muy vastas proporciones, sin mengua de la más exigente armonía, que hacía a la obra singularmente oportuna y simpática en el ambiente español. Pondérense, en prueba a lo que digo, las afirmaciones del mismo don Enrique, en el artículo que hemos transcrito. El mismo nombre de Compañía quería significar esto que decimos.

c) Nuevo era también y manifestativo de una perspicacia que no merece más que elogios el propósito de que los miembros de la Compañía sacaran títulos oficiales en los centros docentes del Estado, para oponerse así mejor a las armas que podía esgrimir el enemigo. Calcúlense los beneficios que de esta táctica se habrían derivado si se hubiera seguido de un modo más constante y sistemático. No sólo se hubiese logrado una influencia real de la Iglesia sobre la cultura española de estos últimos tiempos, tan divorciada y a veces hostil, sino que las mismas instituciones docentes de la Iglesia habrían podido aprovecharse de las ventajas de orden técnico y pedagógico que innegablemente se hubieran reportado. Unos y otros habríamos salido ganando. Y si el contacto necesario servía en algunos casos como método de criba y selección, mejor. Nadie puede arrebatar hoy a don Enrique de Ossó la gloria indiscutible de haber señalado tan previsoramente lo que se nos venía encima entre brumas y celajes por el horizonte de la enseñanza. Nadie tampoco como él supo apuntar tan certeramente a la Institución Libre, como un posible enemigo contra el cual no lamentarse sino actuar con rapidez era lo necesario.

d) Novedad laudable también encerraba el propósito de que la Compañía había de dedicarse, no sólo a abrir colegios en las ciudades populosas, sino también a dirigir escuelas en pueblos pequeños. El tipo clásico de colegio de segunda enseñanza en que las alumnas adquieren cultura general o hacen los estudios de Bachillerato al mismo tiempo que se educan cristianamente, es desde luego necesario. Pero abunda tanto en España y con tanta diríamos exclusividad se dedican al mismo objetivo las Instituciones Religiosas, que eran y son urgentemente deseables nuevas vías de acercamiento a los distintos sectores de la juventud, para que la influencia no se concentre exageradamente sobre los mismos ambientes y lugares, sino que se difunda y propague como la luz de que quiere ser portadora. Es éste otro de los méritos de don Enrique, que prueban el realismo estratégico y la visión auténticamente apostólica de sus preocupaciones.

En suma, la Compañía de Santa Teresa de Jesús venía al mundo organizada como una Congregación Religiosa al modo clásico y tradicional, con votos y reglas fijas, pero con la suficiente cantidad de elementos y propósitos prudentemente audaces que la hacían aparecer con características muy nuevas y prometedoras.

8. Pasada la Nochebuena y las fiestas de Navidad, los dos grupos de jóvenes entraron en Ejercicios Espirituales que dirigió don Enrique, como preparación para el acontecimiento solemne que iba a llegar muy pronto: la consagración definitiva a Dios en la vida Religiosa.

El día último del año 1878, al filo de la medianoche, don Enrique, por delegación del señor Arzobispo, imponía el Hábito a las ocho fundadoras en el pequeño oratorio de la casa que ocupaban. Se había escogido aquella hora simbólica para que, juntamente con el año que moría, dejaran también de existir los vínculos que las unían al mundo. A la mañana siguiente, 1 de enero de 1879, en la capilla de San Pablo emitieron sus primeros votos ante don Enrique, delegado también por el Prelado. La Compañía entraba así en el nuevo año, canónicamente constituida como Instituto Religioso con aprobación diocesana.

Aquel mismo día 1 de enero vistieron también el Hábito las postulantes Rosario Elíes y Rosalía Montagut. En la festividad de los Santos Reyes tuvieron igual dicha las Hermanas Josefa Beltrán, Genoveva Queralt y Francisca Valldepérez y entre febrero y abril las siete restantes cuyos nombres ya conocemos.

El 4 de mayo, el nuevo Prelado de Tarragona que hasta entonces lo había sido de Tortosa, don Benito Vilamitjana, tan identificado con don Enrique, bendijo la primera capilla que con el Santísimo Sacramento reservado en el Sagrario tuvo la Compañía. Era la misma habitación suficientemente ampliada que hasta entonces había servido de Oratorio. En esa misma fecha impuso el Hábito a ocho nuevas postulantes que procedían también de las filas de la Archicofradía.

Veintiocho personas vivían ya dentro de aquella casa. Todo perfectamente ordenado y dispuesto. El día de Reyes, don Enrique había distribuido a todas los libros de estudio y asignado a cada una el lugar que había de ocupar en la habitación que servía de clase. Hacía tiempo también, concretamente a raíz reobtener los títulos de Magisterio, se había ordenado la separación nominal entre Profesoras y Ayudantes. Las primeras anteponían a su nombre el título de Doñas, y las segundas se llamaban sencillamente Hermanas. La primera ayudante fue la Hermana Josefa Audí, una de las ocho fundadoras a quien don Enrique hizo llamar siempre doña Josefa, y no consintió que dejase de usar el anillo de oro, distintivo de las Profesoras, para tomar el de plata, que usaban las Ayudantes.

Don Enrique, a partir de este momento, se entrega a la Compañía, aún con más intensidad. Es el único Padre y Maestro que ella tiene. Si necesarios habían sido sus desvelos para hacerla nacer, necesarios eran también ahora sus cuidados para asegurar su crecimiento.

NOTA: Véase el artículo que escribía don Enrique en la Revista, en marzo de 1878, pág. 162.

DESDE LA SOLEDAD

Mucho me ha deleitado, y lo mismo habrá sucedido a nuestros queridos y teresianos amigos, la lectura de los fundamentales artículos dedicados a propagar la obra de mayor gloria de Dios, la obra de Santa Teresa de Jesús, mi querida Madre, en el siglo XIX. ¡Oh! si puede educarse a la juventud femenil según el espíritu y enseñanza de la Heroína española. En veinte años España quedará regenerada. Bendigamos, pues, a Dios que tales pensamientos y obras inspira en su misericordia, y pidamos sin intermisión su gracia para que se digne llevarla a cabo con toda perfección.

Mas tal vez no habrá dejado de alarmar la idea de una obra nueva que lleva el nombre de Teresa de Jesús, a almas que no la comprenden, o que, mirando las cosas desde un punto menos elevado, temen por lo mismo que debían alegrarse y dar gloria y gracias a Dios.

La Compañía de Santa Teresa de Jesús debe ser como el lugar propio, el centro donde vaya a parar toda esa falange de jóvenes católicas animosas que siente bullir en su mente la llama del ingenio, y en su corazón se anida el celo ardiente por destruir el reino de Satán y extender las fronteras del reino de Cristo por medio del apostolado de la oración, enseñanza y sacrificio. No son Carmelitas Descalzas, son simplemente Compañía de Santa Teresa de Jesús.

No es cosa nueva, como dice muy bien nuestro Director. Ya la Santa de nuestro corazón deseaba, como se lee en la carta al Padre Ordóñez, una cosa parecida. Es la carta que tiene por número 17 del tomo IV, escrita en Ávila a 29 de julio de 1573. En sus notas el Padre Fray Antonio, Carmelita Descalzo, dice lo siguiente que creemos agradará leer a nuestros devotos teresianos: “Como era grande y cuantiosa la hacienda que dejaba doña Jerónima, sobrina del Cardenal Quiroga, al ingresar en el convento de Carmelitas Descalzas de Medina del Campo, trataron ella y su madre de fundar en Medina del Campo un colegio de doncellas recogidas, que bajo la instrucción y magisterio de las Carmelitas Descalzas se criasen en recogimiento y virtud hasta tomar estado. Agradó mucho a nuestra Santa Madre este noble pensamiento. Su ejecución quedó a la disposición del Padre Visitador, Fray Pedro Fernández, célebre Dominico, y a la del Padre Ordóñez, insigne Jesuita, y el patronato en la Prelada de las Carmelitas Descalzas de Medina. El Padre Visitador lo puso todo en manos de la Santa y del reverendo maestro Domingo Báñez, su confesor, que a la sazón estaba en Medina, dándoles sus veces en todo lo que le tocaba.

Mucho deseaba la Santa este colegio, donde las doncellas tiernas, retiradas de los peligros de la libertad, se criasen con la leche casta de la virtud. Ofreció luego que de buena gana daría monjas hijas

suyas para un fin tan santo y tan agradable a Dios; pero no cuajó la fundación por el motivo que expresó el Padre Gracián".

Habla de otra pretensión semejante este venerable Padre en una historia que escribió de la Religión y se guarda en el archivo de la Orden y refiriendo el deseo de la Santa, de que fraguase esta obra tan útil, dice de esta suerte: "Tenía tanto celo de las almas y estaba tan fervorosa en este ministerio, y deseosa de él, que no solamente en aquella villa, sino en todas las ciudades y villas de España, gustara se hiciese otro tanto. Y sin duda hubiera cuajado esta fundación, si el Abad de Valladolid no instara en que las monjas Carmelitas, que habían de administrar las doncellas, habían de estar sujetas a su obediencia, lo cual la Madre nunca consintió.

Otras se han efectuado después sin esta condición para mucha gloria de Dios y utilidad común. El ilustrísimo señor Loaisa, Arzobispo de Toledo, dando mucho gusto a la Santa, ya gloriosa, fundó el colegio o seminario de doncellas en Guadalajara, a donde llevó por maestras Religiosas Carmelitas Descalzas, que perseveraron en su dirección, hasta que las pusieron en orden de la gran virtud y religión con que hasta ahora proceden".

Hasta aquí el Padre Antonio.

Como se ve, mucho deseaba la Santa en vida que por todas las villas y ciudades de España se educase por sus hijas a la juventud femenil, y lo que entonces no pudo cuajar, lo van, bendiciéndolo Jesús y su Teresa, a llevar a cabo sus nuevas hijas de la Compañía, que nacida en estos aciagos tiempos en que el protestantismo quiere sembrar cizaña, debe impedirlo dando gloria a Dios y contentamiento a la gran Santa que tanto se desvivía por la salvación de las almas. Ojalá se cumplan perfectamente los deseos de la Santa Madre, y veamos luego cómo sus hijas Carmelitas Descalzas desde su retiro con la oración, y las de la Compañía con la oración y enseñanza, promueven la honra de Jesús y su Teresa en la mayor escala posible. Hagamos todos los días a este fin el cuarto de hora de oración, como os lo pide muy de veras vuestro hermano que os ama en Jesús y su Teresa.

EL SOLITARIO

(1) En una carta que por aquel entonces escribió don Enrique a Teresa Plá, la que había de ser primera Hermana Mayor del Instituto, una vez constituido éste como tal, decía: "He recibido carta de mi señor Obispo descargándome de la cátedra y animándome con palabras dignas de un apóstol San Pablo a seguir mi vocación trabajando y consagrándome de lleno a orar, escribir, predicar, dirigir la Revista, dar Ejercicios espirituales a las de la Archicofradía y a las Hermanas de las casas de nuestro Instituto; conque puedo a todas horas consagrarme a promover el bien de mi amada Compañía".

(2)Constituciones antiguas. Prólogo escrito por don Enrique con el título de Breve Noticia.

CAPÍTULO XXIX

CONSTITUCIONES DE LA COMPAÑÍA Y PRIMEROS COLEGIOS. LA VOZ DE LEÓN XIII

1. Totalmente entregado a su obra.- 2. Redacta las primeras Constituciones.- 3. Vilallonga y Aleixar en Tarragona.- 4. Orientaciones de León XIII sobre la cuestión de la enseñanza.- 5. Un autógrafo del Papa.- 6. Gozo y entusiasmo de don Enrique.- 7. Fe y confianza.

1. A partir de este momento, la vida de don Enrique viene a ser la de la misma Compañía que él fundó. Seguirle a él es seguir los pasos del Instituto con el que tan identificado estuvo hasta su muerte. Una ilustre religiosa, miembro del mismo, ha podido escribir estas palabras con la más rigurosa fidelidad a los hechos:

A este fidelísimo Siervo de Dios debe la Compañía todo su ser, pues fue en nuestro Instituto Padre por el respeto; Madre por la entrañable solicitud con que velaba por el adelantamiento material, moral e intelectual de las Hermanas; Legislador por las Constituciones y sabios documentos de perfección que compuso e hizo practicar ante su vista; primer Maestro de Novicias y primer Superior porque a él debieron su formación espiritual aquellas primeras hijas suyas, que fueron después nuestras primeras Madres, depositarias de su espíritu e intérpretes de su voluntad de Fundador.

No es posible resumir de un modo más elocuente y preciso la íntima relación de don Enrique con su Compañía amada. Yo añadiría, a lo sumo, una cosa. Fue también *mártir*, porque por defender a la Compañía de la terrible tempestad, que a punto estuvo de ahogarla en sus aguas, luchó heroicamente consumiendo con prematura anticipación aquellas inmensas energías suyas que parecían inagotables. Muy pronto lo veremos.

2. Hasta ahora la Compañía no se había regido por ninguna reglamentación de carácter fijo e invariable. Con una prudencia extraordinaria, don Enrique había ido dando sus normas, de palabra unas veces, por escrito otras, observando los resultados prácticos que de su aplicación se derivaban, y recogiendo de una manera directa e inmediata las experiencias vivas y personales de las jóvenes congregadas. Así podía ver con claridad la adaptación y conveniencia de las disposiciones que iba elaborando. Común a la Compañía con los demás Institutos el carácter de Congregación Religiosa, tenía, sin embargo, fines muy específicos y nuevos con los cuales no era compatible una formulación apriorística de sus normas de gobierno. De ahí la necesidad de una atenta y calmosa observación, que don Enrique realizó durante tres años seguidos.

Llegado el momento oportuno y con el asesoramiento práctico de las experiencias recogidas, don Enrique se retiró durante tres meses al pueblecito de Figuerola, cuya Parroquia regentaba su íntimo amigo, don Francisco Marsal, y dedicado por entero al silencio y la oración, fue escribiendo día a día los preciosísimos capítulos de las Constituciones ya de un modo completo y ordenado. Presentólas a la Compañía el 23 de junio de 1879, tercer aniversario de la fecha de su fundación.

Más tarde, en 1882, las mandó imprimir por vez primera, y hacía constar que habían sido vistas, examinadas y aprobadas, entre otros muchos sabios y piadosos ministros del Señor, por el doctor don Juan B. Grau, Canónigo y Vicario General de Tarragona, por los excelentísimos e ilustrísimos señores Arzobispo de Valladolid, doctor Blanco, Obispo de Salamanca, doctor Izquierdo, y el de Barcelona, doctor Urquinaona. También por los Padres Sala, Benedictino de Montserrat, y Martorell, Jesuita, y como censor nombrado por el señor Obispo de Tortosa, por el doctor Sanuy, Catedrático de Teología Moral en el Seminario de Tarragona.

No carece de interés para nosotros el conservar los nombres de estos eximios consejeros de don Enrique en asunto de tanta importancia. Esto nos demuestra la prudencia con que él obraba y explica también la gran perfección de los documentos redactados.

3. Ya tenían su propia capilla en la casa de Tarragona. Había sido bendecida por el Obispo preconizado de Tortosa, don Francisco Aznar y Pueyo, el 4 de mayo de 1879, en una fiesta muy solemne, en que el propio señor Aznar celebró la Santa Misa e impuso el Hábito a un grupo de postulantes (1).

Ya estaban las Hermanas dirigiendo un colegio – el primero en la historia de la Compañía – en Vilallonga (Tarragona), desde septiembre del año anterior.

Acababan también de abrir otro el 15 de mayo en Aleixar, de la misma provincia.

Don Enrique empezaba a ver el fruto de sus afanes.

4. Como si la Providencia se encargara de ir señalando nuevos estímulos a lo que en él era un propósito irrenunciable, apenas ocupó la Sede Pontificia León XIII, escribió una carta al Cardenal Mónaco La Valetta, Vicario General de Roma, sobre la importancia de la enseñanza de la Doctrina Cristiana. Era un precioso documento que, aunque de inmediata aplicación a las tristes circunstancias porque atravesaba entonces Italia, de cuyas escuelas un decreto del Gobierno acababa de desterrar el Catecismo, urgía a todo el mundo católico, y así lo manifestaba expresamente el Papa, sobre el gravísimo deber de vigilar atentamente y luchar con ardor para que no prosperasen las tendencias que por todas partes se manifestaban de fomentar un género de educación de la niñez completamente laico y despojado de todo carácter sobrenatural. Puede imaginar el lector el gozo con que don Enrique recibiría estas consignas Pontificias, que de tal manera venían a autorizar las ideas por las que él venía batallando.

León XIII se mostraba también obsesionado con esta vivísima preocupación. En el escaso tiempo transcurrido desde su elevación al Solio Pontificio, había escrito páginas llenas de luz orientadora en la primera Encíclica que dirigió al orbe católico en mayo de 1878; después en esta carta a su Vicario en julio del mismo año, e inmediatamente en agosto en un Breve dirigido al Obispo de Basilea y a las Asociaciones Católicas de Suiza.

La Revista se hacía eco de todas estas orientaciones que eran para don Enrique voces de aliento compensadoras de la soledad e incomprensión que frecuentemente le rodeaban. Escribía, por ejemplo, León XIII en la citada Encíclica:

> Pero la buena educación de la juventud, para que sirva de amparo a la fe, a la Religión y a las costumbres, debe empezar desde los más tiernos años en el seno de la familia, la cual en nuestros días está lamentablemente trastornada, y no puede volver a su dignidad perdida, sino sometiéndola a las leyes con que fue instituida en la Iglesia por su divino Autor.

A estas palabras, incontrovertibles, añadía don Enrique:

> Mientras esto no se haga, nada se hará de provecho y duración. Lo demás es andarse por las ramas y no atajar de raíz el mal. Y la buena educación en el seno de las familias, tal como andan las cosas hoy día, si no la da la madre, nadie cuida de darla… ¿Qué sucederá, pues, donde la madre sea la primera en pervertir a sus hijos?...Véase, pues, cuán necesario es promover la educación cristiana de la mujer por el medio casi único de la enseñanza católica dada por maestras católicas.

Así, con esta lógica abrumadora, respondía a cuántos trataban de minimizar el trabajo que se había impuesto al señalar fines tan específicos a su Congregación. No faltaba, entre los mismos eclesiásticos, quienes combatían su propósito diciendo constantemente que las Asociaciones de mujeres no merecía la pena de ser atendidas con tanto esmero y que eran otros los campos en donde la actividad debía ejercitarse, con lo cual apuntaban por elevación no sólo contra la Archicofradía, sino también contra la misma Compañía de Santa Teresa de Jesús. Ahora León XIII fallaba de un modo inapelable la conveniencia de tales asociaciones, y precisamente de mujeres, por la gran eficacia que de ellas podía derivarse. En el citado Breve al Obispo de Basilea escribía el gran Pontífice:

> Abiertas estas Asociaciones a las personas de ambos sexos, no pueden menos de dar excelente fruto. Una gracia toda natural, y que sirve a la mayor gloria de Dios, da a la mujer más que al hombre, recursos para combatir los más grandes males, para abatir con la palabra el orgullo de la impiedad, para atraer, en fin, los corazones al servicio de Dios.

Don Enrique recogió estas palabras con inmensa satisfacción y en septiembre del 78, escribía un artículo elocuentísimo sobre la importancia de la mujer en el mundo en el que resumía los móviles íntimos de su dedicación a aquel apostolado. (Cfr. apéndice, al final de este capítulo)

Fortalecido en sus decisiones por estas claras normas del Romano Pontífice, seguía adelante en su camino cada vez más seguro de sí mismo. La coincidencia de las exhortaciones del Papa con sus ideas tan fuertemente sentidas le hacía incluso alimentar la ilusión de que León

XIII daría la aprobación definitiva a sus obras. Los hechos demostraron más tarde que no se había equivocado con tal presentimiento. Como anticipo de tal aprobación, en noviembre de 1878, la Revista comunicaba a sus lectores la fausta noticia de que se había recibido en la Redacción un autógrafo de Su Santidad que literalmente decía: "Dominus dirigat corda et intelligentias vestras, meritis et auspicio S. Theresiae". Concedía, además, una especial bendición para la Archicofradía, el Rebañito y la Compañía de Santa Teresa de Jesús. Llegaba así una vez más la voz alentadora de Roma que, aunque de momento apareciese muy limitada todavía y poco expresiva, tenía sin embargo la suficiente significación de estímulo y aplauso que siempre tiene lo que directamente viene del Papa. Para un sacerdote consagrado de por vida a servir a la Iglesia, un autógrafo del Romano Pontífice, por breve que sea, representa siempre una fuerza preciosísima y un obsequio que pone en el alma temblores de alegría y emoción insuperables.

6. Don Enrique gozaba como un niño y en los pliegues hondos de su alma tan noble le brotaban, empujándose unos a otros, impulsos y reacciones vivísimas de trabajar más y más por la gran causa a que se había entregado. Hablaba ya, no sólo de la Compañía, sino de los Misioneros Teresianos que quería fundar como complemento de la misma y como medio el más eficaz para la difusión del teresianismo en toda España. Volvía a insistir en la Hermandad Teresiana Universal. Clamaba como un bíblico guerrero, la espada en una mano y la oración en la otra, contra la apatía y la indiferencia de los españoles, exhortándoles a cerrar el cuadro, impetuosamente y de una vez, contra el enemigo que avanzaba sin cesar. No era el espejismo de un iluso. Era la fe audaz y trepidante del hombre que se ha arrojado en manos de Dios dispuesto a trasladar montañas. "Creemos – decía – que la bendición de León XIII es un rocío celestial que ha de fertilizar esta tierra católica y ha de hacer brotar y preservar de la muerte a muchas flores hermosísimas que han de embalsamar el mundo, porque han de ser cuidadas por la mano delicada de la celestial jardinera Teresa de Jesús, a quien llama con tanta gracia como delicadeza nuestro amantísimo Padre, no gran mujer, ni gran santa, ni aun milagro de su sexo, como el inmortal Pío IX, sino Serafín, y Serafín del Carmelo".

7. Sólo en la confianza que demuestran estas palabras se puede avanzar como don Enrique lo hacía. Estaba ya dentro de la santa locura del hombre que siente un ideal de una manera avasalladora y creciente. Un círculo felizmente vicioso le envolvía sin escape posible: su fe en Santa Teresa le hacía concebir aquellas grandes empresas y la magnitud de las mismas le invitaba a aumentar continuamente su fe. Era, en una palabra, la llamarada que inevitablemente prende en todos los grandes hombres hasta consumirlos en su propio fuego. Constancia invencible, carácter diamantino, voluntad heroica: todas estas palabras suelen emplearse en el vocabulario al uso para escribir la biografía de los héroes humanos, conquistadores, sabios, buscadores de la fortuna, etc.…Cuando se trata de los hombres de Dios, la palabra es ésta: fe.

Con esta fe ardiente seguía señalando como objetivo principal en la lucha el acometer a fondo el problema de la enseñanza. Al transcribir en la Revista un artículo de "L´Univers", periódico católico de Francia en que se daba cuenta de la terrible y funestísima influencia que empezaban a ejercer los maestros ateos, llamados misioneros del espíritu moderno, don Enrique escribía:

> Llamamos justamente toda la atención de nuestros lectores, pues el mal es gravísimo, el más grave quizás de todos, que denuncia, no sólo amenaza a Francia, sino a nuestra España. Tenemos enemigos en casa, y no es hora de dormirnos sobre una falsa confianza. Quizás España se hallará en peores condiciones que Francia el día que estalle nueva revolución. Aquí no sólo a los maestros trata de corromperse o se han ya muchos corrompido con las doctrinas deletéreas modernas, sino, lo que es peor, se trata de inficionar hasta a las mujeres. Ciudad hay en nuestra Cataluña, en la que hay maestras que ponen en manos de sus inocentes y tiernas educandas libros de lectura escritos por espiritistas, y que tratan de propagar esta funesta doctrina, la que ha de llenar al mundo, si Dios no lo remedia, de locos y suicidas. Si se agrega a este mal gravísimo el que los protestantes costean estudios y títulos, obligando antes con juramento a sus adeptas a enseñar el protestantismo, se comprenderá mejor la gravedad de los males que nos amenazan. Jesús y su Teresa alejen tamaños males de nuestra patria por medio de la enseñanza católica bien dirigida. Por hoy no decimos más.

Él ya había dicho bastante. La Compañía de Santa Teresa actuaba ya públicamente. Numerosas vocaciones llamaban a sus puertas. Estaba aprobadas sus primeras Constituciones. En los pueblos de Vilallonga y Aleixar, al terminar el curso escolar 1878-79, se

celebraban los exámenes de las niñas con un éxito rotundo. Todo invitaba a seguir adelante con incansable decisión.

APÉNDICE

Artículo de don Enrique a que se hace referencia en el texto

Abiertas esas asociaciones a las personas de ambos sexos, no pueden menos de dar excelentes frutos. Una gracia toda natural, y que sirve a la mayor gloria de Dios, da a la mujer, más que al hombre, recursos para combatir los más grandes males, para abatir con la palabra el orgullo de la impiedad, para atraer, en fin, los corazones al servicio de Dios (León, Papa XIII, en su Breve al Obispo de Basilea).

Fíjense en estas memorables palabras de nuestro amantísimo Padre León XIII, medítenlas con detención, y se convencerán una vez más nuestros lectores de lo admirablemente oportuna, más aún, necesaria que es la Archicofradía Teresiana. No sabemos por qué algunas personas, que por otra parte aparentan tener celo por la mayor gloria de Dios, están mal avenidas con las asociaciones. En el fondo descubrimos cierto amor propio mal mortificado, que trata de despreciar todo lo que no es suyo, todo lo que no va dirigido por sus cuidados. No les parecen bien a estos tales las congregaciones de mujeres, y menos las de jóvenes, y los que tal hablan vienen a la postre a meterse por sus pecados en medio de lo que antes tanto murmuraron. Hasta nuestra querida y apacible soledad han llegado estas quejas, y hoy, tomando pie del magnífico Breve que Su Santidad acaba de dirigir al Obispo de Basilea y a las asociaciones católicas de Suiza, creemos oportuno hacer algunas consideraciones sobre la importancia y necesidad de estas asociaciones de jóvenes.

Que desde el principio del mundo hasta nuestros días la mujer haya representado un papel importantísimo en todos los grandes sucesos de la humanidad, es un hecho innegable. El Paraíso y el Calvario, Eva y María: basta recordar estos nombres para convencerse de esta verdad. La historia de los pueblos y de todas las naciones se sintetiza en la historia de sus mujeres, ya sea bajo el nombre de madres, ya de hijas, ya de vírgenes o esposas. Hoy mismo, si se notan algunos síntomas consoladores en algunas naciones que tratan de reconciliarse con la santa Iglesia, no lo dudéis, si atentamente lo observáis, descubriréis en el fondo la mano de la mujer, su piadosa influencia que por fin triunfa de todas las resistencias.

En todas las obras de Dios para regeneración del mundo siempre encontrareis a la mujer que las inicia, las fomenta, las sostiene, las propaga. Quiere el Señor que la que sirvió de instrumento de perdición y muerte en manos de Satanás, sirva de medio de restauración y vida en sus manos.

Por esto Dios, que no abandona en lo superfluo, y que todo lo ha dispuesto en número, peso y medida, al señalar a la mujer este destino, dotóla de los medios y de las gracias más adecuadas para llegar a Él. Una gracia toda natural, como observa nuestro sapientísimo Padre León XIII, da a la mujer, más que al hombre, recursos para combatir los más grandes males.

Por esto vemos que el error y el vicio no echan raíces donde no tienen a la mujer por cómplice. Y la virtud no se arraiga y florece en los pueblos, en las familias, si no es antes virtuosa la mujer. La misma debilidad da al sexo frágil cierto misterioso poder, que unido a su gracia le presta recursos que no tiene el hombre para combatir el mal. De su debilidad saca fuerza; de su fragilidad, estabilidad y constancia.

Cuando otra cosa no le quedara a la mujer para hacer el bien, halla recursos en su palabra para abatir el orgullo de la impiedad. Y a veces no necesita de la palabra: una sonrisa de desdén es más eficaz que los más elocuentes discursos. La palabra de la mujer, ya hable con el acento de hija, de madre o esposa, reviste tal eficacia que no pueden resistirla los más duros corazones. Como es palabra de corazón, tiene virtud especial para mover corazones.

Pero donde se revela el poder de la mujer es en los atractivos que posee para convertir los corazones al servicio de Dios o del pecado.

Examinad la vida de los grandes criminales, y encontrareis en el principio o fin de su carrera de perdición la influencia de la mujer. Ya se dijo, y es una verdad comprobada por la historia, que no hay hereje sin mujer. Y también apenas hallareis un gran santo que no haya trabajado para formarlo alguna mujer con sus oraciones, consejos o ejemplos. Los Agustinos, Crisóstomos, Gregorios y cien otros son ejemplos notabilísimos de esta verdad.

Madres de la Iglesia se han apellidado con justicia a una multitud innumerable de mujeres ilustres, formando una compañía ilustre al lado de los grandes capitanes del Catolicismo, a los que llamamos Padres de la Iglesia. Y en verdad que difícilmente la Iglesia Católica hubiera tenido a Padres tan ilustres si antes no hubiese formado a sus madres, que con su ejemplo, con su palabra y con sus oraciones nos engendran en Cristo Jesús.

Un ejemplo que comprueba la verdad profunda que encierran las enseñanzas del Vicario de Cristo sobre el particular, lo tenemos a mano en nuestra incomparable Madre y Maestra Santa Teresa de Jesús.

¿Quién mejor que Teresa de Jesús combatió con más eficaces recursos al error y al vicio de su tiempo? ¿Qué palabra hubo más contundente y persuasiva para abatir el orgullo y la impiedad que la de Teresa de Jesús? ¿Qué imán más fuerte para atraer los corazones al servicio de Dios que la gran Santa

Teresa de Jesús? De Teresa de Jesús se ha dicho que más contribuyó ella sola a detener el brío del protestantismo que todos los grandes teólogos de su tiempo.

Teresa de Jesús con sus escritos logró convertir a un hereje que no pudo refutarlos.

La gracia natural, en fin, de la encantadora Castellana bastó por sí sola a atraer miles de corazones al seguimiento de los difíciles consejos evangélicos en un siglo en que se predicaba que los Mandamientos de Dios eran imposibles. Por eso la llamaron robadora de corazones, y que ella sola convirtió más almas a Dios que el Apóstol de las Indias, San Francisco Javier. Y ¿cómo fue esto? Ya lo dice nuestro amantísimo Padre León XIII. Porque una gracia toda natural da a la mujer, más que al hombre, recursos para combatir, para atraer, en fin, corazones al servicio de Dios, a fin de fomentar sus divinos intereses por todos los medios y modos posibles. Reflexionemos cómo los malos se valen de este medio para sus infernales intentos, y cómo en todas sus obras de pecado asocian e inician a la mujer para mejor lograr sus criminales propósitos. Desde que Satanás se valió de la mujer para seducir al hombre, desde que Dios se valió también de la mujer para salvarle, no es dudosa ya para los que deseen extender el reinado del conocimiento y amor de Jesucristo la línea que deben seguir en sus trabajos. Más aún, nos atrevemos a asegurar que sin esta ayuda, sin el concurso de la mujer, el hombre en todos sus trabajos poco bueno podrá hacer jamás.

He aquí, pues, explicados los excelentes resultados de estas asociaciones piadosas cuando el celo de la mayor gloria de Dios sabe inspirarlas, y sostenerlas y vivificarlas el espíritu de oración.

Por esto la Archicofradía Teresiana dará siempre óptimos frutos de salud, mientras haya almas que cumplan sus sencillas prácticas del cuarto de hora de oración diaria, la visita semanal y la comunión al mes. Pruébelo quien no lo creyere, o tome consejo de los que hace algún tiempo están probando sus frutos de bendición (Revista, septiembre, 1878, página 340).

(1) Ésta fue la inauguración solemne. Privadamente había tenido lugar antes, como se desprende de las siguientes palabras de la Revista, en abril, p. 206: “Por otra parte va complaciéndose el Señor en derramar de un modo visible gracias especialísimas sobre su predilecta obra de la Compañía de su esposa Teresa, pues en el día 2 de abril, festividad de San Francisco de Paula, en que cumplían tres años cabales que el buen Jesús inspiró el plan e idea de la Compañía, díjose la primera misa y se colocó el Santísimo Sacramento en la casa colegio de la Compañía, en Tarragona, por concesión especial de S. S. el Papa León XIII”.

CAPÍTULO XXX

EL NOVICIADO DE TORTOSA

1. Rápida extensión de la Compañía.- 2. Razón de sus éxitos primeros.- 3. Primeros pasos a favor del Noviciado. Pensamiento de don Enrique.- 4. Una fiesta memorable.- 5. Llegan las novicias. Intrepidez de la Hermana Saturnina.- 6. El movimiento teresiano en Tortosa y la Institución Libre.- 7. Reacción de don Enrique ante un discurso de Azcárate.

1. Uno de los aspectos que más han llamado la atención del que se ha acercado a examinar la historia de la Compañía de Santa Teresa es su rápido e impetuoso crecimiento. Concebida la idea de la misma en abril del 76, empezada a realizar en junio del mismo año, hacían sus votos las ocho primeras fundadoras en diciembre del 78. Pero eran ya bastantes más las que se habían congregado, porque en octubre de ese mismo año escribía don Enrique en la Revista: "Si tuviésemos local, no 21, centenares habría ya en la Compañía".

Pues bien, no habían pasado tres años de esta fecha en que emitieron sus primeros votos y en junio del 81, al recordar don Enrique en la Revista el quinto aniversario de la fundación, daba gracias al cielo porque las Hermanas eran ya 70, y tenía nueve casas donde recibían cristiana educación más de mil niñas. Realmente, era asombroso. A punto está de asomar la palabra precipitación con la que, lógicamente pensando, nos sentiríamos tentados a calificar un despliegue tan audaz. Mucho más si tenemos en cuenta que la única persona que tuvo que hacerlo todo en estos años fue don Enrique. Absolutamente todo. Desde el despertar, como instrumento de Dios, la posible vocación de aquellas muchachas, hasta modelar en ellas los últimos detalles de una consagración al Señor que había de venir a ser perpetua. En medio de todo esto, ponga el lector dificultades económicas terribles, ocupaciones múltiples y variadísimas de don Enrique, duplicidad de residencia de las congregadas durante los dos primeros años, incomprensión descorazonadora con que fueron asediados, juventud del fundador, poco propicia para abrirse el crédito que una obra de tales características exigía, y por si fuera poco, la propia dificultad que se deriva de la condición de las mujeres, muy difíciles, *según dicen*, de dejarse gobernar y dirigir. ¿Cómo era posible aquel avance tan rápido y directo? ¿No sería más bien una nueva demostración de imprudencia y temeridad?

2. Sin embargo, la solidísima formación que recibieron, no sólo las estrictamente fundadoras sino todas las que fueron siguiéndolas de cerca, es un hecho tan demostrado y evidente que la Compañía actual podrá siempre acudir a aquellas viejas arcas, segura de encontrar en ellas el tesoro mejor de su historia. La capacitación intelectual que lograron fue tan extraordinaria que en seguida se empezó a hablar de los colegios de la Compañía con unánimes elogios, por la rara perfección pedagógica de sus métodos de enseñanza. Y en cuanto a la vida espiritual de las primeras religiosas, corren hace tiempo algunas biografías, no tantas como fuera de desear, para edificación propia y ajena, en que aparece la espléndida cosecha de virtudes de que dieron pruebas abundantes. La explicación de estos hechos se encuentra en la excepcional personalidad del fundador. Totalmente unido a Dios en sus empresas, su celo le hizo abarcar muchas a la vez, pero nunca con detrimento de la interior perfección que cada una de ellas exigiera. En ésta, la más querida para él y también la más necesitada de cuidados, dejó literalmente impresa la huella de su alma y, venciendo las dificultades a que hemos hecho referencia como las vencen los santos, la infundió su espíritu de vida con el brío y el fervor que siempre le animaron.

Ni siquiera la cátedra del Seminario fue obstáculo durante los dos primeros años para comunicarse de palabra o por escrito con sus futuras religiosas. Libre, después, de las obligaciones de la misma, se entregó, con un sentido maravillosamente detallista que hemos de estudiar más tarde como una de las notas más características de su fisonomía, al cultivo intenso de las cualidades que él quería fuesen distintivas de su Congregación. Pronto la casa de Tarragona, con dos pisos y dos comunidades, demostró su insuficiencia para la labor de formación general que allí había de darse. Y se lanzó con el denuedo de siempre a construir un Noviciado en toda regla. La historia del mismo es sumamente interesante para conocer a los hombres. También ilumina de un modo extraordinario la vida del propio don Enrique. Me acerco a ella, no sin temor de que los rayos que de su luz se desprenden hieran todavía los ojos del lector. De los de don Enrique arrancaron muchas lágrimas.

3. Encontramos la primera alusión velada a su propósito de levantar un Noviciado en el número de la Revista correspondiente al mes de enero de 1878. Ya con más claridad, en febrero. Fiel a su costumbre, encomienda a los lectores, entre las diversas gracias que habían de pedir a Dios, el "Colegio de Santa Teresa de Jesús". No dice más.

En marzo explica detalladamente lo que en su mente había de ser aquella casa. En primer lugar, centro de formación para las de la Compañía, y además colegio para niñas, de pago unas y gratuitas otras. También, casa de Ejercicios a donde pudiesen retirarse todos los años las señoras y señoritas que desearan practicarlos.

En este mismo número aparecía una súplica a San José escrita en Tarragona por Teresa de Jesús Plá, Hermana Mayor; Teresa de Jesús Guillamón, Vice Hermana Mayor; y Saturnina del Corazón Agonizante de Jesús Jassá, Secretaria General, las cuales, en nombre de la Compañía a que pertenecían, pedían ardientemente al Santo Patriarca, con una confianza invencible, que las concediera casa propia en Jesús de Tortosa.

"Hacedla – decían – de sólidos cimientos, que no se caiga hasta el día del juicio, cuando esté ya todo el mundo envuelto entre ruinas, y que tengamos recursos para colocar la última piedra, la más alta y hermosa que ha de coronar la obra, puesto que ha de ser la agraciada imagen de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús. Con que no la podéis dejar; puesta la primera piedra, estáis por gratitud obligado a proveer para que cuanto antes se ponga la última y más preciosa. Y que sea pronto, Padre nuestro, que sea pronto; el día de vuestra festividad. Hacedlo: no tenéis más que echar mano de los tesoros encerrados en los graneros celestiales, que están a vuestra disposición".

Fechaban el escrito el 11 de marzo, en la Casa provincial de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, en Tarragona.

Nótese que ni ellas ni su fundador hablan de Noviciado. Dicen únicamente Casa o Colegio. La razón es porque en su pensamiento predomina el carácter de Compañía de Profesoras Católicas al de Congregación Religiosa. Y aunque indudablemente tenían a la vista los futuros votos con que se consagrarían a Dios, pero ello había de ser sin renunciar a la especial característica con que la Compañía había sido concebida. Si hubieran hablado de Noviciado desde el primer momento, hubiera sido inevitable cierto confusionismo en el ánimo de las gentes, propensas siempre a las clasificaciones cómodas, que en este caso habrían servido para calificar a las Hermanas de "unas monjas como las demás".

Don Enrique tenía sumo empeño en evitar esta confusión o mejor en aclarar bien lo que él pensaba. Por eso escribía:

La Compañía de Santa Teresa de Jesús debe ser como el lugar propio, el centro donde vaya a parar toda esa falange de jóvenes católicas animosas que siente bullir en su mente la llama del ingenio, y en su corazón se anida el celo ardiente por destruir el reino de Satán y extender las fronteras del reino de Cristo por medio del apostolado de la oración, enseñanza y sacrificio. No son Carmelitas Descalzas, son simplemente Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Empezó, pues, a construir la Casa de formación o futuro Noviciado cuando apenas había terminado de pagar las obras del convento de Carmelitas Descalzas. Procedimiento, el de siempre…Sin una blanca, como decía la Santa de Ávila, y con mucha fe en Dios. Por abogado, San José, y por capitana, Santa Teresa. Adelante siempre, lleno de resolución y de optimismo. Llamamientos continuos desde la Revista a sus numerosos lectores. Visitas y oportunos toques en sus conversaciones. Y a retaguardia, todas las ya pertenecientes a la Compañía inmolándose en una súplica y sacrificio constantes que al llegar al cielo iban logrando del bendito Patriarca San José la protección que siempre dispensa a todas las causas santas.

4. El día 12 de mayo, fiesta del Patrocinio del Santo, se puso la primera piedra, con toda solemnidad. En Jesús de Tortosa, como era el deseo común. Los terrenos escogidos, eran parte de la espléndida finca cedida a don Enrique en su día por doña Magdalena de Grau, para levantar allí el convento de Carmelitas Descalzas. Que no había sido ajena desde el primer momento en que hizo su donación al futuro proyecto de don Enrique, de construir también allí la Casa de formación de la Compañía, lo demuestra la ausencia absoluta de dificultades con que se sucedieron estos hechos. Don Enrique, que pedía limosnas, incluso para pagar ladrillo por ladrillo una vez que empezaron las obras, se hubiera preocupado de pedir también para adquirir solares, a no haber tenido resuelto este problema mucho tiempo

antes. Nunca habló de ello una palabra, porque no tenía necesidad alguna. Y terminadas las obras del citado convento, empezó inmediatamente a pedir para las de la nueva casa.

Aquel día 12 de mayo, hasta las mismas religiosas de clausura participaron en la gran fiesta. En su iglesia celebró la Misa de Comunión general don Enrique, a la que asistieron las jóvenes de la Archicofradía. Y a las 9.30 otra Misa cantada por las Madres Carmelitas, en la que ofició don Mateo Auxachs, Prior de Mora de Ebro, y predicó don Agustín Pauli.

Por la tarde, después de una función religiosa en la Iglesia Parroquial, se procedió a la bendición y colocación de la primera piedra por el Vicario General del Obispado, don Gerardo Camps, con asistencia de un nutridísimo concurso de fieles. Entre himnos y cánticos de júbilo, alguno de ellos compuesto especialmente para aquel acto por don Juan Llatse, revoloteando por encima de los presentes una bandada de palomas adornadas con vistosos lazos, que se soltaron en el momento de poner la piedra, presintiendo todo el bien incalculable que de allí había de brotar un día no lejano, participaron unos y otros y acompañaron a don Enrique con íntima satisfacción en aquella jornada que había de ser por muchos conceptos memorable. Muy pronto aquella primera piedra se convertirá en una cruz pesadísima que don Enrique solo habrá de soportar sobre sus hombros doloridos. Nadie lo hubiera adivinado a la luz mansa y serena de aquella tarde primaveral.

5. Pasaron los meses. Las obras siguieron adelante, no sin alguna ligera interrupción impuesta por la escasez de medios económicos. Don Enrique seguía pidiendo en el nombre del Señor. Llegaban limosnas de toda España. A veces, hasta las niñas de los Rebañitos que enviaban los ochavos con que sus mamás las obsequiaban las tardes de los domingos.

Por fin, en octubre de 1879 quedaba canónicamente erigido el Noviciado, aunque todavía no se empleaba esta palabra, sino únicamente la designación de Colegio y Casa Matriz de la Compañía. Unos días antes, a fines de septiembre, había llegado de Tarragona la Hermana Saturnina Jassá al frente de un grupo de novicias, para disponer, siquiera fuese de la manera más elemental, la parte de vivienda designada a las primeras ocupantes. La consigna de don Enrique, cuando trataba de abrir una nueva casa para la gloria de Dios, era la misma que el Señor diera a Santa Teresa, según ella misma nos manifiesta: *entrar como se pueda*, sin esperar a que todo esté acabado y en su punto. Ahora se complacía él en repetirlo, a la vista del nuevo edificio, del que sólo una mínima parte era habitable. No importaba. Él estaba seguro de que la nueva vida que se movería en torno a aquellos muros a medio construir, se convertiría en un impulso firme y decidido para el resto de las obras. La Hermana Saturnina no se arredraba por nada. Tenía un ánimo tan recio y varonil que hubiera sido capaz, si preciso fuera, de seguir con sus novicias rematando por la noche las paredes que los albañiles levantaban de día. Muchos meses pasaron todavía hasta que las obras se dieron por terminadas. Pero ellas estaban allí, orando y padeciendo, con gusto, conscientes de que su sacrificio, tan generosamente aceptado, era quizá el mejor instrumento de edificación y de progreso. Heroísmo magnífico el de aquellas religiosas de la primera hora, tan identificadas con su fundador, que en tres años nada más habían pasado de sencillas hijas de familia a ser magníficas maestras en el ejercicio de las virtudes cristianas. Años más tarde, recordando las privaciones de estos meses, escribía la Madre Saturnina:

> Nuestra pobreza era suma. Esta santa virtud ha sido la verdadera madre de la Compañía, y a la cual debemos el ser y la prosperidad…La primera capilla se componía, en vez de paredes, de un entretejido de cañas que, sin más aliño ni compostura, cerraba el ángulo de una pequeña estancia. Nuestra mesa de comedor era un cañizo, nuestra cocina un hornillo ambulante, nuestra despensa una cesta. Vivimos todo el rigor de un invierno sin que hubiese puertas ni ventanas para cerrar, con ropa escasa, con alimentos muy pobres que se procuraban como se podía, con necesidades mil; y, sin embargo, el Señor nos hizo la gracia de que estuviésemos siempre contentas, siempre felices, siempre llenas de gozo en el Señor.

No se pueden leer estas palabras sin un ligero estremecimiento de admiración rendida a aquellas santas mujeres, que lógicamente se extiende hasta el gran Sacerdote, que de tal manera supo formarlas. Era él el alma de todo, la regla viva, la fuente de energía. De su interior brotaba sin interrupción la corriente caudalosa que fertilizaba el alma de aquellas jóvenes teresianas como las aguas del Niño fecundan las tierras de Egipto.

Se acercaba el final de aquel año 1879. Tortosa era ya, por derecho propio, el centro del movimiento teresiano de toda España. Mosén Enrique, tan conocido y amado por todos, había hecho el milagro. Desde aquel rincón de la vieja provincia tarraconense, oteaba él los

horizontes de España y lanzaba hacia los cuatro puntos cardinales el fermento renovador de la educación cristiana de la mujer en toda su integridad, sin dejar un resquicio por donde pudiera filtrarse el viento del laicismo. Símbolo exacto de su lucha, más bien que pura coincidencia, era que al mismo tiempo que sus Teresianas venían por vez primera a ocupar la casa de El Jesús en octubre, se abría también el nuevo curso académico en la residencia estudiantil que la Institución Libre tenía en Madrid en el Paseo de la Castellana. Gumersindo Azcárate leyó el discurso de apertura que reprodujo íntegro "El Imparcial". Era todo él un canto suavísimo y adormecedor a la enseñanza laica. "Este Instituto – decía -, fiel a su lema, ha sido y es extraño a toda secta religiosa, escuela filosófica o partido político…". "No hemos venido a luchas, sino a investigar en la región serena, apacible y sosegada del estudio".

Al congratularse de los triunfos obtenidos por la Institución en los tres años que llevaba de vida, añadía: "No es una ilusión esta creencia (la de que el éxito había de seguir acompañándoles) antes bien, hechos públicos y notorios la abonan, y eso que parte de nuestra obra, acaso la que más debe satisfacernos y regocijarnos, se realiza silenciosamente dentro de estos muros, pasando casi inadvertida para las gentes. Me refiero a la *Primera Enseñanza*, planteada no sin temor y recelo hace nada más que un año, y hoy ya legítimo orgullo de esta Institución".

Al darse cuenta de estos hechos, la pluma de don Enrique parecía convertirse en trompeta bélica que llamaba al combate. Hasta sus mismos enemigos le daban la razón. La Primera Enseñanza: he ahí el objetivo:

> "¿Cuándo, hermanos míos, amantes teresianos, despertaremos todos y multiplicaremos, con todas nuestras fuerzas y nuestros recursos, antes que todo las obras católicas consagradas a la enseñanza y educación de la juventud? Ésta es la primera necesidad en nuestros tiempos, la base única, posible, de la restauración del reinado social de Jesucristo".

¡Qué estupenda visión del problema la que tuvo este hombre! Es interesante pensar lo que hubiera sucedido en España si estas consignas suyas hubieran sido atendidas desde arriba y se hubiera elaborado un plan bien meditado…

Él solo no podía hacerlo todo. No se dormía, no. Ya tenía la Compañía cuatro residencias: en Tarragona, Vilallonga, Aleixar y El Jesús. Antes de terminar el año, en el mes de diciembre, se abrían otras dos: una en Maella (Aragón) y otra en Roda (Cataluña).

En ambos lugares, el pueblo en masa salió a recibir a las Hermanas Teresas (así las llamaban), asociándose jubilosamente a la significación de lucha contra el mal que su llegada tenía.

En Maella predicó don Enrique sobre la necesidad de la enseñanza cristiana, con tal unción que logró arrancar lágrimas de su numeroso auditorio. El primer día que se abrieron las escuelas, a pesar del frío intensísimo del invierno, asistieron ya 73 niñas. En Roda de Bará (Tarragona) predicó don Antonio Forcades, Catedrático del Seminario, e intervino en la fiesta incluso la Capilla de la Catedral. Se acercaban de nuevo las fiestas de Navidad. Don Enrique gozaba pensando que el Niño Jesús nacería en muchas almas puras, gracias a los esfuerzos de las que eran hijas de la suya.

CAPÍTULO XXXI

VISIÓN DE CONJUNTO.
DON ENRIQUE, HOMBRE DE ACCIÓN

1. Panorama de España de 1880 a 1885.- 2. Nuevos colegios y nuevos éxitos de la Compañía.- 3. Intensa actuación apostólica de don Enrique.- 4. Su interés por los problemas de Francia.- 5. Repercusión de éstos en España.- 6. La Unión Católica y una Encíclica de León XIII a los obispos españoles

1. Enero de 1880. Acababa de sufrir Alfonso XII un atentado en Madrid al entrar en el Palacio Real acompañado de su esposa. Aquellos dos tiros de revólver, que afortunadamente no dieron en el blanco, eran un claro síntoma de que en el seno de la sociedad española empezaba a actuar el fermento revolucionario del anarquismo, tímido y vacilante todavía, y tan vigorosamente desarrollado después. Seguía Cánovas del Castillo en el poder. En febrero del año siguiente, era sustituido por los fusionistas, mezcla de los Constitucionales dirigidos por Sagasti y los Centralistas, acaudillados por Alonso Martínez y Gamazo. El nuevo Gobierno mostró inmediatamente su tendencia izquierdista derogando las disposiciones del anterior, que habían querido fomentar un mayor respeto a la Religión y la Monarquía. También entre los hombres públicos del campo católico, llamados absolutistas, se manifiesta claramente la disconformidad con el que hasta entonces ostentaba la jefatura, don Cándido Nocedal, y se organizan formando la Unión Católica, que tuvo que don Alejandro Pidal su más caracterizado dirigente. Son unos años perfectamente grises y anodinos en que la mayoría de los españoles se preocupa más de la rivalidad entre Frascuelo y Lagartijo que de los acontecimientos políticos. Algunos seguidores de Sagasta pertenecientes al antiguo partido demócrata, se disgustan con el nuevo jefe y forman la Izquierda Dinástica que hostiliza al Gobierno.

En los primeros meses del año 1883 el campo andaluz y particularmente la rica campiña de Jerez, se ven perturbados por las violentas agitaciones que produce la Asociación de “La Mano Negra”, al proclamar de la manera más radical los principios del colectivismo agrario.

En septiembre, el Rey hace su anunciada visita a Alemania con disgusto de los franceses. De nuevo aparece Cánovas en el poder, en 1884 y da a Pidal la Cartera de Fomento. Al inaugurar el curso académico en la Universidad Central, lee el discurso de apertura el célebre Morayta, que se manifiesta en tonos fuertemente heterodoxos, no obstante estar presente el propio Pidal, Jefe de la Unión Católica, y Ministro de Fomento. En junio de 1885 aparece otra vez el cólera y causa estragos en Valencia, Murcia y Madrid. Pronto se extiende la epidemia a Aranjuez, y don Alfonso, sin conocimiento del Gobierno, se dirige al Real Sitio y visita a los apestados. El pueblo madrileño se conmueve con el gesto de su Monarca y al regresar éste a la capital le hace un recibimiento apoteósico. Meses más tarde, en noviembre, España entera se conduele ante la noticia de la muerte de su Rey, víctima de antigua dolencia.

2. Don Enrique, durante estos años, sigue entregado al desarrollo de sus múltiples empresas sin concederse un minuto de descanso. Gracias a la Revista, podemos seguirle día por día. La Compañía, su obra predilecta, se afianza y camina hacia delante con paso firme y decidido. Siempre conducida de la mano por él. En junio de 1880 abre una nueva residencia en San Carlos de la Rápita (Tarragona); en julio, se establece en Gracia (Barcelona), villa muy importante y muy trabajada entonces por el protestantismo, por lo cual don Enrique alienta vigorosamente a sus hijas para que entren a dar la batalla al enemigo desde el nuevo colegio, “el más importante quizá de cuantos hasta aquí hemos fundado” (1). En mayo de 1881, en San Pedro de Rubí (Barcelona); en septiembre, en el Ensanche de Barcelona; en mayo del 82, en la calle Junqueras, también en Barcelona. Cada nueva residencia que se abría se convertía inmediatamente en un foco de propaganda activísima de las ideas teresianas. Como además las religiosas demostraban poseer una técnica pedagógica extraordinaria en aquellos tiempos, en que tan mal atendida estaba la Enseñanza Primaria, fluían abundantemente los elogios y hasta en los periódicos locales aparecían artículos de encomio y aplauso para la magnífica labor que realizaban las Teresianas. Era tanto más meritoria su labor, cuanto que se veían frecuentemente obligadas a realizarla en medio de pavorosas dificultades económicas. A propósito, por ejemplo, de las que dirigían el colegio abierto en Gracia, escribía don Enrique en la Revista:

Cuatro Religiosas constantemente ocupadas en las escuelas diurnas y nocturnas, por grande que sea su celo y abnegación, es de todo punto imposible, siendo aquéllas gratuitas, puedan sustituir con dos reales al día, asignación insuficientísima para una vida de continuo trabajo y llevada hasta el heroísmo en punto a privaciones. Sensible sobre manera sería que un número tan considerable de niñas, en casi su totalidad hijas de obreros pobres, hubieran de verse privadas de una educación tan sólidamente cristiana, como variadamente útil para éstas, si por falta de medios de subsistencia (lo que no esperamos) se viesen las Religiosas en la necesidad de buscar en otra parte donde ejercer su celo e instrucción.

Sólo el ardiente espíritu de combate a campo abierto, que don Enrique las había infundido, podía sostenerlas. A los cinco años de su fundación dirigían nueve casas con más de mil alumnas.

Había muerto ya la Hermana Ramona, primera flor de santidad que exhaló su perfume en plena juventud dejando al Instituto la herencia de sus virtudes. De ella se hablaba como de una santa. En marzo del 82, moría también la Hermana Dolores, a los 24 años, rindiendo igualmente un testimonio exquisito de paz sobrenatural. Ya tenían, pues, las de la Compañía hasta la bella tradición que tanto conforta, de unas Hermanas muertas en olor de santidad. En septiembre del 82, se anunciaba a la venta el primer libro de texto escrito por la Compañía. Era un tratado de Aritmética Teórico Práctica, en el que, naturalmente, había puesto sus manos el antiguo Profesor de Matemáticas, primero de una colección de libros de texto preciosos, que alcanzaron fama en toda España por sus condiciones pedagógicas. Las profesoras que los escribieron, siempre bajo la dirección de don Enrique, tuvieron presente aquella máxima de Santa Teresa: “Que hay tanta diferencia de enseñar doncellas a enseñar mancebos, como de lo blanco a lo negro”.

En junio del 83 se abre otro nuevo colegio en la Almunia de doña Godina (Zaragoza); en mayo del 84, en La Fraga (Portugal); en septiembre del mismo año, en Villanueva y Geltrú (Barcelona); en febrero del 85, en Orán (África). A medida que la Compañía avanzaba, don Enrique crecía en el desarrollo de su personalidad exuberante.

3. Contemplémosle en una visión de conjunto que comprende el periodo que transcurre desde el comienzo de 1880 hasta el final del 85. Son seis años pletóricos de actividad y dinamismo. Se encuentra don Enrique en la plenitud de la vida. Es esa edad de los 40 a los 45 años, dotados de una robustez y flexibilidad envidiables, en que no se ha iniciado todavía el descenso y se ha superado la indecisión. Si hubiera alguna época en que la vida se detuviera como en un remanso, sería ésta. Se mueve incansablemente de una parte a otra. No ha abandonado las Catequesis de Tortosa, a las que sigue dedicando muchas de sus horas. Y artículo tras artículo para la Revista, que aparece con una puntualidad matemática todos los meses, con 40 páginas. Visitas frecuentes a los colegios de la Compañía para observar a sus hijas, fortalecerlas, cuidarlas con esmero.

Sobre todo – es natural que fuera así -, la Casa Noviciado de Tortosa le ve entrar y salir constantemente. Las pláticas, advertencias, consejos, brotan a raudales de su alma. La minuciosidad con que se dedicó a formar a sus religiosas raya en lo inconcebible. La Compañía de Santa Teresa podría muy bien haberse llamado Compañía de don Enrique, lo cual, lejos de significar nada en mengua de la Santa, sirve para engrandecerla a ella sin empequeñecerle a él, porque era ella la que se manifestaba a través de don Enrique. Viajes continuos por los pueblos de Cataluña y Valencia, impulsado por su celo se siempre. Los púlpitos y confesionarios de la mayoría de las parroquias de Tarragona, Vich, Lérida, Alicante, Valencia, son mudos testigos de su unción evangélica y su penetrante poder de captación de almas selectas. Todo ello sin perder nunca de vista las grandes causas por las que luchaba y alimentando siempre nuevas y grandiosas iniciativas que, si no todas son llevadas a la práctica, sirven al menos para poner de relieve la excelsa magnitud de su carácter. Sucede a veces con estos hombres tan esencialmente activos y dinámicos, que, ocupados en las obras que han ido creando, se dejan absorber por los mil detalles de cada una, y aparece su actividad fragmentada en múltiples y episódicas manifestaciones pequeñas, con explicable olvido de los grandes panoramas que en otro tiempo les atraían irresistiblemente. Dan la impresión de que el esfuerzo genial de la primera hora les ha agotado al concebir su plan dejándoles incapaces para nuevas concepciones amplias y hermosas. Tenemos claros ejemplos de que no sucedió esto en don Enrique.

4. El problema de Francia.- Le siguió atentamente día tras día. Empezaban a manifestarse en el vecino país con toda virulencia los inicuos atentados del laicismo contra la

Iglesia. Las leyes de Ferry en materia de enseñanza provocaron enérgicas protestas de parte de los católicos franceses. Todo en vano. Los propósitos de secularización siguieron adelante. Había que establecer la Escuela laica y relegar al clero al interior de los templos. Fueron disueltas las Congregaciones Religiosas dedicadas a la enseñanza, y aun muchas otras que no ejercían propiamente este ministerio. De esta manera Francia daba los primeros pasos, sin violencias ni persecuciones sangrientas, en el camino de ese laicismo tan ardientemente sostenido que ha llegado a constituir una enfermiza obsesión de sus dirigentes políticos.

Don Enrique siguió de cerca el problema, no como un espectador extraño, sino como quien siente en su propia carne las heridas que infligía a la Iglesia aquella legislación. Él amaba a Francia y reconocía su gran prestigio de pueblo culto en el concierto de las naciones europeas. Presentía además que aquellas medidas podían ser fácilmente imitadas por los gobernantes españoles. Durante todo el año 1880 no cesó de escribir en la Revista artículos en que comentaba el avance del mal, exponía sus causas, y las posibles consecuencias, y sobre todo, con un sentido de cooperación cristiana noble y elevado trataba de que los españoles considerasen el problema como suyo y les pedía oraciones por Francia, y hasta organizó con los niños de Tortosa, en enero del 81, funciones de desagravio cuando supo que la iniquidad se había consumado y hasta el Crucifijo había sido arrancado de las Escuelas Francesas. Pocos años más tarde, el sectario Combes se ensañaba en las Órdenes Religiosas con más furor que su predecesor Ferry, y se desarrollaba pujante y vigoroso el árbol del laicismo, a cuya sombra Francia ha visto formar a dos generaciones de escépticos, que en nada han contribuido a su verdadera grandeza. Don Enrique ya no conoció estas nuevas manifestaciones, pero todo lo había previsto sagazmente al observar la marcha de los acontecimientos en este año de 1880.

5. Repercusión en España.- Muy pronto la nueva situación originada en Francia dejó sentir sus efectos en España. Los fusionistas sustituyen en el poder a Cánovas del Castillo en febrero del 81, y una de sus primeras medidas fue derogar la Circular de 26 de febrero de 1875, por la cual pesaba sobre todos los catedráticos de los Centros docentes de España la prohibición formal de manifestar ideas contrarias a la religión y a la Monarquía. El nuevo Gobierno dejaba en libertad a cada uno y no se ruborizaba de proponer a otras naciones de Europa como "los luminosos focos de donde irradia el saber a otros países menos afortunados".

Eran los tópicos de siempre, ya entonces demasiado gastados a pesar de su novedad. Don Enrique, tan compenetrado con todo lo que se refería a la enseñanza, reaccionó inmediatamente y en marzo del 81 escribía un artículo titulado "Oremos por nuestra España y la Europa", en el que decía: "Lo que habíamos previsto con dolor parece va a cumplirse entre nosotros. Van a ser repuestos en sus cátedras…", y seguía después comentando atinadamente los párrafos más oportunos de un documento que la Unión Católica elevaba al Gobierno como protesta contra las nuevas disposiciones.

6. Acababa de constituirse en Madrid, bajo la Presidencia del Cardenal Primado, Excmo. Sr. D. Juan Ignacio Moreno, esta Unión Católica que tan apasionadas polémicas levantó en España. Fue, por decirlo así, el primer intento serio de organización precursora de una Acción Católica de tipo nacional. Pero la división era muy profunda en el campo católico como consecuencia de las diversas tendencias políticas que en él se acusaban. La unión – decía don Enrique – era absolutamente necesaria. Pero el carácter que algunos habían querido darla, excesivamente inclinado hacia una determinada vertiente política, impedía por el momento mostrar un claro entusiasmo. Por eso escribía:

> Muchísimo se ha hablado de la importancia y necesidad de esta Unión que ha empezado a dividir a los católicos, o al menos ha mostrado la división que hay en miras y tendencias entre muchos que se apellidan católicos.
>
> Todos los Prelados españoles la han bendecido. ¿Y cómo no, si la unión de los católicos es la aspiración más intensa del Corazón de Cristo, como lo manifestó en su admirable oración de la noche de su última Cena? ¿Cómo no bendecir esta unión los ministros de un Dios de paz, de una Iglesia santa que no desea otra cosa sino la paz y concordia de los buenos, que es el fruto más precioso del Espíritu Santo? Si fomentará los intereses de Jesús o no esta Unión, *tal algunos querrían* llevarla a cabo, no es de nuestra incumbencia el juzgarlo. Sólo advertiremos a nuestros lectores que el demonio de la confusión anda suelto, que se transfigura en ángel de luz con mucha frecuencia; y que el mejor medio para hacerle dar señal es la oración. Oremos y esperemos. Si el árbol se conoce por sus frutos, según la regla infalible que nos dio la Sabiduría infinita, pronto ha de ser juzgada la bondad de este árbol llamado Unión Católica, que empezó por dividir a los buenos.

Oremos, esperemos y vigilemos.

La unión que él apetecía había de descansar sobre la base de una concordia espiritual absoluta y ajena a todo partidismo. En este sentido se manifestaba después León XIII en la Encíclica “Cum Multa”, que dirigió a los obispos de España en diciembre del 82, a la que el Episcopado en pleno respondió un mes más tarde con un mensaje hermosísimo de acatamiento y sumisión a las exhortaciones que les hacía el gran Pontífice. También entre ellos habíanse manifestado deplorables divisiones que ahora desaparecían totalmente. Don Enrique, a todo lo largo del 83, escribió numerosos artículos comentando la Encíclica del Papa e insistiendo, fiel a los principios siempre sustentados, en la necesidad de poner como fundamentos serios de la unión la oración y la vida espiritual de los católicos seglares para que siempre estuvieran al servicio auténtico de la Iglesia. Unión de los católicos, como miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Esto era lo principal.

En esta altura de visión y de enfoques se movía don Enrique. Descendamos nosotros ahora a contemplar, más en detalle, sus diversas actuaciones de esta época.

(1) Una noticia que ha de llenar de purísima satisfacción el corazón de nuestros lectores vamos a comunicarles en este número: El colegio que a su cargo tomó la Compañía de Santa Teresa de Jesús, en la populosa villa de Gracia, ha visto en menos de tres meses triplicado el número de sus alumnas, asistiendo hoy por término medio 170 niñas a la escuela de día, y unas 80 a las clases nocturnas. Muchas de estas niñas ni sabían quién es Dios ni siquiera santiguarse. ¡Pobrecillas! Pedían pan y no había quién se lo diese. Hoy, merced a los desvelos y sacrificios de las Hijas de la gran Doctora Teresa de Jesús, van conociendo las verdades de nuestra santa Religión y se despiertan a amar a su Dios.

Pero el triunfo más estimable, la noticia más satisfactoria que debemos comunicar a nuestros lectores es que ya han logrado dichas profesoras de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, que uno de los colegios dirigidos por una maestra espiritista se haya cerrado por falta de niñas, que se han pasado al colegio que dirigen dichas profesoras. Son más de 40 las niñas que frecuentaban las escuelas de perdición y hoy frecuentan el Colegio de Santa Teresa. Tenemos algunos de los catecismos espiritistas y protestantes que han recogido las maestras de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, los cuales servían de texto para aquellas inocentes niñas, y no hay que decir que todo respira odio a la religión católica, herejías y blasfemias. Se niega la divinidad de Jesucristo, la eternidad del infierno, etc., etc. ¿Y éstas eran las fuentes donde bebían estas almas tiernas redimidas con la sangre de Cristo?...

Aunque no fuese por otra cosa que por este triunfo que ha logrado sobre Satanás, deshaciendo una de sus sinagogas, la Compañía de Santa Teresa de Jesús, daríamos por sobradamente recompensados los afanes, y trabajos y contradicciones de buenos y de malos que cada día le salen al paso e intentan, si no destruirla, al menos estorbar la marcha, retardar su formación y su acción benéfica.

Ayúdenos nuestros queridos lectores con sus oraciones y limosnas al sostén de esta obra de Dios, que tanto ha de contribuir en la época actual a extender el reinado del conocimiento y amor de Jesucristo por medio del apostolado de la oración, enseñanza y sacrificio.- ENRIQUE DE OSSÓ.

CAPÍTULO XXXII

EL TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE DE SANTA TERESA

1. Llamamiento de don Enrique a toda España.- 2. Grandioso certamen de todo el mundo católico en honor de la Santa.- 3. Entusiasmo general.- 4. Interviene la Masonería.- 5. Valiente oposición de don Enrique.- 6. Extensión del teresianismo y peregrinación a Montserrat.- 7. Invitación a la prensa católica.- 8. Nuevos trabajos y proyectos.

1. En octubre de 1880 don Enrique lanzaba a toda España una nueva convocatoria en que llamaba los hijos e hijas de Cataluña, Aragón, Navarra, Provincias Vascongadas, Valencia, Andalucía y Galicia, las dos Castillas, León y Extremadura, para que se dispusieran a celebrar con el mayor entusiasmo el próximo Centenario de la muerte de Santa Teresa que había de tener lugar en 1882. El gran Apóstol Teresiano se adelantaba una vez más a todos sus compatriotas en el anhelo de glorificar a la Santa de su corazón. Proponía una gran peregrinación de toda España a Ávila y Alba de Tormes y la celebración de un Certamen Nacional en que sobre el sepulcro de la Virgen del Carmelo "el poeta arrojara las flores de su ingenio y el artista sus bellezas y sus más ricas y preciadas joyas el literato". Todo esto había de servir, en su intención, para movilizar una vez más el espíritu católico de España y hacer sentir a todos la bienhechora influencia de Santa Teresa, tan a propósito para los afanes de restauración que él tenía. "Entonces España – escribía llevado por su entusiasmo – recobrará su dignidad perdida, y restañará sus heridas y reparará sus fuerzas, florecerá en ella la fe y la piedad".

2. La magnitud de la idea requería concretar pronto, al menos, las líneas generales del plan, y a tal fin, en los últimos días de noviembre, se trasladó a Madrid para tratar despacio del asunto con el Prelado de Salamanca, Excmo. Sr. Izquierdo, a quien él llamaba el Obispo de Santa Teresa y con quien le unía muy estrecha amistad.

Juntos trazaron el diseño de la que había de ser el caluroso homenaje en que soñaban. Lo que más urgía de momento era concretar el temario del certamen, al que se deseaba concurrieran los católicos del mundo entero. Y en efecto, ya en la Revista de diciembre anunciaba don Enrique los primeros temas señalados y los espléndidos premios, algunos de 10.000 reales, con que se dotaban. Los trabajos podrían estar escritos en español, latín, francés, italiano, alemán e inglés. Deberían ser enviados a la Secretaria de Cámara del Obispado de Salamanca, o a don Enrique de Ossó, fundador de la Archicofradía, en Tortosa. A partir de esta fecha le vemos con su tesón característico escribiendo, hablando, moviendo todos los recursos que están a su alcance para el mejor éxito de la empresa. Ruega a todas las publicaciones católicas o que de algún modo se interesen por la honra de la Heroína incomparable que coadyuven y difundan su pensamiento.

3. Van pasando los meses del año 1881. En toda la nación se habla del próximo Centenario de Santa Teresa. Numerosos escritores desde sus periódicos y revistas, contribuyen a enardecer los ánimos. Por otra parte, las Comunidades de Religiosos expulsados de Francia, muchas de las cuales se trasladan a España en busca de asilo, despiertan una profunda reacción de simpatía en nuestro pueblo, que se conmueve y apiada de su condición de desterrados. Los españoles se dan cuenta por sí mismos de los peligros que pueden presentarse un día en España.

En junio se publicaba ya íntegra la relación de los temas del certamen determinados expresamente por don Enrique y el Prelado Sr. Izquierdo. La relación de los mismos hace que sean acogidos con verdadero interés por los estudiosos. Pronto empezaron a recibirse trabajos de los concursantes, muchos de ellos de países extranjeros.

En Salamanca, ciudad elegida en la primera peregrinación teresiana de 1887 para propagar y difundir los escritos de la Santa, se constituyó una Sección Literaria, presidida por don Enrique Almaraz, entonces Canónigo Magistral, para el examen de los mismos.

El entusiasmo crecía de tal manera que en julio escribía don Enrique: "De todas partes recibimos noticias en extremo consoladoras que nos hacen presagiar que será este suceso uno de los más notables de este siglo".

En septiembre la Revista anuncia que se han constituido Juntas del Centenario en varias diócesis españolas, y cita expresamente las de Barcelona y Sevilla.

En el número de octubre nos habla del interés que se despertó en Francia y Portugal. En noviembre anuncia un premio de la Academia Española, de 1.500 pesetas. En enero del 82 don Enrique se llena de alegría al comprobar la fuerte corriente que a favor del Centenario existe ya en toda España.

Por otra parte, juntamente con la idea de la peregrinación a Ávila y el Certamen, surge la de la una peregrinación a Roma con motivo del mismo acontecimiento. La organizan, al igual que la de 1876, don Ramón y don Cándido Nocedal, y a ella exhortaba también don Enrique. El entusiasmo es tan arrollador que, después de haber sido aprobada por León XIII, se ven obligados en Roma a modificarla en el sentido de que la peregrinación se haga por regiones, ya que las circunstancias de Italia no eran propicias para una concentración tan inmensa. Perduraba en Roma el recuerdo de aquella otra en que se juntaron 8.000 españoles.

4. Así las cosas, y cuando ya faltaban pocas fechas para la clamorosa celebración del centenario, que hasta en Francia, Italia, Alemania y Filipinas había hallado eco favorable en sumo grado, los lectores de la Revista se ven sorprendidos en el mes de julio (1882) con un artículo de don Enrique titulado "Voz de alerta". En él, después de manifestar la honda satisfacción de su alma por el entusiasmo que en toda España y en muchas partes de la Europa católica se había despertado, decía:

> Mas no podemos menos que exhalar un profundo gemido y manifestar nuestro temor y alarma al ver algunos indicios y leer algunos anuncios en periódicos y revistas que dan a comprender que se trata de reunir en su mismo pensamiento y fundir en un mismo sentir a personas y deseos y aspiraciones que jamás podrán hacerlo. Porque, ¿qué convención y sociedad y unión puede haber entre la luz y las tinieblas, Jesucristo y Belial, la verdad y el error? ¿Qué pacto puede haber entre Teresa de Jesús, encargada de celar la honra de Jesús, y los enemigos jurados de esta honra? ¿Cómo honrar a la Santa deshonrando al Santo de los Santos?

¿Qué había ocurrido? Los hombres de los partidos de izquierda que ocupaban a la sazón los puestos principales del Gobierno Central de Madrid, y mucho más sus inmediatos asesores y correligionarios afiliados a la masonería, se habían dado cuenta del formidable grado de exaltación religiosa a que con motivo del Centenario se había llegado. Oponerse resueltamente era antipolítico y contraproducente. En cambio sí que podía ser eficaz para desvirtuar el carácter de las fiestas, filtrarse en la organización de las mismas y asumir la dirección general de los actos que se celebrasen. Organizado así desde arriba, quedarían eclipsados todos los demás homenajes. Santa Teresa sería honrada por el pueblo español, pero ello sería – decía don Enrique – al modo como podían ser honradas Safo, Jorge Sand, o cualquiera otra mujer funestamente célebre. Desaparecería el tono profundamente espiritual y piadoso en el que don Enrique y sus colaboradores habían insistido tanto. Para él, el Centenario de Santa Teresa había de servir única y exclusivamente para vigorizar el espíritu católico y difundir el conocimiento y amor de las virtudes de la Santa. La gran peregrinación nacional a Ávila y Alba de Tormes, el Certamen artístico literario, los triduos y novenas en todas las iglesias, el establecimiento de la Archicofradía teresiana en todas las parroquias, que también proponía como objetivo de este año, habían de realizarse sin mezcla alguna de espíritu mundano. Nada de homenajes profanos a una mujer que, si como mujer había sido también excepcional, era ante todo y sobre todo la gran Santa, hija de Dios y de la Iglesia. Él no admitía componendas con el enemigo. Sacerdote integérrimo y afanoso únicamente de lo sobrenatural, tenía que protestar reciamente contra unos actos que desnaturalizaban por completo el sentido del homenaje proyectado. Lo que buscaban ahora los nuevos organizadores constituidos ya en Junta Nacional, era rendir a Santa Teresa un homenaje amplio e indefinido, en que lo mismo podía celebrarse una Misa de Campaña, el día de la peregrinación, como pronunciar conferencias académicas sobre la exquisita feminidad de la Santa, su gracia literaria, su estilo epistolar, etc.; todo ello con un criterio naturalista y sin la más mínima preocupación por observar su unión con Dios y su santidad maravillosa. Al mismo tiempo, funciones de teatro, conciertos, banquetes oficiales y todos los demás inevitables números de que tales programas se componen. ¡La peregrinación a Ávila en octubre, iría presidida nada menos que por Sagasta y Silvela!

5. Náuseas le producía a don Enrique todo aquello. Ya el año anterior había manifestado su disgusto con motivo del Centenario de Calderón de la Barca en que también se

pretendió desconocer por parte de algunos el carácter católico de su producción literaria. ¿Cómo no iba a protestar ahora, al tratarse de la Santa de su corazón, por quien él había roto lanzas el primero? Temblaba de indignación su pluma en los artículos que publicó en julio condenando los proyectos de la llamada Junta Nacional. En seguida otras Revistas le siguieron con idénticas protestas. Sardá y Salvany lanzó la suya vibrante y ardorosa, en la Revista Popular. Los Prelados de Ávila y Salamanca escribieron cartas Pastorales a sus diocesanos haciendo suyos los puntos de vista de don Enrique. Periódicos como El Siglo Futuro, El Correo Catalán, El Semanario Católico de Sevilla, y otros muchos se adhirieron igualmente a sus manifestaciones.

En agosto anunciaba sin ambages su oposición a los proyectos y publicaba una demostración documentada de la intervención que en ellos había tenido la masonería. Él no asistiría a la Peregrinación de Ávila y Alba de Tormes y desistía, por consiguiente, de movilizar a las aguerridas falanges teresianas de toda España, a quienes meses atrás había pensado concentrar en torno al Sepulcro de Santa Teresa. Al mismo tiempo, con el seudónimo de El Solitario contestaba ingeniosamente a un periodista madrileño que le había calificado de sacerdote de imaginación perturbada. Efectivamente, hacía diez años que con el alma, no con la fantasía, perturbada de amor a Santa Teresa, don Enrique se había lanzado a la gigantesca empresa de despertar en toda España aquel fecundo teresianismo que ahora se manifestaba así. ¿Hubiera sido posible, sin el gran sacerdote tortosino, la celebración tan esplendorosa de esta efemérides teresiana, aun con las deplorables manifestaciones a que dio lugar por las causas indicadas? Dejo al lector la respuesta. Lo que sí pudo asegurar es que en 1815 había pasado el Centenario del Nacimiento de la Santa en el más absoluto olvido.

6. Concluido así el episodio, quedaba sin embargo mucho que hacer. No por aquella ingerencia de los elementos oficiales que don Enrique deploraba, iba a quedarse la Santa sin el homenaje, para ella tan grato, de las almas fervorosas. De ninguna manera. De hecho, en todas las ciudades y pueblos de España se tributaron a Santa Teresa cultos llenos de piedad y veneración. El certamen se celebró, conforme a lo anunciado en Salamanca y a él concurrieron trabajos de verdadero mérito. La Archicofradía Teresiana tuvo un crecimiento notable en toda España y pasó en aquel año y el siguiente de 10.000 a 140.000 asociadas.

Pero ¿y en Cataluña? No podía consentir él que su amadísima región, centro y foco vital del teresianismo de la época, dejara pasar aquellas fechas sin hacer algo grandioso en honor de la Santa querida.

El 5 de septiembre firmaba León XIII un Breve Pontificio en el que, accediendo a la súplica presentada por don Enrique, concedía indulgencia plenaria con motivo del Centenario, y bajo las condiciones que se señalaban, a todas las asociadas a la Archicofradía Teresiana constituida en España. La misma gracia dispensaba a cuantos fieles de uno y otro sexo visitaran la iglesia de la Virgen Madre de Dios en Montserrat, para erigir un nuevo altar que la citada Archicofradía ofrecía en aquel templo a Santa Teresa.

¿Qué más hacía falta? Recibido el valioso documento, don Enrique adelantó unos días la salida del número de septiembre y una vez más puso de relieve su formidable capacidad de hombre de acción.

¡Viva Santa Teresa de Jesús!
¡Viva León XIII!
¡Viva la Archicofradía Teresiana!
¡Vivan las Teresianas de Cataluña!

Así empezaba su llamamiento. Las palabras eran saetas, los conceptos fuego, su pecho un volcán. A Montserrat todos sin distinción. A enteresianarse hasta la médula, junto al trono de la Virgen Morena. No se concedió ni un instante de reposo a partir de esta fecha. Cataluña entera respondió con fidelísima ejemplaridad, y en el mes de octubre, el día 21, 4.000 personas subían la penosa cuesta de la montaña entre cánticos y rezos que resonaban potentes en medio de aquel paisaje incomparable. Estuvieron acampados en Montserrat los días 21, 22 y 23. El 22 se inauguró el hermoso altar de cedro. Don Enrique habló innumerables veces a los peregrinos. Figuraban entre ellos Fray Ramón María Moreno, obispo de Chilapa, y un antiguo ministro del Emperador Maximiliano de México. Pero sobre todo era el pueblo sencillo y creyente, en particular las jóvenes teresianas, el que allí estaba representado. Narrar con detalle los actos que se celebraron, es asunto que pertenece más bien a la crónica de la peregrinación que a la biografía de don Enrique. En el número de noviembre de su Revista

aparecieron reseñados y ahí se guardan para memoria de aquella jornada inolvidable. El corazón de don Enrique rebosaba de gozo.

7. Otro homenaje bonito y curiosísimo rindió también a la Santa, no ya como Director de las obras teresianas, sino como publicista católico. Con anterioridad suficiente había invitado él a todos los periódicos, revistas y publicaciones católicas a que en el mes de octubre publicasen coronas de alabanzas y frases laudatorias en honor de Santa Teresa. Muchos lo hicieron y aparecieron primorosos trabajos literarios. Pero a todos superó la Revista suya, que dedicó íntegro el número de octubre, desde la primera a la última página, a transcribir por orden alfabético un inmenso repertorio de frases y epítetos con que la Santa había sido honrada por los más diversos autores a través del tiempo. Al pie de cada frase aparecía la referencia bibliográfica del libro y autor a que pertenecía. Por ejemplo, en la Letra L:

Labradora inmortal.- P. Fr. Francisco Cabezas en los Colectáneos de Núñez, tom. II, libro 3, fol. 8.
Lapidaria de espíritus.- P. Fr. José de Santa Teresa, Histor. Reform. Carm., tom. 4, lib. 16, cap. 11, núm. 9.
Larga y liberal con los pobres.- Ilmo. Sr. Dn. Fr. Diego de Yepes, en la Vida de la Santa, lib. 3, cap. 5, fol. 258.
Laudata a Cristo.- Auditores Sacrae Rotae, relat. 2, de Virtut. B. Teres. Art. II, fol. 113.
Laureada de virtudes heroicas.- P. M. Fr. Jacinto de Parra, en su Rosa Laureada, fol. 336.
Levamen temporum. - Universit. Com. ad Clement. VIII, Vide Histor. Reform. Carm., tom. 4, lib. 14. cap. 2, núm. 5.
Leona robusta.- P. M. Fr. Juan Gil Godoy, en el Mejor Guzmán, tom. 2, tract. 4, párrafo 24.
Leona española.- Pedro Monga y Despes: Vide las fiestas de Zaragoza a la beatificación, fol. 82, col. 1.
Lepida Sermone.- V. P. Fr. Joann. a Jesu Maria, tom. 4, orat. 5, in Fest. S. M. N. Teres., fol. 196.
Lilium candidissimum Virginitatis.- Fr. Andreas Rodríguez, en Salamanca (Mercenar.), en un Acto de Philosophia que defendió en Segovia, año 1673.

Así 64 páginas con un total de 1.297 alabanzas desde la A. hasta la Z. Era un trabajo meritísimo que ponía bien a las claras el singular conocimiento que tenía don Enrique de todo lo relacionado con Santa Teresa de Jesús.

8. Pasó la conmemoración del Centenario. Don Enrique había contemplado desde la serena altura de su séptima morada de unión con la Santa, la profunda penetración que en el pueblo español había logrado la devoción a Santa Teresa. A él se le debía casi todo. En todas las regiones españolas los cultos habían sido espléndidos. Por iniciativa de un grupo de devotos teresianos, el día 15 de octubre se habían ofrecido por el Papa centenares de miles de Comuniones y se enviaron 10.000 telegramas a Roma y más de un millón de firmas de adhesión a la Cátedra de Pedro. Las obras de Santa Teresa se difundían extraordinariamente. Igualmente los libros teresianos de don Enrique. La Revista aumentaba continuamente su tirada. Aquel mismo año con notables modificaciones introducidas por él, sacó a luz el primer tomo de la "Vida meditada de Santa Teresa" por Fray M. de T., libro de 300 páginas que se vendía por tres pesetas y se agotó rápidamente. Con pocos meses de diferencia apareció también el tercer volumen de la obra suya titulada "El espíritu de Santa Teresa", que era una colección ordenada de los principales pensamientos y afectos de la Santa contenidos en el libro de las Moradas. No contento con todo esto, lanzaba también a la publicidad en el mes de noviembre su gran proyecto de Misioneros de Santa Teresa de Jesús, exponiendo los fines que tendría la Congregación y las bases por que se regirían. Con esto, daría remate a todas las obras Teresianas y aseguraría la perpetuidad de las mismas (1).

El proyecto no llegó a realizarse nunca. No podía dar tanto de sí aquella vida ya en tensión de servicio al Señor hasta el máximo de sus energías humanas. Él lo acariciaba dentro de sí mismo porque su pensamiento y su afecto corrían libres por el mar sin riberas de su espíritu. Pero también las almas gigantes tienen un obstáculo insuperable: el tiempo y la pobreza del cuerpo que las envuelve. Aún había mucho que hacer para defender y perfeccionar todo lo que hasta entonces había ido creando. Si su celo le impulsaba de continuo a emprender nuevas obras, su prudencia le exigía antes consolidar las ya existentes. La Compañía de Santa Teresa reclamaba imperiosamente sus cuidados. Él mismo por otra parte, sin rozar para nada la humildad que siempre le distinguió, podía sentirse satisfecho. Escribía en la Revista en el mes de noviembre:

Ya moriremos gozosos. He aquí la expresión natural que brota de nuestro corazón enamorado de la gloriosa Santa Teresa de Jesús, al tomar la pluma con indecible gozo para reseñar las fiestas

solemnísimas que por todos los pueblos de España y por casi todo el mundo se han consagrado a obsequiar al Serafín del Carmelo en el tercer Centenario de su gloria muerte. Y nuestro gozo es mucho mayor, profundísimo, inexplicable, por la partecilla que hayamos podido tener en ellas, pues confesamos de buen grado que, aunque pobrecitos, hemos con nuestro cornadillo contribuido algo a este fin santo.

¿Quién pudiera pensar ni sospechar siquiera al fundar la *Revista Teresiana*, once años atrás, que nuestros ojos habían de ver lo que vemos y nuestros oídos oír lo que oímos?

De uno a otro polo el nombre de Santa Teresa de Jesús es aclamado por todos los sabios, es reverenciado por todos los fieles, admirado por todos los grandes, venerado por todos los héroes. Esto vemos, y se llena de gozo nuestro corazón: esto oímos, y se llena de gozo nuestra alma.

Ya moriremos gozosos. Porque sabios e ignorantes, grandes y chicos, ricos y pobres, Prelados y fieles, todos a una ensalzan las glorias de Santa Teresa de Jesús, su santidad, su sabiduría.

Ya moriremos gozosos. Porque en toda la redondez del orbe católico y civilizado ha resonado, con loor, admiración, aplauso y entusiasmo indecible el nombre, la fama colosal e imperecedera de Santa Teresa de Jesús.

Ya moriremos gozosos. Porque reina Santa Teresa de Jesús en las inteligencias y corazones con el doble y más glorioso y fuerte reinado, cual es el de la sabiduría y del amor.

Hermosa eres y poderosa, Amada mía, Santa Teresa de Jesús, Santa de mi corazón: hermosa eres y agradecida, robadora de corazones. ¡Bendita seas! *Intende, prospere procede, et regna*.

Los frutos de tu Centenario no sean glorias pasajeras. Tu reinado no se acaba aquí, y donde haya un corazón que lata, un entendimiento que conozca, haya allí siempre un admirador de tu grandeza, un amante de tus glorias, un celebrador de tus proezas y un imitador de tus virtudes.- ENRIQUE DE OSSÓ.

(1) Mas los hijos de la gran Teresa, dedicados a la vida contemplativa, y llevando vida como de ermitaños penitentes, no pueden consagrarse de lleno, como hoy se necesita, a las importantes obras de las misiones, predicación y celo por la salvación de las almas, en los ministerios de la vida activa, y por esta razón, así como para completar su obra del siglo XVI en el sexo devoto ha suscitado la Santa en nuestros días las obras de la Archicofradía Teresiana, Rebañito y sobre todo la Compañía de Santa Teresa de Jesús, dedicada a la enseñanza, así también ha suscitado la idea de la obra de los Misioneros de Santa Teresa de Jesús, para completar o coronar su obra de los frailes. De esta suerte la obra de Santa Teresa de Jesús será cabal, completa, y satisfará los deseos de la gran Celadora de los intereses de Jesús totalmente, y podrán calmarse las ansias vivísimas de aquel corazón gigante que clama de continuo con su Jesús: Sitio. Da mihi animas, coetera tolle tibi. Ignem veni mittere in terram, ¿et quid volo nisi ut accendatur? ». (Revista, noviembre de 1882, pág. 66).

CAPÍTULO XXXIII

VIAJE A PORTUGAL Y OTRAS EMPRESAS

1. El robo de la mano de Santa Teresa.- 2. A Ávila otra vez.- 3. De camino por tierras teresianas.- 4. Accidentado viaje a la frontera portuguesa.- 5. Propósito que le llevaba.- 6. Adaptación de la Compañía a las necesidades de la época: una multa a León XIII.- 7. Triste situación de Portugal. Planes de don Enrique.- 8. Interés por la Compañía en Francia.- 9. Nuevas consignas pontificias.- 10. Pensando en América.- 11. Muerte de su padre.

1. Aún no se había extinguido el eco del Centenario cuando de nuevo empezó a hablarse en toda España de Santa Teresa, gracias también a don Enrique y a un ratero. No es que yo considere en este caso al ladrón como instrumento de la Providencia, sino que una vez más se prueba que Dios sabe sacar de los males bienes hermosos. Don Enrique, que no había ido a Ávila el año anterior, conforme fue su deseo en un principio, iría en éste de 1883 a reparar un ultraje inferido a la dueña de su corazón y de su vida.

El 17 de febrero de este año, mientras los fieles oían Misa en el altar mayor de la iglesia del Convento de Santa Teresa, alguien, sacrílego y audaz, se acercó a la imagen de la Santa que se veneraba en otra capilla y arrancó de la misma la mano derecha, en cuyos dedos había algunas joyas que la piedad de los fieles había ido regalando. Más que el valor material de los objetos robados, que no era mucho, - según escribió más tarde el Superior de los Carmelitas Descalzos al propio don Enrique -, lo que produjo un torrente de indignación, primero en Ávila y después en todos los buenos católicos de España, fue el agravio insultante y descarado a la gran Santa de la raza. Don Enrique no era uno más entre los que se dolían de la ofensa. Era el ardiente enamorado y loco de devoción a la Santa idolatrada. Y reaccionó inmediatamente con la fuerza y la oportunidad que sólo pueden darse en un corazón lleno de amor.

2. Al referir el triste episodio en la Revista del mes de marzo, escribía:

¡Santa bendita! Lo que el demonio no pudo lograr en vida de quitarte el brazo e inutilizarlo, lo ha logrado en tu imagen. Mas no le ha de valer. En nuestra Revista abrimos suscripción para regalarte otra de oro, y devolverte las joyas robadas, y asegurarlo contra la avaricia de los ladrones.

Y no sólo con esto desagraviaremos a la Santa, sino también con funciones religiosas en toda España, en especial donde haya un alma que ame a la sin par heroína Teresa de Jesús, y tenga celo por mirar por la honra de la Santa.

No cesen de desagraviar por estos medios cada uno en su lugar a la Santa de nuestro corazón, Teresa de Jesús, y en su día les propondremos un medio general muy propio para dar una reparación magnífica y solemne a la gloriosa Santa.

Lanzada la idea, inmediatamente tomó forma más concreta, también por iniciativa suya. El dedo anular lo costearía la Compañía de Santa Teresa, el pulgar las Carmelitas Descalzas de toda España, el meñique las niñas del rebañito, el índice los Padres Carmelitas Descalzos, y el tercero la Archicofradía Teresiana. Los restantes donativos que se recogieran serían para completar la mano y añadir ricos anillos en sustitución de los robados. La idea tuvo un éxito completo. Devotos teresianos de toda España e incluso de Francia y Holanda enviaron sus limosnas. Más generoso que nadie, tratándose de honrar a la Santa, no reparó en gastos y encargó la ejecución del trabajo al señor Quimet, uno de los mejores joyeros de Barcelona. Además, para dar ejemplo, el Director y Redactores de la Revista abrieron la suscripción con mil reales. En septiembre anunciaban a sus lectores:

Según el dictamen de personas inteligentes, será una obra de arte que honrará a Cataluña, pues el modelo que vimos, debido a uno de los mejores artistas de la capital del Principado, era perfectamente acabado, y la ejecución en oro se confió asimismo a uno de los más aventajados artistas de dicha capital. Para juzgar el valor intrínseco de dicha mano no hay más que tener en cuenta que pesa cerca de dos libras y media de oro de más subidos quilates que el de la moneda. Algo es en verdad este obsequio, pero nada por lo que se merece una Santa tan querida de Dios, que le aseguró que a no haber creado los cielos y la tierra, por ella sola los hubiese creado.

Al mismo tiempo invitaba a los españoles a peregrinar a la Cuna de Santa Teresa, para celebrar allí un solemnísimo triduo de desagravio los días 16, 17 y 18 de octubre. El señor Obispo de Ávila escribió una carta Pastoral a los fieles de su diócesis, dándoles cuenta de las fiestas que se iban a celebrar con motivo de la peregrinación que venía de Tortosa y haciendo en ella grandes elogios de don Enrique. Los peregrinos salieron de Tortosa el día de la Virgen del Pilar, y otra vez se vivieron en Ávila inolvidables jornadas teresianas en las que don Enrique se calificó nuevamente como campeón de cuanto se relacionase con el amor a Santa Teresa. Allí quedaba aquella mano enguantada en oro como un riquísimo obsequio material. También quedaba – y esto valía más -, el fervor y la piedad de aquel santo hombre que no descansaba un instante en su afán de utilizar todas las ocasiones y oportunidades que la vida le brindaba para aumentar la gloria de Dios y de su Santa.

3. Don Enrique no regresó a Tortosa con la peregrinación. Acompañado de un misionero portugués, un escultor francés y otros dos amigos, partió el 19 para Salamanca. Visitaron, ¿cómo no? los lugares teresianos de la ciudad del Tormes, el Convento de Carmelitas Descalzas y la casa de los estudiantes en que Santa Teresa pasó la noche de ánimas de que habla en el libro de las Fundaciones y donde compuso los célebres versos "Vivo sin vivir en mí". Desde Salamanca, en un carruaje alquilado al efecto, partieron para Alba de Tormes. 14 kilómetros de camino en un día sosegado y tranquilo de otoño. Platicando de las cosas de sus amores. Allá lejos quedaba el huerto de la Flecha donde Fray Luis de León finge que se celebraron los diálogos inmortales sobre los Nombres de Cristo. Los de don Enrique y sus acompañantes no eran tan subidos de conceptos, pero sí igualmente dulces y sabrosos. ¡Alba a la vista! "Allí está Alba – exclamó don Enrique -, aquella torre o cúpula es la de la iglesia de Santa Teresa…, allí se encierra el tesoro de nuestro corazón, que después de Jesús, María y José ha robado nuestro amor todo…Allí descansa en paz la celestial Andariega, esperando la resurrección de los muertos":

> Paréciame – escribe don Enrique al hacer la crónica de su viaje – el cielo más puro, y el ambiente todo saturado de celestiales aromas, y la naturaleza más rica, y todo más divino, porque por allí pasó el alma de mi Amada, al ir a recibir el premio y corona eterna de sus afanes. - ¿Por ventura, visteis a la que ama mi alma? – preguntaba a los campos, ríos, valles y riscos que tropezaba y divisaba mi vista. – sí – oía una voz secreta y dulcísimo en el fondo de mi corazón -, por aquí la vimos cercada de resplandores, acompañada de los diez mil mártires, de María y San José; el cuello reclinado sobre los dulces brazos del Amado. A su vista, la que tanto gustaba de campos, agua y flores, vistió de hermosas flores los árboles y las praderas, y todas las cosas que tocó despiden aroma celestial, que sólo se respira en aquellos campos de flor eterna vestidos.

Acaso sean éstas las palabras más bellas que salieron de su pluma. Se las inspiró el recuerdo de aquella mañana en que su alma se contagió del misticismo de un paisaje tan ricamente teresiano.

4. Satisfecha su devoción, don Enrique y el sacerdote portugués salieron los dos solos en dirección a Portugal. Se detuvieron en Ciudad Rodrigo día y medio y el 25, en las primeras horas de la mañana, emprendieron de nuevo el viaje a la frontera. Fuentes de Oñoro era y es el último pueblo español lindante ya con el territorio del país vecino. Dentro de éste, el primero es Villar Formoso. Aquí es donde debían tomar el tren que les conduciría al interior de Portugal. Hacían en recorrido en un coche de mulas. Camino áspero y quebrado. Nada de carretera abierta. Al salvar uno de los numerosos baches, se partió el eje del coche y hubieron de apearse. El cochero desenganchó el caballo, colocó sobre él los equipajes y picó espuelas. A pie y siguiéndoles, don Enrique y su amigo. Faltaba todavía una legua para llegar a la frontera. O muy malo era el caballo o poco bueno el caballero o peor que ambos el camino. Porque es el caso, que, cuando se hallaban ya a la distancia de un kilómetro aproximadamente, caballo y caballero cayeron dando tumbos entre el polvo y las maletas. El lector puede imaginarse la escena. Los dos clérigos ayudando a incorporarse al jinete primero y a su cabalgadura después. Empolvados y jadeantes forzaron la marcha cuanto pudieron y llegaron a tiempo de ver…"cómo se les marchaba el tren". "Cinco minutos faltáronnos", escribe telegráficamente don Enrique. Pero como no hay mal que por bien no venga, cumplidas las formalidades aduaneras, pasaron a Villar Formoso y allí se detuvieron dos días dando una media misión y logrando que se confesara mucha gente. Así solía también aprovechar el tiempo el Santo Padre Claret.

Por donde se demuestra una vez más que los planes de Dios son desconcertantes. Ahí está el dato: las pocas fuerzas de un pobre jamelgo pueden servir de indirecta ocasión para

que un pecador “se convierta y viva”.Don Enrique perdió el tren y en cambio ganó unas cuantas almas.

5. ¿Qué fin llevaba a don Enrique a Portugal? Desconozco cuál fue el origen de su amistad con este sacerdote portugués, don Lorenzo González, que ya no se interrumpió nunca mientras vivieron. Era también muy devoto de Santa Teresa y quizá su primer contacto con don Enrique se realizó a través de la Revista Teresiana, que tenía en Portugal numerosos suscriptores. En sus frecuentes viajes a España y sobre todo con ocasión de las fiestas del Centenario, pudo advertir aquel explosivo movimiento teresianista que se había despertado y naturalmente llegó a entrevistarse con el principal motor del mismo, don Enrique de Ossó. Por lo que después veremos, deseaba él ardientemente que la Compañía se estableciese en Portugal y le habló al Fundador de la misma sobre la posibilidad de que algunas jóvenes portuguesas viniesen a España a ingresar en ella para después, una vez formadas, volver a Portugal y fundar colegios de enseñanza.

6. Nada mejor podía proponérsele a don Enrique que ansiaba para la Compañía un horizonte sin límites. En ella se respiraba ya un clima fresco y vigoroso de Congregación Religiosa auténtica, con una especial fisonomía que despertaba profundas atracciones. Era algo nuevo. Removían el ambiente de los pueblos y ciudades en donde se presentaban cuatro Teresianas de aquéllas, que enseñaban letras y formaban en virtudes a la niñez con éxito rotundo. Gustaba extraordinariamente a las familias católicas aquel tono que ellas tenían de decisión sin audacia, de combatividad sin estrépito, de lucha eficaz, inteligente y positiva con el enemigo. Ya se había recibido un Rescripto de Roma en que León XIII concedía a todos los colegios de la Compañía la facultad de tener reservado el Santísimo Sacramento. Porque el enemigo seguía siéndolo aquel que tan certeramente señalaba don Enrique: el que se presentaba por los caminos de la enseñanza. Por si fuera poco la Institución Libre, en Madrid se hablaba ahora con bombo y platillo de la famosa Escuela de Institutrices que en los días aciagos de “la Gloriosa” fundó el clérigo apóstata don Fernando de Castro. Institutrices laicas que entrarían en el seno de las familias – entonces que estaban tan de moda y había dinero para permitirse el lujo de tenerlas – dispuestas a enseñar Alemán, Inglés, Botánica, Geografía y nada más…porque “era preciso sustraer a la mujer española a la influencia que sobre ella ejercían la superstición y el fanatismo”. Don Enrique hablaba a sus religiosas de todo esto y las hacía vivir de cara al verdadero problema de la época. Esto era lo verdaderamente interesante. Mucho más que la crónica alarmante y asustadiza de algún episodio hiriente, pero fugaz y transitorio, como por ejemplo, los insultos soeces dentro del templo a un grupo de misioneros que predicaban en Alicante, hecho que sucedió aquel año, o la expulsión de Madrid del jesuita Padre Món por orden del Gobierno. Estas no eran más que manifestaciones externas de un espíritu revolucionario latente y solapado. La raíz, la raíz era lo que había que arrancar con las dos manos. En Italia y por la misma época llegaron incluso a poner una multa a “Joaquín Pecci, hijo, etc., edad, etc., que vive en el Palacio Apostólico y que es de profesión Soberano Pontífice”…porque el administrador de una pequeña propiedad que el Papa poseía en Cori, cerca de Velletri, se demoró unos días en el pago de un impuesto. León XIII ordenó que se pagara y estamos seguros de que el lance no le quitó el sueño. En cambio insistía una y otra vez en que para vencer a la Revolución el camino más certero era la profunda vida espiritual de los católicos y el esfuerzo en el campo de la enseñanza. De estas inquietudes de don Enrique participaban plenamente sus religiosas que así tenían éxito completo. Ya las fundadoras habían hecho los votos perpetuos en octubre de 1882. Había sido elegida Superiora General la Madre Saturnina Jassá. Adelante y sin miedo. El salto iba a ser del Mediterráneo al Atlántico.

7. Don Enrique estuvo en Portugal dos semanas. Visitó pueblos y ciudades: Braga, llamada la Roma portuguesa, Oporto, Lisboa…Contristado de pena volvió a España y en una crónica de su viaje dio a conocer la dolorosa impresión que su visita le había causado. Portugal era una factoría inglesa en el orden político y económico. En el religioso, la masonería hacía y deshacía a su talante. Clero escaso y de muy deficiente formación. Terrible incultura en las masas populares, llenas de atávicas supersticiones. Poetas blasfemos y catedráticos chillonamente racionalistas. Un pueblo moralmente empobrecido en que las costumbres habían sido atacadas por el gusano de la época, con la misma mordiente intensidad con que sus viñedos famosos lo fueran por la filoxera. Las en otro tiempo riquísimas riberas del Duero habían quedado muertas como si una plaga bíblica hubiera pasado sobre ellas.

Y más muerto todavía el pueblo cristiano, consumido por la deshonestidad y la rapiña y olvidado de sus obligaciones para con Dios. Iglesias vacías y monasterios despoblados. Hambre y miseria en todos los órdenes. Solamente los Seminarios de Braga y Oporto ofrecían una base de renovación para el futuro. Pero, ¿y de momento? ¿Cómo combatir el mal presente? Don Enrique habló con Prelados y religiosos. Conoció también a algunas jóvenes escogidas que le fueron presentados y trazó el plan de acción. Puesto que el Gobierno Portugués, en un incalificable abuso propio de pequeños déspotas, había llegado a prohibir incluso la profesión religiosa, las jóvenes que se sintieran con vocación para ello vendrían a España, se formarían en la Compañía y ya después, en unión de otras españolas, con su aspecto de seglares, volverían a Portugal. Efectivamente, en marzo del 84, siete muchachas portuguesas venían al Noviciado de Tortosa y en abril del mismo año partía de Maella la primera expedición de cinco Hermanas Teresianas que iban a hacerse cargo del Convento de la Fraga en la diócesis de Viseo, para establecer allí el primer colegio de la Compañía. Su viaje lleno de sabrosas incidencias, con el más auténtico sabor teresiano, quedó relatado en la Revista y aún hoy se lee con irresistible simpatía. Fueron muy bien acogidas en Portugal. Muy pronto les fueron ofrecidas nuevas fundaciones.

8. Hemos entrado así en el año 1884. Don Enrique asiste con el gozo que es de suponer al crecimiento de aquella pequeña semilla que él plantara. No era sólo Portugal. También en Francia muestran deseos de que se abra camino la Compañía de Santa Teresa. El Director de la Revista "Anales del Carmelo" da cuenta de las obras teresianas españolas y dedica espléndidos elogios a don Enrique y sus trabajos. En su entusiasmo, promete costear los gastos de dote y formación a las señoritas francesas que quieran venir a España a ingresar en la Compañía para volver después a Francia, tan pronto la situación política lo permitiera. Esta era muy crítica y se había llegado a una casi insoportable tirantez con el Vaticano.

9. León XIII escribió una conmovedora Encíclica a los Obispos franceses en que recordaba a Francia, la hija primogénita de la Iglesia, sus grandes deberes para con la cristiandad. Había que detener a tiempo la corriente devastadora de un laicismo cuyas consecuencias serían funestísimas. Sobre todo, que los católicos estuvieran bien unidos y sacrificaran en aras de la común concordia los intereses particulares de grupo o de partido.

Era la misma advertencia que antes había hecho a España y en la que tanto había insistido don Enrique, al comentar en innumerables artículos de su Revista estas sabias orientaciones pontificias.

También en abril de este año apareció otra Encíclica notabilísima de León XIII sobre la masonería. Para divulgarla y hacerla llegar a conocimiento de los fieles don Enrique compuso un "Catecismo acerca de la masonería" – sacado a la letra de la Encíclica "Humanum Genus", en el cual, en forma de preguntas y respuestas exponía con gran celeridad el denso contenido del documento pontificio. Ello era una prueba más de su espíritu vigilante y alerta. Don Enrique no luchó nunca contra molinos de viento. Perspicaz e inteligente como pocos, le bastó su reflexión natural, aguijonada continuamente por su celo apostólico, para darse cuenta de los caminos por donde podría venir la gran tragedia de la época moderna: enseñanza laica, masonería, sectas socialistas…Le dolía profundamente la indiferencia de los españoles. Y más, mucho más todavía la somnolencia de los encargados de custodiar el rebaño. "Canes muti non valentes latrare". Cuando años más tarde, el mal había aparecido en la superficie agresivo y audaz, abundaron las reclamaciones altisonantes y los gritos agudos de quienes se desgarraban las vestiduras, escandalizados ante el avance del mal. Hubiera sido mejor no declamar tanto ahora y actuar antes con más sentido de unidad y de estrategia.

10. En septiembre de este año la Compañía abría un nuevo colegio en Villanueva y Geltrú (Barcelona). El Noviciado era ya completamente insuficiente. De todas partes afluían selectas vocaciones que querían alistarse en la milicia teresiana. A don Enrique le llovían peticiones y ofrecimientos para que la Compañía fuese a fundar. Y las Constituciones habían sido definitivamente aprobadas en enero de aquel año por el Prelado de Tortosa. Hasta de América había llegado un día un espléndido donativo con la voluntad expresa de que sirviera como dote para una joven que ingresara en la Compañía. No ha habido fundador de Orden o Congregación Religiosa en Europa y mucho menos en España, que no haya pensado en América como futuro campo de irradiación apostólica. También don Enrique, cuando del puerto de Barcelona veía zarpar algún trasatlántico con rumbo al Nuevo Mundo, a duras penas

reprimía el fuerte anhelo de su alma de ver sobre los mares a las hijas de la Gran Teresa. Era necesario esperar unos años todavía.

11. En octubre fue llamado urgentemente a Vinebre para asistir a la muerte de su padre. Don Jaime, el buen labrador de las riberas del Ebro, se moría a una edad avanzada. En los últimos años de su vida había cambiado la actitud escéptica y simplemente resignada de antaño por un gesto permanente de asombro y estupefacción ante los trabajos esforzados y heroicos de su hijo. Se le había borrado de la memoria la tenaz oposición en que tercamente se mantuvo frente a los propósitos de vida sacerdotal del pequeño Enrique. Le había visto crecer en todo. No era sólo en Vinebre donde se quería entrañablemente al gran sacerdote. En toda la comarca de Tortosa y gran parte de Cataluña no había otra figura más popular que él. Gracias a sus múltiples obras y empresas teresianas su nombre tenía resonancia nacional. Por otra parte, le veía feliz, insuperablemente compenetrado con un ideal sublime. La hipotética prosperidad que hubiera alcanzado de haberse dedicado a la vida del comercio, no podía compararse ni de lejos con la grandeza de una misión como la que iba desarrollando día a día. Ahora, en el momento final de su tránsito, le dio su bendición de padre y con una mirada de reconocimiento y de cariño le pidió otra de más valor que sólo el hijo podía darle: la bendición sacerdotal. Don Enrique tuvo el consuelo de verle morir entre sus brazos y cerrarle piadosamente los ojos.

Poco tiempo pudo detenerse en Vinebre. Sus ocupaciones le reclamaban con urgencia. El movimiento teresiano seguía triunfando. Al Archicofradía aumentaba sin cesar. Pero también los enemigos se daban prisa. Morayta había leído en la Universidad Central su discurso de apertura que dio lugar a una enconada polémica entre escritores católicos y racionalistas. El Obispo de Ávila le condenó en un documento público que don Enrique reprodujo íntegro en la Revista. En Roma, más audaces todavía que en España, también en la Universidad abrió el curso en nombre de Satanás el profesor Banuarelli. Don Enrique recordaba una vez más la necesidad de luchar infatigablemente allí donde el enemigo atacaba.

CAPÍTULO XXXIV

LA COMPAÑÍA EN ÁFRICA.
VIAJES DE DON ENRIQUE A ORÁN

1. La preocupación de don Enrique por los emigrados españoles. Viaje de exploración.- 2. Muerte de su hermano Jaime.- 3. Su vida interior.- 4. La Compañía en tierra de misiones.- 5. El P. Catá. Penosa situación de las religiosas.- 6. Pensando en América.- 7. El laicismo y el cólera en España.- 8. Las Teresianas cuidan a los apestados.- 9. Fecundidad de la Compañía y misiones de don Enrique en Orán.- 10. Termina el año. Fama de don Enrique.

1. Orán. Tierras de Berbería. Costas africanas a donde llegó el genio político del Cardenal Cisneros. Después, Francia. Nunca sin embargo dejó de haber allí españoles en gran número. Afluían a bandadas desde los pueblos y ciudades de Levante en busca de fortuna. Rara vez accedía ésta a presentarse, tal como había sido soñada por aquellos desventurados emigrantes. Trabajo –y no era poco – era lo que frecuentemente encontraban. Pero perdían en cambio lo poco que les quedaba de religiosidad y buenos hábitos. Al cabo de unos años de estancia bajo el sol africano, en el jardín de su alma no crecían flores. A lo sumo, tal cual parpadeo de devoción a la Virgen de la ermita de su pueblo, en cuyas fiestas alejados de la patria se congregaban los que podían movidos por un recuerdo lleno de nostalgia y de cariño.

Don Enrique estuvo en Orán en mayo de 1883. Quería conocer *de visu* el terreno. Salió de Cartagena en un pequeño vapor que hacía la travesía todas las semanas y, tras quince horas de navegación…, lo primero que divisó en la costa africana fue el nombre de Santa Teresa.

Sí, mi querido Enrique – escribe en una carta que publicó en la Revista – el nombre de Santa Teresa se lee antes de entrar en el puerto de Orán, pues escrito está en letras muy grandes, para anunciar a todos que allí hay playa de Santa Teresa, baños de Santa Teresa, y hasta un castillo que lleva el nombre de Santa Teresa.

¡Bendita Santa y bendito nombre! ¡Cuánto alegró a nuestro corazón! Íbamos en busca de Teresa, por asuntos de Teresa y de sus hijas de la Compañía, que como sabes han de ir allá; pero no sospechábamos tan grata sorpresa. Parece que el nombre de Teresa está allí en premio del deseo grande que tuvo la Santa (cuando niña) de abandonar la casa paterna y se dirigió a África a pedir que la *descabezasen* por Cristo.

Ya sabemos a qué iba. Había entablado relación con el Padre Catá, misionero del Corazón de María con residencia en Orán, el cual, en sus frecuentes viajes a España, había expuesto su proyecto de levantar un colegio en aquella tierra africana para educar cristianamente a las niñas, hijas de españoles allí residentes. Y nada mejor que la Compañía de Santa Teresa de la que se hablaba en Cataluña con tanto elogio. Don Enrique aceptó la idea con entusiasmo. Pero antes de dar ningún paso, quiso prudentemente conocer el teatro de la futura actividad de sus hijas. Estuvo tres días en Orán, predicó a la colonia española en la iglesia de la Mosqué, les habló encendidamente de la patria y de la Virgen María (era el mes de mayo), y arrancó lágrimas y gritos de entusiasmo.

Pasé uno de los ratos más felices al verme rodeado de tanta multitud de hermanos españoles fuera de España, honrando a nuestra Madre y Patrona la excelsa Virgen María.

Visitó al señor Obispo que ofreció su cooperación y apoyo y hasta hizo su poquito de turismo, como diríamos ahora, recorriendo la ciudad y sus parajes más pintorescos. Entró en la mezquita árabe, para lo cual hubo de calzarse las babuchas que a la puerta de entrada le facilitó un moro encargado de tan importante cometido. Se las puso pero "no sin protestar antes y asegurarme – escribe – que no incluía aquel acto ningún reconocimiento de la ley de Mahoma. No pudo evitar tampoco, en su recorrido por la región, un estremecimiento de su corazón de gran patriota.

Todo lo antiguo es español. Al pasar la puerta de la muralla leí con dolor: año 1754. ¿Con que cien años atrás, me dije, España escribió estas letras sobre la piedra? ¿Las borrarán los siglos antes que vuelva España a leerlas?

2. Don Enrique salió de Orán decidido a señalar a sus hijas la nueva ruta de África. Pasaron, sin embargo, dos años hasta que, salvadas las naturales dificultades que el proyecto tenía, pudo éste ser realizado. El día 1 de febrero de 1885 en el vapor Montserrat salían rumbo a Orán seis hermanas de la Compañía, con la Superiora General, Madre Saturnina Jassá. También Santa Teresa quería ir a África, cuando tenía siete años de edad. Ahora iba su Compañía amada que también contaba - ¡feliz coincidencia! – siete años de vida como Congregación Religiosa. A la Santa la empujó su deseo de dejarse descabezar por Cristo. A sus hijas las llevaba el anhelo de extender el conocimiento y amor de Cristo hasta el derramamiento de sangre, si fuera preciso, entre los 60.000 españoles que por allí había. Don Enrique no pudo ir con ellas conforme había sido su deseo. La grave enfermedad que aquejaba a su hermano Jaime le retuvo en Barcelona. Otra prueba dolorosa por la que hubo de pasar. Pocos meses antes, su padre. Ahora, su hermano. El 7 de marzo entregaba su alma a Dios dejando sumido a don Enrique en un vivísimo dolor. Siempre se quisieron entrañablemente. Don Enrique no olvidó nunca aquel gesto noble del hermano mayor, que le ofreció una tarde memorable toda su ayuda para conseguir de su padre los permisos necesarios en orden a su anhelo de ingresar en el Seminario.

3. La vida iba pasando para él muy de prisa. Era todavía joven – 45 años no cumplidos -, y se encontraba enriquecido con toda clase de experiencias. Alegrías inmensas y dolores muy vivos habían surcado la tierra honda de su intimidad y le hacían aparecer al exterior envuelto en una gravedad subyugadora, lógica y natural emanación de su espíritu. Todo lo había reducido a unidad y para él no había ya más ambición que extender el conocimiento de Cristo y llevar a los hombres a Dios.

De haber sido un contemplativo refugiado en el silencio de su vida monástica, habría consumido su llama mansa y tranquilamente, sin sobresaltos ni agitaciones. Pero él vivía en la calle. La semilla de su vida tenía que desarrollarse al aire libre. Expuesta a todos los vientos, que a veces eran vendaval huracanado. Periodista de combate y de preocupaciones formativas, fundador de un Instituto Religioso que requería los más diversos cuidados, testigo de un ambiente político excepcionalmente pobre y sombrío en España, seguidor atento de la marcha de los acontecimientos en el extranjero, los cuales recogía y comentaba siempre desde el ángulo de su preocupación única, necesitaba respirar el aire de las altas cumbres de la unión con Dios, para mantenerse inalterablemente sereno. Don Enrique es un claro ejemplo de esa fusión, que se da en algunos escogidos, de actividad vertiginosa y quietud espiritual envidiable. Pero no se consigue esto sin un esfuerzo tenaz y sobrehumano. En medio de sus viajes continuos y preocupaciones abrumadoras, sabemos que pasaba muchas noches en oración, que vivía durante todo el día el misterio eucarístico de su Misa, celebrada por lo general muy de mañana, que los sufrimientos y luchas de su vida reducida a la unidad eran considerados por él como la prolongación del gran sacrificio de Jesucristo destinado a completarse en las almas sacerdotales.

Ya están en Orán. La nueva residencia es una auténtica misión. Al colegio acuden no sólo niñas españolas sino también negritas, moras, judías, francesas. Las Teresianas se acomodan rápidamente al nuevo ambiente. Sus cartas al fundador reflejan una graciosa ingenuidad y un gozo espiritual hondo, derivado de la conciencia del apostolado misionero que realizan. Hace unos pocos años la Compañía de Santa Teresa ni siquiera existía. En cuanto a ellas, eran sencillamente unas jóvenes piadosas en cuya frente no brillaba la estrella de ningún ideal especialmente generoso. Ahora, miembros de un Instituto Religioso de vanguardia, se sentían incorporadas de un modo vivo y penetrante a la gran corriente expansiva del Cuerpo Místico de Cristo. Colaboradoras activas de la Redención. No sólo en España, sino hasta en tierra que podría llamarse de infieles. ¡Qué hermosa realidad, y qué perspectiva para el futuro! Don Enrique las había inculcado hasta las entrañas este sentido militante que debía tener su consagración a Dios mediante los votos religiosos. Él también gozaba ante el progreso de su obra, que era en definitiva el de su espíritu. Motivos sobrados tenía para ello como lo demuestra esta carta que le escribía la Madre Superiora General:

¡Viva Jesús y su Teresa en mi Padre Fundador!

Acabamos de hacer una expedición famosa por cierto (para las que como nosotras hemos visto poco mundo), de la que voy a darle cuenta, aunque ligeramente, por tener muchas relación las cosas que hemos visto y pasado con los fines de nuestra Compañía.

Llamadas por el Rdo. don J. P., misionero español y por el cura de Ledi-Bel-abes, pueblo hacia el interior del África, por asuntos concernientes a la Compañía, salimos el Viernes Santo por la tarde de

Orán con dirección a dicha ciudad. Al entrar en el vagón del tren experimentamos las emociones que produce la extrañeza para los que a semejantes cosas no estamos acostumbrados. El vagón iba lleno, y a duras penas entendíamos a nadie, pues allí se hablaba en francés, en árabe, en castellano, en valenciano, y qué sé yo en cuantas lenguas. A mí me sirvió de larga meditación ver a una Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús sentada al lado de uno de aquellos morazos, vestidos a semejanza de los Patriarcas de la Antigua Ley. ¡Dios mío, qué dos extremos! El uno con su media luna por divisa, y la otra con su crucifijo: él sacrificándose por su Dios Alá y por su falso profeta Mahoma; la otra desvelándose por extender el reinado del conocimiento y amor de Jesucristo por todo el mundo. Él sin la gracia del Bautismo; ella destinada por la misericordia de Dios para ser su verdadera esposa… ¡Cuántas acciones de gracias y alabanzas elevaba nuestro corazón hacia nuestro buen Dios al ver que nos había cabido la mejor suerte! Mas ¡ay! que ellos pueden ir al cielo si convierten y nosotros nos podemos condenar. Adoremos los juicios de Dios y pidámosle la inestimable gracia de la perseverancia final.

Siguiendo nuestro viaje, a poco vimos grandes reuniones de moros que colectivamente se dirigían hacia un mismo punto. Unos a caballo, otros a pie, llevando algunos niños, pero ninguna mujer. Preguntamos a dónde se dirigían, y nos dijeron que a la tribu que está instalada en un pequeño pueblecito que a lo lejos se divisaba, para celebrar la gran fiesta del día siguiente (Sábado Santo). ¡Cuánto nos acordamos del Niño Jesús cuando con sus padres subían a Jerusalén para celebrar la Pascua! En una ocasión parecida a la que nosotros estábamos viendo, debió quedarse en el templo y causar a sus Padres la triste pena de haberle perdido…

Luego vimos muchas *taimas*, especie de tiendas de campaña muy graciosas, que servían de guarida a sus hijitos, de donde salían tantos y tan pequeñitos que parecían conejitos, y por fin, después de atravesar aquellas áridas llanuras, llegamos a la ciudad ya indicada, en donde ya nos esperaban en la estación el misionero español y el señor Cura. Es población muy grande y construida aún no hace treinta años; de españoles sólo cuenta 14.000, y de sacerdotes sólo hay el señor Cura y dos vicarios. Uno de los dos sabe el español y el señor Cura un poco. ¡Cómo han de andar los intereses de Jesús con tanta mies y tan pocos operarios! Hacía ya quince días que les estaba dando Misión el misionero español, y aquella noche les predicó hora y media de la Pasión del Señor, y fue tanta la unción y espíritu con que lo hizo, que el auditorio quedó grandemente conmovido. Las confesiones por la noche eran muchas, sobre todo de gentes que hacía muchos años que no se habían acercado a la iglesia. Las conmovedoras frases del celoso misionero, compatriota suyo, que desde tan lejos había ido para hacerles ver los extravíos de su vida por el olvido de las costumbres de su cristiana patria, les movieron tanto, que además de la ovación completa en aquel gran templo durante sus sermones, acudían a confesarse las gentes como jamás allí se había visto. Mas el Sábado Santo por la noche y último día de la Misión fue tal la manifestación de la gracia en aquellas gentes que conmovía el corazón de los que lo contemplábamos.

Estábamos después del sermón de la noche retiradas en la casa abacial, en donde nos habíamos hospedado, cuando nos vino a buscar un Hermano coadjutor Jesuita, que se ocupaba en enseñar la doctrina cristiana a los pobres. Nos rogó fuésemos a la iglesia, en donde la multitud de gentes era muy grande para confesar, y se necesitaba quien arreglase aquellas gentes tan ignorantes. Aceptamos su invitación, y nos dirigimos a la iglesia. Sólo tres confesores estaban confesando y a juzgar por las gentes que esperaban, hacía presumir que no se acabarían las confesiones en toda la noche. Los hombres nos rodearon inmediatamente ávidos de oír alguna palabra de consuelo para tranquilizar sus corazones, sobradamente cargados de confusión y angustia por los muchos años que no se habían confesado. Olvidados completamente de la doctrina cristiana y de las fórmulas que el penitente debe observar en el santo sacramento de la Penitencia, venían a preguntarlo con grandes deseos de aprenderlo o recordarlo. No hubo más remedio que tomar cada vez un hombre, y sentado con una Hermana en aquellos bancos, irle enseñando el acto de contrición, credo, santiguarse, etc. No sabían, pobrecillos, trazar las cruces, y las Hermanas les habían de tomar la mano como a los niños.

Entre tanto, yo estaba observando que por la puerta de la iglesia se asomaban muchos hombres y luego se marchaban sin entrar.

La gracia y el pecado estaban luchando en ellos. Salí a la plaza y los llamé. Como a las Religiosas españolas nos quieren tanto, luego me dijeron que se querían confesar, pero que les daba vergüenza. Yo les dije lo que el Señor me inspiró, y se convencieron y me siguieron. Me rogaron les eligiera confesor, pues los más jóvenes ya no sabían confesarse en español. Aquéllos los mandábamos al señor Vicario francés; los más viejos y de muchos años sin confesión pedían con el Padre Misionero español, y los que hacía menos tiempo con el otro señor Vicario. Eran ya altas horas de la noche, y arreglados un poco que estuvieron, nosotras los dejamos a los pies del confesor, para retirarnos a nuestra habitación para orar por ellos.

Al día siguiente, la Comunión fue concurridísima y la alegría, general. Lloraban de pensar en la partida de su Misionero y de sus Religiosas, e instaron con el señor Cónsul para que aceptásemos una casa y fundásemos allí, pues conocían que mudarían de vida y no vivirían en tanta perdición. Verdaderamente espanta su olvido de Dios. Me decía un gran siervo de Dios: aquí no cabe más perdición, ni más desenfreno, ni más relajación. Los matrimonios deshechos y arreglados conforme a sus antojos. Los hijos apenas se sabe a quien pertenecen. Niños y niñas de Primera Comunión que ya son maestros de iniquidad, y todos, salvando algunas excepciones, entregados a la vida del desenfreno de las pasiones.

Muchos centenares de hombres y mujeres se confesaron, y de muchos años que no habían ido, gracias al Señor: sea éste el principio de regeneración de aquellas gentes, ya que tanta misericordia ha obrado el Señor con ellos. ¡Cuánto deseaba, con mi Santa Madre, confesar y predicar al ver tanta mies y tan pocos operarios! ¡Oh! entonces más que nunca conocí qué cosa es ser mujer ruin, pues no podía hacer lo que los ministros de Dios. En cambio, despertó en mi corazón más y más el celo de las almas, conociendo el altísimo fin de nuestra queridísima *Compañía* y agradeciendo a Dios la vocación que se ha dignado darme para ella.

Veo, Padre, que me he extendido más de lo que creía. Omito la amorosa despedida que la última noche nos hicieron estas gentes, y otras cosas que serán de palabra. Termino encargando preparen muchas hermanas para esta Argelia, que aunque harto apartada de Dios, fue en otros tiempos país de santos, cuya protección invoco para que sean nuestros intercesores ante Dios, y nos alcancen aquella fortaleza santa que nos pide nuestra Santa Madre Teresa de Jesús para dar mil vidas por una sola alma de las muchas que se pierden.

B. s. m. y pide su bendición su hija en Jesús,

J.

La cita ha sido demasiada larga. Pero creo que merecía la pena transcribirla, porque a través de ella vemos con claridad el espíritu misionero de la Compañía, fiel reflejo del de su fundador.

5. Orán ya no fue abandonado nunca a pesar de las vicisitudes muy diversas por las que pasó la fundación. El Padre Catá quiso hacer allí lo que el Cardenal Lavigerie, por la misma época, había hecho en Túnez. No pudo lograrlo, porque ni su genio organizador fue tan excepcional ni encontró los apoyos necesarios en España. Don Enrique colaboró con él cordialmente, y nos consta por sus cartas y artículos de esta época que acariciaba, con el alma henchida de ilusión, el grandioso proyecto de que aquella obra misional arraigase fuertemente en el norte de África para poder extenderse más tarde por el resto del Continente. Sólo este fin le decidió enviar allí a sus hijas. Vivieron éstas durante los primeros meses en condiciones tan duras que en junio de aquel año se escribían estas palabras en la Revista:

"Hoy se encuentran allí seis Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús; pero los cuidados, atenciones y trabajos que desde luego las han rodeado son en número tan excesivo que, si no se quiere que sucumban pronto, es preciso mandar allí cuanto antes a lo menos otras seis".

Vivían literalmente de limosna. En Barcelona se constituyó una Junta presidida por don Ricardo Cortés, encargado de recaudar fondos para que las Hermanas pudiesen seguir realizando su misión educadora en Orán.

Don Enrique y el Padre Catá predicaron en solemnísimas funciones religiosas organizadas al efecto. En los primeros días de julio salieron otras dos Hermanas a Orán. Pronto partieron otras seis.

Lograda por fin la fundación después de dos meses de trabajos incesantes en Barcelona para apoyar la causa del Padre Catá, don Enrique empezó a pensar en nuevos caminos de expansión. Así nos lo sugiere el que en la Revista de julio aparece por vez primera la palabra *América* entre las gracias cuya consecución se encomienda a las oraciones de los devotos Teresianos. Dice así:

GRACIAS

QUE SE PIDEN A SANTA TERESA DE JESÚS
Y SE ENCOMIENDAN A LAS ORACIONES DE SUS DEVOTOS

El triunfo de la Iglesia.- La libertad de nuestro amantísimo Padre León XIII.- La paz del mundo.- La prosperidad de España.- La Compañía, Archicofradía y Rebañito de Santa Teresa de Jesús.- Los Misioneros de Santa Teresa de Jesús.- La destrucción de los planes de las sectas de Satanás.- La educación e instrucción católica de la niñez y juventud.- La jerarquía eclesiástica.- Sabios y santos sacerdotes.- La fundación de Orán.- América.- Portugal.- Francia.- Los agonizantes.- Seis vocaciones religiosas contrariadas.

¡América! Sonaba ya con insistencia en sus oídos esta dulce palabra. A él le gustaba preparar con calma sus proyectos, y sobre todo, que le precediese un cortejo inacabable de oraciones y súplicas al Señor para que se realizasen en todo conformes a su gloria. Ya no cesó nunca de pedir por esta intención hasta que un día feliz se vio lograda.

7. En España, entre tanto, las cosas iban mal. El fermento del laicismo y la masonería se propagaba con terrible rapidez. Durante todo el año escolar, 84 al 85, había seguido arrastrándose la cuestión del famoso discurso de Morayta. Estudiantes de la Universidad de Madrid, impelidos por sus Profesores, conmemoraron el centenario del fraile apóstata Giordano Bruno. El semanario titulado "Las Dominicales del Libre Pensamiento", plagado todo él de enfurecidos e insidiosos ataques a la Religión desde la primera a la última página, hacía estragos irreparables en el pueblo. Otros muchos periódicos de características semejantes pululaban, cuyos solos títulos evocan ante nosotros una época de resabios anticlericales y liberalismo grotesco. El Motín (Madrid), El Manifiesto (Cádiz), La Revelación (Alicante), El Garrote (Ávila), El Fusilis (Barcelona)…Don Enrique se hacía eco de todos estos fenómenos reveladores de la descomposición de un pueblo. Para todo tenía un artículo en su pluma, una palabra de orientación en sus labios. Convocaba reuniones y Congresos, se unía con otros periodistas – particularmente con Sardá y Salvany -, organizaba actos públicos de lucha y combate.

Por si fueran pocos los males de índole moral, se extendió por toda España en este año de 1885 la epidemia del cólera. Pueblos y ciudades enteras quedaron diezmados. Particularmente en las provincias mediterráneas tuvo caracteres de plaga bíblica. Las gentes no se atrevían a salir de sus casas o huían a la desbandada hacia lugares no contagiados, pero llevaban el germen consigo y lo único que conseguían era extender la epidemia. Los hospitales no daban abasto. Entre las Hijas de la Caridad fueron numerosísimos los casos de muerte por contagio, hasta el punto de que los mismos periódicos hostiles escribían encomiásticos artículos sobre el heroísmo cristiano.

En agosto, la estadística arrojaba ya la cifra aterradora de 40.000 muertos y más de 100.000 enfermos.

8. El señor Obispo de Tortosa, cuya diócesis fue de las más castigadas, se dirigió al Noviciado de las Teresianas pidiendo por amor de Dios que se prestasen voluntarias a asistir a los coléricos. No era necesario insistir. El ruego del Prelado coincidía con una carta de don Enrique que decía así:

> Si me preguntáis qué piensa vuestro Padre respecto a ofreceros para asistir a los coléricos, yo os diré que es una gran obra de caridad, que no hay mayor caridad que dar la vida por nuestros hermanos y que la caridad es la reina de las virtudes. Felices las que mueran mártires de la caridad: tienen asegurada la corona de la gloria eterna. Si el Señor Jesús y la Santa Madre os dan gracia y voluntad, no resistáis a su impulso. Con ello complaceréis a vuestro Padre, que os bendice y desea veros a todas morir de amor y con amor a Jesús.

Profesas, novicias y postulantes se ofrecieron todas al servicio de los apestados. Salieron muchas a Maella, la Almunia, San Carlos, Perelló, etcétera…Varias sucumbieron mártires de su caridad dejando a la Compañía un ejemplo de fortaleza y magnanimidad cristiana envidiables. Don Enrique consideró que su muerte, en tales circunstancias, era una gracia que Dios hacía al Instituto. No se inmutó. No podía intranquilizarse, porque todas las religiosas, lo mismo las que salieron a prestar sus servicios, que las que se quedaron en el Noviciado, se habían ofrecido voluntariamente. Aquel tributo de sangre, tan generosamente ofrendado, acaso contribuyera a que la clemencia de Dios se manifestara visiblemente sobre la Compañía de Santa Teresa: porque en el Noviciado, a pesar de estar Tortosa entera y toda su comarca atacada por la peste, no entró el microbio del cólera. Don Enrique, con el desprendimiento propio de las almas grandes, había ofrecido al Señor el Instituto entero si es que Él lo reclamaba en aquel trance doloroso.

De ello nos da idea esta carta, fechada en Barcelona 28 de junio de este año y dirigida a sus hijas de la Almunia:

> Viva Jesús y su Teresa en sus hijas de la Almunia.
>
> Bien me parece que las que se sientan con ánimo se ofrezcan a dar la vida por sus hermanos sirviendo a los coléricos, pues es la prueba más grande de verdadera caridad, como dice Jesucristo.
>
> Aprended a hacer el caldo y demás, si es necesario, repito, hacedlo por Jesús. Escribidlo al Sr. Cardenal, y al Sr. Cura y Alcalde repitiendo oficio del año pasado.
>
> Os bendice y desea veros mártires de la caridad si así place al Señor, Rey de los mártires, y de imperfectas hermanas hacer santas, vuestro Padre y Capellán.
>
> ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Barcelona, 28-6-85.

En otra carta del tres de agosto que dirige a las Hermanas Rosa y María escribe:

Ayer salieron ocho Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús para la Almunia a reforzar aquellas Hermanas, que hay mucho cólera. Nos mandaron un telegrama los principales contribuyentes de allá pidiéndolas con gran urgencia. Se les han muerto (de los que las Hermanas han asistido) veintiuno.

9. Pasado aquel verano, iniciarse el nuevo curso escolar, la Compañía abría una nueva residencia en San Celoni (Barcelona). En el Noviciado había ya más de 70 entre novicias y postulantes. Se las reclamaba para 14 fundaciones nuevas – dice en una carta don Enrique – que naturalmente era imposible atender. ¿No era todo aquello una bendición de Dios?

Así lo proclamaba don Enrique en el sermón que predicó en San Celoni el 15 de octubre, fiesta de la Santa, ante un auditorio inmenso. La iglesia – dice la crónica – estaba atestada de fieles como hacía muchos años no se conocía. Ello era debido al entusiasmo que, por donde quiera que pasaba, iba levantando aquel hombre y sus obras teresianas.

En octubre había cesado ya o al menos remitido mucho el terrible azote del cólera. Don Enrique organizó en sus casas de Tortosa y Barcelona fiestas de acción de gracias a Dios. Después de permanecer unos días en San Celoni, salió para Enguera (Valencia) para conocer las condiciones de la nueva fundación que se le ofrecía. Fue ésta aceptada, y el 15 de noviembre entraban las Teresianas, gozosas por esta penetración que hacían en el Reino de Valencia. Inmediatamente después, el 19 ó 20, don Enrique se embarcaba rumbo a Orán, donde permaneció por espacio de un mes. Aparte el deseo de visitar y fortalecer a sus hijas en la vida religiosa, le llevaba allí el propósito de dar una misión a los españoles residentes en la ciudad, casi 30.000 de los 80.000 que se hallaban diseminados en toda la Argelia.

Durante diecisiete días predicó en la catedral las verdades eternas. Libre por entero de otras preocupaciones, en entregó a las tareas de la misión con todo el ardor de su alma. Tres preciosas cartas que escribió desde allí a su amigo Sardá y Salvany y fueron publicadas en la Revista Popular nos permiten ver los frutos espléndidos de vida espiritual que consiguió. Las getes iban a escucharle con extraordinaria avidez y, muchas horas antes de que empezasen los cultos, tenían que abrir las puertas del templo para satisfacer a los que apresuradamente iban en busca de un buen sitio. Ni siquiera faltó el episodio pintoresco, por don Enrique calificado de terrible, perfectamente explicable en un ambiente tan abigarrado y heterogéneo. La masa principal del auditorio estaba compuesta por españoles. Pero se mezclaban también curiosos o inquietos de otras religiones y nacionalidades. Una noche en que hablaba don Enrique de Santa Teresa, con motivo de haberse recibido aquel día una hermosa imagen de la Santa enviada a Orán por los católicos de Barcelona, al exhortar a los españoles a que imitasen sus virtudes, gritó con voz estentórea: “No es verdad lo que dice el predicador”.

Los españoles – escribe don Enrique en su carta – le recordaron que no hablase así en el templo católico, y si no le gustaba oírle, que se fuese, que allí a nadie se obligaba a venir. Amenazó el francés con un revolver, diciendo que quería pegar un tiro al predicador y a los que le defendían, y con esto se armó confusión y pánico tal, que no sabiendo lo que pasaba el inmenso auditorio, por suceder esto en un rincón de la iglesia, empezaron a huir temiendo fuego o riñas. Las voces del predicador de “cama” y “serenidad” no fueron oídas, y gracias a un milagro de la Santa no hubo que lamentar muertes y desgracias sin cuento, pues buscando todas las puertas, y no pudiendo salir, no hubo, repito, la menor desgracia. Había cerca de 2.000 personas aquella noche. Cogieron al alborotador el sacristán y algunos españoles, y lo llevaron preso a la policía, donde se le formó causa. Muchos temían nuevos trastornos, y echaban a volar grandes amenazas; pero dicho sea en loor de los buenos españoles, que se pusieron a la defensa, nada más hubo que lamentar, y la Misión sigue hoy y confiamos seguirá hasta el fin con mayor asistencia que en los días anteriores.

Y termina la narración del incidente con esta graciosa explicación:

¡Válganos Santa Teresa de Jesús! ¡Cómo se conoce que ha llegado! No estaba contenta del recibimiento que se le hizo, pues por estar prohibidas las procesiones tuvo que entrar a la sordina, en manos de moros que la condujeron hasta la Iglesia Catedral.

Con esta permanencia en Orán por sus trabajos apostólicos y con la fundación del colegio, don Enrique se convirtió en el más excelso colaborador del Padre Catá en la que por entonces empezó a llamarse Obra Hispano Africana, en favor de las Misiones españolas de Orán. En febrero de 1886 le vemos predicar en un solemne triduo que se celebró en la iglesia

de Nuestra Señora de Belén, en Barcelona, para dar a conocer los fines de la Obra y recaudar limosnas. Lástima grande que en España no despertase la Obra el eco tan favorable que logró entre los católicos franceses la de su célebre Cardenal Misionero.

Terminada la Misión, volvió don Enrique a España y el 21 de diciembre se encontraba en Enguera en donde celebró la Misa en la capilla del colegio de la Compañía, abierta por primera vez al culto aquel día. De allí se dirigió a pasar las fiestas de Navidad y dar los acostumbrados Ejercicios de fin de año a las novicias de Tortosa.

10. Terminaba el año 1885. Mal signo le había presidido. En sus primeros días, los terribles terremotos que asolaron las ricas provincias de Málaga y Granada. Después el cólera. Los lugares más castigados fueron Murcia, Valencia y Madrid. El 25 de noviembre moría, consumido por la tuberculosis, sin tiempo para recibir la absolución más que "sub conditione", el Rey Pacificador don Alfonso XII. También, con pocos días de diferencia, dejaba de existir el Almirante Topete, colaborador de Prim en la revolución del 68. En el momento solemne de recibir el Viático hizo una conmovedora abjuración de todos sus errores y extravíos.

La fama de don Enrique, como apóstol del teresianismo, había traspasado ya las fronteras. Con ocasión de un viaje a Roma que hizo por entonces su amigo Altés, refería éste en una hermosa carta que, al entrar en la iglesia de Santa María de la Escala y darse a conocer como español, dos padres carmelitas le preguntaron con visible interés: ¿Conoce usted a don Enrique de Ossó? ¡Vaya si le conocía!

Pero a don Enrique no le entusiasmaba la gloria de su nombre. Lo que le llenaba de alegría era que le conocieran por sus empresas teresianas.

CAPÍTULO XXXV

VÍA DOLOROSA.
ANTECEDENTES NECESARIOS

1 El dolor y la alegría como agentes de la Providencia.- 2. La cruz de todo apóstol.- 3. Don Enrique, reo ante los tribunales.- 4. El convento de Carmelitas Descalzas.- 5. Solares para el Noviciado y grandioso plan de don Enrique.- 6. Por qué habían de estar próximos ambos edificios.

1. Hemos llegado a un momento de la vida de don Enrique en que se hace imposible seguir adelante sin detenernos a examinar despacio un conjunto de hechos que han ido quedando en la penumbra, a medida que avanzábamos en la narración biográfica. Acaso algún lector haya podido preguntar con asombro: ¿Pero este hombre no tuvo más que éxitos en su vida? Porque de éxitos y muy felices podrían calificarse todas las empresas en que hasta aquí le hemos visto actuar. ¿Dónde está la gran cruz que invariablemente suele acompañar a estos hombres en sus jornadas de caminantes a lo divino? En las de don Enrique más bien parece que lo preside todo una estrella graciosa que no le regatea nunca su luz confortadora y brillante.

Sólo un examen superficial de lo que hasta aquí llevamos narrado autorizaría a emitir un juicio semejante. No es que sistemáticamente tengamos que empeñarnos en descubrir heridas en su cuerpo, dispuestos casi a inventarlas si no existieran. Agentes de Dios pueden ser lo mismo el dolor que la alegría, igual los éxitos que los fracasos. Y hacia la Cuna de Belén pueden orientarse lo mismo los Reyes Magos a quienes guía una estrella tan hermosa que parece una leyenda, como los inocentes que sucumben entre llantos y gemidos por un decreto cruel, cuando sólo sonrisas y caricias podían esperar de su vida en capullo.

En la vida de los hombres que llamamos justos, creo que la cuestión está mal planteada cuando hablamos de éxitos y de fracasos. Más bien hay que hablar de colaboración o fuga ante los planes que Dios tiene sobre ellos. Todo lo demás es secundario. La misma maravilla de finura y de correspondencia a la gracia se descubre en aquel santo lego que, porque no sabe hacer otra cosa, baila y salta ante el Tabernáculo, que en un Santo Tomás de Aquino todo él convertido en reposo y sosiego espiritual o en un mártir con sus carnes desgarradas y sus huesos descoyuntados. Entre espigas y flores cantará una canción alegre San Isidro Labrador y se hará santo; entre llamas chisporroteará Lorenzo, y también los ángeles bajarán si es preciso a rendirle un homenaje antes de que suba al cielo.

2. Establecido lo cual como principio, hemos de reconocer sin embargo que es raro escaparse de la cruz. El Maestro la llevó el primero. Y la dejó aquí en la tierra. Casi todos los que le siguen tienen que soportar su peso, más o menos.

Don Enrique tuvo que sufrir mucho en su vida. Sencillamente porque fue un *apóstol*. No hay escapatoria posible. Todo el que se lance a predicar y hacer vivir la verdad de Cristo a los hombres, adopta una actitud de choque constante. El mundo no acepta el mensaje de Cristo sin contradicción. Nunca jamás. A la carne blanda y regalada del mundo le duele la palabra de Cristo como un latigazo. Esto será así hasta el fin de los siglos. A posteriori podemos calificar las empresas de don Enrique con la fácil palabra de éxitos felices. Pero si examinamos la gestación y desarrollo de las mismas, el panorama cambia. También la bandera que clava un escalador en lo alto de la montaña flota al viento entre la nieve como una enseña gloriosa; pero hasta llegar allí, el escalador se ha sentido más de una vez al borde del abismo. Don Enrique triunfó, sí. Pero no sin una lucha heroica, constante, terriblemente fatigosa. Ser apóstol a ratos, e incluso serlo con vehemencia ardorosa y ejemplar, es relativamente fácil; serlo toda la vida, sin desfallecimiento nunca, es una de las cosas más difíciles que se puede proponer un ser humano como objetivo de su existencia. Ni la Archicofradía Teresiana extendida a toda España, ni sus trabajos periodísticos continuos, ni sus viajes constantes, ni las peregrinaciones frecuentemente organizadas con el propósito de movilizar las energías dormidas del pueblo cristiano, nada de esto pudo hacerse sin una superación continua de mil pequeñas y grandes dificultades que terminan por pesar sobre el espíritu como una losa de plomo, cuando se quiere hacerlo todo con un profundísimo sentido de espiritualidad y amor a Dios. Mucho más difícil, con todo, es su lucha en el campo de la enseñanza, y la fundación de un Instituto Religioso de características nuevas, desprovisto de todo otro auxilio que no fuera el suyo propio. En los ambientes políticos y eclesiásticos de la época don Enrique encontró muchas veces el canto y

la cal de la incomprensión cerrándole el paso. Allanar estas dificultades, dar consistencia económica a las obras que se suceden sin cesar, convertir en favorables los ánimos mal dispuestos, mantenerse sereno frente a la pereza y caritativo frente a la ofuscación de los que no ven los males que él adivinaba, y todo esto de un modo perseverante, invariable, de noche y de día, durante treinta años de sacerdocio, luchando hasta el final con el mismo arrojo que cuando salió del Seminario, representan un permanente sacrificio que avalora extraordinariamente sus realizaciones exteriores.

3. Mas, ¿qué diríamos si, por añadidura, apareciese en algún momento de su vida la persecución abierta y enconada, que amenaza destruir por completo el edificio a lo largo de tantos años de esfuerzo levantado? Esto es precisamente lo que sucedió. Si se habla de éxitos, el fracaso fue rotundo. Si se prefiere hablar de cruces, la suya fue lacerante. Si se intenta descubrir virtudes, en su alma brillan con soberana intensidad.

Remito al lector al capítulo XXX en que he narrado la historia de la construcción del Noviciado en Jesús, arrabal de Tortosa. A lo allí expuesto, he de añadir algunos detalles, cuyo conocimiento es indispensable para poder formar un juicio exacto sobre el pleito de que nos vamos a ocupar. Porque se trata de un pleito, y muy doloroso, en que el reo es don Enrique y el Tribunal la Curia Eclesiástica.

Los acontecimientos son éstos.

4. Primero: En su anhelo de fomentar por todos los medios la vida de oración y el teresianismo, don Enrique tenía el ardiente deseo, y no paró hasta lograrlo, de construir en Tortosa un convento de Carmelitas Descalzas. Un deseo muy lógico y explicable, puesto que Tortosa había venido a ser el centro de irradiación de todo el movimiento teresiano de España. La expresión más químicamente pura, por decirlo así, de aquel teresianismo sería un convento de la reforma Carmelitana, tal como Santa Teresa los quiso.

Para ello hacían falta tres cosas: un solar, una casa que reuniese las condiciones necesarias para convento, y una comunidad de Carmelitas Descalzas que la ocupara. Don Enrique logró las tres cosas. El solar, situado en el término de El Jesús, se lo cedió mediante escritura de donación, la señora doña Magdalena de Grau y Gras. A ella había acudido don Enrique y, sin necesidad de gran esfuerzo, logró de su generosidad lo que esperaba. Ya tenía solares más que suficientes, porque la finca era amplísima. Un detalle bonito: en la escritura notarial de donación, don Enrique no quiso figurar como donatario único, por lo cual, con un gesto de exquisita delicadeza, hizo que apareciesen asociados a él tres amigos íntimos y los tres sacerdotes. Fueron éstos, don Jacinto Peñarroya, Penitenciario de la Catedral; don Mateo Auxachs, Prior de Mora de Ebro, y don José Sánchez, Cura Párroco de El Jesús.

Conseguido el solar, ahora hacía falta el convento. Y el convento se levantó ya sabemos cómo (Cfr. Cap. XIX). Fue puesta la primera piedra en agosto de 1876 y se inauguró solemnemente en octubre del año siguiente. Todo él, desde los cimientos hasta la última teja, se debió a los esfuerzos de don Enrique. En la Revista Teresiana, correspondiente al mes de agosto de 1877, aparece una detalla descripción del palomarcito, hecha por el mismo don Enrique. Dice así:

> Mañana hará un año que colocamos la primera piedra de este santo edificio, no contando apenas con recurso alguno, pero sí con la providencia de Dios que había de mostrarse de un modo especial en esta obra por los ruegos y valimiento del Señor San José y Santa Teresa de Jesús. Y no nos engañamos. Pues con limosnas y sacrificios se ha, podemos decir, concluido ya uno de los más hermosos y deliciosos conventos que la Descalcez Carmelitana cuenta en nuestra patria. Las vistas, como decía la Santa Madre, son extremadas, la pureza del aire y la benignidad del clima excelentes; el edificio, más grande que pequeño, tememos no merezca una sentida queja de la gran Fundadora, que quería la casa chiquita y pobre para que al caerse el día del juicio no hiciese gran ruido, como la gente pobre; la huerta muy grande, plantada de naranjos y parras y mide cerca de veinte metros en cuadrado. El agua viva de la acequia de los molinos del Compte en la mayor parte del año, dos pozos de excelente agua para beber, además de la cisterna; el terrado interior, que da al jardín, de cerca de cien palmos de largo, la galería para tomar el sol en invierno, una gran sala de recreo, y todo muy ventilado y en sitio muy apacible y retirado, hacen, repetimos, que el palomarcito de Jesús de Tortosa sea uno de los más acabados y de mejores condiciones que se puedan apetecer. Las celdas, que dan todas al jardín interior, menos las del Noviciado, que se harán cuando se concluya el claustro e iglesia grande, tienen como unos tres metros en cuadrado, la misma medida que tienen las que vivió y habitó Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes. Además, no hay ninguna grada en todo el Convento que pudiera ser tropiezo para la gente enferma o de edad al andar por los pasillos y corredores; ni el médico o confesor, y los que hayan de entrar provisiones en el Convento, tendrán necesidad de pasar gran parte del edificio, pues la escalera y corredor que

conduce a la enfermería y cocina están aislados de lo demás del Convento, donde hay las celdas que habitarán las monjas.

La inauguración del convento en la fecha antes indicada representaba finalmente el logro de la tercera cosa necesaria: la Comunidad de Carmelitas. Desde Zaragoza, en vuelo manso y tranquilo, vinieron cuatro religiosas a ocupar el nuevo palomar. También don Enrique había gestionado todo lo necesario desde el punto de vista canónico, incluso el permiso de Roma para autorizar la nueva fundación.

5. Segundo: inaugurado el convento de Carmelitas en octubre, siguió don Enrique pidiendo limosnas en el mes de noviembre con destino al mismo porque "faltan todavía la cerca del huerto y la iglesia para completarlas".

En diciembre, solamente pide para que pueda concluirse la iglesia, lo cual demuestra que sus reiteradas demandas no caían en el vacío.

Libre, por fin, de todo agobio económico en relación con las obras construidas, inmediatamente, en enero del 78, como quien pone un eslabón más en la cadena de realizaciones que hace tiempo había trazado en su mente, abre la mano – es decir, mueve la pluma – pidiendo donativos para levantar el Noviciado de la Compañía. No le preocupa el solar, porque lo tiene ya. En consecuencia, escribe:

> Y son tantas las vocaciones que van despertándose para esta obra de restauración cristiana, que apenas hay joven teresiana de generosos alientos y gran corazón, que conociéndola no la ame y no se sienta vivamente movida a ella con secreto e irresistible atractivo. Sólo nos falta casa, Colegio a propósito donde puedan admitirse todas las jóvenes católicas que lo soliciten, y formarse más fácilmente en ciencia y santidad. *Tenemos el terreno muy a propósito para este fin; más aún, tenemos ideado el plano y algunas blancas para empezar;* pero, ¿qué son algunas blancas para empresa tan colosal? No decimos esto por desmayar, pues con más razón que la Santa de nuestro corazón podemos y sabemos exclamar: Unas blancas y nosotros somos nada; pero unas blancas, nosotros y Teresa con su Jesús lo somos todo. Y resueltos estamos, con la experiencia consoladora que tenemos de lo que favorece Jesús a todas las obras consagradas a su Teresa, a poner *la primera piedra* de obra tan necesaria y del agrado de la Santa de nuestro corazón cuanto antes podamos.

Las palabras transcritas nos permiten descubrir de un modo inequívoco cuál era el pensamiento de don Enrique. Él había concebido todo su despliegue de fuerzas teresianas en España como un armonioso plan de combate, sometido a una estrategia única y a un sistema táctico vario y cambiante. La unidad estratégica consistía en que Santa Teresa, con su espíritu de vida interior y generosidad apostólica, lo presidiera todo. La diversidad táctica se traducía en las siguientes obras, unas logradas y otras en proyecto: Archicofradía Teresiana, Rebañito del Niño Jesús, Compañía de Santa Teresa, Misioneros Teresianos, Hermandad Teresiana Universal. Alrededor de las mismas, como armas para el combate, prensa (periódicos y revistas), libros (los muchos que él editó y otros que vendrían más tarde), propaganda diversa (divulgación de Encíclicas Pontificias, por ejemplo), Colegios e Instituciones docentes (sin perder nunca de vista el objetivo de conquistar los centros oficiales de enseñanza), predicación, principalmente en la forma de misiones y ejercicios espirituales al pueblo (la suya propia, intensísima, y la que harían los Misioneros Teresianos). Táctica diversa, estrategia ordenada, propósito único: la renovación del pueblo cristiano español por medio de Santa Teresa de Jesús.

Dado este espíritu, que en él era normal perpetuamente inspiradora de sus actuaciones varias, quiso hacer de Tortosa en pequeño lo mismo que quería para toda España en mayor escala. En la vieja ciudad, por cuyas calles había discurrido su vida, florecían con esplendor inusitado sus obras teresianas. Eso era una derivación natural de su presencia física. Allí estaba la dirección de la Revista, la Asociación Catequística…, la Archicofradía y el Rebañito con vida espléndida y pujante…, el punto de partida y la central organizadora de peregrinaciones, congresos, certámenes y fiestas de muy diversa índole…, allí acababa de levantarse el convento de Carmelitas Descalzas, fuerte y definitiva expresión del aspecto más espiritual del teresianismo…, ¿qué faltaba para que "todo se consumara en la unidad"?

Sólo una cosa, por el momento: que la Compañía tuviese también allí su Casa de Formación o Noviciado. Logrado esto, Tortosa sería como el gran salto de agua que daría millones de kilovatios de energía teresiana a toda España. Solares para edificar la nueva casa los tenía a su disposición ya hacía tiempo. No eran otros sino los terrenos de la amplia finca que en su día le cedió generosamente doña Magdalena de Grau. Esperó, pues, a recibir las últimas limosnas necesarias para terminar las obras del convento, puesto que no era

aconsejable insistir a la vez en dos peticiones, y cuando en diciembre vio atendido su ruego, juzgó que había llegado el momento oportuno de comenzar la nueva obra. En enero pedía ya públicamente la cooperación indispensable. Naturalmente, para estas fechas ya había hablado muchas veces de su proyecto con don Jacinto Peñarroya, con don Mateo Auxachs, con don José Sánchez, amigos suyos y colaboradores distinguidos, sobre todo los dos primeros, en las diversas campañas teresianas que había emprendido. Como también había hablado de ello con doña Magdalena de Grau, a quien hizo conocer sus planes, tan pronto como le fue posible. ¿Por qué, si no es así, escribe en enero y da a la publicidad que ya tiene terrenos muy a propósito y hasta los planos hechos? ¿Hemos de suponer acaso un proceder cauteloso, lleno de simulación y recelo? Imposible. ¿Se refiere quizá a otros solares? Los hechos demuestran lo contrario. Se refería a éstos, concretamente a éstos de la finca que había sido propiedad de aquella noble señora.

Don Enrique no disimuló nada. No tenía por qué. Se puso a caminar con la naturalidad de quien sabe que ha de hacer un viaje y tiene abierto el camino.

6. Tercero: Otro de los antecedentes que nos conviene conocer se refiere a los motivos de tipo inmediato y próximo que tenía don Enrique para desear que los dos edificios – el del Convento y el del Noviciado – se levantasen en una misma área de terreno y muy próximos, casi colindantes, el uno del otro. Porque aparte de esas razones altas y profundas que hemos visto, pertenecientes a su manera de concebir un plan de proporciones grandiosas, existían otras circunstanciales y localizadas en el momento en que las obras se emprenden.

En primer lugar, hay que tener presente la situación política de España en estos años. Estaba vivo todavía el recuerdo de la Revolución de septiembre con su secuela, largo tiempo sostenida por los poderes públicos en las distintas formas de gobierno que se sucedieron, de persecuciones religiosas, supresión o incautación de conventos de clausura, despojos inicuos e incontrolados de toda índole. Es verdad que ya había sido restaurada la Monarquía y gobernaba el partido liberal conservador de Cánovas del Castillo. Pero el creciente malestar de las clases sociales, la actividad constante de los hombres de la izquierda, la presumible repercusión en el país de los movimientos laicos del extranjero, hacían temer que un día volviesen a soplar los vientos de la política, con la fuerza devastadora del huracán o quizá con la más templada pero igualmente funesta corriente de una persecución traducida en decretos leyes que impidiesen la existencia pacífica de las comunidades de clausura. Seguía hablándose mucho de las “manos muertas” y de la inutilidad y anacronismo de tal forma de vida, en un mundo cuyos ojos aparecían desorbitados por el asombro más estúpido ante el mágico mito del progreso.

De producirse esta situación se temía, el convento de Carmelitas quedaría protegido al amparo del futuro Noviciado de la Compañía. De hecho, éste se proyectaba, no con tal nombre, sino como Casa de Formación de las aspirantes a ingresar en la Congregación Teresiana. Ni tampoco se pensaba únicamente en tal Casa, sino que, juntamente con ella y formando parte de la misma, se levantaría un colegio de enseñanza. En el supuesto de que la no improbable hostilidad se declarase, este colegio cubriría y daría carácter legal a una y otra Comunidad. A la del Noviciado, sin dificultad de ningún género, porque aparecían dedicadas a la enseñanza; a la de Carmelitas porque sin violencia podría encontrase alguna fórmula que permitiese hacer ver a los legisladores que no eran monjas de vida exclusivamente contemplativa. Todos los contemporáneos de don Enrique, supervivientes muchos de ellos a su muerte, manifestaron cuantas veces vino al caso que ésa había sido una de las razones que aconsejaron la proximidad de ambas edificaciones. El Noviciado de la Compañía con el colegio de niñas serviría de amparo y protección al convento de Carmelitas. “Siempre que la revolución se mantuviera dentro de ciertos límites – escribe don Vicente Tena en su libro sobre la vida de la Madre Saturnina -, el centro de enseñanza cubriría con su pabellón al Palomarcito Carmelitano y las actividades docentes darían sombra a las almas contemplativas amantes de la soledad y del retiro. Las contemplativas serían como pararrayos que en la montaña santa defienden a los del valle de la ira de Dios y alcanzan las gracias necesarias para el apostolado; las activas serían pararrayos contra las injusticias de los hombres y escudo de defensa para las que habitaran la clausura”.

Existía además otra razón de tipo muy personal, sólo al alcance de quien haya examinado muy de cerca el carácter de don Enrique. Era un hombre detallista en grado sumo. Podríamos decir que cultivaba el detalle con delectación. Vocación de pedagogo, de catequista. Maestro de escuela que quería ser, cuando en lengua catalana, muy niño todavía, daba expresión rotunda a sus primeros deseos conscientes.

Don Enrique amó toda su vida el pequeño detalle con una fidelidad extraordinaria. Se fijaba en el botón mejor o peor cosido de un hábito, en los rasgos de la letra escrita en una carta, en la intensidad con que se emitía la voz en esta o aquella conversación. Hay datos innumerables que acreditan este aspecto de su carácter. No podía ser de otro modo un hombre que escribe las Constituciones y Directorio – maravillosos – para una Congregación Religiosa de mujeres. Esta cualidad suya no sólo aparece de relieve en las cosas mínimas, sino también en las grandes y geniales concepciones que tuvo. De la misma manera que los primores y filigranas no sólo tienen lugar en el bordado de una casulla sino también en el conjunto arquitectónico de una catedral.

Pues bien; detalle interesante para él era que los dos edificios brotasen del mismo suelo y apareciesen situados en una amistosa y cordial vecindad que los hermanase hasta en las piedras, si fuera posible. Una de las grandes ilusiones de Santa Teresa había sido que sus hijas fundasen también colegios para la educación de la juventud. A ello se había referido en múltiples ocasiones don Enrique.

De hecho, en Medina del Campo y Guadalajara, las hijas de la Santa, en vida de ella misma, tuvieron casa de formación para jóvenes doncellas. Fue tan claro su deseo en este aspecto que pedía fundaciones semejantes para todas las ciudades y villas de España. La orientación definitiva que tomó la Reforma hacia la vida contemplativa con exclusión de otras actividades y la menor necesidad que en la España del Siglo de Oro se sentía de estas casas de educación o colegios, hicieron que el proyecto de la santa no prosperase. Pero habían corrido los siglos. Las circunstancias eran ahora muy distintas. Los peligros para la vida de familia, inmensos. De haber vivido hoy Santa Teresa, indudablemente – decía don Enrique – habría deseado que sus hijas se ocupasen en una actividad tan santa y necesaria. Ahora bien, para las del Carmelo esto era imposible. Entonces…pues ahí estaba el nuevo retoño, la Compañía, hija también de Santa Teresa. Ella se encargaría de cumplir sus deseos. Ellas serían algo así como Carmelitas sin clausura y dedicadas a la enseñanza. Hermanas unas y otras. Hijas de la misma Santa Madre. El hábito casi seglar de éstas junto alas tocas reciamente monjiles de aquéllas. Las Constituciones casi iguales, salvo en lo que cada una tenía de propio y específico. El Noviciado de la Compañía junto al Convento de las Descalzas. Hermanados los espíritus y las piedras. Todo venía a ser una misma cosa y una misma obra.

Este fue el detalle de aquel gran detallista que se llamó don Enrique de Ossó. Por eso exclamaba en diciembre del 77:

> ¡Oh Santa de nuestro corazón! Si en tus días que los padres eran cristianos y de fe viva en España, deseaba tu gran Corazón poblar el mundo de casas de educación religiosa, ¿qué no desearía ahora en que la mayor parte de los padres son los primeros en escandalizar a sus hijos con sus palabras y malos ejemplos? Haz, ¡oh Santa mía!, que lo que tú no pudiste lograr en tus días porque no era una necesidad, lo veas gloriosa desde el cielo, hoy que tanto lo necesitamos!

Y empezó a construirse el Noviciado. La primera piedra se puso el 12 de mayo de 1878:

> NOTA: Véase el capítulo XXX en que se narra detalladamente la fiesta de la colocación de esta primera piedra. Advierta el lector que las razones allí apuntadas sobre por qué no se llamaba Noviciado y sobre la fundación al mismo tiempo de un Colegio de enseñanza son perfectamente compatibles con las que en este capítulo se exponen. No se excluyen unas a otras, sino que se completan.

CAPÍTULO XXXVI

BREVE HISTORIA DE UN PLEITO

1. Reclamación de las Madres Carmelitas.- 2. Decreto gubernativo del Provisor y Vicario de Tortosa.- 3. De Tribunal en Tribunal.- 4. Conducta admirable de don Enrique.- 5. Pena de Entredicho al Noviciado. Noble reacción de sus moradoras.- 6. Don Enrique, confiado en el Señor.- 7. Sentencias favorables. Interviene el Nuncio de Su Santidad.

1. Cuando don Enrique tuvo noticia por vez primera de lo que se tramaba, se quedó estupefacto. Él no podía dar crédito al insistente rumor, que corría ya revestido de amenaza, hasta que lo vio confirmado por la realidad. Se decía que las monjas Carmelitas iban a presentar recurso ante la Curia de Tortosa contra el intento, ya en parte logrado, de edificar en terrenos próximos a su convento el Noviciado de la Compañía de Santa Teresa de Jesús. ¿Por qué aquel cambio tan repentino e inexplicable? ¿Qué derechos podían invocarse para estorbar la ejecución de su proyecto? He aquí las dos preguntas que desde el primer día se le clavaron como un dardo en su alma sencilla. De nadie podía esperarse aquello. Pero mucho menos de las Carmelitas, cuya existencia en Tortosa se debía exclusivamente a don Enrique. Y sin embargo así era. Narremos los hechos con la más absoluta objetividad.

Según hemos visto en el capítulo XXX, el 12 de octubre de 1879 tomaban oficialmente posesión del Noviciado la Madre Saturnina Jassá y un grupo de Novicias venidas de Tarragona. El edificio estaba aún a medio construir. Pues bien, al día siguiente, 13, la Madre Priora de las Carmelitas Descalzas presentaba en el Provisorato de Tortosa un recurso en el que pedía protección y justicia por los graves perjuicios que, según decía, les acarreaba la construcción del Colegio-Noviciado, muy próximo a su convento y en solares que pertenecían a ellas, por lo cual los reclamaban.

Pronto se supo que junto a las Descalzas aparecían, incomprensiblemente hostiles a don Enrique, tres sacerdotes cuyos nombres han sido escritos más de una vez en las páginas de este libro: don Jacinto Peñarroya, don Mateo Auxachs y don José Sánchez. Los tres, digámoslo nuevamente, habían sido hasta entonces incondicionales y devotos del Fundador de la Compañía. Si los elogios y frases de admiración que muchas veces pronunciaron a favor de don Enrique hubieran podido recogerse oportunamente, se habría formado una preciosa antología. Ahora se habían convertido en enemigos y también recurrirían en noviembre de este año ante la misma Curia para amparar a las religiosas, ya que de no intervenir ellos – decían en su escrito -, no podría recaer providencia alguna por no tener derecho las monjas sobre el terreno. Sólo frente a ellos, aparecía don Enrique. O mejor dicho, no frente a ellos, sino solo. Sencillamente solo. Esperando. Tan persuadid estaba de que no había obrado mal, que su serenidad era inalterable.

2. El 15 de marzo de 1881, el Provisor y Vicario General de Tortosa, señor Castellarnau, contestaba al recurso del señor Peñarroya y compañeros suyos con un decreto gubernativo adverso a don Enrique. En él le reconocía su buena fe, pero se le mandaba *derribar a sus expensas* el edificio levantado y devolver a las monjas Carmelitas el terreno, tal como estaba antes. No habían pedido tanto los propios recurrentes. Para que tuviera tiempo suficiente de procurar nueva residencia a la Compañía de Santa Teresa de Jesús, se le concedían tres años de plazo. El golpe, durísimo, era de los que ponen a prueba la fortaleza de un hombre. Sobre las ocupaciones agobiadoras de sus múltiples trabajos apostólicos, caía ahora ese mazazo capaz de reducir a polvo la naciente Compañía. Tenía ésta cinco años de existencia. Ignoro si sus tres ex – amigos miraron con ojos de complacencia el terrible decreto.

Don Enrique no se amilanó. Quiso *pro bono pacis* – y esto prueba su falta de obstinación – llegar a un arreglo amistoso con la Comunidad de Carmelitas, para lo cual propuso varios modos que no fueron aceptados. Entre otros, ofrecía acceder a lo que se le exigía, con tal de que se le indemnizase de los gastos hechos hasta entonces, los cuales representaban aproximadamente ocho mil duros. No se llegó al acuerdo porque solamente le prometían tres o cuatro mil.

Muy próximo ya el final del plazo señalado, el Provisor de Tortosa ofició a don Enrique conminándole a desalojar el edificio, para proceder a su derribo, bajo apercibimiento de que, si no lo hacía, pondría la Casa-Colegio en Entredicho.

La pena, efectivamente, fue impuesta. Y empezaron a correr para el incipiente Noviciado días muy tristes.

3. Don Enrique hubo de acudir a la vía judicial para defender lo que él creía justo. Dos cuestiones diversas se discutieron y dos pleitos distintos se entablaron: la primera, de carácter general, sobre la propiedad de los terrenos y el derecho a edificar la tan discutida Casa-Colegio; la segunda, de índole más particular, sobre si el Provisor de Tortosa había procedido justa o injustamente al imponer la terrible pena canónica que, en definitiva, afectaba más que a nadie a las indefensas moradoras de la Casa.

No entra en el ánimo del autor de este libro incluir aquí un estudio detenido de las diversas incidencias a través de las cuales fue desarrollándose la primera cuestión y el primer pleito (1).

Diremos únicamente que a partir del momento en que se inicia (1881), la sombra del mismo acompañó a don Enrique toda su vida y aún le sobrevivió, puesto que la última sentencia, definitivamente adversa, se dictó cuando él ya había muerto. Rodó el pleito de Tribunal en Tribunal pasando por Tortosa, Tarragona, la Rota Española y Roma. Episodios de muy variada índole fueron jalonando la marcha de esta cuestión penosa. No todos los jueces coincidieron en sus apreciaciones y hubo siempre quienes creyeron que don Enrique tenía toda la razón. Pero prevaleció la opinión contraria y lo cierto es que, después de muerto él, el Noviciado fue demolido.

4. De su conducta durante el pleito – quince años desde que éste se inició en 1881, hasta que murió don Enrique en 1896 – los hechos, reconocidos incluso por sus adversarios, hablan con elocuencia abrumadora en su favor: ejemplarísimo en todo momento; tranquilo, ecuánime, jamás dijo mal de nadie. Utilizó para su defensa los medios que la Iglesia permite. Pudo haber cedido, pero creyó más justo no retirarse del campo, porque había por el medio intereses que no eran suyos. Fue constante, no terco; tenaz, sin obstinación; fuerte sin jactancia; humilde y delicado siempre. Nunca se quejó de nadie, ni culpó a nadie, ni perdió su admirable paz y serenidad. “En no habiendo pecado, nada temo. Más me debo a Dios, que a los hombres…” “Contradicción de buenos, hijas. ¡Una obra sin contradicción, mala señal!” “No os apuréis: Dios proveerá”. Estas y parecidas frases fueron constante ritornello en sus conversaciones. Valga por todas la que en carta a la Madre Superiora del Noviciado y a la Maestra de Novicias, Madre Francisca Plá, decía así:

> ¿Qué os diré de la tempestad que os amenaza en esa casa material? No temáis, pequeña grey. No os dañará ninguna adversidad si no os domina ninguna iniquidad…Sed muy cautas en el hablar, por no perder mérito. Dios permite los males para sacar mayor bien. “Sursum corda”, arriba los corazones y todo por Jesús y su Teresa. No deseamos más que hacer en todo la voluntad de Dios, manifestada por la obediencia.

Y cuando se hallaba en Roma, temiendo que entre ellas pudiese despertarse alguna aversión o enojo hacia los causantes de sus penas, escribía diciendo: “Hijas, no queráis ofender a Dios nuestro Padre. Todos son unos santos. Todos queremos luchar sobre la verdad. La buena fe no se ha de perder”.

Su fama de hombre santo viose en algunos momentos y por determinadas personas más que eclipsada, mordida. Pero ante el pueblo no desmereció nunca.

Es natural que algunas personas cultas, desconocedoras de las circunstancias íntimas del pleito, y hasta las cuales llegaban rumores más o menos exactos de los distintos episodios que se iban sucediendo, tuviesen dificultades para explicarse aquella actitud de don Enrique que parecía demasiado porfiada y tenaz. Poco a poco el recelo se convirtió en respeto y frecuentemente en adhesión. Otros hubo que siguieron sin explicárselo nunca.

Algunos años después de su muerte, lejanos ya todos aquellos sucesos, su fama de santidad creció arrolladoramente. En los Procesos de Beatificación, incoados en Tortosa y Barcelona, se dijeron de él con rara unanimidad cosas bellísimas, que esperan el juicio definitivo de la Iglesia.

Tuvo un fallo. Y espero que nadie tachará de apasionado al autor de este libro, si digo que hasta esto le honra de modo extraordinario. Don Enrique, como diría más tarde su fidelísimo amigo y gran canonista, don Francisco Marsal, Deán de Solsona, “no tuvo más culpa al entablar el proceso que la inexperiencia en asuntos de Derecho y la demasiada confianza en sus antiguos compañeros que le volvieron la espalda”. Fue también poco sagaz por no haber aprovechado “las favorables circunstancias que se le ofrecieron para asegurar en forma legal y canónica lo que creía sus derechos, los cuales tengo la seguridad de que hubieran sido respetados por los que se le opusieron”.

Efectivamente, si en la escritura de donación primero o ante las fluctuaciones a que se vio sometido después, cuando trató de determinar el emplazamiento de la casa, hubiera especificado más sus fines o se hubiera provisto de algún documento legal supletorio y más concreto, nada hubiera pasado. Pero si esto prueba algo es precisamente su buena fe y la gran sencillez de su alma.

Trataba con amigos muy queridos e identificados con sus anhelos. Para nadie de los que intervenían en todo aquello, ni siquiera para las Carmelitas y doña Magdalena, eran ocultos sus propósitos. Si por su mente pasó aluna vez –y no lo considero improbable – la idea de proveerse de algún título legal más claro, cuyo valor en el futuro hubiera sido definitivo, seguramente su gran delicadeza trabajó por ahuyentarla ante el temor de que pudiese parecer ofensiva para aquellos de quienes él no tenía derecho a desconfiar. Lo mismo digo por lo que se refiere a la señora y acentúo la hipótesis en el sentido de que si tal requerimiento le hubiese podido parecer enojoso para con los primeros por razón de la amistad, con la segunda acaso fuese reputado por él como molesto e impertinente por razón de la distancia.

Acaso, puestos a apurar las cosas, podamos tacharle de excesivamente confiado en la fuerza de sus propias intenciones. Como todos los hombres que viven esclavos de una idea, incurrido en el defecto de no prestar la debida atención a exigencias muy lógicas y naturales de la vida. No era suficiente el que él sintiese dentro de su alma aquel entusiasmo por el grandioso plan concebido. Había intereses encontrados. Él creyó seguramente que podría vencerlos haciendo sentir a todos los mismos nobles anhelos. Se equivocó. Como se equivocan también a veces los hombres idealistas dentro de los cuales hay una especial categoría para los que la historia llama santos.

Dio sus primeros pasos seguro de que lo que hacía no era atentatorio para nadie ni desconocido de los que podían alegar algún derecho. Ahora vemos nosotros – "ahora" – que debió haber atado los cabos mucho mejor. Pero acaso la única razón de que podamos verlo con toda claridad se desprende precisamente del desarrollo del pleito. Es a lo largo del proceso cuando vio él – como lo vemos todos -, que aparecían declaraciones tendentes a deshacer hoy lo que construyeron ayer, que se interpretaba la escritura de donación en diverso sentido por unos o por otros, que se ponía Entredicho al Noviciado, que no había coincidencia exacta en los fallos de los Tribunales, etcétera, etcétera.

El hecho es que se vio completamente solo el que antes estaba asiduamente acompañado de seguidores entusiastas. ¡Buena lección de lo que la vida humana da de sí, aun entre los capacitados para vivirla con un mayor desprendimiento de terrenas adherencias!

5. Veamos ahora lo sucedido en relación con el otro pleito, el del Entredicho al edificio. Llegó el 17 de marzo de 1884 y con él la noticia fulminante que llenaría de consternación y de dolor a toda la casa. El Secretario de Cámara del Obispado, acompañado del Notario Eclesiástico, don José María Quinzá, se presentó en el Noviciado, hizo que se reuniera la Comunidad presidida por la Madre Superiora y leyó solemnemente el Decreto por el cual se imponía la tremenda pena. En consecuencia, se prohibía en absoluto tener en la capilla a Jesús Sacramentado y celebrar la Santa Misa.

Dejo al lector que adivine por sí mismo el efecto que esto causaría. Para un Instituto Religioso que apenas ha empezado a vivir, el golpe era equivalente a la explosión de una mina en sus cimientos. De un momento a otro podía venirse todo abajo, mortalmente herido por la piqueta del desprestigio más despiadado y feroz. ¿Cómo se iba a comentar aquello entre las sencillas gentes del pueblo? ¿Qué formación espiritual podían recibir unas Religiosas a quienes se privaba de la más formadora Compañía? Sin aquel Divino Huésped, fuente del amor y de la vida, ¿qué sacrificios podían hacer las que para hacerlos querían vivir, precisamente amparadas en su vida y en su amor?

Inmediatamente acudió la Madre Saturnina Jassá, Superiora General, y reunidas profesas y novicias, las narró detalladamente la historia del Proceso cuyo resultado tenían a la vista. Ella estaba perfectamente enterada y pudo hablarlas con la elocuencia que da el sentirse en posesión de una verdad dolorosa. El desarrollo de los sucesos había sido éste y éste…Don Enrique había observado una conducta intachable…Los solares, la edificación emprendida a gusto de todos…, los intentos de conciliación…, todo fue expuesto con lealtad y sinceramente…Ahora, llegaba aquella prueba que la Providencia permitía en sus designios tantas veces desconcertantes a los ojos humanos. Había que disponerse a soportarla con heroísmo y con fe. Fuera de allí, en colegios de España, África y Portugal, estaban muchas Hermanas suyas que ansiosamente volverían los ojos al Noviciado para ver qué pasaba. No obstante, como la prueba era muy dura, las que por sus votos no tuvieran otras obligaciones,

quedaban libres para salir de aquella casa, ahora tan triste, o para continuar allí hasta que Dios quisiera concederla días mejores.

6. Cuando terminó de hablar, un grito espontáneo y fuerte de las congregadas, extraño en aquellas mansiones más acostumbradas al silencio y a la media voz en penumbra, denotaba su valiente reacción. No por altanería ni por adoptar una actitud de reto, sino por la profunda convicción de la bondad de una causa, aceptaban con humildad y con firmeza la nueva situación y decidían seguir adelante confiando sólo en el Señor. Ni una defección. Ni el más ligero asomo de dudas y vacilaciones. Aquel día dieron todas ellas un avance gigantesco en su propio perfeccionamiento, porque, sin ponerse de acuerdo entre sí, decidieron todas y cada una apiñarse más fuertemente en torno a sus votos y a sus reglas y vivir con mucho más esmero, si ello era posible, la propia vida religiosa. Habían comprendido de un solo golpe y como por intuición que aquella era la mejor manera de conducirse en la nave, mientras duraba la tormenta.

Don Enrique también las habló brevemente por su parte. Sólo para pedirlas dos cosas: que no hablasen ni siquiera entre sí de lo que sucedía para no agraviar a nadie, y que obrasen libremente en cuanto a su permanencia en el Noviciado. Obtenida de ellas idéntica respuesta, salió en la mañana del 18 en dirección a Barcelona para asistir a una ceremonia bien distinta. En el Colegio que la Compañía tenía abierto en la calle de Junqueras, y dentro de su pequeño oratorio, venía a tomar posesión por vez primera el Santísimo Sacramento. Era el 19 de marzo, fiesta de San José. El día antes, en el Noviciado había celebrado la última Misa el sacerdote don Bernardo Curto, quien, para cumplir la orden dada, hubo de dejar triste y vacío el Sagrario del Noviciado. Parecía ofrecérsele a don Enrique una magnífica oportunidad para desahogarse con sus hijas de Barcelona. Ni un comentario Salió de sus labios. Solamente en la plática-fervorín que pronunció al darles la Comunión, dijo estas palabras con un tono de mansedumbre, que años más tarde era vivamente comentado entre las religiosas: “Han quitado al Señor de una casa y viene a ésta a consolarse con vosotras”. Nadie, excepto una o dos, pudo entender a qué se refería. Rendido por la magnitud y el peso de los hechos, las había pronunciado más que nada pensando en el Dulce Morador del Tabernáculo.

La pena, como decimos, tuvo inmediata aplicación a partir del 18 de marzo de 1884. No sólo el edificio de Jesús, sino la Compañía entera quedó en Entredicho. La fama del Fundador, su dignidad sacerdotal, su propio honor humano quedaban expuestos a los más peligrosos comentarios. ¿Era un hombre de Dios o era sencillamente un ambicioso? Si lo primero, ¿por qué la autoridad eclesiástica lanzaba contra él tan duro castigo? Si lo segundo, ¿a qué pensar en futuros proyectos de extensión y arraigo de la tan ponderada Compañía? Por añadidura, allí estaban frente a él tres sacerdotes, muy dignos los tres, hasta entonces amigos y ahora abiertamente contrarios. ¿Cómo era posible que se pusieran los tres de acuerdo si no les asistía la razón y la justicia? Y las Madres Carmelitas…, ¿cabía suponer en ellas mala intención o una tan espléndida ignorancia de los hechos como para acusarle de aquel modo, si él estaba en su derecho?

¿Y qué pensarían de todo aquello las familias que habían entregado sus hijas a don Enrique para aquella obra que él llamaba santa? , ¿qué nuevas vocaciones podrían venir en adelante a llamar las puertas de un Noviciado en el que se prohibía la presencia de Aquél que era su única razón de existir?

La situación creada era, pues, inmensamente dolorosa. Don Enrique, sin embargo continuó su camino con la mano en el arado sin volver la vista atrás. Es en estos años de 1883 a 1885 cuando viaja sin cesar de una parte a otra, escribe y predica, se esmera más y más en la educación espiritual de sus hijas, hace acto de presencia en Portugal y en Orán, sigue atentísimo el curso de los acontecimientos en España y en el Extranjero, y logra las nuevas fundaciones de la Almunia (Zaragoza), La Fraga (Portugal), Villanueva y Geltrú (Barcelona), Orán, San Celoni (Barcelona), Enguera (Valencia). ¿De dónde saca fuerzas este hombre?

En el Noviciado tampoco la vida se interrumpe. Afluyen las vocaciones más numerosas que antes. Todas las mañanas la bien nutrida Comunidad sale de su casa y salva la pequeña distancia que las separa del Convento de Madres Carmelitas para oír misa y comulgar precisamente en la iglesia de éstas. Las de clausura poco a poco llegan a sentirse edificadas del comportamiento de las Teresianas. El Jueves Santo, las primeras seis velas que reciben para el Monumento son las que éstas envían. Don Enrique les había dicho: “enviadlas de las más grandes”. Ya no dicen, como al principio, con cierto aire despectivo: “esas señoritas…”. Las han visto sufrir con humildísima resignación, con dignidad y en silencio, sin quejas ni protestas. Y no hay nada como el dolor cristianamente soportado para hacer respetable a una

persona o una institución. Así van pasando los meses. La Compañía se fortalece más y más. Don Enrique ha acudido a Tarragona y espera. Son los caminos del Señor.

7. El Tribunal Metropolitano de Tarragona, siendo Juez el Provisor don Juan Bautista Grau, dictó sentencia favorable a don Enrique y declaró nulo y sin efecto el Decreto de Entredicho el 22 de abril de 1885.

No se mostraron dispuestos los de Tortosa a acatar el fallo de Tarragona y, en consecuencia, el Fiscal apeló al Tribunal de la Rota en donde el 22 de diciembre confirmaron la sentencia de Tarragona volviendo a declarar nula la pena de Entredicho que en su día impusiera el señor Castellarnau.

Pero hasta que se llegó a esta sentencia del Tribunal de la Rota, habían transcurrido 21 meses de castigo, y todavía hubiera sido más larga la espera y más fuerte el dolor, a no ser por una personal intervención de la Madre Saturnina Jassá, que merece ser conocida. Allí estaban sus religiosas, solitarias y empobrecidas moradoras del Noviciado, vacío el Sagrario y clavado en la puerta de la capilla el documento notarial interdictorio, punzante como una corona de espinas. Otra copia del mismo aparecía en la entrada del recibidor.

Era el mes de diciembre de 1885. Adviento en la liturgia y en las almas expectación gozosa. ¿Habrían de pasar otra vez las Navidades privadas de la dulce compañía del Cristo que nace? Una fuerte esperanza rompía su techo.

La Madre Superiora General, había ido a tierras portuguesas para visitar la reciente fundación. A su regreso pasó por Madrid y, en un magnífico gesto de decisión y confianza, se dirigió al Nuncio de Su Santidad. Lo era entonces, monseñor Rampolla. Dejemos que ella misma nos cuente la entrevista:

> Fui a Madrid con la Madre Adelaida Melo y postrándome a los pies del señor Nuncio le pedí el pronto remedio de nuestra situación. Al oírme el señor Nuncio que3dó admirado y dijo:
>
> - ¡Entredicho a vosotras sin tener parte en el pleito!
>
> Llamó en seguida y acudió su secretario, monseñor de la Chiesa, que después fue el Papa Benedicto XV y le dijo:
>
> - Inmediatamente hay que tramitar un asunto de mucha urgencia.
>
> Oí de sus labios palabras de consuelo y la promesa formal de que el Niño Jesús nacería en nuestra casa y así fue en efecto, pues el tribunal de la Rota revocó el Entredicho.
>
> La entrevista con el señor Nuncio fue por los días 20 ó 21 de diciembre, o sea dos o tres días antes de dictarse la revocación (2).

El 1 de enero de 1886 don Enrique celebraba nuevamente la Santa Misa y con profunda emoción invitaba a sus hijas a dar gracias a Dios por el beneficio recibido. Esto representaba un alivio extraordinario y el retorno al Noviciado de una fuerza espiritual incalculable.

(1) Esto ha sido objeto de un estudio particular, que verá la luz pública en el momento oportuno.

(2) La sentencia de la Rota llevaba fecha 22 de diciembre de 1885, el 24 fue librada a Tortosa la correspondiente ejecutoria; el 30 comunicaba el señor Castellarnau a la Superiora el levantamiento.

CAPÍTULO XXXVII

BUSCANDO LA MEJOR FORMACIÓN DE SUS HIJAS

1. Primeros meses del año 1886.- 2. Asesinato de su amigo, el Obispo de Madrid.- 3. Progreso espiritual de las novicias.- 4. Dom Bosco en Barcelona.- 5. Fortaleza de alma de don Enrique.- 6. Nuevo viaje a Portugal.- 7. Progresos del movimiento teresiano y de la Compañía.- 8. Fundación en Ciudad Rodrigo. Ambiente español.

1. La narración de los diversos incidentes del pleito ha interrumpido nuestra marcha en compañía de don Enrique a través del hermoso paisaje de su vida. Reanudémosla nuevamente. Aún nos quedan muchas jornadas, antes de llegar a su ocaso.

Le habíamos dejado, a su regreso de Orán, entregado a la meditación y el gozo íntimo de los misterios de Navidad en el Noviciado de Tortosa. Eran los últimos días del año 1885. Durante todo el siguiente se dedica con la mayor intensidad a la consolidación de la magna obra realizada en la Compañía. Formar el espíritu de las religiosas y perfeccionar las virtudes adquiridas, de las que se han dado ya claros ejemplos. Son sólo diez años los que han transcurrido desde la fundación del Instituto. No conviene avanzar precipitadamente. Aunque el Noviciado esté lleno hasta rebosar de vocaciones, antes de abrir nuevos colegios, importa ahora nutrir suficientemente las comunidades de los ya existentes para evitar que el trabajo excesivo agote las energías de las Hermanas. Por lo cual, de las muchas fundaciones nuevas a que le invitan, sólo accede a dos en este año: una en Alcira (Valencia) y otra en la barriada de San Gervasio en Barcelona, ambas en septiembre. Llegan otras ocho postulantes portuguesas al Noviciado y en el propio colegio de Orán ingresan dos jóvenes africanas a las que don Enrique permite hacer allí el postulantado.

Todo su esfuerzo se encamina a que las religiosas mantengan viva y ardiente la llama del ideal a que se han entregado. A donde no puede llegar él personalmente, llegan sus cartas, con una frecuencia tal que para otro cualquiera resultaría abrumadora. El Epistolario de don Enrique es algo que asusta por su abundancia, puntualidad y en muchos casos extensión.

2. En la Cuaresma de este año da Ejercicios a las jóvenes de la Archicofradía en Mataró y Sabadell. Pasa la Semana Santa en el Noviciado, en donde le sorprende la noticia del asesinato del Obispo de Madrid – Alcalá, doctor Izquierdo. Don Enrique sufrió hondamente ante la desaparición del gran amigo que a sí mismo se llamaba el Obispo de Santa Teresa. Desde que hizo amistad con él en Salamanca, ésta había ido en aumento hasta llegar a una casi identificación de espíritu y propósitos. El gran Prelado le había confiado incluso su intención de renunciar quizá algún día al gobierno de la diócesis para dedicarse exclusivamente a la propaganda del teresianismo. Él fue quien había aprobado las bases de los Misioneros de Santa Teresa que le presentó don Enrique, y encariñado con el proyecto, llegó a pensar en su posible dedicación a la tarea de realizarlo. Sus planes quedaban ahora truncados en aquella triste mañana del Domingo de Ramos en que, al apearse de su coche en la calle de Toledo, para entrar en la Catedral de San Isidro, un clérigo desgraciado le disparó a bocajarro tres tiros de revolver. Un estremecimiento de horror sacudió al pueblo entero de Madrid ante el sacrílego atentado.

3. Don Enrique aprovecha su estancia en el Noviciado para dar Ejercicios a las Novicias. No puede reprimir un sentimiento de santa alegría al comprobar el progreso espiritual de las mismas. Y así, escribe en carta a sus hijas de Orán:

> Viva Jesús y su Teresa en sus hijas de Orán.
> He recibido vuestras cartas y os felicito las Pascuas a todas, de Resurrección.
> Ojalá resucitemos todos a vida mejor, y por fin eterna.
> Qué, ¿no hay aún Regla Viva en ésa? ¿Qué hacen las veteranas, Balsdeu y Barrenechea? , ¿y Teresas? , ¿y Usobiaga y Asunción y la *pequeña* Josefina y Dolores? Y Berta y la nueva postulante ¿qué aguardan?
> En esta santa casa mucho fervor. Doy Ejercicios. Desde que se han despachado las indignas están todas muy bien (75 educandas) por la misericordia de Dios. Es verdaderamente una antesala del cielo. Que lo sea Orán, por el deseo vivo de haceros Reglas vivas. ¡Oh mis hijas!, que todo se pasa.

Aprovechemos mejor el tiempo que hasta aquí. Me han dicho que hay en ésa almas, hijas de la gran Teresa, que se entretienen en cazar lagartijas. ¡Qué lástima habiendo tantas almas que cazar y salvar!

No lo olvidéis, que todo es nada y menos que nada lo que se acaba y no contenta a Dios.

Os bendice y desea veros otras Teresas de Jesús, descabezadas, o a lo menos, viviendo y muriendo por el infinito amor de Cristo, que nos urge, que nos estrecha, que nos apremia, vuestro Padre y Capellán.- Enrique de Ossó.

Jesús, 26-3-86.

4. En abril se trasladó a Barcelona para asistir a los diversos actos que se organizaron en la Ciudad Condal, con motivo de la llegada de Dom Bosco. Fueron éstos muchos y muy solemnes. La fama de santidad que ya en vida acompañó al glorioso Fundador de los Salesianos, levantó entre los católicos de Barcelona indescriptibles oleadas de entusiasmo.

Don Enrique no ocultaba la veneración que sentía hacia él. Habló con Dom Bosco largamente y tuvo el honor de recibir en la capilla del colegio, a donde fue a celebrar.

Pasó el resto del año entregado a sus ocupaciones habituales. En los artículos que sin interrupción publica en la Revista se deja traslucir algo de la pesadumbre interior en que se debate su noble espíritu ante las acometidas de sus contradictores. Pero reacciona vigorosamente y no permite dar entrada al desaliento. Santa Teresa le sirve siempre de ejemplo y de consuelo. Escribe en el mes de junio este precioso artículo que transcribo íntegro porque nos descubre de modo perfectísimo el panorama interior de su alma:

DESDE LA SOLEDAD

¡Oh, válame Dios! Cuando Vos, Señor, queréis dar ánimo, ¡qué poco hacen todas las contradicciones!
(Fund. c. 3)

Esta sentencia de la Santa debe enseñarnos lo que vale en todas las cosas la gracia de Dios. Cuando el Señor está presente con su gracia, todo se hace fácil; cuando Él se retira, todo se vuelve difícil, insoportable, imposible.

Me hallo a veces con tal ánimo, decía la Santa, que de buena gana sufriera por Dios el martirio; otras veces, con tan poco, que ni una hormiga mataría, ni una paja levantaría del suelo hallando contradicción.

Si la Santa siendo tan perfecta esto experimentaba, ¿qué sentiremos nosotros, pobres e imperfectos?

Cuando se comienza a alborotar el demonio levantando contradicción a una obra, esto me da más ánimo, por conocer que con ella se servirá mucho a Nuestro Señor, escribe la Santa.

Pero nosotros que no tenemos espíritu de fe, y no conocemos los ardides del demonio, al ver que éste se alborota, retrocedemos, abandonamos nuestras santas empresas, por creernos que nos será imposible llevarlas fácilmente a cabo.

¡Oh, cuán errados andamos y cuán poco conocemos los caminos del Señor! La contradicción nos desanima, los trabajos nos desmayan, la guerra no nos da vigor, y gustamos de una inactividad que nos causa el desaliento, la muerte.

¡Oh, válanos Dios! ¡Cuánto necesitamos de su ayuda y de su favor! En todas cosas es precisa la luz del cielo. Sin ella cada paso nos es un tropiezo, y nada adelantamos ni podemos obrar con acierto.

Tengamos presente en las obras de Dios, la regla de conducta que nos da la experimentada Santa. Dice así: Cuando es servido el Señor que yo funde una de estas casas, ninguna cosa admite mi pensamiento que me parezca bastante para dejarlo de hacer. Después de hecha se me ponen delante las dificultades.

Esta regla de obrar de la santa nos enseña: 1º, que en las obras de Dios no hemos de poner dificultades, sino quitar, allanar las que se nos presenten; 2º, que las dificultades nos han de animar más, y que no hemos de admitir en el pensamiento cosa alguna o dificultad que nos parezca bastante para abandonarla.

Nuestra debilidad y cobardía en las cosas de Dios es tan grande, que es menester que el Señor nos engañe piadosamente para que nos resolvamos a emprender algo en su servicio, quitando o disminuyendo las dificultades.

Es regla de los santos que en las cosas de Dios conviene pensar poco y obrar mucho. Consultemos nuestros proyectos con quien debemos; encomendemos a Dios el éxito de nuestras santa empresas; pero después de esto, mano a la obra y adelante, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera se llegue allá, al fin de nuestra empresa, más que se hunda el mundo. Si así obramos veremos coronadas siempre nuestras obras con la bendición del cielo.

La discreta Reformadora quería siempre y procuraba con todo ahínco que sus obras, sus fundaciones, primero estuviesen hechas que sabidas por las gentes, porque siempre le sobrevenían gravísimas contradicciones a sus empresas, que se las estorbaban o retardaban a lo menos con la publicación.

¡Oh si observásemos esta celestial regla de conducta en nuestras obras! ¡Cuántos disgustos, cuántos estorbos nos evitaríamos! Primero hecho que dicho, primero obrado que divulgado.

Mas, ¡ay!, somos tan fatuos, tan llenos de vanidad y de amor propio en nuestras empresas, que nos sucede en nuestras buenas obras lo que a la gallina, que mientras calla, guarda sus huevos; al cacarear, al descubrirlos, la pierde.

Meditemos seriamente estas verdades; pues repetimos, la mayor parte de las buenas obras se pierden, se esterilizan, no llegan a término feliz por una imprudente revelación de ellas. Callar y obrar en la tierra y en el mar, dice el refrán.

Y si meditando estas y otras verdades eternas pasamos cada día un cuarto de hora de oración, os promete el cielo en nombre de su querida Madre, el Serafín del Carmelo, Santa Teresa de Jesús.

EL SOLITARIO

El lector tiene ya noticias abundantes de los motivos externos que por esta época existían para que don Enrique sintiera de este modo. El artículo trascrito es una buena prueba de la fortaleza e impavidez con que aguantaba la tormenta. Como si dificultades le dieran nuevos bríos, piensa cada vez con más ahínco en coronar el gran edificio espiritual y apostólico que ha levantado, con el logro de los dos nuevos Institutos: Hermanos Josefinos uno, y Misioneros Teresianos otro. De ellos habla en el mes de octubre, como quien mueve entre sus manos la bandera de una hermosa esperanza que confía ver satisfecha.

Pasó las fiestas del Pilar en Zaragoza en donde se trasladó a la Almunia de Doña Gomina para visitar el colegio que allí tenía la Compañía.

6. Realizada esta visita, don Enrique emprendió un nuevo viaje a Portugal. Se detuvo en Salamanca y Alba de Tormes. Pasó después a Ciudad Rodrigo, en donde estuvo dos días "en medio – dice – de mis queridos e inolvidables amigos, señores Deán, Doctoral y Catedráticos del Seminario, de cuyas bondades no podré olvidarme jamás. Si se arregla una fundación ya tendré motivo de explicarte algo de la historia de esta célebre ciudad".

De aquí se trasladó al vecino país en donde permaneció mes y medio. Por estas dos cartas que escribió a don J. B. Altés, conocemos detalles de su estancia. Iba a visitar la fundación de la Fraga y de paso a trazar las líneas generales de otras nuevas fundaciones.

Montado en un asnillo y en compañía de su amigo don Lorenzo, al amanecer del día 22 de octubre, salió desde Troncoso hacia la Fraga por caminos muy quebrados. El colegio era un antiguo Convento Franciscano situado en medio de un bellísimo paisaje umbrío y montañoso:

…Figúrate un pequeño río que va esmaltando de verdor y lozanía sus riberas, bosques de pinos seculares, y castaños, robles y en la ladera del valle del río, mirando al oriente, situado el santuario y monasterio famosos de Nuestra Señora de la Fraga con su linda iglesia, todo nuevo o renovado, pues cuatro años atrás era casi todo un montón de ruinas, llamando a la oración y al recogimiento a cuantos se acercan a este santo lugar, y tendrás alguna idea de lo que es este lugar…

…El Convento es lindísimo, con sus claustros de piedra labrada, y su jardín. Hay grande y rica huerta, rodeada de muro alrededor del Colegio, además de otras dos huertas y tierra de sembradura muy extensa y monte…

…Como hay en estos montes abundantes pastos, tiene el Colegio su rebaño de carneros, que abastecen de carne al Colegio, y con la leche de las cabras se provee a sus necesidades. La Providencia de Dios está visible aquí. No bajan de 60 personas las que comen y viven de esta casa, y días llegarán a ciento y más, y todos están contentos: los criados y jornaleros, carpinteros y picapedreros con su caldiño verde y las colegialas con su comida abundante y sustanciosa…

…Las colegialas internas van en aumento. Hay ya de Viseo y hasta de Lisboa, y se esperan muchas más. La gente de estos contornos están muy contentos y edificados por las *Señoras españolas de la Fraga*, pues así llaman a las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, y cada día acude más gente aquí a confesarse y a comulgar. El día de Todos los Santos, a pesar que no favorecía el tiempo, comulgaron en esta santa casa más de cien personas, algunas habían venido de tres y más leguas. ¡Pobres gentes!, ¡pobre pueblo portugués!, pide pan y apenas hay quien se lo parta…

…Salimos para Braga, Oporto y tal vez Lisboa, por ver si se arreglan algunas fundaciones que nos piden, pues en Portugal hay hambre verdaderamente de fundaciones religiosas, y más que todo, de poder profesar y hacer votos las muchas almas que tienen vocación y no se les permite por este Gobierno. En ésta hay cuatro postulantes portuguesas además de las siete Hermanas españolas fundadoras de esta santa casa, la primera de la Compañía de Santa Teresa de Jesús en Portugal, y con las de España son ya unas veinte portuguesas.

Don Enrique llegó a encariñarse con Portugal y no sin motivo. Su estancia allí durante este tiempo le sirvió para conocer las virtudes del pueblo portugués. Se le ofrecía un campo de trabajo muy fructuoso. Visita a Oporto, Braga, Ovar, Torres Novas, Lisboa, Coimbra, Busaco,

es decir, todo el país. En Lisboa tuvo ocasión de venerar la mano izquierda de Santa Teresa que se guardaba en el monasterio de las Albertas, Carmelitas Descalzas. En Coimbra – dice – "visitamos la célebre Universidad, y su Biblioteca y Museos, que verdaderamente son notabilísimos. Conocimos al profesor Ramos, redactor del valiente periódico católico *A Ordem*, que viene a ser *El Siglo Futuro* de Portugal. Se conservan aquí muy buenos recuerdos de los doctores españoles, especialmente del eximio Dr. Suárez".

> Por fin en Busaco; era al anochecer y allí cantamos la Salve a Nuestra señora del Carmen, alegrando aquella soledad hoy triste y llorosa porque nada es de lo que fue. Hoy es un lugar de recreo Busaco. *Mutatus est color optimus*.
>
> A los gemidos y penitencias, a las alabanzas y rigurosos ayunos y maceraciones asombrosas de sus primitivos moradores ha sucedido la vida regalada y sibarítica del siglo XIX, convirtiendo aquel lugar en cita de pasatiempos y juegos y diversiones y placeres. Al lado del Convento y de la iglesia, al lado de la cruz, el demonio ha levantado también su sinagoga, y allí le rinden culto en las temporadas de verano los vicios de una sociedad indiferente o atea y corrompida.
>
> Dios perdone tantas profanaciones y oremos, mi buen amigo, por los profanadores y para que éste y otros lugares santos vuelvan a sus manos de sus legítimos propietarios en mal hora despojados de sus bienes por los que predican (y no conocen), la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Mediado diciembre, ya estaba de nuevo en España. Un nuevo año estaba próximo a aparecer en el horizonte. En el que se extinguía, don Enrique podía registrar notables avances del teresianismo. Particular resonancia había tenido en España la elección de Santa Teresa como Patrona de la Provincia Eclesiástica de Valladolid. Asistidos por un fervor popular extraordinario, los obispos sufragáneos de esta Archidiócesis, juntamente con el Arzobispo Dr. Sanz y Forés, celebraron solemnísimas fiestas con intervención del Nuncio de Su Santidad. Unos años antes, nada de esto hubiera sido posible, porque el culto a santa Teresa estaba casi muerto. ¿Quién había hecho el milagro? Hasta en La habana, según crónicas del prestigioso Diario de la Marina, la Archicofradía de Santa Teresa había logrado poner en movimiento a la juventud femenina con muy saludables efectos de renovación espiritual. En cuanto a la Compañía, la marcha era tan decididamente triunfal que en enero de 1887 escribía don Enrique:

> Pasan de setenta las jóvenes que han obtenido plaza y se han alistado en las filas de la Compañía de la nueva Débora durante el año pasado. Y podemos añadir, según las cartas que tenemos a la vista pidiendo el ingreso, que confiadamente podemos esperar este año mayor número (tal vez o triple) que en el pasado.

Efectivamente fueron numerosísimas las jóvenes que solicitaron la entrada en la Compañía a todo lo largo del año 87. Cuando en julio se celebró la fiesta de don Enrique en el colegio de Barcelona, calle de San Elías (San Gervasio), se leyeron discursos y poesías en castellano, catalán, vascuence, portugués, francés y árabe, como manifestación elocuente y oportuna del avance del Instituto. Dios le bendecía visiblemente. Y bendecía también a la Revista que, a partir de octubre, gana en presentación por las ilustraciones de que la hace acompañar don Enrique. Anuncia que regalará dos por cada diez suscriptores que se hagan. Sigue siendo un eco fidelísimo e insuperablemente divulgador de las doctrinas de Santa Teresa. Con el fin de extenderlas más y más, dice su Director que seguirá escribiendo mientras le quede un aliento de vida para mover la pluma.

8. Logra también en este año de 1887 la fundación de Ciudad Rodrigo, en donde la Compañía es acogida con singulares muestras de protección y de cariño. Un detalle curioso para el que gusta de las pequeñas cosas nos ha sido conservado a propósito de esta fundación. El Colegio se estableció merced al celo y desprendimiento del Sr. Obispo en el antiguo Convento de San Agustín. Al dar cuenta de su entrada en él, escribe una de las religiosas a don Enrique en carta que se publicó en la Revista:

> Una grande e inesperada herencia hemos hallado en la casa de San Agustín, y es una colección de Niños Jesús en todas posturas: sentados, postrados, derechos, dormidos, despiertos, riendo, llorando, etc., y son tantos y tan lindos que a pesar de ser tantas Hermanas en ésta – pues hay aquí las que han de ir a la fundación de Portugal -, y tener uno cada una en su celda, aún sobran. Les llaman, no sé por qué, *los valencianicos*.

Así, entre gozos y contradicciones iba caminando don Enrique lenta y seguramente. La situación de los católicos y españoles faltos de unidad y de concordia sigue preocupándole

hondamente. Y escribe artículos con motivo de la nueva advertencia que sobre el particular hizo este año León XIII en carta dirigida a su Secretario de Estado, Cardenal Rampolla, buen conocedor de los asuntos de España.

Como sigue preocupándole también la cuestión de la Institución Libre de Enseñanza. Esta se movía cautelosa y hábilmente y lograba que sus adictos se enquistasen cada día más en puestos oficiales. Don Enrique comentaba con gran pesar la noticia de que cuatro profesores krausistas habían sido nombrados para la Escuela Normal Central de Maestras de Madrid y volvía a la carga sobre el problema importantísimo de la enseñanza, tan poco comprendido por los españoles.

Gobernaba Sagasti. Aparecían ya en algunas provincias españolas vandálicas manifestaciones de hostilidad a la Religión. El pueblo reaccionaba siempre noblemente, pero ello era un claro síntoma de que el mal seguía avanzando. De todo se daba cuenta en la Revista con los oportunos comentarios. Don Enrique extraía jugosas lecciones aun de los más insignificantes acontecimientos. Incluso del hecho de que por entonces se vendió en París un autógrafo de Castelar al pecio de ¡dos reales! mientras que una carta de Santa Teresa, también por las mismas fechas, había sido adquirida en Londres en pública subasta por 9.100 reales. ¡Pobre don Emilio!

CAPÍTULO XXXVIII

VIAJES DE DON ENRIQUE A ROMA Y ESTABLECIMIENTO DE LA COMPAÑÍA EN AMÉRICA

1. Jubileo sacerdotal de León XIII.- 2. Reacción del mundo católico frente al liberalismo de la época.-3. Don Enrique moviliza a las fuerzas teresianas.- 4. Su viaje a Roma. Es recibido por el Papa.- 5. Otros propósitos que le animaban.- 6. Detalles de su estancia en roma.- 7. "Decretum Laudis" a favor del Instituto.- 8. América a la vista.- 9. Verdaguer y don Enrique en el puerto de Barcelona.

1. El 23 de diciembre de 1887 se cumplía los cincuenta años de sacerdocio en la vida preciosa de León XIII, Pontífice reinante. La Cristiandad entera se disponía a celebrar este Jubileo Sacerdotal del Padre común con ardiente entusiasmo. No se trataba de un homenaje a la persona particular del Papa – por mil títulos excelsa -, sino de aprovechar aquella feliz coyuntura para reforzar – mediante múltiples manifestaciones de amor – los vínculos de unión con el Pontificado. Como quiera que la áurea fecha coincidía con los últimos días del año en curso (el 23 de diciembre los cincuenta años de la ordenación sacerdotal y el 31, los de la primera Misa), se fijó el siguiente de 1888 para que los católicos de todo el mundo pudiesen ofrecer sus homenajes.

Durante todo él, en efecto, las Jerarquías de la Iglesia fomentaron con incansable celo variadísimos actos de devoción a la Cátedra de San Pedro. Fueron muy numerosas las peregrinaciones y apenas hubo diócesis que no enviase a Roma sus obsequios y regalos al Soberano Pontífice. El cronista de "El Correo catalán", en la Ciudad Eterna, escribía en septiembre del 87:

> La llegada de donativos para las Bodas de Oro del Papa es continua y cuantiosa. Llegan de las Indias Orientales y Occidentales, de China, de Siam, de Cambodge y del Japón, sin contar los países de Europa; de suerte que la Exposición Vaticana de estos donativos promete ser imponente. Solamente Bélgica pide un espacio de 1.400 metros cuadrados para la exposición de sus donativos. Las principales ciudades italianas han comenzado ya a hacer exposiciones parciales de los donativos que enviarán las respectivas diócesis. Dícenme que serán bellísimas, entre todas, las de Milán, Venecia, Turín y Palermo.

2. No hemos de olvidar que el Papa seguía siendo un prisionero. La venerable figura de León XIII, prodigio de sabiduría y de equilibrio, aparecía a la conciencia del mundo católico como un símbolo de la grandeza y al mismo tiempo de la aflicción de la Iglesia. Es la época del liberalismo agresivo y destemplado. Bajo el manto de esta bella palabra se cobijan todas las tendencias malas y sucias de la época. Estaba de moda ser librepensador; en Italia la agitación anticlerical llega a extremos tan inconcebibles que se habla de la posibilidad de que el Papa salga de Roma, y las Cortes de Viena y Berlín dirigen serias advertencias al gobierno italiano; los sacerdotes son procesados en Francia por llevar públicamente el Viático a los impedidos; en París se suprimen las procesiones del Corpus y se inauguran las fiestas del Sol y de Apolo en que la voluptuosidad se pasea por las calles sobre un trono de flores; en nuestra patria, el Gobierno que preside Sagasta, dispone sin derecho alguno que sean vendidos en pública subasta los bienes de los Lugares Píos españoles fundados en Roma y, como consecuencia, estuvo a punto de ser comprada por los protestantes ingleses la Iglesia española de San Jaime.

Como reacción contra todas estas manifestaciones del espíritu sectario que flotaban en el ambiente, los católicos vieron en las fiestas jubilares del Pontífice una espléndida oportunidad para exponer de manera pública y rotunda sus sentimientos de filial adhesión a la Santa Sede. Llegaron a Roma incalculables y riquísimos obsequios para el Santo Padre, todos los cuales pudieron ser contemplados más tarde en la Exposición Vaticana.

3. Don Enrique, tan devoto de la Santa Sede, no podía permanecer indiferente ante el magno acontecimiento. En la Revista se hizo eco de todas las noticias que llegaban relacionadas con el mismo. Y exhortaba continuamente a todos sus lectores a una mayor generosidad en la suscripción nunca cerrada a favor del Papa, cautivo y pobre. La Compañía, la Archicofradía, el Rebañito, habían de rivalizar noblemente en el celo por recoger fondos y obsequios con este fin. En todas las ciudades y pueblos donde existían estas agrupaciones del

movimiento teresiano se constituyeron Juntas y Comités para confeccionar sobre todo ornamentos litúrgicos que, después de ser ofrecidos al Papa, irían destinados a las iglesias pobres del mundo.

Don Enrique personalmente acudiría a Roma a hacer la ofrenda. Así lo anunciaba en septiembre de 1887.

> Con el favor de Dios iremos a Roma a presentar a nuestro amantísimo Padre, cautivo y pobre, el óbolo que hemos recogido en la Revista y el que tengan a bien añadir los devotos del Serafín del Carmelo, cuya mayor dicha fue el poder morir exclamando con toda verdad: En fin, Señor, soy hija de la Iglesia.

4. En efecto, a principios del año 1888 partió para la Ciudad Eterna acompañado de las MM. Saturnina Jassá y Teresa Plá.

Al pisar nuevamente el suelo de Roma, una explicable emoción se apoderó de su alma. Don Enrique no era un viajero ni un peregrino más. Su devoción al Papa y a la Iglesia había llegado a ser algo maravillosamente extraordinario, no simplemente reducido a un sentimiento interior común a todo católico fervoroso. Desde aquel día lejano en que con don Manuel Domingo y Sol había tenido la dicha de postrarse ante Pío IX, habían pasado ya 18 años. Durante ellos, su vida entera había ido inmolándose con infatigable constancia en el servicio de la Iglesia de Cristo. En sus empresas, múltiples y heroicas, había puesto siempre como motivo, como aspiración o como norma, el amor al Papa, la adhesión inquebrantable al Papa, la defensa del Papa por todos los medios a su alcance.

Dado el impresionante desarrollo que había alcanzado su vida interior, don Enrique a estas alturas no daba un solo paso en lo externo que no estuviese penetrado de una unción interior sobrecogedora. Sus palabras, sus gestos, sus movimientos y actuaciones, sus obras tan diversas, eran la plasmación práctica y tangible de un espíritu que lo animaba todo. Él entraba en Roma ahora como quien entra en el recinto sagrado de un templo. Allí estaba, en cuanto puede hallarse en la tierra, la raíz de todas sus empresas y afanes. Ya no era un sacerdote joven, con sólo ilusiones y buenos deseos. Junto a él aparecían aquellas dos teresianas, como representación viva, no sólo de la Compañía de Santa Teresa, sino de 18 años de trabajo arrollador, de clarividencia apostólica, de espiritualidad renovadora.

Don Enrique y sus hijas fueron recibidos por León XIII, que aceptó complacido los obsequios que le llevaban. Era la primera vez que la Compañía de Santa Teresa llegaba hasta el trono del Pontífice. El Papa inquirió noticias de la fundación y fines de la misma y oyó con bondadoso interés la detallada exposición que hizo don Enrique. Tanto para ésta como para las Madres que le acompañaban, aquello fue definitivo.

6. Su permanencia en Roma duró un mes, aproximadamente. Porque no sólo habían hecho el viaje con el propósito que conocemos. Don Enrique había creído oportuno aprovechar la ocasión para lograr la aprobación apostólica de su Instituto. A tal efecto, en el verano anterior de 1887, del 15 de julio al 15 de agosto, había reunido en el colegio de la calle de San Elías de Barcelona a las Fundadoras y a gran parte de las Superioras de la Compañía para hacer una revisión de los artículos de las Constituciones y presentarlos a la aprobación de la Santa Sede. Fue un mes de trabajo intenso, durante el cual, entre Ejercicios Espirituales e instrucciones diversas, derramó, hasta la última gota, en el alma de aquellas religiosas, todo el caudal que llenaba la suya. Para aquellas buenas hijas, fieles seguidoras de don Enrique desde los primeros momentos, este mes fue como el doctorado en su capacitación para todo lo que el futuro demandase. Con el resultado de este estudio hecho y bien provisto de cartas comendaticias de diversos Prelados españoles, don Enrique había acudido a Roma lleno de esperanza.

No le fue demasiado difícil abrirse camino en las diversas Congregaciones Romanas, ante las cuales tuvo que acudir. Su entusiasmo le comunicaba alientos suficientes para vencer todas las dificultades. Fueron días felices aquellos, que siempre recordó él con gran alegría. De una de las más antiguas religiosas del Instituto he recibido, a propósito de la estancia en Roma de don Enrique durante este tiempo, las siguientes notas, interesantes por su bello colorido.

> Con las dos Madres nombradas alquilaron en Roma un pisito y era gracioso oír contar a la Madre Saturnina su género de vida en aquellos días.
>
> Levantarse temprano, oír la santa Misa celebrada por nuestro Padre después de la oración, desayuno y, *sin tardar*, la voz de nuestro Padre indicando la salida para tal o cual solemnidad o visita de personajes, etc.

Las pobres Madres se deshacían preparando algo para comer a la vuelta, porque ése era el plan a que habían de atenerse, y discurrieron una estratagema. Al volver de Misa se paraban en un puesto de carne, señalaban con una mano una gallina, y con la otra ponían ante la vendedora una porción de liras para que se cobrase, pues no había otro medio de entenderse. Llegadas a casa echaban al puchero la gallina y al volver de la excursión le añadían el arroz y hete aquí un plato de *cancha* sustancioso y fácil, aunque no del todo barato.

Resuelto quedaba el problema si no tuvieran casi siempre convidados, porque sucedía que, al encontrarse por las calles con peregrinos conocidos y preguntarles nuestro Padre cómo les iba, todos se soltaban en quejas, en imprecaciones contra la comida italiana y compadecido don Enrique les decía: "Nosotros comemos muy bien, vengan a nuestra casa". Y claro que aceptaban y ponían a prueba la gracia y la paciencia de las buenas cocineras.

7. A finales de febrero ya estaban de nuevo en España. La excelente impresión que traían viose confirmada más tarde, en septiembre de aquel año, cuando llegó de Roma el "Decretum Laudis" del Instituto, tan ardientemente deseado. Don Enrique lanzó al vuelo las campanas de la alegría más santa y justificada de todas cuantas tuvo en la tierra. Aunque la aprobación del Instituto se difería con el fin de introducir algunas ligeras modificaciones en las Constituciones, el paso principal estaba dado. En la Revista del mes de octubre escribía:

A los que aman de corazón nuestra obra, y a los que la miraban con recelo, o dudaban de su bondad, y a todos, a los católicos en fin, bastará recordarles en adelante para su completa satisfacción, al tratarse de la Compañía de Santa Teresa de Jesús:

Roma locuta est, causa finita est.

8. No era éste el único motivo de alegría que embargaba el alma de don Enrique. También, antes de finalizar el año, vio lograda otra de sus máximas aspiraciones: el vuelo de su amada Compañía hacia tierras de América. La Providencia había ido disponiendo las cosas de un modo admirable. Primero fue el trato y la amistad de don Enrique con el Ilmo. Sr. Moreno, el Obispo Carmelita de la Baja California, en los días lejanos de la primera peregrinación teresiana a Ávila. Ya nunca se interrumpió esta amistad. Y cuando el santo Prelado pudo regresar a México habló con entusiasmo de la Compañía, a la que presentó como Institución oportunísima para desarrollar su labor en suelo mexicano. Sus fines, su espíritu, sus métodos, y su hábito exterior casi seglar hacían que resultase muy acomodada a la situación política y religiosa de México, en donde ya se respiraba la atmósfera revolucionaria y masónica precursora de los amargos días que vinieron después bajo la presidencia de Plutarco Elías Calles. Entre los amigos a quienes habló del asunto, hubo uno que fue el escogido por la Providencia para llevar a feliz término el deseo de que la Compañía se trasladase a América: el doctor Ibarra, Canónigo de Puebla de los Ángeles. Habló éste a su Sr. Arzobispo y, obtenido el beneplácito, estableció inmediatamente contacto epistolar con don Enrique. La primera carta que éste recibió le hizo estremecer de gozo.

Vino después su viaje a Roma. Peregrinos también, y portadores como él de obsequios al Pontífice, se encontraban en la Ciudad Eterna algunos sacerdotes mexicanos, con los cuales don Enrique y la Madre Saturnina hablaron largamente. Estos informaron de nuevo al doctor Ibarra, Vicario Capitular entonces de la diócesis, y en poco más quedó decidida la aceptación por parte de la Compañía del ofrecimiento que se la hacía en aquella diócesis americana, que hasta daba la casualidad de que llevaba un nombre singularmente acariciador y bonito: Puebla de los Ángeles.

El 25 de noviembre, a las dos y media de la tarde, abandonaban el puerto de Barcelona, en el magnífico vapor "Antonio López", siete Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, las primeras fundadoras de este Instituto que surcan los mares del océano para extender el reinado del conocimiento y amor de Jesús, María, José y Teresa de Jesús en el Nuevo Mundo. Muy animosas salieron tan dichosas fundadoras, confortadas por la gracia de Dios. Hicieron antes ocho días de Ejercicios en Montserrat, bajo la dirección del Fundador de la Compañía, oyeron Misa y comulgaron, el día antes de su salida, en el camarín de Nuestra Señora de las Mercedes, Patrona de Barcelona; y pocos momentos antes de partir el vapor, tuvieron el consuelo gratísimo de recibir sobre cubierta la bendición de su Prelado, el excelentísimo señor Obispo de Barcelona, que se hallaba en la Capitanía del Puerto. Entre los muchos sacerdotes que fueron a despedir a las Hermanas en el vapor recordamos a los Doctores Casas, Riba, Coma, señor Canónigo Collell, Verdaguer (Jacinto), Altés, Pauli, Padre Catá y Padre Fundador, recomendándolas muy eficazmente al Capellán y Capitán del barco el reverendo Verdaguer, que es Capellán de la familia López.

Cuando el barco se perdió en el horizonte, de los ojos de don Enrique brotaban lágrimas de emoción y de ternura. Era su propia alma la que navegaba hacia América.

Un nombre demasiado ilustre aparece entre los que acudieron a despedir a las expedicionarias para que podamos pasar sobre él sin detenernos. Es el del poeta Verdaguer. Había escalado éste ya las más altas cumbres de su gloria y aún no se habían producido los tristes incidentes que tanto ruido levantaron. Fue siempre gran amigo de don Enrique y le dedicaba con cariño sus libros inmortales. Sin duda ninguna, mientras permaneció como Capellán de la Casa Comillas, favorecería alguna vez con su influencia a estos primeros grupos de Teresianas que se embarcaban hacia América. La corta vida de don Enrique y los sucesos que posteriormente amargaron la de Mosén Cinto nos impiden conocer otros detalles. Verdaguer sentía admiración por Ossó desde que asistió a la primera peregrinación teresiana a Ávila en 1876, y pudo comprobar el celo apostólico de don Enrique y su amor a Santa Teresa, de la que era él también muy devoto.

CAPÍTULO XXXIX

LA CASA MADRE DE SAN GERVASIO, EN BARCELONA

1. El arquitecto Gaudí y don Enrique de Ossó.- 2. Por todo capital, una peseta.- 3. Ayuntamiento de milagros.- 4. Dificultades económicas y modo de solucionarlas.- 5. Un monumento, orgullo de Barcelona.- 6. Frutos logrados en la Casa Madre.- 7. Prestigio y arraigo de la Compañía en España. Calahorra, Madrid, Ciudad Rodrigo, etc.

1. Antonio Gaudí ha sido el arquitecto más genial que ha tenido España en los últimos tiempos. Ese templo de la Sagrada Familia de Barcelona, inacabado, prodigioso, audaz, ha quedado ahí como si fuera el testamento hecho piedra y ladrillo de aquel gran hombre que no ha tenido continuadores. No podía tenerlos un genio tan exuberante y tan rico como el suyo. Los hombres de esta calidad tan excepcional pasan por la vida solos. Cuando mueren no dejan discípulos; a lo sumo, pequeños y pobres imitadores.

Cualquiera diría que don Enrique fue un atrevido o un vanidoso cuando nada menos que al propio don Antonio Gaudí se acercó en 1888 para encargarle la Casa Madre de la Compañía en San Gervasio, Barcelona (1). Nada de eso. Lo que había en don Enrique era sencillamente un alma tan grande como el genio del artista. Estaba muy acostumbrado a acometer empresas difíciles en todas las cuales había llegado a escalar cumbres muy altas. Era el hombre que, muerto el recuerdo de Santa Teresa, logró poner su devoción al rojo vivo en toda España. El que en muy escasos años, con poquísimos medios y entorpecido por impresionantes dificultades, había cogido entre sus manos un puñado de jóvenes y había hecho de ellas un Instituto Religioso extendido ya por España, Portugal, África, América, lleno de fuerza y de prestigio. Tenía además junto a sí como Superiora General de la Compañía a la Madre Saturnina Jassá, mujer de extraordinarias energías. Ambos habían hablado ya en el verano de 1887 de la necesidad de dotar a la Compañía de una Casa de Estudios para las propias religiosas, en la cual, éstas, una vez terminado el Noviciado, perfeccionasen su preparación intelectual antes de salir con destino a los colegios en que habían de ejercer su misión.

Parte de esa preparación consistía, como sabemos, en la obtención de títulos oficiales. La Casa había de ser además sede del Consejo Generalicio del Instituto y colegio de enseñanza para niñas, con internado. Un plan vastísimo, cuya ejecución era para asustar a quien no llevase dentro de sí una dosis inmensa de decisión humana y confianza en Dios. La obra serviría para dar a la Compañía en lo exterior el arraigo definitivo que exigía su organización. Once años habían pasado desde que se habían empezado a reunir en el piso de la Bajada del Patriarca, de Tarragona. Once años, nada más. Ahora – verano de 1887, fiesta de San Enrique – la Madre General y el Venerable Fundador hablaban de realizar este proyecto que a cualquiera podía parecer un sueño. Además, había que ir a Roma a presentar las Constituciones. Y emprender el rumbo al Nuevo Mundo. Y por si fuera poco, seguir el proceso de un pleito, cuya triste historia ya conocemos. No importa. Cuando don Enrique, años atrás, se decidió a construir el Noviciado de Tortosa, al mostrar los planos al señor Obispo, le preguntó éste:

- ¿Con qué recursos cuentas para hacer todo esto?

A lo que don Enrique respondió:

- Cuento con una gran cantidad…, de confianza en Dios.

2. Fruto inmediato de aquella conversación de la Madre Saturnina con don Enrique fue el traslado que muy pronto se hizo del Colegio de Méndez Vigo al chalet de la calle de San Elías, que vino a ser la Residencia del Consejo. Esto, sin embargo, era provisional. Al volver de Roma, alentados, tanto don Enrique como la Madre, por las muy favorables impresiones recibidas, sin pérdida de tiempo se decidieron a poner manos a la obra.

Es una mañana fría y tristona del mes de febrero de 1888. La Madre Cinta Aguilar, acompañada de otra, cuyo nombre no se ha conservado, reciben de la Superiora el encargo de salir a buscar solares en la aristocrática barriada de San Gervasio.

- Pasen a decírselo a nuestro Padre – añadió la Superiora – y vayan prevenidas, porque ya saben lo que él suele preguntar en estos casos.

Efectivamente, entraron a pedir la bendición de don Enrique y éste las preguntó en seguida:

- ¿Tenéis fe?
- Sí, Padre.
- Pues, ¡adelante!

Las bendijo y siguió trabajando silenciosamente en su modesto despacho. Pocos días más tarde, el 4 de marzo, era firmada la escritura de compra – venta de unos magníficos solares situados frente al Tibidabo, en Ganduxer, pertenecientes a la familia de ese nombre. Costaban 130.000 pesetas, cantidad francamente considerable en aquellos tiempos. El día en que se firmaba la escritura no había en la Procuradoría General del Instituto más que ¡una peseta! Rigurosamente histórico.

3. Pero don Enrique no se arredraba por nada en cuestiones de dinero, cuando entendía que la obra iba encaminada a la gloria de Dios. Su vida está cuajada de episodios múltiples en que aparece la Providencia de Dios actuando con evidencia abrumadora, tal como estamos acostumbrados a ver en Dom Bosco o Cottolengo, por ejemplo. Don Enrique es también de los que hicieron de la fe y confianza en Dios algo axiomático, vital, imprescindible. De un modo especulativo todos los creyentes admitimos este principio. Lo difícil es convertirlo en una norma de actuación práctica y vivirlo como se vive por ejemplo la idea de que bebiendo agua se extingue la sed y abriendo los ojos se percibe la luz. Pues así, con esta sencillez sobrecogedora, vivió don Enrique el principio de la confianza en la divina Providencia. Más adelante tendremos ocasión de examinar este aspecto tan interesante de su vida.

El 1 de septiembre se puso la primera piedra del grandioso edificio. La historia de la construcción del mismo fue calificada por don Enrique con la frase de “ayuntamiento de milagros”. Y a fe que la calificación no es desatinada, porque hubo hechos sorprendentes en grado sumo. Don Enrique se dedicó a buscar recursos por todos los medios a su alcance. La Revista – algo sabían ya de esto sus páginas – fue otra vez su mejor altavoz para pedir limosnas y donativos. Todos sus ingresos personales: los de su propio ministerio, el producto de sus publicaciones, las rentas del escaso patrimonio que le quedaba, eran íntegramente aplicados al pago de las facturas. A veces, eran éstas demasiado onerosas y le tocaba pasar momentos de verdadero apuro. Así por ejemplo, cuando al terminar el primer plazo señalado para pagar el importe de los solares, el acreedor intentó llevarle a los Tribunales, porque don Enrique se encontraba completamente desprovisto de fondos. Pidió una moratoria de dos días y pudo reunir de seis a ocho mil duros, con lo cual hubo más que suficiente.

“Cosa que nos dejó llenas de admiración – escribe la Madre Rosario Elías -, al ver una cantidad tan crecida reunida en tan breve tiempo”. No faltaban tampoco los comentarios molestos de quienes, con menos caudal de confianza en Dios, desaprobaban aquellos planes tan extraordinarios. Los más respetuosos le obsequiaban con esta frase: “Don Enrique, o es un loco, o es un santo”.

La obra, a pesar de todo, seguía adelante y en mayo de 1889 escribía en la revista:

> En este mes confiamos, con el favor de Dios y ayuda de las personas que tienen celo por las obras teresianas, quedará terminada parte del segundo piso de este importante edificio. A medida que se levanta se descubre más extenso panorama, pudiendo contemplarse ya desde el primer piso gran parte de la Ciudad Condal y gran extensión del llano del Llobregat.
>
> La fachada, modificada por el inteligente arquitecto don Antonio Gaudí, Álzase majestuosa y bella a medida que se hacen los pisos. Un cordón de anagramas de Viva Jesús, que es el lema de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, ciñe la base del primer piso; lo cual da carácter y esbeltez al edificio. Pronto se colocará en la fachada un gran escudo de la Compañía, que podrá descubrirse perfectamente por los viajeros que circulan en el tren de Sarriá. El remate del edificio que ostentará algunas de las insignias de la Seráfica Doctora, le dará todavía más realce. Daremos más detalle otro día. Rogamos entre tanto con todo ahínco a nuestros lectores y a todos los amantes de Santa Teresa de Jesús, que no dejen de favorecernos con sus oraciones y limosnas para esta obra de celo de mayor gloria de Dios.

4. Alguna vez hubo de advertir a Gaudí la conveniencia de poner freno a su fantasía para reducir gastos. Pero el genial artista con un gesto rápido y autoritario, frecuente en los hombres de su categoría, replicaba inconmovible: “¡’Cada cual a lo suyo, Mosén Enrique! Yo a hacer casas, usted a decir misas y predicar sermones”.

Y Mosén Enrique se callaba, seguro de que, por unos cuantos millares de ladrillos más o menos, su confianza en Dios no sería interpretada allá en el cielo como un intento de abuso temerario.

Un día la Madre Alcoverro, encargada de pagar los jornales a los obreros, vio con espanto que llegaba la hora de hacerlo y no tenía ni para empezar. Esperó cuanto pudo sin decir nada a nadie hasta el crítico instante en que los obreros se presentaron a cobrar. Todo en vano. En la cajita que tenían instalada en el vestíbulo para recogerlas, no había nada. Miró y remiró bien. Nada. "Por fin – escribe la Madre Carolina Erostarbe, que se lo oyó a ella misma – fuése al Padre Fundador para explicarle el caso tan apurado y pedirle consejo. Don Enrique le dijo que tenía poca fe, que recurriese a San José con la oración y que volviese a mirar la cajita de las limosnas. Fuese ella, por cumplir con la obediencia, inmediatamente a mirar otra vez la cajita y con sorpresa encontró algunos billetes del Banco de España que le sacaron de necesidad tan perentoria".

En otra ocasión, cuenta la Madre Rosario Elíes que faltaban mil pesetas también para el pago de jornales. Acudieron a don Enrique con su cuita y éste les dijo:

- Id a buscarlas con mucha fe en Dios.

Obedecieron y al salir de casa, sin saber a dónde dirigirse, dijo una de las Madres.

- Tomemos la derecha.

Y en la primera casa que encontraron y expusieron la necesidad, las dijeron:

- Aquí tenemos doscientos duros que nos han traído para ustedes.

5. Puede calcularse el efecto que todo esto producía. Lo que parecía una locura pronto se vio realizado. El 15 de diciembre de 1889 ya se pudieron reunir las Superioras en la nueva Casa para hacer Ejercicios dirigidos por don Enrique. Cuatro meses más tarde, en abril del 90, se trasladó la Comunidad y se inauguraba el internado. Don Enrique había logrado vencer una vez más. Su tesón y su fe fueron premiados con el éxito indiscutible que representaba el gran edificio. Barcelona, la ciudad más rica de España, se vio enriquecida con un monumento artístico bellísimo que si en la ejecución material es debido al genio de Gaudí, no hubiera existido sin el impulso creador de don Enrique. Hoy, en los libros de arte y en las guías de la Ciudad Condal para viajeros y turistas, aparece siempre el llamado Colegio de Santa Teresa, junto a las demás creaciones de Gaudí, como muestra de un estilo arquitectónico singularmente relevante que en el mundo entero ha tenido admiradores entusiastas. Es curioso pensar hasta dónde pudo llegar en su trayectoria la flecha disparada de la vida de don Enrique. Empezó en un vuelo muy lento y oscuro, allá en las calles olvidadas de Vinebre. Llegó a dar en blancos muy lejanos y difíciles. No es el menos estimable éste: Haber contribuido al enriquecimiento artístico de la misma ciudad de Barcelona.

6. Mas, no es esto lo que principalmente debe ser considerado. Lo importante es comprobar la rica corriente de vida que a partir de entonces empezó a existir en el interior de aquella casa. Esto era lo que buscaba don Enrique al construirla. Él comprendió que era completamente necesaria para el desarrollo y expansión de la Compañía. Crecía ésta de un modo arrollador en sus ramas y él buscaba a todo trance que creciese, por encima de todo, en sus raíces. Y aquí es donde se lograría. Aquí, la sede del Consejo Generalicio para poder gobernar el Instituto con la eficacia y comodidad que su crecimiento demandaba. Aquí, el perfeccionamiento literario y científico de las Religiosas, tras la formación espiritual en el Noviciado de Tortosa. Aquí, además, un Colegio de Segunda Enseñanza, modelo en su género, del que los católicos barceloneses pudiesen sentirse orgullosos. Todo lo logró plenamente. La Casa madre de San Gervasio tiene una historia gloriosa, con resultados prácticos tan de primera categoría que habrá de ser tenida en cuenta forzosamente por todo aquel que se preocupe de estudiar la pedagogía católica española de los últimos tiempos.

Hemos abarcado un periodo que va desde el verano de 1887, en que se inician las primeras conversaciones sobre el proyecto de la casa, hasta abril del 90, en que ésta se inaugura oficialmente. Nuestra atención se nos ha ido tras ella, prendida en el encanto de sus filigranas artísticas, mezcla de gótico y mudéjar, suspensa de admiración ante los atrevimientos de la fe de don Enrique, que se lanza a construirla sin tener más que una peseta como fondo disponible para pagar solares y facturas. Acaso el que más tardó en cobrar sus honorarios fue Gaudí.

Era de un alma finísima, muy cristiano, profundamente enamorado de la Eucaristía. Los últimos treinta años de su vida comulgó diariamente, y todos los días también pasaba largos ratos en el Oratorio de San Felipe Neri, en adoración ante el Santísimo Sacramento. Quería mucho a don Enrique y, en obsequio al mismo, hizo que la configuración exterior del edificio fuese un símbolo exacto de la espiritualidad teresiana: castillo, almenas, moradas, una cruz presidiéndolo todo, un birrete doctoral en cada una de las almenas, arrancado por los

anarquistas en los días trágicos de 1936. Gaudí murió víctima de un accidente que sufrió al cruzar la Gran Vía. Dios le habrá premiado sus muchos méritos.

7. La Compañía, durante este tiempo, ha ido dando nuevos pasos, siempre de la mano de don Enrique. Así, en marzo de 1888 abrió colegio en Calahorra, donde estaba de Obispo el después Eminentísimo Cardenal Cascajares. Muy pronto tuvieron una matrícula de 400 alumnas y el arraigo y los frutos fueron tan notables que causa extrañeza leer las crónicas frecuentes del Boletín Eclesiástico de la diócesis por aquella época. El recio temperamento de los hijos de esta rica ciudad de la Rioja se entregó, rendido de admiración y de cariño, a las hijas de Santa Teresa.

Del extranjero se recibe también un día la consoladora noticia de haberse establecido la Hermandad Teresiana en Brixen, Alemania, merced al celo de la Condesa Raeziuska, Princesa de Oltengen, que tiene a gala agregarla a la de Alba de Tormes.

En febrero del 89, la Compañía es llamada a Madrid para hacerse cargo del Colegio de la Santa y Real Hermandad del Refugio y Piedad de la Corte, situado en la calle de la Puebla. A los actos, muy solemnes, de la inauguración, asisten el Duque del Infantado, Gamazo, el Marqués de Ahumada, descendiente de anta Teresa, y otros aristócratas.

En marzo salen nuevas expediciones para América. Las cartas que desde Puebla escribe la Madre saturnina hablan de la magnífica acogida que tiene la Compañía. El doctor Ibarra las protege y ayuda extraordinariamente. La labor es fecundísima, porque en aquella ciudad, de más de 100.000 habitantes, únicamente existía un Colegio de Jesuitas para niños.

En abril se celebra en Madrid, en la Iglesia de San Jerónimo, el Primer Congreso Católico Nacional, con intervención de las más eminentes figuras del catolicismo español.

En las secciones que se dedicaron a hablar de los Institutos Religiosos modernos de más notable influencia social, una fue consagrada a la Compañía de Santa Teresa. Tuvo la ponencia, extraordinaria por sus elogios, don Vicente Olivares, Secretario del Tribunal Supremo.

En mayo sale a la venta la duodécima edición del “Cuarto de Hora de Oración”, que empieza a ser llamado el Kempis teresiano.

En junio, una religiosa de la Compañía es nombrada por la Dirección General de Instrucción Pública vocal del Tribunal de Oposiciones a las Escuelas de Maestras de Párvulos para todo el Distrito Universitario de Barcelona.

También por la misma fecha se celebran los exámenes en el Colegio de Ciudad Rodrigo y el Inspector de Primera Enseñanza, que los preside, hace pública en la Prensa una nota diciendo que no hay en toda Castilla un Centro de Enseñanza tan perfectamente organizado como aquél.

Un mes más tarde, en el Noviciado se celebra como gran fiesta la imposición del hábito a diez jóvenes que proceden de las Provincias Vascongadas, Castilla, Valencia y Cataluña.

Don Enrique no puede reprimir su alegría al comprobar cómo el Señor bendice sus trabajos. En lo que va de año – hasta este mes de julio – han ingresado cuarenta postulantes. Todo ello es una prueba evidente de que la vida interior de la Compañía es próspera y pujante.

(1) El proyecto primitivo de la casa y parte de la ejecución del mismo habían sido realizados por otro arquitecto. Al encargarse Gaudí, lo modificó totalmente, para imprimir en él su personal estilo.

CAPÍTULO XL

DON ENRIQUE ANTE EL PROBLEMA ESPAÑOL

1. Modificación en el gobierno de la Compañía.- 2. Grave enfermedad de don Enrique.- 3. ¿Una nueva fundación?- 4. Situación político-social de España.- 5. Severas advertencias de León XIII a los católicos españoles.- 6. Magníficas orientaciones de don Enrique.- 7. Abierto a todos los problemas.- 8. Cuando la "Rerum Novarum".- 9. Una fiesta en Montserrat.- 10. Decreto de aprobación de la Compañía por el Gobierno español. Nuevas fundaciones.

1. Al iniciarse el año 1890, la situación de don Enrique con respecto a la Compañía cambia radicalmente. Hasta entonces él había sido no sólo el Fundador, sino el Superior auténtico y efectivo de la misma, bien es verdad que sin absorber nunca la función directiva inmediata que correspondía a la Superiora General y demás miembros del Consejo de Gobierno del Instituto. Parece ser que el pensamiento de don Enrique, al fundar la Compañía, había sido confiar la suprema dirección de la misma a un Superior General y concretamente, al menos en la primera fase, al Obispo de Tortosa.

Mas, al recibirse de Roma el "Decretum Laudis", llegó juntamente una modificación de esta norma en el sentido de que la Compañía había de gobernarse exclusivamente por la Superiora General con su Consejo. Para dar cumplimiento a lo cual, terminado el plazo reglamentario de siete años para el que había sido reelegida Superiora General la Madre Saturnina Jassá, en octubre de 1882, se celebró Capítulo General en Tortosa presidido con toda solemnidad por el señor Obispo de la diócesis. Tuvo lugar en los últimos días de diciembre de 1889 y resultó elegida la Madre Rosario Elíes.

La Compañía había llegado a su mayor edad a pesar de no tener aún cumplidos catorce años de existencia. Su crecimiento y consolidación habían sido sencillamente prodigiosos. Don Enrique aceptó la novedad introducida en el gobierno de su amado Instituto con la humildad y la alegría propias de su devoción a la Santa Sede. Refiriéndose a esto, decía algún tiempo más tarde a un amigo suyo: "Roma prefiere que las Congregaciones de mujeres se gobiernen por sí solas, aunque cometan errores, a que no los cometan gobernándose por hombres".

Por lo demás, el lector puede suponer que su influencia moral en el Instituto seguía siendo la misma. Sus consejos y orientación, igualmente necesarios. Él continuaba siendo el padre, el maestro, el alma de la Compañía.

2. En enero de 1890 cayó gravemente enfermo. Una vulgar erisipela estuvo a punto de llevarle al sepulcro. La austeridad que consigo mismo usaba, le hizo desatender los primeros síntomas de la enfermedad y cuando cayó en la cama, vencido por el cansancio y la fiebre, los médicos se sintieron impotentes para detener el avance del mal y dispusieron que le fuese administrado inmediatamente el Santo Viático. Con suma paz y casi con alegría oyó la indicación y tuvo el consuelo de recibir los Sacramentos de manos del doctor Ibarra, el gran amigo de la Compañía en México, que circunstancialmente se hallaba en Barcelona a su regreso de Roma. Precisamente acababa de ser normado Obispo de Chilapa.

Inmediatamente en toda la Compañía se produjo una auténtica movilización de fuerzas espirituales para suplicar al Cielo la curación del Padre querido. Los médicos desconfiaban. Pasó dos o tres días en un casi constante delirio.

En la imaginación, entonces calenturienta, de nuestro respetable amigo – escribía Altés en la Revista de febrero -, prevalecía la idea de nuevas fundaciones de Colegios enlazada con la de sus queridos parvulitos. "¡Pobrecitos niños! (le oímos una vez decir). Están quitecitos como corderitos. Dejadlos salir para que corran y se diviertan por ahí". Otra vez dijo estas palabras: "Solamente las oraciones de los parvulitos me han de salvar".

Ratos, y aún días enteros, de congojosa ansiedad e inquietud hemos pasado, cuantos hemos presenciado la gravedad del mal de nuestro querido Director, y de los síntomas fatales que no desaparecerían sino para sobrevenir otros de peor especie. Los inteligentes médicos que con cariñosa solicitud le han visitado, hubo un día que perdieron por completo las esperanzas de salvar la vida de nuestro amado enfermo. ¡Figúrense los lectores nuestra angustia! ¡Adivinen asimismo las fervorosas súplicas que bañadas en lágrimas derramaban las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús!

El día 2, domingo de septuagésima, se inició favorablemente la crisis de la enfermedad, pero de tal suerte, que al visitar los médicos al enfermo a la mañana del día siguiente, no sabían darse cuenta de la notabilísima e inesperada mejoría (1).

Pronto se rehizo del quebranto causado por la enfermedad, y ya en marzo leemos de nuevo artículos suyos en la Revista, sobre el tema, para él tan dulcemente grato, del Patriarca San José. Este año existía un motivo especialísimo, por cuanto León XIII acababa de declarar, accediendo a las súplicas de los Obispos españoles, día festivo de precepto el del glorioso y virginal Esposo de María.

La devoción que sentía don Enrique al Santo Patriarca era inenarrable. No me resisto a copiar aquí algunos de los párrafos verdaderamente emotivos del artículo que escribió en el mes de marzo con motivo de este gran acontecimiento a que nos referimos.

¡San José! ¡San José mío! , ¡quién pudiera conocerte y amarte como te conocía y amaba mi querida Madre Teresa de Jesús!, ¡quién pudiera, Santo de mi corazón, como Teresa de Jesús hacerte conocer y amar por tantas almas que no te conocen ni te aman!

¡Oh Santo mío!, hallar tu devoción es hallar un riquísimo tesoro que basta al alma en todas sus necesidades. Porque tú eres al alma atribulada fortaleza, al huérfano Padre, al ignorante Maestro, al débil esfuerzo, al tentado guía, al alma que te ama suavísima delectación.

¡Tú eres el Amado de mi alma!, con Jesús que llevas en tus brazos, que criaste por mí, que guardaste por mí, que nutriste por mí, que educaste por mí.

¡Santo de mi corazón!, recordando tus dolores y gozos bajo esta hermosa palmera que me recuerda tus dolores y tus gozos; rodeado de pinos en medio de estas densas selvas que me traen a la memoria tu huída a Egipto, quiero recordar los gozos que me has alcanzado, y los dolores que has arrancado de mi corazón.

Yo no sé, Santo de mi alma, cuándo despuntó tu devoción y el cariño hacia ti en mi alma: sólo sé que tu imagen agraciada no recuerdo haberla visto jamás sin que dulcemente haya recreado mi corazón.

Cuando mi cristiana madre contaba las fiestas que una anciana sencilla te consagraba y los transportes de gozo a que se entregaba en el día de tu fiesta, bailando en tu honor, mi alma saltaba de gozo en tu obsequio y me obligaba a exclamar: "¡Oh, qué gran Santo debe ser San José! ¡Cuán bueno y atento, pues así mueve a expresar a sus devotos la gratitud de que están poseídos sus corazones para con él!"

Con los años creció en mí esta devoción; y las horas más suaves y quietas de mi vida son, bien lo sabes, Santo mío, las que he pasado conociéndote, amándote, contemplándote y haciéndote conocer y amar.

Tú, mi Provisor en todas mis necesidades espirituales y temporales; tú mi verdadero Padre en mis cuitas; tú mi mejor consejero en mis dudas, mi fortaleza cuando el desaliento ha querido penetrar en mi alma. ¡Bendito seas mil veces, Santo de mi corazón, Señor San José, bendito seas! Alábente los cielos y la tierra y cuanto hay en ella. Los cielos pregonen tus grandezas. Mares, fuentes y ríos, alabad y bendecid a San José. Palmeras del bosque, que le prestasteis sombra fugitivo a Egipto, contadle mis amores. Céfiro blando que recreaste tantas veces su fatigado cuerpo, llévale mis suspiros. Ángeles de paz que le acompañasteis, ofrecedle mis plegarias. Niño Dios, que te dormiste en sus brazos, dile los deseos de mi corazón. María Inmaculada, que le llamaste Esposo y descubriste sus alegrías y pesares, descúbrele los secretos de mi corazón.

3. Creo que es ése un momento crucial en la vida de don Enrique. Tranquilo ya por lo que se refería al porvenir espiritual de la Compañía, cuyos éxitos y prestigio iban cada día en aumento, don Enrique hubiera emprendido en este momento la nueva tarea de fundar los Misioneros Teresianos y los Hermanos Josefinos, a que su espíritu infatigable venía empujándole hacía tiempo, a no ser por dos obstáculos terriblemente penosos que se levantaban en su camino: el pleito y la situación política de España. Del primero ya conocemos los enormes dispendios de energía de toda índole que le ocasionó. Hablemos algo de la segunda.

4. Fue ésta, durante los años 1890 al 96, en que muere don Enrique, lamentable y triste como venía siendo y precursora de mayores tristezas en un futuro que se veía inmediato. Sigue la farsa de los partidos políticos que se turnan y suceden en el poder haciéndose mutuas concesiones unas veces y declarándose otras implacable hostilidad. En el seno de cada uno son frecuentes las rebeliones y discordias dando lugar a la acostumbrada proliferación de grupos y grupitos que contribuyen a la esterilidad y el desconcierto. Pablo Iglesias se lanza a una propaganda tenaz e inteligente entre los medios obreros, cuyos frutos se harán sentir muy pronto. Por primera vez en 1890 se celebra el uno de mayo la Fiesta del Trabajo. Estallan huelgas y motines callejeros. En Barcelona, sede del anarquismo español, se producen los primeros atentados a veces con numerosas víctimas. El país se encuentra a sí mismo sin pulso

y sin ilusión. Apenas se ha salido de la guerra de Melilla de 1893, cuando empiezan a percibirse los síntomas de la catástrofe que irremediablemente se producirá en Cuba y Filipinas. Una profunda y dolorosa apatía se observa en la casi totalidad de los ambientes de España. Algunas veces cruzan la superficie de la vida nacional, fugaces y meteóricas reacciones de muy diversa índole, motivadas por acontecimientos ocasionales que conmueven y agitan los sentimientos de los españoles sin otra trascendencia positiva y fructífera. Tal sucede, por ejemplo, con motivo de la muerte de Gayarre, el naufragio del "Reina Regente", la aparición de la novela "Pequeñeces", la explosión del "Cabo Machichaco"…

Como si un misterioso maleficio pasase sobre la vida de España, se consumía este pobre país lleno ya de pena y desdichas.

5. En el campo estrictamente católico la situación dejaba también mucho que desear. Seguía manifestándose con la más destemplada acritud la profunda discordia que pulverizaba sus fuerzas. Nuevamente León XIII, ahora en términos mucho más severos, llamaba la atención de los católicos españoles sobre este aspecto tan lamentable. Fue en una carta de felicitación que dirigía al Obispo de Urgel, con motivo de un documento Pastoral que este Prelado publicó comentando la Encíclica "Sapientiae Christianae". Vale la pena reproducirla por la formidable lección que encierra. Aun hoy no se puede leer sin cierta tristeza.

Venerable Hermano: Salud y bendición Apostólica. Así como Nos ha sido por extremo grata, así estimamos igualmente acomodada a las presentes circunstancias, la carta que has dirigido al clero y pueblo a Ti confiados, que Nos ha sido transmitida por manos de nuestro Amado Hijo el Cardenal Ministro de Estado, en el cual, siguiendo las huellas por Nos marcadas en varias Letras Apostólicas y muy en particular en la "Sapientiae Christianae", has exhortado a los católicos españoles a que, dando de mano a las discordias, que los traen en opuestos bandos divididos, vengan a una perfecta concordia de pensamiento y de acción.

Porque es verdad deplorable que de algunos años acá, engañados muchos de ellos y divertidos por aficiones de partidos o banderías políticas, no menos que por humanos intereses, hayan descendido a la arena para combatir unos con otros bajo la dirección y mando de unos pocos, que abusan de la eximia religiosidad de ese pueblo para humillar a los adversarios, con los que se hallan en discordia en materias políticas, para satisfacer codicias y privadas aspiraciones y para convertir en propia sustancia las cosas que son de Dios.

Cuál sea el espíritu de que se hallan denominados esos jefes en su modo de obrar, lo demuestra el hecho de que se arroguen en la Iglesia el ministerio de la enseñanza pronunciando su fallo acerca de la fe y de la sana doctrina de los hermanos; que no quieren ayuntarse en las empresas que a la Religión interesan con aquellos que tienen enfrente, ni aún dentro de los mismos templos; que se llenan cada día públicamente de públicos ultrajes por medio de la prensa periódica; que, desnaturalizando y torciendo el sentido de documentos, de suyo nada equívocos, en los cuales reprueba su conducta la potestad eclesiástica, los aplica a su propio parecer y dictamen; que al ser severamente amonestados, no cesan de buscar sagazmente escapes y efugios, tergiversándolo todo a su modo; finalmente, que, desconfiados y recelosos con sus Pastores, aunque de palabra manifiestan acatamiento y reverencia, mas de obra y de verdad menosprecian su autoridad y dirección. Ciertamente se deduce de lo expuesto, que estas contiendas y solapadas enemistades enteramente indignas de la condición de cristianos, no sirven para el fomento de la religión y de la verdad (según se pretexta), sino para otros opuestos fines. Por lo cual, si después de tan extraordinaria solicitud, inútilmente empleada por Nos y por los Obispos para desviarles de una senda erizada de escollos, se obstinan persistiendo en su tenaz juicio, cosa clara es que aborrecen la luz y que prefieren ser ciegos y guías de otros ciegos. Todo lo cual es a la verdad para Nos muy sensible, pero se nos hace todavía más acerbo el ver que, en estas contiendas, por todo extremo lamentable y menguadas, hayan tomado parte algunos eclesiásticos que se han olvidado de su deber, y, lo que es aún peor, algunos religiosos, de antiguo distinguidos por su fidelidad y amor a la Sede Apostólica, los cuales, secreta o públicamente, ayudan con gravísimo daño de los más altos intereses de la Iglesia y de la patria. Así, por ventura sin pensarlo, se han convertido por su imprudencia en ministros de la venganza divina, aquellos mismos que habían tomado a su cargo el ministerio de anunciar la paz en nombre del mismo Dios.

Reflexionando Nos todo esto, hemos considerado muy oportuno y apropiado a los presentes tiempos lo que leemos en tu Carta, en la que, con sabiduría y claridad, han expuesto las causas, la gravedad y origen de este pernicioso contagio que inficiona la España, los daños que del mismo son de temer, así como los remedios que para su destrucción deben adoptarse.

No podemos menos por lo tanto, de ensalzar con el elogio que se merece, el empeño con que cooperas a Nuestra constante solicitud y te esfuerzas en atraer de nuevo a los fieles españoles a la caridad perfecta y absoluto concierto de los mismos, según así lo exigen las necesidades de la Iglesia, en los presentes tiempos y los estrechos deberes de los cristianos puestos en sociedad. De ahí también que alimentemos la risueña esperanza de que tu excelente trabajo surta los suspirados efectos, contribuyendo a este fin con sus esfuerzos los demás hermanos en el Episcopado, mediante, ante todo, el auxilio de Dios y la protección de los Santos Patronos con que tan justamente se gloría la España; conviene, a

saber: que los católicos, atendiendo a la voz de sus Pastores, y puesto por debajo todo mundano interés, con ánimo vigoroso digno de la fe de sus padres, y con estrechísima unión de voluntades, se lancen a la carrera, a manera de falange, para la defensa de la Madre común, que es la Iglesia, afligida hoy por tan grandes pesadumbres y combatida por tantos y tan enfurecidos enemigos.

Alentado en esta esperanza, en testimonio de Nuestro afecto, os damos muy amorosamente en el Señor la Bendición Apostólica a Ti, Venerable Hermano, como también al Clero y fieles confiados a tu vigilancia.

Dado en Roma, en San Pedro, día 20 de marzo del año 1890 y trece de Nuestro Pontificado.

LEÓN PP. XIII

6. Ante este panorama se comprende perfectamente la terrible y penosísima soledad en que se debatía un hombre como don Enrique que orientaba toda su lucha, moviéndose, por decirlo así, en la región de las ideas puras. Porque ideas puras eran, en contraste con los intereses minúsculos, frecuentemente bastardos y casi siempre torpes de muchos católicos, aquellos planes de don Enrique que si demandaban una realización inmediata, sólo muy a la larga habrían de producir la renovación que él iba buscando. Pero al fin y al cabo la producirían, que era lo interesante. Lo otro no conseguiría jamás nada eficaz. Todo se reducía a gimoteos estériles, protestas ruidosas, insultos recíprocos.

La clara orientación que marcaba don Enrique en el problema de la enseñanza y cuestiones afines – objetivo principal de su lucha – se perdió entre aquella frondosa vegetación de desconciertos y amarguras que oprimían a la mayor parte de sus contemporáneos. Porque se equivoca quien crea que la suprema y única ambición de don Enrique era la Compañía de Santa Teresa. Esto no era más que una batalla en la lucha emprendida. Vencida la cual, habían de venir otras más interesantes aún. Dos Congregaciones de hombres – Misioneros Teresianos y Hermanos Josefinos – con idéntico espíritu, aunque con muchas más posibilidades de acción, precisamente por ser de hombres, constituía ahora su más ardiente anhelo. La formación del Clero en los Seminarios Diocesanos era otra gran preocupación suya, si bien en cuanto a esto la marcha victoriosa y certera de su íntimo amigo, don Manuel Domingo y Sol, le ofrecía ya una solución venturosa y muy bien concebida, por lo cual no era ello lo que más le inquietaba.

7. Renunciar a la lucha, jamás. A pesar de los disgustos del pleito, a pesar de la situación de España, a pesar del silencio poco alentador con que se encontraba, él siguió adelante. Sólo la muerte, que tan de cerca le rondaba ya, le impediría llevar a cabo sus planes.

Veámosle avanzar, a través de las espesas tinieblas que le rodean, hacia la meta que se ha propuesto. De los seis años que aún le quedan de vida en este mundo, fijémonos en el periodo que va de 1890 al 93, ambos incluidos. Se le ve inquieto y atormentado por una agitación que se acentúa de día en día. No es que se pierda la habitual serenidad de su alma, no. Es que su sensibilidad espiritual acusa cada más los golpes que sobre ella descargan los acontecimientos, llenos de tristes presagios. Es el hombre de celo que crece y se agiganta ante los peligros de la hora y sufre inevitablemente porque no puede conjurarlos. Los ve venir y desarrollarse, señala las causas, llama la atención sobre sus consecuencias irreparables. Las antenas de su comunicación con el mundo exterior le traen todos los días noticias amaras, que, para un hombre de tan fuerte concentración espiritual como él había legado a ser, tienen un origen común: la falta de sentido espiritual en las acciones de los hombres.

Se producen las huelgas de Barcelona e inmediatamente escribe haciendo sabias consideraciones sobre la necesidad de una mayor justicia de parte de todos y una mejor educación de los obreros (1890). Se enfrenta continuamente con el hecho de la descristianización pública; recoge, de diversas publicaciones nacionales y extranjeras, muestras evidentes de la influencia de la masonería; clama una y otra vez sobre el peligro de la enseñanza laica, estimulado ahora por la Asamblea de Maestros celebrada en Madrid en 1891, en la que pidieron que se evitase a toda costa en las Juntas Locales y Provinciales de primera enseñanza “la ingerencia del clero, los alcaldes y los caciques”; exhorta a los españoles sin cesar a la práctica de un cristianismo “no averiado” – como él dice – sino íntegro y conforme con las exigencias de su fe.

Y sobre todo, como si a ello le llevase su irrenunciable vocación de pedagogo, amigo siempre de concretar hasta el máximum posibles ideas y orientaciones, resume sus normas y consejos en la necesidad de seguir cada día con más fidelidad los caminos que va señalando el Papa. Apenas hay un número de la Revista Teresiana en que deje de comentar documentos pontificios.

8. Y cuando León XIII, desde la cumbre solitaria de su sabiduría lanza al mundo la "Rerum Novarum", inmediatamente don Enrique hace una edición sumamente económica y numerosísima de un "Catecismo de los Obreros", sacado a la letra de la Encíclica de Su Santidad: "De opificum conditione". Era un folleto en forma de preguntas y respuestas, que se difundió por toda España.

No solamente por escrito propaga estas preocupaciones e inquietudes. También cuando da Ejercicios, cuando predica, cuando fomenta peregrinaciones y Congresos, como el de Zaragoza, que tiene lugar en estos años. Se consigna de ahora, que repite constantemente, es "dar la cara por Cristo". En otro orden de cosas, y mirando hacia el interior de la Compañía, hizo que en sus Colegios, particularmente en los de Cataluña, se fundaron Escuelas para obreras con clases nocturnas los domingos y aun algunos días de entre semana. Publica nuevos ediciones de "El Cuarto de Hora de Oración", y otros dos libros titulados "El Devoto Josefino" y "Tesoro de la Juventud".

Por cierto que esto último lo anunciaba diciendo: "tenemos a la venta un librito muy estimable; consta de 1.000 páginas y se vende al precio de seis reales en rústica". Yo no sé si lo de *librito* lo diría por el tamaño o por el precio. Desde luego es un dato muy elocuente para comprobar la diferencia de gustos de una a otra época. A nosotros nos asustaría hoy poner en manos de la juventud un volumen de 1.000 páginas y mucho más llamarle librito por las buenas.

También en esta época, y siempre bajo su dirección, las Madres de la Compañía empezaron a publicar diversos tratados pedagógicos de la llamada "Escuela de Santa Teresa". He aquí alguno de sus títulos: Religión y Moral, Aritmética, Economía e Higiene, Páginas del Cielo. Pronto alcanzaron gran difusión estos libros por lo bien hechos que estaban. De todos ellos, para lograr la necesaria acomodación a la diversa edad del alumnado, se escribían tres grados: Rudimentos, Compendio y Curso Superior.

Así aparecía don Enrique en estos años, incansable, polifacético, tenaz, paciente. Sus ansias místicas no son obstáculo para sus propósitos de lucha. En septiembre del 93 escribía: "Con el favor del cielo, emprendemos con nuevos alientos la propaganda teresiana, y pronto esperamos poder redundar en mucha gloria de la Santa de nuestro corazón y que ha de ser de completa satisfacción para nuestros lectores". "Propaguemos sus escritos y su devoción". "Y cuando los días son malos y los tiempos peores, esforcémonos por prestar este gran servicio a nuestro Rey Cristo Jesús, haciendo que viva y reine en todos los corazones de todo sus fieles hijos por el conocimiento y amor de Teresa de Jesús".

9. Dos acontecimientos. Dos acontecimientos de grata significación tuvieron lugar en este periodo de hemos historiado. El primero, de carácter íntimo y profundamente personal para don Enrique, fue la celebración del 25 aniversario de su primera Misa. El día 2 de octubre de 1892, la Basílica de Montserrat, Catedral de las Montañas, lucía con todo su esplendor en la solemnísima fiesta religiosa que allí se celebraba, conmemorativa de la de aquel día ya lejano en que el joven sacerdote Ossó, subía por vez primera las gradas del altar. Ahora todo era distinto. Sólo una cosa no había cambiado: el alto sentido de holocausto y consagración a Dios con que el sacerdote celebrante se unía a la Víctima del Santo Sacrificio. Este 2 de octubre no era más que el último punto de una línea recta que había empezado a trazarse veinticinco años antes. Don Enrique, o la fuerza del espíritu: eso era todo. Le acompañaban los monjes del Monasterio, el Obispo de Urgel, doctor Casañas, las Madres del Consejo, muchos sacerdotes amigos de Tortosa y Barcelona, y cuatro Hermanas que acababan de llegar de América con la primera postulante que desde aquellas tierras venía a ingresar en las filas de la Compañía.

Una devota anciana, que no sabemos de qué rincón de Cataluña había venido a visitar a su patrona la Virgen de Montserrat – dice Altés en la crónica que escribió en la Revista – al asistir a la fiesta, no sólo se acordó de que 25 años antes, en el mismo día, un joven sacerdote (nuestro Director) había cantado su Primera Misa, sino aun del sermón que entonces se predicó. ¡Cuántos, ¡ay!, no pudieron volver como ella!

Fue para don Enrique una jornada llena de las más dulces emociones.

10. El otro feliz suceso a que me refiero fue la aprobación oficial de la Compañía como Instituto Religioso docente por parte del Gobierno Español, con lo cual quedaba a cubierto de posibles interferencias obstaculizadoras que acaso se presentasen algún día, dado el confuso panorama político de España.

Firmaba el decreto el 1 de mayo de 1893 el ministro de Gracia y Justicia, Montero Ríos, bien conocidos por sus resabios anticlericales. Bien estaba este reconocimiento oficial. Pero lo importante era el progreso real y efectivo que la Compañía había alcanzado. Los barcos de la Transatlántica conocían ya muy bien a aquellas monjitas, vestidas de seglares, que hacían la travesía para difundir en América el buen olor de Santa Teresa y de España. Más de una vez el marqués de Comillas las condonó el pasaje o lo redujo a precios ínfimos. Tenían un buen valedor las Teresianas. Era el insigne poeta Verdaguer, Capellán de la familia del marqués y buen amigo de don Enrique.

En mayo del 91 salieron catorce Hermanas el día 5 y otras ocho el 25, para fundar en Morelia (México) y reforzar a las ya existentes en Puebla de los Ángeles. En noviembre se hacen a la mar otras nueve con rumbo a Montevideo, reclamadas por el Obispo de la diócesis. Un año más tarde – noviembre del 92 -, otra expedición de dirige a Mérida de Yucatán. En marzo del 93 se abre una nueva fundación en Chilapa (México), donde estaba de Obispo el gran favorecedor de la Compañía, doctor Ibarra. El recibimiento que les hicieron en esta ciudad fue apoteósico. Ello fue debido en primer lugar al interés personalísimo del Prelado y en gran parte también a la propaganda que a favor de la Compañía venían haciendo, tiempo ha, los periódicos católicos de México al comprobar los magníficos resultados de la pedagogía teresiana en los dos aspectos: académico y moral.

También en Portugal se había logrado ya la nueva fundación de Torres Novas. En cuanto a España, en noviembre del 93 se abría al colegio de Valencia en la calle Ensendras, preludio del que años más tarde habría de construirse por iniciativa de la Madre Saturnina. Hoy este colegio es, si no el mejor, uno de los mejores que para la educación de la juventud femenina tiene la hermosa ciudad del Turia.

(1) Pasó esta enfermedad en el colegio de la calle de Junqueras, donde tenía una habitación reservada para su uso.

CAPÍTULO XLI

CARTAS DESDE ROMA REVELADORAS DE SU INTIMIDAD ESPIRITUAL

1. La Peregrinación Obrera organizada por el Marqués de Comillas.- 2. Don Enrique acude a Roma para defender el pleito.- 3. Preciosos testimonios de su epistolario.- 4. Un nuevo libro escrito junto a las ruinas del Coliseo.- 5. Regreso a España.

1. Preparándose para el fin.- El año 1894 transcurre para don Enrique con iguales características que los inmediatos anteriores. Del mismo género son sus comentarios hablados y escritos y también sus preocupaciones íntimas. Se producen nuevos golpes de terror en Barcelona y la intranquilidad se extiende por las diversas provincias españolas. Los periódicos dan cuenta un día con toda la jubilosa trompetería de su fervor propagandístico, de la conversión de Barrantes, el famoso director de las Dominicales del Libre Pensamiento, publicación que se había hecho célebre por su cruda clerofobia.

El acontecimiento cumbre del año en el orden social cristiano lo marca la peregrinación obrera organizada por el Marqués de Comillas, para ofrecer a León XIII el homenaje del proletariado español, con ocasión de la beatificación del Venerable Juan de Ávila. Quince mil españoles, entre los que predominaban los de condición humilde, se concentraron en Roma en el mes de abril. León XIII se dirigió a la peregrinación con un discurso conmovedor, leído en castellano por Monseñor Merry del Val, en el que manifestó su más ardiente cariño a España. Al terminar la lectura, las Juntas de la Peregrinación, las Comisiones y toda la tripulación del vapor "León XIII", uno de los varios buques de la Trasatlántica que habían transportado a los peregrinos, se acercaron al Papa para recibir su especial bendición.

- ¿De qué buque sois capitán? – preguntó el Pontífice al jefe de los marinos que le eran presentados.

- ¡Del "León XIII", Santidad!

- Sois, pues, mi capitán – contestó el Papa.

A lo que el marino replicó inmediatamente con voz atronadora, que dejó estupefacto al glorioso Pontífice:

- ¡Viva mi rey León XIII! – y toda la inmensa masa de peregrinos contestó con un *viva* colosal y estruendoso que llenó por completo las grandiosas naves de la Basílica de San Pedro.

2. Don Enrique también acudió a Roma este año, aunque no con la peregrinación. Le llevaron allá los asuntos del pleito que por entonces acababa de ser fallado definitivamente en contra suya por el Tribunal de la Rota española. Una gran pesadumbre – la de la contradicción que tan duramente se clavaba sobre él – oprimía su alma. Don Enrique logró que se suspendiera la ejecución de la sentencia y se aplazase toda resolución hasta que la Santa Sede decretase otra cosa, lo cual, al menos de momento, representaba un alivio extraordinario.

Acaso le ayudara en sus gestiones su gran amigo don Manuel Domingo y Sol, habitual residente en Roma por haberse inaugurado ya para estas fechas el Colegio Español.

3. A cambio de otros datos que desearíamos poseer, sí que nos es permitido asomarnos casi de puntillas a la ventana de su intimidad espiritual durante esta larga temporada que pasó en Roma desde abril hasta finales de agosto. Ello es posible gracias a una serie de cartas preciosísimas que desde allí escribió, libradas providencialmente de la destrucción que han sufrido otros ricos testimonios de su abundante epistolario.

Espero que, por lo menos las Religiosas de la Compañía, me agradecerán el que transcriba parte de las mismas.

1ª. Dirigida a la Superiora General.

Viva Jesús y su teresa en su hija Rosario Elíes, Superiora General de las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Felices Pascuas del Espíritu Santo os desea vuestro P. y C., llenas de sus dones y frutos. Yo la he pasado bien esta mañana en San Pedro celebrando en el altar de la Cátedra de San Pedro.

Decid a esas novicias que no resistan al Espíritu Santo, espíritu de verdad, de amor, de caridad. Es padre de los pobres. Sed humildes. Todo el bien nos viene de obedecer al Espíritu Santo, todo el mal de resistirlo. Pongamos todos, pues, en esto todo nuestro cuidado. Que no haya ninguna hija de Santa Teresa de Jesús que resista al Espíritu Santo. Sería la mayor desgracia. Si sois dóciles a las inspiraciones del Espíritu Santo, al contrario, esa casa será un cielo, si le puede haber en la tierra, porque reinará en ella el Espíritu de Dios. La Maestra de Novicias, que no se canse de inculcarlo a las Hermanas, mis hijas en Jesús y su Teresa, porque es esta vedad fundamental y práctica, de la que depende todo el bien de las almas. Yo lo he pedido mucho al Espíritu Santo, y hasta tengo hecho propósito de hacer una novena *de obsequios al Espíritu Santo*, que, por desgracia, es poco amado de las almas.

Viene después el párrafo, relativo al pleito, trascrito en la página 288 (cap. XXXII)

2ª. De la misma fecha y sobre el mismo asunto. La pluma, sin embargo, corre más animada y se siente palpitar la emoción de su espíritu:

Viva Jesús y su teresa en sus hijas Teresa Plá, Luisa, Agustina.- San Gervasio.

Felices Pascuas, en el Señor, llenas de los dones y frutos del Espíritu Santo, os desea vuestro P. y C. Hoy he pasado todo el día en San Pedro, mientras un sol espléndido iluminaba la misma silla. ¡Qué hermoso espectáculo! Por tres ventanas de la gran cúpula entraba la luz del sol, y sus rayos doraban con nuevo brillo la Sagrada Cátedra, como emblema de la luz del Sol de la verdad que esparce sus rayos benéficos y celestiales para iluminar a todo el mundo. He oído después el Oficio solemne. S. E. Cardenal Rampolla, presidía de capa magna. ¡Qué música tan hermosa! ¡Qué voces tan angelicales! *El Veni Sancte Spiritus* parecía cantado por un coro de ángeles. Bien se estaba allí. ¡Qué será en el cielo! El Espíritu Santo nos lo conceda por su gracia y amor, como se lo he pedido con gran fervor muchas veces. No resistamos ni contristemos al Espíritu Santo. Decidlo a las Hermanas, mis hijas en Jesús y su Teresa, pues todo el mal o todo el bien en su origen nos ha de venir de aquí. Sed verdaderas, sed dóciles, sed humildes y el Espíritu Santo os llenará siempre en sus dones, porque es Espíritu de verdad, *de caridad* y porque es *Padre de los pobres.*

3ª. Dirigida a las novicias. Es un documento de inestimable valor para conocer los puntos fundamentales de la educación espiritual que él quería darlas. Un santo cariño, propio de quien se siente padre de sus almas, late a través de sus líneas:

Viva Jesús y su Teresa en mis queridas hijas en el Señor, las Novicias de Jesús.

¡Cuánto tiempo que no he recibido nada de vosotras! Yo creo que si amaseis en el Señor como yo os amo, no os sufriría el corazón. Ya que se acerca el día en que cumplirá la Compañía 18 años (23 de este mes), no quiero dejar de escribiros y recordaros el cumplimiento de las Reglas por carta, ya que no puedo de palabra. Una religiosa todo loo tiene en sus Reglas. Cumpliendo éstas, está segura que agrada a Dios y se hace santa, y alcanzará el cielo. Por eso día y noche debéis meditarlas y practicarlas. Ellas son como la escala segura para subir al cielo, ellas son los raíles para andar veloces por el camino de la perfección; ellas son el muro y antemural que guarda vuestra alma de todo peligro; ellas son, en una palabra, todas las cosas. Por eso pido yo al Ángel de la Guarda de esa Santa Casa que de continuo clame a maestra y novicias: "Cumplid las Reglas, observad las Reglas, amad las Reglas, guardad las Reglas". Porque hecho esto, todo está hecho, y si esto falta, todo falta. El amor de Dios se ha de ver en vuestro amor a las Reglas: el amor a vuestra alma se ha probar por vuestro amor a las Santas Reglas. No lo olvidéis. Estudiadlas, aprendedlas bien y practicadlas mejor. Sobre todo fijaos en aquella palabra que todo lo dice: *con todo ahínco*, que es traducción de lo que nos manda el buen Jesús en el precepto de amar a Dios con *todas sus fuerzas*. Porque si en vuestra y perfección no ponéis *todo el ahínco*, ¿en qué lo pondréis? Si a vuestra alma no amáis, ¿qué y a quién amareis? Observad, pues, vuestras Reglas *con todo ahínco, con todo ahínco, con todo ahínco*. ¡Oh, entonces mis queridas hijas en Jesús y su Teresa!, esa alma será un cielo, como dice nuestra Santa Madre, un paraíso donde vendrá a recrearse el buen Jesús y gozarse en este destierro, donde tan poco se le conoce y se le ama. Muchas oración y unión con Jesús, porque de Él nos ha de venir y viene todo el bien. En este mes entrad todos los días en su Corazón adorable, id a su escuela y aprended, sobre todo su mansedumbre y su amor con su humildad. Él nos lo dice: venid a mí todos los que trabajáis y estáis cansados y yo os aliviaré. ¿Estás tentada? Marcha al Corazón de Jesús. ¿Estás triste, gimes, lloras? Anda al Corazón de Jesús. ¿Te hace guerra tu genio, tus pasiones? Pide al Corazón de Jesús. Todas las cosas hallarás en tan divino Corazón: remedio a todos los males, gracia para toda salud. Ninguno tan Padre y tan buen Padre como Jesús. Acostumbraos a servirle con espíritu filial. Decid siempre: este trabajo me lo manda mi Padre, bendito sea; este dulce me lo envía mi Padre, alabado sea; porque cosa mala no puede venirnos jamás de la mano de tan buen Padre que nos ama con infinito amor.

Yo espero, si seguís estas lecciones, al veros, que deseo y espero será pronto, hallaros a todas Reglas vivas, *abrasadas, consumidas en el amor de Dios*. Las viejas, porque ya tantos años que sirven y regalan y son regaladas por su esposo; las jóvenes novicias porque estáis en el primitivo fervor. Redoblad vuestras súplicas a mi intención y haced algún obsequio extraordinario a tan adorable Corazón de Padre y de Esposo, cual es el dulcísimo Jesús, que yo no ceso de pedir por vosotras y por todas las hijas de la

Compañía de Santa Teresa de Jesús, que *ninguna eternamente se pierda de las que mueran* en la Compañía, sino que todos nos veamos en el cielo, donde gozaremos de aquella vida de arriba, que es la vida verdadera, como canta nuestra Santa Madre. Os bendice vuestro P. y C.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

16 junio, 1894.

4ª. Detalles y consejos llenos de oportunidad y delicadeza:

Viva Jesús y su Teresa en sus hijas de Montevideo.

No sé por qué quiero tanto a vuestras almas. ¿Será porque estáis tan solitas en medio de ese inmenso mar, cercadas de tantos peligros y tan pobrecitas y débiles?

Os mando una Virgen del Buen Consejo, hermosísima y agraciada, con un Niño Jesús como su Madre. Hacedle un hermoso cuadro y téngalo en su despacho la Superiora y a tan dulce Madre pida consejo en todo, con humildad, y no la dejará errar. Lo mismo debéis hacer todas las hermanas cuando os convenga, que tan buena Madre, ya os oirá. Otra fotografía de la Virgen y San José y el Niño Jesús que da de comer a las gallinas, os mando también para que os sirva de modelo en vuestra vida de trabajo por Jesús. Creo lo que me dicen de esas gentes…, alegraos, mis hijas, en el Señor, porque os da una parte de su viña, tan necesitada…

Cuanto más trabajo, más ganancia; todo por Jesús, que Él os ha de recompensar.

Además, debéis procurar repetirles muy a menudo sentencias breves, que se les graben en el corazón y esperar y orar, que la gracia dará su fruto, y sobre todo vosotras tendréis vuestro premio.

El sistema homeopático, como previene el Tesoro de la Juventud, que todas las niñas deben tener, es el que da más buenos resultados en esas cabezas ligeras y que nada retienen. La paciencia todo lo alcanza.

Vosotras, mis hijas, mucha oración y unión con Jesús, que de aquí os ha de venir todo el bien.

Siempre os acordad que sois como arterias de ese Corazón divino, habéis de comunicar la vida, calor y movimiento sobrenatural a las almas que os confíen, y esto no puede hacerse, sino estando unidas con su Corazón adorable por el amor. Sed sencillas como la paloma y prudentes como la serpiente; humildes, modestas, recatadas, calladas, sufridas y santas.

He recibido vuestras cartitas, aunque no de todas. ¿Qué hay alguna hija de Eva? ¿Por ventura no soy yo Padre de todas, que sólo unas cumplen y otras no, con este deber?

Mucho deseo veros y veros Reglas vivas.

Vuestro Padre y Capellán, que os bendice,

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Roma, mes del Sagrado Corazón, 1894.

5ª. Respira gratitud y anhelo de correspondencia a los favores divinos:

Viva Jesús y su Teresa en sus hijas de la Compañía.

Roma, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, 1894.

Amadas hijas en Jesús y su Teresa: Hoy cumple 18 años la Compañía de Santa Teresa de Jesús y al dar las gracias a Jesús y su Teresa por tan insigne beneficio, me mueve a darle nuevas gracias por tantos y tan innumerables beneficios que le ha dispensado en el día de hoy. ¡Cuántas hermanas y almas, al cielo han subido por su medio! ¡Cuántas alabanzas y conocimiento y amor de Jesús se han repetido! ¡Cuántas tentaciones! ¡Cuántas contradicciones, cuántos combates se han vencido con su amor y gracia! ¡Cuántas!…pero, ¡ay!, más fácil sería reducir a cuenta las estrellas del cielo que las gracias recibidas. Digamos, pues, en este día y siempre: Por las gracias infinitas recibidas…gracias, Jesús y su teresa, gracias. Por esto, al recordaros por escrito, ya que no estoy presente y no puedo con mis palabras, una práctica de gratitud, la más amada del Corazón de Jesús, y que deseo os sirva de examen y obsequio en su mes, por ser la más provechosa, es que seáis dóciles a las inspiraciones de la gracia; que no resistáis a la gracia del cielo que de continuo el Corazón de Jesús envía a vuestras almas.

Si siempre, como esposas de Cristo, encargadas de un modo especial de celar su honra, debéis fomentar los intereses de Jesús, procurando con todo ahínco mirar por sus cosas para que Él mire por las vuestras, más lo debéis hacer en su mes.

¡Oh qué pocas almas hay que amen de veras a Jesús!

¡Cuán pocas que sean dóciles a su voz, y vivan y trabajen unidas a su Corazón! ¡Cuán pocas que le conozcan y amen y trabajen con todo ahínco para hacerle conocer y amar!

A lo menos, mis hijas en el Señor muy queridas, sed vosotras las enamoradas de Cristo Jesús, siguiendo las huellas de vuestra Santa Madre Teresa, toda y exclusivamente de Jesús. Pedidles que os envíen una centella de sus corazones, un dardo de fuego divino que nos haga vivir y morir abrasados del divino amor. Yo esto pido en todas mis oraciones, visitas y misas en esta ciudad santa: que todas las hijas

de la Compañía de Santa Teresa de Jesús sean confirmadas en gracia; que todas las que mueran en la Compañía, se salven, que todas vivan y mueran abrasadas y consumidas en el divino amor como para mí deseo.

¿Os gusta la petición?

Pues haceos dignas de ella, mis hijas, con vuestra correspondencia a la gracia.

Recordad lo que todo los días repetís tantas veces: Sin Ti, Jesús mío, nada podemos hacer, contigo todo lo podemos.

Aumentad la confianza en tan divino Rey, Esposo y Amante, y Él os guarde dentro de su Corazón a todas, viviendo abrasadas en su amor, como lo pide vuestro Padre y Capellán que os bendice.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

6ª. Dirigida a las novicias bajo el calor del mes de julio y bajo el fuego de su devoción a María:

Viva Jesús y su Teresa en sus hijas de la Compañía, Novicias. Jesús.

Ancona Loreto, día de la Visitación de la Virgen, 1894.

Hemos visto la Santa Casa de Nazareth en Loreto, donde nació la Virgen y fue educada y se encarnó el Verbo en sus purísimas entrañas y la saludó San Gabriel con el Avemaría y vivieron tantos años Jesús, María y José.

Aquí está la cocina, un plato, la puerta por donde entraban Jesús, María y José. Aquí está la ventana, las mismas paredes, los mismos ladrillos. Aquí la saludó el Ángel, aquí el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; aquí estaba obediente a María y José y trabajaban, gozaban, comían y dormían… ¡Qué bien se está aquí! Yo no me movería; es un cielo en la tierra. Hemos celebrado la santa Misa hoy, día de la Visitación. ¡Qué devota el alma! He orado por todas y cada una de vosotras para que siempre recéis bien el Avemaría; he puesto a todas a la puerta por donde entraban Jesús, María y José, y pedido os pisoteen y huellen y aniquilen la hija de Eva y sólo vivan y reinen en vuestros corazones Jesús, María y José.

¡Qué bien se está aquí, meditando en Jesús, María y José!

Salimos para Asís y allí concluiremos la carta con el favor de Dios.

Pide a Jesús, María y José os bendigan vuestro Padre y Capellán.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Llegamos a Roma sin novedad y leo vuestras cartitas. Os bendice vuestro Padre y Capellán.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

7ª. Sobre el mismo asunto:

Loreto – Asís – Roma

2 - 3 - 4 julio 1894.

Viva Jesús y su Teresa en sus hijas de San Gervasio.

Hemos visitado la Santa Casa de Loreto, celebrado Misa y orado, una Avemaría angélica por cada Hermana de la Compañía para que os la enseñe a rezar bien siempre. Os he puesto a todas las hijas de la Compañía a la puerta de la Santa Casa de Nazareth, por donde entraban y salían Jesús, María y José, y he pedido que las huellas, maten y aniquilen, para que sólo viva la hija de María y Teresa de Jesús.

En esta casa transportada por manos de Ángeles de Nazareth a Loreto se obraron los más grandes misterios.

Aquí nació y fue educada María Santísima.

Aquí fue saludada por el Arcángel Gabriel.

Aquí se encarnó el Verbo en las purísimas entrañas de María.

Aquí vivieron Jesús, María y José.

Aquí durmieron, trabajaron, descansaron Jesús, María y José muchos años.

Aquí celebró la Misa San Pedro y consagró su Iglesia.

Aquí se han obrado y obran innumerables milagros.

¡Qué bien se está aquí! Yo no me movería. Se ven las mismas paredes, las mismas ventanas por donde entró el Ángel y saludó a María, la cocinilla, un plato, etc., etc.

Trasladaos en espíritu muchas veces, hijas mías, a esta Santa casa, y orad, trabajad, dormid, descansad, comed, etc., con Jesús, María y José; a la vista de Jesús, María y José. La que esto haga la doy por muy aprovechada. Todo en su unión y con Jesús, María, José y Teresa de Jesús. Amén.

Hemos visto San Francisco de Asís: visitado donde nació y murió, y la Iglesia de la Porciúncula.

Hemos visto el rosal sin espinas, las hojas teñidas con manchas como de sangre, la cárcel…

Pero, ¡ay! Loreto hace olvidar a Asís, por más santo que sea. Os bendice y espera hallaros pronto Reglas vivas vuestro Padre y Capellán.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

8ª. Contiene preciosos consejos a una Superiora:

Viva Jesús y su Teresa en su hija Dolores Folch. Montevideo.

He recibido en ésta vuestras cartitas, y antes de salir de esta Santa Ciudad, que será pronto con el favor de Dios, te escribo dos líneas.

No escaseéis las cartitas, que yo, cuando pueda, ya os escribiré, pues ya sabéis cuánto amo a vuestras almas. Cuídate mucho, hija mía en el Señor, pues me das pena si te descuidas con el gran trabajo que lleváis. Tómalo todo con paz. Imita el modo de gobernar de Jesús y su Teresa: por amor todo va mejor. Toma a cada Hermana como es, y procura hacerla lo que debe ser, con amor y constancia. A medida que crezcan en el amor y unión con Jesús, todo se les hará más fácil. Ten sobre todo un corazón de hija, y sírvele como a Padre que te ama y ayuda. Esta consideración lo hará todo más suave. Dios es mi Padre, Jesús mi Esposo, yo no busco sino conocer su voluntad y hacerla, ¿qué puedo temer? Pon tú especial cuidado – recuérdalo a las Hermanas -, en hacer todas las cosas con *espíritu de fe*. Arriba los corazones, los deseos, las miradas, las obras, todo a Jesús y por Jesús. Somos de Jesús. Oh, repetidlo muchas veces, hijas mías: ¡*Jesús mío y todas las cosas!...Señor, Tú sabes que yo te amo. Dadme la perseverancia y el aumento en el divino amor.* Tú todo mío y yo toda tuya…, ¡qué feliz soy! ¡Viva Jesús!

Me parece que no eres aún bastante generosa con Jesús. En tu corazón se registra algún apego sobre todo a ti misma. ¡Es tan sutil nuestro amor propio! Pídele te lo arranque de tu corazón para que sólo viva y reine en él el amor a Jesús.

A esas Hermanas que vivan cada día más solícitas de conservar la unidad de espíritu en vínculo de paz.

A las niñas mucho Catecismo, pues se ve hay una ignorancia espantosa en la Religión, por eso no la aman. Además inculcadle el Cuarto de Hora de Oración, y el examen particular, confesarse así que puedan, y comulgar, que estas cosas reforman en gran manera las almas.

Y tú, hija mía, no te descuides en el adelantar cada día más y más en el amor y unión con Jesús, pues ya sabéis que esto ha de formar vuestra felicidad temporal y eterna. ¿Cuándo, hijas mías, viviremos sólo y moriremos por Jesús? Él nos lo alcance por intercesión de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, como lo pide tu Padre y Capellán que te bendice.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Roma, 10-7-94.

Las adjuntas para las nuevas esposas.

9ª. Otra vez a las novicias. La visita a Monte Casino le hace insistir en la necesidad de la observancia:

Viva Jesús y su Teresa en mis hijas Novicias. Jesús.

Jesús mío y todas las cosas. Paz, paz, ora y labora.

Oye, hija mía, la voz de tu Padre y practica sus consejos.

Monte Casino, día de San Enrique, 1894.

Meditando estaba en este lugar santo donde vivió y murió San Benito, Patriarca de todos los Monjes de Occidente, donde escribió su vida y vio subir al cielo el alma de su hermana Santa Escolástica, dirigiros una exhortación para provecho de vuestras almas y no he hallado otra mejor, más provechosa y eficaz, que el recordaros: *cumplid vuestras Santas Reglas, cumplid vuestras Santas Reglas, cumplid vuestras Santas Reglas*, porque si esto hacéis, lo tendréis hecho todo para vuestra felicidad temporal y eterna.

¡Oh amadísimas hijas en el Señor!, leyendo sobre este monte santo vuestras Santas Reglas, las he hallado más santas, más perfectas, más cabales, y he dado gracias a Dios por vosotras y por las que han de venir después de vosotras, por haberos llamado a perfección tan singular.

Todo lo tenéis en vuestras Santas Reglas, observadlas y guardadlas y ellas os guardarán y os harán crecer en el servicio y amor de Jesucristo, a quien sea la gloria por todo. Amén.

Sobre todo, mis hijas, en Jesús y su Teresa, esmeraros en servir y amar a Dios como Padre muy amado que os ama con infinito amor. Cuando comáis, pensad que aquello os lo envía vuestro Padre; cuando tengáis trabajos, pensad que os los envía vuestro Padre, cuando oréis acordaos sobre todo que pedía a vuestro Padre y siempre orareis bien.

Sobre todo, mis hijas carísimas, en obsequio de vuestro Padre Celestial, sirviéndole con afecto filial. Trabajad sin descanso con todo ahínco por tener corazón de hijas en el servicio de Dios y yo os doy por santas y la paz de Dios reinará en vuestros corazones.

Nada temeréis, nada amareis, nada evitareis ni nada pasareis sino lo que conozcáis quiere vuestro Padre Celestial.

Así, esa casa y todas las de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, serán ya una antesala del cielo, un ensayo acabado de aquella vida de arriba que es la vida verdadera, como cantaba vuestra Seráfica Madre.

Adiós, mis queridas hijas en Jesús y su Teresa. Ellos os guarden siempre en la fiel observancia de vuestras estimadas Reglas; ellos os hagan conocer por experiencia cuán dulce es su espíritu, cuán suave su cumplimiento y cuán grande el premio de su observancia, y guarden siempre en su Compañía y amor con la santidad que les pide vuestro Padre y Capellán que a todos os bendice desde este Monte Santo.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

4. Así escribía don Enrique durante el tiempo que estuvo en Roma y en Italia. Juzgo interesante el que podamos contemplar estas íntimas perspectivas de su alma. En estas cartas hay una sinceridad innegable y un poderoso aliento de perfección y santidad. El que las escribe es el mismo que lucha, traído y llevado por las incidencias de un pleito amargo y doloroso. Sabemos que pasó muchas horas de soledad en Roma. Orando en los diversos templos de la gran ciudad, descansando junto a sus fuentes y jardines, contemplando ensimismado sus monumentos perennes, nunca con más exactitud pudo firmar los artículos que desde allí enviaba a la Revista con el pseudónimo que tanto le gustaba: *El Solitario*. Muchas tardes, a la hora en que el sol poniente empezaba a ocultar su luz tras las colinas de la Ciudad Eterna, don Enrique regresaba abstraído a su domicilio de Vía Milazzo con un cuaderno de apuntes en sus manos. Eran las cuartillas de otro libro de devoción que muy pronto dio a la imprenta. Lo tituló “Siete Moradas en el Corazón de Jesús”. La mayor parte del mismo la escribió en sus largas visitas a las ruinas del Coliseo, junto a aquellas piedras rotas que tanto le hablaban de sufrimientos, de fe y de amor. Alguna vez llamó él mismo a este librito “el libro del destierro”, aludiendo a las circunstancias en que lo escribió.

5. En los últimos días de agosto regresó don Enrique a España. Inmediatamente reanudó sus ministerios habituales. En el mes de septiembre, Tortosa se vestía de gala para recibir al nuevo Obispo de la Diócesis, don Pedro Rocamora. En Tarragona se hacían preparativos para celebrar el IV Congreso Católico Nacional. Se trataba con estas asambleas de vigorizar el sentimiento de la unidad católica en España. Precisamente en aquellos días se comentaba con fuerte indignación la pseudo-consagración del primer obispo protestante español, en la persona del apóstata P. Cabrera. Don Enrique rescribió artículos sobre este episodio.

En los meses de noviembre y diciembre, nuevas expediciones de religiosas de la Compañía partían para fundar en Zacatecas y Toluca (México).

CAPÍTULO XLII

CRISIS INTERNA EN LA COMPAÑÍA

1. Natural influencia de don Enrique en el Instituto.- 2. Carácter de la Madre Saturnina.- 3. Le sucede la Madre Elíes. Condiciones de esta última.- 4. Prudentes consejos de don Enrique.- 5. Surge el conflicto.- 6. Graves deficiencias en el gobierno de la Compañía.- 7. Inmenso sacrificio de don Enrique.- 8. Su estancia en Vinebre. Construcción de nuevo colegio.- 9. Su último viaje a Barcelona.- 10. "Para qué tener más pena".

1. Crisis interna en la Compañía.- Al lector le falta conocer el servicio más eminente que prestó don Enrique a la Compañía. Como si fuera poco lo que había hecho en su obsequio – concebirla, formarla, fortalecerla y llevarla de la mano hasta alcanzar en 19 años el desarrollo inaudito que acabamos de ver – todavía tuvo que hacer algo más: morir por ella. Cualquiera podría creer que es ésta una expresión literaria más o menos afortunada. Y sin embargo, tiene un sentido real impresionantemente exacto. Don Enrique murió por la Compañía, y con su muerte la salvó de una crisis que amenazaba ser irremediable. Inevitablemente vienen a la memoria aquellas palabras del Evangelio: "El que verdaderamente ama es el que da su vida por sus amigos".

Desde que en 1888 se recibió el "Decretum Laudis" de la Santa Sede, don Enrique tuvo un cuidado exquisito de no traspasar jamás la línea divisoria que, a partir de entonces, ponía límites a su autoridad. Esta venía a ser simplemente moral y de consejo, aun cuando la eficacia de sus intervenciones fuese siempre notable, como correspondía, naturalmente, a su carácter de Fundador y alma de la Compañía.

2. Sabemos ya, que en el Capítulo que se celebró en Tortosa, en diciembre de 1889, fue elegida Superiora General la Madre Rosario Elíes, en sustitución de la Madre Saturnina Jassá.

La vitalidad torrencial y privilegiada de ésta última la había hecho acometer durante su generalato empresas muy difíciles, a las que alguien, menos dotado de energías, hubiera podido calificar de peligrosas y comprometedoras. Ella fue quien influyó más que nadie sobre don Enrique para que se determinase a construir la Casa Madre de San Gervasio. Ella la que dio el salto a América, y, una vez allí, sin miedo a nada y con una visión clarísima, aceptó las fundaciones ofrecidas y se lanzó a edificar espléndidos colegios, convencida de que en el nuevo ambiente había que entrar así, con decisión y prontitud, y con el máximo prestigio posible, para poder ejercer una fecunda acción educativa en las distintas clases sociales que interesaba conquistar. Los hechos la dieron la razón en todo, años más tarde. De excepcional hemos calificado a esta mujer en otro capítulo de este libro. Y francamente lo fue. Piadosísima, austera, autoritaria por temperamento, casi áspera algunas veces, mas no por falta de caridad, sino por su ruda y aragonesa franqueza, estaba acostumbrada a exigirse a sí misma el máximo de sacrificio y de lucha, y esto la llevaba a pedir a los demás, cosas y personas, casi sin darse cuenta, la misma implacable decisión y actitud de heroísmo constante. Tenía dos amores clavados en lo más hondo de su alma: la Iglesia y Santa Teresa. Por cualquiera de ellos, hubiera sido capaz de tirarse al océano dispuesta a atravesarlo a nado, si la hubieran dicho que aquello podía ser útil para extenderlos en el mundo. Y, cosa notable, ya que lo contrario suele ser demasiado frecuente: jamás el amor a Santa Teresa y a su Instituto la hizo perder de vista que esto era al fin y al cabo muy secundario, en la práctica y en el afecto, con relación a la Santa Madre Iglesia de quien ella quería ser apasionada servidora. Muchos Obispos españoles la conocieron y trataron en su larga vida e hicieron de ella rarísimos elogios. Monseñor de la Chiessa, Secretario de la Nunciatura Española, también tuvo ocasión de conocerla. Años más tarde, cuando ya era Benedicto XV, preguntó a un prelado en la visita ad Limina que éste hacía: ¿Vive aún la Madre Saturnina?

3. Don Enrique la formó y sabía muy bien apreciar el valor de sus ricas cualidades. Pero – y aquí se acreditó una vez más de hombre prudente – sabía también que a estos temperamentos conviene frenarlos, abriendo paréntesis en su actividad creadora, por el propio bien de ellos mismos y en atención al variadísimo conjunto de circunstancias que concurren en la obra que presiden: un Instituto Religioso que, por añadidura, está en sus comienzos.

Cuando las electoras se reunieron en Tortosa, lejos de todo intento de coacción vituperable, sino, sencillamente, deseoso de orientarlas en una dirección tan trascendental, procuró que pensaran en las deudas que durante el último generalato había adquirido la Compañía.

Y fue elegida Superiora la Madre Rosario Elíes. Esta era lo contrario de la anterior. Temperamento calculador, frío, menos habituada su alma a las grandes y generosas decisiones que exigen el olvido de sí misma. Sin ánimo de que mis palabras puedan rozar el respeto que merece su memoria, fuerza es confesar que, poco a poco, su espíritu se fue empequeñeciendo y, cuando menos, hemos de decir que no supo estar a la altura de las circunstancias. La Compañía siguió adelante, sí, pero ello se debió más que a otra cosa, al ímpetu que traía dentro de sí misma en el vuelo a que se había lanzado. La Madre Rosario era una buena religiosa, pero nada genial; tímida y vacilante, partidaria de dejar obrar al tiempo como sistema de gobierno. Por añadidura, sus fuerzas físicas fallaron muy pronto como consecuencia de una enfermedad del corazón, que vino a ser crónica. El resultado fue, que, a los dos o tres años de haber sido elegida, empezaron a advertirse deficiencias en el gobierno de la Compañía, que sucesivamente fueron en aumento. Particularmente en este año de 1895, la crisis por que el Instituto atravesaba se manifestó de un modo alarmante. La Madre General hubo de ser viaticada en el mes de abril y todo hacía presumir que nunca se repondría de un modo definitivo. Los médicos dictaminaron que no era compatible con su estado de salud cualquier actividad que pudiera originarla fuertes impresiones.

4. Apoyado en este dictamen y movido únicamente de su gran caridad, don Enrique la aconsejó, primero a ella, en particular, y después, antes las Madres Consultoras, que procurase dar cumplimiento a lo que para tales casos prevenían las Constituciones, a saber: "Que en ausencia o enfermedad grave de la General, gobierne interinamente la Vicesuperiora General"·.

Retirarse una temporada del ejercicio de su cargo, reponer sus fuerzas quebrantadas y volver después a cumplir su difícil misión de gobierno, era lo único que aconsejaba don Enrique, apoyándose para ello, en las más elementales razones del buen sentido, de la caridad y de lo preceptuado por las Constituciones. Su consejo, sin embargo, no sólo fue desoído, sino mal interpretado. Se obstinó la Superiora en creer que lo que pretendía el Fundador era que renunciase definitivamente a su cargo. Fue inútil la delicada insistencia de don Enrique para hacerla comprender que sólo aconsejaba un alejamiento temporal, mientras durasen aquellas circunstancias.

5. Pronto, como suele suceder en estos casos, dado el miserable barro de que estamos formados los hombres, apareció una peligrosa tendencia de desconfianza hacia don Enrique, compartida no sólo por la Superiora, sino por alguna religiosa más, y fomentada por las imprudentes ingerencias de personas extrañas a la Compañía, que alimentaban con sus torpes consejos aquella actitud evidentemente perniciosa. Lo que él sufrió ante esta situación, sólo Dios puede saberlo. Lo del pleito no era nada al lado de esta honda crisis interna de su amada Compañía. Indirectamente y a la postre, del pleito se había ido derivando un gran beneficio espiritual para el Instituto, por cuanto sus miembros, acosados por las presiones exteriores de que eran víctimas, se habían visto fuertemente inclinados a proclamar, como único principio de defensa, su propia perfección y una cada vez mayor confianza en Dios. Ahora, sin embrago, el mal avanzaba por dentro y podía dar origen a una descomposición irreparable.

6. De una carta de don Enrique, escrita en este año, son las siguientes frases:

> No hay Vice-Superioras nombradas en Tortosa, Morelia, Barcelona. Hay Hermanas que ha más de diez meses que concluyeron sus Votos temporales y nada se les ha dicho. La Provincial de Ciudad Rodrigo está deseando carta de la Dirección General, de cosas graves que ha consultado y llevan prisa, y nada se les contesta. En este Noviciado ha mucho tiempo que mandaron informes de las que han de vestir el Santo Hábito y nada se les contesta, haciendo injuria grave e injusticia a la Compañía, como las que ahora lo vistieron después de diez meses o poco menos. En general todas se quejan de que no se les contesta, y así, no escriben ni consultan y se retraen las voluntades y hay un malestar en las almas…

En julio llegó de México la Vicesuperiora o Visitadora General como entonces se la llamaba, Madre Teresa Blanch. Traía el encargo de dos prelados que solicitaban otras tantas

fundaciones. Intentó varias veces hablar con la Madre Superiora para darla cuenta de su viaje y ésta no la quiso recibir. La postura de la Madre Blanch, llegó a ser muy violenta y delicada. Por un lado comprendía su deber de hablar y tratar de poner remedio a la situación, y don Enrique se lo urgía, lleno de confianza en su gestión; por otro, siendo ella la llamada a sustituir a la Madre General, no podía tener gran empeño para con ésta al insistir sobre la conveniencia de acceder a las instancias del Padre Fundador.

Con lo cual, la última esperanza que éste tenía de que las cosas se arreglasen, una vez presente en España la Madre Blanch, se esfumó también.

7. Entonces tomó una resolución, que, a mi juicio, es la piedra más preciosa de la corona que mereció llevar su frente. Al ver que su paternal consejo no obtenía resultado alguno, sino por el contrario era objeto de interpretaciones malévolas y habladurías y reticencias funestas, juzgó ser del agrado de Dios retirarse él de la Compañía y dejar que los acontecimientos siguieran su curso.

A últimos de agosto de este año triste de 1895, don Enrique salió de Barcelona en dirección a Vinebre, su pueblo natal. En silencio, nublados sus ojos por un velo de tristeza inconsolable, con el temor angustioso de que se viniera abajo aquella obra querida que tantos trabajos le había costado. En ella había ido dejando lo mejor de su vida, prodigiosamente dotada por Dios de envidiables talentos. Ahora, muy próximo ya el final de la misma, todavía el Señor hacía pasar a su siervo por el trance terriblemente amargo de comprobar cómo sus consejos eran rechazados. Y precisamente por algunas de sus hijas, situadas en los puestos de más responsabilidad dentro del Instituto. Otra vez, como en los momentos críticos de su combatida existencia, ponía todo su recurso en Dios y en sus manos dejaba la suerte última de aquella obra a la que había consagrado los veinte años más fecundos de su vida sacerdotal y humana. Y se fue a Vinebre, donde estaba construyendo, a sus expensas, un colegio de enseñanza, que regido por la Compañía había de ser el mejor legado que dejase a sus paisanos.

Al salir don Enrique de Barcelona, me pregunto: ¿No pasaría por la mente de la Madre General ni siquiera un leve recuerdo de aquel verano de 1876 en que ella, juntamente con algunas jóvenes más, se reunieron en un pisito de la Bajada del Patriarca, en Tarragona?

Alejado don Enrique de la Compañía, no se crea que dio albergue en su corazón a sentimientos de despecho o enconada amargura. Aquí reside precisamente lo heroico de su renunciación y sacrificio. Su ausencia no significa rompimiento ni evasión, sino sencillamente holocausto. Él se ocultaba y desaparecía para que sus posibles intervenciones, tan reiteradamente mal acogidas, no complicasen más una situación tan difícil. Pero él seguía dando pruebas constantes de amor y protección a la Compañía.

8. Por lo pronto, ni una palabra con nadie sobre lo que estaba sucediendo. Silencio absoluto. Sus labios no profirieron la más mínima queja. Vinebre acogió a don Enrique con el inmenso cariño que siempre despertó su presencia, tan venerada y tan querida. No podían presentir aquellos buenos campesinos que ésta sería la última estancia entre ellos de su Mosén Enrique. Ya venían disfrutando de los beneficios de la Compañía desde el año 1887, en que la casa donde nación don Enrique, heredada después por su hermano Jaime, había sido cedida por éste al Fundador para convertirla en colegio. Desde entonces residía allí una Comunidad de Teresianas que educaba a la niñez del pueblo, con plena satisfacción de sus moradores. Pero don Enrique quería más para aquel amado rinconcito del que había dicho un día que parecía una paloma posada junto a las márgenes del Ebro. Y se decidió a edificar un Colegio de nueva planta que, con el tiempo, había de ser legítimo orgullo de los vecinos de Vinebre.

Llegó al pueblo en los primeros días de septiembre. Antes pasó por el Noviciado, según se desprende de una carta fechada en Jesús, el 9 de este mes. Dice así:

Viva Jesús y su Teresa en sus hijas de Alcira:
He leído la muerte edificante de vuestra Hermana Calbo (e. p. d.).
Sírvaos de modelo y de despertador para prepararos a la buena muerte, que es lo único que nos importa.
Porque al fin de la jornada
Aquel que se salva sabe;
Y el que no, no sabe nada.

Esforzaos en cumplir las Santas Reglas con todo ahínco, y eso os servirá de mucho consuelo y premio.

No consintáis que nadie os aventaje en el amor de Dios y celo por los intereses de Jesús y su Teresa. Hay en esa villa grandísima necesidad. Mucha oración y unión continua con Jesús, de donde os ha de venir todo bien, y nada temáis.

Os bendice y desea veros, veros Reglas vivas vuestro Padre y Capellán.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Jesús, 9-9-95.

L estancia en su pueblo natal se prolongó hasta bien entrado el mes de diciembre, aun cuando la interrumpió para predicar la novena de Santa Teresa en el Noviciado. Aquel retiro tan discreto y apacible vino bien a su alma atribulada. De la familia Ossó – hablo de los más directamente allegados -, quedaban ya pocos supervivientes. Unos años antes había muerto, llena de años y virtudes, la tía Mariana. Sus otros tíos también residían fuera del pueblo. Como igualmente su hermana Dolores, casada hacía tiempo en Ribarroja (Tarragona).

Frecuentes y largos ratos de oración, visitas y limosnas a los pobres, pláticas e instrucciones a los niños en el colegio y al pueblo en la iglesia parroquial. Así pasaba aquellos días, felices en medio de su dolor, sin sospechar que muy pronto se consumaría el tránsito de su vida terrestre hacia la región de la paz en que el Señor le esperaba.

Dio gran impulso a las obras, y nadie que desconociese el drama hubiera podido adivinar el dolor que consumía su alma. En apariencia todo seguía igual.

Del 29 de septiembre es esta carta dirigida a una religiosa de Villanueva y Geltrú:

Viva Jesús y su Teresa en su hija Pilar Pauli. Villanueva.

Llegó el tonelito. El vino blanco este año es muy bueno, y creemos no bajará de *ocho* duros carga.

La limosna mandadla a Tortosa, antes de la Santa Madre, a la Directora del Colegio de la calle de Moncada.

Bien dices que esperas la prueba de tus propósitos. Sé humilde, hija mía en el Señor, sé humilde y caritativa, pues es lo que más te falta.

Me alegro de las pretendientes. No sé como anda la de San Gervasio, pues me salí luego al haber llegado. Decidlo a Padre Fontanals, porque me escribió preguntándolo.

El Colegio adelante, y quedará muy hermoso con el favor de Dios.

El domingo (22) cayó un rayo en la chimenea de esta casa mientras rezábamos el Trisagio en el oratorio, mas no hizo nada gracias al Señor.

Os bendice y desea veros las primeras Reglas vivas vuestro Padre y Capellán.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Vinebre, 29-9-95.

¡Qué bien está ese detalle del tonelito en medio de los azares que estaba pasando! Ese vino a que se refiere es el de aquella viña de su propiedad que se reservó, a la muerte de su padre, para elaborar el vino del Santo Sacrificio de la Misa con destino a los colegios de la Compañía. El sobrante lo vendía siempre a beneficio de la misma.

En diciembre escribe a las de Chilapa:

Viva Jesús y su Teresa en sus hijas de Chilapa:

Mucho pienso en esa santa Casa y os encomiendo a Dios y a Jesús y su Teresa, porque veo es grande la necesidad que tenéis de ser santas para (1) mucho a esas pobres gentes, que tan poco conocen y aman al buen Jesús. Pena grandísima me da. A lo menos vosotras, mis hijas en el señor, amadle por los que no le aman, desagraviadle, y sobre todo, cuidad de esas flores tiernas; crezcan en el santo temor de Dios y por ellas se regenerará esa sociedad.

Hoy recibo en ésta de Vinebre vuestra carta de felicitación y la noticia de los exámenes, y doy por todo gracias al Señor Jesús y su Teresa. Descansad, y aprovechaos en el alma.

Hacemos un lindo Colegio en esta cuna natal, y está ya abierto, gracias a Dios.

Si San José nos trae mil duros, por julio estará listo, con el favor de Dios.

Si tenéis trazas de *recoger* alguna limosnita, tendríais parte, pues es para la Compañía. Yo voy contando esas piedrecitas, y de Chilapa no tenemos ninguna, que yo sepa.

He hecho una novena de la Inmaculada Concepción en ésta. Dicen es hermosa. Cuando imprima, os mandaré. No perdáis la oración y la presencia amorosa de Dios, amadas hijas en el Señor, porque ya sabéis que sin Él nada podemos. Os bendice y desea veros Reglas vivas para venir a veros vuestro Padre y Capellán.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Vinebre, 18-12-95.

Con una sola fecha de diferencia aparece otra, dirigida a las de Montevideo, que también merece ser transcrita. Dice así:

Viva Jesús y su Teresa en sus hijas de Montevideo:

He recibido vuestras cartitas y siento mucho no me diga nadie hay una Regla viva a lo menos y qué medios tienen para ello. Miserias y nada; eso es lo que tenemos de nuestra cosecha.

A lo menos fuéramos verdaderos humildes.

Díganme cómo responden cada día a dos preguntas del examen: 1ª ¿He trabajado con todo ahínco en mi salvación y perfección y de los prójimos? 2ª ¿He elevado el corazón a Dios, con grandes deseos de ser la primera?...

Temo mucho que no os encantéis y hagáis las cosas por rutina y no espíritu de fe, y se retire el Esposo porque estáis en tantas ocasiones, y vosotras sois tan frágiles, tontas y presumidas. Sed humildes, hijas mías en el Señor, sed humildes. Cautelaos de los hombres, de las niñas y de todos en general, porque hay muy pocos siervos de Dios que de veras le amen y le sirvan.

¡Oh qué grandes es la miseria humana!...

Sed pues humildes y caritativas. El Niño Jesús de Belén, en cuya octava de preparación escribo, os abrase, consuma y dé vida y muerte en su divino amor, como se lo pide todos los días vuestro Padre y Capellán.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Vinebre, 19-12-95.

Hacemos un lindo Colegio en esta cuna natal mía. Rogad que provea San José mucho.

Sobre esto de las limosnas, hay un dato que revela una delicadeza exquisita. Cuando no las había pedido él directamente sino que se las enviaban por propia espontaneidad sus hijas, no las aceptaba a no ser que constase expresamente el permiso de la Madre General. Así ocurrió con la Superiora del Colegio del Refugio de Madrid, Madre Josefa Beltrán. Escribe la Madre Ángeles Folch que era ella Vicesuperiora de esta casa y recibieron una limosna de 300 pesetas de libre disposición. Se lo comunicaron al Siervo de Dios preguntándole si quería que se las enviasen. Don Enrique contestó: “Pedídselo a la Madre general y haced lo que ella os diga”. Con frecuencia el permiso fue denegado. Y era un colegio que él levantaba para la Compañía. Todavía desde Vinebre, escribió alguna vez, en un intento supremo de poner remedio al mal, a la Madre Blanch y a otras del Consejo para que viesen el modo de convencer a la Superiora General sobre la conveniencia de su cesión transitoria en el ejercicio del cargo. Todo fue inútil. Él no supo nunca que esas cartas desaparecieron sin saber cómo.

9. Por fin, en vísperas de Navidad salió de Vinebre en dirección a Barcelona. Iba a despedir al excelentísimo señor Ibarra, Obispo de Chilapa, que nuevamente se encontraba en España y regresaba por aquellos días a México. Se hospedó en casa de su cuñada, la viuda de don Jaime.

Allí fueron – sigue escribiendo la Madre Folch -, con permiso de la Reverendísima Madre General, tres Madres del Consejo a visitar al Siervo de Dios y las recibió tan contento y alegre como siempre, y nada les dijo de sus amarguras ni de su pensamiento de ausentarse de la Compañía. Sólo notaron que al despedirse de ellas les pareció que le rodaron dos lágrimas. Les dijo que su correspondencia podían enviarla a Mosén Agustín Pauli, de Tortosa, el cual se la remitiría a su destino. Lo que a mi parecer sufrió el Siervo de Dios en este periodo de su vida no se puede ponderar siendo él de sentimientos tan nobles y delicados. Sólo Dios y su siervo saben las penas y amarguras que pasó en absoluto silencio.

10. Cumplido aquel deber de cortesía y gratitud que le había llevado a Barcelona, el mismo día 24 por la mañana, salió para Villanueva y Geltrú. En el colegio celebró la Misa de Medianoche. Desde allí se trasladó al Noviciado de Tortosa, donde vistió el Hábito a varias religiosas. Pocos días permaneció en Tortosa. Un ansia vehemente de soledad y de recogimiento le hizo dirigirse al Desierto de las Palmas. “Cuando marchó del Noviciado – escribe la Madre Blanch -, las Madres Superiora y Maestra de Novicias le dijeron si quería

despedirse de las novicias y él contestó a media voz: “Para qué más pena”. Y ellas conocieron un estado especial en él, pues el Siervo de Dios conservaba encerrado en su corazón el sufrimiento que padecía”. Es decir, que cuando don Enrique salió del Noviciado, iba ya herido de muerte. Hubiera podido hacerse de él este diagnóstico: con el alma de pena y de dolor.

NOTA SOBRE EL COLEGIO DE VINEBRE: El primer colegio que la Compañía, es decir, don Enrique, estableció en Vinebre, data del año 1877. Fue abierto, como decimos en el texto, no en la Casa Pairal de los Ossó, sino en la que el abuelo de don Enrique mandó construir para su hijo Jaime cuando éste se casó. Situada en la calle Mayor del pueblo, pasó a formar parte de la herencia del hermano de don Enrique, Jaime, el cual consistió de buen grado en que se convirtiera en colegio, pero sin renunciar a la propiedad del edificio.

En el año 1895 emprendió don Enrique la construcción del nuevo colegio con muy viva satisfacción de sus paisanos, los cuales cooperaron acarreando piedra, arena, y otros materiales para las obras. El día que se puso la primera piedra firmaron el acta, las Autoridades del Municipio, los principales contribuyentes y también, por expreso deseo de don Enrique, todos los niños de ambos sexos que sabían poner su nombre. Muchos de los que sobreviven lo recuerdan hoy con orgullo.

Muerto don Enrique, las obras fueron interrumpidas y no se inauguró el nuevo Colegio hasta el año 1904, en el Generalato de la Madre Teresa Blanch. A él se trasladaron las Religiosas y en él siguen educando a las niñas de Vinebre.

La misma Madre General tuvo el feliz acierto de adquirir en definitiva propiedad para la Compañía la casa que hasta entonces había servido de colegio, no sin pagar a los herederos de don Jaime la cantidad de 1.300 pesetas.

En cuanto a la Casa Pairal de la familia Ossó, hermoso edificio de tres pisos, con escudos e inscripciones hoy borrosas, está situada en la Plaza del Caudillo, antes llamada Plaza Vieja. La heredó José, hermano mayor de don Jaime, el padre de don Enrique; pasó después a otro José, hijo del anterior. Éste tuvo cinco hijos, el mayor de los cuales, del mismo nombre, perdió el mayorazgo por haberse casado a disgusto de su padre. Y así el heredero fue el segundo, llamado Pascual de Ossó y Catalá. Del matrimonio de éste, desciende el actual propietario, llamado Pascual de Ossó y de Viala. Reside en Barcelona. Es, por consiguiente, sobrino de don Enrique en cuarta generación.

(1) Parece que falta una palabra.

CAPÍTULO XLIII

MUERTE DE DON ENRIQUE

1. Misteriosos presentimientos.- 2. Dos hechos extraños. “Me acogeré a los PP. Franciscanos”.-3. Se retira al Desierto de las Palmas.- 4. De aquí al Monasterio de Sancti Spiritus.- 5. Recuerdos de su visita.- 6. Su vida en el Monasterio.- 7. Soledad y misticismo.- 8. En los brazos del Señor.

1. En el número de la Revista Teresiana correspondiente al mes de agosto de 1895, don Enrique, El Solitario, escribió un artículo que era todo él la expresión de su deseo del cielo y de la paz divina. Decía así:

DESDE LA SOLEDAD

¡Oh mi Dios, cuándo será
cuando yo diga de vero
que muero porque no muero!

Al Cielo, al Cielo… Esta es la expresión del alma que se cansa de este destierro y busca el descanso y la felicidad perfecta.

Ningún alma o muy pocas han expresado este sentimiento, nostalgia o añoranza del Cielo tan perfectamente como nuestra Santa Madre Teresa de Jesús.

Su glosa “Vivo sin vivir en mí” es verdaderamente el canto triste y el suspiro del corazón de un alma desterrada y que conoce, siente y lamenta con la mayor vehemencia y exactitud los pesares de este destierro.

Todo se pasa. Sólo Dios no se muda. He ahí dos verdades profundísimas que nos moverán a suspirar con más vehemencia por las cosas del Cielo.

Pasa la brevedad de la vida, y con ella todas sus miserias y sus grandezas. ¿Qué hacer, pues?

Asirse bien a Dios que no se muda, y en Él hallaremos el descanso, la paz y felicidad que no pueden darnos todas las criaturas juntas, porque no la tienen, y nadie puede dar lo que no tiene.

Asirnos bien a Dios que no se muda, por las virtudes de la fe, esperanza y caridad.

Asirnos bien a Dios que no se muda, por la gracia, que es participación de la divina naturaleza y empezaremos a gozar algunos sorbos de la felicidad perfecta que sólo se halla en el Cielo.

Y mientras llega tan suspirado momento, cantares de pena, suspiros por el Cielo han de brotar de nuestro pobre corazón gozándose con la contemplación y la esperanza de ser un día ciudadanos del Cielo, para cantar allí eternamente sus misericordias.

Así escribía en agosto de 1895. ¿Era esto un misterioso presentimiento de que estaba próximo el fin? ¿Era acaso el cansancio de un hombre rendido por la lucha y la multiplicación incesante de ímprobos esfuerzos y dificultades? ¿O era sencillamente el anhelo, connatural en un alma como la suya, de ir acercándose cada día más a la dulce mansión de la verdad y de la vida?

Ciertamente, no hay necesidad de recurrir a explicaciones extrañas si tenemos en cuenta que don Enrique, en sus escritos y meditaciones, cultivó con asiduidad este pensamiento del cielo, no sólo como fuente de esperanza en sus luchas y trabajos, sino también como aspiración lógica de su tendencia a la unión con Dios siempre en aumento.

Frecuentemente le sorprendieron sus hijas paseando por el jardín del Noviciado y deteniéndose para orar con los brazos en cruz y mirando hacia la altura, cuando creía que no era visto por nadie. Por ellas también sabemos que una de sus “santas manías” consistía en procurar que la mesa de trabajo en su habitación estuviese siempre bien colocada junto a la ventana para poder descansar de cuando en cuando, dirigiendo su mirada al horizonte infinito que le hablaba de Dios. Como era también costumbre suya, que quería siguiera sus hijas, la de cantar una canción mística a la que él había puesto letra, que se titulaba “La Desterrada”, en la cual el alma suspiraba por las alegrías de la gloria.

Sin embargo, hay dos hechos cuya significación no puede ser menospreciada.

2. Uno es la sensible progresiva acentuación del carácter místico de sus escritos en estos últimos tiempos. Sus artículos periodísticos y los libros que edita o prepara para la imprenta son cada vez más unitivos, más claramente reveladores de que le consume

interiormente ese fuego bien conocido del alma que anhela ver a Dios. Ya el año anterior, en Roma, escribió las "Siete Moradas en el Corazón de Jesús", que eran como un suavísimo intento de lograr el descanso a la sombra del Amado. Ahora, al final de 1895, empieza el "Pequeño Tratado sobre la Vida Mística" que deja incompleto, porque la muerte le sorprende con las cuartillas en la mano. En un hombre que no tiene más que 55 años y cuyo carácter es eminentemente activo y emprendedor, esta tendencia es un claro síntoma. La vida le había enseñado mucho. La última lección que le daba era la ingratitud de quienes más obligados estaban a sus desvelos. Me explico perfectamente el que su alma se deslizase cada día más por aquella vertiente que lleva a Dios con un absoluto desasimiento de todo lo humano. No amargado, ni resentido. Ni siquiera cruelmente desengañado. Estas no serían expresiones exactas. Únicamente – diremos – santificado y anheloso de la perdurable amistad divina, que no falla nunca si produce desconsuelo.

El otro hecho a que me refiero es un episodio histórico que hemos de admitir sin reservas, por muy fuerte que sea la sorpresa que nos cause. Su veracidad está garantizada por las personas que fueron testigos del mismo y ha sido ininterrumpidamente conservado en la Compañía con el respeto que lógicamente merece.

Fue en una de sus últimas visitas al Noviciado. Siempre se había sentido allí don Enrique como en un hogar en el que respiraba una entrañable y santa intimidad. También aprovechaba los momentos de recreación para formar a sus hijas y frecuentemente bajaba al jardín con ellas para hablar dulces y consoladoras conversaciones espirituales.

Esta vez, 6 de octubre de 1895, el tema del coloquio era sobre su propia muerte, y como las religiosas le dijeran que ni siquiera después de muerto las abandonaría, puesto que sus restos descansarían en el Noviciado, don Enrique respondió:

- No tenéis iglesia. No me podéis enterrar.
- Pero, Padre, para entonces…
- No. Llevareis mis restos a Nuestra Señora de Montserrat.
- No, Padre; eso no puede ser. Sus restos estarán donde estemos sus hijas.
- Bien. Si no me queréis en Montserrat, me acogeré a los Padres Franciscanos y ellos me enterrarán en su convento.

La alusión a los Franciscanos era desconcertante y extraña. Jamás había tenido con ellos ningún trato especial. Por eso, sus hijas añadieron con fuerte sorpresa.

- ¿Los Franciscanos? Si hubiera dicho los Carmelitas…

Don Enrique ya no respondió a esto último. Se quedó como concentrado en sí mismo y continuó la conversación por otros derroteros. Poco tiempo más tarde, el lenguaje sencillo de los hechos vino a dar a esta frase suya la confirmación más impresionante. Las cosas sucedieron así.

3. El 28 ó 29 de diciembre, después de haber impuesto el Santo Hábito a un grupo de novicias, salió de Tortosa con dirección a Valencia. El último que le despidió en Tortosa fue el pintor Cerveto, con quien estuvo una media hora en la estación, hablando – dice éste – de Santa Teresa de Jesús y de la eternidad. En Valencia tuvo la satisfacción de encontrarse con su gran amigo, don Manuel Domingo y Sol, quien para entonces había logrado ya la fundación del Colegio Español en Roma. Hubo de ser gran consuelo para aquellas dos almas gemelas, incansables luchadoras desde la primera hora de su sacerdocio, poder hablar íntimamente en este momento avanzado de su vida. Visitó el colegio de la Compañía, e inmediatamente salió para el Desierto de las Palmas, en compañía del Padre José Ramón de Santa Teresa, Provincial de los Carmelitas. En las Palmas no encontró la soledad que buscaba. Eran días de vacaciones y estaban allí, acogidos a la hospitalidad del convento, varios sacerdotes conocidos de don Enrique, gozando del descanso que aquel rincón ofrecía. Por lo cual, se detuvo muy poco tiempo. Dos o tres días nada más.

4. A no muchos kilómetros del Desierto, se encuentra el Monasterio Franciscano de Sancti Spiritus, en Gilet (Valencia). Don Enrique nunca había estado allí. Pero el Padre Provincial tenía gran amistad con aquellos religiosos y se brindó a acompañarle para hacer su presentación al Padre Guardián.

Efectivamente, el día 2 de enero llegaba don Enrique a Sancti Spiritus. Los religiosos sí que le conocían a él por sus escritos y por la fama que tenía en toda la región. La recibieron con la cordialidad y sencillez tradicionales en su Orden, y don Enrique se sumergió dichoso en el silencio de aquella mansión, llena de paz y de quietud.

5. Yo he estado en Sancti Spiritus una limpia y calurosa mañana del mes de julio. Hasta allí llegué desde Valencia, a la que dejé envuelta en su ruido y en su aroma. Una carretera, a cuyos lados se extiende la huerta siempre hermosa de aquella región privilegiada. Después, un camino hacia la izquierda, que me llevó hasta Gilet, pequeño pueblecito, y por fin, más al fondo, entre verde montañas y tierras rojizas, replegado y en silencio, el Monasterio. Franciscano. Cerradas las puertas, cerradas las ventanas, blanca la fachada. Me acompañaba el Padre Guardián, Bernardino Cervera Moratón, hombre verdaderamente exquisito por su sencillez y modestia franciscanas.

Me detuve largo rato, antes de entrar en el convento, ávido de contemplar el panorama. Y comprendí lo que significarían para don Enrique los días que aquí pasó cuando, duramente golpeado por la vida, huyó del mundo y vino a refugiarse en esta mansión, buscando la mística paz que anhelaba su alma. Se levanta el Monasterio en una pequeña hondonada a la que rodean siete colinas, en cuyo número la piedad de los moradores de Sancti Spiritus encuentra un recuerdo de los dones del Espíritu Santo.

En lo más alto de estos siete picos, una cruz de hierro completa la fisonomía religiosa del paisaje. Los ruidos se han extinguido por completo. Solamente se percibe el balido de alguna oveja del pequeño rebaño del convento, que pastorea un hermano lego. También a determinadas horas del día, sobre todo por la mañana y al atardecer, el piar de innumerables pajarillos.

Hacia el Sur, muy a lo lejos, surge la mole del castillo de Sagunto y se abre un pequeño portillo, por el que se ve el mar azul. Crecen por todo el valle y en la falda de la montaña pinos y algarrobos, olivos y limoneros. También el heliotropo y el jazmín. Y cactus gigantescos. A la caída de la tarde, cuando la luz del día empieza a despedirse, todo queda bañado en una dulce, suavísima y sobrecogedora paz que a un alma religiosa le habla de Dios con fuerza irresistible.

A la entrada misma del convento se extiende una explanada de forma rectangular cerrada toda ella por una tapia en la que aparecen toscamente dibujadas las catorce estaciones del Vía Crucis. Altos y espirituales cipreses le dan sombra.

La fábrica del Monasterio es sumamente sencilla y carece de todo interés artístico. Fue fundado en 1404 por doña María de Luna, esposa del Rey de Aragón, don Martín el Humano, pero no se conserva nada de la construcción primitiva. En el interior, todo es también sencillo, limpio y pobre. Una excepción hay que hacer a favor del preciosísimo lienzo de la Virgen de la Divina Gracia, que se venera en la capilla central de la iglesia. Es original del pintor italiano Pablo Mathei y posee una belleza cautivadora. El Padre Guardián, al mostrármela, apenas podía disimular un lírico brote de devoción y de ternura.

6. Este es el lugar a donde vino don Enrique aquel día 2 de enero de 1896. Noviciado entonces y Noviciado ahora. Es decir, casa de formación en que las virtudes crecen como las plantas: en silencio de amor y de paz. No se ha perdido su recuerdo, no. Se le tiene devoción en el pequeño convento franciscano. En seguida advertí en los religiosos con quienes hablé, que, al referirse a él, no le designaban por su nombre. Decían siempre: el santo Varón, el Venerable, el Siervo de Dios…Y es que la fama de su santidad ha quedado plantada allí y echa flores, que se renuevan sin cesar.

Los días tres, cuatro y cinco, los dedicó a hacerse al nuevo ambiente, lo que pudo lograr sin gran esfuerzo por ser aquello lo que precisamente él buscaba.

El día 6 por la mañana, festividad de la Epifanía del Señor, predicó a los religiosos sobre el misterio litúrgico del día. Por la tarde, entró en Ejercicios Espirituales, que se prolongaron hasta el día 13.

Nos consta positivamente que este acercamiento a las fuentes purísimas del divino amor restauró las fuerzas quebrantadas de su alma. Después de practicados los Santos Ejercicios, parecía completamente renovado. Aquella sombra de tristeza que velaba sus ojos había desaparecido. Todo lo había puesto en manos de Dios. Él había hecho cuanto humanamente era posible por su amada Compañía.

¿Qué actividad podía proponerse ahora en el futuro? ¿Perfilar definitivamente las líneas de las nuevas fundaciones de Misioneros Teresianos y Hermanos Josefinos (1), que siempre había venido acariciando? Parece ser que este pensamiento llamó con insistencia en estos días a las puertas de su alma.

Pero al mismo tiempo la misteriosa voz del Espíritu de Dios también le llamaba con dulces solicitaciones. Como si cediese a estos amorosos requerimientos, sin advertirlo plenamente, don Enrique decidió continuar su estancia en el humilde monasterio. Vida de

comunidad en toda regla. Edificaba a todos con su fervor y su recogimiento. Es entonces cuando entre los novicios cunde la persuasión de que aquel sacerdote es un santo. Sin que él lo sepa, recogen con ansia los papelillos rotos de su habitación y hasta las limaduras de los lapiceros, porque lo consideran como reliquias de un hombre de Dios. Le ven transfigurado cuando dice la anta Misa. Observan la continua presencia de Dios en que vive. En el coro, en el refectorio, en los pasillos por donde le ven cruzar, don Enrique es la imagen del hombre abismado en la contemplación de Dios.

7. Así van transcurriendo aquellos días de enero, tibios y perfumados por el sol y la naturaleza generosa. Con frecuencia, don Enrique sale a la explanada y hace devotamente el Vía Crucis. Por la tarde suele sentarse en la barandilla de piedra y, acogido al grandioso silencio de aquel paisaje en que la paz se extiende por el valle como un mensaje del cielo, se queda absorto, con sus ojos abiertos, en vuelo el pensamiento, más aún que la mirada, hacia horizontes que se pierden en una lejanía inabarcable. No escribe cartas. No quiere tener contacto ninguno con el mundo. Aunque ha hecho confesión general durante los Ejercicios, sigue acercándose al sacramento de la reconciliación casi a diario. Once veces lo hizo durante este tiempo brevísimo. Su alma, limpia de siempre, brilla ahora purísima y refulgente.

En sus ratos de conversación prefiere la compañía de los hermanos legos. Siempre fue característica suya ésta de buscar a los humildes y pobrecitos, en cuya sencillez y transparencia encontraba descanso su espíritu. En los ratos que no dedica a la oración sigue escribiendo el “Pequeño Tratado sobre la Vida Mística”. También aparecerán algunas cuartillas en las que trata de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Y una novena al Espíritu Santo.

Así llegamos al día 27 de enero. Siente un ligero malestar, cuya gravedad nadie hubiera sospechado. Lo sabemos por el hermanito con quien tuvo la última conversación, a la luz mansa y tranquila del atardecer. Fue en el jardín. Cuando ya en la altura parpadeaban las estrellas. Al despedirse para entrar en la celda, se quedó mirando al firmamento y dijo: “¡Qué hermosa luna…! ¡Qué cielo tan bello, hermano…! Si por fuera es tan hermoso, ¡qué será por dentro!”.

8. Poco tiempo después, el silencio más absoluto reinaba en el interior del Monasterio. La Comunidad se había entregado al descanso. Hacia la media noche don Enrique sintió sobre sí el golpe que iba a hacer caer su cuerpo para siempre. Es inútil pedir detalles. Todo fue en silencio y soledad como correspondía al que en su vida quiso llamar “El Solitario”.

El derrame cerebral se presentaba fulminante y sin remedio. Aún tuvo energías para hacer un esfuerzo titánico. Se levantó como pudo y envuelto en una manta, vacilando y cayéndose, salió de la habitación, subió unas escalerillas que había, y con sus manos, trémulas e impotentes, dio golpes en la puerta cerrada que separaba la clausura de las habitaciones de la hospedería, y gritó pidiendo auxilio. Al instante, cayó desplomado. Dos religiosos le oyeron y acudieron en el acto. Recogieron su cuerpo en agonía y lo trasladaron a la cama. En el sobresalto y la congoja de aquellos minutos dramáticos no faltó la suficiente serenidad para que uno de ellos hiciese caer sobre su alma tan limpia la última absolución sacramental.

En seguida el corazón de don Enrique cesó de latir. Sus ojos se cerraron. Por las alturas de aquel cielo en el que brillaban las estrellas, el espíritu del gran sacerdote se dirigía hacia Dios.

(1) Los Hermanos Josefinos, otro proyecto al que se refirió varias veces en su Revista, habían de ser una Institución dedicada a educar a la juventud masculina con el mismo espíritu con que lo hacía la Compañía de santa Teresa.

CAPÍTULO XLIV

“POST MORTEM”

1. Es enterrado en el cementerio de Sancti Sipiritus.- 2. Tremenda impresión en la Compañía y viaje apresurado de las Madres al Monasterio.- 3. Duelo en los ambientes católicos de España. Un artículo de Altés en la “Revista Teresiana”.- 4. Testimonios de dolor. Funerales solemnes en Barcelona. Dos despachos de Roma. Empieza el reconocimiento.- 5. Juicios de personas eminentes. Una carta de su confesor en Sancti Spiritus.- 6. La Compañía sigue su marcha. Un deseo ardientemente sentido.- 7. Traslado de los restos al Noviciado de Tortosa. “Soy hijo de la Iglesia”.

1. La muerte de don Enrique dejó a los Padres Franciscanos de Sancti Spiritus sumidos en el dolor y la sorpresa terrible de ver desaparecer a un hombre tan querido y venerado sin que les hubiera sido posible hacer nada en su remedio. La categoría ilustre del fallecido, ni siquiera allí desconocida a pesar de que él lo pretendiese tanto, servía para desconcertarles más en un trance ya de por sí inquietante y doloroso.

Cuando al romper el día la Comunidad de novicios bajó a la capilla y conocieron lo sucedido, una honda emoción embargó su alma. La Misa se celebraba por el eterno descanso de don Enrique, muerto unas horas antes. Y los que, en la corta convivencia de los días trascurridos, de tal manera habían sabido apreciar la santidad del insigne huésped que hasta él se acercaban ansiosos de percibir sus efluvios, ahora eran los primeros que juntaban sus plegarias para rogar a Dios que le concediera el sueño tranquilo de los justos.

¿Qué hacer con el cadáver? La soledad del Monasterio y la inexistencia de comunicaciones fáciles impedían tomar otras medidas que no fuesen las que el recto sentido aconsejaba: concederle enterramiento, como a un franciscano más, en el cementerio del convento. No se conocían tampoco disposiciones de última voluntad del finado. Nadie había allí que le representase, ni familiares ni amigos. Esperaron, pues, los Padres cuanto les fue posible, y por fin, en las últimas horas de la tarde del día 28, le dieron piadosa sepultura. Los únicos acompañantes fueron ellos y el Párroco de Gilet, don Rafael Marín. Este último pagó de limosna el ataúd. Don Enrique desaparecía así de este mundo en medio de la más absoluta soledad, la soledad que él tanto amó.

2. ¿Qué ocurría mientras tanto en la Casa Madre de San Gervasio? Ajenas por completo las Madres de la Compañía a lo que ya era un hecho fatal e irremediable, la primera noticia les llegó en la mañana del día 28. Era un telegrama expedido por la Madre Superiora del Colegio de Valencia, con quien los Padres Franciscanos habían logrado ya comunicar. Decía así: “Padre Fundador, gravísimo o muerto en Sancti Spiritus”. La más desolada turbación y congoja se apoderaron de aquella casa, como si un rayo hubiese entrado en ella hiriendo con viva crueldad a sus moradoras. De su corazón de hijas amantísimas del santo sacerdote brotó a raudales el agua dulce y amarga a la vez de un dolor que tardaría mucho tiempo en extinguirse. En el ánimo de alguna de ellas, albergue de humanas flaquezas en los últimos tiempos, este dolor revestía también la forma de muy agudo remordimiento. Inmediatamente se pusieron en camino hacia Sancti Spiritus las Madres Teresa Blanch (Vicesuperiora General), Teresa Plá (Procuradora General) y Agustina Alcoverro (Prefecta de Estudios). La Superiora General, Madre Rosario Elíes, seguía enferma. En Tortosa se unió a ellas el Capellán del Noviciado, don Agustín Galcerán, y en Valencia el Padre Provincial de los Carmelitas, Ramón Flors, que días antes había acompañado a don Enrique hacia su retiro. Cuando llegaron al Monasterio, se recogían ya en su interior los Religiosos, después de terminadas las ceremonias del sepelio. No tuvieron otro consuelo más que el caer de rodillas sobre la tierra blanda y removida, más blanda ahora por las lágrimas que caían de sus ojos.

Ansiosas de recibir noticias, hablaron largamente con los Padres Franciscanos. Entonces empezó a saberse el ejemplo de vida edificante que allí había dado don Enrique. Sus detalles de extraordinaria y santa amabilidad; su porte exterior, reflejo inconfundible de la hermosura de su vida íntima; su demostración de desprendimiento y de pobreza; sus conversaciones de los últimos días, saturadas de amor a Dios; sus largos ratos de oración. Allí estaba el Padre Alemany, el que pedía permiso a don Enrique para entrar en su habitación mientras ésta trabajaba para estar rezando junto a él porque le parecía sentir su santidad; el Padre Payá, su confesor de aquellos días, quien tal concepto formó de su penitente que años después manifestó que llevaba siempre junto a sí el último escrito de don Enrique en el

Monasterio como un recuerdo santo; allí, los Novicios y Hermanos legos, los que recogían como reliquias los trocitos de papel de los sobres rasgados, cuando él abría la correspondencia.

Las Madres se alejaron de allí, oreado su rostro y consoladas en su aflicción, por el perfume de santidad que el Fundador había dejado. También recogieron sus bienes. Eran éstos un poco de ropa, algunos libros, y unas cuartillas cuyo texto conocemos porque fue publicado después. Y unas disciplinas ensangrentadas.

Por toda España, particularmente en las regiones donde era más conocido, cundió y se comentó con dolor la noticia de su fallecimiento. La prensa católica le dedicó artículos necrológicos sin regatear elogios a su esclarecida vida. Apóstol teresiano del siglo XIX, sacerdote insigne, campeón de la fe al servicio del catolicismo militante, luchador incansable, hombre santísimo, etc., fueron epítetos que se prodigaron aquellos días, salidos de muchas plumas ilustres como postrer homenaje a su memoria. En la "Semana Católica" de Madrid se escribieron estas palabras:

> La vida del fervoroso Presbítero (el Siervo de Dios) fue la de un santo, sus trabajos los de un apóstol, sus tribulaciones las de un mártir, sus producciones literarias semejantes a las de los doctores de los últimos tiempos, sus entusiasmos por Santa Teresa de Jesús, indescriptibles.

Así, otros muchos semejantes. En la Revista Teresiana de los meses de febrero, marzo, abril, mayo, tuvieron el feliz acierto de producir buen número de ellos y allí se conservan para el que quiera complacerse contemplando estos laureles. No podemos menos de transcribir, haciendo caso omiso de los demás, el testimonio de la propia Revista, la fecunda y sencilla publicación que brotó un día de su alma como un grito valiente de amor y de fe en Santa Teresa. El artículo lo firma Altés, el amigo de siempre, que ahora le sucedió en la dirección de la misma. Conserva fresca la emoción de aquellos primeros momentos, como si la pluma hubiera sido mojada en lágrimas. Dice así:

> ¡Don Enrique ha muerto!
>
> Estas fueron las primeras palabras que el día 28 del mes pasado, por la mañana, oímos con espanto al salir a la calle, refiriéndose a nuestro respetado y amadísimo Director. "¡Don Enrique ha muerto!...". Y quedamos mudos, asombrados, sin movimiento, heridos en lo más profundo del corazón, sin acertar a pensar, ni sentir, ni desplegar los labios en tales momentos. ¡Dios mío! Aquello no podía ser; aquello no era; debían engañarse… ¿Por qué nos habían dicho aquella palabra tan extraña, tan inverosímil, tan cruel, tan imposible? Fuimos apresurados, casi tambaleándonos, a ver a las Hermanas de la Compañía y…su estupefacción y sus lágrimas nos lo dijeron todo. Nuestros ojos se humedecieron, salieron nuestras lágrimas ante la idea de aquella muerte. ¡Bendito sea el Señor! –exclamamos para fortificar nuestro corazón que desfallecía -. ¡Hágase, Dios mío, vuestra santísima voluntad en todas las cosas y en todos vuestros siervos!
>
> Sí, lectores teresianos: nuestro Director don Enrique de Ossó, cuyos artículos habéis venido leyendo y saboreando con fruición tan íntima, con tanta edificación para vuestras almas; el fervoroso, apasionado apóstol de la devoción a Santa Teresa de Jesús, a quien no parecía sino que el Señor le había enviado para extender por todas partes las sabrosísimas llamas de este celestial y santificante amor; el Fundador ilustre de la popularísima Archicofradía Teresiana, de la benemérita "Compañía de Santa Teresa de Jesús", del "Rebañito del Niño Jesús"; el autor piadosísimo y suavísimo de tantos libros que, como el *Cuarto de Hora de Oración*, han alcanzado en poco años 15 numerosas ediciones; nuestro amigo del alma y compañero muy querido desde hace más de 40 años, casi toda la vida, ¡ha muerto!
>
> Pero ha muerto como había vivido, ¡ha muerto en el Señor, como mueren los justos, en su Santa Casa, trabajando por Él, pensando sólo en Él y en su alma, colocado en tanta soledad! ¡Bienaventurados los que mueren en el Señor!
>
> El día 28 de este mes, así que se recibió por las Hermanas del Colegio Mayor un telegrama anunciando la tristísima noticia, la Superiora General, que hace mucho tiempo se halla bastante delicada de salud, con la consternación que es de suponer, dispuso que, sin perder tiempo, se pusiesen en camino tres Hermanas del Consejo, la Visitadora General, la Prefecta de Estudios y la Procuradora General, y aunque antes de llegar al Convento de *Sancti Spiritus* (cerca de Sagunto, Valencia) ya supieron que se había dado sepultura al cadáver, quisieron ir a orar sobre la sepultura, que acababa de cerrarse, de su Padre Fundador, recoger las últimas impresiones, santos recuerdos que acababa de dejar en aquella Santa Casa Franciscana.
>
> Desde el día 2 de enero se hallaba entre aquellos observantes hijos de San Francisco, a donde le había acompañado, desde el Desierto de las Palmas, el muy Rdo. Padre Provincial de los Carmelitas, su amigo, pues, en aquella ocasión, deseaba nuestro Director mayor apartamiento todavía que el que le ofrecía el por él tan visitado y amado Desierto Carmelitano. El día 6 predicó en la iglesia del Convento sobre la festividad del día, dejando a los Religiosos edificados y complacidos por todo extremo con su

palabra caldeada siempre en el amor a Dios y su Teresa. En este mismo día empezó a practicar Santos ejercicios espirituales, los cuales duraron hasta el día 13. Había empezado a escribir algunos libros, y proseguía escribiendo algún otro que tenía empezado, por ejemplo, *un pequeño tratado sobre la vida mística*, cuyas primeras páginas fueron publicadas en el número anterior de esta Revista, en forma de folletín. Estaba muy bueno de salud actualmente, y alternaba sus estudios y trabajos intelectuales con la oración, no sin dedicar alguna hora de la tarde a esparcir su ánimo paseando por los deliciosos alrededores del Convento en compañía de los Religiosos y algún otro sacerdote de una parroquia vecina. El día 27, fiesta de la Sagrada Familia y de San Juan Crisóstomo, acompañado de algunos Padres salió a paseo, y como se acercase uno de ellos a una fuente y quisiera beber en ella, don Enrique, viendo sin duda que su compañero no podría hacerlo cómodamente, después de lavar sus manos las unió formando una como concha para recoger toda el agua posible y hacer que viviese en ellas.

Aquella misma noche se recogió a la hora de costumbre, y aunque se sentía molestado por algún malestar en su cuerpo, no hizo caso de ello. Mas serían sobre las once y media cuando los Padres, oyendo recios golpes en la puerta de la clausura, bajaron a abrir, conociendo con asombro que quien llamaba no era sino su respetable y venerado huésped don Enrique, el cual, sintiéndose indudablemente herido de muerte, se había levantado de la cama envuelto en una manta, para llamar a los Religiosos. Al preguntarle éstos a nuestro amigo si se sentía enfermo, les contestó con un movimiento de la cabeza que sí. Cogiéronle en sus brazos dos religiosos para llevarle a la cama. Al llegar a ella, pareciéndole a uno de ellos que nuestro Director se hallaba en los últimos momentos, le dio la absolución sacramental. Aquella misma mañana había confesado. Paréciales en parte que su querido y venerado huésped estaba muerto, pero se resistían los Padres a creerlo, viendo la flexibilidad de sus miembros y suave paz de su rostro, por lo cual esperaron por espacio de dos horas a que recobrara los sentidos. Inútilmente lo esperaron. Don Enrique había muerto.

Aquellos observantes hijos de San Francisco, llenos de inmenso dolor ante aquel tan inesperado espectáculo, pero también profunda e íntimamente consolados en su espíritu por todo cuanto habían visto y conocido en su amado huésped, después del Oficio de cuerpo presente que celebraron en sufragio de su alma, dieron sepultura en su propio y humilde cementerio al cuerpo del que ha sido ejemplarísimo sacerdote y nuestro muy amado Director.

Pero su alma se fue al cielo, como piadosamente creemos. Los pormenores que por conducto de los Padres Franciscanos han llegado a nuestra noticia; las palabras que han salido de los labios del Padre que fue último Director espiritual de don Enrique en aquel recogido claustro; la profundísima veneración que despertó en todos ellos nuestro amigo; el piadoso afán que han demostrado todos ellos por poseer y conservar cualquier objeto, por insignificante que sea, que haya pertenecido al ilustre difunto; todo ello, y otras cosas que sabemos, y otras más que iremos sabiendo, con el favor de Dios, todo ello nos induce, nos obliga a creer, que el que fue nuestro querido y respetable amigo, descansa dichosamente en la paz eterna del Señor.

Amador del silencio y de la soledad, no se contentaba nuestro amigo con la vida tan oculta y abstraída que habitualmente llevaba, sino que solía retirarse muy a menudo en lugares todavía más desiertos, como Montserrat, el Desierto de las Palmas, y algún otro, en donde se ejercitaba espiritualmente, escribía sus libros y meditaba alguna nueva empresa a la gloria de Dios y salvación de las almas. Pero esta vez, pocos días antes de morir, escogió y encontró para su retiro un lugar muy recogido a la vez que delicioso, en donde creyó que no le conocerían sus moradores, pues nunca había estado en él, y a donde no era fácil, por otra parte, que llegasen personas conocidas. Ni los amigos, ni aun las Hermanas de la Compañía tenían conocimiento del lugar en donde a la sazón se hallaba su Padre Fundador. Sólo a un Padre de Valencia había comunicado este secreto, siendo el encargado de recibir y transmitirle la correspondencia. ¿Por qué esta vez tanto secreto para con todo el mundo? ¿Por qué esta vez tanto deseo de completa soledad, de olvido, de apartamiento, de silencio tan profundo?

No lo sabemos. Pero si reflexionamos ahora sobre las palabras misteriosas que encerrando algo como un *adiós* se desprendieron de los labios de nuestro Director antes de salir de esta ciudad; si nos fijamos en algunos párrafos de sus últimas cartas a las Hermanas y a un sobrino suyo, en donde no parecía sino que se despidiese para largo viaje; si atendemos a otras circunstancias que ya entonces no pudieron menos de causar grande extrañeza, pero que meditadas ahora, dan no poco que pensar, ¿no hemos de asentir a lo que ha dicho uno de los Padres Franciscanos, sus últimos compañeros (el cual tenía motivos para conocer los secretos del alma de don Enrique), a saber, que el Señor ha ido disponiendo de la manera más suave e inefablemente amorosa la muerte del que nosotros lloramos…?

Sí, aquel Solitario, que, después de veinticuatro años, no cesaba todos los meses de clamar desde las páginas de la Revista: "Orad, orad, que todo lo puede la oración", a imitación de su amadísima Madre Santa Teresa de Jesús: el que cansado y fatigado de las miserias y naderías de este mundo, experimentaba la dulce y melancólica nostalgia del Cielo, como lo demostraba de tantos modos, singularmente en sus mensuales preciosos artículos titulados *"Desde la soledad"*, en donde el alma y el corazón del *Solitario* se desahogaba con mayor libertad de espíritu ocultándose tras el seudónimo: el que después de luchar y trabajar tanto, y llevado de su ardiente celo, nunca hallaba en la tierra un lugar de bastante reposo y paz para su espíritu superior, especialmente en estos últimos años: el alma grande y hermosa de don Enrique, en fin, ha hallado aquella suspirada Ciudad de paz y de eterno descanso, como piadosamente pensamos.

¡Descansa, sí, en la gloriosa y bendita paz del Señor, sabio, virtuoso y amadísimo Director de esta tu querida Revista, nacida al fecundo calor de tu santo celo! Es verdad que, secada ya tu mano por

la muerte y rota tu pluma, empapada siempre en las dulzuras del amor a Jesús, María, José y Santa Teresa, no seguirás dejando periódicamente estampadas en estas páginas, como lo hacías, las luminosas huellas de tu alma. Pero… ¿cómo dudarlo? Desde el Cielo seguirás, sigues amando lo que aquí tanto amaste en el Señor, bendiciendo y favoreciendo tus obras de celo, así como también a tus amigos sacerdotes, continuadores de ellas; a tus edificantes y valerosas Hijas las Remas de tu predilecta *Compañía*, esparcidas por España, Portugal, África y América; a las piadosas jóvenes de tu *Archicofradía Teresiana* que llena España; a las infantiles asociadas del *Rebañito del Niño Jesús* , a las alumnas de los Colegios Teresianos, a los párvulos, que fueron tus delicias; a las suscriptores y lectores de esta Revista, con sus redactores; y a cuantos conociéndote te amaron en la tierra, y hoy lloran inconsolables tu tristísimo e inesperada separación.

JUAN BTA. ALTÉS, Pbro.

El número íntegro de la Revista, orladas sus páginas de negro, fue dedicado a él con estas palabras:

A la memoria
de nuestro amadísimo y malogrado Director

DON ENRIQUE DE OSSÓ Y CERVELLÓ

PRESBÍTERO
(que santa gloria haya)

dedica este número

LA REDACCIÓN

En este mismo número, el propio don Juan bautista Altés, comenzó a publicar una larga serie de artículos biográficos, que reunidos más tarde en un solo volumen fueron editados bajo el título de “Enrique de Ossó y Cervelló. Apuntes biográficos. Barcelona, 1926” (1)

4. Llovieron sobre la Casa Madre y también en el Noviciado de Tortosa testimonios de condolencia que procedían de todas las clases sociales: Prelados de la Iglesia, Religiosos y Sacerdotes, seglares distinguidos y muchas gentes sencillas del pueblo que habían recibido los beneficios múltiples de Mosén Enrique.

En la mañana del 4 de febrero se celebraron solemnes funerales en el Oratorio de San Gervasio. Ofició de Pontifical, asistido por don Félix Sardá y Salvany y don Buenaventura Rivas, el ilustrísimo señor don Ramón Ibarra, Obispo de Chilapa (México), quien al final de la ceremonia pronunció una sentida oración fúnebre. Motivos tenía para decir que don Enrique seguiría velando por la Compañía, ahora desde el cielo, por cuanto que aquella misma mañana se recibieron y leyeron en público dos despachos de Roma que acababan de llegar procedentes del eminentísimo Cardenal Rampolla. El uno, expedido días antes por correo normal en el que el ilustre Purpurado comunicaba a la Compañía haber sido nombrado por Su Santidad el Papa, Cardenal Protector del Instituto. El otro, era un telegrama en que se asociaba al dolor de aquellos momentos por la muerte del Fundador. El Prelado mexicano decía que era ésta la primera gracia obtenida por don Enrique en el Cielo a favor de la Compañía de Santa Teresa.

En Tortosa, Tarragona, Madrid, Valencia, en innumerables pueblos y ciudades de España y de otros países en donde las obras teresianas tenían arraigo, se celebraron igualmente solemnes oficios, con asistencia de personajes ilustres, para rogar por su alma y ofrecerle el homenaje de la piedad y del recuerdo. Precisamente en Tortosa, en la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, el oficiante fue el Vicario General de la diócesis, quién también y espontáneamente habló del finado, ponderando sus grandes virtudes, “su fe y confianza en Dios solo; su humildad; su espíritu de pobreza; su gran paciencia en las contrariedades que hubo de sufrir, basada en aquel “Nada te turbe” de Santa Teresa de Jesús”.

Empezaba ahora el tardío reconocimiento, como tantas veces sucede, de lo que por divina permisión se le había negado en vida.

5. Don Enrique había desaparecido, pero quedaba la huella indeleble de sus heroicos ejemplos de santidad proclamados en voz alta por unos y por otros. La frase que más

frecuentemente se oía era “que la Santa se lo había llevado al cielo para premiar sus esfuerzos”. El Obispo de Palencia, doctor Barberá, exclamaba de palabra y por escrito: “era un santo de cuerpo entero”. En parecidos términos se manifestaron los Cardenales Casañas y Cascajares y el Obispo de Ciudad Rodrigo, ilustrísimo señor Mazarrasa. El Canónigo Tesorero de la Metropolitana de Tarragona decía a las Religiosas: “Es tan bueno el concepto que tengo formado del Siervo de Dios, que ya pueden ustedes las Religiosas ponderarlo sin temor de excederse: recuerdo aquel atractivo de su persona, que dejaba traslucir al sacerdote santo, cuyas virtudes no se olvidan tan fácilmente”. Así tantos y tantos que con la espontaneidad nacida de la persuasión y del amor se acercaban aquellos días a los Colegios Teresianos para cumplir exigencias de su propia alma más bien que deberes de cortesía. Pero no adelantemos ahora lo que será objeto de examen más adelante, cuando de propósito estudiemos esta fama de santidad que le acompañó en vida y que creció después de muerto.

Quiero cerrar esta ligera crónica de aquellos días dolorosos con la carta que escribió al doctor Marsal, el franciscano Padre Payá, confesor y confidente principal de don Enrique en Sancti Spiritus. Escrita con la serena objetividad de quien hasta entonces no le había conocido, libre de toda opinión preconcebida y sin ningún exceso en el posible panegírico, es un documento valioso como reflejo fiel del espíritu del Fundador en los días que precedieron a su muerte:

Convento de Sancti Spiritus, 11 febrero de 1896.

Muy Iltre. Sr. D. Francisco Marsal:

Aunque no está nuestro Rdo. P. Guardián en el Convento por tener capítulo Provincial en Onteniente el día 13 del que rige, con todo, voy a darle algunas noticias del santo varón don Enrique de Ossó (R. I. P.).

A últimos del pasado año, llegó al Convento del Desierto de las Palmas (Provincia de Castellón) para hacer sus santos Ejercicios anuales y con ánimo de terminar algunos trabajos de propaganda católica. Se encontraba entonces en aquel Convento el muy Rdo. P. Provincial de los Carmelitas Descalzos, amigo suyo, y al saber el fin que se proponía, le dijo que estaría mejor en este Convento, porque allí había bastante gente forastera y le distraerían.

Nunca había estado en este Convento, y lo acompañó el mencionado P. Provincial Carmelita el día 2 del pasado enero. Grandísima verdad es, que los hombres se mueven y Dios los conduce, y no hay duda que el Espíritu Santo condujo a don Enrique a esta santa soledad, para desde aquí trasladarlo al Cielo.

Veintisiete días pasó entre nosotros, edificándonos en todo. Sus conversaciones versaban sobre cosas santas, exhortando a la práctica de la virtud. Su humildad profundísima se veía tratando con mucho gusto con los legos y dándonos a los sacerdotes sus producciones literarias para que las corrigiésemos.

Aquí dio la última mano a una novena que había escrito en obsequio de la Concepción Inmaculada de María Santísima. Aquí escribió un opusculito para propagar el amor a Jesucristo. Aquí escribió una novena del Espíritu Santo. Aquí redactó una carta para los confesores de sus Religiosas, dándoles sapientísimas consejos para la dirección de las mismas. Aquí estaba formando las Constituciones para una nueva Congregación de Sacerdotes, titulada del Oratorio de Santa Teresa.

Al estudiar la importancia de esta última empresa, desfallecía algún tanto su ánimo y se decía: “¿Yo miserable, pretendiendo ser fundador? ¿No hay ya bastantes órdenes religiosas?”. Volvía a reflexionar sobre el mismo asunto y le halagaba el que hubiese una Congregación de sacerdotes teresianos, que comunicasen al mundo el espíritu de la Seráfica Doctora, dando Ejercicios Espirituales, predicando y enseñando en los Seminarios la cátedra de moral y sólo ella. En este estado le sorprendió la muerte el lunes, 27 de enero pasado, cerca de media noche. Al sentirse con el fuerte ataque apoplejético, subió la escalera para llamar y pedir auxilio, y apenas lo advirtieron dos Padres y un Hermano, se llegaron a la puerta del claustro y lo encontraron casi muerto; lo pusieron en seguida en la cama con grande angustia, y al preguntarle si quería algo, expiró (R. I. P.).

El día antes se confesó y celebró el Santo Sacrificio el mismo día de su muerte, sin quejarse de enfermedad alguna. Se puso muy grueso el tiempo que estuvo en este Convento; comía con mucho apetito y disfrutaba en dar paseos por estas montañas. Yo le acompañaba casi siempre, y se franqueaba conmigo con muchísima confianza.

Me eligió por su confesor, e hizo conmigo la confesión general al terminar los Santos Ejercicios, que los principió el día de los Santos Reyes por la noche, el mismo día por la mañana nos predicó con santo celo en la Misa Mayor, sobre el Santo Evangelio del día.

Me edificó oír su confesión general, en la que nada hubo de faltas graves, y sí tan sólo algunas pequeñas faltitas, originadas algunas de ellas del gran celo que le animaba en todas sus empresas de propaganda y esmerado cuidado de su Instituto, la Compañía de Santa Teresa. Vivía enteresianado hasta la médula de sus huesos, y su corazón estaba identificado con el de la Santa Doctora. Yendo un día de paseo nuestro Padre Provincial (que también murió en muy santa opinión el día de la Purificación de la Santísima Virgen – nunc dimittis), don Enrique y yo, nos dijo al P. Provincial y a mí: “Vamos entre los tres

a redactar un librito para acrecentar en el mundo el amor a Jesús, dictando medios al efecto cada uno". Así pasamos santamente el rato de paseo. Los dos creo que están en el Cielo. De los dos he recibido sus últimas confesiones generales y me han edificado sobremanera. De los dos espero oraciones en mi favor para cumplir la voluntad de Dios, viviendo santamente para volver a disfrutar de su amable compañía en el Cielo. Amén. La noche misma que murió don Enrique, después de cenar, estaba contemplando el hermoso cielo, y le decía a un hermanito lego: "Hermano, ¡qué hermosa es la luna!, ¡qué hermoso está el cielo!". Y a las tres horas de estas santas admiraciones entró en la claridad eterna, donde lo creo disfrutando de la presencia de Dios y de la Santísima Virgen María, Ángeles y Santos.

A la mañana siguiente a su entierro, llegaron a este Convento el P. Provincial de los Carmelitas Descalzos, un sacerdote amigo del finado, la Superiora General de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, del Colegio de Barcelona, y dos religiosas más; no pudieron ver ya su cadáver, enterrado en nuestro cementerio.

La intachable vida de don Enrique, me hace creer que está en el cielo; con todo, como los juicios de Dios son inescrutables, roguemos para que si algo tiene que purgar, pronto su alma R. I. P. Le ama en el S. C.

FRAY FRANCISCO DOMINGO PAYÁ

6. Tan abundantes y sentidas manifestaciones de veneración y de cariño al Fundador muerto sirvieron a las Madres de la Compañía como precioso lenitivo en el dolor de aquellas tristes jornadas primeras. Serenados los ánimos y desaparecida poco a poco la natural congoja en que habían quedado sumidas, siguieron adelante en su apostolado protegidas ahora por la intercesión de su Padre en el Cielo. En Instituto iba adquiriendo cada día mayor prestigio. Sardá y Salvany, gran amigo de don Enrique, se ofreció a sustituirle, si necesario fuera, en la dirección moral del mismo. El ofrecimiento, muy agradecido por las Madres, no fue aceptado. Podía caminar solo, en conformidad con el carácter con que en Roma había sido aprobado. La arenilla que, caída en el engranaje, había entorpecido el funcionamiento de su máquina interna en los últimos tiempos, desapareció pronto. En el año 1898, de acuerdo con las Reglas, era elegido el nuevo Consejo Generalicio, con la Madre Teresa Blanch a la cabeza. Se sucedieron diez años de ininterrumpido progreso. Sobre todo en América.

Y así llegaron al 1908, en que entra a gobernar la Compañía la Reverendísima Madre saturnina Jassá, antigua Superiora General.

Cúpole a ésta el honor de lograr convertir en realidad lo que hasta entonces había sido un deseo ardientemente acariciado por todas las Hijas de la Compañía: el trasladar los restos de su amado Padre Fundador, desde el humilde cementerio de Sancti Spiritus a la capilla del nuevo Noviciado de Tortosa. Era justo que las cenizas veneradas de quien tanto las había amado en vida reposaran junto a ellas. Don Enrique había manifestado en el testamento hecho mucho antes de su muerte su deseo de ser enterrado en Montserrat, a ser posible en la capilla de la Santa madre. ¿Era falta de respeto a su voluntad el dar descanso a sus restos en el lugar que ellas tan legítimamente querían? A nadie le pareció así. Sus albaceas y familiares y otras personas de autoridad, consultadas al efecto, convinieron en que era justo dar satisfacción al noble deseo de las religiosas.

7. Y en efecto, obtenidos los permisos necesarios, acudieron a Sancti Spiritus el día 12 de julio de 1908 la Madre Saturnina, la Madre Teresa Rubio, Secretaria General y las Madres Teresa Blanch y Rosario Elíes. Era domingo. Algunos sacerdotes y seglares, amigos íntimos de don Enrique o de la Compañía, se hallaban también presentes. Reunida la Comunidad del Monasterio, se hizo la exhumación y, depositados los restos en una caja de cedro encerrada en otra de cinc, fueron trasladados a la iglesia del convento. Del cadáver sólo quedaba el mero esqueleto.

A las cinco de la tarde se dirigió la comitiva fúnebre a Gilet, donde oficialmente se hizo entrega a la Madre General de los venerables despojos, de lo que se levantó acta notarial. Siguieron hasta Sagunto y aquí fue depositado el cadáver en el Oratorio de un piadoso amigo del Instituto. Al día siguiente, después de celebrar el Santo Sacrificio, continuaron la marcha hasta Tortosa. El cortejo fue recibido por el Clero de la Catedral y ya, acompañados todos de una gran muchedumbre de fieles, aquel don Enrique, reducido ahora a tan pobres y veneradas reliquias, entró en la suntuosa mansión de un Noviciado que él no había visto nunca con los ojos del cuerpo, pero sí profetizado con los del alma. Allí estaba todas las Madres Consultoras, las Provinciales, las Superioras de todos los colegios de la Península, y las diversas Comunidades de la casa. En medio de una emoción indescriptible fueron introducidos los restos en la capilla que iba a ser su morada. Las religiosas se sucedieron velándolos en una

guardia permanente de amor precursora de la que, una vez que se verificase el enterramiento, ya no se interrumpiría nunca. Así, hasta el 15 de julio, fecha onomástica de don Enrique, de tantos recuerdos para aquellas que, mientras vivió, tan cariñosamente le habían agasajado en esta vida. Ahora recibiría el último y más grandioso homenaje.

A las nueve y media de la mañana, se celebraron solemnísimos funerales con asistencia del señor Obispo de Tortosa, don Pedro Rocamora. Pronunció muy elocuente oración fúnebre el Padre Ludovico de los Sagrados Corazones, Carmelita Descalzo, que demostró conocer muy bien los motivos por los cuales toda alabanza era justicia para el sacerdote insigne. Delicadamente supo referirse a las incidencias de días lejanos ya del todo comprendidas ahora, con el cambio que experimentan los juicios de los hombres cuando en sus mutuas relaciones interviene la muerte.

A las cuatro de la tarde, presentes también el Excelentísimo Prelado, los familiares y amigos de don Enrique, y las Religiosas todas, fueron colocados los restos en el sepulcro abierto bajo el pavimento de la capilla. Sus hijas pidieron permiso, que les fue gustosamente concedido, para cortar la tela que cubría su cuerpo, todavía no pulverizada del todo, y se la distribuyeron en trocitos pequeños como reliquia venerable. De todo se formuló el acta notarial correspondiente. Seguidamente se cerró la sepultura con una lápida de mármol en la que estaban grabadas las iniciales alfa y omega, entre ellas el anagrama de Cristo Jesús y la inscripción siguiente:

VIVA JESÚS Y SU TERESA
SOY HIJO DE LA IGLESIA

EXPECTO RESURRECTIONEM
MORTUORUM
HENRICUS DE OSSO
PRESBITER

NACIÓ EN 16 DE OCTUBRE DE 1840
MURIÓ EL 27 DE ENERO DE 1896
ROGAD POR ÉL

R. I. P. A.

Desde entonces hasta 1966 los restos de don Enrique permanecieron aquí, excepción hecha de los amargos días de la revolución comunista de 1936, en que provisoriamente fueron ocultados para evitar profanaciones.

El 7 de septiembre de 1966, fecha en que se iniciaron en Tortosa los Procesos Apostólicos para la Causa de Beatificación, se trasladaron los restos a una arqueta de plata, que lleva la misma inscripción que aparecía en la losa de mármol de la tumba, y que se colocó en un sepulcro nuevo, adosado a la pared, en la parte derecha del presbiterio. Diríase que el espíritu de don Enrique alienta en aquella capilla y sigue hablando a las novicias de la Compañía de sus amores de siempre.

(1) Éste ha sido hasta ahora el único libro que existía sobre la figura amada del Fundador de las Teresianas. A pesar de sus naturales deficiencias – el mismo autor lo concibió no como biografía completa, sino como una colección de apuntes sencillos – merecía mayor divulgación de la que ha alcanzado. Yo debo confesar aquí mi gratitud por el gran servicio que me ha prestado como pauta en mi trabajo.

TERCERA PARTE

FISONOMÍA INTERIOR

CARÁCTER, ESCRITOS, VIRTUDES…

CAPÍTULO XLV

PERSONALIDAD HUMANA DE DON ENRIQUE. SU CARÁCTER

1. Razón de sus estudios.- 2. Paradójicas apariencias.- 3. Explicación detallada. Tenacidad, firmeza y reflexión atenta.- 4. Fidelidad progresiva al ideal. El P. Claret y el ambiente de la época. Generosidad.- 5. Unión del apostolado y la vida contemplativa.- 6. Afabilidad y dulzura.- 7. Humanismo cristiano de don Enrique.- 8. El vestido y la comida. Austeridad amable.- 9. Retrato físico.

1. Toda narración biográfica es una marcha forzada. Los acontecimientos se suceden uno a otros como eslabones de una cadena y tiran de la pluma del biógrafo obligándola a seguir el ritmo que ellos imponen. Lo interior queda así un poco sacrificado a lo puramente externo, razón por la cual se hace necesario emprender de nuevo el camino para detenernos a placer, sin apresuramientos molestos, ante aquellas zonas del paisaje que quedaron envueltas en la penumbra de la sugerencia fugaz o en la oscuridad del silencio absoluto.

Me propongo, por consiguiente, escribir algunos capítulos sobre lo que podríamos llamar vida interior de don Enrique de Ossó: su carácter, sus ideas, su inteligencia, sus virtudes. Sin necesidad de incurrir en repeticiones enojosas, podemos descubrir aún muchos aspectos interesantes. Bien lo merece este sacerdote que ha sido hasta hoy tan poco conocido.

2. En el carácter humano de don Enrique se dan cita varias cualidades aparentemente contradictorias. Por ejemplo, una energía indomable junto a una ternura insospechada. Una gran capacidad de síntesis, puesta de manifiesto continuamente en sus grandes concepciones apostólicas y juntamente una minuciosidad tan penetrante y exhaustiva que llega a aparecer exagerada. Del mismo modo, una potencia creadora tan fuerte que le lanza sin interrupción a nuevas y fecundas iniciativas y a la vez una dedicación tan absoluta a cada una de ellas que no parece sino que vive entera y exclusivamente consagrado a la que en aquel momento se examina. Es un perpetuo enamorado del silencio y de la soledad, y sin embargo, derrocha los ricos tesoros de su vida en un activismo cuyos precedentes es necesario buscar en los grandes santos como San Antonio María Claret o San Juan Bosco.

Don Enrique es a la vez escritor, director de espíritus, predicador de misiones y Ejercicios, catequista y pedagogo no superable, propagandista con sentido moderno, fundador de un Instituto Religioso y precursor con sus ideas de múltiples obras de apostolado que en aquel entonces parecen avanzadas. Contemplativo por inclinación manifiesta, su celo le hace derramarse de tal manera que es conocido por “el hombre que vive en el tren”. A veces, descubren en él evidentes señales de éxtasis y arrobamientos y a renglón seguido le ven trabajar infatigablemente para poder pagar las facturas de alguna obra pendiente o para emprender otras nuevas.

3. ¿Cómo se explica esta viviente paradoja? Escarbando un poco en su fisonomía interior humana, ayudados por un deseo de análisis discreto y objetivo, podemos llegar, así lo creo, a una interpretación bastante exacta.

Desde luego hemos de decir sin tardanza que su natural humano vino al mundo enriquecido desde el primer momento por una cualidad envidiable heredada de su padre, don Jaime: la tenacidad y la firmeza en los propósitos. Su fuga a las montañas de Montserrat, a la edad de trece años, es un claro exponente de lo que decimos. Indica que estamos en presencia de un hombre al cual, como se dice con expresión vulgar, no se le pondrá nada por delante. Y así es. En el Seminario, lo mismo en Tortosa que en Barcelona, obtiene siempre los primeros puestos, gracias a su talento claro y a su constancia en el trabajo. Sin que por eso pierda simpatía, es un joven serio, pensador, reconcentrado. Tiene tres o cuatro años más que sus compañeros habituales, lo cual es un dato interesante para comprender su mayor poder de observación y aprovechamiento de cuanto oye y ve en torno a sí mismo. En sus años de Teología en Barcelona le visitan frecuentemente algunos jóvenes, estudiantes en la Universidad, antiguos conocidos de Tortosa, por los cuales capta perfectamente el ambiente de crisis y desorientación de aquella época. Hasta su alma llegan, pues, las resonancias de la calle, agitada ya por una lucha que se ve aumentar poco a poco. Cuando termina la carrera, su

personalidad se ha definido ya con rasgos muy precisos y concretos: es un hombre preocupado, vigilante y sumamente laborioso.

4. Lo más importante sin embargo es el desarrollo alcanzado en su vida espiritual. La seriedad con que desde el primer momento se consagró a la práctica de la virtud, la exquisita fidelidad a las gracias divinas, su hábito siempre creciente de oración y penitencia fomentan en él de modo extraordinario su tendencia a la unión con Dios sin restricciones. Ha entrado por el camino del sacerdocio de una manera elegante, noble, plenamente consciente. Su renunciación es total.

Tan libre de todo género de coacciones, que en cualquier instante hubiera podido abandonar los estudios en la seguridad de que, al hacerlo, habría causado una gran alegría a su padre. Tuvo siempre a la vista la perspectiva de un éxito humano indiscutible y halagador, con sólo haber dado media vuelta en su camino. Allí estaba, bien establecido en Barcelona, su hermano Jaime, en unión con el cual el negocio hubiera sido redondo. Su propia experiencia de Reus, aunque leve y a muy temprana edad, le garantizaba a su manera la probabilidad del triunfo en la vida. Todo lo sacrifica en aras de su firmísimo decisión de entregarse a Jesucristo.

Así dispuesto, le llega el momento cumbre del Subdiaconado. Creo que es providencial el encuentro con el Padre Claret. El Santo Arzobispo, dotado como nadie de una experiencia apostólica abrumadora, debió de influir en el ánimo del joven Enrique con fuerza irresistible. Él había tenido a España en sus manos y pudo sentir cómo crujía en sus cimientos mismos. Hacían falta hombres de fuego que consumieran y que se consumiesen en el ideal apostólico. Exactamente igual que hoy. Don Enrique sería uno de ellos. Con esta propósito, lentamente madurado a favor de las múltiples y diversas circunstancias que habían ido interviniendo en su vida, entró en el sacerdocio. No ha hecho más que trasponer el umbral y se produce el gran acontecimiento que serviría para sacudir violentamente todas las energías que dormían en su alma. Me refiero a la revolución de septiembre, impresionante y sumamente reveladora. Ella marcará en su vida, como en la de otros contemporáneos suyos, la impronta imborrable de una consagración casi paulina al más exigente apostolado. Esta fue, por decirlo así, la última asignatura de su carrera. En adelante se verá siempre empujado por el viento de la época, frente al cual no hay más remedio que hacer que sople el otro: el viento del espíritu.

Ya está explicada la paradoja de su carácter, que es sólo aparente. La tenacidad que lleva en la sangre nos da la clave para entender su energía en las empresas que abarcó. Como además es un superdotado en lo humano y las necesidades que ve alrededor son múltiples, forzosamente ha de prodigarse y crear movimientos y focos de acción. La falta de hombres capaces y lo apremiante de las circunstancias le obligan a multiplicarse y a convertirse en director y jefe de cuanto va creando. En la catequesis, la Archicofradía, el periodismo, los libros, el problema de la enseñanza, etc., es él el que da en el clavo. Podría limitarse a otear horizontes, señalarlos y seguir adelante. Pero no.

El abundante caudal de que dispone y la generosa entrega que ha hecho de sí mismo, le permite y aún le pide recorrerlos todos, él el primero, subiendo hasta la cumbre y descendiendo a lo hondo del valle. Por eso es a la vez grandioso y detallista, amplio en la concepción y minucioso en las ejecuciones, rápido en señalar el blanco y seguro en la marcha, aun a riesgo de parecer lento. Congresos, viajes, fundaciones, predicación continua, peregrinaciones, propaganda escrita…, a todo llega. Naturalmente, esto no puede hacerse sin un desgaste aniquilador. Él lo sabe muy bien y no hurta el cuerpo a la fatiga. El concepto que tiene del sacerdocio le ha familiarizado con la idea de una inmolación continua de sí mismo. Tan completa llega a ser que moriría bien joven, roto su nudo vital por la explosión de su organismo que, aunque fuerte, se verá incapaz de resistir la presión de un espíritu enardecido.

5. No obstante todo esto, él nunca perdió la tendencia a la soledad y a la vida de unión con Dios, que desde muy pronto se manifestó en su alma. Diríase que si se entregó al apostolado fue por ceder a los requerimientos que de mil maneras llegaban hasta él como un claro indicio de la voluntad divina. El que de joven encontraba un fuerte gozo en retirarse al Desierto de las Palmas siguió siempre fiel a sí mismo. Es el Solitario, el amante de la oración y del silencio, el predicador constante de la vida interior obsesionado con las grandes ideas de la mística, con las que vive indefectiblemente vinculado por su apasionante devoción a Santa Teresa. Don Enrique es un místico empujado a la acción por el Espíritu Santo como la misma Santa Teresa de Jesús. Y por esto, si bien se mira, en todas sus empresas predomina el carácter hondamente espiritual. Oración, oración, oración.

Léanse sus escritos y se le verá como atormentado y esclavo de esta idea. Hasta los niños de los Rebañitos tienen que meditar. La auténtica renovación de la sociedad española que él busca ha de lograrse sobre la base de una vida espiritual densa y solidísima: los simples fieles, los grupos más selectos, los sacerdotes y religiosos, todos a los que él llega a través de sus múltiples escritos y propagandas podrán oírle expresar constantemente el mismo anhelo y proponer los mismos medios, *la oración y la unión con Dios*. Es decir, que entregado de por vida a una actividad exterior alucinante salva la nota más acusada de su carácter contemplativo encaminando la acción a lograr en los demás el mismo propósito de vida interior que a él le consumía. Esto explica la fusión que en él se dio en esos dos aspectos en apariencia contradictorios. Y comunica por ora parte a su apostolado el rango y la alta calidad de lo exquisitamente espiritual. Don Enrique aspiró siempre a lograr vidas extraordinariamente santas.

6. Expuestas así las líneas generales de su carácter, descendamos ahora un poco más hasta completar el diseño que venimos haciendo.

No obstante su energía, don Enrique era un hombre encantador por la dulzura y afabilidad de su trato. Tenía un don de gentes extraordinario. Cuantos le conocían terminaban siendo amigos suyos, cautivados por su trato sencillo y afectuoso. No está reñida, ciertamente, la energía con la cordialidad. Pero es muy frecuente comprobar que los llamados hombres de empresa, tenaces luchadores hasta el final, llegan a aparecer envueltos en una áspera corteza que el roce con la vida va labrando sobre su carácter.

Don Enrique hubo de luchar constantemente con dificultades que parecían invencibles. Era además el suyo un temperamento sanguíneo, fácil para las reacciones vivas e irascibles, en las cuales lógicamente debiera haber caído si se tiene en cuenta la larga serie de episodios dolorosos con que la vida le obsequió. Pero no. Jamás perdió su sorprendente serenidad. Una dulce paz bañaba su rostro. La sonrisa aparecía casi constantemente en sus labios. Los ojos bajos, el andar mesurado, una compostura angelical en todos sus movimientos revelaban bien a las claras el grado de equilibrio y dominio de sí mismo a que había llegado aquel hombre. Cuantos le conocieron afirman que esta manera edificante de conducirse fue, como en San Francisco de Sales, el fruto de una implacable lucha consigo mismo. La referencia al Santo Obispo de Ginebra es fundada, porque nos consta la singularísima devoción que hacia él sintió toda su vida don Enrique. Estudió y divulgó sus escritos y tan amante fue de su sistema de espiritualidad que en la Compañía San Francisco de Sales, por expresa determinación de don Enrique, es uno de los maestros más venerados.

7. Resultado, pues, de este dominio de su carácter y en definitiva de su virtud sobrenatural, fue aquella amabilidad suya tan ponderada por todos; aquella ternura auténticamente paternal, libre por completo de melosidades y condescendencias menos convenientes; aquel discreto humanismo que le hacía repetir constantemente a las Superioras cuando las aleccionaba sobre el modo cómo habían de gobernar a las religiosas jóvenes: "habéis de tomarlas como son para hacerlas como deben ser"; aquel misticismo franciscano que le hacía enamorarse de la naturaleza y reñir con severidad a una Hermana porque un día la vio tirar una piedra a los pajarillos que picoteaban la fruta de los árboles del jardín. Él, por el contrario, los llamaba para echarles migas de pan cuando salía a pasear a la huerta del Noviciado; y acariciaba dulcemente a las palomas que revoloteando por los alrededores de la Casa Madre en Barcelona, habían llegado a hacer amistad con él y se posaban confiadas en sus manos; él también, como Santa Teresa, gustaba de ver campo o agua o flores, con cuya contemplación invadía su alma una celestial quietud que se reflejaba después en todo su ser.

A esta envidiable conjunción de sus ricas cualidades humanas y su vigor sobrenatural debía don Enrique aquel atractivo de su persona, que le hacía ser profundamente querido y respetado al mismo tiempo. Solícito y cariñoso, austero y fuerte, lleno de naturalismo y corrección, era un dechado de cortesía y gentileza. Tenía siempre a punto la frase amable y cordial, la pregunta llena de interés y de sincera atención con los demás. En cambio, rehuía el hablar de sus propios asuntos, y cuando, obligado por las circunstancias tenía que hacerlo, era extremadamente parco y procuraba en seguida elevar la conversación al plano de las ideas generales que constituían el alimento de su alma.

8. Era muy esmerado en el vestir. Limpísimo. No toleraba una mancha. Ero sus ropas – no sabemos cómo se las arreglaba – casi nunca eran nuevas. Por el contrario, acusaban claramente el desgaste del uso prolongado y desde luego la ausencia de todo atildamiento y

afectación. Cuando la ocasión lo exigía, llevaba un manteo mejor que el de costumbre. Pero más de una vez le sucedió volver a casa con otro mucho más viejo y pobre. Ante lo cual, sus hijas, las monjitas, ya no le preguntaban, porque sabían que el suyo había ido a caer sobre los hombros de algún sacerdote necesitado con quien don Enrique había hecho el cambio, como la cosa más natural del mundo.

No fumaba, aunque durante algún tiempo tomó rapé por consejo de los médicos. No bebía vino ni licores. Una tacita de chocolate por la tarde era lo que se permitía en las grandes ocasiones, y siempre más que por él para obsequiar a los amigos, tales como los confesores de la Comunidad o los redactores de la revista.

En sus comidas, una cosa tenía severísimamente prohibida: el que preparasen extraordinarios. Las Hermanas cocineras de las distintas casas lo sabían muy bien. Y si a veces alguna de ellas, llevada por un explicable afán de obsequio al Padre, le servía algún plato distinto de la pobre comida de la Comunidad, bien pronto comprobaba que era devuelto intacto a la cocina. Y al preguntarle por qué hacía aquello, contestaba sonriente: “O tots monjos o tots canonges” (o todos monjes o todos canónigos). Siendo muy parco o moderado en esto de las comidas, tenía sin embargo sumo empeño en evitar toda mal entendida mortificación que pudiese quebrantar la necesaria salud para el trabajo y así, no cesaba de aconsejar a sus hijas que se alimentasen bien y que tomasen algo más que de ordinario cuando tuviesen trabajos, luchas o sufrimientos especiales. De esta manera servirían mejor a los planes de Dios, resistiendo incólumes a la fatiga física o moral que de lo contrario podría originarse, con perjuicio de los fines a que estaban consagradas. Él también se aplicaba esta norma a sí mismo con tal fidelidad que más de una vez la Hermana que le servía se presentó en la Comunidad diciendo con seguridad inapelable:

- Algo grave le pasa a nuestro Padre…
- ¿En qué lo conoce?
- En que se ha servido más que de costumbre, y ya viene haciéndolo algunos días.

En efecto, pronto se sabía después que el Padre había atravesado alguna situación especialmente dolorosa.

Así era don Enrique. Realista, humano, sencillo, lleno de equilibrio, sin merma nunca de lo sobrenatural rectamente entendido.

En lo físico, estatura prócer, robusto y bien proporcionado, lleno de esbeltez. Medía aproximadamente 1’80 metros. Su natural modestia le hacía no aparecer arrogante. Ojos negros, más bien pequeños. Mirada dulce y penetrante. Frente despejada, que en seguida se corrió en una calvicie prematura. Firme el mentón, expresivo de su energía y su constancia. No adusto, como podría colegirse de esa desafortunada fotografía que se ha divulgado por ahí, hecha casi en contra de su voluntad porque no le gustaba que se hicieran. Manos finas y largas. Su viril hermosura exterior era un reflejo de la belleza de su alma.

CAPÍTULO XLVI

DON ENRIQUE EN LA INTIMIDAD

1. Su lugar de residencia. Viajes y conversaciones.- 2. Su habitación en el Noviciado de Tortosa y en la Casa Madre de Barcelona.- 3. Empleo del tiempo. Su jornada diaria de trabajo.- 4. En los recreos.- 5. Testimonios de su bondad.- 6. Delicadeza suma.

1. ¿Cómo era don Enrique visto y tratado de cerca? He aquí una pregunta insoslayable en un estudio biográfico. Nos gusta acercarnos a la vida íntima de los grandes hombres y sorprenderles en los pequeños detalles reveladores de su personalidad.

Con don Enrique ocurre una cosa singular en este aspecto, y es que, por más que su humildad lo intentase, no pudo ocultar jamás su modo de ser. Vivió siempre a plena luz. Ni siquiera tuvo casa propia durante su sacerdocio. Miles de ojos estuvieron clavados siempre en él. Y cuanto más avanzaban los días en la carrera de su vida, más afanosamente era observado por unos y por otros.

Durante los primeros años de su vida sacerdotal – sin que sea posible precisar por cuánto tiempo – vivió en Tortosa, en casa de la familia Vergés (1), a la que abonaba una módica cantidad por su estancia. Es la época del profesor de Matemáticas y el catequista infatigable. Fundada la Compañía, es la casa del doctor Marsal en Tarragona la que le sirve de frecuente hospedaje sin dejar naturalmente el de Tortosa. Y cuando por fin se ve libre de las tareas del Seminario, su domicilio cambia continuamente por razón de los viajes que realiza sin parar. Las fundaciones de la Archicofradía Teresiana, las tandas de ejercicios y misiones populares, el reclutamiento de vocaciones para la Compañía le hacen vivir en una movilidad constante. Los curas de las diócesis de Tortosa, Tarragona, Valencia, conocen muy bien a aquel sacerdote joven, robusto, incansable, que no pierde el tiempo nunca. Es capaz de pasar seis horas seguidas en el confesionario después de haber predicado otras tantas veces. Jamás se enreda en conversaciones de tipo político. Dios y la Iglesia, Santa Teresa de Jesús, la renovación de la juventud, he aquí sus temas casi continuos. El doctor Marsal nos dirá después que muchas veces pudo comprobar en su misma casa que don Enrique pasaba largos ratos entregado a la oración. Siempre que podía, buscaba a los sacerdotes más jóvenes para orientar su celo y avivar su fervor. Lo lograba sin esfuerzo y por testimonio expreso de muchos de ellos sabemos que con gusto se dejaban aconsejar de él porque veían que era un hombre que permanecía en continua presencia de Dios.

Por lo demás, don Enrique no era caro para sus amigos. Extremadamente sobrio, rehuía toda clase de manjares exquisitos. Tenía, nos dicen, una gracia especial para hacer que lo mejor de la mesa fuese siempre a parar al plato de los que con él estaban.

2. Cuando estuvo construido el Noviciado de Tortosa, destinaron para su uso una pequeña habitación del piso bajo, en la cual pasaba el día. Tan pobremente amueblada, que tenía los libros ¡en el suelo! La Madre Blanch, a quien debemos esta noticia, añade que recibió de él una suave reprimenda porque, al volver de un viaje, vio que se los había colocado en un modestísimo estante, lo cual le parecía demasiado lujo. Eran los tiempos en que la pobreza de la Compañía rayaba en lo inverosímil.

Una vez que la Compañía abrió su primera casa en Barcelona menudearon los viajes de don Enrique a la Ciudad Condal. Su hermano Jaime, y, muerto éste, la esposa y los hijos tuvieron siempre reservada una habitación para él, de la que usó frecuentemente. Pero una vez que se terminó la Casa Madre de San Gervasio, en ella fijó su habitual residencia, y como su centro de operaciones. Desde que la Casa se abre hasta su muerte transcurre el periodo más relativamente sosegado de su vida de apóstol, si bien los desplazamientos siguen siendo muy frecuentes.

En Barcelona, pues, trabajaba, escribía y oraba. La madre Teresa Rubio es su amanuense principal, aunque no única. A determinadas horas del día la religiosa baja al despacho de don Enrique para escribir lo que él va dictando o redactar, siempre a sus órdenes, artículos y noticias para la Revista de Santa Teresa y libros escolares. Los muebles del despacho son “sencillos como de estudiante”. Una mesa ordinaria de escritorio, dos o tres sillas, un sillón y otra mesa más alta para seguir escribiendo de pie y descansar simplemente en el cambio de postura. Una puerta interior da acceso al dormitorio: cuatro paredes blancas, una mesita, una silla reclinatorio y una cama pobrísima. Jergón de pajas y nunca colchón de lana. No faltan en esta celda – no podrían faltar – un Crucifijo y una imagen de Santa Teresa.

3. Frecuentemente interrumpe su trabajo y pasa a la capilla a visitar a Jesús Sacramentado. Desde luego, a la hora de la función religiosa de la Comunidad, él es el primero en acudir. Su voz potente y ricamente timbrada se alzaba sobre la de las religiosas y las niñas en los cánticos litúrgicos y piadosos, como en el Viva Jesús de la Coronilla de desagravios y alabanzas, y lo hacía con tal fervor que parecía saborear las palabras y regalarse con ellas. Esta costumbre la observó siempre, no sólo en la Casa Madre, sino en cualquier otro colegio donde se encontrase.

También tenía un empeño especial en que sus visitas al Sagrario coincidiesen con las que reglamentariamente hacen los parvulitos en las casas de la Compañía. No sólo para ejemplarizarles con su presencia, sino para unirse en su oración a la de aquellas almas infantiles. Lo curioso es que los niños también gustaban de coincidir con él y solían decir: "El Padre mira al sagrario y se ríe y no nos ve a nosotros".

Esto del trato con los niños fue el gozo mayor de su vida. Su gran vocación de catequista y pedagogo le hacía entenderse con ellos maravillosamente.

> Rodeado de pequeñuelos – escribe la Madre Rubio – y con una gracia especial que Dios le había dado se abajaba hasta ellos y hacía penetrar en sus almas infantiles el conocimiento de Dios y el amor a Jesús Niño, a María, José y Teresa de Jesús. Daba gusto ver a los parvulitos rodear a nuestro Padre y oír la ingenuidad de las preguntas que hacían y las dudas que proponían.

Cuando llegó a la Casa Madre la noticia de su muerte, cuentan que un niño pequeñín, que no acababa de comprender bien lo que pasaba, se acercó a una de las Madres y le preguntó: "Entonces, ¿ya no tendremos más Padre Fundador?". Y al decirle que no, rompió a llorar inconsolablemente provocando con sus gemidos el llanto de los demás. Pocos hombres a la hora de su muerte habrán recibido un homenaje tan sincero y tan valioso.

Su trabajo era tan regular y constante que muchos han sospechado si tendría hecho voto de no perder un instante de tiempo deliberadamente. Teniendo en cuenta los diversos datos que he podido recoger, su jornada ordinaria venía a ser ésta. Se levantaba un poco antes de las cinco de la mañana, porque cuando las Religiosas bajaban a la capilla a las cinco y media ya le encontraban haciendo oración. Celebraba la Santa Misa a hora distinta del Capellán del colegio. A las ocho u ocho y media ya estaba entregado a su labor hasta la una y media. Después de comer, dormía un poco de siesta, nunca acostado, y a las tres de la tarde, de nuevo reanudaba su tarea. No tenía costumbre de merendar. Por la noche, después de cenar, entraba un ratito en la capilla y hacia las diez se retiraba a su aposento. Con frecuencia seguía trabajando largo rato, y desde luego es fama en la Compañía que, si no todas, muchas, muchísimas noches, interrumpía el sueño a altas horas de la madrugada para comunicarse con Dios. Precisamente a esas horas había tenido la inspiración de fundar la Compañía. De manera que don Enrique no concedía a su cuerpo más que seis o seis horas y media de descanso.

Las dos prolongadas sesiones de la mañana y de la tarde las invertía en estudiar, escribir, despachar correspondencia, hacer y recibir visitas, atender al rezo del breviario y demás devociones y tratar a fondo con sus religiosas.

> Raro era el día que estando en San Gervasio no nos hiciera una o dos pláticas espirituales a nosotras y frecuentísimo el que, al acabar las clases, se presentase en el aula a hacer a las niñas una platiquilla acomodada a su capacidad (M. T. R.).

4. Por la casa llevaba siempre puesta una esclavina sobre la sotana aún en los días de más calor. Procuraba no hacer ruido al andar. Los ojos bajos, las manos recogidas, el paso moderado sin ser lento. Hablaba siempre a media voz. Muchas veces bajaba a los recreos. Siempre saludaba a las religiosas, al llegar y al despedirse, con una respetuosa inclinación de cabeza. Un día recorrió los diversos grupos de Hermanas y se fue alejando de todos sin decir nada. Hasta que al fin se detuvo en uno de ellos diciendo: "Aquí me quedo, porque aquí se está hablando de Dios".

Este era su afán, sin incurrir en enfadosa pesadez: que las conversaciones de sus hijas fueran siempre sobre cosas santas. Trata de espiritualizarlo todo con absoluta naturalidad. Su recio temperamento había sido arrollado por la fuerza del espíritu de fe y presencia de Dios en que habitualmente vivía y había llegado a poseer una ternura y sencillez encantadoras. Gozaba como un niño de lo que él llamaba limosnitas de felicidad de nuestro Buen Padre Dios, proporcionadas continuamente por las criaturas. Las flores de la huerta, los pajarillos, las frutas

sabrosas que cogía y repartía bondadosamente a las Hermanas, todo le movía a alabanza de Dios clara y espontánea como su alma.

5. Bondadoso y atractivo, era a la vez vivo y enérgico. Parecía haber logrado plenamente en sí mismo lo que tanto recomendaba a sus hijas: una dulzura firme y una firmeza dulce. De su alma, llena de una inefable paz, brotaban continuamente frases de aliento y de consuelo para los que con él habitaban.

Un día – escribe una religiosa – pasaba yo por una amarga tribulación interior. Di cuenta de ella a nuestro Padre y sólo oí estas palabras dichas con honda unción y que me llenaron de tranquilidad: "Si dependiera de mí tu suerte, ¿tendrías pena? Pues cuánto menos estando en las manos de Dios nuestro Señor".

Sus modales eran suaves y corteses, su conversación muy afable, y con cierta discreta reserva, fruto del constante dominio de sí mismo. Una rara mezcla de amabilidad y circunspección, unidas a su poderosa voluntad y gran conocimiento de la vida, le concedieron aquel don de gentes del que se hacían lenguas todos y más que nadie aquel buen Cura de Calaceite que exclamó un día: ¡Cómo Mosén Enrique siga hablando y tratando así a la gente, hasta el romero de los caminos seguirá tras él a donde vaya!

El jesuita Padre Carceller, el carmelita Padre Prats, el Padre Fontseré, benedictino de Montserrat, los sacerdotes Altés y Fontanals y otros, nos hablan de aquellas conversaciones con don Enrique, en que se sentían subyugados y salían más llenos de fervor que estaban antes.

En el trato con sus religiosas procuraba dulcificar la natural austeridad de su vida con oportunas manifestaciones de bondad a las que le llevaba su noble corazón.

Cuando se reunieron las MM. Capitulares o Compromisorias, como se decía entonces, en la casa de Ganduxer (aún no terminada) para hacer los Santos Ejercicios preparatorios para el segundo Capítulo General, celebrado por última vez en Tortosa, haciendo un verdadero esfuerzo económico se había comprado un cubre-camas nuevo para cada una de las ejercitantes. Un tinterito, nuevo también, era todo el lujo con que adornaron las mesitas de las recién llegadas.

Don Enrique, generoso y espléndido, quiso que las Capitulares se llevaran, como recuerdo de aquellos días, el cubre-camas en que la Procuradora General había invertido sus ahorros, siempre escasos por la penuria de aquellos tiempos, y el tintero que les había servido para sus apuntes. Muchas súplicas y representaciones fueron precisas para que el Siervo de Dios consintiera en que se rebajase el obsequio, dejándolo reducido sólo al tintero, que de seguro no sería una maravilla. Pesaban entonces sobre él las enormes facturas que llevaba consigo la construcción de la Casa Madre que empezó a habitarse en abril de 1890, unos meses después de esta Capítulo.

En las grandes fiestas del calendario cristiano, en que la tradición y la liturgia lo reclamaban, gustaba de que se derramase al exterior la sana alegría del alma y se ingeniaba de mil maneras para que, en cuanto fuera posible, sus pobres Teresianas gozasen del natural júbilo. Así, nos refiere la Madre Magdalena Amargós, un año, el día 1 de noviembre que tanto se celebra en Cataluña, don Enrique hizo que fueran al colegio de la calle de Gerona la Superiora General, Madre Saturnina Jassá, con otras Madres del Consejo para merendar la tradicional castañada. Las pastitas dulces él se encargó de comprarlas, temiendo que la pobreza de la casa no diera de sí para adquirir este requisito indispensable al comer las castañas. Hubiera querido la Superiora que cada Hermana tomase una pastita – en Cataluña se les llama *panellets* – y las demás se guardaran para otro día; pero él no lo entendió así y continuó repartiéndolas paternalmente mientras repetía con voz afectuosa:

- "Otra vuelta, otra vuelta hasta que se acaben: los *panellets* se han de comer el mismo día de Todos los Santos".

También recuerdan algunas religiosas muy ancianas cómo después de la Misa del Domingo de Pascua gustaba obsequiar a todos los sacerdotes y monaguillos, que habían oficiado en aquella Semana santa en la Capilla, con la tradicional "mona de Pascua", roscón de pasta dulce adornado con huevos duros cocidos en su cáscara, parte insustituible de las alegrías pascuales del hogar en toda Cataluña.

En ocasiones hacía colocar todos los roscones – uno para cada Hermana – sobre una mesa y, acompañado por sacerdotes amigos, se complacía en bendecidlos, según el ritual de la Iglesia para el pan bendito diciendo:

- "Yo te bendigo, criatura "mona", etc., etc.".

6. En el vestir, era muy limpio y aseado y no era poco verle así, ya que casi nunca tenía más que la ropa y calzado puestos, y esto no rico, sino a veces bien usado y remendado.

Con respecto a su delicadeza de sentimientos, bastará saber que era costumbre en él salir al jardín a dar migas de pan a los peces, a las hormigas, a los pájaros, y hasta llegaron los gorriones a posarse sobre él y a tomar las migas de sus manos. Cuando se acababan, les decía: ¡Ya no tengo más! Y levantaban el vuelo.

Más de una vez el hortelano vio que don Enrique le jugaba la mala trastada de acercarse a los árboles y plantas para quitar las trampas que él había puesto a las insaciables gorrioncillos.

Y en Vinebre, nos cuenta la Madre Pura Palomares que un año en que se encontraba allí don Enrique cuando los obreros iban a vendimiar su majuelo, les dijo bien claro: “No cortéis todos los racimos: ¡Dejad algo para los pajarillos, que también son criaturas de Dios!”.

(1) En la calle Vall, núm. 28, a espaldas de la calle Ancha. También vivió algún tiempo en la calle de Moncada, número 45.

CAPÍTULO XLVII

CÓMO GOBERNABA

1. Fidelidad a las Reglas.- 2. Nada de torpe rigidez.- 3. Formación de las Superioras.- 4. Un hermoso corazón. Su modo de corregir.- 5. Saber pedir consejo.- 6. Con las Hermanas legas y las enfermas.- 7. Criterios sobre la mortificación.- 8. Detallista y minucioso.- 9. El arma de la palabra.- 10. En las pláticas y sermones.

1. No sé qué es más difícil, si crear un Instituto Religioso de la nada o dirigirlo bien una vez fundado. Solamente una virtud singularísima, unida a dotes humanas extraordinarias, puede llevar a cabo estas obras. Tan perfecta salió la suya de las manos de don Enrique, que los que conocieron de cerca de la Compañía de Santa Teresa se sorprendieron de cómo un sacerdote del clero diocesano, sin experiencia personal ninguna de este género de vida, pudo acertar a imprimir tan exactamente en su Congregación el sello característico de una Institución Religiosa.

El secreto está probablemente en que, una vez determinadas las Reglas por que habían de regirse, don Enrique exigió desde el primer día una implacable fidelidad a las mismas. Fidelidad interna, solamente alcanzable mediante una honda transformación espiritual del alma de sus novicias, y fidelidad exterior, sin la cual la primera no hubiera podido mantenerse. Don Enrique utilizó constantemente una expresión que vino a ser graciosa muletilla de sus conversaciones, pláticas, cartas de dirección, etc., Fue la de "Reglas vivas"…"¿Cuándo seres Reglas vivas?"…"Decidme si hay por ahí Regla viva"…"Mientras no haya muchas Reglas vivas, la Compañía no marchará bien"…Así continuamente. "Nos decía también que si observásemos las Reglas exactamente, él no tendría inconveniente en mandarnos por todas las partes del mundo, en la seguridad de que nada adverso nos sucedería, porque Dios cuidaría de nosotras".

Convencido además de que con el ejemplo personal podía influir poderosamente en sus hijas, él era el primero en cumplir el reglamento de la casa en cuento sus ocupaciones lo permitían y la natural diferencia de condición lo toleraba.

"Observaba atentamente nuestra compostura exterior, el modo cómo tomábamos el agua bendita, nos arrodillábamos, rezábamos en la capilla, etc. Nos daba normas sobre cómo debíamos andar, hablar, rezar, quitarnos el velo. Estaba en todo".

Una anécdota interesante reveladora del valor que él atribuía a la fiel observancia de las Reglas y su perfecta asimilación nos ha sido transmitida por la Madre Francisca Plá:

> Estando en Tarragona muy al principio de la Compañía reunidas las jóvenes, nos preguntó nuestro Padre:
>
> - ¿Qué os parece?, ¿quiénes creéis que habrán de morirse primero, las jóvenes o las fundadoras?
>
> Y después de haber oído los diferentes pareceres que las jóvenes dimos, terminó por preguntarnos con su habitual sonrisa:
>
> - ¿No os parece que es más conveniente que vayáis primero al cielo las jóvenes?, porque si mueren las fundadoras, ¿quién enseñará la observancia a las que vengan y les inculcará el espíritu de la Compañía?
>
> - Es verdad, asentimos todas.
>
> Entonces no dimos importancia a lo que el Padre acababa de decir, pero pasados algunos años advertimos que iban muriendo las jóvenes y quedaban las fundadoras.

En efecto, añadimos, la longevidad de estas últimas fue tan extraordinaria que murieron la Madre Saturnina Jassá, a los 85 años, la Madre Blanch, a los 89.

2. Excusado es decir, dando el talento de don Enrique y la maestría pedagógica de que siempre dio pruebas, que esta fidelidad a las Reglas no fue nunca interpretada por él con torpe rigidez. Aquí es donde el verdadero educador se revela. Tarea enormemente delicada la del que dirige una Comunidad o una Congregación. Invariabilidad en el fin, flexibilidad en los medios. Mezcla atinada y discreta de los procedimientos, fuertes unas veces, suaves otras, eficaces siempre…, hacer amar la disciplina, ganarse la confianza de los súbditos, presentar llano y abierto el camino sin disimular sus arideces para que nunca se llame a engaño la voluntad de los que han de recorrerle…, huir de las clasificaciones cuadriculadas y

geométricas, y estudiar atentamente la condición particular de cada persona hasta encontrar la cuerda precisa que, pulsada por la mano hábil del educador, romperá oportunamente en armoniosos acordes de perfección y gracia…Se necesita una privilegiada riqueza de alma para conducirse y conducir a la vez. Don Enrique la poseyó en alto grado.

3. Particularmente en la formación de las Superioras tuvo un cuidado exquisito. "Siendo éstas jóvenes por lo general – escribe el jesuita Padre Arbona – bajo la dirección prudentísima de su Fundador pusieron en los colegios que fundaron una observancia y una disciplina muy superiores a su edad. El Siervo de Dios las dirigía con suavidad, las advertía las deficiencias que en ellas notaba, las corregía con dulzura y energía y las formaba como verdaderos modelos de Superioras Religiosas".

"Tomas a las Hermanas como son para hacerlas como deben ser", decíales continuamente. Con frecuencia sometía a la consideración de la Superiora diversos asuntos, de palabra o por escrito y las pedía su opinión: si ésta era acertada, la aprobaba, añadiendo algún aviso o consejo, y si equivocada, las hacía ver la manera más recta y equitativa de resolverlo.

Por este procedimiento tan práctico lograba hacerlas ver cómo podían aplicarse a los casos concretos de la vida los principios y normas de orientación y de gobierno y las enseñaba, mejor que con mil discursos, los criterios fundamentales por los que habían de regirse. Conseguía también inculcarlas vivamente, mediante lo que podríamos llamar "lecciones de cosas" y sin imposiciones violentas, el principio que vino a ser programático en todas sus actuaciones, de que "en las cabezas que gobiernan debe haber conformidad". Las Superioras debían ser, en suma, verdaderas Madres que se distinguieran tanto por su paciencia y delicadeza como por su ejemplaridad.

Y no les era difícil, ciertamente, aprender bien estas enseñanzas, al menos mientras él vivió. El trato continuo con ellas le dio ocasión, casi nunca interrumpida, para ejecutar a cada paso lo que teóricamente proclamaba, con lo cual lo que podríamos llamar estilo del Padre Fundador quedó flotando en las aguas tranquilas de los colegios teresianos, real aunque impalpable, como una emanación de su alma. Detalles múltiples de su actuación en el gobierno de la Compañía han sido recogidos con veneración por las religiosas y evocados continuamente con el gozo natural de quien ve en ellos, más que la anécdota colorista y simpática, el reflejo luminoso de un alma excepcional. Así, nos dicen con unanimidad muy expresiva.

4. "Todas acudíamos a él en demanda de consuelo para las aflicciones de nuestra alma y nunca salíamos defraudadas. No es que condescendiera con nuestras flaquezas, sino que sabía alentarnos para obedecer amorosamente y aumentar nuestros humildes merecimientos, cumpliendo la voluntad de Dios". "Muchas veces sólo su presencia o el saber que estaba en casa hacía renacer la paz en medio de la turbación del espíritu. Parecía que su presencia se dejaba sentir en casa, aunque no supiéramos que él estaba. Lo mismo nos sucedía cuando recibíamos alguna carta suya dándonos santos y sabios consejos".

Se esmeraba en infundir a las Superioras que tuviesen mucha paciencia con sus súbditos, asegurándoles que con la ayuda y confianza en Dios progresarían en la virtud.

"Nos decía muchas veces que si una cosa tiene cien caras, hay que mirarla por la mejor. Cuando teníamos votaciones dudosas y en algunas acusaciones de las religiosas siempre encontraba algo bueno para favorecerlas".

"En el modo de corregir nuestras faltas y defectos manifestaba una bondad y prudencia extraordinarias. Afeaba las faltas sin desdorar a la culpable y cuidaba mucho de conservar en las demás la buena opinión de la que había faltado, procurando que no fuese conocida. Así la corrección no dejaba nunca amargura en el alma". "Todas nos creíamos preferidas en sus bondades, pues para todas tenía una palabra de aliento sin que tuviera ninguna preferencia ni mira humana, pues para él todas éramos iguales".

"A veces nos sorprendía con esta pregunta:

- ¿Por qué no eres santa?
- Padre, sí lo quiero – solía ser nuestra respuesta.
- No, no; di, repite "porque no quiero".

Y entonces con los ojos bajos no nos quedaba otro recurso que decir: porque no quiero. Tal era el empeño e interés que tenía de nuestro bien espiritual, que se valía de todos los resortes para encaminarnos a la práctica de la virtud".

“En la distribución de cargos destinaba a los religiosas según sus aptitudes sin acepción de personas, teniendo sólo la mira de conseguir la buena marcha del Instituto y la santificación de sus miembros para la gloria de Dios”.

“Sabía insinuarse en nuestras almas suave y caritativamente. Lograba sin ningún esfuerzo hacerse amar y respetar para mejor infundirnos anhelos de santidad. Cuanto más le tratábamos más respeto le teníamos y más nos atraía su virtud. Me refirió la Hermana Dolores Buenrostro que con motivo de haber hecho una falta, la Madre Superiora, después de haberla corregido, la envió a acusarse ante nuestro Padre. El Siervo de Dios por toda corrección la dijo: “Anda, hija, vete en paz y no vuelvas a faltar”. Y le dio la bendición.

“Siendo yo muy joven – escribe otra religiosa – me hicieron un hábito y no sé si por capricho o por ocurrencia de la hermana ropera, ésta lo planchó marcando los pliegues más que de costumbre. A la Madre Superiora le pareció tan mal que no creyendo bastante la reprensión que me dio, me llevó ante nuestro Padre afeando y ponderando mucho la falta. Yo, que estaba confusa y avergonzada, conocí que nuestro Padre se apenaba y me conmovió hondamente cuando le oí decir a la Madre con mucha mansedumbre: “Ya procurará no hacerlo más”. Y no añadió otra palabra de reprensión, ni era necesaria, pues su bondad decía más que un discurso entero”. Bien estuvo la Superiora al corregir; mucho mejor de don Enrique en cuanto al modo; estupendo el comentario de la religiosa, protagonista del suceso. Con ejemplos de esta índole, frecuentemente repetidos, le era fácil a don Enrique hacer comprender bien el sentido de unas instrucciones que dio a las Superioras, en una de las cuales decía: “En toda corrección tened en cuenta la edad, la virtud, el conocimiento y el carácter”. ¡Magnífica pedagogía!

5. Tuvo también, aparte de esta bondad sin flaqueza, otra condición excelsa que quizá sea la más necesaria a todo hombre de gobierno. Los que de ella carecen se convierten inevitablemente en pequeños o grandes déspotas y terminan por caer en funestísimos errores. Me refiero a la humildad para saber pedir consejo. Escribe la Madre Teresa Andrés: “o solamente se aconsejaba de los doctos sino que gustaba también consultar a los humildes y sencillos. Alguna vez pidió parecer a nuestras Hermanas de obediencia. Cuando escribió el “Tesoro de la Niñez” se dirigía a las niñas de nuestras clases y les leía y les consultaba acerca de lo escrito para experimentar si estaba a sus alcances”. “Siempre observé en el Siervo de Dios – añade la Madre Blanch, Superiora General durante los años 1899 a 1908 y de 1920 a 1932 – que en todos los asuntos que emprendía buscaba las razones en pro y en contra, midiendo después en la presencia de Dios cuáles tenían más fuerza y luego pedía consejo a su Director y Superiores exponiéndoles el asunto, a fin de hacer la voluntad de Dios y no equivocarse. Asimismo nos aconsejó, enseñó y mandó que lo hiciéramos nosotras, encargándonos sobremanera que nunca resolviéramos cosa de cierta importancia cuando estuviéramos turbadas, y jamás sin antes pasarlo por la oración y pedir consejo. Nos decía: “Pedid consejo, que de ello no os arrepentiréis nunca”. Sus obras y escritos ascéticos los sometía siempre al dictamen de hombres de espíritu y letras”.

6. No deje de advertir el lector ese detalle de que sabía consultar incluso a las personas humildes como por lo general son las Hermanas de obediencia en todo Instituto Religioso. Para ellas tuvo siempre finísimas muestras de atención y caridad, compensadoras de los trabajos tan meritorios y oscuros que ellas han de sufrir para cumplir bien con sus oficios. Si el mundo desconoce por completo la cantidad de virtud que existe en una religiosa consagrada a Dios, es del todo analfabeto cuando en particular se trata de las heroicas Hermanas legas, prodigios de paciencia y delicadeza sin ningún género de compensación humana, ni siquiera la que puede derivarse de un pequeño grupo de alumnas cuya alma hay que educar. “Para ellas tenía don Enrique – escribe la Madre Saturnina Jassá – continuas demostraciones de afabilidad tanto mayores cuanto más pobres y sencillas fuesen, mientras que, por el contrario, a las de condición más aventajada las probaba y humillaba para ejercitarlas en la práctica de la humildad. Para el Siervo de Dios todas éramos iguales, pero si había alguna diferencia era en pro de las Hermanas legas”.

Su caridad se reveló también de un modo muy particular con las enfermas. Decía que si fuese necesario se vendiesen los vasos sagrados antes que hacerlas pasar necesidad. Por costosas que fuesen las medicinas, no reparaba en ello y decía que antes faltase lo necesario a las sanas que algunas piedades a las enfermas. Y procuraba que las obsequiasen con un ramo de flores, con un ratito de compañía si la enfermedad lo toleraba, con una lectura entretenida y provechosa.

7. No es infrecuente entre personas de vida piadosa caer en el error de considerar como mortificación saludable lo que en definitiva es un engaño del demonio, puesto que cede en detrimento de las energías necesarias para la lucha y el apostolado. Don Enrique, a pesar de que predicaba continuamente la necesidad de la mortificación, no cayó jamás en este ilusionismo funesto. Quería que se alimentasen bien y las decía: "Debéis cuidar los templos vivos para poder trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas". No quería que fuesen corregidas ni reprendidas las Hermanas antes de comer, ni antes de acostarse ni en los días de fiesta. "Nos recomendaba que cuando una Hermana tuviese una contrariedad o disgusto o trabajo extraordinario y pesado, se alimentase mejor. La única vez que vi a nuestro Padre pensativo y triste fue porque unas Hermanas nuestras dejaban de comer por causa de ciertos disgustos. Queriendo yo animarle, le prometí en nombre de las Hermanas que éstas se animarían y comerían más y nuestro Padre me dijo: "La tentación que más temo que ha de perjudicar los intereses de Jesús en la Compañía, es la que el demonio pone a las Hermanas de no comer y no saber que es tentación. Y así, como no conocen que es tentación, no comen, de debilitan, y no pueden cumplir los fines de la Compañía"".

Era muy lógico que pensara así. De no haber mantenido este criterio, el apostolado de la enseñanza a que tan briosamente se dedicó la Compañía no habría pasado de ser un bello sueño. ¿Cómo, si no, hubieran podido lanzarse al trabajo con aquella intensidad y esmerada capacitación que tanto distinguió al Instituto en los primeros tiempos? El célebre Obispo de Barcelona, doctor Laguarda, llegó a decir que las Teresianas, en el aspecto literario, eran las primeras entre los Institutos Religiosos femeninos de España. El elogio no es excesivo porque efectivamente la Compañía demostró excelente preparación. El criterio realista y sabio de don Enrique supo lograrlo, al cuidar con esmero de sus hijas. Para ellas no escatimó medios de ningún género. Y si uno de sus más vivos afanes fue el de dotarlas de los instrumentos de trabajo intelectual necesario, profesores, libros, visitas a museos, laboratorios, exposiciones, etc., otro igualmente mantenido con prudentísima medida fue el de que su salud corporal no fuese quebrantada por temerarias interpretaciones de una virtud que tiene siempre su propio lugar y momento.

8. Fue también – y esta es otra condición indispensable en el que gobierna un Instituto Religioso – sumamente detallista. Al fin y al cabo el reglamento, normas de vida de una Comunidad, no es más que una suma de detalles casi imperceptibles cuya carga en conjunto resultaría insoportable si no fuese por la vibración espiritual de que debe hacer acompañar su cumplimiento el alma del que vive a ellos sometido. Porque así era don Enrique, fue siempre minucioso, observador, enamorado de la exactitud; enemigo de ironías, hipérboles y exageraciones en la frase…Y naturalmente este modo de ser lo transmitía a sus hijas y se lo inculcaba con tenacidad, seguro de la función educativa que desarrollaba, altamente beneficiosa para ellas, que habían de pasarse la vida en una continua labor de detalle y filigrana.

Un día, por ejemplo, la Madre Francisca Plá, Maestra de Novicias, ve en la huerta un árbol cargado de fruto y dice:

- Padre, este árbol tiene más fruta que hojas.

Don Enrique se calló, pero al terminar el recreo, la dijo:

- Quédate y cuenta las hojas de ese árbol.

La religiosa obedeció humildemente y empezó su imposible tarea. Al cabo de cierto tiempo, volvió a donde él estaba y le dijo:

- Padre, no puedo, no es posible contarlas.

Don Enrique contestó:

- Ya lo sabía, hija, pero eres Maestra y has de enseñar a tus hijas a ser verdaderas en las palabras.

En otra ocasión había polvo en los muebles de una habitación. Entró, y al advertirlo, escribió con el dedo en la mesa: "Dios es la suma limpieza". Después llamó a la religiosa encargada y la invitó a que leyera la frase. No dijo más.

Algo semejante hizo otro día al ver que una religiosa tiraba una piedra contra los pájaros del jardín. La llamó y la dijo que trajese un papel escrito de sobre su mesa. Cuando lo hubo traído, la invitó a leerlo. Era precisamente una cuartilla en que se trataba del amor de San Francisco de Asís a los pajarillos.

Reconozco desde luego que no todos los caracteres son capaces de comprender el valor y la finura que revelan estos detalles. Como tampoco lo son – añadiremos – de dirigir una Congregación Religiosa en que la delicadeza es norma de gobierno. Don Enrique, al obrar así,

corregía con suavidad y con eficacia. Sabía que la corrección en cosas pequeñas tenía una enorme trascendencia también para las cosas grandes. Esta afición al detalle es una característica de las almas delicadas. El mismo don Enrique, que sabía corregir de este modo, es también el que en prueba de una amabilidad cautivadora, al salir hacia Roma para los asuntos del pleito después de dejar a sus hijas sumidas en una honda tribulación, las pone un telegrama desde Marsella con estas palabras que querían ser una inyección de alegría y esperanza: "Sursum corda"…Y cuando, con motivo de su santo o en alguna fiesta especial, le obsequian con los pequeños regalos que pueden hacer las religiosas, un cuadrito, una estampa, algún dibujo más o menos artístico, etcétera, lo muestra entusiasmado a los que le visitan y no se cansa de ponderar con infantil alegría los méritos de aquel trabajo, con lo cual, da sin pretenderlo una lección de cómo deben ser los espíritus agradecidos…Es también el que a las Profesoras a quienes se encarga de la clase de párvulos, las distingue ante las demás y hace que todas las den la enhorabuena por el trabajo importantísimo que se las encomienda, con lo cual, además de reconocer una realidad, las previene discretamente del posible sentimiento de inferioridad en que por error podía caer alguna de ellas. Detalles, desde luego. Pero que indican un alma hermosísima y una habilidad pedagógica envidiable.

9. Por último, don Enrique, como hombre de gobierno, supo manejar magistralmente en el trato continuo con sus religiosas otro de los recursos más poderosos de que puede disponer el que dirige: me refiero al arma de la palabra. Tremenda dificultad la que de aquí nace. La palabra es un arma de dos filos, que lo mismo puede proteger que herir y desgarrar. A veces nos traiciona y lo que parece ser un desahogo necesario se convierte en una confidencia perniciosa; puede parecer crítica respetuosa y es quizá murmuración ofensiva; acaso no llegue a ninguna de estas categorías y se queda simplemente ociosa. La palabra frecuentemente paraliza, desgasta y enerva. Unos pocos meses de trato continuo permiten a los hombres descubrir, a través de la palabra que mutuamente se cambian, escollos y bajos fondos que permanecían ocultos bajo las aguas tranquilas del lago de su vida. El gobernante pierde fácilmente algo de autoridad ante sus súbditos. El profesor el respeto de sus alumnos, el educador de espíritus la veneración que antes disfrutaba. Calcúlese, por consiguiente, el peligro de veinte años seguidos de trato íntimo abarcando los más diversos paisajes de la vida moral, intelectual, económica, etc., como fueron los que pasó don Enrique al lado de sus hijas. A mi juicio, aquí reside uno de los primeros fundamentos, si no es el principal de todos, de los elogios que pueden tributársele. Es impresionante el cúmulo de testimonios de toda clase de personas con respecto a este punto concreto: la palabra de don Enrique. Limitándonos ahora al uso que de ella hizo en el gobierno de la Compañía, diremos que fue sobradamente ejemplar. Parco, mesurado, grave sin afectación y piadoso sin mojigatería, logró una ponderación tan cabal que obliga a pensar en una santidad extraordinaria. Amás una palabra mal sonante en las correcciones, ninguna irritación, ningún decaimiento. Fue ganando en respeto a la vez que aumentaba el amor a su persona. Ni una palabra ociosa, de las que surgen de las conversaciones con tanta facilidad como el polvo en el camino. Dominio absoluto y total. Murmuraciones…no permitió a sus hijas ni que se hablase del pleito siquiera. Sus silencios se quebraban a lo sumo por el leve suspiro de ciertas jaculatorias que acostumbraba a repetir: "¡Salve, cielo, patria mía!", "Viva Jesús", "Dios mío y todas las cosas". Supo evitar la hosquedad y no cayó en la expansión inconveniente. Lleno de naturalidad siempre, supo impregnar sus conversaciones de un perfume espiritual amable. Nada de hablar por hablar, nada de rutina, nada de esas expresiones que se pronuncian sin saber que se pronuncian. Así se comprende que pudiera mantenerse en la cumbre años y años, como un astro solitario, sin merma de su luz. Sus religiosas vieron cuanto más se acercaron a él que por su boca hablaba el espíritu. La vulgaridad que nace del trato cotidiano no existió nunca.

10. Aparte de sus conversaciones y frases sueltas de cada día y cada hora, están las pláticas, conferencias, instrucciones en común. Otra fuerza tremenda de la que, bien aprovechada, puede desprenderse un torrente de energía. Pero que puede degenerar también y convertirse en tediosa y abrumadora rutina, tan insoportable para el que habla como para el que escucha. Con don Enrique no ocurrió nada de esto. Y eso que veinte años seguidos de pláticas y sermones, son muchos sermones y muchas pláticas. Suman millares y millares. Pues bien: "No nos cansábamos de oírle"…"Tenía una unción especialísima para hablarnos de Dios, de su amor, de la santidad a que habíamos de aspirar"…"Algunas veces parecía enajenado"…"Con frecuencia se veía obligado a interrumpir el discurso, porque el afecto que ponía al hablar ahogaba su voz en la garganta"…

Este fervor y sinceridad unidos a una cultura nada común y acompañados de aquel poder de análisis en que, como buen psicólogo, era especialista, daban a sus interpretaciones habladas una facultad de captación que sacudía los espíritus y les movía con fuerza al propósito que él iba buscando. Frecuentemente repetía sentencias cortas, frases originales suyas o de los santos, con sabor de refranes, a las que graciosamente llamaba “evangelios chicos”, con la intención de que las asimilaran y retuviesen bien sus hijas para que las sirviesen como principios de conducta. Por ejemplo: “Debéis tener el mundo debajo de los pies, la eternidad en la cabeza y Dios en el corazón”. “De devociones a bobas nos libre Dios” (Santa Teresa). “Ensayemos aquí la vida que hemos de llevar en el cielo”. “Dios es nuestro Padre que nos ama con infinito amor; ¿qué nos podrá faltar?”, etc., etc.

Resumiendo: los que se han sentido sorprendidos del desarrollo inicial del árbol de la Compañía, tan fuerte en la raíz como frondoso en las ramas, empezarán a explicarse el fenómeno si atienden al sistema de gobierno que utilizó su Fundador. Aún quedan por ver muchos aspectos.

CAPÍTULO XLVIII

CARTAS DE DON ENRIQUE A SUS HIJAS

1. Frecuencia y estilo de las mismas.- 2. Ejemplos varios.- 3. Consejos a una Superiora y otros temas.- 4. Preocupación especial por las de América.

1. Don Enrique escribió muchas cartas, innumerables cartas en su vida. Tenía por norma no dejar ninguna sin contestar, y siempre a vuelta de correo a no ser que le fuera totalmente imposible.

Quería que sus religiosas le escribiesen mensualmente todas y cada una. Y a todas y cada una contestaba. El trabajo que esto supone es agotador dado que el número de religiosas iba aumentando de año en año. Él sabía muy bien que la correspondencia con el Padre Fundador era una fuerza educativa de primer orden. Su palabra, llena siempre de oportunidad, proporcionaba a las religiosas, además de un consuelo inmenso, un fortalecimiento positivo de sus buenos propósitos. Conocía a todas muy bien y sabía decir a cada una lo que particularmente convenía a la situación espiritual que atravesara. Con frecuencia sus cartas iban dirigidas, más que a tal o cual religiosa, a la Comunidad en su conjunto, convirtiéndose así sus escritos en documentos de dirección y de gobierno llenos de sabias advertencias y consejos.

Debemos fijar nuestra atención en estas cartas y reproducir aquí algunas de ellas, aun cuando ya han aparecido bastantes a lo largo de este libro. Sirven para que conozcamos mejor su carácter.

Cuando en Tortosa y Barcelona se dio orden de recoger todos los escritos de don Enrique, a pesar de los años transcurridos desde su muerte, fueron entregados a los Tribunales Eclesiásticos más de 1.500 autógrafos suyos que conservaban con veneración los diversos destinatarios, particularmente las Madres de la Compañía.

El estilo de estas cartas es irreprochablemente sincero, vivo, muy insinuante. Ni sobre ni falta nada. Aún las redundancias y repeticiones están justificadas porque con ellas trata de grabar fuertemente alguna idea de especial interés. Se advierte la prisa con que están redactadas. Nada de melosidades ni confituras. No puede ser más parco en la forma de saludar y despedirse. Va siempre "al grano". Señala o previene defectos, exhorta a la perfección, desciende a detalles múltiples de orden y gobierno. Pero de una manera tan amable y tan grata que siempre resulta alentador. Sus cartas tenían que ser forzosamente un manantial de paz y de deseos de perfección para el que las recibía.

La letra es pequeña. Las palabras se enlazan a veces unas con otras. O están en abreviatura para ganar tiempo. Usaba para la correspondencia un papel en que aparece grabada - ¿cómo no? -, la imagen de Santa Teresa. Como frecuentemente cambiaba de lugar de residencia, sus cartas están fechadas en muy diversos sitios. Veamos algunas.

2. 1ª. Pertenece a los primeros tiempos. Cuando la Compañía tenía como única Casa Madre, la de la Bajada del Patriarca en Tarragona.

Viva Jesús y su Teresa.

Mis estimadas hijas en Jesús: Mil felicidades en Jesús y su Teresa en el día feliz de la amada de nuestro corazón. Alegraos y regocijaos en él, pues es el día *nuestro*. Felicito a todas en este día y en particular a las que llevan el nombre de Teresa. ¡Tres Teresas! ¡Cosa providencial! ¡Y cada una en una residencia! Para que haya quien lleve el nombre de la Santa. Ojalá siempre seáis dignas de llevar ese nombre con gloria.

Hoy recibo la carta de los Curas Teresianos de Godall y Vilallonga. El primero me dice: "Doña Teresa está tranquila y de día en día más estimada: la juventud mejora por cada día que pasa. Se conoce que es de la Compañía de preferencia y cumple como tal". El segundo dice: "La escuela de Doña Teresa va perfectamente bien: las hermanas buenas y muy contentas, teniendo ya que instruir a más de 70 niñas". En ésta las pequeñas se portan muy bien. Probablemente dos o tres más ingresarán luego y algún refuerzo os llegara. Creo que estas noticias son la mejor felicitación que por primera vez podemos presentar a nuestra Madre en el día de su fiesta. Va carta a Dª Teresa. Es de una Madre. Contestadle por medio del señor Cura de allí. Hermana Saturnina: la Novena propiciadla mañana. En ésta hoy lo hemos hecho ya, según habrás visto por el programa. Conmigo vendrán tres teresianas de Manresa y pernoctarán en ésa de la Compañía y llegaremos el día de la Santa Madre mismo, por la tarde, a las 7, en el tren exprés. No puede ser de otro modo. Invitad a algunas para la fiesta: y mañana empleadlo en hacer

versos, poesías, discursitos, diálogos; algo todas, lo que os plazca. A media noche felicitadla, y a las doce y media a dormir. Al día siguiente descansad hasta las siete. Dad cita al doctor Forcades, Llobet, doctor Grau, M. Armengol, etc., etc., para dicho acto, si os place. Si no, será fiesta de familia. Invitad a Dolores, la Presidenta. Vuestro P. y C. que os bendice.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Tortosa, 11, 10, 78 (¿).

2ª. Expresiva de su fe y su esperanza ante la muerte de una Hermana:

Viva Jesús y su Teresa siempre en nuestra Compañía.

Maella:

¡Gloria al Señor! Tenemos ya un angelito en el cielo que orará por nosotros. Desde hoy la Compañía tendrá gran mejora y representación en el cielo al lado de nuestra Santa Madre.

La Hermana Ramona del Corazón de Jesús Fabregat ha volado al cielo hoy a las cuatro de la tarde en punto, día de Reyes, como había predicho esta mañana. Su muerte ha sido la de una santa. Ha conservado el conocimiento hasta dos minutos antes de morir. Ha llamado a todas las Hermanas encargándoles el silencio, humildad y obediencia a los Superiores. He recogido su último suspiro, he cerrado sus ojos, y hoy mismo le había dado la absolución y el Viático. Por ella ofreced tres días todos los actos de comunidad, y tres Misas, tres comuniones y tres partes de Rosario. Ha sufrido mucho y con gran resignación. Tengo una grande alegría y un gozo interior que no me sé explicar.

Ha muerto *profesa* en la Compañía, pues hizo los votos en vista de la gravedad de su enfermedad, que ella misma firmó con una cruz. Es por lo mismo la *a* y la primera de la Compañía de Santa Teresa de Jesús que está en la gloria. Descansa en paz, amada hija en Jesús y su Teresa, y desde el cielo ora con nuestra Madre Santa Teresa de Jesús por el Fundador y la Compañía para que se cumpla lo que pedimos al Señor todos los días, y a ti te he encargado.

Vuestro Padre y Capellán que os bendice

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Barcelona, 6, 1, 80.

3ª. Parece un villancico ante la cuna del Cristo recién nacido:

Viva Jesús y su Teresa:

¡Amemos al Niño de Belén!

He ahí lo que nos repiten en este día memorable los cielos que se han vuelto de miel, los ángeles con sus cantos, los pastores con su adoración, la Iglesia con su fiesta. Hemos celebrado maitines a media noche, y Misa del gallo; mas, ¡qué frío hace por el mundo! ¡Oh mis hijas, cuán poco se conoce y ama al Niño de Belén!, ¡y tanto que nos ama! Lo que pasó en su venida que no quisieron los suyos recibirle, pasa hoy, y más aún con más ingratitud. ¡Cuán poco se conoce y ama al Niño Jesús de Belén! Pues amémosle nosotros por los que no le aman, que esa es nuestra misión. Una de las tres Misas que hoy he tenido la dicha de celebrar la he aplicado a este fin; esto es, para que las de la Compañía de Santa Teresa de Jesús sean siempre las que más conozcan y amen al Niño Jesús de Belén y le hagan conocer y amar. Con los ángeles y con los pastores, con la Iglesia y los justos todos. Amemos al Niño de Belén. No hay niño más hermoso, más guapito, más agraciado, más regalado, más dulce, más amable, más divino que el Niño de Belén. Con María, con José, amemos al Niño de Belén. Es todo amable, todo deseable. ¿Quién le amará más?... ¡Oh!, ¡amemos al Niño de Belén! …, por los que no le aman, porque nos ama. Alrededor de su cuna, con María, con José, con los pastores y zagalas, repitamos noche y día: Que nadie me estorbe, que yo amo al Niño de Belén. Corazones todos, y criaturas todas, amemos al Niño Jesús de Belén.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Vinebre, 25, 12, 81.

4ª. A las religiosas de Maella, exhortándolas a la perfección:

Viva Jesús y su Teresa en sus hijas de Maella:

He recibido vuestras cartas, y hoy que tengo un momento libre os escribo para que me encomendéis a Dios en los días que voy a dejar el mundo y barahúnda de negocios para consagrarlos a Dios y a mi alma exclusivamente, en retiro o ejercicios espirituales. Algo os llegará vosotras, y por lo mismo debéis orar con más eficacia y ofrecer alguna cosita extraordinaria por las necesidades e intenciones de vuestro Padre Fundador. Además haced orar a esos angelitos a este fin, y hagan una

visita a Jesús y a María, José y Teresa y su Santo Ángel en la Iglesia con devoción y yo me acordaré de ellos, y cuando vaya a ésa, los confesaré y dará dulces o estampas a su elección. Los que recen con más fervor serán mejor recompensados.

¿Cómo va el cumplimiento de las Santas Reglas? Ahora que ya sois comunidad podréis observarlas mejor. Os lo encargo sobremanera, pues con el tiempo que habéis estado en Jesús las habéis podido aprender y no tenéis excusa. Guardad las Reglas y ellas os guardarán. Además tenéis en esa celoso Director, que por él no se quebrará. Confío será este año una de las Residencias de mayor observancia Maella, y lo debéis hacer, porque tanto os regala el Señor, con gracias extraordinarias, y las oraciones de los párvulos os ayudarán a este fin.

Todas las colegialas que se han examinado han quedado muy bien, gracias al Señor. Son 25 en esta casa, y ayer examinaron a las Hermanas que han de hacer examen de ingreso y quedaron muy bien y confiamos quedarán así el día de exámenes y serán el 25. Todas estas Hermanas se portan muy bien, a Dios gracias, y las más habladoras pasan sin faltar al silencio una sola vez a la semana. Ésta es la mejor señal, o como les decía hoy, una de las siete columnas que sostienen la Compañía de Santa Teresa de Jesús. ¿Cómo va en ésa la guarda del silencio?

Diga a la Hermana Raimunda que esta semana viene su hermana Rosa a la Compañía. Creo que la ganará en bondad. Que no se descuide. Ahí que está entre angelitos y el Señor, ore mucho por una grave necesidad.

Decid a Mosén Juan que recibimos la Fe de Bautismo legalizada, y que se prepara para exámenes de ingreso Carmen. La Directora de ésta que es doña Agustina les da las gracias.

¿Cómo han quedado sus obras? La hermana Petra (de hoy a 15 días), que me lo escribe, pues ella sola sabe cómo estaba antes. Pronto os deberá llegar refuerzo.

Jesús y su Teresa os guarden en su Compañía y amor siempre como les pide vuestro Padre y Capellán que os bendice,

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Tarragona, 22 de septiembre de 1883

¿Ya sabéis que se trata de una fundación en Portugal? Rogad para que se haga como más convenga a los intereses de Jesús y su Teresa.

5ª. De su primer viaje a Portugal. Impresiones recibidas:

Viva Jesús y su Teresa en sus hijas de Rubí y Roda.

(Portugal) Oporto, 6 noviembre 1883

Mis amadas hijas en el Señor: Acabo ya mi viaje a Ávila, Alba y Portugal, donde la Santa Madre me ha traído a agenciar sus negocios. Me vuelvo a España muy contento de esta buena gente, pues todos se han esmerado en obsequiarme más de lo que yo merezco.

Esta gente es buena y muy sencilla, pero las cabezas flojas o malas, orad para que las cabezas estén conformes, que es lo que más necesita el mundo y pedía vuestra Santa Madre. Andan por ésta las mujeres con su capa muy parecida a la de viaje nuestra. En la iglesia no hay bancos ni sillas, y están todos con mucha devoción rezando con las manos juntas o arrodillados. Mucho aman a la Santa Madre y esperan a sus hijas con impaciencia, pues tienen gran necesidad. Hay muchas jóvenes (y viejas) que quieren venirse a la Compañía, y me parece que no se pasará mucho tiempo sin que tengamos buenas portuguesas. Los buenos son muy buenos, pero los malos son rematados, aunque ahora suben muy bien los jóvenes en el Seminario.

He visto las iglesias de la Santa Madre y son muy hermosas. En esta de Oporto como en Fraga son las más ricas, y los altares son todos dorados con gran riqueza y primor, que no he visto cosa igual en España.

¿Cómo siguen los intereses de Jesús y su Teresa en ésa? Gran necesidad hay de aumentarlos, ya que tantos son los que trabajan en perderlos. Orad y observad bien las Santas Reglas y con esto no sufrirán quebranto tan divinos intereses. No podéis figuraros cuán perdido anda el mundo y cuán pocos son los que buscan los intereses de Jesús. Todos buscan hacerse ricos, y aumentar sus intereses, mas no los de Jesucristo.

¡Pobre Jesucristo! ¡Pobre Jesucristo! ¡Cuán pocos hay que tengan celo por tu honra! A lo menos vosotras, mis hijas, y de la gran Celadora de la honra de Cristo, Teresa de Jesús, mirad por esa honra, porque sois sus esposas muy amadas. Así complaceréis a Jesús y a su Teresa, dándoles honra, y a vuestro Padre y Capellán que os bendice y desea vuestro bien,

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

P. D. Después de leída ésta, y (si os place) quedaros copia, mandadla por correo a las Hermanas de Roda.

3. 6ª. Aconsejando a una Superiora:

Viva Jesús y su Teresa en su hija Montserrat Fitó.

La Fraga.

Recibidas todas tus cartas. Por ella veo cuántas gracias os ha dispensado el Señor, y doy gracias de corazón.

Bendito sea que tanto nos ama.

Y a ti, ¿qué te he de decir, hija mía?

Veo por tu cuenta de conciencia y por tus cartas que te *apuras*, te pones *seria, triste*, y poco *dócil* a veces.

Remedios para desempeñar bien tu cargo:

1º. Confianza ilimitada en el Señor Jesús y su Teresa, que os *socorrerán siempre* en todo peligro o necesidad.

2º. Fe viva, y espíritu de fe.

3º. Pedir, pedir, pedir al Señor y a la Santa Madre que te dé acierto *en todo*, pues en todo buscas su *gloria*. No olvides esta regla, pues es señal de alma humilde.

4º. Con tus Hermanas tener corazón de madre. Procura ser amada para ser obedecida.

5º. Lo has de saber *todo* lo que pasa en esa Santa Casa, disimular *mucho* y corregir *algo.*

6º. Aconséjate siempre antes de obrar. Me parece que la hermana Ramona podrá servirte mucho para esto, y tal vez la hermana Francisca. Consúltalo con tu Superiora.

7º. No te apures ni encojas con los trabajos y dificultades, sino ensancha más y más tu corazón. Es de soldados verdaderos no acobardarse en los peligros. Viva Jesús.

8º. Cautélate de esas gentes, como dice Jesucristo, pues no conocéis las personas. Por el fruto se conoce el árbol: no te fíes de palabras. Mira las obras, y nada te dañará. ¡Oh qué fuente más hermosa en esa casa! ¡Cómo regará todo Portugal e Indias! Bebed y saciaos.

9º. Seas previsora, y *ensancha la cabeza y el corazón*. Con la novedad de vida y barahúnda de negocios tendrás alguna extrañeza al principio. Tú y la Santa Madre ya os lo arreglareis. Buena Baratona es, y Negociadora y Bullidora de negocios es la Santa de nuestro corazón. Consuela el Corazón de Jesús y el de tu Padre que mucho te ama en el Señor cumpliendo con exactitud las Santas Reglas. Te bendice,

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Jesús, 24, 6, 84.

7ª. Abunda en las mismas ideas y es una clara muestra de su magnanimidad:

Viva Jesús y su Teresa en su hija Montserrat.

Ya sabréis la muerte de mi padre q. e. p. d. y lo habréis encomendado al Señor, que Él os lo pagará. No te desanimes por tus faltas y de las Hermanas. Esto te debe causar compasión y no enfado. Jesús mío, misericordia y enmienda. Acude a Jesús de Teresa y Teresa de Jesús en todos tus apuros por la oración y siempre saldrás de allí consolada. Calma, calma: la paciencia todo lo alcanza. No lo has de querer todo perfecto de un golpe. Anda de prisa yendo despacio. Seas franca o amable con las Hermanas como madre que procura ser amada para ser obedecida. Las obras ya se harán a su debido tiempo. Tú insta para que se hagan, pero sin apurarte. Ya sabes que éste es mi deseo y mi plan: que estéis primero quietecitas en ese rincón haciéndoos santas y sabias, y después ya vendrá el trabajar. Orad entre tanto para que correspondiendo a la gracia recibáis otras mayores. Montserrat, Montserrat, todo por Jesús y su Teresa y adelante, y venga lo que venga nada te espante. Anima a las Hermanas siempre, y dales ejemplo en todo. Cuida a las Ayudantes que nada les falte, y a cada una trata según su carácter y ha menester.

Todas tienen buena voluntad. ¿Qué más quieres? Además el sentir no es consentir. Si tú cuidas como debes de tu cargo, Jesús cuidará de todo, y donde tú no llegues llegará la Santa Madre abogada de imposibles. Aprende del Corazón de Jesús la mansedumbre y humildad, tan esencial para una Superiora de la Compañía de Santa Teresa de Jesús. Todo se pasa, hija mía. Ya sabes cuánto te ama en el Señor y desea verte otra Teresa de Jesús en los deseos y en el amor tu Padre y Capellán que te bendice,

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Jesús, 20, 10, 84.

Todas las Hermanas bien y os saludan. Este mes esperamos grandes cosas en Jesús y con Jesús y vuelta de Jesús.

Cuida de tu resfriado. La enfermera que te haga estar tres días en cama por lo menos, si no hallas alivio. Son peligrosos cuando duran mucho. Dilo a la enfermera porque yo lo mando.

Va una estampita para cada Hermana, recuerdo de la fiesta.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

8ª. Da cuenta de la marcha de la Compañía y habla de cómo deben obsequiar a San José:

Viva Jesús y su Teresa en sus hijas de Arcos de Junqueras (Barcelona).

A la mayor gloria y gratitud de San José.

Se acerca, mis amadas hijas en el Señor, el mes y fiesta del Abuelito, Provisor y Padre de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, San José, Ayo del Hijo de Dios y Esposo de la Madre de Dios.

Como ningún año, desde que está fundada la Compañía de su principal devota Santa Teresa de Jesús, hemos recibido por su mediación tan extraordinarias gracias como en el presente, justo es que este año nos esmeremos en obsequiarlo para merecer mayores mercedes.

A pesar de las pruebas tan grandes por que ha pasado la Compañía, han ingresado hasta hoy 33 Hermanas. No han perseverado 5, ha muerto una, han hecho votos 9. Se han fundado las residencias de Portugal (Fraga), Villanueva y Geltrú, La Almunia (Colegio), Orán (África) y la clase de Párvulos de Tarragona. Total de Residencias o Colegios, 15. Hermanas que han hecho los votos, 69. Educandas y Postulantes, 70. Total Hermanas, 139. Los intereses de Jesús, según las cuentas de conciencia que hemos tenido el consuelo de examinar, han aumentado en 130 Hermanas, en las niñas se han aumentado también en su inmensa mayoría.

Por todos estos motivos consoladores y por otros generales y particulares es un dulcísimo deber de la Compañía de Santa Teresa de Jesús el dar gracias muy rendidas a Jesús, Teresa y María Inmaculada por mediación de su Padre y Esposo San José, el Santo sin igual.

Cumpliendo, pues, lo que mandan las Santas Reglas nº 42, y a dicho fin:

Se recomienda a la Directora de la Residencia de Junqueras (Barcelona) para que junto con sus Hermanas en obsequio y acción de gracias por los beneficios recibidos del Glorioso San osé y por los que hemos de recibir en especial la vuelta de Jesús Sacramentado a casa, en su mes hagan:

1º. Cada día desafíos espirituales en su obsequio, en observar el silencio, presencia amorosa de Jesús en el interior del alma, modestia, trabajo y fidelidad en cumplir sus cargos respectivos.

2º. El mes del Santo con gran fervor, y si es posible, públicamente, para hacerle conocer y amar, a lo menos con las niñas. Si no es posible el mes, hagan públicamente su Novena.

3º. Su fiesta con la mayor y más extraordinaria devoción y pompa posible.

4º. Cada semana (miércoles) recen los siete dolores y gozos.

5º. Ofrezcan el día 19 de cada mes Misa y Comunión en acción de gracias por los beneficios recibidos de manos de San José y pidiendo otros mayores por su intercesión a Jesús y a María. Háganle la visita en Comunidad este día, y cántensele los gozos al glorioso Santo.

6º. En retorno por estos obsequios pedidle al bondadoso Patriarca nos alcance de Jesús y María: 1ª. Una vida santa y gastada toda en ser las primeras en extender el reinado del conocimiento y amor de Jesús, María, José y Teresa de Jesús por todo el mundo por los apostolados de la oración, enseñanza y sacrificio, y 2º. Una preciosa muerte en sus brazos y en su fiesta como lo ha hecho ya con algunas Hermanas de la Compañía de su Benjamina y Secretaria Santa Teresa de Jesús.

Estos son los deseos de vuestro Padre y Capellán, oh hijas mías en el Señor Jesús y su Teresa, que os bendice y os desea toda clase de felicidades amando, viviendo y muriendo por Jesús, María, José y Teresa de Jesús

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Barcelona (Pje. Méndez Vigo, 6), día consagrado a San José, 19 de febrero de 1885.

P. D. Gracias a San José. Escrito lo que antecede recibimos de Roma el rescripto para tener a Jesús Sacramentado en las residencias de Rubí, Villanueva y Gracia. Gracias, Jesús y su Teresa, por San José, gracias infinitas. Cartas de Orán nos dicen que las Hermanas llegaron felizmente gracias al Señor. Lloran aquellas pobres gentes de gozo al ver y hablar con las Hermanas. Piden hasta doce, y luego doce…mil, para conquistar toda el África para Cristo Jesús. Oremos y esperemos grandes cosas con el favor de Jesús y su Teresa.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

9ª. Tan breve como oportuna:

Viva Jesús y su Teresa en sus hijas Dolores, Cinta y Carmen, Postulantes.

Jesús.

Amadas hijas en Jesús y su Teresa: Recibí vuestra carta, en que me decís os halláis en esa santa casa cobijadas bajo el mando de la Santa de nuestro corazón.

Dad gracias al Señor por tan singular beneficio, y no lo perdáis. El demonio os tentará mucho, mas descubrid sus marañas a las Superioras y lo venceréis siempre. Es menos que mosca.

Sed humildes y obedientes, y nada temáis. Os desea la perseverancia final y poderos llamar siempre sus hijas fieles en el Señor Jesús y su Teresa, vuestro Padre y Capellán,

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

San Gervasio, 5, 11, 90.

4. 10ª. De modo especial le preocuparon las Comunidades de América. La mayor soledad en que se encontraban y los peligros múltiples que se ofrecían en aquellas latitudes movieron su pluma incesantemente para ayudarlas con sus cartas a cumplir su misión. He aquí algunas:

Viva Jesús y su Teresa en sus hijas de Montevideo.

He recibido vuestras cartas; otro día irán estampas para todas. Hoy estoy pobre y no tengo a mano.

Hermanas, cautelaos: 1º. Cautelaos de los hombres, sed sencillas como la paloma, mas prudentes como la serpiente, porque el mundo está puesto en el maligno. 2º. Vosotras no sois del mundo, que es enemigo del alma, cautelaos de él, de sus personas y cosas. Alerta con el mundo. 3º. Guardaos del demonio mudo, del demonio de la discordia o desunión y del demonio del orgullo.

Amaos y respetaos, que no haya más que un solo corazón y una sola alma. Mirad que sois principio de grandes cosas o de grandes males. Cautelaos del demonio, de sus sugestiones. Alerta con el demonio, vigilad y orad. 4º. Guardaos de vosotras mismas, clamad siempre, no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal.

La mujer y el vidrio siempre están en peligro. Obedeced prontamente, totalmente, ciegamente. La obediencia os hará impecables. 5º. Que nada os turbe ni espante: sois hijas de la gran Santa, llevad con honra su título.

La intención recta y la voluntad determinada de no ofender a Dios por nada ni por nadie y todo se andará. Trabajos habremos…, pero venceremos. Sed muy reservadas en todo. La mejor palabra es siempre la que está por decir.

Os bendice y desea veros y veros Reglas vivas, vuestro Padre y Capellán,

ENRIQUE DE OSSÓ, Obro.

San Gervasio - 2 del mes del Abuelito de casa – 1892.

* * * * *

Viva Jesús y su Teresa en sus hijas de Montevideo.

El día 6 de octubre hará 25 años que celebré la primera Misa en Montserrat. Con este motivo pienso, con el favor de Dios, celebrar una solemne Misa de acción de gracias dicho día. ¡Cuánto siento que la larga distancia no permita invitaros, para que a lo menos algunas asistierais a tan solemne acto!...No obstante asociaos en espíritu a tan gran fiesta, que ofreceré el Santo Sacrificio de la Misa muy preferentemente para todas vosotras, mis hijas en Jesús y su Teresa, rogando seáis mi gozo y corona en vida y en la eternidad, con Jesús y por Jesús. ¿Cuándo habrá una Regla viva? Esforzaos y callad, sufrid y obedeced por Jesús. Esto desea vuestro Padre y Capellán que os bendice de corazón,

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Jesús, 9, 9, 1892.

* * * * *

Viva Jesús y su Teresa en sus hijas de Mérida.

Hoy recibo vuestras cartas. Agradezco felicitaciones previas, y doy gracias a Jesús y su Teresa que tanto os bendicen.

No sé cómo os quiero tanto, mis hijas en el Señor, y por qué pienso tanto y espero tanto de esa fundación. ¿Será porque ha empezado humilde y pobrecita y pasáis *tanto calor*? Yo no lo sé, pero espero mucho de esa fundación para la gloria de Dios y bien de la Compañía. Sólo una cosa, mis hijas, se requiere y es que seáis fieles a la gracia de la vocación, y no haya ninguna perezosa, ni que huya de la cruz, que tengáis todas un solo corazón y una sola alma, no buscando otra cosa en todas las cosas más que agradar a vuestro Esposo Santísimo y hacer en todo su voluntad. ¡Oh mis hijas!, ¡qué consuelo sería para mi alma, saliese de ésa la primera Regla viva! Mas, ¡ay dolor!, ¡somos tan tardíos y escasos en darnos a Dios, que tan pronto y tan generoso es para dársenos todo! Felicito a la nueva esposa, y a la nueva Hermana. Bienvenidas sean a la Compañía y no se descuiden en trabajar con todo ahínco por ser Reglas vivas. Es lo único que os importa: cumplir las Reglas, cumplir las Reglas. Servid al buen Jesús con

paz, con regalo y con sosiego. ¡Cautelaos de los hombres! Cautelaos de las criaturas. El enemigo no duerme y no os faltarán trabajos: pero venceréis. Todo por Jesús y su Teresa y adelante y venga lo que venga nada os espante.

Acaba de morir el Sr. Obispo de Tortosa (e. p. d.). Ofrecedle sufragios como a una Hermana, según las Reglas. Tenemos ya la aprobación de las Reglas por el Gobierno. Van entrando muchas pretendientes, piden muchas fundaciones y cada día se va conociendo más a Jesús y su Teresa por su Compañía. Por todo demos gracias a Dios.

Por las Hermanas indignas expulsadas
Por las que se mueren santamente Gracias, Jesús y su Teresa
Por las que vienen

Acaba también de morir en ésta Mosén Juan Roca, de tarragona (e. p. d.). Asistió por la tarde a los exámenes, por la noche tuvo un ataque y al cabo de dos días murió sin habla. Encomendadlo a Dios, que eran gran amante de la Compañía.

Os bendice vuestro Padre y Capellán y desea veros Reglas vivas,

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

San Gervasio, 30 junio, 1893

San Gervasio, 10 de septiembre de 1893

María de Montserrat, ruega por tus hijas de Montevideo.

He recibido vuestras cartas últimas y por ellas veo el feliz arribo de las Hermanas y que andáis ya en vuestras tareas apostólicas.

He subido a descansar unos días a los pies de la Santísima Virgen y Madre, la Moreneta de Montserrat y no quiero pasar sin escribiros unas líneas de aliento y esfuerzo.

Estoy concluyendo para el bien de vuestras almas, a las que tanto amo, un libro de Ejercicios Espirituales y como complemento, otro titulado, ¡oh que os va a gustar el título! *Las horas solitarias* en que la Virgen Avilesa habla al corazón de sus hijas y les dice cosas muy buenas y rebuenas, melosas y sabrosas y de corazón.

Ya lo veréis con el favor de Dios, pues quiero regalaros uno a cada una de vosotras.

¿Qué es esto que me dicen, que hay algunas entre vosotras, melindrosas? ¿Os olvidáis de vuestra Madre? ¿Queréis que no os reconozca por hijas? No seais mis hijas nada mujeres, ni lo parezcais, sino varones esforzados. Todo se pasa. Callad, sufrid, trabajad, obedeced, y vivid y morid por Jesús que primero hizo todo esto por nosotros todos.

Obediencia extremada, obediencia extremada, obediencia extremada.

Vigilad y orad; vigilad a las niñas, vigilad vuestras almas, que el demonio no duerme y quiere perderlas.

Orad, orad, orad y de todo saldreis victoriosas. Traed examen sobre esto algunos tiempos de este año. Amaos como Hermanas, respetaos como princesas. Mucho deseo surcar los mares por ver Regla viva. ¿Por qué no me dais ese gusto? ¿Me lo dareis?

Os bendice vuestro Padre y Capellán,

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Va estampa para sortear entre las Hermanas. Gran fiesta por la Virgen, cuatro mitrados en la procesión, charanga de escolares, tronada ¡viva la Virgen de Montserrat!

Verge de Montserrat, feu santes a vostres filles de Montevideo. Per vosaltres, així l´hi demana a tan bona Mareta nostra, vostre Pare y Capellà,

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Así miles y miles de cartas en su vida. Embalsamadas todas de un suave olor de santidad. Llamando siempre a las puertas de las almas escogidas con los toques de sus anhelos incansables de perfección evangélica.

CAPÍTULO XLIX

DON ENRIQUE COMO ESCRITOR

1. Mérito extraordinario.- 2. Periodista católico. Su estilo y sus ideas.- 3. Autor de libros doctrinales y piadosos: a) sobre Pedagogía catequística; b) libros para la Archicofradía: el "Kempis Teresiano"; c) libros de devoción de tipo más amplio; d) sobre Santa Teresa y San José; e) otros libros de devoción; f) propaganda religioso-social; g) libros para las religiosas de la Compañía; h) libros para los colegios; i) escritos póstumos.

1. La pluma fue inseparable compañera de don Enrique durante toda su vida. Ello tiene un mérito extraordinario por cuanto que nunca fue un hombre sobrado del sosiego que necesita un escritor. Al contrario, vivió constantemente pendiente del reloj. Don Enrique escribía en el tren – aquellos trenes infernales de su época -, en el Seminario, en casa, en los colegios de la Compañía, al bajar del púlpito, en los momentos de descanso, en las peregrinaciones, en todos los instantes y lugares por diversos que fuesen. Las mejores y más sentidas páginas, desde luego, las compuso en los días de recogimiento y soledad que pasó en el Desierto de las Palmas o en Montserrat, junto al trono de la Virgen. Siempre llevaba consigo el lápiz y dos o tres cuadernos en que iba tomando sus notas. Frecuentemente, sobre todo cuando estaba con sus religiosas, dictaba y como le salía en aquella primera redacción, así lo enviaba a la imprenta porque no tenía tiempo para nuevas correcciones.

Causa asombro el contemplar la abundantísima producción literaria de este hombre, en medio de las arrolladoras ocupaciones que siempre le acompañaron.

En esto, como en todo, don Enrique fue un gran sacerdote, consciente de las necesidades de la época. Comprendió que había que batallar sin descanso con las armas de la propaganda escrita y se lanzó al combate con el denuedo y la generosidad en él características.

Podemos distinguir en su vida de escritor dos aspectos. Uno, el periodista católico. Otro, el de autor de libros piadosos.

2. Como periodista, tuvo una vocación irresistible. Apenas sale del seminario, hirviendo todavía las pasiones desatadas por la revolución de septiembre, funda "El Amigo del Pueblo", en Tortosa, destinado a combatir la influencia de aquel papelucho revolucionario llamado "El Hombre". Duró el periódico desde 18870 hasta marzo de 1872, en que fue suspendido por los que proclamaban como dogma la libertad de imprenta. No obstante la escasa duración del Semanario, había servido entre otras cosas como palestra de entrenamiento a don Enrique, el cual, estimulado por los evidentes frutos conseguidos, decidió aquel mismo año fundar la Revista Teresiana. En octubre salía el primer número de la famosa publicación que pronto se hizo popular en toda España. Conocemos perfectamente la fisonomía y eficacia de esta Revista ya que a ella hemos hecho referencia constantemente a lo largo de este libro. Durante los 270 meses que se sucedieron desde el de su fundación hasta el de la muerte de don Enrique, la Revista salió siempre valiente y puntual, vibrante y clamorosa de amor a la Iglesia, a Santa Teresa y a España. Su esforzado Director se acreditó como un héroe de la tenacidad y la constancia.

Algunos números casi en su totalidad llevan la huella personal de don Enrique, aunque es de justicia reconocer también la imponderable e igualmente constante colaboración de don Juan bautista Altés que, una vez muerto su entrañable amigo, quedó como Director de la misma. Los artículos de don Enrique, si bien el tema teresiano se lleva sus preferencias, son variadísimas. El Papa, la situación religioso-moral de España, el problema de la enseñanza, los seminarios y la formación del sacerdote, la educación de la mujer y todos los aspectos de la espiritualidad cristiana fueron examinados por él con gran fruto para los numerosos lectores que la Revista tenía en nuestra patria y en el extranjero.

El estilo es sencillo y directo. Desprovisto de galanuras literarias, predominantemente afectivo, inflamado de amor. Abundan las exclamaciones y los lamentos, explicables las primeras por el ardiente deseo de renovación que en todo momento conmueve al escritor, y los segundos por el triste panorama que siempre tiene ante sus ojos al contemplar la realidad político-social de España.

En aquellos tiempos en que las publicaciones católicas escaseaban, la Revista Teresiana hizo un bien inmenso en el pueblo cristiano. Se distingue particularmente por el afán en ella dominante de llevar al ánimo de sus lectores una conciencia de apostolado muy

semejante al de las publicaciones de Acción Católica de hoy día. De igual modo, divulga, comenta y analiza los Documentos Pontificios y cuanto se relaciona con el Romano Pontífice. Trata de despertar por todos los medios una entrañable devoción a la Iglesia Jerárquica y se esfuerza por hacer sentir las nobles y honrosas obligaciones de solidaridad cristiana, presentando siempre a los lectores el panorama de la Iglesia Universal en sus luchas, triunfos y persecuciones. Era muy lógico que así lo hiciera, dado el espíritu universalista de Santa Teresa que es siempre guía y mentor de la Revista.

3. Como autor de libros y escritos preferentemente piadosos, la producción de don Enrique es muy variada y diversa, como diverso es también el mérito de los mismos. Una observación muy interesante puede hacerse, y es que cada libro responde perfectamente a una época determinada y a una concreta actividad apostólica a la que de manera particular está entregado su autor en el momento de la publicación del mismo. Lo cual prueba, por un lado, la perfecta concepción apostólica de don Enrique (organización de las obras, propaganda hablada y propaganda escrita) y por otra la extraordinaria capacidad personal que le permite dominar todos los recursos. Hay quienes escriben y no hablan; quienes hablan y no escriben; quienes realizan y ni escriben ni hablan. Don Enrique hizo las tres cosas a la vez. Y así vemos.

a) Sobre Pedagogía Catequística.- Año 1872. Es la época de las catequesis de Tortosa. En la ciudad se viven ya muy logrados los frutos de aquel esfuerzo gigantesco que él inició y siguió realizando en la organización del movimiento catequístico. Como resultado de sus conocimientos y experiencia práctica y a la vez como orientación doctrinal y pedagógica para los que han de continuar la dura labor de adoctrinar a la infancia, publica la *"Guía práctica del Catequista en la enseñanza metódica y constante de la Doctrina Cristiana"*. Este libro es sencillamente un tesoro. Consta de más de 300 páginas bien nutridas. Va precedido del opúsculo de Gersón *"De parvulis trahendis ad Christum"*, traducido al castellano por don Enrique. Sigue el libro propiamente dicho y se añaden la Constitución de Benedicto XIV *"Etsi minime"*, sobre la enseñanza del catecismo, Reglamento sobre la organización de las Catequesis, devociones principales, Evangelios de los domingos y fiestas del año, y una colección de cánticos, algunos de ellos con música, que se hicieron popularísimos sobre todo en la región catalana.

b) Libros para la Archicofradía.- Publica en 1873 el *"Reglamento de la Archicofradía Teresiana"*. Establecida ésta por primera vez en el mes de octubre en Tortosa, pronto se extiende por toda España. Don Enrique mismo se sorprende del éxito arrollador que tiene la Asociación. Rápidamente se da cuenta de que para lograr el fin que se propone, a saber, espíritu de oración en las asociadas, es necesario instruirlas y hacerles asequibles los caminos de la meditación y la unión con Dios. A tal fin, en 1874, publica *"El Cuarto de Hora de Oración"*. Para escribirlo se retiró al Desierto de las Palmas. Este libro ha sido llamado el "Kempis Teresiano". Durante muchos años ha sido el manual de oración clásico entre la juventud femenina de España. Ya en vida del autor alcanzó 15 ediciones y en el momento actual pasan de las 40. Las almas que han aprendido en él a meditar y tener espíritu de oración son innumerables.

En 1875 da a la imprenta otro libro de meditaciones destinadas a las niñas más pequeñas. Lo tituló *"¡Viva Jesús!"*. Versan sobre los misterios de la infancia de Cristo. 150 páginas.

También por esta época publicó el *"Reglamento y Preces del Rebañito del Niño Jesús de Teresa"*, que había de servir para los parvulitos – niños y niñas – de la Asociación. Estos eran con respecto a la Archicofradía algo así como los benjamines de la Acción Católica de hoy.

Como homenaje a Santa Teresa en el tercer centenario de su muerte hace en 1882 una nueva edición corregida y aumentada por él del libro *"La Mujer Grande"*, o *"Vida Meditada de Santa Teresa de Jesús"*, original de Fray M. de T. Son tres tomos en 4º de más de 400 páginas cada uno. En aquel entonces era éste seguramente el mejor libro de biografía y meditación sobre la Mística Doctora. En él se expone la vida de Santa Teresa en forma de meditaciones para cada unote los días del año. La parte personal de don Enrique es la redacción del Fruto, Máxima y Jaculatoria que acompaña a cada meditación.

c) Libros de devoción de tipo más amplio.- Aun cuando don Enrique tenía como preocupación fundamental la de atender y servir a las fuerzas teresianas que él iba creando,

pronto ve sin embargo la necesidad de llegar con la mayor eficacia posible a otras muchas almas no encuadradas dentro de los grupos típicamente teresianos. Por lo cual publica en 1889 el *"Tesoro de la Juventud"*. Es un devocionario que él mismo llama razonado y completo. Dedicado a los jóvenes de uno y otro sexo, se propone con el "formar una piedad ilustrada en la juventud, cosa que hoy día poco se ve la ignorancia de las verdades católicas en las prácticas de piedad". (Prólogo de la primera edición). Esmeradamente editado y de no excesivo tamaño, aunque constaba de 1.000 páginas, tuvo éxito inmediato. No es un conjunto de devociones puestas una tras otra, sino más bien un perfectísimo manual de instrucción piadosa en que, junto a las devociones que se insertan, aparecen documentos preciosos originales suyos, máximas de la Sagrada Escritura y de los Santos, particularmente de Santa Teresa, etc. Vino a ser el complemento de "El Cuarto de Hora de Oración". La sexta edición se ha hecho en el año 1949.

Dentro de la misma línea están el *"Tesoro de la Niñez"* (1892) y el *"Ramillete del catecismo"* (ídem). El primero es un libro de 374 páginas. Como devocionario es con relación al "Tesoro de la Juventud", lo mismo que el "Viva Jesús" con respecto al "Cuarto de Hora de Oración". Va dedicado a las niñas y niños de los Rebañitos. Completísimo, muy sólido en sus instrucciones, maravillosamente acomodado a la capacidad de los niños. En la primera página, como sirviendo de lema a todo el libro, aparece esta máxima de Santa Teresa: "De devociones a bobas nos libre Dios".

El segundo "Ramillete del Cristiano" (200 páginas) fue dado a la imprenta en mayo de este mismo año. En él se expone principalmente la Santa Misa y los sacramentos de la Confesión y Comunión. Hizo una edición económica para repartirlo gratuitamente.

d) Libros expresamente dedicados a fomentar sus dos grandes devociones: Santa Teresa y San José.- Dada su particularísima devoción a San José, no podía faltar entre sus escritos un libro dedicado al Santo Patriarca. Este fue *"El devoto Josefino"* (1891). Son 500 páginas en 8º, ocupadas la mayor parte de ellas son hermosísimas meditaciones, seguidas de otros muchos ejercicios piadosos de devoción al virginal Esposo de María. Lo dedicó a las novicias de la Compañía e inmediatamente se extendió por toda España al igual que sus otros libros. Ha alcanzado siete ediciones.

"Novísima Novena a San José". Consta de tres puntos de meditación cada día y un ejemplo para inspirar mayor confianza en la protección del santo.

"El día 15 de cada mes consagrado a Santa Teresa de Jesús", consta de una meditación para cada mes y varias oraciones y ejemplos para hacer conocer y amar al serafín del Carmelo.

"Mes de Santa Teresa de Jesús", 33 meditaciones sobre las virtudes de la Santa para obsequiarla durante el mes de octubre. *"Novena"* y *"Triduo en honor de Santa Teresa de Jesús". "El espíritu de Santa Teresa de Jesús".* Es una colección completa de los pensamientos, sentencias, máximas y afectos más notables de la Santa, sacados a la letra de todas sus obras.

e) Otros libros de devoción.- Su devoción a San Francisco de Sales y la que quiso que se tuviera en la Compañía a este glorioso Santo le hacen escribir el *"Tributo Amoroso al Dulcísimo Doctor San Francisco de Sales"*. 160 páginas. Son meditaciones sobre las virtudes del Santo, a continuación de las cuales aparecen algunas máximas entresacadas de sus obras, así como otras de las de Santa Teresa para hacer ver la identidad de espíritu de ambos.

"Tres florecillas a la Virgen María de Montserrat".- Después del prólogo autobiográfico y de una hermosa descripción de la montaña montserratina, siguen los piadosos ejercicios en que se meditan las excelencias y misericordias de María. Siguen interesantes y poéticos trabajos relativos a Montserrat y termina el opúsculo con hermosos cantos a la Señora.

En el año 1894 publicó *"Siete moradas en el Corazón Amantísimo de Jesús"*, meditaciones para cada día de la semana, y escribió durante su estancia en Roma, en días de tribulación y soledad, *"Un mes en la Escuela del Sagrado Corazón de Jesús"*, seguido de un *"Triduo, Novena y Primer Viernes"*. Lo dio a la imprenta el año siguiente, 1895, en un tomo de 300 páginas. Son meditaciones para fomentar en sus hijas la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

En marzo de 1895 publicó *"María al Corazón de su Hijas",* o sea, *Un mes en la Escuela de María Inmaculada*, 356 páginas. Son meditaciones en forma de conversación entre María y los hombres.

f) Propaganda religioso-social.- En el año 1891 aparece la "Rerum novarum". En el acto, para contribuir a su difusión, don Enrique publica el *"Catecismo de los obreros y de los ricos"*, sacado a la letra de la Encíclica de Su Santidad "De opificum conditione". Hace una edición numerosísima que se reparte por todos los ámbitos de España.

Publica además el *"Catecismo acerca de la Masonería"*, sacado a la letra de la Encíclica "Humanum genus". Da de la infernal secta el verdadero y apropiado concepto.

g) Libros para las religiosas de la Compañía.- Son lo mejor de su producción literaria. En ellos es donde más completamente aparece el carácter de don Enrique tal como fue. Con su alma enamorada de Dios, con su riquísima experiencia ascético-mística, con sus cualidades sobresalientes de director de espíritus prudente y eficaz, con su agudeza y penetración inverosímiles que le permiten llegar a magistrales y detalladas formulaciones de lo que había de ser su amado Instituto. El año 1882 mandó imprimir por vez primera bajo el título general de *"Constituciones de la Compañía de Santa Teresa de Jesús"*, un volumen en el que se recopilaban diversos documentos de formación y gobierno de la Compañía que él había ido elaborando a la luz de lo que le decían la meditación y la experiencia. Eran estos documentos los siguientes: Sumario de las Constituciones de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, Organización y gobierno de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, Oficios en la Compañía de Santa Teresa de Jesús, Preces de la Compañía de Santa Teresa de Jesús. Esta es la verdadera cadena de oro de la Compañía; al espíritu que alienta en estas páginas deben las religiosas Teresianas toda la fuerza motriz de su Instituto.

Con estos documentos a la vista, e introducidas las modificaciones que la legislación eclesiástica fue dictando, hízose más tarde la redacción de las Constituciones propiamente tales que aprobadas por Roma *ad quinquenium per modum experimenti*, en 1903, lo fueron definitivamente en 1908. Con el resto de los escritos de ese volumen editado por don Enrique en 1882 se hizo el actual *"Directorio para las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús".*

También escribió diversos documentos, todos ellos de un valor inestimable para las Superiora de las Comunidades. Corrían peligro de perderse por haber brotado de su pluma en muy diversas ocasiones y no haber sido nunca impresos, a lo cual puso diligente remedio la Madre Teresa Blanch al recopilarlos y darlos a la imprenta en 1928. Juntamente con ellos reimprimió dicha Madre otro libro de don Enrique que él editó en 1886 bajo el título *"Remedios preservativos y curativos de las enfermedades del alma"*, en cual estaba completamente agotado. El nuevo volumen que comprendía aquellas páginas inéditas y este valioso libro se tituló ahora *"Directorio para las Superioras"*. No dudo un momento en afirmar que es en él donde brilla más alta la sabiduría espiritual de don Enrique.

"Práctica del Examen particular y general", es un folleto con instrucciones muy detalladas sobre el tema.

h) Libros para los colegios de la Compañía.- Las religiosas Teresianas han tenido siempre muy bien ganada fama de competencia pedagógica. Poco tiempo después de fundado el Instituto empezaron a editar una colección de libros de texto que tuvieron gran aceptación. Lo que no es tan sabido es que fue don Enrique el que tuvo la iniciativa y el que encontró tiempo en su vida -¡es increíble! – para escribir algunos.

Suyos son *"Rudimentos de Religión y Moral" "Rudimentos de Historia Sagrada", "Rudimentos de Historia de España".*

i) Escritos póstumos.- Así nos acercamos al final de su vida, colmada toda ella hasta los bordes con el don santísimo de la piedad. Su pluma recorrió con él las últimas jornadas y muerto don Enrique aparecieron algunas obras póstumas que acusan claramente una mayor intensidad de sus anhelos de unión con Dios. Entre otras enumeraremos las siguientes.

"Novena a la Inmaculada Concepción de María", son ochenta páginas de meditaciones. Lo escribió en Vinebre, "en la fiesta del Senequita de mi Santa Mare Teresa de Jesús", 24 de noviembre de 1895, cuando estaba pasando por el trance doloroso de ver los peligros de la Compañía.

"Novena para honrar al Espíritu Santo". Otras 80 páginas de meditaciones sobre lo que el título indica. Está fechada en Sancti Spiritus, el 14 de enero de 1896, diez días antes de su muerte. Ambos libritos fueron editados en 1902 y 1903, respectivamente.

También en 1901 fue editado otro hermoso libro que él había ido componiendo a lo largo de su vida. Es *"Ejercicios Espirituales, según el método de San Ignacio de Loyola, para*

las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús", un volumen de 400 páginas, en el que expone las meditaciones clásicas de nueve días de ejercicios, expresamente acomodadas a las religiosas.

CAPÍTULO L

SU TERESIANISMO

1. Su alma, una llamarada de amor a Santa Teresa.- 2. Insuperable conocimiento de la vida y obras de la Santa.- 3. Vida interior de su corazón teresiano.- 4. La voluntad y las obras al servicio de Santa Teresa: a) sobrecogedora labor en la Revista; b) otras publicaciones y trabajos.- 5. No ha habido nadie en España.

1. Después de cuanto hemos dicho a lo largo de este libro podría parecer superfluo insistir sobre el tema. Sin embargo no solamente no lo considero así, sino que juzgo obligado para llegar a un estudio completo de la personalidad de don Enrique, examinar la influencia que sobre él ejerció Santa Teresa de Jesús y lo que, a su vez, él hizo por la Santa de su corazón. Satisfecha ya la necesidad que teníamos de examinar en detalle y concretamente los diversos episodios de su vida teresiana, remontémonos ahora al plano de las consideraciones generales y ofrezcamos en una síntesis, que quiere ser luminosa, el cuadro de su teresianismo.

Creo de todo punto inevitable recurrir a una especial providencia de Dios, para poder explicar suficientemente este fenómeno del teresianismo de don Enrique. Estamos en presencia de algo excepcional, fuertemente extraordinario, tan singular y maravilloso que probablemente no se repetirá nunca. Es una verdadera simbiosis la que se produce entre el espíritu del sacerdote catalán y el de la Santa de Castilla.

Apenas explica nada el que se nos diga, como yo mismo he apuntado en uno de los capítulos de este libro, que ya en su niñez prendió en su alma la devoción a Santa Teresa, sugerida por sus piadosas tías y alimentada poco después por el ardiente entusiasmo de alguno de sus primeros profesores. Digo que esto apenas explica nada por la sencilla razón de que otros niños han tenido piadosas tías que les hablaban de lo mismo y profesores entusiasmados con la Santa de las Moradas, y sin embargo no se han distinguido ni poco ni mucho por su carácter teresiano. Don Enrique, en cambio, asimila de una manera tan viva el espíritu de la Santa, se despersonaliza él para fundirse con ella de tal modo, que desde que recibe la ordenación sacerdotal hasta que muere, piensa, escribe, ora, funda, predica, emprende y sueña en teresiano.

Aquí no hay figuras de lenguaje ni forzada sumisión a ningún prejuicio. Si se hubiera podido conservar la vida de don Enrique en imágenes, y su voz hubiera sido impresionada en cinta magnetofónica, y su pensamiento interior traducido a palabras, nos quedaríamos asombrados. Le veríamos tan impregnado de teresianismo en todo su ser que por fuerza habríamos de preguntar cómo era posible un hecho tan inaudito. Para tener una idea exacta y cabal de lo que él hizo, no basta examinar a posteriori los resultados de su apostolado teresiano. Esto es, sin duda, sumamente elocuente, pero es necesario algo más. Se necesita penetrar, a través de ese bosque frondoso de sus logros y realizaciones, en el paraje más recóndito de su intimidad y una vez allí, detenernos, sin miedo a pecar de irrespetuosos, y observar lo que pasa en su alma. Su alma, que es, toda ella, una vivísima y ardiente llamarada teresiana. Los pensamientos, afectos y determinaciones, que durante treinta años brotan sin cesar de aquel horno de su espíritu son todos ellos en obsequio y por amor, y como homenaje de devoción a Santa Teresa. Aunque después no hubieran venido las obras que vinieron, el alma de don Enrique hubiera sido igual: fuego de amor a Santa Teresa de Jesús.

2. Todas sus potencias interiores vibran con un fervor teresiano que raya en lo inverosímil. En primer lugar, su inteligencia. En un hombre como don Enrique, pensador y reflexivo por formación y por temperamento, la devoción y entrega a la gran Santa no podían ser sino el fruto de un conocimiento soberano de su doctrina, de un estudio cabal de lo que Santa Teresa significaba en los múltiples aspectos de su riquísima personalidad. Don Enrique empezó desde muy joven a leer las obras de la Santa. Su espíritu, sinceramente piadoso y recto, quedó suspenso de admiración ante el prodigio de sabiduría celestial que en ellas se descubre. Ya no pudo resistir el hechizo que sobre él ejercían los escritos teresianos.

A medida que su alma experimentaba mayores deseos de perfección, se sentía más y más atraído por el horizonte inabarcable y próximo a la vez que los libros de la Santa nos ofrecen. Tiene algo de particular la Virgen de Ávila que no se encuentra en los demás escritores místicos y maestros del espíritu. Consiste en que Santa Teresa no solamente

expone su doctrina, sino que con delicadeza de madre regala también el ejemplo de una vida: la suya propia.

De otros santos igualmente sublimes por sus enseñanzas, por ejemplo San Juan de la Cruz, no llegamos a percibir ese calor humano que tanto impresiona a nuestra débil naturaleza. Santa Teresa de Jesús, al descubrirnos el secreto y escondido paisaje de su vida, parece que nos acoge en su regazo. No se limita a exponer una enseñanza y decir "ahí está", sino que nos la da en forma de alimento, como la dan las madres. Y por eso nos permite saborear el dulce encanto interior de su vida y sus experiencias, en confirmación de lo que enseña. Quizá nadie como Santa Teresa y San Agustín han sabido realizar esta maravilla.

Por eso – digo – se llega a conocerla mejor, aunque nunca se la conozca del todo. Don Enrique estudiaba, leía, meditaba los escritos de Santa Teresa cada vez con más afán. Para completar su conocimiento, y arrastrado ya por el amor que crecía, procuró también leer todo cuanto sobre Santa Teresa se ha escrito.

Creo no incurrir en exageración alguna si digo que, al menos hasta el momento en que él vivió, no ha habido nadie que pueda compararse con don Enrique en cuanto al conocimiento de la literatura teresiana. No como crítico o investigador, ya que él no fue nunca un hombre de archivos y bibliotecas, sino sencillamente como hombre enamorado que busca con incontenible afán todo lo concerniente al tema para asimilarlo y divulgarlo después entre los demás. Este conocimiento de la temática teresiana se pone de relieve particularmente con motivo del gran Certamen Literario que, con carácter mundial, se celebró el año del Centenario de la Santa y del que don Enrique fue motor primerísimo. Igualmente en los artículos sobre "Libros raros que tratan de Santa Teresa de Jesús", en los que demuestra su extraordinaria y esmeradísima cultura y habla de la biblioteca teresiana que está formando con el empeño de que sea lo más completa posible. Igualmente en el número de la Revista correspondiente al mes e octubre de 1882 del que debería hacerse una edición especial por su valor tan singular para el amante del teresianismo.

Con toda justicia, pues, hemos de decir que si don Enrique fue el apóstol teresiano del siglo XIX, fue también el más extraordinario conocedor de los escritos de la Santa y de cuanto con ellos se relaciona. Ahí están los veinticuatro volúmenes de la Revista como un arsenal inagotable de noticias y datos, indispensable para el historiador del movimiento teresiano en España.

3. Y juntamente con su preparación intelectual, el amor. Hablo ahora de su corazón, la más fuerte potencia de su alma. El amor que este hombre sintió hacia Santa Teresa es inenarrable. Aquí es donde más necesario se hace acudir a una especial intervención de Dios, quien sin duda quiso que el alma de este extraordinario hijo suyo se abrasara en un verdadero incendio de amor a la gran Reformadora del Carmelo. De noche y de día pensaba en ella con el ardor de un esclavo enamorado.

Frecuentemente en sus escritos, aún en aquellos de carácter más bien expositivo y doctrinal, rompe la línea serena del razonamiento y prorrumpe en saetas inflamadas de cariño, frases admirativas, coloquios de afecto incontenible. En las crónicas de la Revista en que se da cuenta de sus viajes de propaganda teresiana, sermones, fundación de la Archicofradía, Ejercicios, etc., se nos dice más de una vez, aprovechando sin duda ausencias suyas en la redacción, que los fieles de las iglesias en que predicaba se sintieron hondamente conmovidos al oírle hablar de Santa Teresa, que lo veían transfigurado y como en éxtasis, enajenado de amor a la Santa, víctima de un sentimiento interior tan fuerte que le hacía derramar lágrimas. "La Santa lo quiere…" "mira a ver qué te dice la Santa…" "la Amada de nuestro corazón…" "Viva Jesús y su Teresa…" y otras expresiones semejantes no se le cayeron jamás de los labios ni de los puntos de la pluma.

Lo que sorprende no es precisamente el uso de las mismas, sino la unanimidad con que todos cuantos le conocieron atestiguan su honda y fresca sinceridad al pronunciarlas, lejos de toda muletilla formulista y rutinaria. Esto no tiene más explicación que el continuo desbordamiento de sus sentimientos interiores. ¿Premióle alguna vez la Santa este amor con alguna muestra exquisita de correspondencia celestial? Unas palabras de don Enrique, pronunciadas como al desgaire y en un momento de irreprimible espontaneidad, hacen pensar en que efectivamente recibió de ella algún secreto favor.

Había mandado pintar en cierta ocasión un cuadro de la Transverberación de Santa Teresa. El artista acertó a dar feliz expresión a la tan conocida escena, y quiso don Enrique que se pusiera provisionalmente en una sala del Noviciado para que las Hermanas pudiesen contemplarlo a su gusto. Un día en que reunidas algunas de ellas, presente don Enrique,

comentaban con extraordinarias ponderaciones la impresión que el cuadro causaba, como dijese una: "¡Qué devoción infunde! ¡Qué hermosa es!", oyeron las más próximas que añadía don Enrique con voz casi imperceptible: "Más hermosa era cuando yo la vi". Rápidamente se volvieron a mirarle y comprendieron, por la alteración de su rostro, que trataba de disimular el sentido de la frase cambiando de conversación. Le preguntaron después qué había querido decir y no contestó.

4. Pero el amor se conoce sobre todo por sus obras. Y es aquí precisamente donde hay que detenerse sobrecogidos de admiración hacia lo que aquel hombre hizo por la Santa del Carmelo. Primero su inteligencia, después su corazón; en tercer lugar, su voluntad, entregada sin descanso al servicio de Santa Teresa en realizaciones múltiples y nunca interrumpidas. Empecemos por observar el teresianismo de don Enrique a través de las páginas de la Revista, el más alegre y ligero vehículo de cuantos utilizó para hacer fructificar la semilla.

a) Hoy es un soneto de Lope de Vega dedicado a la Santa, mañana es un artículo compuesto todo él por los elogios que a la misma tributaron los más diversos autores a lo largo del tiempo. Durante varios años escribe sobre las virtudes de Santa Teresa aplicando al examen de las mismas la doctrina de Santo Tomás de Aquino en cada una de ellas. A veces el artículo consiste sencillamente en transcribir alguna frase o sentencia de la Mística Doctora para inmediatamente añadir él su comentario o glosa, iluminados de continuo por nuevas sentencias y hechos de la vida de la Santa que se le vienen a la pluma con caudalosa abundancia. Los grandes temas de la Iglesia, el Papa, la Jerarquía, el protestantismo, España, la educación…etc.…que fueron sus continuas preocupaciones de periodista católico, los examinó mil veces buscando siempre la relación entre su contenido y el ejemplo que sobre los mismos nos daba Santa Teresa de Jesús.

Sus artículos sobre la mujer, una vez que decididamente emprende el rumbo de la Archicofradía primero y de la Compañía después, son innumerables: pues bien, no hay ni uno sólo en que deje de hablar de Santa Teresa. *Dos son, a mi entender, las ideas eje en el apostolado de don Enrique. Una, la honda espiritualidad que ha de manifestarse en una unión con Dios cada vez más fuerte y estrecha. Otra, la fortaleza en el combate, el celo ardiente e incansable en la lucha por la defensa de la Iglesia.* Sobre estos dos puntos escribe, predica y habla casi obsesivamente. Sobre estos dos puntos, Santa Teresa es para él la fuente inagotable de enseñanzas y de ejemplos que continuamente se esfuerza en poner de relieve.

Todos los meses, durante los veinticuatro años que dirige la Revista, escribe el esquema para el retiro mensual que han de hacer las personas piadosas: siempre es inspirado en la doctrina teresiana.

Santa Teresa como escritora, doctora, mortificada, perseguida, enferma, mal o bien interpretada…Santa Teresa, como mujer humanísima, caritativa, alegre, humilde, valiente, esforzada…Santa Teresa en el trato con los Príncipes, con ricos y pobres, con sus monjas, con sus familiares…Santa Teresa con su valor actual, con su influencia en el pasado, con su significación para los tiempos venideros…Santa Teresa y la devoción a Cristo Crucificado, a la Eucaristía, a la Virgen Santísima, a San José…Santa Teresa y la humildad, la castidad, la pobreza, el servicio a los demás… es decir, Santa Teresa y todo cuanto un santo y un apóstol puede proponerse como tema de sus meditaciones, es examinado por don Enrique incansablemente, sin fatiga, con un cariño y una devoción que, lejos de atenuarse, van cada día en aumento. Da la impresión de que podría estar escribiendo sobre el tema cien años más y de que, si lo hiciera, ello sería para él el placer más exquisito y no representaría para los lectores ningún género de tormento. Tan fuerte y tan sincera es la corriente de vida que ilumina todos los escritos y calienta sus palabras.

No son sus artículos – repito – estudios de Teología Mística o de investigación y crítica histórica. Son llamadas vibrantes a la conciencia cristiana, exposiciones sencillas, manifestaciones de un permanente propósito de que Santa Teresa llegue a ser comprendida, sentida y amada entrañablemente por todos. Siempre sin embargo aparece junto a la sencillez la erudición; junto a la claridad expositiva, el rigor de la formación teológica; junto al afán de vulgarización, el dominio y la seguridad del especialista. Defiende a Santa Teresa de las calumnias con que a veces pretenden mancharla publicaciones heterodoxas, pseudo científicas, muy del gusto de la época; hace análisis muy agudos de su doctrina; da noticias de todo lo que sobre la Santa se escribe y publica en los diversos países de Europa por católicos y aún por protestantes…

Es, en suma, un verdadero archivo viviente de teresianismo que difunde por todas partes los ricos tesoros de su doctrina convertidos por él en alimento y vida. Como dato curioso, ofrezco al lector el siguiente: en la Revista Teresiana, desde el primer número que salió hasta enero de 1896, fecha de su muerte, aparecen más de 400 artículos sobre temas teresianos, firmados por él, unas veces con su nombre, y otras con los diversos pseudónimos que usaba, tales como "El Solitario", "C.", (inicial de su segundo apellido), "Rodrigo" (nombre del hermano de la Santa)…

b) Únase a todo esto la publicación de sus libros, muchos de los cuales alcanzaron repetidas ediciones; la organización de viajes, congresos, romerías y peregrinaciones teresianas; la movilización , al servicio del ideal teresiano, de todos los recursos de expresión artística, como la escultura, la música, la pintura, la fotografía (1); la influencia lograda sobre periódicos y revistas de su tiempo, muchos de los cuales, siguiendo sus consignas, hicieron propaganda del teresianismo; la serie innumerable de sus predicaciones sobre el tema; la extensión de la Archicofradía que llega a tener 140.000 asociadas; los Rebañitos del Niño Jesús; y sobre todo, la Compañía que en cada paso que daba, vino a convertirse en un foco inextinguible de fervor teresiano, destinado a perpetuar las orientaciones y propósito de su Fundador…y se comprenderá la razón que nos asiste para hacer la afirmación siguiente.

No ha habido nadie en España que haya contribuido tanto como don Enrique de Ossó a la glorificación de Santa Teresa de Jesús en el alma sencilla del pueblo cristiano. El teresianismo, como movimiento popular, entrañable, convertido en fórmula eficaz de renovación de costumbres no existía en nuestra patria con anterioridad a don Enrique. Más aún; sin negar el mérito de otras aportaciones que después se han sumado al movimiento teresiano, podemos decir que en este aspecto concreto de nuestra piedad, las generaciones inmediatamente anteriores a la nuestra, y aún nosotros, estamos viviendo en gran parte de lo que él sembró. Porque fue él principalmente quien, como elegido de Dios, supo infundir en muchísimos sacerdotes y aun religiosos y en incontables mujeres, futuras madres de familia, una sentidísima y arraigada devoción a Santa Teresa y sus enseñanzas, que no se ha extinguido.

En el Proceso incoado en Barcelona declaró el Arcediano de Vich, don Jaime Collell:

El apostolado del Siervo de Dios puede con toda razón llamarse teresiano, de tal manera que no titubeo en afirmar que su vocación especial con carácter de una verdadera misión en las obras del ministerio sacerdotal, fue renovar con sus escritos, con sus palabras, y sobre todo con su ejemplo, el espíritu de la Seráfica Doctora en todas las clases de la sociedad.

Estoy persuadido de que en su tiempo no había en España un sacerdote que conociera tan a fondo y se hubiese tan íntimamente asimilado las admirables obras de Santa Teresa como el Siervo de Dios.

(1) Don Enrique acudió a todo lo pudiera ser un vehículo de propagación de su ideal teresiano: músicos como el Maestro Pedrell, el benedictino P. Guzmán, Llatse, Roca, Portas, Cándido Candi, Samper, vertieron su inspiración en bellas composiciones solicitados por el incansable apóstol; el célebre escultor Ferrer y el tortosino Cerveto cincelaron a petición suya innumerables imágenes de Santa Teresa; igualmente en su especialidad los pintores Marqués, Dolz, Cerveto, Ferreres. De estos cuadros e imágenes mandaba hacer fotografías, muy frecuentemente, a los célebres fotógrafos Masdeu y Thomas, las cuales reproducidas después en centenares de miles de estampas se distribuían por toda España.

CAPÍTULO LI

LAS CONSTITUCIONES Y EL DIRECTORIO

1. Redacción y aprobación en Roma.- 2. El Directorio, reflejo del espíritu de don Enrique.- 3. El fin y los medios.- 4. Las virtudes de las Teresianas.- 5. Documento importantísimo para las Superiora.

1. Las primeras Constituciones que escribió don Enrique tienen un encanto singular. Menos perfectas en cuanto a la forma canónica, son completísimas sin embargo como ordenación espiritual de una vida empapada de amor a Dios y espíritu teresiano. Las religiosas que viven hoy en la Compañía no las conocen en su redacción original, porque se conservan muy escasos ejemplares de aquella primera edición que hizo don Enrique en 1882 (1). Presentadas más tarde a la necesaria aprobación en Roma, murió don Enrique sin haber logrado su anhelo. Cuando entró a gobernar la Compañía la Madre Teresa Blanch en 1899, encomendó a don Manuel Domingo y Sol el trabajo de activar las gestiones oportunas en la Curia Romana. Don Manuel se interesó mucho, como se desprende de una carta suya de 1 de junio de 1900 en que dice: "He concluido ayer la tarea sobre lo de las Teresianas, que me ha dado unos días de verdadero trabajo mental". Mas no fue suficiente. Hubo de ser el doctor Marsal, quien trasladándose a Roma y después de hacer un estudio de acomodación de las Constituciones a las nuevas normas que entonces se exigían y hoy constan en el Decreto Canónico, logró la aprobación. Esta se concedió en 1903 a modo de experimento por un quinquenio. Al finalizar éste, en 1908, fueron aprobadas definitivamente e impresas en la Tipografía Vaticana. Mucho ayudó a acelerar los trámites preciosos la influencia del Cardenal Rampolla, Protector de la Compañía, como también la del Cardenal Vives.

La modificación consistió en dar a las primitivas Constituciones la forma esquemática que propiamente corresponde a un documento de gobierno, eliminando de ellas todo lo que la pluma, más espiritual que canonista, de don Enrique había incluido.

2. Mas no se perdió nada del rico tesoro espiritual que allí se contenía. Con todo lo eliminado y algunos otros documentos también del Fundador, la misma Madre General mandó editar el Directorio en el que todo, excepto el orden de los diversos capítulos, es de don Enrique. A este libro hay que acudir para conocer el espíritu y carácter propio de la Compañía, ya que el de las Constituciones, reducido como es norma habitual a un articulado rígido y breve, responde más al carácter común que moderadamente tienen las Congregaciones Religiosas dedicadas a la enseñanza.

* * * * *

Del Directorio escribe el carmelita Padre Tomás de la Cruz:

Es un libro de oro en todos los aspectos sin excluir el literario; documento de vida espiritual, emparentado con el "Camino de Perfección" y "Modo de visitar los conventos", en cuyas canteras cortó los mejores sillares. El Fundador podemos decir que se vació íntegramente en sus páginas, en el raudal de un purísimo anhelo de reproducir el espíritu teresiano tal como él lo había concebido y asimilado. Y de hecho, será difícil hallar fuera del Carmelo otras páginas en que vibre tan fuerte la espiritualidad de la Santa, acuñada sobre el guión rígido de un código legislativo. Su amor al Instituto pulsa en ellas con un calor tan paternal y apasionado que sólo pudo brotar del manantial de la gracia.

Los rasgos peculiares de la Santa son reproducidos e impuestos como ideales de la Teresiana: magnanimidad, aspiraciones gigantes, generosidad, franqueza, celo ardiente por las almas…

Séame permitido copiar aquí, aún con el riesgo de que la visión lograda sea siempre incompleta, algo de lo que en el libro aparece, para que el lector pueda por sí mismo apreciar el espíritu de la obra de don Enrique.

3. *Otras Teresas de Jesús:*

Bien sabéis que el fin que ha presidido a nuestra obra de celo no es otro que haceros otras Teresas de Jesús, en lo posible, para que de esta manera podáis ser las primeras en mirar por su honra extendiendo el reinado del conocimiento y amor de Jesús, María, José y Teresa de Jesús por todo el mundo, por medio del apostolado de la oración, enseñanza y sacrificio. Altísimo y perfectísimo es este fin,

mas no imposible con la gracia del Señor, pues, como dice vuestra Madre e incomparable Heroína, si os ayudáis, os hará el Señor tan varoniles que espantareis a los hombres y los avergonzareis.

Cómo ha de lograrse este fin: la famosa frase “con todo ahínco”:

El fin de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, es primeramente procurar la mayor gloria de Dios, atendiendo *con todo ahínco*, cada Hermana a su propia salvación y perfección, con el favor de Dios.

No hay ni puede haber cosa más divina que salvar el alma, ni más excelente que el perfeccionarla, pero tampoco hay *modo* más alto ni perfecto de conseguir este fin que el encerrado en estas tres palabras: *Con todo ahínco*. De modo que para llegar a la cumbre altísima de perfección que la Compañía os propone, no basta trabajar en la propia salvación y santificación con *algún ahínco*, con *mediano ahínco*, con *mucho ahínco*, porque ha de ser con *todo ahínco*, quien *dice todo*, nada excluye, nada deja por desear y pedir y exigir.

Pero hay todavía más: porque este fin personal con ser altísimo y perfectísimo, no completa el fin de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, cuyas hijas, además de atender, con la gracia de Dios, con *todo ahínco* a la propia salvación y perfección, debéis celar con sumo interés la mayor gloria de Cristo Jesús y extender el reinado del conocimiento y amor de Jesucristo por todo el mundo, por medio de los apostolados de la oración, enseñanza y sacrificio: restaurar en Cristo Jesús todas las cosas, educando a la mujer según el espíritu y doctrina de Santa Teresa de Jesús.

El fin de la Compañía es, pues, la salvación y perfección, tanto propia como ajena. Orar, enseñar y sacrificaros para restaurar en Cristo Jesús todas las cosas. Orar, enseñar y sacrificaros para educar a la niñez y juventud femenil, según las enseñanzas de la más sabia de las Santas y más Santa de las sabias, Teresa de Jesús. La Compañía de Santa Teresa de Jesús, juzga como dicho a sí lo que Jesús dijo a la Santa: “Mirarás mi honra como verdadera Esposa mía. Mi honra es tu honra y la tuya mía”. Nada, por consiguiente, de lo que pueda promover, en sumo grado, los intereses de Jesús, debe ser mirado con indiferencia por las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús. Las miras de la Compañía deben ser elevadas siempre y en todas las cosas: las que den por resultado práctico mayor aumento de los intereses de Jesús y Santa Teresa en cualquier parte.

Viene después un segundo capítulo en el que difícilmente puede alcanzar mayor fuerza de expresión el deseo de adquirir una robusta santidad conforme el espíritu teresiano. Lo titula asÍ:

4. De las virtudes en que han de resplandecer las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús:

Al pretender las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús ocupar un lugar preferente en el Corazón y amor de Jesús, debéis, como vuestra animosa Madre, ya que no con el voto que ella hizo, a lo menos con el deseo, aspirar siempre a lo mejor, a los más santo, a lo más perfecto Déjese para otras almas menguadas o arrinconadas “el andar a paso de sapo o de pollo trabado por el camino del cielo; o entretenerse en cazar lagartijas”, como decía con gracia vuestra valerosa Madre; mas las llamadas a formar su Compañía escogida, debéis trabajar con *todo ahínco* por ser almas reales, varoniles, determinadas con gran determinación a ser las primeras en conocer y amar y hacer conocer y amar a Jesús, María, José y Teresa de Jesús, por medio del conocimiento y devoción de Santa Teresa de Jesús, como lo pedís al Señor todos los días; y no cejar en esta empresa nobilísima y divinísima, “cueste lo que costare, murmure quien murmurare, trabájese lo que se trabajare; siquiera se llegue allá, mas que se hunda el mundo”. La magnanimidad, pues, y la fortaleza deben ser el distintivo de las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús. No debéis ser nada mujeres, como quiere vuestra valerosa Madre, ni parecerlo; sino varones fuertes que espanten a los hombres. Debéis esforzaros por tener con Dios una generosidad sin límites, pues a quien todo se le ha dado, nada puede rehusársele, y la salud, comodidad y vida es lo menos que puede ofrecerse a quien, por salvar las almas, derramó, siendo inocente, hasta la última gota de sangre por nosotros, pobres pecadores, en el suplicio de la Cruz. *Cuanto más generosas seáis con Jesús, más generoso será Jesús con vosotras.*

La Compañía de Santa Teresa de Jesús se ha fundado con la mira de ver si puede dar solución cabal a este difícil y sublime problema: Ya que somos de Jesús y todo lo que tenemos lo hemos recibido de Jesús, negociar y emplear nuestro caudal, entero, pequeño, o tal cual es, en lo que ha de darle mayor gloria y aumento de sus divinos intereses. El talento, pues, salud, hermosura, prestigio, riqueza, todas vuestras fuerzas y vuestra vida toda, en una palabra, todos vuestros bienes naturales y sobrenaturales, consagradlos sin reserva a los tres apostolados más fecundos, a saber: la oración, la enseñanza y el sacrificio, para fomentar en el mayor grado posible los intereses de Jesús y Santa Teresa con quienes habéis hecho especial compañía.

Debéis procurar, con todo ahínco, ser de las primeras en extender el reinado del conocimiento y amor de Cristo Jesús en medio de un mundo perverso y corrompido, que clama de continuo con sus palabras, obras y escritos: *Nollumus hunc regnare super nos*. No queremos que Cristo Jesús reine sobre nosotros. *Non serviam*. No le serviré. Por esto en las Hermanas de la Compañía el vestido, ademanes, miradas, modales, palabras y acciones, todo, en una palabra, debe clamar: “Viva Jesús: Soy toda de

Jesús, amemos a Jesús; todo por Jesús". Debéis embalsamar el mundo con el buen olor de Cristo Jesús, como vuestra Madre, Maestra y Capitana Santa Teresa de Jesús, de suerte que el mundo, al contemplaros, se vea forzado a exclamar: "Así hablaba, andaba, conversaba y obraba Santa Teresa de Jesús".

Este debe ser, pues, vuestro único afán: ser todas de Jesús; que no haya cosa en vuestro interior y exterior que no predique a Jesús. No os olvidéis de este documento, el más esencial, y por esto, trabajad con todo ahínco por adquirir las sólidas virtudes, principalmente las que vuestra Santa Madre Teresa de Jesús os dejó en su testamento por herencia. Como quiera que ellas han de formar el espíritu varonil y de celo apostólico de las Hermanas de la Compañía de la Santa Heroína española Teresa de Jesús, os las expresamos a continuación. "Las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa, habéis de trabajar con todo ahínco por ser en la oración continuas, verdaderas en las palabras, francas en la conversación, enemigas de toda hipocresía y singularidad, desasidas de vuestros parientes y de todas las cosas del mundo, afables y varoniles, y en fin, perfectamente obedientes". Ved, pues, la sublimidad de vuestra vocación y por ello dad sin cesar gracias a Dios.

Celo de los intereses de Jesús:

Uno de los intereses más preciados del Corazón de Jesús es la salvación de las almas. Más gloria dará a Dios en la eternidad un alma que le salvemos que le han dado en el tiempo todos los Santos y justos. Ésta es la sed que devora a Jesús que desde el cielo os clama de continuo: "Dadme almas, hijas mías, lo demás tomadlo para vosotras". "Este es su manjar, que de todas las maneras que pudiéredes lleguéis almas para que se salven y siempre le alaben" (Moradas 7, 4). A calmar esta sed y darle este manjar, venís las hijas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, sacrificando vuestras fuerzas y vuestra vida toda en el ejercicio de los dos apostolados más eficaces de salvación y perfección, a saber: la oración y la enseñanza.

Las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús debéis trabajar con todo ahínco por ser almas de fuego, a quienes abrase y consuma el celo de la salvación de las almas; de tal modo, que podáis decir cada una de vosotras como Jesús: "Fuego he venido a meter en la tierra, ¿y qué quiero yo sino que arda?". Ésta es vuestra misión. Vuestros estudios, pues, y trabajos debéis dirigirlos a salvar almas; vuestros pensamientos y todas vuestras obras y deseos, a salvar almas. Todas debéis fomentar hasta lo sumo este celo y este espíritu de salvar almas.

Como las miras de la Compañía de Santa Teresa de Jesús deben ser siempre las más elevadas, las que den por resultado mayor aumento de los intereses de Jesús, entre las obras exteriores o de la vida activa, ha escogido las más principales, o excelentes que son, como dice Santo Tomás, las que directamente se ordenan a la salud de las almas; por lo que es más meritorio el ofrecer uno a Dios su alma y la de otros, que todas las cosas exteriores, según el mismo Santo Doctor.

Siendo, empero, imposible, atendida vuestra insuficiencia o pequeñez, consagraros a todas las obras de celo, vamos a indicar las que preferentemente deben ocupar la actividad de la Compañía de Santa Teresa de Jesús y se han tenido singularmente en cuenta al fundarla:

1º. La Compañía de Santa Teresa de Jesús, se ha fundado para, de un modo especial, orar y coadyuvar a que haya santos y sabios sacerdotes. Por ello tendréis cada día una hora de oración por lo menos y después *muy continuo el uso de las jaculatorias con la presencia amorosa de Dios en el interior de vuestra alma.* Cuando conozcáis algún niño que sea bueno para este intento, importunad al Señor, a los sacerdotes, a los padres, a las personas que tienen celo de la mayor gloria de Dios, a fin de que le ayuden a dirigir sus pasos al Santuario. En la defensa de los intereses de Cristo, nos ha de valer, en estos calamitosos tiempos, principalmente el brazo eclesiástico y no el seglar. Y buenos andarían los fieles, soldados de Cristo, sin sus capitanes, los sacerdotes. Presto sería dueño de todas las almas Lucifer sin sacerdotes celosos. Persuadíos, pues, de que *en ninguna cosa podéis promover tanto los intereses de Jesús,* como trabajando, según vuestras fuerzas, para que haya santos y sabios sacerdotes.

Amad el decoro y limpieza de la casa del Señor y procurad que los ornamentos sagrados estén limpios y aseados y que se sirva al Señor con mucho acatamiento y limpieza donde quiera que habitéis, a ejemplo de vuestra Mare Santa Teresa de Jesús. Por amor de Jesús la limpieza y aseo de los corporales y purificadores de vuestra parroquia, podrán correr, según las circunstancias lo aconsejen, por vuestra cuenta, sin pedir ni recibir nada absolutamente por este trabajo tan honroso.

2º. También se ha fundado la Compañía de Santa Teresa de Jesús, para oponerse al protestantismo y racionalismo, que, con sus escuelas laicas de perdición, sin Dios, o mejor contra Dios, trabajan por arrancar las almas del seno de la Iglesia Católica y, corrompiendo a la mujer desde su infancia, pretender corromper por completo a la sociedad cristiana, sin dejar esperanza de remedio o salvación.

3º. Las hijas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús debeis procurar además ser apóstoles del cuarto de hora de oración entre las niñas y familias cristianas, y, por medio de la Archicofradía Teresiana, Rebañito del Niño Jesús, Catecismo, Preparación a la Primera Comunión, Escuelas Dominicales y Ejercicios espirituales, mirar y celar la honra de Jesús en la mayor extensión posible.

4º. Debéis trabajar constantemente por propagar, sostener y animar las obras de la Archicofradía Teresiana y del Rebañito del Niño Jesús. No olvidéis jamás, a fuer de agradecidas, que sin la Archicofradía y Rebañito quizá no hubiera existido la Compañía de Santa Teresa de Jesús. La Archicofradía y Rebañito son, además, un plantel fecundísimo, de donde se trasplantan muchos y tal vez

los mejores y más fructuosos árboles al místico jardín de la Compañía de Santa Teresa de Jesús. Además, la Compañía, como dice su nombre, es una legión escogida del nuevo ejército de las hijas de la invencible capitana Santa Teresa de Jesús, que se llama su Archicofradía; por tanto, viene a realizar con mayor perfección en todas sus partes el Reglamento de dicha Archicofradía.

Estudiad, pues, y penetraos bien de dicho Reglamento y, en cuanto esté de vuestra parte, trabajad para que no sea letra muerta, sino que se observe totalmente en los puntos donde residáis. Sobre todo cuidad que se haga por las Teresianas el cuarto de hora de oración diario, la Comunión al mes y los Santos Ejercicios cada año. Para practicar estos Ejercicios, también podrán reunirse las teresianas, o señoras que lo pidan, en la Casa Madre y demás Colegios de la Compañía, y retirarse allí alguna temporada con absoluta separación de las Hermanas.

Visitad con frecuencia, si la prudencia cristiana no aconsejare otra cosa, a las jóvenes teresianas y niñas del Rebañito que estuvieren enfermas de gravedad, animándolas y consolándolas con el recuerdo de los sufrimientos, doctrina y enseñanzas de Jesús y Santa Teresa.

5º. Debéis trabajar con todo ahínco por ser apóstoles de la devoción al Niño Jesús y al Corazón Agonizante de Jesús, toda vez que en la primera edad y en la última agonía es cuando peligran más que nunca e irreparablemente, los intereses de Jesús. Os haréis, asimismo, un deber de infundir en el corazón de vuestras discípulas especial devoción, filial y tiernísima confianza en el patrocinio de la Santísima Virgen María, bajo la advocación de su Concepción Inmaculada, del Carmen, Rosario y sus Dolores: es señal de predestinación la devoción a María, nuestra amabilísima Madre.

6º. Debéis esforzaros en ser apóstoles de la devoción a nuestro Señor y Padre San José, patrón principal de la juventud y de la buena muerte y pedagogo especial de la niñez, acudiendo con ilimitada confianza a su patrocinio en todo peligro y necesidad, como lo hacía nuestra Madre Santa Teresa de Jesús. Nombradle Abuelito y Provisor de cada colegio o casa. ¡El Abuelito de casa y Provisor San José, todo nos lo da sin tasa al invocarle con fe!

7º. Debéis aspirar a ser apóstoles de la devoción a los Santos Ángeles de la Guarda y San Miguel los primeros celadores de la gloria de Dios y los que muy eficazmente os ayudarán a que sea fecundo y dé maravillosos resultados vuestro apostolado de oración y enseñanza. Invocadles con toda confianza antes de la oración, estudios y clases, y antes de tratar con las personas cuyo corazón pretendéis mover al amor de la virtud. Para andar y resplandecer con la modestia y mansedumbre de Cristo Jesús, acordaos que siempre tenéis presente a vuestro lado a vuestro Ángel de Guarda. Mas todo esto lo haréis, carísimas hijas en el Señor, por medio de vuestra Madre y Protectora Santa Teresa de Jesús, la gran Celadora de los intereses de Jesús, María y José, Cazadora de almas, Robadora de corazones, Bullidora de negocios, la gran Negociadora y Baratona, Milagro de su sexo, Martillo de la herejía, Serafín del Carmelo, Maestra de los sabios, nueva Débora, honor y ornamento insigne de España y de todo el mundo, la Regeneradora en fin, del siglo XIX, por medio de todas sus obras de celo, y de su mínima Compañía.

No dejéis, pues, pasar día, Hijas de la Seráfica Doctora, sin hacer a lo menos tres obsequios a vuestra esclarecida Madre Santa Teresa de Jesús: 1º, aprender algunos de sus pensamientos o sentencias más escogidas, sacadas a la letra de sus celestiales escritos; 2º inculcar algunas de sus máximas más notables, y 3º, hablar de sus gracias y virtudes.

Procurad con todas vuestras fuerzas ser las primeras en palabras y obras cuando se trata de honrar a vuestra seráfica Madre y no consintáis que nadie os lleve ventaja en esta parte. Así llevareis con honra el dictado glorioso de Compañía de preferencia de Santa Teresa de Jesús, y satisfaréis el deseo de nuestra Santa Madre la Iglesia, que quiere y pide a Dios, *que todos sus hijos sean alimentados con el pábulo de la celestial doctrina de la mística Doctora*.

Como la Compañía de Santa Teresa de Jesús se ha fundado con el fin de promover los intereses de Jesús y Santa Teresa en cualquier parte del mundo, y en especial en los lugares donde más peligren estos divinos intereses, todas las Hermanas de la Compañía estaréis siempre, y a todas horas, dispuestas a volar a ocupar el lugar de honor que la obediencia os indicare, aunque sólo peligre la salvación de una sola alma, en cualquier parte del mundo, sin oponer resistencia ni la más mínima tardanza.

En cuanto sea posible, todas sintáis y digáis una misma cosa en todas partes: “Mi precepto es que os améis como yo os he amado”, os claman, sin cesar, Jesús y vuestra Santa Madre. Haya uniformidad y, si es posible, identidad en todas las cosas de la Compañía; en especial en la enseñanza y modo de proceder con el prójimo. Evitad, sobre manera, la discusión, que suele ser causa de discordia, semillero de todos los males y escándalos y enemiga de la unión de voluntades: unión y concordia absolutamente necesaria para promover eficazmente los intereses de Jesús en la mayor extensión posible y multiplicar las fuerzas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Haga la Santa Madre, Abogada de imposibles, que pueda decirse siempre, con toda verdad, de todas las hijas de la Compañía, solícitas en extremo de conservar la unidad de espíritu en vínculo de paz, lo que se decía de los primitivos cristianos, esto es, “que sois un solo corazón y una sola alma”. *Cor unum et anima una*. Entones, y sólo entonces, viviréis la vida dulcísimo de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, y obrareis maravillas.

Callad, sufrid y obedeced por Jesús, y viviréis con gran paz.

Y siguen capítulos y capítulos sobre los más diversos aspectos de la vida religiosa en que la sabiduría del Fundador raya a una altura extraordinaria. Junto a las orientaciones de carácter doctrinal sobre el silencio, la obediencia, el trabajo, la oración, etc.…, los mil detalles sobre usos y costumbres en la Compañía, preciosísimos, concretos, llenos de vida, acompañados, para su ilustración, de máximas de los Santos escogidos oportunamente de la literatura ascética y mística. Con este libro en las manos, el camino hacia la cumbre se hace perfectamente fácil y luminoso.

5. De carácter más particular aún, pero igualmente necesario para el que quiera conocer la mente de don Enrique en asunto tan íntimo como éste de la vida de la Compañía por dentro, es otro libro titulado "Directorio para las Superioras". Su lectura causa una honda sorpresa y hace pensar inevitablemente en que la pluma del que lo escribió se vio asistida de una luz especial del Espíritu Santo. Todos los Institutos y Congregaciones Religiosas tienen por norma una insuperable discreción en cuanto a los documentos y leyes por que se gobiernan. De ahí que sea perfectamente lícito suponer la existencia de verdaderas preciosidades en esta materia, desconocidas para la inmensa mayoría. Se hace, pues, arriesgado todo intento de juicio comparativo. Pero séanos permitido afirmar el deseo de que este libro pueda ser más conocido de lo que hoy lo es. El bien que proporcionaría sería incalculable.

Inspirándose en Santa Teresa, copiando algunas veces sus sapientísimas normas y consejos, añadiendo él por su parte cuanto le dictaban su experiencia y su gran conocimiento, recorre don Enrique todos los puntos que el más exigente quisiera ver reunidos, para utilizarlos como medio excelente de formación de las Superioras de Comunidades Religiosas. Dificilísimo es este cargo y requiere una tan envidiable conjunción de cualidades humanas y virtudes sobrenaturales, que raramente se poseen. Hermanas con el amor la energía, la vigilancia con la discreción, la autoridad que ordena con la humildad que edifica, corregir, amar, enseñar, servir, descender a los detalles sin dejar de estar en la altura, prevenir y curar, es decir, gobernar en nombre de Dios una Comunidad de seres humanos que aspiran a la perfección, es una tarea que asusta a toda conciencia delicada. Porque don Enrique lo comprendió así, estimó que era un deber suyo facilitar el camino con la redacción de unos documentos que de seguro leerán día y noche las Superioras de la Compañía:

No me pareciera – escribe – haber llenado cumplidamente mi cargo y oficio de Fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, amadas hijas, con sólo haberos dado las Constituciones que os han de guiar con paso seguro por el camino del cielo, haciéndoos grandes santas. Mi corazón, que tanto os ama en Jesús y su Teresa y se interesa por vuestra felicidad eterna, y aún temporal, no estaba con esto satisfecho; porque, atendida vuestra fragilidad y flaqueza femenil, no podía menos de suceder que enfermaseis alguna vez, a pesar de todos los cuidados maternales de vuestras Superioras Generales, y que enfermasen las hijas que de un modo especial están a vuestra solicitud encomendadas, y por consiguiente, que tuvieseis necesidad de curaros y de saber curar a los demás. De ahí la necesidad de ofreceros remedios para vuestros males.

Estos remedios, preservativos unos y sanativos otros, son muy diversos, como diversas son las enfermedades que es necesario curar. Don Enrique los va presentando capítulo por capítulo con exactitud y minuciosidad sorprendentes. Su deseo es que la Superiora sepa curarse a sí misma y curar a las demás cuya custodia le ha sido encomendada.

Los análisis que hace de las relaciones de la Superiora con sus súbditas así como de éstas con la Superiora son magistrales. Todo ha de ir encaminado a que tanto ella como las súbditas sean dechados de perfección en la fiel observancia de las Reglas, en la vida interior profunda y en el espíritu de amor. Dice así en los que él llama Preliminares de su libro:

¿Qué es el cargo de Superiora?

El cargo de Superiora es "una carga y una responsabilidad grandísima" para quien lo ha recibido, porque, si de nuestra alma apenas sabemos dar cuenta, ¿cómo responderemos de las otras?

Imposible sería a la Superiora cumplir tan difícil misión, si no tuviera la gracia de estado, por la que Dios se obliga a ayudarla. Tiene, además, dos ángeles: el de su alma y el de su Comunidad, que la favorecen continuamente con sus aspiraciones.

¿Qué debe ser una buena Superiora de la Compañía de Santa Teresa de Jesús?

Una Superiora debe ser una *Madre* de todas las hijas espirituales que Jesús y su Teresa le han encomendado para que cuide de ellas en lo temporal y espiritual.

Debe ser, además, una *víctima* constante de caridad que se inmole por sus amadas hijas; la *sirvienta* o *sierva* de las esposas o siervas de Dios; la *coadjutora* más fiel de Jesús y su Teresa en su obra de la Compañía; un *alma de oración* y unión con Jesús; una persona *toda para todas*,

para ganarlas a todas al amor y servicio de Jesús; la *responsable* de todas las quiebras de los intereses de Jesús y su Teresa en su Colegio; un *alma abnegada* que sólo busque conocer y hacer en todas las cosas propias y de sus hijas, la voluntad santísima de Dios; la *representante de Jesús y su Teresa* sobre la tierra en la Compañía; la *celadora* y encargada de guardar y hacer guardar las Constituciones exactamente, sin que ponga o quite en ellas algo de su cabeza.

¿Cuáles son los fines que debe proponerse la Superiora en su Gobierno?

Los fines que se debe proponer la Superiora en su gobierno, son:

1º. Hacer felices a las Hermanas en este mundo en cuanto cabe, y sobre todo, en el otro, amando y sirviendo a Jesús con paz y alegría.

2º. Poder lograr, como la Santa Madre, el decir con verdad: "Esta casa es un cielo si le puede haber en la tierra, para las almas que se contentan con sólo contentar a Dios".

3º. Esforzarse en ser ella misma *Regla viva* y trabajar con todo ahínco para que todas las Hermanas lo sean.

4º. Hacer de su casa *un paraíso* poblado de serafines y no *un purgatorio* poblado de almas que padecen. Logrará esto cumpliendo esta máxima de oro: "Todo por amor de Jesús, nada por fuerza, si no es por la fuerza de este suavísimo amor". Sí, todo por Jesús, *rogando*, no mandando; *avisando y previniendo* más que corrigiendo; *inspirando*, no exigiendo; *suplicando,* no malhumorando; *yendo delante de todos con el ejemplo.*

Con este estilo va discurriendo a lo largo de todo el precioso librito. Guardando siempre el equilibrio. Sin concesiones a ningún género de flaquezas. Haciendo ver claramente que la buena marcha de una Comunidad depende del espíritu de observancia y de amor que debe existir en todas: en las que gobiernan y en las que son gobernadas.

(1) Don Enrique empezó dando a sus religiosas diversos documentos y normas por las que habían de regirse. Por el año 1879, después de estar retirado en Figuerola dos o tres meses, hizo una refundición y ampliación de los mismos y pudo ya presentar a la Compañía las primeras Constituciones, todavía manuscritas. La primera parte estaba fechada en Montserrat, la noche del 3 al 4 de octubre de 1877.

Hasta el año 1882, en que acabó de escribir la parte relativa al Gobierno de la< Compañía, no se imprimieron.

CAPÍTULO LII

CÓMO VIVIÓ SU SACERDOCIO

1. Espiritualidad sacerdotal conocida y vivida.- 2. Su vida de oración. La santa Misa.- 3. Celo de apóstol.- 4. "Ministerium verbi". Su oratoria. Misiones y Ejercicios espirituales.- 5. Amplitud de miras.- 6. Libre de apetencias humanas. Cuando querían hacerle Obispo.- 7. ¿Por qué se quedó en Bachiller?- 8. Su proyecto de Misioneros Teresianos.

1. Amigo siempre de llevar las cosas hasta el fin y no detenerse en medianías, se comprende que don Enrique tuviera como uno de sus más vivos afanes el de vivir su sacerdocio espléndidamente. ¡Y bien supo lograrlo! Porque es aquí donde se encuentra la plenitud de su vida y la fuerza de su espíritu. Don Enrique es un ejemplo estupendo de lo que puede un sacerdote que corresponde fielmente a las gracias del Señor. Sobre él cayeron abundantísimas y muy singulares. Pero tiene el mérito indiscutible de haber ofrecido siempre la blanda y fecunda tierra de su alma, generosamente dispuesta a recibir la semilla que venía del cielo. No se busque en él al teorizante del sacerdocio, exegeta de sus valores, doctrinalista y escudriñador de lo que una vida sacerdotal encierra dentro de sí misma y por sí misma. Hoy existe y lleva trazas de aumentar cada día más una caudalosa literatura ascético-sacerdotal muy útil, que seguramente pasará a la historia como una de las manifestaciones más típicas del vigoroso resurgimiento de la espiritualidad del Clero en nuestra época. En la batalla que se está riñendo entre las fuerzas del bien y del mal, esta clara conciencia de lo que exige el sacerdocio es, sin duda, una de las armas más eficaces que Jesucristo pone al servicio de su mística esposa la Iglesia.

Pero una cosa es la reflexión y otra la vida. Afortunadamente, en la Iglesia de Dios no han faltado nunca sacerdotes santísimos que han vivido plenamente todo lo que dentro del ideal sacerdotal se contiene, con una asombrosa naturalidad, como quien está convencido de que no ha sido ordenado sacerdote nada más que para eso: para desarrollar con sus virtudes el sacerdocio de Cristo. Don Enrique fue uno de esos. En él podemos examinar varios criterios sacerdotales que son como los ejes de su vida. A) Espiritualidad profunda: la Misa y la oración; B) Celo inagotable; C) Ministerium verbi. Predicación y Ejercicios; D) Amplitud de miras: ayuda a otros Institutos y Seminarios; E) Atención a la Jerarquía; F) No apetencia de cargos.

2. Este es el primer rasgo característico de su asimilación profunda del ideal sacerdotal, la oración casi continua que fue su vida. Don Enrique oraba ante el Sagrario frecuentemente, prolongadamente. A veces se lamentaba a media noche y en la quietud de las altas horas nocturnas, llenas de solemnidad y de silencio, tensaba las cuerdas de su espíritu poniéndole en comunicación con Dios. Véase lo que escribe, al dar cuenta en la Revista Teresiana de la vigilia de oración que se celebró en el Noviciado, la noche anterior a la fiesta de Santa Teresa:

> Quisiéramos que esta costumbre santa, que recuerda las santas vigilas de los primitivos cristianos, se propagase entre los fieles y amantes de la Santa y de los Santos, practicándose en todas las vigilias de las festividades de los Santos a quienes profesamos especial devoción y de los que esperamos recibir gracias especiales. Es tan dulce y consolador, tan devoto y tan grato al corazón que espera y ama, en aquella hora en que la naturaleza duerme, y el silencio reina, y el alma está más libre para elevarse a Dios, cuando callan las criaturas, el orar, que aunque cuesta algún sacrificio, se ve después recompensado con creces por el Dios de la consolación. Parece que el alma está más cerca de Dios, y es oída mejor cuando callan todas las criaturas. Probadlo y lo veréis, amantes teresianas.

Llegó a tener tal hábito de oración y de presencia de Dios que a cuantos le trataban les infundía un sobrenatural respeto, porque en su actitud externa acusaba no una modestia forzada y superpuesta, sino un hábito interior que manifestaba a las claras la fuerza que le poseía. Cuidaba con tanto esmero su vida de oración que por eso se retiraba frecuentemente a Montserrat o al Desierto de las Palmas, para pasar allí días y días exclusivamente entregado al trato con Dios. No es extraño que el Padre Sala, del Oratorio de San Felipe Neri, Director espiritual suyo en Barcelona, llegase a decir en cierta ocasión que la Compañía de Santa Teresa se sostenía, más que por el trabajo de las religiosas, por la oración de don Enrique.

El pseudónimo que utilizó tantas veces llamándose a sí mismo "El Solitario", respondía a lo que efectivamente fue: un solitario en medio del mundo. Tanto o más que apóstol de Santa Teresa fue el apóstol de la oración. O precisamente porque fue lo primero, fue también lo segundo, ya que él no concebía la devoción a Santa Teresa sin un gran espíritu de oración.

Léanse sus innumerables artículos sobre la oración, sus libros llenos de meditaciones y prácticas de oración, los Reglamentos de las Asociaciones que fundó, y se le verá obsesionado con la idea de la oración por encima de todo. Que se ore en el mundo, que se ore en España, que hagan oración las familias, las niñas de los Rebañitos, las jóvenes, los hombres, que oren todos…, ésta es su idea continua, perseverantemente repetida, con una insistencia incansable y creciente.

Pero la gran oración suya fue el Santo Sacrificio de la Misa. ¡Aquellas Misas de don Enrique! Las religiosas de los primeros tiempos que le conocieron y trataron de cerca han conservado con amor el recuerdo del gran sacerdote en el altar. Lo mismo los benedictinos de Montserrat y los franciscanos de Sancti Spiritus.

Un día en Roma celebraba el Santo Sacrificio en las Catacumbas. Acertó a pasar por allí un grupo de turistas franceses. Al observarle quedaron tan sobrecogidos que hubieron de preguntar: ¿Quién es ese sacerdote que está celebrando? Me imagina la íntima alegría de las Madres Saturnina y Teresa Plá al poder dar satisfacción a la pregunta.

Preparaba diariamente su Misa como el acto cumbre y único entre todos. Después de la ración de la mañana, bajaba a la Capilla, se concentraba durante veinte minutos, celebraba, y todavía seguía de rodillas después, por espacio de media hora, ensimismado y absorto en la acción de gracias. Como además durante el día hacía repetidas visitas al Sagrario, no es nada extraño que apareciese en una actitud habitual de recogimiento y devoción, llena de suave gravedad y compostura, que hacía exclamar a los que le conocían: ¡Es un santo!

3. Otra de las manifestaciones de autenticidad sacerdotal, es el celo por el servicio de Dios y de su Iglesia. En este aspecto, la figura de don Enrique de Ossó es tan excepcional y gigantesca que creo puede pasar a la historia como uno de los grandes sacerdotes de España en todos los tiempos. Intentar hacer ahora una detallada demostración de esto que afirmo, me obligaría a repetir capítulo por capítulo cuanto aparece escrito en este libro. Abarcó todos los campos de apostolado que a un sacerdote le ofrecía la situación de España entonces. Y en todos se distinguió de una manera sobresaliente. Valga, por todos los testimonios que podíamos aducir, uno cualquiera cogido casi al azar en las páginas de la Revista. Me parece haber demostrado suficientemente que confirmó con obras lo que predicó, por ejemplo, con las palabras siguientes:

> *Estimulados con el ejemplo de vuestra Santa Heroína, pelead como valientes.*
> (León XIII a los peregrinos españoles)

Pelead como valientes, nos dice nuestro esforzado Padre y Capitán León XIII. ¿Pelead como valientes? ¿Cómo?, preguntará alguna alma miedosa o cobarde. ¿Y en qué hemos de probar nuestra valentía?

Vamos a proponer algo práctico a nuestros lectores, a fin de facilitarles el cumplimiento del encargo de nuestro amantísimo Padre, y por ello no extrañen que antes empecemos recordándoles un hecho para infundirles valor. Que en los pechos teresianos no sientan bien el turbarse y espantarse por poca cosa.

Narra después el conocido hecho bíblico de Gedeón en su lucha con los madianitas y amalecitas y continua así:

El Ángel del Señor que nos dice: “Pelead como valientes”, es hoy nuestro Santísimo Padre León XIII. Siguiendo las enseñanzas de tan esforzado Capitán no hay que dudarlo, es segura la victoria. Pero importa antes de entrar en la pelea que resuene en nuestro corazón la voz del caudillo celestial que nos grita como Gedeón a sus soldados: “Qui formidolosus et timidus est revertatur”. Vuélvase al cuartel de la ignominia y del deshonor el que sea miedoso o cobarde. Porque el día de la pelea cuando se trabe el combate, si abandona su puesto, su mal ejemplo hará desmayar a muchos que al lado de otros valientes hubieran peleado con denuedo hasta vencer o morir con gloria. Vuélvase, pues, al campo del deshonor el soldado de Cristo que miedoso o cobarde no puede en el día de la gran batalla sostener su lugar de honor que Cristo Jesús le señalare; y allí, desconocido al menos, sin dar mal ejemplo llore su debilidad y cobardía. La batalla que se prepara es gigantesca. De uno y otro bando se ven numerosas huestes y muy aguerridas, si bien, como siempre, más numerosas e insolentes las que acaudilla Satanás. Mas, ¿qué importan sean muchos los enemigos de la cruz de Cristo? Por ventura el número en las manos de Dios es el que ha de dar la victoria a su bandera. ¡Ah! no, que entonces, como advertía el Señor a Gedeón, el pueblo de Israel se atribuiría a sí mismo el honor de su libertad y la gloria de la victoria.

4. Ministerium verbi. Aquí sí. Quiero detenerme un poco en el examen de este aspecto concreto de su celo sacerdotal. Don Enrique tenía metida en el alma la idea de que ningún sacerdote, que no esté para ello claramente impedido, debe considerarse dispensado de predicar la palabra de Dios. De él puede decirse que lo hizo incesantemente. Era la suya una predicación sencilla, sólida, muy afectiva, fervorosa y llena de unción. Sin poseer la elocuencia de los grandes párrafos y períodos oratorios, muy propia de su época, tuvo sin embargo ese envidiable poder de la comunicación viva y penetrante en el auditorio.

Sus éxitos se cuentan por actuaciones y fueron éstas innumerables. La razón es muy clara. Don Enrique, cuando predicaba, se daba a los oyentes con toda su alma. Más que la vehemencia, hacía la sinceridad; más que el ímpetu momentáneo y pasajero, la resonancia vital de que eran un eco sus palabras, unas veces pausadas y lentas como la dulce respiración de su espíritu, otras rápidas y atropelladas como expresión del fuego que le consumía interiormente.

Cultivó todos los géneros de predicación. Las pláticas e instrucciones espirituales que dirigió a sus religiosas, suman muchos millares. No había día – dice una de ellas – en que, estando en el Noviciado y en cualquier otro colegio, no las hablase tres o cuatro veces. Dados sus grandes conocimientos de la vida mística, lógicamente derivados del estudio constante de Santa Teresa, llegó a ser en esto un consumado maestro.

También tuvo mucha afición a las misiones de tipo popular. Cuadra muy bien con su carácter y con el estilo de vida espiritual que él quería crear, vigoroso y sin concesiones, esta enérgica apelación a las verdades eternas como base y fundamento para la reforma de costumbres, que es lo típico de esta clase de predicación. En compañía de don Manuel Domingo y Sol dio misiones en los primeros años de su sacerdocio, durante las vacaciones, en los distintos pueblos de la comarca tortosina.

Después, iniciado el movimiento teresiano, puede decirse que toda su predicación, novenas, triduos, y sobre todo tandas de Ejercicios espirituales, fue orientada hacia la creación o fortalecimiento de los diversos organismos que constituían el continuo anhelo de su alma: tales eran la Archicofradía, los Rebañitos y la Asociación Josefina. Sobre todo la primera, dado el rumbo definitivo que tomó su vida, vino a ser su campo de apostolado preferido. De ella habrían de brotar las mejores vocaciones para la Compañía y, cuando no, las futuras madres de familias cristinas que podrían regenerar el ambiente de España. Él personalmente acudió a fundar la Archicofradía a muy diversos sitios. Y así le vemos durante las vacaciones de verano de 1875 establecerla en Barcelona, en la iglesia de Nuestra Señora del Pino, donde a la sazón estaba de párroco el futuro Cardenal Casañas; en Tarragona, en la iglesia de la Enseñanza; En Sabadell, Amposta, Benlloch, Villanueva de Alcolea, Ávila, Alba de Tormes, Vinaroz…

Al año siguiente, en el mes de abril, la implanta en los pueblos de La Cenia, Rosell y Vinallop y durante el verano en Gandesa, Mora de Ebro, Corbera, Nules, Caserras. De todas partes reclamaban su presencia. La propagación era rapidísima. Su popularidad y su fama de hombre santo excitaba de antemano el entusiasmo de los files, donde quiera que aparecía.

Lo más difícil no era establecer la Asociación, sino cumplir con exactitud los Reglamentos, en uno de cuyos artículos él insistía tenazmente. Era el que marcaba a las asociadas la obligación de practicar los Ejercicios espirituales de San Ignacio todos los años. He aquí otro aspecto del apostolado de don Enrique sumamente interesante: el de director de Ejercicios rigurosamente tales y según el método de San Ignacio. Me explico perfectamente que así fuera, dado que uno de los fines de los Ejercicios es despertar en las almas la vida de oración y unión con Dios, y don Enrique hizo de esto el santo y seña de su vida.

Dio muchísimas tandas, cerradas unas veces y abiertas otras, y dirigió incluso los de mes a sus religiosas frecuentemente. Idea suya fue la de construir una auténtica casa de Ejercicios y este era uno de los fines que había de cumplir aquel famoso Colegio Noviciado de Tortosa, origen de tantos disgustos. Muchas veces aparecen en la Revista alusiones a las tandas de Ejercicios que allí se daban para personas seglares, con lo cual supo también adelantarse a lo que hoy es un apostolado tan admitido por todos.

A tal grado llegó en la vocación y estima de este maravilloso método de educación del espíritu, que pedía insistentemente que incluso los practicasen los inocentes pequeñuelos de los Rebañitos, para prepararse a la Primera Comunión, a la fiesta de la Inmaculada, etc.…Él mismo, más de una vez, encontró tiempo para dedicar dos o tres días a esta tarea con el mismo afán con que se entregaba a empresas más altas.

Ignoro si en aquel tiempo existían esas discusiones un tanto ingenuas que en nuestros días se han manifestado sobre si los Ejercicios deben ser dirigidos por éstos o aquéllos. Existieran o no, don Enrique los superó de la manera más práctica y eficaz; callando y

haciendo. Unas veces solo, y otras en unión con algunos sacerdotes como don Mateo Auxachs, don Juan Bautista Altés, doctor Marsal, a los cuales hizo entrar por este camino del apostolado de la palabra, o con religiosos jesuitas y del Corazón de María, recorrió innumerables parroquias de Cataluña, Aragón y Levante dejando en todas ellas la espléndida cosecha de una renovación espiritual indiscutibles. En el proceso de Beatificación instruido en Tortosa, bastantes sacerdotes declararon que a él debían el haberse dedicado en su vida a este particular misterio.

5. Amplitud de miras. Después de cuanto llevamos dicho, no se concibe en don Enrique de visión cercenada y alma estrecha, caso no infrecuente entre los que polarizan su vida en torno a un ideal muy definitivo y concreto. "Sus empresas teresianas", las que sus contemporáneos llamaron "obras de don Enrique", jamás fueron un obstáculo en él a la grandiosa y serena amplitud propia de un alma sacerdotal. Él fue ante todo y sobre todo un hijo de la Iglesia, sin más anhelo que el de servirla. Aún supuesta la fisonomía particular que adopta al *convertirse* en Fundador de un Instituto Religioso, concibe y realiza la fundación con un sentido eminente de servicio a la diócesis y a la parroquia. En las Constituciones primitivas y en diversos documentos del Directorio insiste en este carácter que debe distinguir a las religiosas de Santa Teresa. La misma Archicofradía, por cuya difusión en el ámbito nacional trabajó tanto, ¿qué era sino una agrupación de jóvenes – avanzadilla de la Acción Católica de hoy – al servicio inmediato de los párrocos para el apostolado en la parroquia?

Por otra parte, nunca se negó a dar la luz de sus consejos y aún el apoyo práctico de su cooperación real y efectiva a otras causas muy nobles de diversa índole y dirección que aquellas a las que él estaba consagrado. Cooperó con don Manuel Domingo y Sol, de la misma manera que éste le ayudó también a él. En la Revista Teresiana aparecen numerosos artículos sobre los Seminarios y sobre la obra de las Vocaciones Sacerdotales, a la que vivía entregado su gran amigo. Cualquiera que fuese el Director de una obra, si se le llamaba y se le pedía ayuda, don Enrique la prestaba con su generosidad de siempre, sin pensar más que en la gloria de Dios.

El Instituto de Religiosas Pasionistas casi se puede decir que le debe a él su existencia, por el asesoramiento casi continuo que las prestó en el momento siempre difícil de su fundación y arraigo. Hacer esto, cuando él estaba empeñado en la consolidación del "suyo", es harto meritorio y digno de ser tenido en cuenta, por lo poco frecuente.

6. Libre de apetencias humanas.

"En cuanto a esa recomendación que me piden para ese señor que quiere ser canónigo, vosotras veréis lo que podéis hacer. Yo no entiendo de esas cosas". Así escribía don Enrique a sus religiosas de Madrid con motivo de la petición que un sacerdote le había hecho para que le apoyase, mediante alguna de sus amistades, en el Ministerio de Gracia y Justicia.

"Yo no entiendo de esas cosas". Esta frase indica mejor que ninguna otra lo que en la vida de don Enrique fue una norma constante e inviolable. Evidentemente que él pudo haber sido canónigo. Y no hemos de olvidar que por aquel tiempo todavía se podía aspirar a eso que se llama "una canonjía". Hoy las cosas han cambiado mucho.

Varios Prelados, particularmente el de Salamanca que después lo fue de Madrid, doctor Izquierdo, quisieron tenerle a su lado y le ofrecieron puestos brillantes en sus diócesis. Siempre los rehusó cortés y agradecido, porque tenía en firmísimo y deliberado propósito de huir de cuanto en su vida sacerdotal pudiera significar gloria y dignidad humana. Lo de menos – ya lo sabemos – es la forma externa de vivir el sacerdocio, con tal de que corresponda a alguna de las que han sido siempre aprobadas por la Iglesia. Tan santo sacerdote puede ser el que aspira a canónigo porque cree razonablemente que así da más gloria a Dios, como el que, por lo mismo, se queda en coadjutor de aldea en algún pueblecillo sin luz eléctrica y con una escuela mixta. Nunca han faltado hombres demasiado "pneumáticos", que sacan las cosas de quicio y se fijan más en lo externo que en las motivaciones interiores de los actos. Esto es lo que verdaderamente importa: el motivo interno, el *pondus animae* por el cual se adopten unas determinaciones u otras. De don Enrique nos consta positivamente que, al apartarse de todo lo que podía llevarle a ostentar cargos de más distinción dentro de la carrera eclesiástica, lo hizo porque así lo juzgó más conducente a su propia santificación y más apto para el desarrollo de su particular apostolado.

¿Estuvo también alguna vez a punto de ser nombrado Obispo? Todo parece indicar que sí y que luchó con éxito para evitarlo. La escena que nos ha sido transmitida tiene como protagonistas una vez más a don Enrique y sus Teresianas. Es en Barcelona, en la Casa

Madre de San Gervasio. Se comenta la reciente designación de algunos Prelados españoles, entre los cuales figuraba el doctor Almaraz, muy teresiano. Don Enrique insinuó:

- "Ahora yo también estaría en Roma".
- "¿Qué? – le preguntamos: ¿Usted también había de ser Obispo?".
- "Eso querían; pero yo no quiero ser más que Mosén Enrique".
- Padre – le replicamos nosotras -:"Si fuera usted Obispo, nos podría hacer mucho bien a la Compañía".
- "Más os ayudaré desde el cielo" – dijo él, y no habó más.

7. Lo más notable, sin embargo, es que esta decisión suya de mantenerse en la línea sencilla de su sacerdocio, con desprendimiento absoluto de cuanto hubiera podido atraerle humanamente, obedece a una decisión tomada antes de salir del Seminario. Cuando el joven Enrique trasladó su matrícula del Seminario de Tortosa al de Barcelona, lo hizo sin duda con el propósito de recibir en su día los Grados Académicos de Licenciado y Doctor. ¿Por qué se limitó a recibir el de Bachiller con la sorpresa de todos, profesores y condiscípulos, que conocían su excelente preparación? ¿Por qué, a sabiendas de que causaba un serio disgusto a su padre y amigos más íntimos, se negó en redondo a seguir adelante? No lo sabemos.

Pero dado el esmero con que don Enrique consultó todas las cosas grandes y pequeñas de su vida en la dirección espiritual a que siempre se sometió, sospecho que esta determinación pudo muy bien haber sido fruto de aquellos Ejercicios Espirituales para el Subdiaconado, dirigidos por el Padre Claret. Quizá el santo Arzobispo dimisionario de Cuba recordaba por entonces con nostalgia sus tiempos de misionero rural en Cataluña, cuando, libre de la prisión que fue para él su vida en las alturas, pudo dedicarse con desembarazo y facilidad a su heroico apostolado…Quizá viese con mirada profética el alma grande y generosa de aquel joven alumno de Teología, llamado también por Dios a muy altas empresas…

Lo cierto es que, andando el tiempo, un día don Enrique declaró a su condiscípulo, el jesuita Padre Martorell, que tanto le había instado a que recibiese los grados, que no lo había hecho para cerrarse así mejor las puertas de toda dignidad en la carrera eclesiástica.

A sus amadas hijas no las dio nunca explicaciones de este hecho. Pero sí que tenía con ellas el suficiente buen humor de recordarles con frecuencia: "Ya veis, hijas, tenéis una Madre que es Doctora y un Padre que sólo es Bachiller".

Humilde, humilde siempre. Alejado de toda apetencia personal. Enamorado del Papa y de la Jerarquía Eclesiástica. Al margen de toda actuación política y buscando siempre la gloria de Dios. Una de sus ilusiones más vivas era tratar, siempre que podía, con los sacerdotes jóvenes, para orientarles por el camino del apostolado. Un día hablaba el reverendo don Juan Fondevila con las Madres Teresianas en el Noviciado de Tortosa y exclamó: "Don Enrique era un santo en la tierra. ¡Oh!, ¡qué cosas tan buenas nos decía a nosotros, los sacerdotes jóvenes!".

8. Creemos oportuno referirnos aquí a un gran proyecto de don Enrique que, por muy diversas razones, no llegó a realizar. Demuestra claramente su gran preocupación por todo lo sacerdotal y una vez más nos permite contemplar la grandeza de su alma apostólica y su anticipación, de verdadero precursor, a muchas inquietudes y actuaciones propias de nuestros días. Es ésta otra faceta de su espíritu por la que se ve su gran semejanza con el del insigne don Manuel Domingo y Sol.

Mucho antes que éste cohibiera el pensamiento de fundar su Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, don Enrique había esbozado un plan que, al menos en parte, se proponía idénticos objetivos. Digo en parte nada más, porque la obra de don Manuel tuvo desde el primer momento fisonomía propia y fines muy diferenciados. De ahí que, al exponer su pensamiento al Prelado de Tarragona en 1883, don Manuel juzgase conveniente decir: "No lo crea un remedo o consecuencia de lo que proyecta Mosén Enrique, que me parece que no lo ha sido; y aunque lo hubiese sido, no tendría esto que ver cuando son tan diferentes los objetos preferentes".

¿Qué es, pues, lo que había proyectado Mosén Enrique, el hombre de las múltiples y santas ambiciones? Hallamos la respuesta a esta pregunta en la Revista Teresiana, noviembre de 1882. Es el año del tercer centenario de la muerte de la Santa. En el capítulo XXXII hemos narrado los trabajos de don Enrique en orden al feliz suceso del homenaje nacional a Santa Teresa. Como remate cabal de sus aspiraciones dio a la publicidad algo que tenía meditado y escrito hacía tiempo. Vale la pena trasladar íntegramente aquí la exposición que él mismo hace. Empieza con el siguiente artículo:

MISIONEROS DE SANTA TERESA DE JESÚS
¡VIVA JESÚS DE TERESA Y TERESA DE JESÚS!

A mis amados Hermanos Misioneros de Santa Teresa de Jesús

Nada deseaba tanto el Serafín del Carmelo, Santa Teresa de Jesús, como el que hubiese en la Iglesia de Cristo Jesús santos y sabios sacerdotes, buenos letrados y excelentes predicadores, porque conocía bien que "mal andarían los soldados sin buenos capitanes que los guiasen a la victoria, y que en la guerra que han de sostener los fieles contra el mundo y el demonio les ha de valer el brazo eclesiástico y no el seglar". Aquí se dirigían sus ansias, sus oraciones, sus lágrimas, sus penitencias. Todo su afán era que, pues el buen Jesús tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos, perfectos, pues más hace uno perfecto que mil que no lo sean, y que así como se concertaban los malos para más dañar a la Iglesia, así se concertasen los buenos para defenderla. Sobre todo era extremado el deseo de la Santa de que hubiese buenos predicadores, y a éstos amaba con especial predilección. "Señor, le decía importunándole con su llaneza habitual al ver alguno bueno: Señor, mirad que este sujeto es bueno para nuestro amigo". Y al saber las muchas almas que se perdían de los luteranos y de los indios, movióse a la fundación de la Reforma de mujeres y de varones. "¡Cuánto me cuestan estos indios!" exclamaba. ¿Qué diría ahora la Santa si viviese en España? ¡Oh, Santa de mi corazón! Bastante lo dice tu corazón, que parece nos clama también: ¡Cuántos me cuestan estos españoles!

Mas los hijos de la gran Teresa, dedicados a la vida contemplativa, y llevando vida como de ermitaños penitentes, no pueden consagrarse de lleno, como hoy se necesita, a las importantes obras de las misiones, predicación y celo por la salvación de las almas en los ministerios de la vida activa, y por esta razón, así como para completar su obra del siglo XVI en el sexo devoto ha suscitado la Santa en nuestros días las obras de la Archicofradía Teresiana, Rebañito y sobre todo la Compañía de Santa Teresa de Jesús, dedicada a la enseñanza, así también ha suscitado la idea de la obra de los Misioneros de Santa Teresa de Jesús, para completar o coronar su obra de los frailes. De esta suerte la obra de Santa Teresa de Jesús será cabal, completa, y satisfará los deseos de la gran celadora de los intereses de Jesús totalmente, y podrán calmarse las ansias vivísimas de aquel corazón gigante que clama de continuo con su Jesús: "Sitio. Da mihi animas, coetera tolle tibi. Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur ».

Además, la obra de los Misioneros de Santa Teresa de Jesús es una obra de celo necesaria, si se ha de completar el plan admirable de la Santa en sus nuevas obras llamadas Archicofradía Teresiana, Rebañito y Compañía de Santa Teresa de Jesús, y si se quiere asegurar sus frutos, su vida; pues así como la Santa, al tener fundados sus conventos de monjas, en su altísima penetración comprendió que no estaba asegurada la observancia y el espíritu de su Reforma en sus hijas hasta que hubo fundado los frailes, así también nuestro corazón, y, creemos con fundamento, los deseos de la Santa no estarían satisfechos sin la obra de celo de los Misioneros de Santa Teresa de Jesús. Estas nuevas obras de celo Teresianas, repetimos, no estarán aseguradas ni darán los frutos admirables y abundantísimos de salud que están llamados a dar en el fiero y último combate contra el reino de Cristo, si no las sostiene, alienta y vivifica la obra de los Misioneros. Así nos lo atestiguan varios Prelados y personas respetabilísimas por su ciencia y piedad, y muy en especial el sabio y piadoso Obispo de Salamanca, excelentísimo Izquierdo; así nos lo confirman y demuestran la misma naturaleza de las obras mencionadas y las peticiones continuas que de todas partes de España se nos dirigen pidiéndonos celosos operarios Teresianos que las cultiven con Ejercicios Espirituales, sermones, etc. ¡Cuántas veces con profundo dolor de nuestro corazón hemos tenido que exclamar al no poder satisfacer tan justas peticiones: "¡Messis quidem multa: operarii autem pauci! Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam". ¿No es llegada la hora todavía de mandar estos celosos operarios?... ¡Oh Santa de mi corazón!, haz que sea pronto…si es posible en este año de tu tercer centenario…tarde sea, si así más conviniere a tus intereses y honra, que no son otros que los de Jesús.

Mas como Dios, así como no abunda en lo superfluo tampoco falta en lo necesario, con fundamento confiamos que en plazo no lejano hemos de ver coronados nuestros santos deseos con feliz, copiosa y celestial bendición.

Eso escribimos en Madrid al tratar del modo de honrar a la Santa de nuestro corazón, Teresa de Jesús, con motivo de la proximidad de su tercer centenario, con el Obispo de Santa Teresa, excelentísimo Izquierdo, el día del Apóstol de las Indias, año de 1880; y esto repetimos a los Sacerdotes y a cuantos se sientan llamados por Jesús y su Teresa a tomar parte activa en tan santa obra, monumento de los más gloriosos que se pueden levantar en obsequio de la Santa encargada de celar la honra de Jesucristo como la suya propia, en el día del primer celador de la honra de Dios ultrajada, San Miguel Arcángel, en el tercer centenario del Serafín del Carmelo, 1882.

Montserrat, día del Serafín de Asís de 1882.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

A continuación, en letra más pequeña aparece la siguiente:

NOTA: El año 1887, de regreso de la Peregrinación Teresiana escribimos ya en el mismo Montserrat este plan de Misioneros de Santa Teresa, y desde entonces (cinco años ha) no han cesado muchas almas buenas de encomendar a Dios este proyecto de mayor gloria de Jesús y su Teresa.

Por fin da cuenta de las bases por que había de regirse la obra. Claramente se aprecian sus propósitos, a pesar de ser manifestados en líneas muy generales:

BREVE NOTICIA DE LAS BASES DE LOS MISIONEROS
DE SANTA TERESA DE JESÚS

F I N

Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus (Act. VI, 2)

El fin de los Misioneros de Santa Teresa de Jesús es no sólo atender con todo ahínco a la propia salvación y perfección con la gracia de Dios, sino además celar la mayor honra de Cristo Jesús, María y José, extendiendo el reinado de su conocimiento y amor por todo el mundo por medio del apostolado de la oración, ministerio y apostolado de la palabra y sacrificio bajo la protección y guía de la seráfica Virgen y Doctora, nueva Débora, Santa Teresa de Jesús.

* * * * *

Esta mínima Asociación tiene la pretensión santa de poder decir con toda verdad con el Apóstol de las Gentes: "Mihi omnium sanctorum minimo gratia haec data est in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi…instaurare omnia in Christo"; porque "haec est vita eterna ut cognoscant te solum Deum, et quem misisti Jesum Christum…Charitas Christi urget nos…Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum anathema sit…Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ergo reficiam vos…", etc.

OBRAS DE CELO A QUE DEBEN CONSAGRARSE
CON PREFERENCIA LOS MISIONEROS
DE SANTA TERESA DE JESÚS

Aunque todas las obras de celo cristiano merezcan la atención de los Misioneros de Santa Teresa de Jesús; no obstante, atendida nuestra pequeñez que no puede abarcarlo todo, la merecen preferentemente todas aquellas obras que dan por resultado práctico mayor aumento de los intereses de Jesús, o los promueven con mayor eficacia por sí, o por razón de las circunstancias.

Estas son: 1º. Ejercicios Espirituales al Clero, Seminarios, Congregaciones Religiosas, teresianas, etc.

2º. Dirección espiritual (tan descuidada y tan esencial) de los Seminarios Eclesiásticos.

3º. Misiones, sermones, confesiones, moribundos.

4º. Catequística.

5º. Beneficiar los tesoros celestiales escondidos en la vida y escritos admirables de Santa Teresa de Jesús por todos los medios posibles, Revista, libros, etc., etc., y no cejar en tan santa empresa hasta que todos los fieles se alimenten con el pábulo de su celestial doctrina, como quiere nuestra Santa madre la Iglesia.

6º. Los Misioneros de Santa Teresa de Jesús, en la escasez cada día mayor de clero, deben de ser unos de los mejores auxiliares de los Prelados, multiplicándose por su celo y laboriosidad.

Mas como la obra de los Misioneros de Santa Teresa de Jesús es la corona o complemento de los obras teresianas de este siglo, denominadas Archicofradía, Rebañito y Compañía de Santa Teresa de Jesús, de ahí es que sin estas obras no tendría razón de ser especial, ni hubiera existido; por lo mismo los Misioneros de Santa Teresa de Jesús deben con preferencia atender a estas obras, extendiéndolas y vivificándolas, y de un modo más especial a la más principal y predilecta, que es la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

El modo de vivir de los Misioneros de Santa Teresa de Jesús es común en lo exterior.- Habrá sacerdotes y coadjutores.- Se amarán como hermanos y se respetarán como príncipes o hijos de Dios.- Después de dos años de probación harán el juramento de perseverancia, y de no solicitar ni admitir jamás dignidad alguna, si no fuere por mandato expreso del Sumo Pontífice.- Todos los días deben leer en las obras de la Seráfica Doctora, y tener una hora de oración a lo menos.- Cada mes un día de retiro, y cada año por nueve o diez días Ejercicios Espirituales.- Actos de comunidad no habrá más que las Letanías de los Santos por la mañana, y la acción de gracias de la noche, "pro concessis beneficiis gratias referentes et pro concedendis semper suppliciter deprecantes".- Su distintivo debe ser el celo por los intereses de Jesús, María, José y Teresa de Jesús, regulado por la obediencia extremada. "Si quis vult post me venire, abneget semetipsum; tollat crucem suam et sequatur me ».

FIESTAS

Se celebrarán con singular aparejo las fiestas siguientes:
Niño Jesús y Corazón de Jesús agonizante.
Concepción Inmaculada de la Virgen María, Carmen, Rosario y Dolores.
San José y su Patrocinio, Santa Teresa de Jesús y su Transverberación.
Santos Ángeles de la Guarda, San Miguel y San Francisco de Sales.

PATRONOS

San Pablo apóstol.- San Francisco Javier.- San Agustín y Santo Tomás de Aquino.- San Alfonso de Liborio, San Isidoro y Leandro.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

Montserrat, aposento de San Isidoro,
día del Serafín de Asís, 1882.

Ni una palabra más por nuestra parte. A no ser para decir únicamente que a los hombres también se les conoce por sus intenciones, aunque éstas no lleguen a convertirse en actos. Por las que vemos reflejadas en estas bases, nos damos cuenta de que don Enrique de Ossó, porque lo sentía con urgencia en su alma sacerdotal, apuntó y quiso buscar solución al problema de la formación de los seminaristas, y al no menos interesante de poner a disposición de los Prelados equipos de sacerdotes especialmente aptos para los ministerios apostólicos.

CAPÍTULO LIII

CATEQUISTA GENIAL

1. Un juicio que causará extrañeza.- 2. La “Guía Práctica del Catequista”.- 3. Valor de este libro. Su minuciosidad práctica.- 4. Los trabajos catequísticos de don Enrique.- 5. Frutos en Tortosa.- 6. Notables palabras sobre la primera Comunión de los niños.

1. Seguramente el lector se sorprenderá – y no poco – como yo me he sorprendido. El caso no es para menos. Se trata de una afirmación que parece demasiado atrevida. El que la hace es don Práxedes Alonso, insigne catequista español. Yo la traslado aquí simplemente a modo de introducción a este capítulo, completamente obligado en una biografía de don Enrique. Dice así, al hacer la crítica de un libro del doctor Llorente sobre el Padre Possevino:

> Por estos estudios sobre la ciencia y arte de la enseñanza de la Religión, merece el padre Possevino figurar, con San Cirilo, San Agustín, el devoto canciller Gersón y nuestro Enrique de Ossó, entre los creadores de la ciencia de la pedagogía catequística (de la revista Educación Cristiana, editada en Zaragoza, número correspondiente a enero de 1942).

Me apresuro a confesar que carezco de conocimiento para ponderar la exactitud o inexactitud de este encuadramiento de don Enrique junto a dos figuras tan extraordinariamente relevantes en el campo de la enseñanza del Catecismo. Por ello, casi estoy dispuesto a reconocer que merezco el reproche de que a sabiendas caigo en un abusivo sensacionalismo literario si no fuera porque mi único intento al transcribir esa frase es congratularme de que haya alguien que hable del desconocido don Enrique con el amor que se le debe. Digo amor. No me atrevo a escribir justicia. Esto, que lo resuelvan los especialistas.

2. Sin duda alguna el lector no tiene noticias – a no ser por la referencia hecha en el capítulo LI – de un libro titulado “Guía Práctica del Catequista”. Hago mal en citarle así. Porque el título completo, aunque un poco largo, es: “Guía Práctica del Catequista en la Enseñanza metódica y constante de la Doctrina Cristiana”, por el presbítero don Enrique de Ossó. Al pie de este nombre, como aspiración y propósito único del autor al escribirlo, aparecen estas palabras:

> Pater noster, qui es in coelis; *sanctificetur nomen tuum, adveniat regnum tuum* (Mt. VI, 9, 10).

La edición que yo tengo a la vista es la segunda y está hecha en Barcelona, Tipografía Teresiana, calle de los Ángeles, 22 y 24, año 1906. Consta de 379 páginas en 8º mayor. Es un libro pulcramente editado, como hecho por las religiosas Teresianas, las cuales indudablemente tuvieron la intención de esmerarse, puesto que se trataba de una obra tan estimable de su amado Fundador.

En la Advertencia Preliminar que ellas mismas escribieron para la nueva edición, se leen estas palabras:

> A la primera edición hecha en 1872, acompañaba como prólogo, una reseña histórica de los excelentes frutos que la práctica de las reglas contenidas en este libro produjo durante los primeros años de la Revolución septembrina, relación que hemos determinado suprimir.

No sé si fue acertada o no esta medida: la de suprimir la tal reseña histórica. Hubiera sido aleccionador el dejarla, para que sirviera como ejemplo de lo que puede lograrse en todas las épocas en que ha habido o habrá revoluciones septembrinas.

Sí que se conserva, en cambio, la censura del libro que para esa primera edición escribió por encargo del Vicario Capitular de Barcelona, el censor, don Félix Sardá y Salvany. Dice así en su dictamen:

> Erudición copiosa, unción, celo, minuciosidad en los pormenores prácticos sobre el modo de dirigir con fruto el Catecismo de los niños, tales son las principales cualidades que hacen, a mi ver, recomendable la indicada obrita. La considero de suma utilidad para nuestros jóvenes catequistas. Su lectura alentará a los tímidos haciéndoles ver como fáciles de ser vencidas muchas dificultades, que con serlo sólo en apariencia, hacen tal vez desmayar a los más celosos. Los mismos seglares ocupados en la

santa obra de las Escuelas Dominicales de ambos sexos hallarán en ella lecciones de gran provecho para la mayor perfección de su benéfico apostolado.

Barcelona, 26 de agosto de 1872.

Así pues, cuando don Enrique escribió este libro tenía treinta y dos años cumplidos, y no hacía cinco aún que había salido del Seminario.

3. El libro es extraordinario. Una lectura atenta del mismo nos hace deplorar vivamente que se haya prescindido de su uso, sobre todo en los Seminarios. Llego a dudar, no sé si por mi ignorancia, que pueda haber algún otro más eficaz para despertar y nutrir la afición a enseñar el catecismo, condición indispensable de la vocación sacerdotal. Con seguridad que hay otros muchos que le aventajan en eso que se llama tecnicismo pedagógico. Pero yo entiendo que la enseñanza del Catecismo y la vocación que para ello se requiere no son cuestión de técnica únicamente. Se necesita, tanto o más que el ingenio, el espíritu y el amor. Pues bien, el libro de don Enrique tiene en primer lugar eso que no podía faltar tratándose de una cosa suya: unción, unción muy fuerte, una especie de viento del espíritu que empuja y arrastra, que conmueve y persuade, allanando victoriosamente la resistencia que aquellos a quienes va destinado pudieran oponer a una tarea de suyo harto penosa, como es la de adoctrinar a los pequeñuelos en los misterios de la fe cristiana. Ya el prólogo mismo que él escribe con el título de "Al que leyere" rebosa sentimientos de esa dulce y desvelada caridad, que es como la esposa inseparable del verdadero celo. Dice así:

Resumidas en un reglamento que irá al fin de la presente obrita hallarás todas las reglas ya probadas, y que las recomienda como muy excelentes la experiencia de algunos años.

No dudo que poniéndolas tú también en práctica, lector mío, en tu parroquia, en tu pueblo o en tu casa, verás los mismos resultados, y, con el favor de Dios, mayores.

Pruébalo; por amor de Dios te lo pido, si en tu pecho arde una centellica siquiera de amor a Jesucristo, y conmigo alabarás las bendiciones que profusamente derrama Jesús sobre los trabajos catequísticos.

Sólo me queda por hacer una advertencia a mi lector catequista, y es que no es mi ánimo empeñarme a que ponga en planta en seguida las reglas o medios que indico. Mi pretensión es más modesta: no intento ser más que un guía del celoso Catequista, como el nombre dice, y deber es del guía caritativo y que se interesa por el mayor bien de los que dirige en una expedición, hacerles notar todo lo que ofrece algún interés, o dice relación, o puede facilitar cumplidamente el logro de su propósito. No se maraville, pues, ni eche a siniestra parte el buen Catequista algunas, al parecer inútiles, inoportunas, por minuciosas, observaciones, porque todo se necesita.

Se fatigará alguna vez el Catequista – continúa un poco más abajo -, andando por tierras áridas, incultas y sin agua, como dice el Profeta; pero no se descorazone, ni decaiga su ánimo. Sepa que no está solo, que el divino Pastor de las almas, Cristo Jesús, y Aquella que se compara a la rosa y al lirio de los valles, María, le ayudarán en sus trabajos más rudos. Y de vez en cuando le recrearán con olores de celestial perfume, curarán sus heridas con bálsamo de divina eficacia, y hasta le reconfortarán con frutos de virtud y honor, que gustados por su alma en momentos de desfallecimiento le harán exclamar reposando de sus fatigas, como en los Cantares se escribe: "Me he sentado a la sombra de Aquel a quien ama mi alma; y su fruta es dulce a mi paladar". Quizá un día este Pastor de las almas al ver cansado a mi celoso Catequista guiando a su hato amado a las aguas de salud, tocará el *rabel sonoro, y pasando su inmortal dulzor al alma perturbada,* le recreará, y le hará olvidar todos los sinsabores de este mundo. Tendrá amigos fieles que le ayudarán, esto es, los Ángeles santos, que depositarán sus palabras en el corazón de los niños, como la aurora deposita las gotas del rocío en el cáliz de las flores, para que no se marchiten. En suma; verá por experiencia, y mejor tal vez de lo que nosotros sabemos decirle, cuánto ama Jesús a los que se interesan, en estos días de perturbación e ignorancia, en enseñar su doctrina a los pequeñuelos, de quienes dijo: "Todo lo que hiciereis a uno de ellos, a mí lo habéis hecho".

Como se ve, el libro va destinado preferentemente a los Sacerdotes con cura de almas y a los jóvenes levitas que se preparan en el Seminario para tan sublime ministerio. Abundan en él las citas de la Sagrada Escritura, de Concilios y Romanos Pontífices, de los grandes catequistas y pedagogos de la Iglesia Católica, como San Agustín, Gersón, Possevino, Fenelón, etc., por lo cual, posee sólida doctrina, y una suave y proporcionada ilustración que nunca se hace farragosa y molesta.

Pero lo que más llama la atención en su minuciosidad práctica, como dice el censor Sardá y Salvany. Creo yo que con esta Guía en la mano se puede fácilmente lograr eso que en la realidad es tan difícil: una Catequesis modelo. No eran muchos los años que don Enrique

llevaba dirigiendo la Catequística de Tortosa cuando escribió el libro. Pero hemos de tener en cuenta que, ya desde seminarista, se dedicó con sumo afán a estos trabajos y que, en esa primera época de su sacerdocio, la intensidad con que se consagró a los mismos fue inverosímil. Por eso su experiencia era abrumadora. Invito al lector a que examine el libro y a que compruebe por sí mismo cómo por la abundancia de detalles, por la claridad en su exposición, y por la oportunidad de sus consejos, es un tratado de Pedagogía Catequística teórico y práctico verdaderamente magistral. Tiene razón don José Artero al decir: es "lo más completo y modernamente orientado que hasta entonces, según me parece, se había publicado en España".

Aparte de la obra original, el libro contiene el tratado de Gersón "De parvulis trahendis ad Christum" traducido por don Enrique, la Constitución de Benedicto XIV: *Etsi minime* en que el Pontífice exhorta a los Obispos de la cristiandad a que vigilen y se ocupen de la enseñanza del Catecismo, los Evangelios de todos los domingos y principales fiestas del año para facilitar al Catequista la explicación que ha de hacer, Reglamentos de la Asociación Catequística y devociones principales que se han de fomentar, y finalmente una antología de cánticos, algunos de ellos con acompañamiento, la cual tiene el mérito indiscutible de ser precursora de otras colecciones más valiosas pero mucho más tardías.

4. Mas no merecería don Enrique de Ossó ser llamado catequista y catequista genial, si se hubiera limitado a escribir un libro para que sirviese de guía a los demás. En tal caso, a lo sumo, hubiera sido un pedagogo puramente doctrinal y teórico. No. Su mérito principal – aquí también – consistió, más que en lo que escribió, en lo que hizo. No podemos olvidar la situación y el ambiente de su amada ciudad de Tortosa en aquellos días tristes de la revolución del 68. A ello nos hemos referido largamente en los capítulos XI y XIII de este libro. Cuando el temor lo invadía todo y el odio a la religión se había enseñoreado de las calles, Ossó fue el atleta de invencible resistencia que luchó sin descanso y logró transformar la fisonomía de la ciudad mediante la Asociación Catequística.

Los niños cantaban, rezaban, aprendían. Los de los pobres y los de los ricos. Pasaron del millar los que se congregaron en aquellas catequesis, lo que quiere decir, dada la población que entonces tenía Tortosa, que prácticamente toda la niñez tortosina, vino a caer bajo su influencia educadora. Los ocho años primeros de su vida sacerdotal los consumió principalmente en este apostolado, al que consagraba todas las horas que le dejaban libre sus obligaciones de Catedrático en el Seminario. Más tarde, aunque siguió dirigiendo la Asociación, su trabajo personal en ella no pudo ser tan intenso, porque otro género de actividades consumía sus horas. Pero las catequesis marchaban llenas de espléndida eficacia, porque había tenido el cuidado de formar catequistas entre aquellos alumnos del Seminario, de quienes se rodeó desde el primer momento y algunos sacerdotes beneméritos que continuaron su labor.

5. Tortosa se colocó a la cabeza de las diócesis españolas en cuanto a piedad de costumbres y acendrados sentimientos católicos. Era el fruto a largo plazo de aquellos trabajos emprendidos un día por el celoso catequista. La generación que siguió a la de don Enrique vivió un ambiente esencialmente distinto. Ya no se hablaba contra el Papa, porque apenas había habido uno que en su niñez no hubiese tomado parte activa en aquellas estruendosas manifestaciones de amor a Pío IX, provocadas y dirigidas un día y otro por Ossó, el cual hizo de este punto concreto del dogma católico uno de sus más ardientes afanes. Despertar el sentimiento más vivo de adhesión al Romano Pontífice, tan vilmente ultrajado y con tanto encono perseguido en aquella época de feroz liberalismo, obsequiarle por todos los medios, vivir sus enseñanzas, orar por él y ofrecerle comuniones y actos espirituales de desagravio, todo esto que hoy es tan frecuente, gracias sobre todo a la fecunda labor llevada a cabo por la Acción Católica en el mundo seglar, fue una de las ideas madres en el apostolado catequístico de don Enrique.

Y siempre, a la española, es decir: dando juntamente con la instrucción doctrinal el tono vibrante y apasionado, el calor de un entusiasmo lleno de vehemencia y coraje que tan bien cuadra con este temperamento de fuego, que Dios ha querido darnos. Los niños de don Enrique cantaban ni más ni menos que esto:

Dios eterno de cielos y tierra
prepotente y glorioso Creador,
con tu diestra aniquila al protervo:
salva a Pío, supremo Pastor.

Truenos y rayos lanza el infierno
del mar se abre la inmensidad
débil anciano va en la barquilla;
es Pío nono, nuestro Pastor.

El orbe entero Padre le aclama;
entre los héroes le sublimó;
su dulce nombre pechos inflama;
con su firmeza la fe salvó.

Himno de gloria suba al Eterno
grite entusiasta el pueblo fiel:
gloria a la Iglesia; guerra al averno,
viva Pío nono, muera Luzbel.

María, a vuestro trono
se eleva nuestra voz.
Salvad a Pío nono
rogad por él a Dios.

Si a Pío echan de Roma,
María, ¿a dónde irá?
Que venga a nuestra España,
mi patria y tu heredad.

Su espada osa el malvado
hasta la cruz alzar;
María y Pío nono
la espada romperán.

De la oprimida Iglesia,
oh Dios, tened piedad;
si cumples tus promesas
se abisma la maldad.

¡Salud, salud, gran Pío,
Pontífice inmortal!
Estréllase en tu trono
la cólera infernal.

Juntamente con estas estrofas guerreras que los pequeñuelos y más tarde los grandes cantaban con aire marcial y casi belicoso, resonaban también en las calles de la vieja ciudad dulces plegarias a la Virgen María en forma igualmente de himnos y cánticos populares. Alguna de ellas, concretamente la oración del marinero, llegó a cantarse día y noche en el antes tan temido Barrio de Pescadores, gracias a los rapazuelos peludos y descalzos convertidos ahora en amigos inseparables de don Enrique. Otras veces eran clamorosas expresiones de fe en el dogma de la Inmaculada Concepción, manifestados en versos rotundos e inapelables como si los pequeños cantores quisieran decir que sí, que estaba muy bien declarado aquel dogma, que allí estaban ellos como parte integrante de la Iglesia – ¿por qué no? – para bendecir y gozarse en lo que aquella creencia significaba:

Ya la Iglesia militante
celebra por decisión
que sois en la Concepción
pura, limpia y radiante,
en aquel primer instante
de vuestro ser natural.
Según Agustín declara,
rostro sois del mismo Dios;
y si mancha hubiera en Vos
a Dios saliera a la cara:
a consecuencia tan clara
diga todo racional:

Sois concebida María, etc.

Pío nono ha declarado,
por solemne decisión,
que fue vuestra Concepción
limpia de todo pecado:
nuestro voto ha confirmado
ya la Iglesia Universal, etc.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a San José, a los Santos Ángeles, a la Santísima Trinidad, fueron igualmente objeto de su fervoroso celo. Multiplicábanse las secciones de niños en las diversas iglesias de la ciudad, se celebraban con esplendor inusitado triduos y novenas en que ellos participaban arrastrando suavemente a los mayores, lucían sus estandartes y banderas y poco a poco, en una palabra, la ciudad entera brilló con una fisonomía nueva y resplandeciente de la que, en definitiva, era deudora a aquellos angelicales niños de la Asociación Catequística.

Habla el mismo don Enrique:

En el primer año de la Revolución en que no hubo catequística, no podía salirse por las calles sin oír canciones las más provocativas e insultantes contra la religión y sus ministros. Pues bien, recórranse ahora las mismas calles, y no se oirán más que canciones religiosas y santas. ¡Cosa digna de atención! El barrio de San Pedro, o de pescadores, que era el que se había distinguido más por sus cantos de impiedad, es hoy día el más notable por su fervor religioso; y creo que uno de los medios principales de su mudanza ha sido el canto. Allí es donde se oyen de día y de noche cánticos-plegarias a María Inmaculada por Pío IX; allí se alaba en todos los tonos a María siempre virgen, sin interrupción; allí se canta "guerra contra Lucifer" en todos los momentos; allí se respira un aire embalsamado con los acentos de la inocencia que de continuo elevan alabanzas a Jesús, María, José, o a Pío IX. Y antes, dos años atrás, ¿qué se oía allí? ¡Ah!, no hay necesidad de decirlo, porque con mayor elocuencia lo pregonan las lágrimas de gratitud y consuelo que derraman muchas madres al darnos las gracias por la mudanza que han observado en sus hijos, desde que asisten al Catecismo. ¡Esto es un cielo! – nos decía una anciana mujer -: ¡no se oyen sino cánticos de alabanza por las casas y calles! ¡Loado sea Dios! ¡y qué recompensa les aguarda en el cielo! ¡Nadie podía pensar tres años atrás que esto sucediera!

6. Para terminar este capítulo, deseo transcribir una página de oro de este maravilloso libro "Guía del Catequista", en la cual habla don Enrique sobre la edad en que los niños deben ser admitidos a la Primera Comunión. Recuérdese que aún faltaban muchos años hasta el advenimiento de Pío X al trono Pontificio. El futuro Papa de la Primera Comunión de los niños le hubiera sonreído a don Enrique desde la diócesis italiana en que entonces luchaba como simple sacerdote, si hubiera tenido conocimiento de lo que en Tortosa escribía el insigne catequista español:

¿A qué edad deben admitirse los niños a este Catecismo? Unos opinan que hasta los doce años, otros a los catorce y otros por fin, mejor aconsejados, a los diez. Digo mejor aconsejados, porque favorecen, fomentan así mejor los intereses de Jesucristo, interpretan mejor sus deseos, y los de nuestra Santa Madre la Iglesia. La razón es muy clara, evidente. La Iglesia sólo previene, para que sean admitidos los niños a la Comunión, el que lleguen a la edad de discreción y estén suficientemente instruidos, y el apóstol sólo manda que se pruebe antes el hombre a sí mismo y de esta suerte coma de aquel pan de vida.

Los deseos de Jesucristo al quedarse en la Eucaristía no son por cierto estarse encerrado en el Tabernáculo, sino venir a morar en nuestro corazón, toda vez que, como Él mismo asegura, tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres. Las primicias de la fe y del amor de estos corazones inocentes pertenecen exclusivamente a Jesucristo: y ¡ay del ministro que con sus dilaciones permite, o consiente, que sean patrimonio de Satanás! Además de que es un hecho innegable que hoy día es más precoz el desarrollo de la inteligencia en los niños y, por nuestro descuido, antes se emplea en aprender el mal que el bien. Niños hemos hallado a los seis años manchados con graves pecados mortales, y otros que a los once y doce años nunca se habían confesado, y eran ya maestros consumados de iniquidad. ¿Por qué, pues, ese reparo en admitir los niños cuanto antes a la Primera Comunión? ¿Por qué para comulgar se pregunta la edad, sin antes examinar la disposición de los niños? ¿Por ventura no son templos del Espíritu Santo, y no hay en su alma los gérmenes de las virtudes teologales? ¿Por qué, pues, no hemos de cuidar que estos templos conserven su pureza y santidad, y se fecundicen estos gérmenes santos, colocando en el altar de su corazón, así que estén dispuestos, el Santísimo Sacramento? Es proceder, pues, tontamente, por no decir otra cosa peor, averiguar primero qué edad tienen los que desean comulgar, sino examinar antes las disposiciones, máxime a los que tienen ya diez años. Pero, se me dirá, es que hasta los doce o catorce años no saben los niños lo que se necesita para comulgar. Pero yo responderé. ¿De quién es la culpa?, puedo asegurar con toda verdad que en las muchas veces que he

preparado niños para hacer la primera Comunión, de los que he recibido mayor consuelo ha sido de los más jovencitos, de los que apenas contaban diez años. ¡Oh! ¡y cómo obraba desahogadamente la gracia de Dios en aquellos tiernos corazones! ¡Cómo se holgaba Jesús Niño con aquellos niños inocentes! ¡Qué actos tan fervorosos de unirse con su Jesús amado! ¡Qué exquisito examen, qué sumo cuidado en purificar su conciencia! Nunca he oído confesiones más minuciosas y dolorosas. Al contrario; los que cuentan doce, catorce o más años, por lo general, como las pasiones se han desencadenado, la inocencia empieza a marchitarse; los malos hábitos se fortalecen, la vergüenza se aumenta, y en lugar de ser el primer trabajo del Catequista, como en los niños inocentes el adornar su alma de virtudes, es necesario empezar gastando mucho tiempo en purificar aquella alma, para obligar al demonio a que se ahuyente y dé lugar al Espíritu Santo consolador. Los padres de los niños se resisten a que comulguen jovencitos, porque dicen no tienen entendimiento y aman el juego, el pasatiempo de la niñez. Por respuesta deber decirles el Catequista, que el determinar si pueden o no comulgar es propio del Sacerdote, y que no es obstáculo su afición a los pasatiempos. ¡Ojalá siempre amasen juegos tan inocentes, y los grandes se agradasen de pasar sus horas como cuando eran niños! No andaría tan perdido el mundo. Además de que Dios no pide imposibles; los niños como niños; los viejos como viejos. Él, mejor que nadie, conoce lo que debe exigirse de cada edad. Dejad, pues, oh ministros de Jesucristo, que los niños cuanto antes puedan, sin mirar la edad, sino sus disposiciones; dejad, digo, que se acerquen a Jesús Sacramentado. No se lo estorbéis, porque de ellos es el reino de los cielos, porque en morar en su corazón inocente tiene sus delicias Jesucristo Dios. No se lo estorbéis, antes bien acelerad con vuestros cuidados este momento, por el cual Jesús suspira. De lo contrario, temed incurrir en su justa indignación.

CAPÍTULO LIV

DON ENRIQUE CONSIDERADO COMO PEDAGOGO

1. Auténtica vocación pedagógica.- 2. Pedagogo en las Catequesis. Palabras del Dr. Llorente.- 3. Amor a los niños.- 4. El testamento pedagógico de don Enrique.- 5. Su famoso "Plan Provisional de Estudios". Atención especial a los párvulos. Su puesto en la historia de la Pedagogía católica española.- 6. Dedicado a la formación de la mujer.- 7. Máximas pedagógicas entresacadas de sus escritos.

1. Recordemos una vez más que don Enrique, desde muy pequeño, quería ser maestro. En realidad, no se frustró este deseo, puesto que lo fue. Lo que ocurre es que cuando él pronunciaba esta palabra en el alborear de su infancia, reducía su significación a la que ella tiene cuando se aplica exclusivamente para designar al profesor de una escuela de enseñanza primaria. No sabía entones que siendo sacerdote podía ser maestro en un sentido mucho más completo.

En efecto, la vida entera de don Enrique fue consagrada por entero a las tareas del magisterio y la enseñanza de la verdad cristiana. Pero no es de esto de lo que debemos hablar ahora. El objeto de este capítulo es considerar a don Enrique como pedagogo, en la acepción rigurosamente técnica que tiene esta palabra. Si he recordado esa infantil formulación de sus deseos de ser maestro, es porque yo veo en ella un claro síntoma de su vocación pedagógica.

Desde luego, el hecho de haber sido un catequista insigne nos autoriza para darle también este otro capítulo, puesto que nadie que no fuera un excelso pedagogo podría ser catequista de niños en el grado relevante en que él lo fue. El Catecismo servido a los niños con amor y con eficacia es la mejor pedagogía. Pero la palabra pedagogo empleada como aquí lo hacemos, en toda su extensión, no puede limitarse al campo de la enseñanza catequística. De aquí que, para poder asignar a don Enrique con toda justicia el título que ahora le asignamos, debamos examinar los dos aspectos en que la fisonomía pedagógica de un hombre puede ser reconocida. Uno, el de la enseñanza catequística propiamente dicha; otro el de la educación y la enseñanza en términos generales.

2. En cuanto al primero, no hemos de añadir mucho a lo que hemos escrito en el capítulo anterior. Bastará seguramente transcribir aquí algo de su sistema, puesto que en las páginas precedentes nos hemos fijado principalmente en los frutos prácticos que consiguió. El núcleo central de su libro "Guía Práctica del Catequista", precisión hecha de todo lo demás que en la obra se contiene, lo constituyen trece capítulos en los cuales expone su metodología catequística. Imposible examinarlos todos, puesto que, divididos cada uno de ellos en varios artículos, forman un tratado muy completo en el que estudiando la importancia de las catequesis, la historia de las mismas en la Iglesia y en España, las ventajas que procuran a la sociedad, las cualidades que deben tener los catequistas, los medios que han de utilizar para lograr su fines, los cuales no pueden ser más que la instrucción y santificación de los niños; analiza del modo más minucioso las materias que se han de enseñar, la forma de las instrucciones, los ejemplos, el lenguaje de los diálogos, el tacto especial que se debe tener al hablar de ciertas materias, los locales y asientos, el canto y el silencio, premios y castigos, el trato particular que requieren los niños más pequeñitos, los catecismos de perseverancia para los mayores, en una palabra, todos los factores que intervienen en esa obra tan difícil que es formar a Cristo en el alma preciosa de la infancia. El doctor Llorente – pocos tan autorizados como él para opinar – cierra el último capítulo de su libro "Curso Teórico-Práctico de Pedagogía", en el que habla de los Fundadores e Institutos Religiosos, con estas palabras: "El gran catequista de los centros de Tortosa, don Enrique de Ossó, autor de la "Guía Práctica del Catequista", fundó la Compañía de Santa Teresa de Jesús. El sistema educativo lo compendia en un consejo: "procurad con todo empeño adquirir amor a los niños y espíritu de fe". En efecto, esta es la nota distintiva de don Enrique como catequista y como pedagogo en general.

3. En la tanta veces citada "Guía Práctica del Catequista", escribió, al enumerar las cualidades de que debe estar adornado, esta página hermosa:

San Pablo recomienda que se instruya al prójimo con un espíritu de dulzura: "instruite in spiritu lenitatis", y él mismo trababa a los fieles con la dulzura de una nodriza para con su niño: "tamquam si

nutrix foveat suos". El corazón humano quiere ser tratado de este modo; y no se le puede ganar sino manejándolo dulce y cordialmente. San Agustín nos enseña que por este medio fue ganado a la religión, y que debió el principio de su conversión a las bondades de San Ambrosio para con él: "Coepi amare hominem", dice "non ut doctorem veritatis, sed ut benevolum in me". Mas si los adultos no se ganan sino con amor, con mucha más razón los niños. Por esto Nuestro Señor quiso darnos ejemplo en esto, como en todo lo demás: "amplexabatur imponen seis manus, et benedicebat eos". Sobre lo cual Gersón exclama: "¡Oh buen Jesús! cuando os veo extender los brazos para estrechar con tanta ternura contra vuestro pecho a estos pequeños niños, me siento conmovido hasta el fondo del alma. ¡Oh!, quiero amar a los que Vos habéis amado tanto, quiero imitar vuestra bondad, y, como Vos, tener entrañas de madre". Tal es, en efecto, el solo medio de salir bien; comenzarse por ganar el corazón de los niños y hacerse amar de ellos. Si uno se contenta con hacerse temer, no irán sino con repugnancia al Catecismo como a un ejercicio odioso, se ausentarán de él lo más pronto que puedan, escucharán sin interés, únicamente para no ser castigados; usarán de disimulación, y el corazón no se dejará manejar, mover y mudar. Es, pues, esencial el hacerse amar. No se obtiene, pues, el ser amado sino amando con un amor lleno de dulzura. La dulzura de la caridad es la llave de los corazones; es quien los abre; es su imán y nos los une. El rigor los intimida y los perturba; la dureza los aleja; el tono severo, el aire sombrío, los modales ásperos, el mal humor, las expresiones duras, los términos injuriosos o irónicos, y más aún, los malos tratos los agrían y hacen perder toda confianza, sin contar que los padres se ofenden de ello, y los parroquianos se escandalizan. Se pierde, pues, todo desde que falta la dulzura, y si se pretende hacerse respetar mandando con imperio, reprendiendo con aspereza, enfadándose uno por cualquier cosa, se equivoca: lo que se logra solamente es hacerse aborrecer. Si se quiere hacerse respetar de los niños, debe hacerse por el ascendiente de su ministerio, de sus virtudes y de una firmeza sin enfado, de la cual no se debe hacer uso sino cuando es necesaria; pues no debe emplearse la autoridad que intimida sino rara vez, con discreción, y solamente como un medio para pasar de ella al amor que gana los corazones. "Discite" decía San Bernardo, "matres esse, non dominos, omnem ostendentes manseutudinem ad omnes. Nemini vis adhibenda", decía en el mismo sentido San Francisco Javier, "nisi amoris et caritatis, nec is sit (catequista) qui timeri magis quam amari velit".

Mas, por otra parte, no se debe hacer consistir la dulzura en una floja condescendencia que halaga los defectos de los niños en lugar de corregirlos, que les concede todo lo que piden, les otorga todo lo que les gusta, y les permite familiarizarse con aquel que debían respetar; pues de aquí resulta que no estando contenidos por el temor, se disipan, se relajan, faltan a la atención, y llegan con frecuencia hasta el desprecio, fruto demasiado ordinario de la familiaridad. Tampoco debe confundirse la dulzura con esta ternura de corazón, este afecto enteramente humano para con aquellos a quienes distinguen un exterior agradable, el nacimiento, la fortuna, el espíritu, la simpatía de temperamento y de carácter. El catequista nunca tomará demasiadas precauciones contra un tal sentimiento, en que la naturaleza tiene más parte que la gracia, ni evitar demasiado toda libertad, toda caricia o manifestación de un apego demasiado humano.

La verdadera dulzura tiene caracteres bien diferentes de los dos defectos que acabamos de señalar: 1º, llena de memoria de Jesucristo, tan tierno para con los niños, y guiada únicamente de las miras de la fe, se anuncia en el exterior con la serenidad de la cara, una afabilidad noble, una cierta suavidad en la voz, y los modos que ganan los corazones habla el lenguaje de la bondad, se achica con los pequeños, y depone todo aire de altivez y de majestad, convencida de la verdad de estas palabras del poeta:

"Non bene conveniunt nec eadem sede morantus majestas et amor…"; 2º Se interesa como un padre, como una madre en todo lo que mira a sus hijos estimados; se compadece de todas sus penas, procura aun dulcificar los motivos de amargura que hallan en el Catecismo, y les dice palabras de consuelo y de aliento; 3º Después de haber ganado así su corazón, se aprovecha de este estado de santa paz en que los ha puesto para ejercitar su inteligencia por las cuestiones que les dirige, inspirarles el deseo de saber, estimularlos por alabanzas, por certámenes o desafíos sobre quien responderá mejor, por pequeñas recompensas dadas a propósito, y por todos los medios que pueden hacerles amable el Catecismo; pues sabe que cuanto más lo amen, más asiduos serán a él, y más provecho sacarán; 4º Evita todo lo que podría serles desagradable, como darles apodos, pedirles más de lo que puedan saber, cubrirlos de confusión por su ignorancia o su incapacidad, reprenderlos públicamente cuando la falta no es pública; y, a fin de tener que castigar lo menos posible, procura prevenir las faltas por todas las precauciones que la caridad le inspira, por una mirada dada a propósito, un aviso oportuno, una palabra de aliento, etc.…; 5º Si, a pesar de todo esto, los niños no son cuerdos, lleno de fuerza y de paciencia por sus faltas, por su ligereza o su inaplicación, su grosería y aun su malignidad, corrige con un tono firme cuando es necesario, mas sin aspereza ni dureza; castiga, si es necesario, pero sin golpear jamás, siempre con moderación y sangre fría, dejando esperar al culpable el ser amado si es más cuerdo, y haciendo obrar sobre todo la Religión, y los sentimientos, más bien que el terror y las amenazas.

Veamos ahora la otra perspectiva de su actuación pedagógica, mucho más amplia que la puramente catequística, puesto que comprende todos sus desvelos por regenerar el campo de la enseñanza en sus grados primario, medio y en cierto modo también superior, al menos en lo que se refería a las escuelas del Magisterio, que ya de lo referente a la Universidad apenas insinuó nada que no fuese su preocupación viva y despierta ante los nuevos rumbos que en

ella se advertían. En cambio, en esos otros grados no universitarios fue un verdadero creador de ideales, encauzó inquietudes y logró realizaciones positivas. No debemos repetir lo ya escrito en diversas partes de este libro, encaminado todo él a demostrar que la fuerza del espíritu se manifestó en don Enrique con una tendencia principalísima – no puede decirse única – a formar una generación de mujeres españolas que habían de ser en lo religioso, profundamente católicas; en la forma de su piedad, típicamente teresianas; en lo intelectual, esmerada y modernamente capacitadas. Si no llegó hasta los hombres en su acción pedagógica, es porque la muerte cortó su marcha.

El testamento pedagógico de don Enrique, se conserva en un librito de muy escaso volumen. Lo tituló él "Plan provisional de estudios en la Compañía de Santa Teresa de Jesús" y fue dado a la imprenta en 1882. Consta únicamente de 60 páginas en 8º, pero ni una letra hay en él desaprovechable, empezando por el prólogo, que dice así:

¡VIVA JESÚS Y SU TERESA ¡

El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Ps. 110)

A LAS PROFESORAS
DE LA COMPAÑÍA E SANTA TERESA DE JESÚS

Las escogidas a formar la Compañía de Santa Teresa de Jesús deben aspirar con tesón a ser santas y sabias, tomando por modelo a su Seráfica Madre y Doctora Santa Teresa de Jesús, para poder atraer todos los corazones al amor de Jesús, María y José, por medio de su añagaza Teresa. La Compañía se consagra con preferencia al apostolado de la enseñanza para cooperar en la regeneración del mundo, y en especial de nuestra España, por medio de la educación de la mujer, según el espíritu de la Heroína española Santa Teresa de Jesús.

Con estas palabras, amadas Hijas en el Señor, demuestran y encarecen las Constituciones de la Compañía de Santa Teresa de Jesús la importancia que se debe dar al estudio en ella, pues sin estudiar muchísimo poco o nada se sabe, y, por lo mismo, no se puede enseñar con provecho.

Las Hijas, pues, de la gran Doctora Teresa de Jesús, deben dedicar todos los momentos que le dejen libres los ejercicios de piedad, al estudio de aquellas materias o asignaturas que forman el caudal de conocimientos que se exigen para ser útiles profesoras; pues, aunque no a todas se les obligará a sacar este título, deben estar dispuestas a ello si la obediencia juzgare que así conviene a los intereses de Jesús y su Teresa. Así, pues, el estudio de las asignaturas que se les señalare deben mirarlo las Hijas del Serafín del Carmelo como un medio de los más eficaces para extender el reinado del conocimiento y amor de Jesús y su Teresa entre cierta clase de gentes. La ciencia debe ser como la aguja que introduzca el hilo de oro de la caridad y amor de la Religión en muchísimas almas en estos tiempos malaventurados en que se tiene tanto afán por brillar en conocimientos científicos, como olvido e indiferencia por las cosas que más nos importan, cuales son todas las que se relacionan con el negocio de nuestra salvación o felicidad eterna.

Debéis dedicaros, pues, Hijas mías muy amadas en el Señor, con grande aplicación e interés, al estudio de todas las cosas que más directa y eficazmente puedan coadyuvar a este fin, sin perder ni un instante de tiempo.

Debéis ser mártires, si necesario fuere, del estudio, para desempañar, o disponeros a desempeñar fructuosamente, el sublime apostolado de la enseñanza.

No os olvidéis jamás que si vuestro fin principal es trabajar en la regeneración del mundo educando a la mujer según el acabado modelo de la Heroína española, milagro de su sexo, Santa Teresa de Jesús, deber vuestro es muy principal infundir su espíritu de nobleza, dignidad, magnanimidad y virilidad en los tiernos corazones que el Señor os confiare, valiéndoos del cebo de la enseñanza para comunicarlo mejor. Por esta razón la enseñanza que se dé en todos los Colegios de la Compañía de Santa Teresa de Jesús debe ser ante todo católica y española; todo conforme a la doctrina y espíritu de la Iglesia y de la Hidalga española Santa Teresa de Jesús. Nada de niñerías, afeminación y melindres, que bastardean nuestro carácter español descatolizándolo.

Así, Hijas mías en Jesús y su Teresa, mereceréis bien de la Iglesia y de la Patria. De la Iglesia, conservando o levantando ese espíritu de fe viva y verdadera que hizo a España la primera nación del mundo y que hoy quieren arrebatárselo totalmente con la creación de escuelas sin Dios. De la Patria, porque resucitareis o sostendréis en ella el tipo de la mujer fuerte, que es lo único que necesita para su salvación. Así pasareis por el mundo haciendo bien a todos; bendecidas de los buenos, admiradas de los malos, respetadas de los padres de familia, amadas de los pequeñuelos o de los corazones más candorosos y haciendo méritos para brillar en las eternas claridades, ceñidas vuestras sienes con la triple aureola de vírgenes, doctoras y mártires.

Tarragona, 23 junio, sexto aniversario de la fundación de la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

5. El “Plan” está dividido en diecinueve capítulos o apartados, de los cuales once tratan de la formación intelectual de la religiosa Teresiana y los restantes de los métodos pedagógicos que éstas han de utilizar en su labor de magisterio sobre las niñas. Me inclino a creer que todo el que tenga un poco de experiencia en cuestiones de enseñanza, conocido este plan y, naturalmente, en orden a los fines que él se propone, se sentirá movido a decir: que se cumpla al pie de la letra; no hace falta más. Hablo de su capacidad orientadora, no de los pequeños detalles que el correr de los tiempos obliga a modificar en todo plan de estudios.

Los primeros once artículos tratan de los libros de estudio de la Compañía, de las disposiciones para el estudio, de los obstáculos, del modo de estudiar, de los medios para progresar, de los estudios preferentes en la Compañía, de las labores, de la educación moral, religiosa y científica, de las Profesoras, de la distribución de asignaturas en los tres primeros años que por aquel entonces habrían de estudiar, de la Prefecta de Estudios, y finalmente de las Madres Profesoras de las religiosas que estudian.

Con gusto trasladaría yo aquí y comentaría de algún modo cada uno de estos once artículos. No es posible. No lo permite la índole de este libro. Me fijaré únicamente en algunos detalles. Así, por vía de ejemplo, cuando habla de los obstáculos para progresar en los estudios los resume diciendo:

> Los principales obstáculos para adelantar en los estudios son: 1º. La falta de método; 2º. La distracción o falta de atención; 3º. El no tener calmadas las pasiones, o sea la falta de paz del alma; o, como enseña San Bernardo, la culpa que remuerde, el sentido que codicia, el cuidado que punza y el tropel de imágenes que se apoderan de la imaginación.

¿Qué tal estaría estampar estas palabras en todos los libros que pasan por las manos de nuestros estudiantes y de nuestros Profesores?

Al hablar del modo de estudiar, escribe:

> Al aprender las lecciones, fíjense más en los conceptos que en las palabras. Nada decoren sin antes estudiarlo: a este fin, observarán en el estudio las reglas siguientes:
>
> 1ª. Leerán atentamente una o más veces lo que deben aprender, procurando entenderlo bien.
>
> 2ª. Después lo grabarán en la memoria por partes, no pasando al punto siguiente sin haber antes aprendido bien y decorado los conceptos del anterior.
>
> 3ª. Aprendida así la lección, decórenla por entero y con pausa, como si la recitaran en clase.
>
> 4ª. Si durante el estudio encuentran alguna cosa que no entiendan, anótenla y pregúntenlo con humildad después a la maestra.

Muy bien eso de decorar la lección. No olvidemos que está hablando a profesoras que han de enseñar. Y todo profesor que ha de enseñar en clase debe, primero, asimilar muy bien la lección. Después, para que su explicación no sea una repetición literal y muerta, debe decorarla, es decir, amarla, construirla, hermosearla, vivificarla. Pero siempre con parquedad y discreción, no sea que la excesiva amplificación se convierta en oscuridad. Decorarla discretamente.

En el artículo VI escribe sobre los estudios preferentes en la Compañía. No faltan en él unas palabras que indican su deseo de que las religiosas estén al día, e incluso se adelanten a las exigencias de los tiempos. Así, dice:

> Siendo la música un apostolado que puede servir de mucho para la realización de los fines que se propone la Compañía de Santa Teresa de Jesús, con el fin, por otra parte, de propagar los hermosos cánticos teresianos que destierren los inmundos cantares que hoy todo lo invaden, aprenderán música las de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, mucho más cuando el Estado exige o trata de exigir actualmente esa asignatura a sus profesoras.

Lo mismo aparece en el siguiente, en que habla de las labores. Sus religiosas, profesoras futuras de niñas españolas, maestras en las escuelas de pueblos y ciudades, habían de distinguirse por dar a sus alumnas esas enseñanzas de sano sentido práctico, de la que tanto gustaban ver en posesión a sus hijas nuestras antiguas madres de familia:

> Las labores fundamentales y el saber cortar prendas de ropa ordinarias deben cultivarse con esmero; sin descuidar por ello las cosas de adorno que pueden contribuir de cualquier modo a promover los intereses de Jesús y su Teresa. Eviten en esto todo lo que directamente fomente las modas o trajes que repugnen a la modestia o moral cristiana. No se olviden que en la Compañía de Santa Teresa de

Jesús todo debe ser *católico y español*, y que nada se ha de aceptar de extranjero, ni se ha de emplear en los Colegios de Santa Teresa de Jesús cosa alguna que haya de contribuir poco ni mucho a degenerar de la fe viva e íntegra de nuestros padres y de su carácter noble y caballero. Mejor que los israelitas, la Compañía de Santa Teresa de Jesús se aprovechará de todos los despojos de los egipcios modernos para cristianizarlos y españolizarlos.

Mas no se crea que esto envolvía oposición o desdén hacia los auténticos valores culturales, vengan de donde vinieren. Lo que él quería era preservar los ya existentes de la contaminación del "snobismo" y dotar a los valores y costumbres nuevas del espíritu español y católico. Él no trata de cerrase a nada. Por lo cual, añade:

Hemos de tomar la sociedad actual tal cual es, estudiar su inclinaciones, sus gustos y sus adelantos para prevenirlos, salirles al paso y rectificarlo todo, y regenerarlo todo con las enseñanzas y espíritu del Serafín del Carmelo, anta Teresa de Jesús.

Todo lo hemos de hacer servir para restablecer el reinado social de Jesucristo, empezando por instaurar en Cristo la educación de la mujer, y luego la de la familia, y por este medio la sociedad entera. No hemos de parar hasta grabar en todos los corazones e inteligencias y en todas las cosas nuestra divisa: "Viva Jesús". Sí, Viva Jesús en todos los corazones e inteligencias por la educación e instrucción cristianas: Viva Jesús en el vestido exterior y en todas las manifestaciones de la vida por la modestia cristiana.

El capítulo VIII está dedicado a hablar de la educación moral, religiosa y científica que deben asimilar las profesoras para después comunicarla a las discípulas. Dice a propósito de la educación moral:

Procuren ante todo las maestras estudiar la índole y carácter de sus alumnas, para que aprovechen sus instrucciones y correcciones. Fíjense mucho en los defectos culminantes de la mujer, como son espíritu de dominio, vanidad, deseo de ver y de ser vistas, de brillar, curiosidad, ligereza, frivolidad, inconstancia, ternura consigo mismas, melindres, tontería, excusas, mentiras, ficción, trampas, ocultaciones, celos, desobediencia, caprichos y veleidades. Incúlquenles las virtudes contrarias, a saber: humildad y modestia cristianas, caridad, amor a la verdad, sinceridad, firmeza y obediencia. Imiten en esto la conducta de los Santos Ángeles, más inspirando que corrigiendo: ellos son el mejor modelo de maestros y pedagogos.

En cuanto a la distribución de asignaturas, me llama la atención, de una manera particularmente grata, el hecho de que una de las señaladas para el segundo año de estudios con carácter obligatorio sea El Criterio de Balmes.

No es posible seguir analizando porque tendríamos que copiar íntegramente los restantes capítulos, tanto los que aún dedica a la formación de las profesoras, como los siete restantes en que habla de la actuación de la profesora con sus alumnas de colegio.

Son hermosísimos, reveladores de una profunda experiencia, llenos de normas y consejos muy concretos, tendentes a lograr una sólida educación y una enseñanza esmerada. Trata diversos temas como: Profesoras de niñas o señoritas en los Colegios – Profesoras de Párvulos – Claves (duración, exámenes, vacaciones) – Medios para promocionar la emulación – Peligros que pueden presentarse – Libros de texto en la Compañía hasta que ésta los tenga propios…

En cada uno de estos capítulos expone primero la doctrina que debe tenerse en cuenta y señala después las reglas de carácter práctico por las que debe regirse la Profesora en sus funciones educadoras. Véase lo que dice por ejemplo sobre las escuelas de párvulos:

Ya que Jesucristo ha dicho: "Dejad que vengan a mí los párvulos y no se lo estorbéis, porque de ellos es el reino de los cielos" y hoy día hay tantos que estorban y pretenden estorbar más aún con la creación de escuelas *laicas,* o dígase sin Dios, que los párvulos se acerquen a Jesucristo, el único Salvador del mundo; las hijas de la Compañía de la gran Teresa de Jesús, encargadas de celar su honra extendiendo las primeras el reinado de su conocimiento y amor por todos el mundo, deben poner especial empeño en que los párvulos vayan a Jesucristo, que es el que más les ama, su principal bienhechor. Todo depende de la primera edad. Lo primero que se aprende es lo último que se olvida. Las primeras enseñanzas son como los elementos o gérmenes de la futura grandeza o bajeza, virtud o vicio, felicidad o miseria del alma de los párvulos. La muerte es el eco de los primeros principios de la vida. Por eso es esenciadísima la educación cristiana de los párvulos. Bien lo comprende la revolución impía. Hasta ahora se había contentado con cortar o desgajar algunas ramas del árbol devino de la Iglesia; pero vio, por tantos siglos aleccionada, que eran poco menos que estériles sus afanes e intentos satánicos si no se apoderaban de la infancia. Y esto es lo que hace en nuestros días. Éste es su blanco, su afán, su campo escogido, como hace notar el sapientísimo León XIII, para dar la batalla decisiva contra la Iglesia de Dios.

Y en Francia, y en Bélgica, y en Italia, y en nuestra España, especialmente ahora como vía de preparación con el Congreso Pedagógico que no es otro que el preámbulo de las escuelas sin Dios, destierra de la enseñanza oficial todo signo de nuestra Redención, toda enseñanza religiosa, para hacer suyas las generaciones venideras de un modo decisivo. Afianzar el porvenir es triunfar de lo presente: por esto fueron objeto de especial predilección del Redentor del mundo los párvulos, a quienes miraba como los representantes de las generaciones venideras; por esto los bendecía, besaba, acariciaba y abrazaba, amenazando con la condenación eterna a los que les escandalizasen. Objeto también, por lo mismo, de especial predilección y cariño para las Hijas de la gran Teresa de Jesús deben de ser los párvulos, para formar en ellos con toda perfección la imagen del Divino Niño Jesús, su Salvador. Dénse, pues, la enhorabuena las Hermanas a quienes se señale para la instrucción y educación de los párvulos. A este fin:

1º. Haya una escuela de niñas parvulitas, bien montada en cada Residencia, que sea como la escuela preparatoria para las clases superiores. Aquí es donde se pueden celar y asegurar mejor el porvenir de los intereses de Jesús y su aumento.

2º. Como está fundada la Compañía de anta Teresa de Jesús para fomentar las vocaciones eclesiásticas y para procurar a la Iglesia, según sus fuerzas, santos y sabios sacerdotes (Cons. 10), admitan también como párvulos a los niños, desde los dos o tres a los seis o siete años, con la debida separación, y con esta fin y espíritu de fe formen en sus tiernos corazones e inteligencias la imagen adorable del Divino Niño Jesús con toda perfección.

3º. Formen con destreza a estos pequeños misioneros, los cuales, con sus oraciones, sus palabras y sus gracias, han de mejorar y tal vez convertir a sus padres, a su familia, a todo un pueblo y quizás al mundo entero.

4º. Trátenlos con tiernísimo cariño y amor; como nodrizas que acarician y alimentan a sus hijitos, como madres que los dan otra vez a luz con grandísimos dolores y trabajos.

5º. Paciencia, dulzura, amor y previsión. He ahí las cualidades de una buena maestra de párvulos.

6º. Empléese en su enseñanza siempre la senda más corta, la más ventajosa, clara y metódica. Los ejemplos, símiles, historietas y comparaciones de cosas que ellos conocen ayudan perfectamente a este fin.

7º. En las clases procuren haya orden y silencio. Enséñenles a hablar o pedir las cosas con signos y acostúmbrenles a que tengan gran reverencia a la escuela.

8º. Prevénganles contra los vicios que dominan hoy día, y hagan que cobren contra ellos grande horror. La blasfemia, la profanación de los días festivos, la falta de respeto al templo, a los sacerdotes, a la Religión, padres y superiores; las faltas de obediencia, la mentira, envidia, etc., etc., y con ejemplos confirmen siempre su doctrina. San Luis debió a las enseñanzas de su madre doña Blanca, cuando parvulito, el horror al pecado que tuvo toda su vida y que le conservó la inocencia.

9º. Para mejor asegurar el fruto de su enseñanza, muéstrenles asimismo la hermosura de la virtud, que así resalta más la fealdad del vicio, y por este medio sus corazones inocentes se aficionarán con entusiasmo por esta hija del cielo, hoy día tan poco conocida y aún desfigurada por los que más alarde hacen de practicarla. Las virtudes que su Seráfica Madre les ha dejado por herencia, como son la oración, ser verdaderas, francas, etc., y el amor a la Religión y a Jesús, María, José y Teresa de Jesús, como previenen sus Constituciones debe ser lo que más les inculquen, y, con ejemplos de Santos y Santas y de otros niños buenos, confirmen sus enseñanzas o doctrina.

Bastaría esta página para poder calificar a don Enrique de lo que verdaderamente fue: un pedagogo eminente. Un hombre que con tan calurosa unción manifiesta el amor a los niños que abrasaba su alma y que a lo escrito puede añadir todo el conjunto de realizaciones que logró a lo largo de su vida, merece ocupar un puesto de primer orden en la historia de la pedagogía española contemporánea. La pluralidad de trabajos a que vivió entregado continuamente le impidió escribir tratados extensos de técnica pedagógica, fuera de la Guía Práctica del Catequista. A pesar de lo cual, este libro, el Plan que hemos comentado, un Reglamento que publicó después para uso de las colegialas y artículos innumerables que escribió, sobre la marcha, en la Revista Teresiana, son títulos más que sobrados para que no se omita su nombre en el catálogo, no ciertamente muy numeroso, de los pedagogos católicos que España puede ofrecer al mundo de la cultura en los últimos tiempos. No llega sin duda a la talla gigante de don Andrés Manjón, singular entre los singulares, pero está muy por encima de otros cuyos nombres son ponderados acaso en exceso.

6. Orientó particularmente sus afanes hacia la educación de la mujer, porque conocía la importancia decisiva que ella tiene. “Después del poder de Dios – la escrito Augusto Nicolás -, viene de hecho el poder de la mujer”.

Piedad esmerada, cultura sólida y formación completa en aquellas artes y procedimientos que hacen de la mujer la reina y señora del hogar, conforme a las tradicionales costumbres españolas. Esta fue la consigna que dio a sus religiosas para que la tuvieran presente en su labor educadora. Fieles a ella las Teresianas de Ossó ganaron pronto para sus

colegios fama de competencia y eficacia. La colección de libros de texto fue muy alabada. Se empezó a hablar en seguida de que utilizaban métodos nuevos en la enseñanza. Se comprobaron los buenos resultados prácticos que lograban en la formación de la mujer para la vida doméstica. En la Exposición Universal de Barcelona de 1888, las labores presentadas obtuvieron Medalla de Oro.

Todo ello era consecuencia de la orientación pedagógica que supo darlas don Enrique.

Adelantándose muchos años a lo que es hoy propósito y objetivo incluso de instituciones políticas de carácter nacional que pretenden regir la educación de la juventud femenina española, aquel hombre extraordinario ordenó que sus religiosas, antes de salir a cumplir su misión en los colegios, se capacitasen muy bien en toda clase de labores desde la "calceta – dice – y puntos y tapicería y encajes hasta el bordado en sus diversas variedades", así como en dorado y plateado y hechura de toda clase de ropas de iglesia; y que recibieran y diesen lecciones de arte de cocina, lavado, amasar el pan, hacer jabón, coser a máquina; y que supieran los principales elementos de higiene y medicina para poder enseñarlos…Su aspiración fue que en los Colegios Teresianos se formaran auténticas mujeres regeneradoras de la sociedad española mediante la religión, la cultura y la práctica de las virtudes tan necesarias en la vida del hogar.

7. Como final de este capítulo ofrezco aquí algunas máximas entresacadas de sus escritos ya citados. Aprecie el lector por sí mismo la fuerza educativa que encierran y el vigor pedagógico de la misma expresión utilizada por don Enrique para darles forma:

Todo lo hemos de hacer servir para restablecer el reinado social de Jesucristo, empezando por restaurar en Cristo la educación de la mujer. No se ha de emplear cosa alguna que haya de contribuir poco ni mucho a degenerar de la fe viva e íntegra de nuestros padres y de su carácter noble y caballero.

Seriamente y con gran fuerza de voluntad, aplíquense al estudio.

Viva Jesús en todos los corazones e inteligencias por la educación e instrucción cristiana.

Procuren muy a menudo recordar lo que se les explica y hablar de ellos con sus condiscípulas, para mejor entenderlo y grabarlo en la memoria.

Observen con toda escrupulosidad la distribución del tiempo, sin desperdiciar un instante.

En la clase estén con atención y modestia, procurando ser de edificación a sus compañeras.

Poco y bien sabido es preferible a saber mucho, pero superficialmente.

Procuren las maestras inculcar en sus alumnas los dichos, hechos y sentencias más notables del Santo Evangelio.

Si alguno necesita de enseñanza y guía es el niño cristiano que vive en medio del mundo y que desde sus primeros años ve malos ejemplos, ya en casa, en la calle.

Los Santos Ángeles son el mejor modelo de maestros y pedagogos.

Es una de las cualidades más necesarias del buen decir la brevedad. Poco y bueno era la máxima de los antiguos.

Estén siempre ocupadas las niñas, y su ánimo suspenso o entretenido esperando algo nuevo.

Haga el maestro que hablen mucho los niños, pero él hable poco. No se cansen de repetir y hacer repetir las cosas o explicaciones dadas.

Sin estudiar muchísimo, poco o nada se sabe, y por lo mismo, no se puede enseñar con provecho.

Las labores fundamentales y el saber cortar prendas de ropa ordinarias, deben cultivarse con esmero.

Hemos de regenerarlo todo con las enseñanzas y espíritu del Serafín del Carmelo, Santa Teresa de Jesús.

La ciencia debe ser como la aguja que introduzca el hilo de oro de la caridad y amor de la Religión en muchísimas almas.

Sean asiduas en oír las lecciones y diligentes en prepararlas.

Formar a Cristo Jesús en las inteligencias por medio de la instrucción, formar a Cristo Jesús en los corazones por medio de la educación: a este fin esencial dirigirán todos sus esfuerzos.

Procuren las maestras inculcar en sus alumnas las máximas de nuestra santa Religión y el santo temor de Dios.

El niño es humilde, dócil y respetuoso con quien le trata con respeto y atención.

Repetición, repetición, repetición, no sólo en clase, sino en los paseos y recreaciones. Así se graba fielmente en la memoria y se retiene lo aprendido.

La más eficaz de las lecciones y la más inteligente por todos es el buen ejemplo.

Procuren con buen método que sus educandas aprendan bien los fundamentos de cada asignatura o cuestión.

Procuren hermanar siempre la dulzura y amabilidad del trato con cierto aire de dignidad y modestia propia de las maestras.

Deben penetrarse bien de la altísima importancia y trascendencia de su cargo antes de ejercer el sublime apostolado de la enseñanza.

Pongan sumo cuidado en formar la inteligencia de las niñas procurando que las materias que deben enseñarles las sepan bien.

Inculquen las maestras en sus alumnas la humildad y modestia cristianas, caridad, amor a la verdad, sinceridad, firmeza y obediencia.

Escójanse los libros que a la brevedad reúnan mayor solidez, claridad y método.

Procuren ante todo las maestras estudiar la índole y carácter de sus alumnas para que se aprovechen sus instrucciones y correcciones.

Para las explicaciones diarias que las maestras pueden hacer a sus educandas es de todo punto indispensable que se preparen con tiempo, con oración y estudio. Tengan para esto libros a propósito y formen su plan y sus apuntes de antemano para saber lo que han de decir y cómo lo han de decir.

No hemos de parar hasta grabar en todos los corazones e inteligencias nuestra divisa: “Viva Jesús”.

CAPÍTULO LV

SU AMOR A ESPAÑA Y A CATALUÑA

1. Alejamiento de la política.- 2. Patriotismo cristiano.- 3. Llamamiento a los españoles.- 4. Influencia del teresianismo de Ossó en la vida nacional.- 5. Gratitud que merece.- 6. Cataluña ardientemente amada.- 7. Su locura por Montserrat.- 8. Patria y religión.

1. No sabemos qué ideas políticas tuviera don Enrique. No sabemos que las tuviera de ninguna clase. Me inclino a creer que este no saberlo obedece a que efectivamente no las tuvo. No podía tenerlas. Afirmo esto bien advertido de que en su época abundaban – mucho más que ahora – los sacerdotes que tenían ideas políticas, esto es, preferencias por un determinado sistema de gobierno y concretamente por un determinado partido.

En los hombres como don Enrique, de una vida tan densamente espiritual, no caben estas discriminaciones y ataduras de los partidos políticos. Su produce en ellos un fenómeno muy lógico, consistente en que frente a las discusiones de tipo exclusivamente político están como "de vuelta" y por encima. No es que desconfíen ni desprecien los nobles esfuerzos de la política como arte de gobierno. De sobra saben que las sociedades humanas no están compuestas por ángeles y que necesariamente han de estar gobernadas y dirigidas dentro de unos cauces muy concretos. Pero ellos van siempre al fondo de la cuestión, y con un criterio profundamente sencillo y a la vez lleno de sabiduría práctica, de lo que se preocupa es de la formación, individual del hombre, de la conciencia del ciudadano, de hacer que en la sociedad unos y otros cumplan las leyes divinas y humanas que determina la justicia, bien seguros de que así prestan a sus pueblos el mejor servicio posible incluso en el aspecto político.

Don Enrique fue uno de éstos. En todo cuanto he leído y examinado relativo a su vida y escritos, no he hallado el más ligero matiz que haga pensar en aficiones políticas tal como suele entenderse esta frase. Más bien tenemos testimonios de lo contrario.

2. Pero sí que fue un enamorado de España y de sus tradiciones gloriosas verdaderamente excepcional. En todo su apostolado tuvo continuamente presentes dos objetivos: el servicio a la Iglesia y el servicio a su patria. El primero daba a su actuación ese tono de anchura universalidad que nos gusta ver en todo sacerdote como natural consecuencia de su fe y de su misión, continuadora de la misión universal de Jesucristo Redentor. Por eso don Enrique, en sus artículos, en sus sermones, en sus viajes, en su deseo de extender la Compañía, en las mismas intenciones que propone incansablemente a la plegaria y oración de los fieles, se preocupa de despertar en la conciencia de los católicos españoles una amorosa y vigilante solicitud por las necesidades del mundo, concretamente por las de Europa, a cuya tragedia espiritual asiste, como un espectador dolorido que quisiera ofrecer el remedio que tiene en sus manos: la vieja e insustituible fe cristiana de la que los pueblos europeos de su tiempo, envenenados de liberalismo ingenuo y suicida, se han ido olvidando.

Por el segundo, se sitúa en el plano de un patriotismo que cuando es concebido con tanta alteza como la que él tuvo siempre, es verdadera virtud. España es para don Enrique ese gran país en que la Providencia ha colocado a un pueblo que ha llegado a tener en la historia una fisonomía muy particular: la que corresponde a un concepto católico de la vida. Esto está en trance de perderse en la época tan agitada y turbulenta en que don Enrique desarrolla su apostolado. Y reacciona con toda la fuerza de que es capaz, para apuntalar el edificio en ruinas y hacerle recobrar, si ello es posible, su antigua y majestuosa belleza.

3. Paro lo cual, con certero instinto patriótico, se refiere una y mil veces al esplendor de la patria de antaño en contraste con la desventurada situación actual y analiza las causas de los males presentes y presagia un futuro sombrío y angustioso, de continuar por el mismo camino de desorientación y de error. En la Revista de Santa Teresa pasan de 200 los artículos de don Enrique total o parcialmente dedicados a este tema.

En la introducción que escribió al primer número de la revista y que es como un manifiesto dirigido a los católicos de España, aparecen los siguientes conceptos, continuamente repetidos a lo largo de su fecundo apostolado:

Aspira nuestra humilde publicación a hermanar estos dos sentimientos, los más nobles y grandes del corazón humano, el sentimiento religioso y el patrio, lo que se logrará cumplidamente por medio de la propagación entre los españoles de la devoción sincera a Santa Teresa de Jesús…

Santa Teresa de Jesús nos da lecciones y excelentes ejemplos de respeto y obediencia a la autoridad, de observancia y fidelidad a las leyes, de amor el más puro y desinteresado a favor de sus hermanos, el prójimo. He aquí el sentimiento patrio en toda su verdad y esplendor…

Tengo para mí que se va debilitando nuestro carácter español, hidalgo y caballero, que degeneramos de la salud espiritual y fe robusta de nuestros padres, porque nos hemos olvidado de comer de este alimento celestial y divino… (el de la celestial doctrina de Santa Teresa de Jesús).

Españoles todos, sin distinción de clases, opiniones y partidos. *Hora est jam nos de sommo surgere*. Oíd la voz de uno de vuestros hermanos que se interesa por el bien y verdadera felicidad de nuestra patria infortunada. Despertemos de nuestro letargo: hora es ya de que cese nuestro olvido e ingratitud a los dones del cielo, al favor y protección singular que nos ofrece para remedio de nuestros males en las oraciones de Santa Teresa de Jesús. Tengo para mí, como ya advertimos en nuestra *Guía Práctica del Catequista*, que el infierno trabaja mucho para hacernos olvidar a los españoles los tesoros inmensos de gracia y bendición que tenemos en Santa Teresa de Jesús; en sus oraciones, en su vida y escritos admirables. Quizá en la recia tempestad que nos azota y que parece va a hundirse con ella la Religión y la patria, sólo falta que importunemos a Jesús, que aparenta dormir descuidado de lo que pasa, por la voz de su vigilante esposa Teresa para darse por vencido y mandar a los vientos que cesen y siga la bonanza de paz. Lo cierto es, como nos asegura el Espíritu Santo, que vale mucho la oración del justo y del humilde delante de Dios, y, a lo que se puede juzgar, difícilmente se hallará otra oración en el cielo de más valor, después de la de María y José, que la de aquélla que fue maestra y doctora de la salvación.

Así, durante veinte años seguidos. Exhortando siempre a la unión y a la concordia, fomentando hasta en el ánimo de los niños más pequeños el amor a una patria cristiana y unida, proponiendo y realizando planes de acción regeneradora de dimensiones nacionales. Su voz de gran patriota se dejó oír escrita y hablada para combatir con coraje los intentos del protestantismo de desgarrar la unidad religiosa de España; para clamar por una mejor situación económico-social de los obreros; para avisar y prevenir las consecuencias de una política harto condescendiente con las logias masónicas y con la impiedad de la época.

A veces llora con fuerte dolor y su estilo cobra acentos jeremíacos al contemplar la desolación de la patria amada. Así, escribe con motivo de la fiesta de la Inmaculada:

¡Y yaces patria mía, postrada, y gimes oprimida, y lloras con dolor! ¿Cuándo tendrán fin tus lágrimas, y dejarás los vestidos de luto y vestirás los de gloria como en días antiguos en que por tu catolicismo y tu fe fuiste la reina del mundo, y en tus dominios no se ocultaba el sol?

Ésta es, oh patria mía, la que amas como a Madre, la que invocas por Patrona, a la que pides como a Protectora, la que veneras por tu Señora y Reina. En el día de su fiesta, día de purísima alegría para su corazón, no te olvides, España mía, de postrarte a los pies de tu Madre y pedirle socorro y favor. No importa que cual otro hijo pródigo te presentes cubierta de vestidos haraposos, escuálida, con las lágrimas en los ojos, humillada y pidiendo perdón. No turbará tu vista triste, repugnante a todos menos a los ojos de una Madre, la fiesta de familia, antes bien, moverá a compasión, recordando lo que fuiste y considerando lo que eres.

Nos haríamos interminables, si quisiéramos reproducir aquí las manifestaciones ininterrumpidas de este españolismo ardiente y conmovedor del gran sacerdote catalán. Toda la Revista y muchos de sus libros y sermones están traspasados de amor patrio.

4. Hermoso hubiera sido ya de por sí este sentimiento si a solo sentimiento hubiera quedado reducido. Pero lo más importante es que el patriotismo de don Enrique no consistió en gimoteos estériles y vacías declamaciones. Fue por el contrario activo despertador de positivas energías espirituales al servicio de la nación. El gran movimiento teresiano que él creó hizo que floreciesen grandes virtudes en extensas masas del pueblo cristiano. Preservó del contagio a innumerables mujeres españolas, las cuales, como es bien sabido, han ejercido siempre una influencia decisiva en muchos aspectos de la vida nacional. Por medio de ellas llegó hasta el fondo de muchísimas familias cuya conciencia católica y reciamente española vigorizó visiblemente. Sacó del estado de postración en que yacía en el recuerdo de sus connacionales a la que justamente ha sido llamada símbolo de la Raza, la Santa Castellana y universal, Santa Teresa de Jesús, en cuyo amor nadie le ha superado todavía.

5. Sólo por esto merecería don Enrique el homenaje de la patria. Porque hemos de reconocerlo con franqueza. En la historia de la piedad popular española a Santa Teresa, a él tiene que estar dedicado el mejor capítulo: aquél en que se hable de cómo pudo lograrse por fin que en toda la superficie del país se rindiese a Santa Teresa el culto y el amor que merecía.

Ya en la “Guía Práctica del Catequista”, escrita en 1872, cuando todavía no había fundado nada teresiano, al proponer a la Santa como Patrona de las Catequesis de niñas, escribía estas palabras:

> Las niñas tendrán por su modelo y especial protectora a la hidalga Santa Teresa de Jesús, gloria singular de España, Madre espiritual tiernísima, que hace amable con sus escritos y ejemplos la verdadera virtud, y alimenta a sus devotos con el pábulo de su celestial doctrina. ¡Oh!, es altamente desconsolador lo que sucede en nuestra España…
>
> *Innumerables eternidades no serían bastante largas para dar a Dios las debidas gracias por haber concedido a su Iglesia la Santa Madre espiritual y Doctora seráfica, Teresa de Jesús,* dice el sabio Faber, envidiándonos con todos los extranjeros el don singular que nos hizo el cielo al distinguirnos entre todas las naciones del mundo, dándonos a Santa Teresa de Jesús…
>
> Y no obstante…poco se conoce entre el pueblo español el día de la fiesta de Santa Teresa de Jesús, compatrona de España; muy pocas son las funciones que se solemnizan en su honor: apenas hay cofradía, ni congregación, ni asociación consagrada bajo su nombre…
>
> Sembremos, jóvenes catequistas, la devoción a tan incomparable Santa en los corazones de la niñez y juventud, y mereceremos bien de la Iglesia y de la patria. Tengo para mí que el demonio pone especial cuidado y empeño en que no se extienda la devoción de Santa Teresa de Jesús, porque así como en su vida real estorbó sus planes, amenguó su poderío, así su vida leída y meditada sería uno de los medios principales para regenerar a nuestra España, y hacer florecer en ella aquella fe viva, aquella generosidad y piedad ardiente con que asombraron al mundo nuestros padres.

Me imagino la profunda emoción con que veinte años más tarde releería don Enrique estas palabras, cuando gracias a su esfuerzo principalmente los himnos y banderas teresianos eran conocidos en toda España, y las peregrinaciones a Ávila y Alba de Tormes se habían sucedido con frecuencia, y sobre todo, cuando en el año centenario de la muerte de la Santa el teresiaismo había alcanzado una resonancia mundial con el movimiento español a la cabeza.

Así, día a día, desde el puesto que le correspondía como a sacerdote, fue don Enrique haciendo su labor de patria. Su alma y su pluma iban registrando los dolorosos acontecimientos nacionales de la época y con vehemencia unas veces, y con profunda tristeza otras, constante siempre en su batallar, imploraba al cielo y luchaba en la tierra por su España querida, predicaba y exhortaba, hasta enronquecer, a volver a los granes principios de que se había nutrido nuestra historia.

6. Este amor a España fue siempre compatible en él con un acendrado sentimiento de cariño hacia la región en que nació y se desarrolló su vida. Cataluña estuvo siempre muy metida dentro del alma de don Enrique. Sus sanas y típicas costumbres, su lengua, sus santuarios fueron siempre estimados por él con noble y sincero entusiasmo. Amante de las legítimas glorias regionales, se sentía gozoso de poder aumentarlas al convertir a Cataluña en el foco principal del teresianismo para toda España. Así escribía en noviembre de 1877, con motivo del proyecto, que se vio realizado, de levantar en Montserrat un altar a Santa Teresa de Jesús:

> Es por demás excusado ponderar la oportunidad del pensamiento, pues ya que Cataluña ha tenido la dicha de ser la vanguardia y como el excitador del movimiento teresiano, que observamos con gran gozo en nuestros días, en ningún lugar podía levantarse mejor a la gran Teresa un trono que cabe la Perla de Cataluña en su pintoresca y sin igual montaña. De allí Teresa de Jesús, cual vigilante centinela velará por Cataluña, que por su actividad bien merece ser colocada al frente de todas las provincias de España, y regenerada Cataluña comunicará su fuego a toda la nación. La misión de Teresa de Jesús es misión de amor divino. Fuego vino a meter Teresa al mundo, y otra cosa no desea más que arda. Arda, pues, en el corazón de las animosas doncellas catalanas este teresiano fuego, y a buen seguro que dentro de breves años España entera se sentirá consumirse en su divino ardor.

Dentro de este amor a la región catalana, era natural que sintiese particular predilección por Tortosa. Al empeño de demostrarlo prácticamente obedeció su gran afán de fundar allí el Convento de Carmelitas Descalzas, porque no toleraba su alma que la ciudad amada careciese de aquella riqueza espiritual que representaba un Carmelo Teresiano. Por la misma razón nunca quiso trasladar el Noviciado a puntos más céntricos de la Península, ni siquiera en los días de la áspera tormenta, cuando todo parecía aconsejarlo y amables ofrecimientos llegaban hasta él de personas muy autorizadas e influyentes.

7. Pero hay algo más. Existe en Cataluña una montaña sagrada digna de ser escenario bíblico del Viejo o del Nuevo Testamento. Del Viejo más bien hubiera sido por su altiva soledad

y sus piedras retorcidas, si no fuera porque la presencia bendita de la dulce y morena Virgen María lo llena todo allí de paz y de consuelo. Montserrat, más que del Sinaí, es hoy monte de las Bienaventuranzas, sobre todo de una que podría formularse así: ¡Bienaventurados los hijos de esta Madre!

Pues bien, don Enrique fue un prisionero de Montserrat toda su vida. ¡La de veces que subió él la cuesta empinada de Monistrol rezando y cantando Avemarías!...Y luego, con qué avidez se acogía a la intimidad del Santuario y permanecía allí, dos, cuatro, diez y a veces más días…Escribe el padre Fontseré, benedictino:

> Visitaba muy a menudo a la Virgen, a veces sólo para recoger su espíritu y pedir inspiración en sus empresas. Otras veces con sus religiosas para enfervorizar su espíritu y adiestrarlas en la devoción a Nuestra Señora "la dolça Moreneta", como él candorosamente la llamaba. Es muy de notar que de ningún santo ni de ningún fundador, con ser tantos, y varios paisanos nuestros, de ninguno que sepamos se lee que haya visitado tan asiduamente el Santuario ni a nuestra Patrona. En las épocas difíciles y días azarosos y cuando arreciaba alguna contrariedad, y siempre que se le ocurrían dudas sobre la vocación de sus pretendientas al Hábito, y antes de admitirlas a la profesión, acudía a la Virgen de Montserrat en demanda de luz y auxilio del cielo.
>
> En cierta ocasión se presentó el Siervo de Dios en el Monasterio cuando sólo hacía unos dos meses que había estado, y al verle hube de exclamar: "¿Otra vez aquí el doctor Ossó?" – A lo cual respondió con un profundo suspiro y con toda su candorosa ingenuidad: "Sí, Padre mío, no se puede dar un solo paso, ni se puede ir a ningún lugar, ni hacer algo bueno, sin una mirada y la bendición de la dulce Madrecita y Virgen de Montserrat".

Era un enamorado de la Patrona de Cataluña. Allí celebró su primera Misa, allí están fechados algunos de los documentos que sirvieron de primitivas Constituciones de la Compañía, allí presentó a las Fundadoras para ofrecerlas al amparo maternal de María…Y sus Bodas de Plata con el Sacerdocio en una fiesta memorable, y múltiples peregrinaciones en las que él era el alma que impulsaba y movía. Oraciones, triduos, novenas, escritos de propaganda y de amor como aquel de "Tres florecillas a la Virgen de Montserrat". ¡Cuántas súplicas por España brotaron del corazón de este catalán españolísimo ante la Virgen de Cataluña!...Los padres benedictinos conservan fresco el recuerdo del gran sacerdote y han levantado en su honor un monumento en la explanada del riquísimo Santuario. ¡Quién se lo hubiera dicho un día a aquel niño que desde Reus huyó a la Santa Montaña para guarecerse junto al trono de la Virgen, sin más equipaje que catorce años y el traje harapiento de un mendigo!...

8. Fiel hasta el final a su enérgico y claro patriotismo, nunca cayó en la tentación, a la que otros sucumbieron ya entonces, de favorecer ni con el pensamiento siquiera cualquier suerte de catalanismo de derechas o de izquierdas tendente a desgarrar la unidad política de España. Amaba a Cataluña dentro de España y por España entera trabajó como apóstol de Santa Teresa y de la Iglesia. Los hijos de castilla tienen que ver hoy con profunda simpatía que haya sido un sacerdote catalán precisamente el que más ha hecho en los tiempos modernos por glorificar a la Virgen de Ávila. El honor que de ello pudiera derivarse para don Enrique, lo trasladó él íntegramente a su amada región en unos artículos muy eruditos que escribió en la Revista sobre el teresianismo que de antiguo había florecido en Cataluña.

CAPÍTULO LVI

SU GRAN SERVICIO A LA ESPAÑA CATÓLICA. DON ENRIQUE DE OSSÓ Y EL P. POVEDA

1. Reacción positiva ante los acontecimientos de la época.- 2. La batalla en el campo de la enseñanza.- 3. El supremo afán de su vida.- 4. Paralelo entre don Enrique de Ossó y el P. Poveda.- 5. Otras demostraciones de amor a España.

1. Su espíritu captó perfectamente los acontecimientos de la época que le correspondió vivir y ante ellos reaccionó como sacerdote amante de su pueblo, dispuesto a salvar lo que fuera posible. Pero hay entre sus servicios a España uno que descuella de modo extraordinario y que vino a ser la razón de su vida. Observémosle en su origen y significación, ya que de su desarrollo hemos hablado bastante.

Año de 1873. República española con Castelar en la Presidencia. En el mes de octubre, don Enrique expone al Obispo de Tortosa su gran proyecto de la Archicofradía Teresiana y dice:

Quizá esta falange escogida, ilustrísimo señor, será la que apresure el restablecimiento del reinado de Cristo Jesús, y como la Magdalena y devotas Marías la que anuncie a sus afligidos Apóstoles la nueva suspirada y gozosa de la Resurrección de Cristo y del triunfo de la Iglesia.

Es verdad que tenemos las Hijas de María, las Esclavas de María y otras asociaciones católicas de jóvenes; pero su carácter no está españolizado, digámoslo así; falta añadir a lo católico lo español, inoculando en ellas el espíritu de Teresa de Jesús.

En julio de 1874 se dirige a todos los sacerdotes españoles con estas palabras:

Y vosotros, oh venerables sacerdotes españoles, oíd la voz de este desconocido Solitario, y promoved esta Asociación. Si mi humilde voz no tiene crédito ni eficacia bastante para moveros y obligaros a propagar tan santa Asociación, si los males cada día más crecientes de la Religión y de la patria no os quiebran el corazón ni os deciden a buscarles remedio, muévaos el ver las gracias que el cielo dispensa a las Hijas de María y Teresa de Jesús.

Hoy es tiempo, mañana quizás no podréis por ser tarde…

En enero de 1876, exhorta así a las jóvenes de la Archicofradía:

Orad, pues, con instancia al Señor, sea vuestra oración muy continua a María Inmaculada y Teresa de Jesús, a fin de que nos alcancen el restablecimiento de la Unidad católica en nuestros días. María Inmaculada, la gran Patrona de nuestras Españas, y Teresa de Jesús, la gran Celadora de la fe en nuestra patria, darán nueva eficacia a vuestras oraciones, presentándolas con las suyas a Nuestro Señor, y no lo dudéis, si oramos cual conviene, Nuestro Señor Jesucristo nos otorgara gracia tan preciosa y con ella toda clase de bienes, que harán que sea otra vez nuestra España la nación por excelencia católica y feliz.

Gobernaba Cánovas y se esperaba la Constitución promulgada pocas semanas después.

En agosto de este mismo año, como preparación a la fiesta de la Transverberación, escribe:

Lloraré las desventuras de mi patria y oraré a las puertas del corazón de mi Amada en el día de su fiesta, por si quiere apiadarse de su religión y de su patria, porque es piadosa.

Apiádate de tu España, ¡oh gran Teresa! y alcánzale de su Jesús días de verdadera paz y felicidad.

Apiádate de tu España, ¡oh ilustre Avilesa! y alcanza a los que la dirigen luz y acierto para guiarla por el camino que marca la fe y doctrina de la Iglesia Santa, fuera de la cual no hay salvación para los individuos ni para las naciones.

Apiádate de tu España, ¡oh seráfica Doctora! y derrama sobre los Prelados de la Iglesia de España el fuego del divino amor y el celo subido por la salvación de las almas y por promover los intereses de Cristo que en tu pecho ardía.

Apiádate de tu España, ¡oh esforzada Heroína! y alcanza a tus devotos vivir como tú vida de amor, para que todos, encerrados en tu transverberado corazón, logremos morir como tú, muerte de amor.

2. También en este número es cuando aparece el primer artículo sobre la Compañía de Santa Teresa. Al dar cuenta de sus intenciones, el Fundador deja asomar desde el primer momento su vehemente deseo de que la nueva Institución se distinga más que nada en el servicio a la Iglesia y a España:

> Se ha dicho – escribe – y es verdad, que educar a un niño, es educar a un hombre, mas educar a una mujer es educar a una familia…El campo donde se da la batalla más encarnizada es el de la enseñanza…Por ello se van sucediendo tantos desastres en nuestra España y en el mundo, de que apenas acertamos a darnos razón. Y ¡ay de nosotros si dormimos el sueño del descuido!...
>
> Lo que importa es "una educación cristiana, según el espíritu de la gran Teresa de Jesús, y con esto regenerar a España, al mundo todo por la imitación de las virtudes de la Santa de nuestro corazón, tipo acabado de la perfecta mujer católica y española".

3. A partir de este instante, el patriotismo de don Enrique se orientó ya definitivamente hacia aquel propósito ambicioso y genial que acarició toda su vida, el de regenerar la enseñanza desde el punto de vista cristiano y pedagógico valiéndose de instituciones y métodos que a muchos parecían demasiado nuevos, por lo cual no fueron comprendidos. Aplausos y voces de aliento no le faltaron en medio de la lucha. Pero era otra cosa la que se requería. Era la cooperación inteligente, la organización desde arriba de todos los esfuerzos, el examen realista de la situación que hubiera permitido adoptar medidas oportunas, las persuasión de que iba a ser imposible sustraerse a la corriente de mutuas influencias cada día más poderosas entre los países europeos. Todo esto faltó y la voz del gran sacerdote se perdió en el desierto.

Miles de veces llamó la atención de unos y otros sobre el gran problema, y desenmascaró antes que nadie los planes de la Institución Libre, y habló sobre la necesidad apremiante de ir a la conquista de la Escuela y las Normales y los Institutos y hasta la Universidad. La Revista Teresiana es un archivo del dolor de un sacerdote español que, al seguir paso a paso los acontecimientos de otros pueblos, se daba perfectísima cuenta de lo que iba a suceder en España. Pero esta es la gran desgracia nuestra: la falta absoluta del sentido de cooperación y de unidad. Don Enrique se quedó solo. Y harto fue que pudiera lograr la Compañía de Santa Teresa, bien pronto llena de méritos y prestigio tanto por la virtud de sus miembros, como por el aire nuevo que traía en su organización y en sus métodos pedagógicos. De haber encontrado la cooperación necesaria, hoy hablaríamos de don Enrique de Ossó como de la figura cumbre en la España católica del siglo XIX en este aspecto tan interesante. No la encontró, pero su mérito sigue siendo igual, por cuanto a él le corresponde la gloria de haber sido el primero que denunció el mal y supo ofrecer el remedio.

4. Creo que es éste el momento oportuno para referirme con detenimiento a la obra que años más tarde realizó otro insigne sacerdote español: don Pedro Poveda y Castroverde. La trayectoria de su vida es tan semejante a la de don Enrique que me hace pensar en algún secreto designio de la Providencia, como si ésta tuviera un empeño especial en que los pensamientos de Ossó fueran realizándose por etapas, ya que no fue posible de una vez y con la prontitud deseada. O quizá sea porque, dada la grandiosidad de los mismos, forzosamente tenía que ser así. En esta última hipótesis, el Padre Poveda sería el segundo eslabón en esa cadena que espera todavía otro tercero, con el que llegue a tener la fuerza de tracción necesaria para llevar a España, en este camino de la enseñanza, hacia la anhelada meta.

Son curiosas las coincidencias. El primer cargo de don Pedro, apenas ordenado sacerdote, fue el de Profesor del Seminario de Guadix en el que explica, entre otras, la asignatura de Física, igual que don Enrique en el de Tortosa. Poveda, no contento con su labor de cátedra, se dedica intensamente al apostolado de la predicación en forma de Misiones y Ejercicios Espirituales, ministerio en el que don Enrique se distinguió tan extraordinariamente; Poveda realizó una encomiable labor catequística entre los gitanos de las cuevas de Guadix, no tan duradera ni fecunda, desde luego, como la de don Enrique en Tortosa, pero igualmente expresiva de su celo apostólico.

En 1906, don Pedro es nombrado Canónigo de la Basílica de Covadonga. Allí pasa siete años, durante los cuales templa su fervor y su espíritu cabe el altar de la Santina de Asturias. Escribe algunos opúsculos piadosos que llevan los siguientes títulos: "En provecho del alma. Máximas, avisos y consejos saludables para vivir cristianamente", 98 páginas; "La voz del Amado", 69 páginas; "Visita a la Santina", 29 páginas; "Plan de vida (colección de instrucciones, reglas prácticas y consideraciones devotas), 66 páginas; "Para los niños", 127 páginas (acomodación del primero de los citados a la capacidad de los niños). ¿No nos

recuerdan estos folletos, no obstante su levedad, algo de la copiosa y popularísima producción ascético-literaria de don Enrique de Ossó?

Por fin, en 1991, el Canónigo de Covadonga da a la imprenta su opúsculo de 24 páginas titulado "Ensayo de proyectos pedagógicos para la fundación de una Institución Católica de Enseñanza". Es sorprendente la coincidencia fundamental de las ideas que expone con las que durante toda su vida fueron acicate y obsesión de don Enrique. Podría hacerse un estudio en el que, cotejando párrafos de uno y otro veríamos cómo avanzan los dos sobre una especie de líneas paralelas hacia el mismo objetivo, con la única diferencia de que el Padre Poveda aparece algo más concreto en sus intenciones. No en vano habían transcurrido casi cuarenta años desde que Ossó llamó por vez primera la atención sobre lo que debía hacerse y, durante este tiempo, hasta del mismo campo enemigo habían podido derivarse normas de actuación muy aprovechables.

Para que la semejanza sea completa, tampoco el proyecto de don Pedro Poveda llegó a cuajar por falta de cooperación, y aquel vasto plan de la Institución Católica de Enseñanza hubo de ser abandonado tras algunas infructuosas gestiones. Y quedó reducida su grandiosa concepción al logro de la Institución Teresiana, sobradamente conocida hoy en toda España. Las características con que ésta nacía son tan similares a las que presidieron el pensamiento de don Enrique al fundar la Compañía que nuevamente se hace necesario recurrir a una misma luz inspiradora como motivo de explicación suficiente. Porque resulta que también la Compañía fue concebida como: 1º, un Instituto de mujeres que, 2º, asimilando hasta la entraña el espíritu de Santa Teresa, 3º, consagradas a Dios, aunque sin hábito religioso, 4º, se propondrían mediante la obtención de títulos oficiales, conquistar para la Iglesia el campo de la enseñanza. Creo haber ofrecido en este libro pruebas abundantes de lo que afirmo. Los años que median entre una y otra obra explican perfectamente la diferencia de detalles.

No he pretendido en este estudio comparativo ni exaltar por encima de lo justo la figura de don Enrique, ni regatear los méritos que con todo derecho corresponden al padre Poveda. No he tratado más que de contribuir a hacer luz sobre lo que en España se ha hecho en el campo de la enseñanza católica. Don Enrique de Ossó y don Pedro Poveda tienen cada uno su gloria propia. Ambos han merecido bien de la Iglesia y de la patria. Lo único que se puede lamentar es que no hayan vivido juntos. Mutuamente se hubieran comprendido y amparado en la gigantesca empresa que hubieron de soportar solos. Más amplio y polifacético don Enrique en sus trabajos de apostolado, ambos se distinguieron por una gran santidad de vida y por unos propósitos oportunísimos. Murieron jóvenes los dos. Don Enrique a los 56 años, ya sabemos cómo. El padre Poveda a los 62, asesinado en Madrid en los trágicos días del verano de 1936. Poco tiempo antes de su muerte tuvo una larga conversación con la Madre Teresa Rubio, insigne religiosa de la Compañía de Santa Teresa. Le manifestó que hasta muy recientemente no había conocido en detalle los planes y la obra de don Enrique. "Vuestro Fundador – le dijo – se adelantó cincuenta años a nosotros. Ojalá le hubiera escuchado entonces".

5. Otras demostraciones prácticas de sus servicios a la España católica podríamos aducir. Sirvan únicamente para no hacernos interminables, las siguientes:

Llegó el año 1882, centenario de la muerte de Santa Teresa y su patriotismo se desbordó al defender el carácter genuinamente religioso que debía revestir el homenaje. Su pluma no descansó en la inflamada y continua apología de la España católica, al mismo tiempo que en el ataque a fondo a los proyectos laicos que algunos organizadores concibieron y ejecutaron en parte. Al no poder impedir que estos intentos prosperasen, don Enrique se apartó con todas sus huestes teresianas del llamado homenaje nacional y dio una lección de sano españolismo al organizar la gran peregrinación catalana a Montserrat en la que se honró a Santa Teresa como él quería y se pidió fervorosamente por una España, libre de influencias masónicas.

Al terminar el año volvía a clamar con acentos llenos del más doloroso patetismo por la patria en peligro, agitada y descompuesta por múltiples acontecimientos como los provocados en los primeros meses del 83 por "La mano negra en Jerez", las conspiraciones Zorrillistas en el verano del mismo año y la legislación progresivamente antirreligiosa de los gabinetes liberales. Luego el cólera en el año 84 y los terremotos de Andalucía en el 85 le hacen estremecerse de pena por las desgracias que afligen a la nación. La Compañía ofrece acoger a dos niñas huérfanas de Granada y Málaga hasta hacerlas maestras. Su amor a España también quedó bien patente en su afán de difundir el conocimiento y amor de Santa Teresa por tierras de América a las que siempre, en su recuerdo, consideraba unidas espiritualmente a la

Madre Patria. Mucho antes de que la Compañía abriera su primera casa en México, el nombre de don Enrique era bien conocido por la Archicofradía que en Cuba y Puerto Rico, todavía provincias españolas, había tenido gran arraigo. Así se dio el caso de que, cuando la primera expedición de religiosas en su viaje a México hizo escala en La Habana, se encontraban gratamente sorprendidas por el ambiente teresiano que reinaba. Escribía una de ellas a don Enrique:

> El día 15, Lunes Santo, saltamos a tierra en La Habana, donde estuvimos hasta el Sábado Santo, alojadas en casa de la Hermana Mayor de las Teresianas. Decirle cómo nos recibieron es imposible explicarlo; sólo que estaban enfermas, y al tener noticia de nuestra llegada se pusieron buenas, según nos dijeron ellas. Sin duda lo permitió la Santa madre, para que viésemos y conociésemos el entusiasmo que tienen las Teresianas de La Habana. Nos edificaban mucho y al mismo tiempo nos confundían con las conversaciones que tenían de la santa Madre. La honran muchísimo, y le hacen grandes fiestas. Hacíamos el *Cuarto de Hora* juntas y rezábamos el santo Rosario, porque, decían ellas, que eran también Hermanas nuestras. Por las calles y por casa traen siempre la medalla de la Archicofradía en donde está muy bien grabada la imagen de la Santa Madre, de modo, que sin preguntarlo, se sabe quién es Teresiana.

También con motivo de las huelgas y conflictos sociales de Barcelona se puso de relieve su patriotismo. En marzo de 1875 escribía: "¿Ha llegado el fin de España?", artículo que es un claro reflejo de la triste situación que se vivía en el orden político y religioso. La Hacienda Pública quebrantada, la insurrección en Cuba a la vista, la unidad religiosa cuarteada por la propaganda protestante, ofrecían a su pecho españolísimo motivos de amarga aflicción y desconsuelo, más agudos cuanto mayor era su impotencia para luchar contra ellos.

CAPÍTULO LVII

ESPÍRITU DE FE Y CONFIANZA, FORTALEZA HEROICA

1. Junto a la pila bautismal de Vinebre.- 2. Horror a la culpa más ligera. Tened fe y veréis grandes cosas.- 3. El dinero ya vendrá. Cruzareis los mares.- 4. Lo que más temo a mi lado…5. Leyenda dorada. Don Enrique y San José.- 6. Naturalidad del que cree de veras.- 7. Intrepidez. "Si queréis que en casa nada os falte…".- 8. Fortaleza en el dolor.

1. La vida de todo sacerdote que cumple dignamente con su ministerio es un homenaje a la fe y una lucha por el arraigo y la extensión de la misma en el mundo. Pero en esto, como en todo, hay grados. Se puede vivir la fe, se puede vivir de la fe, y se puede tomar como norma única y suprema de la vida el espíritu de fe, hasta llegar a un sobrenaturalismo tan fuerte y por desgracia tan inusitado entre los hombres, que será interpretado por muchos como escándalo y locura. A esta tercera categoría pertenece el caso de don Enrique de Ossó. Aunque con matices distintos, van íntimamente unidas en su alma – y ello es perfectamente lógico -, la fe, el espíritu de confianza o abandono en Dios y la fortaleza para sufrir con impavidez y para acometer trabajos sobrehumanos. Todo es hijo de lo mismo. Dios está siempre a la vista.

Dada la asimilación del espíritu de Santa Teresa llevada a cabo en el suyo por don Enrique, no es extraño que, al igual que en la Santa de Ávila, la fe viniera a ser una de las notas más típicas y deslumbradoras de su fisonomía. Quizá en una y en otro la más acusada de todas.

"Cuando fuimos a fundar en Vinebre – escribe la Madre Teresa Andrés -, el Siervo de Dios, con la gran paciencia que le caracterizaba y con el cariño que tenía a su pueblo natal, nos lo enseñó todo y se detuvo especialmente en la pila bautismal para mostrárnosla diciendo: "Aquí me bautizó Mosén Lorenzo Beltrán, que era un santo, y me pusieron además el nombre de Antonio por mi abuelo paterno, que *era de los de la fe de Abraham*, y muy devoto de la santísima Virgen". La referencia hecha por el propio don Enrique al viejo Patriarca y a su piadoso abuelo es muy oportuna. Él también – aunque seamos nosotros los que tenemos que decirlo – pertenecía al mismo linaje.

2. Una clara manifestación, siquiera sea negativa, de la fe ardientemente vivida, es el horror al pecado. Pues bien: don Enrique es el hombre del "Viva Jesús, muera el pecado". Esta práctica de devoción conocida con el nombre de Coronilla de desagravios y alabanzas, en que tantas veces se repite el mismo fervoroso anhelo, tuvo en él al más entusiasta defensor. A través de las Catequesis y Rebañitos, Archicofradía y Colegios Teresianos, la extendió por España prodigiosamente. Este horror al pecado aunque fuese en la culpa más ligera, le hacía repetir constantemente aquellas máximas de Santa Teresa. "De pecado de advertencia, por muy chico que sea, Dios nos libre de él". "Húndase el mundo antes que ofender a Dios, porque debo más a Dios que a nadie".

Pero es principalmente el aspecto positivo de la fe el que nos interesa comprobar. La fe animosa, confiada, paciente, comunicativa, emprendedora…, la fe de aquella frase de Cristo: "Confidite, ego vici mundum". ¡Preciosa sementera de fe la de este sacerdote insigne! "Tened fe y veréis grandes cosas", decía continuamente a sus hijas, y muchas veces también a los que con él trataban por extraños que fuesen. La rara unanimidad con que todos cuantos sobre él han hablado o escrito se manifiestan, al ponderar su extraordinario espíritu de fe, nos haría incurrir en una reiteración enfadosa y molesta si pretendiésemos recoger tantos testimonios. Valgan por todos los de dos sacerdotes ilustres que le trataron a fondo.

"El Siervo de Dios – escribe el doctor Marsal, Deán de Solsona – manifestó su vida de fe fervorosísima en los actos religiosos de su vida sacerdotal y en la ilimitada confianza en Dios al emprender grandes cosas para su gloria. Esta fe resplandecía en su persona y actos y la sabía comunicar a aquellos con quienes trataba, como me sucedió a mí mismo que me sentía más creyente y fervoroso con su trato".

Por su parte, el Arcediano de la Catedral de Vich, don Jaime Collell, célebre escritor y poeta, se fija concretamente en la vida de oración de don Enrique, causa y efecto a la vez de la fe, y escribe: "Era un verdadero hombre de oración. Su espíritu se elevaba siempre a la superior esfera de las almas contemplativas. Yo creo que su vida era *una oración continua*, y de los muchos eclesiásticos que yo he tratado o conocido, es mi opinión que el Siervo de Dios

era en materia de oración un verdadero maestro y que su oración tenía un sello especial debido sin duda al conocimiento profundo que tenía de Santa Teresa".

3. Las obras diversas que emprendió en su vida exigieron de él una continua y siempre creciente demostración práctica de aquella fe que predicaba. Y ciertamente, los que de cerca le trataron pudieron comprobar que avanzaba serenamente por este regio y espléndido camino de la ilimitada confianza en Dios, que constituye para los simplemente creyentes un motivo de asombro y santa envidia. Las dificultades en la fundación de la Compañía fueron impresionantes: pobreza suma, incomprensión de muchos, positiva calificación de temeridad por parte de no pocos, desprecio y murmuraciones, sobre todo las amarguras indecibles del pleito. Don Enrique, recogido en su humildad y amparado en su fortaleza, no flaqueó un momento. Cuando veía pusilánimes y vacilantes a sus hijas, las decía cambiando solamente una palabra del Evangelio: "Mujeres de poca fe, ¿por qué dudáis?". Y añadía sus frases habituales. "Todo me lo echáis a perder con vuestra falta de fe". "No os dañará ninguna adversidad, si no os domina ninguna iniquidad. Haga yo lo que deba y suceda lo que suceda. En no habiendo pecado, nada temo". Y nada temía. Ni siquiera cuando en lo más recio de la tormenta, y sucediéndose las sentencias contrarias una tras otra o puesto el Noviciado en entredicho, se limitaba a decir como único comentario a lo que sucedía: "¡Contradicción de buenos!". No sé qué fue mayor, si su espíritu de fe que le hacía ver a Dios valiéndose de los sucesos como de instrumentos de su voluntad divina o su confianza sin límites que le hacía a menudo exclamar: "Trabajos habremos, pero venceremos".

Los hechos, por su parte, se encargaban de ir dándole la razón, porque venía a suceder cuanto él había anunciado, aun en contra de toda verosimilitud. Así, por ejemplo: cuando presentó al señor Obispo los planes para construir el Noviciado de Tortosa, le dijo el Prelado: "Me gusta y me parece bien, pero ¿con qué cuentas para hacerlo?". A lo que respondió don Enrique: "Cuento con la divina Providencia". En efecto, al comenzar las obras, solamente tenía cien duros. Pero el Noviciado se hizo.

En cuanto a la Casa Madre de San Gervasio, remito el lector al capítulo XXXIX. El día en que dio comienzo la construcción sólo tenía ¡una peseta! Más de una vez estuvo a punto de ser embargado. Pero al fin nada pasó y gracias a aquel "ayuntamiento de milagros", las obras terminaron felizmente.

Cuando se decidió a construir el colegio en Vinebre, su pueblo natal, sabemos por su tía doña Purificación de Ossó que todos y particularmente los de la familia le decían: "¿Pero en dónde te vas a meter, si no tienes una peseta?" A lo que él contestaba: "El dinero ya vendrá". Y vino el dinero y se hizo el colegio.

En otra ocasión – cuentan las Madres Francisca Plá y Carolina Erostarbe – muy a los principios de la Compañía, cuando ésta solamente tenía dos o tres casas, hablaba don Enrique a sus hijas sobre el futuro desarrollo de la obra y la extensión que alcanzaría. Muy pronto – les decía – tendrían que salir al extranjero y fundarían colegios en América y llegaría un momento en que no se conocerían unas a otras y tres y más vapores se cruzarían en los mares llevando a bordo religiosas Teresianas hacia distintos puntos de la tierra. Todo se cumplió bien pronto, e incluso el último detalle, que más bien hubiera podido parecer entonces una bella ensoñación de la fantasía y del amor, tuvo realidad plena en más de una ocasión. El año 1926 por ejemplo, se dieron vista sobre las rutas del mar tres barcos de la Trasatlántica que llevaban religiosas de la Compañía, de las cuales unas iban a fundar en Canarias, otras se dirigían a América del Sur, y otro grupo finalmente volvía de México, Cuba y Estados Unidos para España.

De la misma índole que esta última, por el carácter profético que tiene, es otra anécdota que nos ha sido transmitida por la Madre María de los Ángeles Folch. "Oí yo misma – escribe – al principio de la Compañía al Siervo de Dios y estando en situación muy necesitada: No os apuréis; tendréis multitud de niños, los carruajes entrarán en vuestros jardines a buscar a las colegialas y hablareis con grandes personajes". Todo se cumplió exactamente como él predijo. Y en Madrid y en Ciudad Rodrigo recibieron las Madres Teresianas la visita del Rey de España y los Infantes.

4. Así iba don Enrique, día a día, formando a sus hijas en el mismo espíritu de fe que él tenía para contemplar todos los horizontes de la vida. Con sus afirmaciones rotundas que parecían propias de un iluminado, con sus cortes tajantes a todo lo que sonase a desconfianza y cobardía, con sus apelaciones constantes e íntimas a una providencia divina en la que creía con todas las entrañas de su alma. "Lo que más temo a mi lado es una persona de poca fe y confianza", exclamó un día en una plática a las novicias de Tortosa, con tal vehemencia, que

las dejó sobrecogidas de un sobrenatural respeto. A las Superioras, exhortándolas a que tuvieran paciencia con sus súbditas, las decía que pusieran su confianza en Dios y añadía su frase favorita: "¡esperad y veréis grandes cosas!".

"A mí en una ocasión en que le escribí mis apurillos me contestó: Anímese, mi hija, que harto santa la quiere el Señor; no se olvide de cuánto la ama y verá cómo se mueve a grandes cosas".

A la Madre Teresa Plá, atribulada en cierta ocasión, la dijo: "Trata a Dios con confianza, mira al cielo y todo se te hará fácil". En una carta, dirigida a las Madres del Consejo que desconfiaban de poder obtener el dinero necesario para el pasaje de unas Hermanas, las dice: "Mujeres de poca fe, ¿por qué dudáis? si pensarais más en la observancia de las Constituciones que en las cosas materiales, más os proveerá el Señor. Vuestro pensamiento no cambia las voluntades. Dios nunca falta a quien le sirve". Y al Padre Provincial de los franciscanos, durante su estancia en Sancti Spiritus, también con motivo de ciertas demostraciones de poca confianza en el resultado de una empresa, le recalcó despacio y con un tono de inconfundible y sentida sinceridad: "Quien tiene por fiador a la divina Providencia no debe arredrarse por nada, y en lo último que debe pensar es en los medios pecuniarios". En sus conversaciones ordinarias nunca usaba la frase "por casualidad", sino que decía siempre "providencialmente". "Providencialmente me he encontrado con fulano"…,"providencialmente me ha sucedido esta mañana"…, "providencialmente…etc.".

5. No faltan tampoco, dentro ya de las zonas más íntimas y recatadas de la Compañía, hechos prodigiosos que forman lo que podíamos llamar la leyenda dorada que le acompañó en vida. Leyenda digo, no como sinónimo de falso e irreal, sino como expresión clásica para significar sucesos que producen admiración y rodean al protagonista de un halo sobrenatural y misterioso, acaso permitido por Dios para premiar su fe humilde y confiada. De ellos, algunos trascendieron al exterior, y otros permanecieron en la penumbra de los Colegios Teresianos hasta que fueron revelados en el momento oportuno.

En casi todos anda por el medio San José y - ¡francamente! – esto es ya una garantía muy seria de que efectivamente pudo suceder tal como se narra. Don Enrique, el hombre enteresianado, se entendía muy bien con San José. Y ya sabemos todos los hijos amantes de la Iglesia que el Santo y Bendito Patriarca, puesto a hacer cosas, es de lo más grandioso y original que puede darse. Perdón por el estilo.

El hecho es que…"me explicó la Hermana Josefa Tunica que estando en el Colegio de San Gervasio, un día se presentó llorando al Siervo de Dios porque había roto siete tazas que había en una bandeja. (¡Pobre Hermana!, ¿dónde tenía las manos aquel día? ¡Las siete y todas de un golpe!). Nuestro Padre la consoló diciendo: "Anda, reza los Dolores y Gozos de San José y él te dará para comprar". Así lo hizo. Después, salió al huerto y cavando para poner una planta encontró medio duro en plata. Preguntó a los hortelanos si lo habían perdido y no habiendo hallado dueño, se fue muy contenta al Siervo de Dios y él la mandó a la Madre Procuradora a pagarle las tazas y a dar gracias a San José. Al volver, le dijo: "Padre, aún sobra dinero para otras tres". Nuestro Padre juntó las manos y mirando al Crucifijo exclamó: "Oh fe, oh esperanza, cuanto deseas, cuanto pides, cuanto quieres, tanto alcanzas" (M. Folch)".

"Hallándose nuestro Padre en el Noviciado de Tortosa, al dar las doce, un día cuya fecha no recuerdo, no tenían las Religiosas nada para comer. Por lo cual, terminada la lectura y el examen, dijo la Superiora: "Todo por Jesús". ¡Vaya cada cual a su oficio!". Se le comunicó en seguida a nuestro Padre, el cual, sin inmutarse, contestó: "¡Fe viva, que hace alcanzar grandes cosas de Dios!". Y dio orden de que las Hermanas fueran a rezar los Dolores y Gozos a San José. A las dos de la tarde llegó un carro a la puerta cargado con pan, huevos, frutas y otros comestibles que un bienhechor enviaba. Después de comer, nuestro Padre dijo a la Superiora: "Que vayan las Remas a la iglesia a dar gracias a San José repitiendo tres veces en voz alta: ¡Gracias, San José, gracias!".

Refiere la Madre Francisca Plá que en viaje de Tarragona a Tortosa se encontraron el Siervo de Dios y ella sin dinero para el importe del billete del ferrocarril y sin desconfiar por ello, la mandó que subiese al tren, el cual estaba a punto de salir. La Madre Francisca vio un señor desconocido que se acercaba y hablaba al Siervo de Dios. Luego vino éste con los billetes a ocupar su asiento en el tren y la dijo: "¿Has conocido a aquel señor que me hablaba? Era San José".

"Es público en nuestra Compañía por haberlo referido don Juan Bautista Puell, difunto, maestro de obras en la construcción de la Casa Noviciado antigua de Jesús (Tortosa), que hallándose el Siervo de Dios sin el dinero necesario para pagar la semana a los obreros, el

propio maestro de obras hubo de adelantar la cantidad que se precisaba. Pasó otra semana y de nuevo se encontró con el mismo conflicto. Entonces el Siervo de Dios acudió a la oración invocando a San José y, al volver la cabeza, halló un envoltorio de papel en una ventana del edificio en construcción y, al desenvolverlo, encontró el dinero suficiente para pagar las dos semanas a los obreros. El maestro de obras presenció el hecho y al entregarle don Enrique el dinero, le dijo: "¿Ves como San José provee cuando se le pide?". Razón tenía, pues, don Enrique para enseñar a sus hijas a que recurriesen al Santo Bendito siempre y a que mirasen como venidos de su mano los obsequios que las hicieran. "Cuando os regalen algo, no digáis: tal cosa nos han dado o regalado, sino tal cosa nos ha traído San José". Él le llamaba – y supongo que San José no se molestaría – el Abuelito de la casa.

6. Por lo demás, don Enrique no desorbitaba las cosas. Ante estos hechos tan extraordinarios, ni trataba de desconocerlos haciéndoles perder la virtualidad provechosa que encerraban, ni se detenía demasiado a comentarlos porque el grado de fe en la Providencia a que había llegado le incapacitaba para toda extrañeza y sorpresa. *Él creía de veras* en lo que decía. Vivía de estos principios de la fe. Y estaba seguro de que Dios, como fuera y cuando fuera, se manifestaría.

Muchas personas piadosas habrán repetido en su vida frases de este tenor: "Pongamos nosotros de nuestra parte lo que se nos pide; lo demás lo hará Dios". "Confianza y fe viva, que Dios no falta en lo necesario"…De acuerdo. Muchos son los que hablan así. Pero es que don Enrique a la vez que formulaba estos principios, se manifestaba en la práctica de un modo tan consecuente con ellos, *se fiaba* de su significado de tal manera que ni la más ligera grieta se abría en el muro de su fe y sabía - ¡sabía en su alma! – que en efecto, Dios haría acto de presencia en el momento necesario.

De ahí, su naturalidad. Un día hallaron en el cepillo una buena limosna que era necesaria para el pago de una imagen. Apresuradamente y llenas de alegría, van a él las religiosas y le dicen: "¡Mire, Padre, un billete de quinientas pesetas!" – "¿De eso os extrañáis? – respondió con toda calma -. Si tuvierais fe, no quinientas sino quinientas mil os daría el Señor". Con la misma naturalidad escribe a la Madre Plá refiriéndose a una obra de celo que había emprendido: "El sábado me quedé sin un céntimo. Hoy tenemos 45 duros, bendigamos al Señor, oremos y no desmayemos. Con diez cuartos y Mosén Enrique poco se puede hacer, mas con Santa Teresa ya es otra cosa".

7. De ahí también aquella intrepidez y valentía suyas tan características para acometer empresas que parecían hijas de la temeridad y aquel afán por formar a sus religiosas viriles y santamente audaces, sin miedo a nada, con tal de que pudieran aumentar un poco más la gloria del Señor y celar los intereses de Jesús y su Teresa. Don Enrique se distingue entre muchos por esta combatividad ardiente y sin desmayo y tuvo como uno de sus más vivos deseos el de que las Teresianas fueran también paladines esforzados y heroicos de la fe al servicio de la Iglesia. "os repetía frecuentemente lo de nuestra santa Madre: "No querría, hijas mías, que fuésedes en nada mujeres, ni lo pareciésedes" y cuando en alguna Hermana notaba indicios de pusilanimidad, hacíala decir con mucha gracia: "De capet chicotet, y coret apretadet, líbranos Trino Señor". (De cabeza pequeña y corazón encogido…), pues no se avenían con su grandeza de corazón los ánimos apocados". En unas instrucciones dadas a las Superioras, decía: "Esta confianza en vuestro Padre celestial debe ser la devoción sobresaliente y privilegiada de toda Superiora". "Si queréis que en vuestra casa nada os falte, sed generosas con Dios en el servicio del culto, con los pobres en las limosnas y con las Hermanas en sus necesidades. A mucha confianza, mucha misericordia; a poca confianza, poca misericordia". Él lo había experimentado muy bien. Toda su vida había sido una cruzada en defensa de la fe, y las diversas empresas a que se entregó, calificadas por muchos de desatinos, habían terminado las más de las veces con un éxito rotundo y admirable.

8. Finalmente, de esa misma fuente de la fe, tan regiamente vivida, procedía su fortaleza heroica en el dolor y el sufrimiento. Si esta prueba hubiera faltado, tendríamos derecho a dudar de la sinceridad de sus sentimientos. Pero no. Junto a él estuvo siempre, como el agua en el agua, el dolor en su vida. Y su fe no flaqueó jamás. Escribe la Mare Folch esta página realmente expresiva:

En cuanto a la virtud de la fortaleza: De ciencia propia declaro que la fortaleza del Siervo de Dios era invencible cuando se trataba de la gloria divina. En esos casos para él no había obstáculos, afrontaba todo sacrificio y nada le arredraba. Las dificultades que se le ofrecían las miraba como una señal de que

aquella obra era grata a Dios. Fortaleza heroica necesitó para llevar a cabo todas sus obras. Sé por habérmelo explicado la Madre Francisca Cabré, por haberlo ella presenciado, que el Siervo de Dios en la fundación de la Archicofradía e Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús, tuvo que sufrir de parte de algunos sacerdotes porque decían que quería sobreponer Santa Teresa a la Virgen, y lo que el Siervo de Dios se proponía era, por medio de la oración que prescribe el Reglamento, dar a conocer a Jesús, María y José para que todos les amaran.

Prueba grande de fortaleza fue permanecer siempre de un temple, sin decaer de ánimo, en la fundación de la Compañía, con tanta pobreza, con la deserción de algunas de las primeras que ingresaron, con burlas de unos y criticas de otros de que aquello no tendría resultado, con verse él sólo para la formación y dirección de las Hermanas, pues como todas eran jóvenes no podía confiar a ninguna la dirección absoluta de su naciente obra.

En las peregrinaciones que organizó el Siervo de Dios ala cuna y sepulcro de Santa Teresa tuvo grandes contradicciones y grandes dificultades, pero su confianza en Dios le daba alientos y para todas las dificultades hallaba una solución eficaz. Esto lo sé porque he leído parte de la correspondencia seglar que se conserva dirigida al Siervo de Dios.

Me consta por referencias de las Madres Fundadoras, que en la segunda peregrinación que inició el Siervo de Dios con motivo del Centenario de la muerte de Santa Teresa en el año 1882, fueron mayores los trabajos que querer intervenir en ella elementos masónicos, cambiando su carácter piadoso en profano, a lo que no pudo avenirse el Siervo de Dios y los combatió desde su Revista, y en vez de ir a Ávila fue una peregrinación de Teresianas a Montserrat.

Siempre el Siervo de Dios se mostró incansable en el cumplimiento de sus deberes y en los cargos que le confiaban sus Superiores. En los trabajos que tuvo que soportar en sus obras de apostolado nunca le oí lamento ni queja alguna. No le importaban los dichos y juicios de los hombres, antes bien se alegraba y soportaba gozoso los trabajos de su apostolado "con tal de que fuese un tantico más amado el Señor", según decía.

De ciencia propia sé que la ecuanimidad del Siervo de Dios estaba basada en una profunda humildad y desconfianza de sí mismo, que brilló en él en todas las circunstancias más críticas de su vida. Sin tratar de imponerse, sólo insinuando las cosas que deseaba, se sentían dulcemente movidos a hacerlas, así lo decía Mosén Agustín Galcerán, que era Capellán de la Casa Noviciado.

Me refirió un sobrino del Siervo de Dios, Pascual de Ossó, que uno de los rasgos característicos del Siervo de Dios era la dulce insistencia con que hacía cumplir el deber con actividad y abnegación. Si veía que el consejo no se cumplía lo volvía a repetir con una dulzura que encantaba, una y mil veces si era necesario, y con una santa paciencia, sin inmutarse, hasta llegar al corazón y obligarle de buen grado a ofrecer el sacrificio a Dios en cumplimiento del deber.

"En el pleito que tuvo que sostener con las Madres Carmelitas, observé siempre en él una igualdad de ánimo que admiraba; nunca le oí una queja ni mostrar ningún resentimiento; viéndose la gran paz de espíritu con que trataba este asunto y la alegría en perdonar al prójimo y no cansarse de sufrir por amor de Dios. Nunca vi en él tristeza ni desaliento. Siempre la misma serenidad. Parecía que sólo lo que se relacionaba con el servicio de Dios y con la tranquilidad de su conciencia le afectaba sin desalentarle, pues en lo demás, a no ser por lo que se sabía por los hechos anteriores, casi se hubiera podido creer que pocas penas habían pasado por él". Esta fortaleza se manifestaba a veces como un acto de dominio asombroso de sí mismo. Lo demuestra el hecho siguiente que sucedió en San Carlos de la Rápita. "Esperaba él una noticia importante que podía amargar mucho su corazón. Por fin llegó la carta con la noticia anhelada y con la mayor paz y tranquilidad la leyó y luego la dejó sobre la mesa y siguió conversando. Yo quería adivinar si era agradable o desagradable según la impresión que a él le hiciera, y no pude conseguirlo por lo muy natural y tranquilo que se quedó. Sólo pensé que no era buena porque no nos la participó. Y así fue. Se trataba de la sentencia del Tribunal de la Rota en que condenaban a nuestro Padre a derribar la Casa Noviciado". "Nunca advertimos las penas de su corazón y en la ocasiones que sabíamos que el Siervo de Dios pasaba contrariedades, se mostraba más alegre, más amable y más complaciente con nosotras". Forman legión los testimonios de las religiosas, sacerdotes y seglares, unánimes en reconocer con asombro esta inquebrantable serenidad en medio de los mayores padecimientos. "En una ocasión en que yo sabía que sufría mucho, me propuse observarle y daba la impresión de que estaba *de fiesta mayor*". El abogado don José María Salvador escribe. "Fue tan resignado en los casos adversos que ni siquiera mostraba al exterior su disgusto y cuando mayor era la contrariedad, tanto más se esforzaba por ocultarla. Esto a mí me edificaba mucho porque yo estaba en las interioridades de sus negocios y yo mismo le decía si es que era insensible…que la naturaleza necesita algún desahogo…y el Siervo de Dios respondía siempre con una sonrisa y una palabra de resignación, o una máxima de Santa Teresa".

Lo que era un secreto para estos seglares, que no acertaban a comprender de dónde provenía aquella fortaleza, no lo era tanto para sus religiosas que, bien formadas en la vida espiritual, sabían atribuir a su fe y su oración aquella conducta tan rectilínea, "tan abnegada y

penitente, tan sufrida en las contradicciones, tranquila, serena, siempre amable". "Su virtud favorita era la fe y a sus hijas de la Compañía nos educó con esta máxima: "Fe viva, que hace alcanzar grandes cosas de Dios". Su tenor de vida era vivir de la fe. Su mirada fija en Dios le solucionaba todas las cosas. Sus obras estaban basadas en esta virtud. Con sólo ver su aspecto, se reconocía en él al hombre de vida interior, y tan intensa, que nos la comunicaba a los que teníamos la dicha de tratarle. Todas las obras las hacía movido por la fe".

He aquí una frase, la última, que resume toda su vida. Y a propósito de esa paz y alegría interior, tenemos un testimonio personal suyo que nos ha sido conservado por la Madre Folch entre otras. Un día le preguntó la Madre Teresa Plá: "Padre, ¿qué siente cuando hablan mal de usted?". Don Enrique respondió: "Me gozo mucho interiormente, siento mucha paz, porque no me remuerde la conciencia y, no habiendo pecado, nada temo".

No es necesario seguir aduciendo testimonios cuya veracidad se apoya, antes que nada, en los hechos de una vida que el lector ya conoce. Aún podríamos ofrecer otros muchos, tan elocuentes sin duda como éste del jesuita Padre Carceller, con el cual quiero cerrar este capítulo. "Manifestó su fe mediante la constancia y fortaleza en las obras para gloria de Dios. Yo entiendo que otro que no hubiera sido don Enrique, sin aquella fe tan viva que tenía, se acoquina, se acobarda y no lleva adelante la empresa de la fundación de la Compañía…Cuando más pienso en su esperanza, en sus energías sobrenaturales, en su arraigada fe, más grande me parece la figura gigantesca de este varón de Dios…Nunca le conocí, ni he oído decir de él que tuviera ningún gesto, expresión o acto que acusara abatimiento de espíritu o falta de magnanimidad. A mí me hubiera extrañado sobremanera si me hubieran dicho alguna vez que le había faltado a don Enrique su grandeza de ánimo".

NOTA: He aquí un artículo, característico de don Enrique, que da idea clara de su espíritu de fe mejor que cuanto acabamos de indicar. Aparece en la revista en octubre de 1879.

DESDE LA SOLEDAD

Lo hemos dicho varias veces y no nos cansaremos de repetirlo: lo que ata las manos al Señor y no le permite derramar sus gracias sobre nosotros, es el encontrar tantos corazones apretados, almas pequeñas que no pueden comprender algo de la grandeza y piedades de Su Divina Majestad. Acostumbradas a mirar todas las cosas y medirlas y calcularlas según su pequeñez, o desde un punto de vista interesado y rastrero, miden las obras de la omnipotencia de Dios. De ahí nace que a nada se atreven cuando se trata de promover los intereses de Jesús. Cargados de sobra de prudencia y razones humanas, no atinan siquiera el secreto de obrar cosas grandes que Dios pone en manos del que en Él confía.

Nunca veréis en estas almas un arranque generoso, un impulso noble que las mueva a lanzarse a una empresa atrevida o de mayor gloria de Dios. El debe y el haber, o el estado precario de la caja; los fondos sin fondo, pues se apoyan en la arena movediza de la inconsistencia humana, son lo primero y lo único que les determina a hacer algo; y aún entonces con sobradas precauciones, contando siempre que les quede para la vejez.

¡Miserables! olvidan que a quien Dios tiene, nada le falta, y que sólo Dios basta. Otramente no discurrirían ni sentirían tan bajamente de la bondad y poder del Altísimo.

No conocen el espíritu de nuestra gran Santa, que asegura que Dios jamás falta a quien le sirve; y que el Señor, que es dueño de las rentas y de los renteros, hará que por las tapias de las casas de sus amigos, arrojen las provisiones sus mayores enemigos, para socorrerlos en su mayor necesidad.

Otra sería la faz del mundo y otra la restauración del siglo actual, si los que nos decimos católicos y tenemos un grano de fe, siquiera como de mostaza ajustáramos nuestra conducta a esta máxima, y como la esforzada e invencible heroína Teresa, exclamáramos animándonos en las empresas de mayor gloria de Dios: "Entra como puedas". ¿Cómo hubiese entrado la Santa en el espacio de quince años en más de treinta conventos, si hubiese seguido otro rumbo? Dos conventos cada año salieron a nuestra ínclita Reformadora en su trabajosa vida. Y eso que era mujer, pobre, enferma, perseguida y calumniada por propios y extraños, sufriendo a cada paso contradicción de buenos, que es la más difícil de digerir.

Se dirá que en el siglo de Teresa era el siglo de la fe. Pues por esta misma razón debemos animarnos con su ejemplo los que vivimos en este siglo sin fe. La razón es muy obvia. Hoy como siempre quiere el Señor que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de Aquel que dijo: "Yo soy la verdad". Pero hoy son menos que en ningún otro tiempo los que trabajan para que el Señor satisfaga los deseos vivísimos de su Corazón, que no son otros que procurar nuestra felicidad. Luego, si observa un alma que busca puramente que sea santificado el nombre del Señor y venga a nos el su reino y se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo, al momento ha de acudir el Señor en socorro de esos pocos que tienen un tantico de celo por contentarle.

Pruébenlo nuestros amigos, los que aman a la gran bullidora de negocios Teresa de Jesús, y verán por experiencia lo que les decimos. Hagan por Jesús y su Teresa algo que no han hecho hasta aquí, y experimentarán pronto su protección. Si mirando a su flaqueza y miseria se ven forzados a exclamar: "Nada puedo"; mirando a su Dios y confiando en su omnipotencia, podrán decir con toda

verdad con San Pablo y nuestra invencible Capitana: “Todo lo puedo en Dios que me conforta. Sólo Dios basta”.

Éste será el mejor obsequio que en el día de su fiesta y en este mes podremos presentar a nuestra Santa, unido a la práctica de la oración, en la cual, si perseveramos, lograremos el cielo, como en nombre de su querida Madre os lo asegura vuestro amigo

EL SOLITARIO

CAPÍTULO LVIII

ESPERANZA Y DESPRENDIMIENTO. POBREZA SUMA

1. ¡Oh cielo, hermoso cielo, cuanto te poseeré!- 2. Olvidado de sí mismo y esperando sólo en Dios.- 3. Razón y fundamento de la esperanza.- 4. En su vida práctica. Los cinco duros de un sermón. Dinero para el tranvía.- 5. Relaciones con su familia, Lo que dicen sus sobrinos.- 6. Cómo quería que sus hijas amasen la pobreza.- 7. El ejemplo maravilloso de su vida y de su muerte. "Experto resurrectionem mortuorum…".

1. Don Enrique pensaba mucho en el cielo. A veces, como un suspiro del alma se le escapaba esta exclamación: ¡Oh cielo, hermoso cielo, cuándo te poseeré! No era el cansancio lo que le hacía suspirar así. Ni la congoja por las penas y sufrimientos de esta vida. Ni el deseo de liberarse - ¡era tanto lo que había trabajado! – de las fatigas corporales y espirituales que se habían ido acumulando en su existencia. Era algo más noble y elevado. Era… ¡la esperanza! ¿Podrá haber algún suspiro más bello que el que brota de esta virtud, tranquila y serena como el agua soterrada? Nace de la esperanza el deseo como de la rosa el perfume. Y tan intenso puede ser el esperar que se haga incontenible el anhelo. Así pasa en los santos. Esperan en Dios. Y cada vez más esperan. Y Dios, tan esperado y buscado, se deja sentir próximo a ellos. Entonces el alma, a la que llegan los vientos que anuncian esa proximidad, al esperar suspira, y al suspirar espera. La eterna felicidad que es – dice Santo Tomás – el objeto propio y principal de la virtud de la esperanza, pasa tan cerquita del alma que llega a arrancar de ella, como de las cuerdas de una lira, vibraciones agudas, que bien pudieran ser, más que del alma, del mismo cielo por el que el alma suspira. No cabe duda. A más fe, más esperanza; a más esperanza, más deseo. Y ya sabemos cómo era la fe de don Enrique.

* * *

¡Oh cielo, hermoso cielo, cuándo te poseeré! Así exclamaba – nos dicen – muchas veces. En las pláticas y en las conversaciones. Y cantaba muy suavemente y por lo bajo el "¡Vivo sin vivir en mí!". Y aquella otra plegaria "Vuestra soy, para Vos nací", y una que había compuesto él mismo y que, por hacer referencia al alma, se intitulaba "La desterrada". Esperar en Dios, sumo bien y felicidad única en la vida; ponerle a Él en todas las empresas y trabajos, seguros de que, si de Él no nos hemos apartado, todo redundará en provecho y beneficio propio; no perder la serenidad en los acontecimientos dolorosos, ni dejar de ver la luz en los nubarrones sombríos; saber que Él está junto a nosotros siempre, y nos sigue y nos precede y nos envuelve, a pesar de las aparentes y terribles ausencias; caminar, caminar siempre, seguros, confiados, humildes, gimiendo acaso en el valle de lágrimas, pero avanzando, por encima de los hombres, y por encima de las cosas, heridos los pies, heridas las manos, sin aire, sin fuerzas casi, pero con paz, con mucha paz, y siempre hacia delante, desprendidos de la tierra y los ojos clavados en la altura…Esto es tener esperanza.

2. Don Enrique no pensó nunca en sí mismo. De una generosidad sin límites en la entrega de su persona y sus energías todas al apostolado, sólo el dar gloria a Dios y servir a la Iglesia fueron sus objetivos. Respirando en su alma este clima de altura espiritual, tan rico y tan puro, alejado siempre de todo lo que fuera apetencia y satisfacción propia, es como pudo llegar a sentir aquella seguridad, que tampoco era presunción, de que Dios no le abandonaría. Acometió sin recursos empresas muy difíciles y, puesto que para Dios eran, nunca le falló la esperanza de que Dios proveería. "En medio de las amarguras del pleito – escribe el jesuita Padre Arbona -, siempre tuvo firmísima esperanza, no tanto de ganarlo, aunque creía tener derecho, cuanto de que Dios Nuestro Señor sacaría gran provecho para bien de su Instituto; y aunque utilizó todos los medios que da la Santa Iglesia a sus hijos, siempre confió más en Dios que en los hombres y rechazó con indignación otros medios que le aconsejaban personas que miraban más a la justicia humana que a la divina". Lo mismo con motivo de la honda crisis de la Compañía cuando, al final de su vida, hubo de dejar por completo la dirección de la misma. Él se retiró, sí. Y sufrió lo indecible pero "confiadísimo en Dios de que no abandonaría aquella su obra que él, como instrumento de la divina Providencia, había fundado".

Llovían las contradicciones por un lado y por otro. Se mofaban algunos hasta del nombre de Compañía. Se producían defecciones. Le tachaban de orgulloso y terco. La pobreza

era tanta, que algún día las religiosas no tuvieron más que pan y tomate crudo para comer y llegó a decirle el Arzobispo de Tarragona: "Enrique, Enrique, deshaz esto, ¿no ves que no pueden ni comer?...Mándalas a su casa…". Don Enrique, a pesar de todo, seguía esperando. Y contestaba al Prelado sonriendo. "No se preocupe Vuestra Excelencia. Nadie tiene más interés que Dios en el buen éxito de la empresa. Él proveerá".

"Nos hacía repetir muchas veces. ¡Oh virtud de la esperanza!, cuanto espera, tanto alcanza. Y si al intentar realizar alguna empresa, teníamos dificultades por falta de dinero, preguntaba: ¿Es necesario esto? Si respondíamos afirmativamente, añadía: ¡Adelante!, Dios no falta en lo necesario, ni abunda en lo superfluo". O nos recordaba la frase de Santa Teresa: "¿Por dineros te detienes?". "Esperad y veréis grandes cosas".

3. Esta actitud tan animosa para seguir adelante a pesar de la oscuridad extraña e incomprensible desde un punto de vista puramente humano, obedece a una razón muy sencilla. El hombre que vive de la fe, no necesita más que convencerse de que aquello que intenta sirve a la gloria de Dios. Visto lo cual, actúa en seguida en él la esperanza, en el sentido de que suceda lo que suceda – éxito o fracaso según el lenguaje de los hombres – todo habrá sido dispuesto por la providencia divina para algún fin santo. Tal obra se llevará a cabo o no. Da lo mismo. El que espera en Dios sabe que, puestos por su parte los medios que la fe le aconsejaba, el resultado definitivo no se frustra, porque Dios, que es a quien busca siempre, será hallado lo mismo en las alegrías del éxito que en la tristeza del fracaso. Y cuando la esperanza llega a ser tan firme y tan exenta de intereses terrestres como en don Enrique, no hay ni alegría en el primero ni tristeza en el segundo. Lo único que existe es una serenidad inmensa que en la práctica equivale a constancia, tenacidad, paciencia, resignación y gozo. Por eso don Enrique decía muchas veces con palabras de Santa Teresa: ¡Sólo Dios basta! Y en cierta ocasión, hablando sobre el tema con el benedictino de Montserrat, Padre Fontseré, le dijo estas palabras reveladoras de su actitud interior: "Ojalá fuera tan fácil salvar las almas como levantar los ojos al cielo". La frase es interesante porque indica con claridad lo que estamos diciendo. Salvar almas, esto es, lograr esta o aquella obra que la fe y la prudencia consideran conveniente para la salvación de las almas, puede resultar difícil; pero levantar los ojos al cielo, es decir, esperar siempre en Dios, esto es fácil. Fácil para él – se entiende – y para las almas como la suya.

Él era – no lo olvidemos – "el Solitario". Y escribió muchos, muchísimos artículos con este pseudónimo y sobre estos temas, el cielo, la esperanza de alcanzarle, el desprecio de lo terreno. Y muchas meditaciones en sus libros piadosos. Podría formarse una antología de no escaso volumen si se recopilase todo lo que escribió, sincera y sentidísimamente, sobre estos aspectos tan profundos de la vida espiritual. Acaso pudiera resumirse todo en una frase y una actitud. La frase es ésta, que pertenece a una carta dirigida a las religiosas todas de la Compañía: "Hijas de la Santa del "muero porque no muero", aspirad sólo por "aquella vida de arriba que es la vida verdadera". Temed sólo el pecado, que es lo único que nos puede apartar de Dios. Lo demás, sea lo que sea y venga de donde venga, no os turbe; seréis dignas hijas de la gran Santa, que sólo temía el pecado. No habiendo pecado, nada temáis". Muy frecuentemente, sobre todo en los últimos meses de su vida, fue visto por sus religiosas, en el colegio de Vinebre, en una actitud reveladora: "le sorprendieron muchas veces con los brazos levantados al cielo, diciendo alabanzas de Dios y suspirando por la verdadera patria".

4. Cuanto acabamos de decir tiene un poderoso refrendo si observamos a don Enrique en su vida práctica, vide de desprendimiento y pobreza increíbles. Podemos hacer algunas preguntas. ¿Qué hizo con sus bienes?, ¿cuáles fueron sus relaciones con la familia?, ¿ganó mucho en sus ministerios tan diversos?, ¿qué destino dio a estas ganancias?, finalmente, en su vida íntima y privada ¿cuáles fueron sus usos y costumbres? Debemos contestar a estas preguntas, aunque no sigamos el mismo orden en la respuesta.

"Aún hoy – escribe el sacerdote don Salvador Rey, treinta años después de la muerte de don Enrique – si se preguntase a las gentes del Barrio de Pescadores de Tortosa que le conocieron, dirían que era un santo por su desprendimiento y confianza en Dios". Desde pequeñito, no tuvo cosa propia. Su familia llegaba a reconvenirle por ello, pero él seguía distribuyendo cuanto ganaba y tenía en propaganda católica, teresiana sobre todo. Hizo de su devocionario "Ramillete del cristiano" una edición para repartirla gratis y la daba a cuantos iban a Misa a la capilla de la Casa Madre. Esto sin contar la infinidad de libros, estampas y hojas de propaganda que distribuía gratuitamente. "Alguna vez recuerdo haber visto apurada a la Madre Procuradora porque nuestro Padre no contaba ni se medía en el dar".

Es evidente que don Enrique pudo haber ganado mucho dinero. Sus libros alcanzaron ediciones numerosas. La Revista Teresiana llegó a tener muy notable tirada. Constantemente le invitaban a predicar y dar Ejercicios en las ciudades y pueblos donde estaba establecida la Archicofradía y aunque no lo estuviese. Organizó muchas peregrinaciones de las que lícitamente podría haberse derivado algún margen de ganancia. Pero sí, sí…Aparte de que su innata generosidad le impedía muchas veces aceptar estipendios por trabajos más directamente personales, sucedía que cuanto dinero llegaba a sus manos pasaba en seguida a otras que estaban abiertas debajo de las suyas esperándolo siempre, con mucho tiempo de anticipación. Las obras de arraigo y extensión de la Compañía eran un pozo sin fondo donde iban a parar el producto de sus libros, la limosna de Misas y sermones, todo, absolutamente todo. Para las vocaciones de religiosas pobres, para facturas de ladrillos, para libros y mobiliario escolar, para que pudieran comer. ¡Señor! e incluso para que se compraran algunas ropas las de cierto colegio que, un invierno, estaban las pobres ateridas de frío. Algunas veces, sin embargo, las esperanzas de tal o cual Madre Procuradora se veían frustradas por completo. Por ejemplo:

Es en Roda de Bará. Don Enrique ha ido a predicar por las fiestas mayores. Al día siguiente de la fiesta, el Hermano Mayor de la Cofradía fue al Colegio y entregó a la Hermana Portera cinco duros – de los de entonces ¿eh? – diciéndole: "Déselos a Mosén Enrique, que es la limosna de los sermones que ha predicado". La Portera le dio los cinco duros con el recado recibido. Don Enrique la dijo: "Que nadie sepa que me has dado esto y al primer pobre que llegue a la puerta pidiendo limosna, le haces esperar y vienes a avisarme". Al poco rato llamó uno. La portera avisó a don Enrique y éste, cogiendo los cinco duros, bien cerrado el puño (advierte ella), salió a donde estaba el pobre, lo tomó de la mano, le hizo entrar en el recibidor, cerró la puerta, y a los pocos minutos salió el pobre más contento que unas castañuelas. ¡Naturalmente!, digo yo. En cambio. Las monjitas…"Nosotras – dice la Madre Cinta Aguilar – estábamos muy necesitadas esperando con ansia la limosna de aquel sermón. Cuando por fin le preguntamos por ella, nos dijo que había encontrado a otro más necesitado que nosotras y se la había entregado". Esto lo hizo para inculcarlas de aquella manera tan viva y resuelta la necesidad del espíritu de pobreza. Ordinariamente no obraba así. Lo normal era que los sábados por la tarde, como si fuera un novicio, rindiese cuentas de las retribuciones de la semana a la Procuradora de la Casa Madre de San Gervasio. Y se quedaba sin un céntimo. Así, literalmente. Para los viajes, e incluso para el tranvía, tenía que pedirlo humildemente. Nos lo dicen las Madres de aquella primera hora. Es curioso imaginarnos a don Enrique pidiendo veinte céntimos o una peseta para el tranvía. ¿Tropezaría alguna vez con alguna de esas Procuradoras que saben regatear tan suave e irresistiblemente? No parece probable.

5. Y ¿qué diremos de las relaciones con su familia? Hagamos un poco de historia retrospectiva.

Doña Micaela Cervelló murió el día mismo en que hizo su testamento, que fue el 15 de septiembre de 1854 en Vinebre. Por no haber escribano público en el pueblo, su última voluntad quedó por escrito en poder del Cura Párroco don Ramón Olesa, ante los testigos José Gironés y Francisco Freixas, Maestro de Primera Enseñanza. Fueron sus albaceas don José de Ossó, abogado, hermano de don Jaime, y don José Pros, vecinos ambos de Vinebre.

Doña Micaela deja a su amado hijo Enrique la herencia de *Vintenes del Gaschet* y la mitad del *Hort de Dalt*. Además doscientas libras ardites (1) y una buena cantidad de ropa, consistente en sábanas, toallas, servilletas, etc., etc., y una cama con sus colchones, almohadas y todo lo necesario para el uso.

De todos los demás bienes que doña Micaela aportó al matrimonio, instituyó heredero universal a Jaime, el hijo mayor, el *Hereu* o mayorazgo, como se acostumbra generalmente en Cataluña "para que los posea pacíficamente a su libre voluntad".

Para bien de su alma deja cincuenta libras ardites.

Este testamento fue reconocido auténtico y revalidado por el escribano real y público, don José Maxel.

Don Jaime de Ossó y Catalá otorgó su testamento en poder del Cura Párroco, don Juan Francisco Sabaté el 22 de junio de 1862. Nombra también heredero universal a su hijo mayor Jaime de Ossó y Cervelló.

A su hija Dolores lega en su testamento doscientas libras ardites por una sola vez.

Respecto de don Enrique se halla esta cláusula en el testamento: "A mi hijo Mosén Enrique, por cuanto tiene ya hipotecado el patrimonio de su ordenación sacerdotal, si él adquiere alguna canonjía, curato, etc., por lo que cese la hipoteca del patrimonio nombrado, le

dejo quinientas libras ardites por una sola vez en cambio de su legítima paterna. Y si muriese sin colocación que anule la hipoteca del patrimonio de ordenación, podrá disponer en su muerte de doscientas libras ardites, y lo mismo si muere sin colocación".

José Hondedeu y Francisco Montané fueron los testigos de este testamento, realizado más tarde por don Oswaldo Bassedas y Caylá, notario con residencia en la villa de García, cercana a Vinebre.

Murió don Jaime el 8 de octubre de 1884 en Vinebre y, como decimos, había instituido "heredero de todos sus bienes habidos y por haber a su hijo Jaime para que los posea en la paz del Señor". Mas como quiera que ambos esposos habían hecho testamento de mancomún, es decir, constituyéndose heredero el uno al otro cuando uno de los dos muriese mientras conservase el otro la viudedad, tal vez por eso don Jaime, en el que otorgó a favor de su primogénito, hizo caso omiso de lo que su esposa doña Micaela había dejado a don Enrique: la heredad de Vintenes del Gaschet y la mitad del Hort de Dalt. Estas determinaciones de doña Micaela estaban subordinadas a la libre voluntad de su esposo como consecuencia del testamento mancomunado.

Para el patrimonio de ordenación de don Enrique habían sido hipotecadas las dos fincas siguientes: *Aumedines y Garrapte o Comella* (ambos nombres tenía), que se hallan en el término de Vinebre.

Aumedines es una pieza de tierra de 2 hectáreas, plantada de viñas, higueras y olivos; Gorrapte o Comella es otra pieza de tierra de 4 ½ hectáreas, plantada de almendros, viñas, olivos, sembradura y parte yerma.

Este patrimonio de ordenación debía cesar, con arreglo a lo estipulado en escritura (que obraba en el Obispado), al morir don Enrique. Y en efecto, dos años después de la muerte del Siervo de Dios – falleció en 1896 – la viuda de don Jaime de Ossó y Cervelló, Teresa Serra y Sandiumenge, reclamó estas dos propiedades sobre las que pesaba la hipoteca, presentando las escrituras ante el registrador de la propiedad, don Vicente Marti; quedó como legítima propietaria de ellas el 5 de mayo de 1898.

De manera que don Enrique no heredó nada, a no ser que efectivamente le diesen las doscientas libras y las ropas a que se refería su buena madre. Entonces, ¿por qué se habla de una finca de viñedo de su propiedad, cultivada con esmero, con cuyos frutos, por más señas, se elaboraba el vino para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa en los primeros colegios de la Compañía? Efectivamente, existe esta finca llamada la Borreta. Se la dieron como dote o regalo familiar cuando cantó Misa. Parece que era de su madre, aún cuando el nombre de la pequeña parcela no se halla en el estamento de doña Micaela. Sea de ello lo que fuere, el hecho es que este campo pertenecía a don Enrique, quien lo legó a la Compañía con el indicado fin. Las Hermanas de Vinebre suelen ir allí a pasear y tomar el aire, y en las tardes deliciosas del otoño saborean las primicias de sus dulces racimos.

Ningún género, pues, de intereses materiales le ligó a su familia. De todo y de todos desprendido, vivió únicamente para lo suyo, que era lo de Dios. Trató con sus hermanos y familiares menos allegados con cariño y con bondad; ellos le correspondieron con respeto y veneración. En su vida no existen los parientes con quienes se hace una grata tertulia o se pasan unas vacaciones tranquilas. Ni él es el tío cura de quien los sobrinos esperan recibir algún día la pobre o rica caja de caudales. Ni se entrecruza jamás con ellos, para asesorar o para apetecer, que de todo hay, en los asuntos de índole económica. El tío Enrique no es de éstos. Cuando iba a Vinebre, en vida de su padre, lo que hacía – nos dicen – era informarse cuidadosamente de las personas más necesitadas o enfermas. Sin que nadie en su casa lo supiera, les mandaba ropa y alimentos, y después iba a visitarles para hablarles de Dios y consolarles. Luego, una vez abierto el colegio de la Compañía, seguía haciendo lo mismo a través de las Madres. En el ánimo de sus familiares iba cundiendo poco a poco la idea de que don Enrique era un santo. Y así, sin que se extinguiese el afecto natural que la sangre común despertaba, la relación entre unos y otros vino a quedar reducida a la poderosa influencia espiritual que él ejercía con su vida tan santa. Nos dice el sacerdote don Francisco Piñol, sobrino de don Enrique. "Era muy grande la devoción a Santa Teresa que inspiró a los miembros de la familia y amistades. En casa no sabíamos hablar del tío Mosén Enrique sin nombrar a Santa Teresa, y cuando hablábamos de la Santa, venía necesariamente la conversación a parar en él. Teníamos en abundancia estampas de Santa Teresa y fotografías (que en aquel tiempo eran muy raras), y de mí sé que recibí la devoción a Santa Teresa con la leche de mi madre gracias a la influencia del tío Mosén Enrique". Otra sobrina suya, Purificación de Ossó, ha escrito. "Recuerdo que me llamaba la atención verle cómo daba gracias después de la Misa, que parecía como si estuviera muerto, inmóvil y sin apercibirse de

nada". "No sé cómo decirlo: sobre todo en los últimos meses se le notaba un algo especial que no sé decir de encendido amor de Dios. En el recogimiento, en la oración, en las palabras, en los consejos, en todo se le veía una elevación que me admiraba. Esta veneración con que yo miraba a mi tío por su elevado amor de Dios no la sentía yo sola, sino que más bien me venía de ver a las demás gentes que le veneraban y tenían por santo". Casi en los mismos términos se expresa doña Teresa Serra, la esposa del hermano mayor don Jaime, que tan de cerca le trató, puesto que antes y después de muerto su marido, en su casa se hospedaba don Enrique.

Resumiendo: todo cuanto sabemos de las relaciones que don Enrique mantuvo con su familia no sirve más que para confirmar su carácter de hombre desprendido de los bienes de la tierra y con los ojos fijos en el cielo.

6. Fiel a este carácter y para conseguir de sus hijas el mismo desprecio que él sentía hacia las cosas de este mundo las exhortó continuamente a la práctica de la santa pobreza y las hizo ver bien clara la necesidad de una renunciación total, como base indispensable para que en sus almas floreciese la celestial virtud de la esperanza.

"Muchas veces le oí repetir: "¡Feliz pobreza que nada deseas y nada temes! Amad la santa pobreza como a madre y reina, que ella os hará señoras de todo el mundo". No quería que nuestro corazón se apegara a nada, y sí que en la Compañía resplandeciera esta virtud. De la ley de lo pobre y lo sencillo, sólo excluía las cosas del servicio del Señor". Y en cierta ocasión en que la Hermana Paula Fumas se lamentaba con la Madre Superiora de los muchos pobres que acudían en demanda de limosna, siendo así que ellas también eran pobres, lo supo don Enrique y tanto para inculcar la caridad, como para insistir en la pobreza, muy seriamente la dijo: "Desgraciada la Superiora que despida a los pobres sin limosna". Y la mandó hacer una penitencia para que Dios proveyese y pudiesen hacer limosnas necesarias.

No renuncio a trasladar aquí el breve pero sabrosísimo capítulo que para el Directorio dejó escrito sobre esta hermosa virtud. Dice así:

> La pobreza evangélica, amadas hijas en el Señor, es como la esposa de Jesucristo, tesoro del cielo y muro que defiende a las casas religiosas del espíritu del siglo y de la relajación de las Reglas; es custodio de la virtud de la mortificación, humildad, desprendimiento y en especial el recogimiento interior; las alas que levantan rápidamente las almas al cielo. ¡Feliz pobreza, que nada posees y nada temes; siempre jovial, siempre abundante, haces refluir en provecho propio las molestias mismas que experimentas!
>
> Amad, pues, la santa pobreza, Hijas mías en Jesús, como madre y reina, que os hará señoras de todo el mundo. Penetraos bien de que si llegare a faltaros el espíritu de pobreza, faltará en seguida el espíritu de Jesús y Santa Teresa a su Compañía y será desde entonces, no Compañía suya, sino Compañía de especulación o comercio. Consideraos como una estatua, la que ni se envanece si ricamente la visten, ni se aflige si la despojan o desnudan de sus vestiduras y de sus aderezos. Todo afecto desordenado en el corazón, es como un ídolo en el altar.
>
> Buscad en todas las cosas primeramente el reino de Dios y su justicia, y lo demás os lo dará por añadidura el Señor, que provee con larga mano las avecillas del cielo y viste con magnificencia los lirios del campo. Si con todas vuestras fuerzas procuráis contentar al Señor Jesús y a vuestra Santa Madre, tendrán éstos solícito cuidado de que nunca os falte su ganancia. A las comunidades que procuran mayor pobreza, Dios les irá haciendo mayores mercedes en lo espiritual y temporal, y dará su espíritu doblado a las que fueren más pobres, os avisa vuestra Madre Santa Teresa.

Él podía escribir esto porque había dado y daba siempre un ejemplo soberano. Jamás se le conocieron dos pares de zapatos a la vez. Sus ropas, ya sabemos cómo eran. Su habitación, pobrísima. Le insinuaron que consintiera en que se la arreglasen mejor y contestó: "No, hija, ¿no sabes que Nuestro Señor Jesucristo ni siquiera tuvo donde reclinar su cabeza?". Le invitaban un día a comer los señores de Martí, acaudalada familia de Vinebre, y don Enrique se excusó cortésmente y no aceptó. Después decía a las Madres del colegio: "¿No os parece que con la comida pobrecita de casa estamos mejor que con aquellas tan abundantes y lujosas de las casas ricas? Por eso prefiero quedarme a comer aquí". "Resplandeció la pobreza en él como si fuera un verdadero religioso" – escribe el Padre Arbona, de la Compañía de Jesús.

Por fin, llegó un momento en que esta esperanza en sólo Dios y este desprendimiento de los bienes de la tierra, iban a brillar con luz más extraordinaria todavía. Diciembre de 1895. Don Enrique está solo. Ya no viven su padre ni su hermano Jaime. No tiene absolutamente nada. Parece que es voluntad de Dios que se aleje también de la Compañía para evitar males mayores. Y se retira. Camina ahora con la carga de su tristeza y con las alas de su esperanza. En la soledad de Sancti Spiritus meditará qué rumbo ha de tomar su vida. Los hijos de San Francisco le reciben entrañablemente, pero él no quiso alojarse en la celda que le destinaban

al ver que se hallaba lujosamente amueblada. Solamente cuando colocaron en ella sillas viejas y cubrieron la cama con ropas estropeadas, se pudo conseguir que se aposentase gustoso y tranquilo. Tales ejemplos da de amor a la pobreza que los religiosos quedan edificados, y el Padre Provincial llega a decir con admiración: "¡Este sí que es pobre, digno hijo de la Providencia!".

Un mes antes de morir, al despedirse de sus hijas en el Noviciado, había dicho: "Pido al Señor no tener nada a la hora de la muerte, sólo muerte de amor divino". Y ya desde su apartado retiro, pocos días después, escribió una carta a la Superiora General y Consultoras "encargándonos que toda la ropa que de él tuviéramos la repartiésemos a los pobres". ¿Sería posible que Dios fuese a concederle el premio de morir como murió su Hijo divino, el Cristo pobre, solo y abandonado? Pues sí. Murió solo, en aquella noche fría de enero; abandonado, porque cuando llegaron a asistirle, era ya casi cadáver; y tan pobre, tan pobre que el ataúd se lo pagó de limosna el Párroco de Gilet y el sepulcro se lo prestaron los Franciscanos. Hasta ahí había llegado el desprendimiento. La esperanza, no. La esperanza subsistió, como último suspiro de su alma. Porque en el epitafio, que él mismo había compuesto para su tumba y que es el que aparece hoy en la lápida sepulcral del Noviciado de Tortosa, una vez fueron trasladados los restos, están escritas estas palabras: "Soy hijo de la Iglesia. Expecto resurrectionem mortuorum.

1. Moneda fraccionaria usada en la región, equivalente a 2'50 pesetas.

CAPÍTULO LIX

SU AMOR A DIOS

1. Unión del amor a Dios y al prójimo en el cristianismo.- 2. Preguntas que hacemos en el caso de don Enrique.- 3. Su piedad y devociones principales: Santísima Trinidad, Espíritu Santo, Eucaristía, Sagrado Corazón de Jesús, Dulce Nombre de Jesús, la Virgen María, Arcángel San Miguel y Ángeles Custodios, San José, Santa Teresa de Jesús, San Francisco de Sales.- 4. Favorecido con el don de piedad.- 5. La oración en su vida espiritual.- 6. Vivir y morir de amor. Éxtasis y arrobamientos.

1. La caridad, en la ley de Jesucristo, es amor a Dios sobre todas las cosas y amor a los hombres, en los cuales el verdadero cristiano vea Dios también. Esto de poner a Dios en el amor a los hombres no es siempre bien entendido. Algunos creen que cuando el cristiano ama a los hombres por amor a Dios, prescinde de los hombres, y con una suerte de egoísmo espiritual piensa en Dios y en el premio que le ha de dar porque es capaz de amar también a sus semejantes. Según esta manera de entender las cosas, el cristiano no amaría verdaderamente a los hombres, sino a sí mismo, ya que a ellos en tanto les amaba en cuanto que este amor le servía para congraciarse con Dios y tenerle bien dispuesto. Se equivocan los que así piensan. Cuando la Religión de Cristo nos enseña que debemos amar a los hombres por amor a Dios, lo que hace es elevar a los hombres a una categoría insospechada. Les concede un valor divino, que es el que realmente tienen. Y pide a todos que, al amarnos unos a otros, veamos en nosotros mismos la imagen de Dios. Nos pide que nos amemos precisamente porque con ello vamos a disponer bien a Dios y a recibir un premio. La Religión cristiana, al enseñarnos a amar así, es profundamente bienhechora de la humanidad y además muy sabia. Bienhechora porque despierta amor auténtico en los hombres y muy sabia porque, si no vemos a Dios en nuestros semejantes, éstos a lo sumo merecerían ser compadecidos, pero no amados. O serían amados unos pocos, pero no todos, que es lo que importa. A sabemos lo que dan de sí todas las filantropías y demás zarandajas, cuando un grupo de hombres civilizados tienen que convivir con los salvajes o cuando un joven sano y pletórico se encuentra entre leprosos.

Creo que es muy conveniente tener en cuenta esto, cuando observamos en los santos sus relaciones de amor al prójimo. Siempre piensan en Dios. ¿Por qué?, ¿qué egoísmo y por alcanzar un premio mayor? No: por caridad auténtica y verdadera.

2. Acaso no convenga insistir demasiado sobre este punto concreto del amor de don Enrique a Dios nuestro Señor. No es necesario. No sería tampoco muy grato al lector de este libro. Porque el lector podría preguntar, y creo yo que con razón: ¿a qué viene hablar ahora sobre el amor a Dios en Mosén Enrique? ¿Pues de qué, sino de esto, se ha hablado a lo largo de todo este libro? Tiene razón el lector. Ya hemos hablado suficientemente del celo sacerdotal, de la oración, de las virtudes de la fe y la esperanza en don Enrique, en una palabra, de todo lo que hizo durante su vida por amor a Dios. No insistiremos. No queremos ser reiterativos o repetidores. Preguntémonos más bien: ¿cómo era su piedad?, ¿cuáles sus devociones?, ¿cómo hablaba del amor divino?, ¿movía a los hombres a amar a Dios?, ¿qué nos dicen sus contemporáneos? No cabe duda que, contestando a estas preguntas, podemos descubrir detalles – detalles nada más – que completarán lo que ya sabemos acerca de su amor a Dios nuestro Señor.

3. Devociones y piedad o piedad y devociones. Las conocemos muy bien por lo que nos dicen sacerdotes y religiosos que le trataron íntimamente, por los libros que escribió, por las exhortaciones que hizo.

Santísima Trinidad. Convengamos en que es poco frecuente aun entre personas consagradas a Dios. Creo que esta devoción es un signo de selección espiritual. Era muy devoto de este misterio y perteneció a la Cofradía de la Santísima Trinidad. Estableció en la Compañía el rezo, semitonado y a dos coros, del “Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos…Gloria al Padre…”. A los seglares que oían esto en los Colegios Teresianos les impresionaba mucho. Decía a sus hijas que así ensayaban en la tierra el canto que habían de cantar eternamente en el cielo. Además, la primera oración de la mañana es para las tres Divinas Personas. Prescribió también tres padrenuestros a la Beatísima Trinidad en acción de gracias después de la Comunión y otros tres al final del Rosario por sus propias intenciones.

La devoción a este Misterio sacrosanto, antes más localizado en Cataluña, se ha extendido hoy por todas las ciudades donde hay casa de la Compañía. Las colegialas saben muy bien que en los días de fiesta no puede faltar el Trisagio.

Espíritu santo. Devoción muy honda tuvo siempre. A la falta de la misma atribuía él la poca vida sobre natural y corrupción de costumbres del mundo. "Cuántos yerros se cometen – decía – por falta de Espíritu Santo". Tres veces al día ordenó a sus hijas que rezasen la Secuencia "Veni Sancte Spiritus, et emitte coelitus" y con la invocación al Espíritu Santo deben empezar clases, estudio y oración. "Para la fiesta de Pentecostés nos hacía practicar una hora de oración extraordinaria y luego sortear los dones y frutos. En este día se multiplicaba para hacer una plática en cada uno de los cuatro colegios que teníamos en Barcelona". "Parecía salir del Cenáculo rebosando las influencias del Espíritu divino. Y nos preguntaba con cierto anhelo: ¿Habéis advertido su llegada?". Para propagar esta devoción, escribió una hermosa novena.

Eucaristía. "Era don Enrique un alma eucarística y lo manifestaba en palabras obras. Aparte sus frecuentes visitas a Jesús Sacramentado, con tanto recogimiento que movía a devoción a los demás, sus fervorines eran como saetas amorosas que encendían el alma y hacían desear el Pan del Cielo. Se gozaba en la exposición del Santísimo y en que le visitáramos muchas veces. Quiso que en el Noviciado se estableciera la Adoración Perpetua al Sacramento del Amor expuesto en la custodia y efectivamente así se practica. Nos recomendaba que, al ir de viaje, saludáramos a Jesús Sacramentado en todos los pueblos que viéramos. Aunque no se acostumbraba como ahora la Comunión diaria, nos exhortaba mucho a que no la perdiéramos nunca. Para la seguridad del Sacramento hizo construir Sagrarios de hierro con doble puerta artística, algunas de las cuales mandó pintar en Roma dando él al artista la idea del dibujo alegórico. Era su deseo que siempre hubiera junto al sagrario algunas flores naturales y que se derramara un poco de perfume. Él tenía sumo empeño en visitarle a la hora del mediodía, cuando más abandonado suele estar. No consentía que en la sacristía se hablase y nos recomendaba amásemos el aseo y el decoro de la casa del Señor y nos cuidáramos cuando fuera necesario de la limpieza de corporales y purificadores de las parroquias e iglesias, sin retribución alguna, sólo por amor a Jesús Sacramentado. "Es el culto al Señor, repetía con frecuencia: - de lo bueno lo mejor" (1). Y si llegaba a oídos suyos noticia de algún sacrilegio – dondequiera que hubiera sido cometido – nos mandaba hacer penitencias como reparación y desagravio. De una manera particular, en los días de Carnaval. Él no entraba ni salía de casa nunca sin hacer una breve visita al santísimo. Recuerdo – dice la Madre Blanch – la siguiente frase suya. "¿Tenéis penas? Id al sagrario a contárselas a Jesús Sacramentado. ¿Estáis tentadas? Id al Sagrario. ¿Necesitáis consuelo, fortaleza y luz? Id al agrario". A las Superioras nos recomendaba de un modo particular que estuviéramos muchos ratitos en su amorosa presencia. "Habéis de procurar – nos decía – que vuestras hijas os encuentren siempre en la habitación o al pie del Sagrario".

Sagrado Corazón de Jesús. "Rey de nuestra Compañía le llamó y como Rey quiso que le honrásemos", puesto que en su fiesta le había sido inspirada la fundación de la misma. Léanse sus libros "Tesoro de la Juventud", "Un mes en la Escuela del Sagrado Corazón de Jesús" y "Siete Moradas en el Corazón de Jesús" y se verá cómo sentía en su alma esta devoción. Quiso que los jueves de cada semana, las Superioras practicasen una hora santa de obsequio al Corazón Divino y que permitiesen acompañarlas en ella a alguna o algunas Hermanas a manera de premio o recompensa espiritual. En su mes, y por disposición suya, el recreo empezaba siempre por una alabanza al Corazón de Jesús. "Nos dejó prescrito practicar solemnes cultos durante todo el mes de junio, novena y fiesta solemnísima, y en las vísperas, ayuno, y oración de once a doce de la noche". Es una de las fiestas principales de la Compañía. En una carta escrita a las religiosas residentes en Montevideo, año 1893, les decía estas hermosas palabras: "Vosotras, mis hijas, siempre os acordad que sois como arterias de este Corazón Divino y que habéis de comunicar la vida, calor y movimiento sobrenaturales a las almas que os confía, y esto no puede hacerse sino estando unidas a su Corazón adorable por el amor".

Dulce nombre de Jesús. Otra de sus más tiernas devociones. El "Viva Jesús" y el "Todo por Jesús" lo pronunciaba y escribía a cada momento. "Viva Jesús" enseñaba a decir a los niños al ver un sacerdote, al oír una blasfemia, al saludar a las profesoras, etc.…"Viva Jesús" fue también y es el lema de la Compañía, y la fiesta del Dulce Nombre de Jesús es la principal de los Rebañitos. Con ella quería que terminasen las de Navidad. Cantaba algunas veces versos dedicados a este Nombre dulcísimo como si saborease mieles.

Virgen María. Imposible resumir su entrañable, filial, sacerdotal devoción a María, Madre de Dios y de los hombres. Porque hay una devoción sacerdotal a la Virgen Santísima. Son tantos los puntos de relación entre la bendita entre todas las mujeres y el sacerdote *ex hominibus assumptus*…Sobre la Virgen María escribió don Enrique libros, novenas, meditaciones, artículos innumerables. Las advocaciones del Carmen, el Rosario y los Dolores le eran particularmente queridas. Pero sobre todo el misterio de la Inmaculada Concepción es el que se llevó la palma de sus amores y finezas marianas. ¡Lo que escribió y habló y cantó sobre la Inmaculada María!...Con los niños de la Catequística en Tortosa, con las niñas y jóvenes de la Archicofradía de Hijas de María Inmaculada y Santa Teresa de Jesús, con las religiosas de la Compañía más tarde. Su primer sermón, todavía seminarista, fue sobre el tema: "La Virgen María, amparo del hombre pecador". A la Congregación masculina de jóvenes de la Purísima Concepción, por él fundada en Tortosa, les regaló la imagen de la Inmaculada. En Vinebre, también a sus expensas mandó hacer altar e imagen, y con este motivo se celebraron tan solemnes fiestas que más bien parecieron una misión. Ya en el Seminario de Tortosa, desde sus primeros tiempos tenía la costumbre santa de pasar grandes ratos ante el altar de María Inmaculada.

Sacerdote, vivió siempre como un esclavito de la "Dolça Moreneta de Montserrat". Nada importante hacía sin consultar a la Señora. Con mucha frecuencia se le veía subir a la montaña, o solo, o con numerosas peregrinaciones, o con pequeños grupos de religiosas Teresianas. Todos los sábados ayunó como obsequio a la Virgen. Las prácticas de devoción marianas que dejó establecidas en la Compañía, protegen la vida de las religiosas como una sombra bendita. Puede decirse que llenan el día y la noche.

Arcángel San Miguel y Santos Ángeles Custodios. Veneraba mucho al Arcángel defensor de los derechos divinos, acaso porque desde su infancia el nombre del Glorioso Príncipe le había sido familiar por estar dedicada a él la ermita de Vinebre, a donde es fama que el seminarista Enrique llevaba a los niños de su pueblo para catequizarles. A sus hijas las inculcó que le invocasen en el examen de previsión que deben hacer y ordenó que un día al mes hicieran un ejercicio piadoso en su honor. "Con respecto a los Ángeles Custodios, nos decía: "Invocadles antes de la oración, estudio y clases, y al tratar con las personas cuyo corazón pretendáis mover al amor de la virtud. Para resplandecer en la modestia y mansedumbre de Cristo, acordaos de vuestro Ángel de la Guarda". Quería que en los viajes saludásemos también al Ángel del lugar por donde pasábamos y al lado de todas las personas en cuya compañía íbamos. Oí referir a mis connovicias, entre ellas la que hoy es Madre Francisca Valldepérez, que con ocasión de haber ido dos sacerdotes de Villanueva y Geltrú (Barcelona) en el año 1884 a pedir una fundación al Siervo de Dios, al salir los sacerdotes les dijo: "a sabía yo que iríais a fundar allí pues al pasar por aquella población y saludar al Ángel del lugar me dijo que pronto tendríais allí un Colegio".

San José. Sentidísima la devoción que tuvo siempre al santo Patriarca. Impregnada de ese típico aroma de familiaridad que la travesura espiritual y femenina de Santa Teresa ha sabido despertar con relación al virginal Esposo de María. San José es para el fundador de la Compañía "el abuelito de la casa"; el protector invisible y constante junto a una imagen quiere que haya siempre un capacito en el que se pondrán por escrito las peticiones de auxilio para que él las despache por correo aéreo y con sello de urgencia. Diríase que don Enrique trata de tú a San José: tanto es el cariño y la confianza que le tiene. Pero no nos equivoquemos. Esta confianza no significa merma alguna de la veneración que al Santo se le debe con todas las consecuencias que del examen de sus virtudes se desprenden. Ni en la mente ni en la pluma de don Enrique queda reducido San José a esa estampa de artesano de Nazaret, de rostro pálido, puro como un lirio y casi insignificante a fuerza de sencillo. No. Don Enrique supo meditar hondamente en el profundo misterio de esa vida que ocupa un lugar preeminente en las relaciones de Dios con los seres humanos. Las maravillosas virtudes de que San José es tipo y ejemplo fueron estudiadas mil veces por don Enrique en la Revista Teresiana y en los libros de devoción que escribió en obsequio al Santo Patriarca. La Hermandad Josefina que fundó en Tortosa para hacer apostolado familiar y social entre los hombres, es un claro síntoma de la aguda percepción por parte de don Enrique de lo que San José representa.

Santa Teresa de Jesús. (Ruego al lector que ponga él aquí lo que le parezca conveniente. Porque yo no puedo decir más de lo que he dicho. A lo sumo me atrevería a estampar aquí una frase con el ruego de que sea bien interpretada. Yo diría que la devoción de don Enrique a Santa Teresa de Jesús es un milagro del cielo).

San Francisco de Sales. Ignoro cuándo y cómo nació en don Enrique la devoción a ese santo. Probablemente, en sus tiempos de alumno de Teología en Barcelona. No cabe duda,

desde luego, de que él fue el ideal que se propuso imitar en su vida de sacerdote. La solidez espiritual juntamente con la dulzura y suavidad características en el Fundador de la Visitación le atrajeron extraordinariamente. Hay mucho del espíritu de San Francisco de Sales en el afán que tenía don Enrique por la práctica y observancia de las llamadas pequeñas virtudes y que en realidad son tan grandes. Escribió en su honor el "Tributo amoroso", lo nombró Protector y Padre de la Compañía, dio su nombre a la provincia religiosa de América del Norte y, como consejo que naturalmente no ha sido desoído, quiso que las Superioras leyesen todos los días algo de las cartas o el Tratado del Amor de Dios.

4. Estas fueron sus principales devociones. Encaminadas todas hacia la unión con Dios, a la que fue acercándose cada día más y sin interrupción durante su vida. Claramente se ve que no hubiera sido posible mantenerlas con la intensidad, fervor y constancia con que él lo hizo, de no haber sido favorecido por el cielo con el don santísimo de la piedad. Don Enrique lo fue. Los testimonios son tan abundantes que resulta superfluo el intento de coleccionarlos. "Embelesaba a las almas conduciéndolas a Dios mediante la práctica de las virtudes más encumbradas…Yo mismo experimenté ese suave atractivo…". "Para mí el Siervo de Dios alcanzó un grado de amor de Dios muy elevado, pues se le veía en su porte, en su trato, en sus modales, en la celebración de la Santa Misa, y sobre todo en la predicación, pues tenía una unción especial y predicaba como manda el Evangelio, doctrina pura y siempre para la gloria de Dios". "De tal manera estaba unido con Dios que toda su vida fue un continuo trabajar y sacrificarse con este fin: no hablaba de otra cosa". "En los Ejercicios Espirituales de mes que nos dio pudimos ver las religiosas cómo un día que nos hablaba acerca del amor de Dios, nuestro Padre quedó arrobado y suspenso como en éxtasis. A nosotras nos inculcaba el amor de Dios y la mayor perfección posible en el mismo como fin principal de nuestra vocación y nuestro Instituto…El fervor con que celebraba los actos del culto divino y el entusiasmo con que cantaba nos enfervorizaba y entusiasmaba a nosotras también"(2). "La caridad del Siervo de Dios se manifestaba en su oración continua, en el afán con que buscaba la gloria divina en todo, en el deseo de que Jesucristo fuera conocido y amado en todo el mundo, y de un modo especial en el fervor con que celebraba el Santo Sacrificio de la Misa". "Algunas veces, al bajar el Siervo de Dios del púlpito, le vi como transfigurado y extasiado, con la mano en el pecho y los ojos en el cielo, especialmente en Vilallonga, pueblecito de Tarragona. Con su predicación logró muchas y notables conversiones en el sexo femenino". "Le vi rezar con un modo tan suave, con aspecto tan especial que más me parecía un ángel que un hombre". "Puedo asegurar que, a mi parecer, era un hombre de verdadera vida interior, conservando habitualmente la presencia de Dios. Yo siempre le he tenido en tal concepto…Sentíame santamente bien a su lado. Enamorado andaba de Jesús y de sus intereses, que son las almas…Eran escuchadas sus pláticas con singular devoción no tanto por su oratoria, sino por considerarle muy dado a Dios…Me recomendaba que en la predicación fuese muy sencillo y tratase de los asuntos más sencillos, pero de utilidad más constante para el perfeccionamiento de las almas".

5. Esta piedad profunda a la que tan vivamente se refieren los que así hablan tuvo su cauce preferido: la oración. La oración personal y solitaria de don Enrique, en la iglesia, en su aposento, a campo abierto otras veces, en plena y radiante naturaleza. "A mi parecer – escribe la Madre Superiora General, Teresa Blanch – este fue uno de los dones con que Dios le favoreció. Muy a menudo observé que estando en la huerta de la casa Madre de San Gervasio, buscaba el retiro en un lugar donde no pudiese ser visto y se quedaba clavado, de pie, con los ojos elevados al cielo en actitud de contemplación. Su oración favorita y la que más le deleitaba era el Padrenuestro. Lo acostumbraba a rezar repitiendo muchas veces cada petición y decía que éste era un excelente medio para evitar las distracciones y que no podía menos de mover el corazón paternal de Dios para con nosotros. En los últimos años de su vida – según él mismo confesó – ésta era su oración única y continua.

De la oración sacaba consecuencias prácticas para su vida apostólica, realizando con verdadero entusiasmo las obras que el Señor le inspiraba en ella. También me dijo que de la oración brotaban los pensamientos que en los libros escribía y que el "Mes del Sagrado Corazón" lo había escrito en Roma y en el Coliseo, en los ratos que allí dedicaba a orar, añadiendo que era el libro más querido de su alma porque era hijo del destierro".

No es extraño que en su vida se produjeran algunas manifestaciones de enajenamiento y de éxtasis a las que lógicamente le llevaba el incendio de amor que abrasaba su alma. "Se celebraba en Vinebre la fiesta de Santa Teresa y predicó don Enrique. De tal manera habló del

amor de Dios que por unos momentos pareció como transformado y levantado del suelo. Así le vieron su prima doña Concepción de Ossó y otras personas. Al preguntarle después qué le había pasado en el sermón, don Enrique rehuyó disimuladamente la respuesta. En el Noviciado predicaba un día sobre el amor a la Santísima Virgen y pareció como si estuviera fuera de sí hasta el punto de tener que interrumpir la plática. Otra vez en Montserrat, con motivo de una peregrinación teresiana, subió al púlpito para ofrecer las asociadas – que eran unos centenares – a la Madre de los Cielos. Se enfervorizó tanto que por unos momentos no sabía lo que decía. Y es que llevado de su entusiasmo descubrió entonces lo que su humildad tenía tan escondido: la huida a Montserrat a los trece años".

6. Fue en aumento su amor y ya al final de su vida, sobre todo en los últimos meses, no se le caían de los labios expresiones reveladoras de su fuego interior, propias del hombre que está obsesionado con una idea. En su librito "Siete moradas" y en los últimos artículos publicados en la Revista Teresiana, don Enrique no es más que eso: un enamorado de Dios.

"En sus pláticas le oíamos decir con frecuencia esta frase: "Quiero, Jesús mío, trabajar en despertar corazones que te amen y en donde yo viva no se dirá: *el Amor no es amado*, porque a lo menos mi corazón amará a Jesús, María, José y Teresa de Jesús". Sus jaculatorias favoritas ahora eran: ¡Oh, Jesús mío y todas las cosas! – "O amarte o morir, o mejor, vivir y morir amándote sobre todas las cosas". La Madre Maestra de Novicias, Francisca Plá, me explicó que en los días 26, 27, 28 de diciembre de 1895, últimos que estuvo en el Noviciado, un mes antes de morir, notaban en él las Religiosas que en su modo de hablar y de orar había una cosa extraordinaria. Con la mano sobre el pecho, repetía como un desahogo de su corazón: "Dame, Jesús mío, vida y muerte de amor divino para mí y para todas las personas que más amo", y cuando encontraba alguna religiosa le hacía repetir la misma jaculatoria. Ya en Sancti Spiritus, la misma idea le acompañó durante su estancia y contaron después los religiosos que saliendo un día de paseo con dos Padres muy venerables les dijo: "Padres míos, Jesús es poco amado, vamos a hacer entre los tres un librito para hacer amar a Jesús dictando medios al efecto cada uno". En fin, termina la Madre Blanch, "puedo manifestar que pasó toda su vida sacerdotal empleando sus talentos y fuerzas en hacer que Dios nuestro Señor fuese conocido, amado y glorificado de todos, y se lamentaba de haber hecho poco, doliéndose de que Jesús fuese poco conocido y amado de las almas".

1. Un día llegó de viaje y al entrar en la capilla del Noviciado vio una vela encendida en el altar. Preguntó a la Hermana Sacristana qué significaba aquella vela. Respondió la Hermana que no tenían aceite ni dinero para comprarlo.

- Para Dios nunca ha de faltar nada – dijo don Enrique -. Siempre tengo yo una peseta para nuestro Señor. Toma, y que te compren ahora mismo aceite para la lámpara.

Probablemente era el estipendio recibido por alguno de sus ministerios sacerdotales.

2. Don Enrique se distinguió siempre por su amor a la vida litúrgica en su mejor sentido. Tenía particular empeño en que las religiosas asimilaran el espíritu propio de cada época dentro de los diversos ciclos del año. Era muy exigente en la observancia del ceremonial y en el uso de los ornamentos y objetos sagrados. Probablemente los Colegios Teresianos han sido de los primeros en España en que se ha inculcado a los jóvenes el espíritu litúrgico, uso del misal, participación en la Misa cantada los domingos, cultivo de la música gregoriana, etc. Todo ello es una consecuencia directa del trato íntimo que mantuvo don Enrique toda su vida con el monasterio de Montserrat.

Igualmente es digno de atención su interés por que las Religiosas Teresianas leyeran y meditasen el Evangelio. Les ordenó que aprendiesen de memoria todos los evangelios de los domingos para que pudieran explicárselo mejor a las niñas los sábados por la tarde.

CAPÍTULO LX

CARIDAD CON LOS HOMBRES

1. Don Enrique, héroe de la caridad.- 2. En el Hospital de Tortosa. Las patatas y judías de su casa.- 3. Una niña pobre por cada diez de pago. La ropa blanca de su maleta.- 4. “La caridad es sufrida”. Los papeles mojados. La señora de los perros. Testimonios de su mansedumbre.- 5. “Es dulce y bienhechora”. Sembrando el bien por los pueblos y ciudades. Caridad con las almas del purgatorio.- 6. “No tiene envidia”. No nos estorbemos los buenos.- 7. “No obra precipitada ni temerariamente”.- 8. “No se ensoberbece”. De viaje con Mosén Sánchez, su enemigo.- 9. “No es ambicioso…no piensa mal…”.- 10. “Todo lo espera y lo soporta todo”.

1. Veamos ahora su caridad para con los hombres. Debemos empezar recordando unas palabras del apóstol San Juan. Son éstas: “Si alguno dice: sí, yo amo a Dios, al paso que aborrece a su hermano, es un mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ve, ¿a Dios, a quien no ve, cómo podrá amarle? Y sobre todo, tenemos este mandamiento de Dios: que quien ama a Dios, ame también a su hermano” (1ª Jo. 4, 20, 21). Don Enrique amó a los hombres, sus hermanos, hasta dar la vida por ellos. De un modo incruento, desde luego, pero incuestionable. Consumió las energías todas de su espíritu gigante y de su cuerpo robusto en el servicio al prójimo. Llegó a la cumbre de sus 56 años no cumplidos, rendido y deshecho. Y se cayó en el camino como un corcel herido en sus pulmones. La carrera había sido demasiado veloz y cuesta arriba.

Siempre dispuesto a oír confesiones, predicar, enseñar el Catecismo, visitar y consolar a los enfermos…recibiendo con dulzura a cuantos acudían a pedirle consejo, tantos que a veces se llenaba de gente el recibidor de los colegios…, concibiendo continuamente y ejecutando nuevas y costosas iniciativas que su celo le dictaba…,dando todo lo que tenía, olvidado de sí mismo, de su salud, de sus bienes…Don Enrique fue un héroe de la caridad, de esos a los que el mundo llama necios porque es incapaz en su renegrido y maldito egoísmo, de comprenderles aunque esté siglos enteros contemplándolos. Gracias a estos que, aunque sienten el agotamiento y la asfixia, siguen adelante diciéndose a sí mismos: ¡más nos amó Cristo!... ¡ya descansaremos en el cielo!..., gracias a estos hombres, en ese mundo paralítico y enmudecido, seguirán floreciendo sonrisas y un poco de paz.

2. Ya en sus tiempos de seminarista pertenecía a las Conferencias de San Vicente de Paúl y todos los jueves acudía al Hospital de Tortosa para ungir con el bálsamo de su misericordia a los pobres enfermos, buscando siempre a los más abandonados. Alguna vez – nos dicen – les lavó su cuerpo y sus llagas, y frecuentemente les ayudaba a cortarse las uñas y demás penosos menesteres a que la enfermedad y la postración obligan. Seminarista también era todavía cuando, de vacaciones en Vinebre, aprovechaba ausencias de su padre para dar a los pobres patatas y judías de la despensa de su casa, lo cual, una vez sabido por el autor de sus días, servía para que éste formulase con respecto a su hijo aquellos juicios que ya conocemos.

3. Ya sacerdote, el Barrio de Pescadores de Tortosa le aclamaba como a padre de los pobres. Estampas, juguetes, libros, revistas, pan, ropa, dinero, todo iba por delante en su apostolado, para completarlo con la entrega de su tiempo y su alma, empujado por el torrente de su juventud generosa. Fundó la Compañía y, a pesar de la pobreza heroica en que se debatió durante los primeros años, les decía a sus hijas insistentemente: “No despidáis sin dar limosna a ningún pobre”.- “Dad y se os dará”. Ordenó que a nadie se excluyera de los colegios por ser pobre y que en los internados se concediera beca a una niña pobre por cada diez de pago.

Bien asimilaron su espíritu las religiosas. Poco a poco la Compañía de Santa Teresa llegó a ser una Institución muy venerada y querida en Cataluña no sólo por el prestigio intelectual que pronto alcanzó, sino por el ejercicio de la caridad de que daban pruebas sus miembros en las escuelas dominicales, en las clases para gratuitas, en los colegios que abrían en pequeñas poblaciones nunca hasta entonces atendidas, y, sobre todo, en los años del cólera, cuando cediendo a las exhortaciones de su Fundador, varias Hermanas sucumbieron por asistir a los enfermos.

En la Casa Madre de San Gervasio ya no se extrañaban cuando más de una vez la malea de don Enrique, al regreso de sus viajes, volvía vacía de la ropa blanca que delicadamente le habían puesto. Se lo habían llevado "los pobres de Cristo", como él decía. Ya sabemos lo que en otra ocasión hizo con el manteo.

Otra corazonada semejante fue la que un día le hizo entrar en un comercio de Castellón de la Plana a comprar una gorra. No para él, sino para un niño. Le vio llorando desconsoladamente en la calle y le preguntó:

- ¿Por qué lloras?

- Porque he perdido la gorra y mi padre me pegará.

- Ven conmigo – le dijo. Y le regaló una flamante gorra nueva con la que el chiquillo entraría en casa contento como un campeón en el juego de saber perder. ¡Cuántos detalles parecidos habrán quedado ocultos en la penumbra de su vida!

4. Pero hay más. La verdadera caridad no se presenta sola en su ejercicio, sino que va acompañada de otras virtudes que la convierten en reina de belleza incomparable. Aquí las palabras de San Pablo: "La caridad es sufrida, es dulce y bienhechora; la caridad no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga en la injusticia, complácese, sí, en la verdad: a todo se acomoda, cree todo el bien que le dicen del prójimo, todo lo espera, y lo soporta todo". (1ª Cor. 13, 4-7). Veámoslo en don Enrique:

"Es sufrida". Porque el que de veras ama ha de contar de antemano con esas flaquezas de los hombres que tanto hacen sufrir. ¡Ay del que no está armado de paciencia en la vida! Se convertirá en un ser déspota y egoísta, inútil para toda obra generosa. Hay que saber sufrir lo que Dios permite para nuestra purificación y lo que de los hombres viene por su debilidad y deficiencia. Don Enrique sufrió y padeció con un gran espíritu de fe toda su vida. Y no faltaron en él manifestaciones elocuentes de esa clase de paciencia a la que generalmente nos referimos cuando hablamos de esta virtud, si bien el concepto exacto de la misma sea mucho más amplio y elevado.

En el año 1888, cuando se celebraban las fiestas del Jubileo Sacerdotal de León XIII, don Enrique fue a Roma a presentar por vez primera las Reglas de la Compañía para su aprobación. La noche de su partida fue a pernoctar al colegio de San Celoni (Obispado de Barcelona) y habiendo dejado su cartera detrás de la puerta, la Hermana que hacía la limpieza no advirtió que estaba allí, y tuvo el descuido de derramar agua en tal cantidad que cartera y papeles estuvieron mojándose toda la noche. Al día siguiente, al ir don Enrique a tomar la cartera y ver el desastre, contentóse con decir con la mayor resignación: "¡Válganos Jesús! ¡Válganos Santa Teresa de Jesús!". No habló más. Aunque tuvo que volver a copiar todos los documentos que llevaba para la Ciudad Eterna.

Otro día mandó a una Hermana llamada Francisca Cabré a pagar una factura y le dio cien pesetas. Un desalmado le robó el billete en las calles de Barcelona. Volvió la Hermana apenadísima porque sabía cuán alcanzado de dinero andaba don Enrique. Y al referirle lo ocurrido, no oyó de él más que este comentario: "¡Sí que es pena!". Y en seguida, a buscar otras cien pesetas para pagar la deuda.

"Me refirió don Pascual de Ossó, sobrino de don Enrique, que una parienta de dicho señor debía pagar al Siervo de Dios un legado para obras pías. La señora no se avenía a satisfacerlo porque había sido defraudada en su esperanza de ser la única y total heredera. Don Enrique iba y venía a aquella casa sin lograr otra cosa más que excusas y dilaciones. Por fin un día, llena la egoísta mujer de despecho y de rabia, conocedora de que una vez más iba a presentarse don Enrique, llamó a sus criados y les dijo que, cuando fuese a entrar, le soltasen los perros bravos de la casa mientras ella se colocaría en un punto estratégico para contemplar la escena. Así lo hicieron, pero…al entrar don Enrique, los perros se le acercaron como buenos y antiguos amigos y, haciéndole mil zalemas, le acompañaron hasta la puerta de entrada interior. La señora entonces, ciega de coraje y humillada en su amor propio hasta por los inteligentes animales, entró apresuradamente en sus habitaciones, buscó la cantidad que debía poniendo cuanto pudo en calderilla y plata menuda y presentándose hecha un basilisco donde estaba don Enrique se lo tiró al suelo sin decir una palabra. Don Enrique recogió las monedas hasta por debajo de los muebles, y cuando hubo terminado su tarea dijo a los criados que dieran las gracias a la señora y se retiró". (M. Saturnina).

Tan extraordinaria y constante fue la paciencia de don Enrique toda su vida que para muchos de los que le conocieron ésta es su virtud sobresaliente. "Nunca vi ni oí que nuestro Padre perdiera la paciencia y la serenidad…Su propósito de imitar a San Francisco de Sales se

reflejó muy claro en la mansedumbre para soportar con igualdad de ánimo tantas y tan diversas contradicciones". "Fue manso en su proceder como San Francisco de Sales". El abogado don Juan Balaguer que le conoció bien con motivo del pleito, solía decir a los que le incomodaban: "Haz como Mosén Enrique, que por mal que le vinieran los asuntos, nunca se enfadaba". "En lo que más se distinguió fue en la paciencia con que se resignó en las adversidades". "Nunca pude alterar su ánimo ni arrancarle expresión de queja en contra de nadie". "Solamente sé que dio ejemplos admirables de paciencia y virtud". "Se distinguió siempre, así en las cosas favorables como en las adversas, por su ecuanimidad". "A pesar de su firmeza de carácter fue siempre un modelo de mansedumbre".

5. "Es dulce y bienhechora". Ya hemos visto cómo lo fue en don Enrique. Pero es necesario decir algo más. Por donde pasó, fue sembrando el bien. En el orden espiritual, sobre todo. "El espíritu de caridad sobrenatural lo comunicaba a los que estaban a su lado y todos al verle se sentían apóstoles…Alrededor del Siervo de Dios se formó una pléyade de jóvenes y señoritas y de varios sacerdotes que continuaron su obra catequística…En ninguna parte he visto a las mujeres y a la juventud femenina como en Tortosa debido al impulso con que el Siervo de Dios supo comunicar a las jóvenes de la Archicofradía, el espíritu y práctica de la oración mental. Su libro el "Cuarto de hora" lo tienen todas las jóvenes y lo hacen y se acusan como falta de no haberlo hecho" (P. Arbona, S. J.).

En los días amargos de la Revolución del 68, cuando iba a predicar por los pueblos, reunía a jóvenes y viejos fuera de la iglesia y les hablaba para unirles en su condición de cristianos por encima de las diferencias de partidos políticos. Va a Orán a dar una misión y en seguida se pone a trabajar sin descanso para arreglar discordias, legalizar matrimonios y devolver la paz a varias familias que se odiaban. Sus cartas desde allí dirigidas a Sardá y Salvany son un precioso documento de la caridad de su alma.

Otra vez fue en Batea. Con otros sacerdotes fue a dirigir unas misiones. El pueblo estaba muy dividido por cuestiones políticas y quisieron apedrear a los misioneros. Pero la misión se dio, y con tanto fruto, que todos se reconciliaron entre sí y cesaron las rencillas.

Este anhelo de hacer beneficios a los demás, sobre todo en el orden espiritual, que es donde más fácilmente podía lograrlo dados sus recursos, es lo que presidió todo su apostolado en el campo de la enseñanza. Lo que más le regocijaba era lograr una conversión, impedir la influencia de una escuela protestante o espiritista, transformar la mente y el corazón de los niños para que de ellos "brotasen – decía – continuas y puras alabanzas a Dios". Murió con la pena de no ver logrado uno de los proyectos que más ambicionó: la apertura de un colegio completamente gratuito y bien montado para las niñas pobres de los barrios de Garrofé y Pescadores de Tortosa.

"Me explicó la Madre Dolores Sanz, difunta, que estando ella en Villanueva y Geltrú, el Juzgado llevó al colegio una joven que había tenido graves cuestiones con su familia, por si la querían admitir. No podía pagar nada. La Superiora preguntó al Siervo de Dios qué debía hacer. "Tomadla – contestó - es un alma. Salvadla". La joven estuvo allí dos meses y salió completamente transformada" (M. Blanch).

Otra muestra finísima de su caridad espiritual con el prójimo es la insistencia con que procuraba sufragios por las almas de los difuntos. "Ayudadla mucho, hijas – decía – que allí se hila muy delgado".

6. "La caridad no tiene envidia". Decía muchas veces "No nos estorbemos los buenos, cuando se trate de la mayor gloria de Dios: antes bien, ayudémonos mutuamente". Favoreció a otros Institutos Religiosos como el de las Pasionistas y cuando don Manuel Domingo y Sol fundó el Colegio de Vocaciones Eclesiásticas, en seguida procuró que ingresaran en él dos alumnos de su pueblo; Pros, que después fue del Corazón de María, y un tal Federico, que murió muy pronto. Varios artículos escribió en su Revista para propagar los planes de don Manuel y para sugerir medios para recaudar dinero en orden a la consecución de tan santos fines.

7. "No obra precipitada ni temerariamente". Don Enrique "tenía caridad muy delicada con las religiosas. Aunque estuviera muy ocupado, siempre escuchaba lo que le consultaban".

8. "No se ensoberbece". Es decir, perdona. "Siempre estaba dispuesto a perdonar desprecios y a recibir con resignación las injurias y solía decir: "Contradicción de buenos"". En cierta ocasión, desde Tortosa a Tarragona, fue compañero de viaje de Mosén Sánchez, su más

implacable contradictor en el pleito. Don Enrique le trató con el mismo compañerismo y naturalidad como si el pleito no hubiera y aun le tuvo que adelantar alguna cantidad porque, según parece, el reverendo Sánchez no llevaba dinero suficiente. Fue muy comentado este gesto entre los sacerdotes.

9. “No es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita” ¿A qué insistir?

No piensa mal. “Nunca le oímos hablar de los defectos del prójimo. Todo lo interpretaba en sentido favorable”. “Nunca le oí hablar de defectos de nadie y menos de sacerdotes. Enemigos tendría de su persona y de sus obras, mas no levantaba el velo para que los descubriésemos”.

“No se huelga de la injusticia; complácese, sí, en la verdad”. Por eso luchó y sufrió tanto en su vida.

10. “A todo se acomoda, cree todo el bien que le dicen del prójimo, todo lo espera, y lo soporta todo”, una vez vista y conocida la voluntad de Dios. ¿Obró así don Enrique? ¿Quién, que conozca su vida, puede dudarlo?

Escribe el arcediano de Vich, don Jaime Collell Bancells. “Del amor al prójimo dio repetidas pruebas cuando fue calumniado alguna vez, sufriendo lo que decía Santa Teresa y él repetía también, la contradicción de los buenos, que es el sello de la verdadera caridad al prójimo.

En cuanto a la mansedumbre pude conocer y hago constar que su afabilidad de carácter era tan extraordinaria, que se hacía querer de todos los que le trataban, y sabía disimular el efecto que en su ánimo podían causar sus detractores. Ordinariamente practicó estas virtudes en grado superior y en algunas ocasiones la mansedumbre en grado heroico, no perdiendo nunca la ecuanimidad que le caracterizaba, así en lo próspero como en lo adverso”.

CAPÍTULO LXI

OTRAS VIRTUDES

1. Justicia. Dar clase a una sola niña. Largueza y gratitud.- 2. Humildad. La vanidad es pecado de tontos.- 3. Templanza y mortificación corporal. Sémola en lugar de azúcar. Ni un vaso de horchata en el verano. En sus enfermedades.- 4. Modestia angelical. La única tribulación que no tuvo.- 5. Obediencia. Cómo se comportó con sus Superiores. Palabras del "Directorio".- 6. Prudencia. Don de consejo.- 7. Sobre algo que estará pensando el lector. Recordemos a Dom Bosco. Unas palabras de Santo Tomás.

1. Debemos examinar también algunas otras virtudes en cuya práctica se distinguió don Enrique, como hombre de Dios que era. Sin que tengamos demasiado empeño en recoger todos los rayos de luz que de ellas se desprenden. No acabaríamos nunca. Empecemos este nuevo examen por una que es fundamental:

Justicia. Cuenta la Madre Paula Altés que, en cierta ocasión, una Hermana dijo que no había dado lección a una niña porque estaba sola en clase. A lo cual respondió don Enrique "que no era justo que se dejase de dar la lección por estar sola aquella niña, pues su padre pagaba el colegio para que se la diera clase, fueran o no fueran otras niñas con ella". El dato es estupendo.

Era de una integridad inflexible. Muy recto en su proceder, sin miramientos humanos, sin acepción de personas. "No seáis egoístas, ¿no sabéis que me debo a todas?", decía en una carta a las Hermanas de un colegio en donde hacía poco había estado y de nuevo le pedían que las visitara. De hacer alguna excepción – y entonces se unía la caridad a la justicia – era con las extranjeras y las enfermas. O con aquellas a quienes la obediencia destinaba fuera de España. En esa misma carta, refiriéndose a las que por entonces iban a salir para México, añadía: "¿No sabéis que estas Hermanas se templan para la pelea y necesitan mucho consuelo y esfuerzo?".

Jamás se dejó llevar de ninguna simpatía en la distribución de cargos. Cuando se iba a celebrar elección, decía a las que habían de tomar parte: "Poned en un papelito los nombres de las Hermanas que juzguéis más buenas y prudentes". "Y no se imponía, ni hacía indicación alguna, pues quería que obrásemos libremente". Nos decía muchas veces: "¡Cosa que no fuere justa, fuera! No se debe admitir, ni procurar, ni escuchar".

Siempre fue enemigo de tener deudas, y a pesar de estar toda la vida entregado a la ejecución de obras muy costosas, no dejó nada a deber a ninguno de sus acreedores. Por el contrario, su largueza y esplendidez se manifestaron en repetidas ocasiones. Al escultor de Tortosa, Antonio Cerveto, le encargó con frecuencia imágenes, de Santa Teresa principalmente. Al llegar el momento de pagar el precio convenido, más de una vez le dijo: "Creo que es poco, no debes perder" y le daba cincuenta o cien pesetas más.

Cuando se construía la Casa Madre de San Gervasio, en el año 1890, fue declarada por primera vez fiesta de precepto para España la del Patriarca San José. Excusado es decir el gozo con que recibió don Enrique la buena nueva. Pero lo bonito es que, deseoso de que participasen los obreros de la obra en la alegría que a él le inundaba, les pagó íntegro el jornal de aquel día con la condición, que naturalmente fue aceptada en seguida, de que no trabajasen y así pudieran solemnizar la nueva festividad. Es de notar que los obreros eran muchos y no había entonces legislación laboral en ningún sentido.

También recomendó mucho a sus hijas que fueran espléndidas con los capellanes de los colegios. Y con respecto a los acólitos, las Madres Teresianas recibieron de su Fundador la indicación, muchas veces cumplida, de que en cuanto fuera posible costeasen los estudios de la carrera eclesiástica al que más y mejor se distinguiera por su aptitud para ello. Conozco a más de un sacerdote que hoy ejerce su sagrado ministerio cuya vocación, y después su sostenimiento, no hubieran sido posibles, si alguien no se hubiera acercado hasta ellos dulce y maternalmente en una de esas pulcras sacristías en las que, invariablemente, se encuentra una amplia fotografía de Mosén Enrique de Ossó.

Propio también de la justicia, hondamente sentida, es el agradecimiento. Bastaría recordar que don Enrique es el hijo fiel de Santa Teresa, la Santa "de corazón agradecido". Así se calificó ella a sí misma. Nacido espiritualmente de tal Madre, no es extraño que sobresaliera en esta virtud, la más característica de las almas nobles. ¡Cómo agradecía él los más mínimos obsequios que le hicieran! Con los bienhechores y cooperadores de sus obras de celo, cuando otra cosa no podía, manifestaba su gratitud regalándoles libros suyos, cuadros y hermosas

estampas hechos por las religiosas. Oraba y mandaba orar por ellos, sobre todo los días 15 y 19 de cada mes. Y a muchos les hizo partícipes de los bienes espirituales del Instituto por medio de “Cartas de Hermandad”.

2. *Humildad.*

Bodas de plata de don Enrique con el sacerdocio. Fiesta muy solemne en Montserrat. Celebra él la Misa. Allí están las Teresianas, los Padres benedictinos, y muchos sacerdotes amigos que se han asociado para participar en el júbilo del día. No puede faltar el correspondiente sermón. En un momento del mismo - ¿cómo no? – el orador hace encendidos elogios de don Enrique. Y a poco… ¿qué pasa en el presbiterio? En el sillón donde el celebrante está sentado, alguien duerme. ¿Será posible? Le observan mejor y…sí. Don Enrique se ha dormido. O se hace el dormido, que no es lo mismo. Todos comprendieron que aquel falso sueño, con alguna que otra ligera cabezada, obedecía al propósito del homenajeado de desvirtuar sobre la marcha lo que en su honor estaban diciendo. Ignoro si la táctica es recomendable. Probablemente no. Pero sí que prueba de un modo indiscutible, el horror casi instintivo que aquel hombre tenía a todo lo que fuera una alabanza a su persona. En esto fue extremado.

¿Dónde está don Enrique?, era una pregunta que frecuentemente hacían en las grandes fiestas de los Colegios Teresianos, los Prelados y otras personas de calidad que a veces asistían. Cuando la formulaban, era siempre a la hora de los plácemes y felicitaciones. Y es que don Enrique, o se había escabullido después de atenderles con fina cortesía, o declinaba los elogios de un modo categórico hacia los demás.

Cuando las religiosas alguna vez se congratulaban de los éxitos que había tenido por uno u otro motivo y en su cariño filial vertían alguna frase laudatoria de sus actividades y persona, la cortaba rápidamente diciendo: “Palabras inconvenientes, ¡besad el suelo!” (1).

No hablaba nunca de sí mismo, nos dicen cuantos le trataron de cerca. Rehuyó cargos, prebendas, dignidades eclesiásticas que le ofrecieron, posición social ventajosa que pudo disfrutar, facilidades que su prestigio le concedía…Respetado y querido entre el Clero, buscaba en las reuniones “los sitios más bajos y humildes, huyendo siempre toda gloria humana”. “Yo le oí hablando con el hoy difunto Padre Martorell, S. J., que a la sazón era Superior de la residencia de los jesuitas de Tarragona, el cual encarecía la conveniencia de que se graduara en Facultad Mayor para obtener ciertos cargos con que serviría mejor a la Iglesia: el Siervo de Dios contestó rotundamente que por no tenerlos no se graduaba”. Fue notable en él la tendencia, observada por cuantos le conocieron, a tratar preferentemente con las gentes más sencillas e insignificantes. Los niños pequeñitos, de los que decía que eran “la única gente de bien que hay en el mundo”; los Hermanos Legos, tanto en Montserrat como en Sancti Spiritus, y dentro de la Compañía, las Hermanas de más humilde condición: “Puedo asegurar – escribe el Padre Fontseré, benedictino de Montserrat – al igual que algunos Hermanos Legos que le recuerdan, entre ellos Isidro Riba y José Miguel, lo mucho que nos edificaba con su amable trato y cortesía, propios de santos y personas distinguidas. Eran estas virtudes de humildad y mansedumbre espontáneas y naturales en él, por la facilidad con que las practicaba”.

Siendo novicia la Hermana Juana Sorlí vino su padre a visitarla. Don Enrique se lo llevó a pasear por la huerta y le explicó todo lo que allí había con mucha paciencia y amabilidad. “Al volver mi padre de dicho paseo – escribe la Hermanita – me dijo: Hija, no me cansaría de estar la lado de don Enrique, es un santo”.

Fue siempre enemigo de toda afectación y nunca demostró hacer caso de sus cualidades ni tenerse en concepto de alma virtuosa. No se daba ninguna importancia en nada, se acomodaba a todo y a todos, huía de toda singularidad y de cuanto podía satisfacer su amor propio. Decía que la vanidad “era pecado de tontos”. “En muchas ocasiones observé que renunciaba a su propio juicio para seguir la opinión y parecer de los demás. Mostraba profundo respeto a todos”.

Escondía o disimulaba los dones que Dios le había dado y enseñaba a las religiosas que cada una había de tenerse por la más ruin de la Compañía y saber esconder los dones de Dios para que no se los robase la vanidad. Saber esconder, es decir, no incurrir en vana ostentación, que es donde está el pecado o la falta. Porque al mismo tiempo recomendaba como muy conveniente, precisamente para moverse a más humildad, el que cada una examinara y reconociera dentro de sí misma los dones y favores que de la misericordia del Señor había recibido: “porque si no conocemos que recibimos – decía - no nos despertaremos a amar y dar gracias”.

3. *Templanza y mortificación corporal*

Sabemos que don Enrique dormía poco, y nunca en cama blanda y regalada. Sabemos igualmente que en sus comidas tenía siempre a raya al apetito y al gusto, sobre todo a este último, puesto que otras virtudes, en su caso más atendibles, le prohibían todo exceso de mortificación que hubiera arruinado muy pronto su salud tan necesaria. A pesar de esto, ayunaba con frecuencia. Además de los días señalados por la Iglesia y los sábados como obsequio a la Virgen – práctica que observó desde niño – guardaba el ayuno también los días en que él lo había prescrito para las religiosas en sus Reglas. Algunas veces – sin metáfora de ningún género – pasó hambre; porque la pasaron también sus hijas.

Pero donde su mortificación rayó a gran altura, fue en lo relativo al gusto del paladar y calidad de los alimentos. “Nunca supimos qué era lo que más le gustaba”, dicen las Teresianas con absoluta unanimidad. Esto es algo muy serio, cuando la convivencia, como ocurre aquí, se prolonga durante veinte años. “Jamás le oímos quejarse de la comida, ni manifestar lo que le gustaba o no; lo que sí se notaba era que los mejores bocados los dejaba para los otros. No quería que se hiciera para él cosa particular, fuera de lo que tomaba la Comunidad”.

Refirió la Madre Eusebia Eguigure, que le servía en la Casa-Noviciado, que un día de ayuno le dio para desayunarse una tacita de café. Preguntó si era eso lo que tomaban las Hermanas, y al contestarle que ellas tenían un pedacito de pan tostado con aceite, hizo retirar el café, pidió lo mismo y añadió: “Tenedlo sabido para siempre”.

“Me explicó la Madre Delfina que una vez dio al Siervo de Dios un postre de naranja ácida y distraídamente, en vez de azúcar, le puso sémola. Don Enrique lo tomó sin decir una palabra tan contento”. Dejo al lector que se imagine los lamentos de la buena religiosa cuando se diera cuenta de su distracción.

“Cuando íbamos en mi juventud al Noviciado de Santa Teresa, algunas tardes, por razón de nuestras lecciones y otros trabajos, las religiosas nos obsequiaban con un chocolate, a don Juan Llatse, a don Juan Bautista Altés y algún otro canónigo. En tales ocasiones no recuerdo que don Enrique tomara con nosotros chocolate, ni pastas, ni otra cosa alguna” (P. Carceller, S. J.). Nunca tomó refrescos, ni siquiera un modesto vaso de horchata que la Hermana Delfina, portuguesa, le ofreció una tarde de verano en que le vio llegar sudando y muy cansado. Es necesario haberse expuesto al riesgo de la deshidratación, paseando por las calles de Tortosa o Barcelona uno de esos días de insoportable calor mediterráneo, para darse cuenta de lo que significa.

Es más. Algunas veces, a la caída de la tarde, después de uno de esos días asfixiantes, la Madre Plá, maestra de novicias en Tortosa, entraba a invitarle a que saliera a tomar un poco el fresco. Él se negaba casi siempre y decía: "Nos hemos de mortificar”. Pero en cambio quería que las Hermanas, y sobre todo las fatigadas novicias, no se privasen de aquella suave y refrigeradora brisa del crepúsculo, precursora de la noche, que envía el mar como un mensaje de cariño a la tierra.

Usó siempre cilicios y disciplinas y bien que insistió en que sus hijas hicieran duradera amistad con estos ingratos aunque eficaces instrumentos. Algunos de ellos, con huellas de sangre reciente, constituyeron la casi única herencia que de su Fundador pudieron recoger en el momento de su muerte, cuando con muchas lágrimas en los ojos y en el alma se trasladaron las Teresianas a Sancti Spiritus.

Gozó de muy buena salud. Durante su vida sacerdotal, solamente dos veces, que sepamos, estuvo enfermo de cuidado. La primera, por la erisipela que estuvo a punto de llevarle al sepulcro en Barcelona. Sufrió la enfermedad con heroica resignación. En el momento de recibir el Viático, pidió permiso al señor Obispo de Chilapa que se lo administraba para rogar a sus hijas que le perdonasen todas las molestias y ejemplos menos edificantes que en su vida hubiera podido darlas. Él se entregaba en los brazos del Señor, dispuesto humildemente a rendirle su existencia. No se quejó de nada.

La segunda fue de menos importancia, pero con muchos más dolores. Se trata de una fístula en uno de los ojos, originada sin duda por sus largas vigilias, a veces con luz pobre y vacilante. Las curas que le hacían le atormentaban mucho. Llegó a ser necesario que el oculista le pusiera una sonda. Pues bien: dice la Madre Lorenza Ribarés que un día le preguntó ella si le habían hecho mucho daño. “Y cuando parecía natural que respondiera que sí y se quejase, me dijo sonriendo: “Me han puesto la sonda”. Nada más. ¡Admirable prueba de dominio y mortificación!

4. *Modestia angelical*

Sería irrespetuoso simplemente el hecho de ponernos a tratar de la virtud de la castidad en un sacerdote tan santo como don Enrique. Por eso digo modestia, que es menos y es más. El abogado don José María Salvador no escribió nunca una frase tan elocuente en toda su actuación forense como esta que consignó al hablar de don Enrique: "Creo que la única tribulación que no tuvo el Siervo de Dios en este mundo, fue el de que nadie hablara en contra de su honestidad".

La razón, por otra parte, es muy sencilla. Resulta sumamente peligroso, a la vista de las flores hermosas de un jardín, decir que no son bellas. El que lo diga, se condena a sí mismo. Ahora bien, los malos, cuanto más malos sean, más procuran no ser tontos. Y tonto, infinitamente tonto hubiera sido, el que ante aquella vida, cuya fragancia se extendía alrededor como el perfume de un ramo de azucenas, se hubiera atrevido no ya a clavar en ella el diente retorcido de la murmuración, sino simplemente a rozarla con la tenue salpicadura de un comentario menos reverente. ¡Qué cuidado tan exquisito debió de tener don Enrique toda su vida en la custodia de este tesoro que Cristo y la Virgen María han querido dejar por el mundo!...Su recato, su compostura angelical, su mirada limpia como la luz de la mañana, sus movimientos todos, denunciaban a la legua al héroe que ha coronado la cumbre de purísima nieve donde habita Él, el Virgen de los vírgenes. "Fue casto – dice el tantas veces citado Padre Carceller, S. J. – con una castidad que parecía espontánea y que nacía del corazón…Parecía superior y exento de estas miserias humanas".

Jamás una libertad o franqueza menos delicada en el gesto o la expresión; jamás una señal de afecto en que no brillase, cegadora y dominante, la espiritualidad más pura; jamás una palabra más viva, cuando al explicar a las religiosas el objeto y materia de los votos, tenía que referirse a la santa virtud de la pureza.

"En las pláticas, ni siquiera nombraba los vicios opuestos, sino que haciendo resaltar la hermosura de la virtud, ponía de manifiesto la fealdad de lo contrario. No tengo presente haber oído de sus labios las palabras impureza y deshonestidad: tanto era su recato".

Cuando el escultor Cerveto le encargaba alguna imagen, le repetía una y mil veces: "¡Mucho cuidado con los desnudos, aunque sean angelitos; confiesa, hijo, y comulga antes de ponerte a trabajar!".

Y no fue a visitar los Colegios de América, a pesar de que comprendía lo conveniente que hubiera sido su presencia, porque, dada la situación política de México, tenía que vestir de paisano. Y dijo muchas veces que él no se quitará la sotana jamás.

¿A qué seguir? Abundan los testimonios de toda clase de personas coincidentes todos en admirar su modestia que "más parecía de ángel que de hombres". Juntamente con su admiración señalan el motivo de la misma. Y éste consiste en que, habiendo sido un hombre lleno de atractivo en todos los órdenes, y habiendo pasado toda su vida en un trato continuo con mujeres, niñas, adolescentes, jóvenes, mayores, de tal manera se comportó que nadie se atrevió a decir de él la más mínima palabra ofensiva a su virtud. El Padre Tena, Superior de la residencia de jesuitas de Tortosa, refiere que había oído decir al Padre Matos, también jesuita, que era casi un milagro el que no hubiera habido ninguna lengua viperina capaz de verter sobre don Enrique algo de su ponzoña.

5. *Obediencia*

"En toda su vida sacerdotal y en la ejecución de sus obras de celo obtuvo la aprobación y aplauso de sus Superiores sin excepción. Éstos le querían y le respetaban". "Jamás los criticó, antes al contrario habló siempre bien de ellos mostrándose obediente y respetuoso, por lo cual le apreciaban y tenían con él consideraciones especiales". "Nos inculcaba a nosotras una gran veneración para todos los Superiores eclesiásticos. Recuerdo que refiriéndose a los sacerdotes decía: "No consintáis que delante de las hijas de Santa Teresa se hable mal de ellos". No juzgo necesario recordar una vez más la sobreabundancia de generosas disposiciones con que secundó los planes y deseos de su Prelado, a raíz de la revolución de septiembre. O la fidelidad ejemplarísima con que se sometió siempre a las indicaciones del Rector del Seminario, durante el tiempo de su profesorado.

Exonerado más tarde de la cátedra y del servicio exclusivo a su diócesis de origen, por llamarle Dios a más altas empresas, no dio nunca un paso en sus diversas actividades posteriores, sin contar con los Obispos, a cuyo beneplácito sometía gustoso todos sus deseos y propósitos. Algunas veces, con evidente perjuicio de legítimos intereses como en el caso de la fundación de la Almunia (Zaragoza) en que una decisión Arzobispal, de antemano pedida por el propio don Enrique, privó a la Compañía "pro bono pacis" de lo que sin duda era suyo. Don

Enrique acató el fallo sin la más ligera protesta. Con razón dijo de él el Padre Arbona, S. J.: "En cuanto a la obediencia fue siempre el Siervo de Dios obediente a sus superiores jerárquicos y aún a sus directores espirituales, siendo en ellos la persona de Cristo, a quien obedecía, y cuya divina voluntad siempre y en todo anhelaba cumplir; de una manera singular prestó adhesión completa y perfecta a la Cátedra de San Pedro, y fue devotísimo del Romano Pontífice, a quien amaba y veneraba como a padre, y por esto el Siervo de Dios trabajó sin descanso para promover y llevar a feliz término la gran peregrinación de españoles a los pies del santo Pío IX, peregrinación llamada de Santa Teresa".

Con respecto al modo con que don Enrique quiso educar a sus hijas en la santa virtud de la obediencia, me cuesta trabajo no trasladar al papel el insuperable capítulo que dejó escrito en el Directorio, en el cual se percibe el eco venerable de la voz de San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús. Sirven de muestra los siguientes párrafos:

Quien entra en la Compañía y sienta plaza en la milicia de Santa Teresa de Jesús, debe hacer cuenta que ya no es suya: es toda de Jesús y toda sin reserva está ofrecida, dedicada, consagrada a su servicio y amor. Y como entre todos los dones el más perfecto, el único que con verdad podemos decir que es nuestro, es nuestra voluntad, nuestra libertad a la que renunciamos por la obediencia, de aquí es que la obediencia es la virtud más excelente de todas, la que debe ser el distintivo de las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Por lo mismo, debéis poner en la práctica de la obediencia escrupulosísimo cuidado, para no faltar en lo más mínimo en tan hermosa virtud, procurando con todo ahínco que sea pronta, sea universal, sea ciega, sea alegre. *Mejor es la obediencia que las víctimas, porque es la víctima mejor entre todas.* Todo por Jesús y a su mayor honra y gloria. Además, esta virtud es la que a todas las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús os dará fuerzas superiores a vuestro sexo y os hará invencibles.

A este fin, las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús debéis volveros como niñas por vuestra docilidad y candor, dejándoos llevar y regir por la divina Providencia, por medio de vuestras Superioras, como un cadáver, que no opone resistencia a los movimientos que se le dan; muertas a la propia voluntad, cuyo sepulcro sea la obediencia, para que así viva siempre en la Compañía el amor a Jesús y su voluntad santísima; pues no hay cosa que eleve el alma más presto a la perfección que la obediencia.

Dejad, amadísimas hijas en el Señor, dejad libre a la Superiora la disposición de vosotras mismas y de vuestras cosas, sin repugnancias o demostraciones de parecer contrario, para mejor adelantar en el servicio de Dios.

Sufrid sus defectos con humilde paciencia; rogad por ella, amadla de corazón y obedecedle sin replicar en todas las cosas donde no se viere ciertamente pecado, no le aumentéis su ya harto pesada cruz con una conducta menos observante; y estad ciertas que obrando así, hacéis la voluntad de Dios que ha dicho: "Quien oye a vosotros (los Superiores) a Mí me oye; quien os desprecia, a Mí me desprecia".

Tened especial empeño y emulación todas las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús por señalaros en esta virtud de la obediencia, no sólo en las cosas de obligación, sino en todo, aunque no se vea sino la señal de la voluntad de la Superiora sin expreso mandato, y para mejor lograr esto, tened siempre ante los ojos a vuestro Esposo Cristo Jesús, obediente hasta la muerte y muerte de cruz, y a vuestra Madre Santa Teresa de Jesús, extremada en la obediencia, por quienes debéis obedecer con amor, no turbadas por el temor. Sed tan prontas en obedecer a la voz de vuestra Superiora, como si de la boca de Dios saliera, dejando por acabar la letra, punto o cosa comenzada.

Debéis persuadiros de que sois como un bastón de un hombre viejo, del que se sirve el que lo tiene en la mano, dondequiera y en cualquiera cosa que le parezca conveniente. No deseéis, amadísimas hijas en el Señor, ni solisteis jamás, ni directa ni indirectamente, pasar de un grado a otro, ni de un oficio o lugar a otro en la Compañía de Santa Teresa de Jesús, sino esforzaos en perfeccionaros y glorificar a Jesús en el grado, oficio y lugar que la obediencia os señalare. Buscad, en cambio, desead y pedid siempre y en toas las cosas, exclusivamente conformar vuestra voluntad con la divina, en lo cual consiste la suma perfección; estad totalmente indiferentes a todo lo que no sea hacer la voluntad de Dios, manifestada por el medio infalible, que es la obediencia. No tendréis paz perfecta ni sabréis gustar el espíritu suavísimo del buen Jesús, hasta que estéis perfectamente indiferentes a todo lugar, a todo empleo u oficio, a toda persona u ocupación, por su amor. Es este punto el más práctico y esencial.

Nunca acabaríamos de encarecer esta reina de las virtudes, porque es la más necesaria a la Compañía de Santa Teresa de Jesús, y es la que ofrece más dificultades a las hijas de Eva. No os olvidéis de que el primer pecado de vuestra madre Eva fue una desobediencia y de que la primera virtud que nos salvó fue el *fiat* obediente de María.

Como todas las cosas que son de Dios, son ordenadas en número, peso y medida; como nuestro amantísimo Padre celestial, con sabiduría infinita y providencia admirable, dispone de un fin a otro fin, fuerte y suavemente todas las cosas, deben sus hijas que habitan bajo su patrocinio y moran bajo su gobierno paternal, vivir con gran confianza, seguridad y paz, respecto de todas las cosas que les pueden sobrevenir coladas por sus divinas y benditísimas manos: *porque todas las cosas, así prósperas como adversas, cooperan al bien de los que aman a Dios.* Por tanto, después de cumplir con vuestro deber, las Hermanas de la Compañía descansad tranquilamente en los brazos amorosos de la divina Providencia,

con mayor motivo, porque la Compañía sólo procura y debe siempre procurar en todas las cosas, a ejemplo de la gran celadora de la honra de Jesucristo Santa Teresa de Jesús, que sea santificado el nombre de Dios, nuestro Padre celestial, venga a nosotros su reino, y se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo" (2).

6. *Prudencia*

En el capítulo más arriba escrito sobre "cómo gobernaba" aparecen comprobaciones múltiples del grado en que poseyó esta virtud indispensable. Si la prudencia es necesaria para todo hombre que ha de gobernarse a sí mismo en la vida, lo es mucho más cuando un hombre ha de regir a otros hombres. Y más todavía si son mujeres. Añádanse a esto las punzantes contradicciones y dificultades con que tropezó don Enrique en su intento, y se llegará fácilmente a la conclusión de que la prudencia le fue tan necesaria en la vida, que sin ella el edificio que quería levantar se hubiera hecho polvo apenas comenzado.

Sus empresas fueron una obra maestra de cálculo y acierto. En una vida como la suya se necesita una inmensa capacidad de ponderación y de equilibrio para no caer con estrépito y sembrándolo todo de ruinas. Los hombres son muy exigentes y no perdonan nunca al que fracasa. Prudencia necesitaba él para avanzar oportunamente y para oportunamente replegarse. Para no excederse en la fantasía ni quedarse demasiado corto en el proyecto. Para sostener ánimos vacilantes y ofrecer garantías a los que tan implacablemente las exigen cuando se les pide cooperación o simplemente confianza. Para no despertar – a no ser que Dios quiera que aparezcan como crisol y alambique – recelos, sospechas, celotipias, cariños, odios, y demás malas yerbas en que tan abundante es la flora de la naturaleza humana. Andaban por el medio en la vida de don Enrique muchas cosas: honor sacerdotal, dinero suyo y ajeno, intereses de la Iglesia y de España, muchas vidas jóvenes, amplios márgenes de confianza y de crédito cedidos a su bondad y talento. Forzosamente tenía que caminar con la más vigilante discreción. ¿La tuvo? Que hablen los hechos con el lenguaje de la fecundidad alcanzada por sus obras.

Díganlo también las religiosas Teresianas para quienes el Fundador "era un oráculo", y otras muchas personas que a él debieron la vocación sacerdotal y religiosa y a veces su bienestar material, como fruto de sus consejos; los seglares, que, convencidos de que el Espíritu Santo le había enriquecido con este don, a él acudían en demanda de sus opiniones y advertencias; el párroco de Reus, don Félix Barri, en cuya casa se hospedó más de una ves don Enrique, el cual aseguraba que cuando allí convivía eran interminables las visitas de quienes iban a él para pedir orientación o consuelo en sus aflicciones; y decían que era un santo y que si de ellos dependiera le pondrían en los altares; dígalo su minuciosidad en la formación, gobierno y dirección de las Comunidades y colegios, que le hacía descender a inverosímiles detalles en las clases, la capilla, las vigilancias, la forma de corregir, pedir y mandar, detalles cuya utilidad y eficacia se comprobaban enseguida; la elegante imparcialidad con que supo mantenerse en sus conversaciones y en su puesto de Director de una Revista para el pueblo, en época de tan virulenta exacerbación política aun en los ambientes eclesiásticos; la humildad en fin, con que él mismo pedía consejo y la insistencia con que recomendaba a los demás que lo pidieran siempre.

7. Un escollo se levanta molesto y agresivo para el lector que navega sobre la superficie de estas últimas reflexiones. Si tan obediente y tan prudente fue don Enrique, ¿por qué el pleito con las Carmelitas tan traído y tan llevado? ¿No hubiera sido mejor, aún en el caso de que le hubiera asistido la razón, callarse y ceder?

¡Qué propensos somos los hombres a buscar soluciones simplistas, sobre todo cuando juzgamos a los demás! Creo que el escollo puede ser fácilmente sorteado con sólo tener en cuenta las siguientes reflexiones:

1º. Si fue desobediente don Enrique, ¿a quien desobedeció?, ¿a la autoridad eclesiástica? Recuerde el lector que se trataba de una cuestión en que la autoridad no podía *mandar*, sino únicamente hacer justicia. Y es la misma legislación de la Iglesia la que, reconociendo que no es infalible el fallo de uno cualquiera de sus Tribunales, permite al acusado el recurso y la apelación a un juez superior. De manera que, una de dos: o la misma Iglesia fomenta la desobediencia y rebeldía al permitir la apelación, lo cual es inadmisible, o don Enrique no fue desobediente jamás, cuando asistido de muy fuertes y poderosas razones buscaba por un segundo camino la salida que le habían cerrado en el primero.

A los puntos de la pluma se me viene el recuerdo de Dom Bosco, tachado también en su día de desobediente, y obligado a sostener durísima batalla con el Arzobispo de Turín, monseñor Riccaldi. Que no se avenía a permitir que los clérigos del Oratorio de María

Auxiliadora se formasen independientemente del Seminario de la Diócesis. Dom Bosco suplicó, lloró, recurrió, y no cejó en su empeño hasta conseguir sus justas pretensiones. Incluso intentaron envolverle en un proceso, y acudió al Papa León XIII a defenderse. El Pontífice reconoció su inocencia, si bien, por salvar la autoridad del Arzobispo (distinto del anterior) y evitar males mayores, determinó que Dom Bosco pidiera perdón. Y lo pidió, porque era un santo. ¡Cuántas veces, en la desconocida historia de las almas virtuosas podrían encontrarse capítulos semejantes!...

2º. Vengamos ahora a la virtud de la prudencia. Imprudencia hubiera sido quizá si por ejemplo hubiera hablado del pleito fuera de los Tribunales, si se hubiera quejado con amargura de los fallos que él reputaba injustos, si hubiera dado pábulo a las hablillas y comentarios que con tanta facilidad se producen en estos casos, si hubiera acudido a los Tribunales civiles en donde le aseguraban mejores resultados. Pero… ¡si lo que hizo fue todo lo contrario! Se calló herméticamente, prohibió incluso a sus hijas que hablasen del asunto, no pronunció una palabra que no estuviese embalsamada de caridad para sus detractores, rechazó como un pecado la sugerencia de acudir a la justicia del brazo secular… ¿En qué fue imprudente don Enrique?

Escribe Santo Tomás sobre esta virtud tan difícil y dice: "Hay varias especies de prudencia, en conformidad con el diverso fin a que cada una tiende. Existe en primer lugar la prudencia simplemente dicha, que se ordena al bien propio de cada uno; en segundo lugar, la prudencia que podría llamarse económica (3), la cual se ordena a la conservación del bien común de la casa o la familia; y en tercer lugar, la prudencia política que tiene como objeto el bien común de la ciudad o del reino" (2ª. 2ae. quest. XLVII – art. XI).

Estas palabras tan sabias y sencillas nos dan la clave para entender muchas cosas. Porque si la prudencia cambia de especie según sea distinto el fin a cuya consecución tiende, es lógico que cambien también sus manifestaciones y, en la debida proporción, los procedimientos para su observancia y su custodia. Mal entendería la prudencia el que, so pretexto de guardarla a todo trance, quebrantara aunque no fuese más que por omisión otras virtudes más importantes, a cuyo celoso mantenimiento está obligado por su particular situación en la vida. Este es el caso de don Enrique.

¿Qué hubiera sido más prudente?, ¿ceder al primer fallo y derribar el Noviciado?, ¿o continuar la defensa? En la primera hipótesis se violaba otra virtud, la justicia. Al menos así lo pensaba él y con muy sólidas razones. Además, la Compañía, con toda probabilidad, hubiera dejado de existir; los bienes empleados en la construcción, se habrían perdido; el escándalo, inevitable; la amarga desilusión en muchas almas, segura; el prestigio sacerdotal, en quiebra; las consecuencias para el bien que de la Compañía empezaban a derivarse, impedidas. ¿Nada de esto preveían los prudentes? ¿O es que la previsión del mal que puede originarse no forma parte de esta virtud tan alabada?

En cambio, don Enrique resistió o, por mejor decir, persistió en la defensa de sus puntos de vista. ¿Y qué pasó? Hasta el sufrimiento, tan prolongado y tan duro, se convirtió para él y para la propia Compañía en escuela de virtudes. La obra siguió adelante y, a la muerte de don Enrique, se hallaba prodigiosamente extendida. ¿Habrá alguien, a la vista de esta vigorosa expansión y del inmenso bien que ha hecho, que se atreva a dudar de que la existencia de este Instituto Religioso, aprobado por la Iglesia, ha sido querida por la voluntad de Dios? Entonces, ignoro en qué ocasiones tendremos derecho a emplear esta frase. Pues si Dios ha querido permitir la consolidación de la Compañía de Santa Teresa, no parece temerario afirmar que el mismo Dios quiso en su Providencia señalar cuál fuese ese camino, quién lo recorrió, cómo…Fue un hombre justo y prudente, que sufrió mucho. ¡Bendito sufrimiento!

(1) Escribe la Madre Dolores Jordá: "Siempre observé que cuando alguna de las empresas del Siervo de Dios resultaba con mucho éxito, habíamos de callarnos, pues conocíamos que no le gustaba que le recreásemos los oídos. En una ocasión en que nos iba a dar las Constituciones, y vio en nosotras exceso de alegría y agradecimiento porque nos había hecho las Constituciones, nos dijo: "Hijas, todo por Jesús, todo para Jesús, y todo con Jesús". Entendimos que todo venía de Jesús y todo lo habíamos de encaminar y atribuir a Jesús".

(2) De acuerdo con estos pensamientos obraba en la práctica y de ello es buena prueba la anécdota siguiente que nos ilustra muy bien sobre el modo que tenía de educar a las religiosas en esta santa virtud.

Al salir del Noviciado la Hermana Teresa Vidal – que es célebre en todo el Instituto por lo malísimamente que hablaba el castellano – fue destinada a Madrid.

- Padre – dijo ella con angustia -, ¿qué voy a hacer yo *a* Madrid con lo mal que hablo castellano?...

- Vaya tranquila a donde le manda la obediencia, hija. Con tal que la entienda el confesor y la Madre Superiora, no necesita nada más para ser una buena religiosa.

Cincuenta y cinco años estuvo la Hermana entre los madrileños y, por razón de su oficio de enfermera, tuvo que tratar con médicos de gran cultura y mucha fama. Del mismo modo, desempeñando otros oficios y por el régimen particular del colegio de la Puebla (iglesia de San Antonio de los Alemanes) hubo de tratar con muchos sacerdotes y personajes distinguidos. A todos agradaba y hacía mucha gracia aquella mescolanza de enrevesado castellano y mal hablado catalán de la Hermana Teresa.

Del mismo estilo, o más expresivo aún, es este otro caso que nos narra la Madre Juana Pellicer: A los principios, el cuarto de hora de oración que tenemos por la tarde, estaba mandado que diese los puntos, de memoria, la religiosa que por turno le tocaba. A la hora señalada se reunió la Comunidad para hacer este ejercicio en la capilla; y a poco de estar allí bajaba la Hermana Enfermera con un plato y tacita en la mano, y de casualidad la encontró nuestro Padre:

- Hermana Rosa – le dijo - ve a la capilla y haz el “cuarto de hora” a la Comunidad.

- Sí, Padre, sí.

Y allá va la buena Hermanita. Se arrodilla en el reclinatorio y después de rezar la oración preparatoria comienza la meditación (en catalán) de unos puntos de la Pasión:

- Mirin a nostre Senyor tot groc, tot ensanguinat (miren a nuestro Señor todo pálido, todo ensangrentado), etc.

Complacidísimo estaba nuestro Padre al oír desde fuera y comprobar este rasgo de obediencia en una de sus hijas.

(3) No se entienda esta palabra en el sentido restrictivo que solemos darle.

CAPÍTULO LXII

FAMA DE SANTIDAD

a**) Mientras vivió en este mundo**. Testimonios elocuentes: 1. De seglares.- 2. De prelados y dignidades de la Iglesia.- 3. De amigos íntimos.- 4. De iguales e inferiores.- 5. De los religiosos: Jesuitas, Carmelitas, Franciscanos, Benedictinos, del Corazón de María.- 6. Fuera de España.- 7. De sus hijas.- 8. ¿Sufrió esta fama con motivo del pleito? – b) **A la hora de la muerte**: 1. Reconocimiento unánime.- 2. Apariciones a algunas personas.- c) **Después de la muerte hasta hoy**: 1. Aumento y consistencia de esta fama. Las espigas brotaron solas.- 2. Desde el traslado de los restos hasta la incoación del Proceso. Esperando.

Cuando hasta aquí hemos visto representa la vida de don Enrique tal como él la ofreció a la contemplación de los demás con sus actos y sus ideas, sus intenciones y propósitos, sus anhelos, sus afectos, su espíritu. Es verdad que, según lo reclamaban la oportunidad y el desarrollo lógico del pensamiento, también han ido apareciendo los juicios que muchos hombres formularon con respecto a esa vida singular. Pero nos falta aún tratar de un modo directo y con deliberada amplitud este punto concreto, indispensable en una biografía de este género: el de cómo fue juzgada en conjunto por los demás hombres esa vida que don Enrique ofreció a su contemplación sin pretenderlo. Nos acercamos así, muy próximo ya el fin de nuestro trabajo, a examinar dentro del mismo un aspecto tan interesante como delicado. ¿Qué concepto es el que ha prevalecido entre los hombres sobre ese don Enrique tan múltiple y polifacético que conocemos? El catequista, el pedagogo, el escritor piadoso, el apóstol teresiano, el fundador de la Compañía, etc., ¿qué es, en definitiva? La respuesta que nos dan los hombres, es decir, el pueblo en las diversas clases que le representan, es ésta: don Enrique fue un santo. Puesto que del pueblo la tomamos, nos hace falta decir que interpretamos la palabra en el sentido sencillo y vulgar que entre el pueblo tiene.

A) MIENTRAS VIVIÓ EN ESTE MUNDO

Su vida, hemos dicho en otra parte, estuvo siempre expuesta a las miradas de los demás. Don Enrique, a pesar de su modestia, fue un hombre eminentemente público. A ello le obligó la índole de las diversas actividades a que vivió consagrado. Lo cual, si bien se mira, hace muy difícil la permanencia de una determinada fama de santidad. En cambio, es ésta mucho más fácil de mantener cuando la persona, en torno a la cual se ha creado, vive recatada tras los muros silenciosos de un convento.

Cuando don Enrique recorre pueblos y ciudades predicando, dando ejercicios, visitando la archicofradía, etc., los niños pequeñitos que reciben de él alguna estampa, por ejemplo, escriben después con letra torpe y balbuciente: Recuerdo de Mosén Enrique, el santo. ¿Qué pasa para que estos pequeñuelos se conviertan así en definidores atrevidos de una cuestión tan peligrosa? ¿Qué oyen a su alrededor? ¿Qué dicen sus padres y los señores Curas de sus Parroquias, para que ellos consignen tan resueltamente una frase cuyo sentido no comprende aún? ¿Y por qué las jóvenes desean todas acudir a su confesionario y se retiran de él con fuertes y duraderos anhelos de perfección y vida santa? ¿Por qué en las actas de constitución de la Archicofradía, en diversas parroquias, se rompe el protocolario y monótono estilo de costumbre y se ponen frases como éstas: “inspirada por el santo sacerdote don Enrique de Ossó”; “deseando seguir en todo las instrucciones del santo fundador de la misma”, etc.? ¿Por qué en los pueblos se consideraba como una gloria indiscutible el que él hubiera estado allí, predicando o actuando de cualquier manera que fuese en sus diversos ministerios? No adelantemos ninguna respuesta. No nos incumbe adelantarla. Estamos sencillamente recogiendo el modo como pensaban con respecto a él los que le conocieron. Veamos algunos testimonios de seglares:

1. Nos dice el pintor y escultor Cerveto: “Quisiera tener mejor memoria y más fácil expresión para decir todo lo que sé y todo lo que siento del Siervo de Dios. Vi en él algo tan extraordinario, de tanta virtud y santidad, que a mi parecer está muy por encima de todos los hombres que yo he conocido”. Añade doña María Cinta Curto Calbet, vecina de Tortosa el año 1925: “Ya cuando él vivía todos decían que era un santo y las obras que hacía eran de un

santo". Nos escribe don Enrique Bayerri, que vive actualmente en Tortosa, investigador insigne, Director del Museo-Archivo municipal de aquella ciudad, de la Real Academia de la Historia, muy lleno de otros méritos que dan a su testimonio positivo valor. "Como natural del arrabal de Jesús, donde don Enrique fundó el Noviciado-Colegio de su Institución Teresiana y a donde acostumbraba ir o solo o acompañado de algún otro sacerdote, tuve yo numerosas ocasiones de verle y observarle, puesto que el tranvía de que se servía para trasladarse allá desde Tortosa, tenía su término de ruta y estación final junto a la casa número 3 de la calle Carretera de Cherta, que yo habitaba con mis padres desde que nací.

Lo ordinario en don Enrique era venir a Jesús por la tarde, hacia las cinco, o antes en invierno. Recuerdo que lo más común era ir solo, y allí llamaba la atención del vecindario por su dignísima, pero no afectada compostura sacerdotal, en forma que era común fama que era un santo, y eran muchos los que le conocían por el familiar pero respetuoso apodo de "*lo capellà santet*" (el sacerdote santito).

La veneración con que le miraban todos se contagió en mí durante los años en que más le recuerdo: 1890-1895.

Lo general era oír hablar de él con grande aprecio y estimación de hombre muy virtuoso y culto, y que era un excelente profesor del Seminario Sacerdotal de Tortosa.

Cuando años después de aquella época de mi niñez escuché de labios de personas honorables que le conocieron, la relación de su vida, me confirmé en el altísimo concepto que de muchacho había formado de él, con sólo verle, observarle, besarle la mano y escuchar de él, acaso, alguna palabra cariñosa".

Del mismo estilo son otros muchos testimonios que podrían aducirse pertenecientes a personas sencillas que tuvieron trato directo con él por uno u otro motivo. Así, por ejemplo, el de la dueña de la casa en que estuvo hospedado don Enrique mientras vivió en Tortosa, la cual, en su testamento, dejó la vivienda a una sobrina con la condición expresa, de que nadie habitase, por reverencia al santo sacerdote, el cuarto que él había ocupado. Algo semejante sucedió en Valencia. "En la casa en que nos hospedábamos en Valencia antes de tener colegio, sus dueños tenían un concepto de tanta santidad del Siervo de Dios, que con el fin de tener una reliquia suya, reservaban la silla en que él se sentaba, no dejándola usar por persona alguna, sino únicamente por nuestro Padre Fundador sin que él lo advirtiera. Esto me lo refirió la misma dueña de la casa, hoy difunta".

De más fuerza demostrativa que el juicio de los seglares es el de los eclesiásticos, por cuanto su conocimiento es mucho mayor en esta materia y más significativa la natural mesura de sus palabras. Además el clero – y ello es fácilmente explicable – suele ser terriblemente exigente con los de su clase para conceder patentes de santidad. Con don Enrique de Ossó no sucedió así. Ello es un motivo de muy íntima satisfacción para el que escribe este libro, porque verdaderamente causa asombro no encontrar ningún testimonio adverso – a pesar de haber sido buscados con gran diligencia – y sí en cambio abundantísimos y de muy poderosa elocuencia en su favor. Los traslado aquí con mucho cuidado y complacencia:

2*. De Prelados y dignidades de la Iglesia*. Son conocidos ya los de los eminentísimos Cardenales Casañas y Cascajares, los de los Obispos Barberá, de Palencia; Izquierdo, de Madrid; Mazarrasa, de Ciudad Rodrigo; el propio Vilamitjana, de Tortosa, en varias ocasiones. También los del arcediano de Vich, don Jaime Collell y el tesorero de Tarragona, doctor Baucells. A estos últimos debo añadir aquí el del Deán de Ciudad Rodrigo, don Santiago Sevillano que decía en cierta ocasión a la Madre Paula Altés: "Tenéis un Padre cuyos méritos no conocéis. Cuanto más de cerca se le trata, más alta idea se forma de él y de su santidad".

3. *De amigos íntimos*. Renuncio a transcribir aquí nada de Altés. Tal es la abundancia, que se hace imposible todo intento de selección. Oigamos al doctor Marsal. "Gozó fama de santidad entre el Episcopado Español y el clero de Cataluña…Yo siempre le tuve como fiel trasunto de Jesucristo cuando andaba por el mundo y esto con preferencia a cuantas personas he conocido durante mi larga vida". De Sardá y Salvany. De don Manuel Domingo y Sol…

4. *De iguales e inferiores*. Mosén Esteller, Beneficiado de Almazora, dejó escrito: "El fuego que brota de las palabras del Siervo de Dios enardecía las almas. En aquel corazón magnánimo de don Enrique, continuamente enfervorizado, no parece que había ni cabía más que amor de Dios y sacrificios para hacerle conocer y amar". Escribe don Domingo Audí, párroco de Calaceite (Teruel): "Gozó fama de santidad en su vida, y esta fama era general…En los pueblos que visitaba con motivo de su apostolado se le recibía con suma veneración…,

jamás oí proferir de él queja alguna ni por los párrocos, ni por las gentes de los pueblos que él visitó…". Don José Masvidal, maestro de capilla de la Basílica de Santa María del Pino de Barcelona: "Yo consideraba a don Enrique como hombre sobrenatural y superior a los demás sacerdotes; en una palabra, como a un santo". Más explícito, aunque no tan terminante, es el modo de hablar de don Juan Fontanals, Beneficiado de la iglesia parroquial de San Antonio Abad de Villanueva y Geltrú. Mucho más joven que don Enrique, empezó a tratar con él con motivo de la fundación del colegio de la Compañía en dicha villa. Este trato ya no se interrumpió nunca, sino que fue acrecentándose a medida que las diversas actividades del apostolado teresiano se multiplicaban. "Conocí a don Enrique y traté con él las temporadas que él residía en esta población, por compartir con él sus obras de celo…Alguna vez le ayudé a dar Ejercicios Espirituales a las jóvenes de la Archicofradía".

Habla después de su característico estilo en la predicación, al que ya nos hemos referido anteriormente, y de los consejos que sobre el particular le daba a él y a los sacerdotes jóvenes. Y enumera los provechosos resultados de las obras de don Enrique en las parroquias, razón por la cual se comprende que los párrocos – como nos dicen otros - le llamasen y le instaran vivamente a que realizara en sus iglesias la misma labor. "Los frutos de la Archicofradía los he visto abundantes en todas las poblaciones importantes de nuestro Obispado, como Mataró, Sabadell, Granollers y demás parroquias de Barcelona; lo sé por haber yo predicado en las fiestas principales de la Archicofradía…En Villanueva y Geltrú, resultaron extraordinarios los frutos de santidad y aún de perfección religiosa, por la Archicofradía y por el cuarto de hora de oración producidos. Recuerdo con gozo extraordinario a muchísimas jóvenes, arrancadas aún en los mismos días de los famosos carnavales, de las diversiones peligrosas, de los incontables y concurridísimos bailes, cuando antes de la Archicofradía paréceme que, ni por excepción, se libraba de ellos, al menos de asistir, ni una sola joven, ni una sola niña…Y las muy numerosas vocaciones que de la Archicofradía brotan para diversos Institutos Religiosos, particularmente para la Compañía…Era bastante aproximado el número de asociadas que contraían matrimonio y el de las que ingresaban en Institutos Religiosos…Cuando venían nuevos Coadjutores a la Parroquia, se mostraban edificados por lamentarse las jóvenes teresianas de haber omitido, por ejemplo, un día el cuarto de hora de oración, de haber dejado el examen particular, etc., debiéndose este ejercicio y prácticas de perfección al espíritu teresiano de aquella juventud femenina"…Ahora bien, ¿Quién era el alma de todo esto? No otro sino don Enrique. Por eso añade: "Su celo por la gloria de Dios fue inmenso y se manifestaba en el tenor de su vida, en sus predicaciones, escritos, fundaciones, etc.…Yo pudo comprobar el afán que tenía por adiestrar en el apostolado a las jóvenes católicas y a los clérigos…A mi parecer era un hombre de verdadera vida interior, conservando habitualmente la presencia de Dios. Yo siempre le tuve en tal concepto…Sentíame santamente bien a su lado"…Hace después un detenido examen de todas las virtudes en que sobresalió, y termina con estas palabras: "Observé en él siempre una elevación de espíritu superior a la generalidad de la gente piadosa y aún de los sacerdotes piadosos. En este mismo concepto le tenían cuantos le trataron. Esta fama de hombre de gran virtud que gozaba en vida, puedo afirmar que en Villanueva y Geltrú ha llegado a ser verdadera fama de santidad, no procurada por arte o industria, sino espontánea".

5*. Entre los religiosos*. a) *Jesuitas*: El Padre Doménech. "Don Enrique es uno de esos sacerdotes que Dios envía a la tierra, cada cien años uno". El Padre Carceller: "Cuánto más pienso en su esperanza, en sus energías sobrenaturales, en su arraigada fe, más grande me parece la figura gigantesca de este varón de Dios…Bastaba verle decir la Santa Misa, para persuadirse de que don Enrique era un santo…Desde muy poco tiempo de haberle conocido formé el concepto de que don Enrique era un santo, y esta opinión se afianzó en mí conforme le fui tratando. No es que yo viera en él una santidad al estilo de la de aquellos hombres extraordinarios por su ascetismo, sino que su santidad era imitable y asequible para nosotros. Esta opinión en que yo tuve a don Enrique la tuvieron también oros sacerdotes y religiosas que le trataron. Y trascendió a la gente, pues recuerdo que cuando pasó por mi pueblo "La Fatarella" con ocasión de predicar y fundar la Archicofradía, se propagó la especie de que don Enrique era un santo". El Padre Arbona: "Profeso muchísima veneración al Siervo de Dios por su vida y por los beneficios espirituales que yo he recibido; deseo vivísimamente y he deseado siempre su beatificación porque ello daría mucha gloria a Dios y serviría para conocer las obras que fundó mientras vivía y sería un modelo para los sacerdotes seculares". El Pare Tena, Superior de la residencia de jesuitas en Tortosa: "Su fama de santidad se extendió hasta entre las personas doctas y virtuosas. Cuando estaba delante de Jesús Sacramentado, parecía

endiosado y fuera de sí; b) *Carmelitas*. Padre Plácido Prats, carmelita descalzo del Desierto de las Palmas: "En nuestra Comunidad me consta que de antiguo se conserva la fama de la vida santa del Siervo de Dios. Veía yo en él un no sé que de grandeza, de dignidad, de respeto, que ahora me lo explico porque veía en él a un santo…Respiraba santidad hasta en los más mínimos detalles…Cuando estudiante, no me daba yo cuenta de esto ni me lo explicaba, pero ahora después de muchos años de vida religiosa y de oración, me doy cuenta de la virtud y ejemplos de santidad que daba don Enrique, y tengo el convencimiento y persuasión de que aquella alma andaba siempre en la presencia de Dios"; c) *Franciscanos*: Ya han sido recogidos al hablar de la estancia de don Enrique en Sancti Spiritus; d) *Benedictinos*: Varias veces nos hemos referido en diversos capítulos de este libro al concepto manifestado por el Padre Fontseré, eco a su vez del de otros Padres y Hermanos de la Comunidad. Pero más expresivo que ninguno es el de un lego del Monasterio que decía a las Madres "que era un santo don Enrique y que le guardaba un sitio en la iglesia de Montserrat para hacerle un altar y poner su imagen como también pondría la del Padre Claret"; e) *Del Corazón de María*: El Padre Pablo Cabré en una carta: "En su vida privada no se le oía conversación ni palabra que no fuese inspirada por su celo ardentísimo de la gloria de Dios…, y en el mismo concepto de alma limpísima y abrasada en el amor de Jesús en que le tenía entonces, le tengo hoy, después de veinticinco años que me separé de su dirección".

6*. Entre sacerdotes no españoles*. A América llegó la fama de don Enrique como hombre santo. Sirvieron de vehículo sus propias hijas, sus libros y escritos varios, y algunos sacerdotes de aquel continente que providencialmente le conocieron en uno de sus viajes a Roma y más tarde en España. Como a santo le trataba y le quería entrañablemente monseñor Ibarra, Obispo de Chilapa y después Arzobispo de Puebla de los Ángeles. "El canónigo don Julián Vélez, de México, nos decía con convicción: Tengan por seguro que es sano su Fundador. Y sólo le conocía por referencia y por sus escritos". Igual decía don Juan de Dios Laurel, también canónigo y confesor de nuestra Comunidad que se propuso estudiar nuestras Constituciones y Directorio y decía: "que era un hombre de oración y solidísima virtud quien había escrito estos libros y que por esto llamaba a nuestro Padre, el santo Fundador". Y el Fundador del colegio de la Compañía en Zacatecas (México), don Baudilio Guerra, Vicario General de la diócesis, etc., etcétera…

7*. Entre sus hijas, las religiosas de la Compañía*. ¿Será necesario tejer una guirnalda con las rosas que podrían arrancarse del jardín de su amado Instituto? Porque rosas serían, por su belleza y por el rojo vivo de su color, los testimonios de tantas y tantas Madres y Hermanas Teresiana que han escrito y dicho mil veces, con sencillez y sin jactancia, nada más que porque no podían guardarlo en su interior, que don Enrique era santo, muy santo. Prescindo de trasladar aquí sus afirmaciones, precisamente por ser ellas parte interesada, aunque bien seguros podemos estar de que en las mismas no irían más lejos que aquellos que no tuvieron con él tan estrechas relaciones. Tengo miedo además de que, si pretendiera recopilarlas, el peso de este libro llegaría a ser insoportable. Valga por el de todas reunidas el testimonio de la Madre Rubio: "Los párrocos bendecían a Dios porque, mediante la devoción a Santa Teresa promovida por nuestro Padre, hallaban un medio de salvación y perfección para las jóvenes. Era considerado en concepto de santo, en la acepción que vulgarmente se da a esta palabra…No hallo modo más cabal de ponderar sus admirables ejemplos sino afirmar que nunca en los nueve años que tan cerca de él viví advertí en nuestro Padre imperfección, y que esto mismo lo he oído decir a muchísimas de nuestras religiosas que le conocieron y trataron, entre ellas la Rdma. M. Teresa Blanch, la M. María Folch, Secretaria General y la M. Francisca Plá, Maestra de Novicias".

8. Una pregunta es inevitable, la cual surge plenamente justificada ante esta avalancha de rotundas afirmaciones. La fama de hombre santo que ya en vida tuvo don Enrique, ¿no sufrió mengua ni quebranto con motivo del enojoso pleito? Debemos observar primeramente que toda esta larga serie de espléndidos testimonios se refiere al conjunto de su vida, incluso al periodo en que se ve envuelta por el modestísimo asunto. De manera que en la mente de cuantos hemos visto manifestarse atribuyendo a don Enrique una santidad de vida en la que ellos creían, el pleito, lejos de ser obstáculo a esa reputación, se convirtió en nuevo fundamento de la misma, ya que todos ellos le consideraban o defensor de justísimos derechos o al menos en posesión de una inmensa buena fe, y desde luego, todos, absolutamente todos,

de la conducta y magníficos ejemplos de virtud dados por don Enrique durante el largo proceso extrajeron motivos abundantes para afirmarse en su creencia.

Pero, ¿y los otros? ¿Qué pensaron los demás? Yo pregunto a mi vez: ¿quiénes son los otros?, porque es que don Enrique no tuvo nunca enemigos. Tuvo, eso sí, contradictores. Que en esta cuestión de que hablamos, constituyeron un pequeño grupo formado por los tres sacerdotes litigantes en primer plano, y de un modo mucho más impreciso y sin méritos para ser considerado, por la Comunidad de Carmelitas Descalzas, a las cuales se unían algunos lejanos asesores que disparaban tiros en la batalla sin conocer exactamente el teatro de operaciones, ni las fuerzas que entre sí combatían, ni mucho menos los motivos hondos y extrajurídicos – en este caso los más dignos de consideración – que movían a unos y a otros.

Pues bien, ninguno de ellos se atrevió a oponerse seriamente a la fama de que gozaba don Enrique. Excepto tal o cual frase apasionada, nacida del calor de la discordia, y de la que el mismo que la pronunció se arrepentiría pronto, nunca atribuyeron a don Enrique intenciones menos nobles, sino sencillamente ceguera y obstinación, dado el punto de vista en que ellos se colocaban.

El mismo Vicario General de Tortosa que decretó el derribo del Noviciado, don José María Castellarnau, reconocía por escrito la buena fe de don Enrique; don Jacinto Peñarroya dijo: “que así como a otras personas, tratándolas mucho, se las ve imperfectas, a nuestro Padre, cuanto más de cerca lo trataba, más santo le veía”.

De las Carmelitas Descalzas, escribió años más tarde la M. Teresa de Jesús, contemporánea de los sucesos: “De los detalles del pleito no estoy enterada, pero puedo decir que el Siervo de Dios todo lo hizo con buen fin y que en todo obró bien, aunque él buscaba ganar el pleito. Recuerdo que por entonces venían las religiosas de la recién fundada Compañía a oír Misa y a comulgar a nuestra iglesia porque ellas no tenían Sagrario; recuerdo que el Fundador y las religiosas fueron muy prudentes y muy humildes y nos dieron muy buen ejemplo, porque se portaban como si tal pleito no hubiese. Fue esto una gran contradicción que Dios permitió”.

De don Mateo Auxachs y don José Sánchez, ignoro totalmente si cambiaron de modo de pensar con respecto a lo que antes habían reconocido en don Enrique. Sólo sé que, fuera cual fuera su pensamiento y su conversación a partir del día en que empezaron los disgustos, la buena fama de Ossó no sufrió menoscabo alguno ni entre el clero ni en el pueblo. “No desmereció con motivo del pleito el concepto de hombre justo de que gozaba el Siervo de Dios entre las gentes del pueblo y los varones prudentes, antes bien ha ido en aumento…”. En idénticos términos se expresa el P. Carceller, que añade: “sin que obste a esta fama unánime y extendida, el criterio aislado de algún individuo que permaneció en su idea contraria a don Enrique tal vez más por apasionamiento que por razón”. Lo mismo el P. Tena: “No sé que nadie contradijera esta fama de santidad. Alguna persona, de palabra, desaprobó la tenacidad y el empeño con que llevó adelante el pleito; pero reconociendo que procedía de buena fe y con la íntima convicción de que obraba bien al defender lo que él creía su derecho”. El señor Bayerri: “Lo cierto es que la fama de sólidamente virtuoso, prudente y ponderado de don Enrique, salió de ese pleito incontaminada, sin eclipsarse del respeto sumo que todos le tenían”.

B) A LA HORA DE LA MUERTE

1. Examinada la fama de santidad que gozó en vida, debemos fijarnos ahora en el momento preciso de su muerte. Vamos recorriendo así las sucesivas etapas por las cuales ha pasado esa opinión hasta llegar a nuestros días. El momento de la muerte es también definitivo en este aspecto, como en todos. La losa que cae sobre el sepulcro de un hombre, o sirve para aplastar con su peso y su silencio la vida del fallecido y el rumor de las muchedumbres que le aclamaban, o cede un día violentamente sacudida por la fuerza del espíritu que todavía parece que late allí porque así lo quiere Dios. A veces ni con su peso oprime, ni por ceder a una fuerza superior se levanta. Sencillamente lo que hace es cubrir y proteger un cuerpo cansado que necesita reposo. Por fuera, todo sigue igual. Esto es lo que ocurrió con don Enrique muerto. Las circunstancias que concurrieron, a su desaparición de este mundo, no fueron propicias a manifestaciones de ninguna índole, de esas que suelen producirse entre el pueblo creyente cuando muere un hombre que tiene fama de santo. Hubo dolor, dolor inmenso, en el corazón de tantos como le conocían; se sucedieron incontenibles y espontáneos los elogios y reconocimientos a su virtud; habló la prensa, hablaron los niños, los sacerdotes, las religiosas,

los seglares; en la Revista Teresiana aparecieron crónicas que narraban los solemnes oficios celebrados por las Asociaciones Teresianas – particularmente las jóvenes de la Archicofradía – en los cuales a la vez que rezaban se encomendaban al sacerdote santo; fueron incontables las cartas, telegramas y visitas que las Madres de la Compañía recibieron en que invariablemente se decía lo mismo; se pidieron y distribuyeron estampas, libros y objetos de uso personal de don Enrique, porque los reclamaban muchos con amor…No, no sirvió la losa de su sepulcro para aplastar con su peso y reducir a silencio la fama de aquella vida santa.

2. Pero es que además hubo cosas extraordinarias. En último término la Iglesia será la que decida. La Iglesia es muy exigente en eso de comprobar bien lo que merezca ser comprobado. Por lo cual, con absoluta tranquilidad puede el que escribe la vida de un hombre limitarse a transcribir lo que en fuentes dignas de crédito ha hallado. El biógrafo da cuenta del hallazgo y nada más. La Iglesia dirá lo que convenga. Pero mal podría decirlo si no se la ofrecen los materiales de construcción sobre los cuales ella ha de emitir su dictamen. Recojo, pues, o que he encontrado con referencia a los días en que murió don Enrique, entendiendo la palabra días con cierta amplitud. Ello corrobora la fama de santidad que tuvo.

Escribe la M. Dolores Jordá: "Me refirió la M. Asunción Mallol, que actualmente reside en nuestro colegio de Gracia (Barcelona), que acostumbraba a velar para atender a ciertos trabajos, y que el Siervo de Dios la había reprendido, y al reprenderla ella le había prometido que no lo haría más. Nuestro Padre le dijo que no se fiaba mucho de su promesa por lo muy acostumbrada que estaba a velar, por lo que veía difícil que se corrigiera. El caso fue que en cierto día residiendo en el colegio de Tarragona, faltó a dicha promesa trabajando con otras dos religiosas en una labor, y pasadas las once de la noche, me dijo que ella advirtió que tenían allí presente, en la sala donde trabajaban, a nuestro Padre. Al verle exclamó: ¡Ay! ¡Nuestro Padre! Y al decir esto vio que el Siervo de Dios se iba a una habitación contigua. Fuéronse allí y ya no le encontraron. Al día siguiente supieron que había fallecido el Siervo de Dios en la misma noche en que sucedió el hecho relatado. Yo pregunté a la dicha M. Asunción: ¿Pero usted juraría que vio verdaderamente a nuestro Fundador? Y ella sin titubeo alguno respondió: Lo juraría tantas veces como quieran".

En Toluca (México) acaeció lo siguiente a la niña Concepción Ximénez, años después religiosa Teresiana. Ella ocultó la narración en el anónimo, que ahora ya no es necesario respetar:

Acababa de fundarse el Colegio de Santa Teresa de Jesús en Toluca (México), y a los pocos meses ingresaba yo en él como pensionista, teniendo el gusto de contarme entre las alumnas fundadoras, puesto que tenía el número cinco.

La separación de la familia me tenía tan triste, que no podía saborear, como mis demás compañeras, las satisfacciones propias de una buena colegiala: pero el fervor de una santa religiosa (Madre Rosa Cervera) encargada de nuestra recreación, iba templando con sus conversaciones, llenas de unción celestial, las añoranzas que tanto enturbiaban mi vida. Nos hablaba muy frecuentemente del Noviciado de España, en el que se había modelado tan bien su espíritu; pero especialmente de nuestro Padre Fundador; nos refería con entusiasmo sus conferencias espirituales, el cuidado más que paternal que tenía de cada una de sus hijas de la Compañía, proveyendo con tanta asiduidad a todas sus necesidades y especialmente, prodigándoles aquellas limosnitas de felicidad de que yo me encontraba tan hambrienta.

La figura de nuestro Padre se formaba, durante estas expansiones en nuestro corazón, dándole aquel nombre con todo cariño sin considerarnos extrañas a su amor ni a sus cuidados.

Iba poco a poco tomando gusto a la vida de colegio, sin pensar ni por asomo en ser religiosa.

Una noche – la del 27 al 28 de enero de 1896 -, dormía yo profundamente y, en sueños, vi a nuestro Padre muerto, tendido sobre una mesa, pobre y amortajado son una sábana o lienzo blanco. Lo conocía ya en retrato y por eso veía con toda claridad que era él. Me acerqué llena de miedo a la mesa y entonces vi con asombro que abría los ojos, me miraba amorosamente y extendiendo su mano derecha, la ponía sobre mi frente diciéndome estas palabras: "*Tú has de ser una de las mías*".

Al contacto de aquella mano tan fría, se me heló la frene y desperté asustada y gritando: "¡Nuestro Padre Fundador ha muerto!". La religiosa que dormía con nosotras (Madre María Sarrio) y las colegialas despertaron asustadas y creyéndome víctima de una pesadilla pretendían despertarme; pero yo no cesaba de gritar: "¡Nuestro Padre Fundador ha muerto! ¡Aún tengo la frete helada porque él me la ha tocado!"

Al día siguiente contaban a la Madre Superiora lo sucedido y ella me amonestó muy seriamente encargándome no volviese a despertar a las niñas, ni asustarlas de aquella manera y para quitarme aquella impresión que aún me duraba al día siguiente y convencerme de que aquello no era más que un sueño, me refería la costumbre de amortajar a los sacerdotes con los ornamentos sagrados, y no con una sábana, como yo aseguraba que había visto a nuestro Padre.

Yo me excusaba al ver la mala impresión que causaba a la Madre mi sueño y le prometía con toda sinceridad no volver a perturbar el sueño de mis compañeras.

Esto pasaba a las 8 ó 9 de la mañana.

En la tarde del mismo día se recibió en el colegio un cablegrama en esta forma: "Fundador ha muerto".

Es de presumir el dolor que llevaría a las Madres esta noticia; recuerdo bien que la Madre Superiora me llamó y ante la Comunidad me hizo referir mi sueño, afirmando todas que yo había sido la primera a quien nuestro Padre había anunciado su muerte.

Más tarde se confirmó haber amortajado a nuestro Padre de la misma manera que yo le vi en sueños y no con ornamentos sagrados. Tres años después era yo *una de las suyas*.

Algo muy semejante ocurrió en Montevideo con la muchacha que para el servicio del colegio tenían las Madres. Se llamaba Carmen Gómez, y después también entró en la Compañía como Hermana Ayudante. Escribe ella:

Antes de ser religiosa, vivía con las Hermanas de la Compañía en el colegio de Montevideo ayudando en las faenas domésticas de la casa. El día que recibieron el cable que anunciaba la muerte de nuestro Padre Fundador, las Hermanas me dieron las llaves de la puerta para reunirse todas a rezar. Al anochecer vine a abrir el recibidor y encontré a un sacerdote venerable sentado en el sofá y pensando era alguna visita para las Madres no me atreví, por mi timidez, a hablarle, pues me infundió cierto respeto que aún ahora, después de tantos años, parece estoy sintiendo.

Preocupada con esto abrí de nuevo la puerta del recibidor y esta segunda vez el sacerdote se paseaba de arriba debajo de la sala y aún paréceme que estoy oyendo el ruidito que al pisar el suelo hacían sus pies, y tampoco le dije nada, ni él me dijo una palabra. Me decidí a preguntarle quién era para pasar el recado a la Madre Superiora, y cuál no sería mi sorpresa cuando al abrir la puerta esta tercera vez, el sacerdote había desaparecido. Yo me quedé tan asustada que jamás me atreví a entrar sola en aquella habitación, pues yo estaba segura de que no había abierto la puerta a nadie y sin embargo me constaba que en casa había estado un sacerdote a quien yo no había franqueado la entrada ni la salida. De todo esto no dije nada a nadie, y a los dos años poco más, fui al Noviciado de España y al ver allí el retrato de nuestro Padre Fundador reconocí en él al sacerdote venerable que nos visitó en Montevideo el mismo día que pasó a mejor vida.

C) DESPUÉS DE SU MUERTE

1. Ninguno de estos sucesos que acabamos de referir trascendió al gran público. Quedaron celosamente guardados, tanto por discreción como por cariño, bajo los pliegues de unos pocos hábitos teresianos. No convenía dar pábulo imprudentemente a una creencia que acaso se convirtiera en exaltada credulidad. Nadie podrá tachar a las Madres Teresianas de haber contribuido artificiosamente y de propósito a robustecer la fama de santo que el Fundador tuvo en vida y a la hora de su muerte. Se ha consolidado y ha crecido ella sola, sin ortopedia de ninguna clase. Más bien hemos de decir que el esfuerzo que hubo de hacer el Instituto para reponerse de la pérdida sufrida y la situación un tanto precaria que en cuanto al gobierno del mismo que se prolongó hasta el generalato de la Madre Blanch, en 1898, estorbaron más que favorecieron el arraigo de una opinión pública nacida mucho antes. Además entre el año 1896 en que muere don Enrique y el 1908 en que son trasladados sus restos, tiene lugar el derribo del Noviciado. De no haber estado honda y espontáneamente cimentada aquella fama, es más que probable que hubiera desaparecido también entre el polvo del edificio demolido.

Lejos de esto, sucede todo lo contrario. Muchas personas se encomiendan a la intercesión de don Enrique en el cielo; privadamente se le hacen novenas en súplica de especiales favores; se empieza pronto a hablar de curaciones y gracias de otro género, obtenidas por su medio; entre el clero de la región tortosina no languidece su recuerdo, sino que se mantiene expansivo y fecundo; siguen adelante las asociaciones por él fundadas, se leen y meditan sus libros, aumentan los frutos que de ellos se derivan, la Compañía se propaga más y más, se construye el nuevo Noviciado, se habla de él con insistencia, se recuerdan sus sufrimientos, sus colosales ejemplos de de fe y de paciencia, su trabajo, su desprendimiento, su muerte…y poco a poco el nombre de Mosén Enrique llega a ser casi tan repetido como antes por sacerdotes y niños, por religiosas y por muchachas jóvenes, por hombres mayores también, que a él debieron su instrucción catequística cuando pequeños, su conciencia cristiana cuando mayores en la Hermandad Josefina, y caso después de casados la vocación religiosa de alguna de sus hijas. ¿Cómo era posible que se hiciera el silencio en torno a él, si por todas partes había ido sembrando la semilla del bien? Ahora tenían que brotar las espigas ellas solas.

2. El traslado de los restos desde Sancti Spiritus al Noviciado nuevo constituyó una jornada triunfal. A partir de entonces, su fama de santo aumenta cada día. Son frecuentísimas las personas de toda clase que han acudido a postrarse sobre la losa del sepulcro. Alguna vez la expectante y dolorida ansiedad de los que imploran parece que se ve premiada con prodigiosas intervenciones del cielo. Se le atribuyeron milagros auténticos, sobre los cuales la Iglesia, naturalmente, guarda el más riguroso silencio. La Archicofradía Teresiana organiza, en 1910, una peregrinación a su tumba con carácter únicamente de homenaje a la memoria del Fundador querido, y acuden más de 2.000 personas.

Así llegamos al año 1925. ¿Qué sucede? En Tortosa yen Barcelona, lugares de su habitual residencia, se incoa el Proceso de Beatificación del Siervo de Dios don Enrique de Ossó y Cervelló. Se empieza por el llamado proceso informativo de la fama de santidad. Son llamados a declarar muchos testigos. Las declaraciones fueron unánimente favorables.

Cuentan – no dé el lector a este detalle ninguna importancia – que cuando en Tortosa se empezó a correr la voz de que tal proceso se incoaba, una mujer del Barrio de Pescadores – y pescadora también de oficio – dijo con su áspera voz que entones resultaba suave: "¿Ahora van a hacer santo a Mosén Enrique, cuando hace tanto tiempo que lo era?". Supongo que el Tribunal no se molestaría por esta falta de respeto.

Así se manifestaron también algunas otras gentes del pueblo sencillo. Han pasado más de 40 años desde que los Tribunales Diocesanos de Tortosa y Barcelona concluyeron su trabajo. No se ha interrumpido nunca el desfile de los que, humildes y confiados, se acercan a la tumba de don Enrique.

La Causa de Beatificación ha dado un gran avance desde que el 11 de abril de 1959 el Papa Juan XXIII aprobó sus escritos. El 15 de julio de 1965 Pablo VI daba el "placet" a la relación hecha por el Eminentísimo Cardenal Larraona, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, para la Introducción de la Causa. Y el 7 de septiembre de 1966, en que la capilla del Noviciado de Tortosa, se abrían los Procesos Apostólicos, que, tras el periodo reglamentario, pasarán a Roma para su definitiva aprobación.

NOTA FINAL SOBRE ESTA CAPÍTULO

Con gusto recogería aquí los testimonios de muchas y muchas personas que aseguran haber obtenido, por medicación de don Enrique después de muerto, gracias y favores divinos. No lo hago, 1º, porque es ésta una materia muy delicada en la que toda prudencia es poca y, 2º, porque no lo juzgo necesario. Todos estos testimonios, tanto los que se refieren a curaciones al parecer milagrosas conseguidas por invocación de don Enrique, como los relativos a ciertos dones carismáticos que le acompañaron ya en su vida terrestre – éxtasis, profecías, penetración de conciencia, etc. – han sido oportunamente manifestados y sometidos a la suprema autoridad de la Iglesia.

Una excepción, sin embargo, me veo obligado a hacer, porque el peso de la narración es demasiado fuerte y vence toda resistencia. Debidamente autorizado, copio de los Procesos de Barcelona, sin más que omitir los nombres propios, porque la protagonista del suceso vive todavía.

Siendo yo Superiora del Noviciado de Jesús (Tortosa), unos días antes de Navidad del año 1921, la Madre X, quebrantada bastante de salud, fue empeorando hasta mediados de octubre de 1922 que la reconoció el médico doctor Sabaté, aplicándole los rayos X y sacándole algunas radiografías. Díjome el médico que tenía dicha Madre tuberculosis en los pulmones, y que también estaba muy mal de intestinos y de estómago. Estado en cama la dicha Madre en el mes de mayo de 1923, pedí consulta, pues la enferma se agravaba por momentos. Después de un detenido reconocimiento que hicieron los médicos Segura y Llorca, me dijeron: "Es una madeja tan enredada y tan difícil de desenredar, que es mejor dejarla, pues no tiene remedio", opinando lo mismo que el doctor Sabaté.

Viendo yo que los médicos de la tierra eran impotentes para curar a la referida Madre, me dirigí a la Virgen de los Desamparados, pareciéndome que no me negaría esta gracia, ya que era el año de su coronación Pontificia. A este fin comencé una novena con la enferma, terminada ésta empezamos otra con todo fervor, y el día sexto vaciló algo mi fe, pues sentí en mi alma que la Virgen no la curaba. Estando yo arrodillada tomé la imagen de la Virgen en mis manos y le dije quejándome amorosamente pero con gran pena: "¡Ay, Madre!, ¿qué me has hecho?". La enferma comprendió mi aflicción y me dijo; "Madre, ¿verdad que usted está apenada porque cree que la Virgen no me curará?". Yo contesté afirmativamente, a lo que ella replicó: "Sí, Madre, es verdad, la Virgen no me curará, porque se lo ha cedido a nuestro Padre Fundador y quiere que él me cure el día de San Enrique, pero necesito que sea usted tan bondadosa que me bajen a la tumba del Siervo de Dios". Días después nuestro confesor me dio una reliquia del Papa Pío X, encargándome que la enferma hiciera una novena pidiendo la salud. Al darle la reliquia me dijo: "Madre, si usted me lo permite no la haré, porque es nuestro Padre el que me ha de curar, ya que la Virgen quiere que sea él". Yo insistiendo le dije: "Pero hija, ¿sabe usted cierto que la ha de curar nuestro Padre?" – "Sí, Madre – me respondió -, pero me han de bajar a la tumba de nuestro Padre Fundador", y decía esto con tanta certeza que me lo hacía creer.

Me pidió permiso para que la Hermana Ropera le preparara ropa para vestirse. Yo veía que aquella vida se extinguía por momentos. El día 13 de julio, viéndola ya tan grave, le dije: “Hija, no sé qué esperanza de curar tiene, pues cada día está peor”. A lo que me contestó: “Cuánto más grave esté, más grande será el prodigio que nuestro Padre ha de obrar”. El día 14, por la mañana, arrojó sangre, y por la tarde, al visitarla el médico de cabecera, la enfermera le explicó los vómitos de sangre que había tenido por la mañana la enferma. Al salir de la celda el médico nos dijo: “En uno de estos vómitos se les quedará muerta”. El día 15, onomástica de nuestro Padre, a las once de la mañana después de vestir a la enferma, nos dirigimos hacia la iglesia para colocarla sobre el sepulcro del Siervo de Dios. Esto lo hicimos sin decir nada al médico ni a las Madres Generales, por temor de que no lo consintieran. La bajó en brazos la Hermana Beatriz Sales, y la colocó encima de la losa del sepulcro del Siervo de Dios. Las Hermanas que allí estaban oraron con fervor, y yo les exhortaba diciendo: “Pidan misericordia a nuestro Jesús”. ¡Qué momento tan emocionante! Después de unos minutos dije: “Todo por Jesús”. Y ya nos disponíamos a levantar a la enferma, cuando ella rápidamente se levanta y hace la genuflexión con las dos rodillas ante Jesús Sacramentado, que todos los días está expuesto en la iglesia de nuestro Noviciado. Yo, sorprendida y admirada, le dije: “Hija, ¿puede andar?”. A lo que ella me contestó: “Sí, Madre; estoy curada del todo, nuestro Padre ha hecho el prodigio”. Salimos de la iglesia, y la enferma, curada ya, caminaba con paso seguro y firme después de haber estado nueve meses en cama. Al mediodía comió alegremente con la Comunidad, tomando de todo lo que se sirvió con apetito y sin sentir molestia alguna. Unos días después la llevamos a la clínica del doctor Llorca para reconocerla. A este fin se reunieron cinco médicos, algunos de los cuales la habían visitado cuando estaba enferma, y después de un detenido reconocimiento nos dijo el doctor Emilio Llorca que verdaderamente estaba curada. A los quince días después del prodigio había aumentado cuatro kilos.

EPÍLOGO

LAS OBRAS DE DON ENRIQUE

DESPUÉS DE MUERTO.

RESUMEN FINAL

La “Revista de Santa Teresa de Jesús” siguió su marcha ascendente. Dirigida por el fiel amigo Altés, continuó siendo el órgano de las obras teresianas y el campeón indiscutible de toda propaganda orientada a fomentar entre los españoles la piedad y devoción a Santa Teresa. El nombre de don Enrique asomaba frecuentemente a sus páginas, o bien mediante la reproducción de artículos suyos o bien por el continuo recuerdo que le dedicaban los que en ella escribían. Dejó de existir en el año 1912 para transformarse en la nueva publicación “Jesús

Maestro", de fisonomía distinta, ya que ésta nació y vive con el propósito de ser una revista de pedagogía dirigida por las Madres de la Compañía. Durante mucho tiempo fue ésta la única publicación de su género en España, por lo que puede decirse que ha prestado eminentes servicios "a numerosas Congregaciones Religiosas femeninas de España y a no pocas maestras del elemento seglar" (Boletín de la F. A. E.).

La Archicofradía Teresiana se mantuvo, durante muchos años, a la cabeza de las Asociaciones piadosas encaminadas a nutrir el espíritu de la juventud femenina con el pan fuerte de la piedad cristiana y el apostolado seglar. Poco a poco las nuevas formas de que estos anhelos fueron revistiéndose, particularmente merced a la difusión de la Acción Católica, hicieron que su principal aunque no única morada se fijase en el interior de los colegios de la Compañía, con el alto consuelo de poder reconocer que había preparado los caminos para lograr mejor lo que la necesidad de los tiempos y el deseo de los Papas demandaban. Aún quedan, sin embargo, secciones de la Archicofradía en muchas parroquias de Cataluña y Valencia.

Pero la obra principal de don Enrique fue la Compañía de Santa Teresa de Jesús. En ella dejó su alma y a través de ella sigue viviendo. Muerto en el año 1896, sólo desde el cielo pudo contemplar la celebración de las Bodas de Plata de su amada Compañía, en 1901. El balance de estos primeros 25 años, a pesar de las tormentas sufridas, ofrecíase lleno de gozosas realidades. El lector de este libro las conoce casi en su totalidad, puesto que a ellas nos hemos referido al hablar de don Enrique.

Del año 1901 al 26, en que se celebran las Bodas de Oro, gobiernan la Compañía las Madres Teresa Blanch (1899-1908), Saturnina Jassá (1908-1920) y otra vez Teresa Blanch (1920-1932). Son 25 años de crecimiento ininterrumpido. El prestigio de la Institución se afianza más y más y en toda España se habla de las Teresianas con unánimes elogios a su labor pedagógica y formativa. Se mantiene una absoluta fidelidad a las directrices trazadas por el Fundador, con la suficiente amplitud para asimilar los métodos y procedimientos modernos. Gran número de Religiosas estudian en las escuelas nacionales y extrajeras y empiezan a adquirir títulos universitarios para lograr una capacitación más esmerada. Las revoluciones de Portugal (1910) y México (1912) despojan a la Compañía de algunas de las fundaciones más queridas. Ello no obstante, al igual que en aquellos días en que vivía el Padre Fundador en la tierra, cuando al cerrarse un Sagrario en la casa, otro se abría en una residencia, así también ahora, se fundan nuevos colegios en España (Madrid, Pamplona, Huelva, Valladolid, Zaragoza, Mora de Toledo, Oviedo), y se logra una expansión sorprendente por tierras de Brasil, Cuba y Estados Unidos de América del Norte; Argentina, Paraguay, Chile y, transitoriamente, en Australia. Al terminar este periodo, precisamente en 1926 (Bodas de Oro), se clausura solemnemente en Barcelona y Tortosa el Proceso de Beatificación del Siervo de Dios incoado en noviembre del año anterior, y, cuando los voluminosos infolios de la Causa son enviados a Roma, el espíritu de don Enrique que en ellos late puede saludar con júbilo a sus hijas que han abierto un colegio en la Ciudad Eterna, en 1925. La Compañía, a los cincuenta años de su existencia, cuenta con 57 colegios, en los que reciben educación 16.000 alumnas.

Desde 19126 hasta nuestros días, el árbol sigue creciendo por la raíz y por las ramas, como deseaba el que lo plantó. Sucede a la Madre Teresa Blanch en el más alto puesto de gobierno la Madre María de los Ángeles Folch (1932-1945). Los Colegios Teresianos aparecen en todas partes con el sello de la madurez rica en frutos logrados o espléndida en promesas. Las pérdidas que ocasionan las nuevas revoluciones de México se ven compensadas con otras fundaciones en España, Portugal, Italia y diversos países americanos. Siguen editándose los libros de devoción escritos por el Padre Fundador y su figura, que había atravesado en largo periodo de silencio fuera de la Compañía, es cada vez más conocida y venerada en el mundo exterior, gracias, a la labor constante de sus hijas. Superada la época triste de la revolución comunista en España (1936-1939) durante la cual la Compañía sufrió en su carne viva el zarpazo de la fiera, entró a gobernar sus destino, en 1945, la Madre Enriqueta de Santa Teresa de Jesús Sanz. Actualmente la Superiora General es la Madre María del Pilar Suárez-Inclán. El apostolado de la Oración, Enseñanza y Sacrificio que el Fundador marcó como característica de la Compañía sigue abriendo nuevos surcos. Además de los colegios y residencias universitarias que se han añadido a los ya existentes en las diversas naciones en que la Compañía se hallaba establecida, hay que señalar con singular relieve la apertura de cinco Casas de Misión en Angola, con lo cual se da satisfacción a uno de los más vivos anhelos de don Enrique, el de penetrar con el espíritu en el mundo africano.

En la actualidad, la Compañía de Santa Teresa cuenta con más de 3.000 religiosas, 106 casas agrupadas en siete Provincias y dos Viceprovincias, y Noviciados en Tortosa y Ávila

(España), San Antonio de Texas (Estados Unidos de América), Montevideo (Uruguay), Braga (Portugal), Tlalpan (México) y Porto Alegre (Brasil). Su acción apostólica directa se extiende a más de 40.000 almas en colegios, pensionados, catequesis, escuelas, obras sociales y casas de misión.

Esta enumeración escueta es por sí sola suficiente para darnos cuenta de la fecundidad alcanzada por don Enrique en su vida breve y paciente. Un nacimiento sencillo en Vinebre; un ocaso silencioso en Sancti Spiritus; y en medio, 55 años, 3 meses y 12 días de lucha y de amor. Podrá hacerse una estadística de sus libros y publicaciones múltiples, de sus viajes, de los colegios de su Compañía, de sus predicaciones incesantes…pero lo que no podrá jamás reducirse a número y medida es la fuerza de su espíritu. La Iglesia española del siglo XIX debe mucho a don Enrique de Ossó. Su sacerdocio es paradigma y lección para el ministro de Dios en la tierra. Su celo y diligencia, su fervor inusitado, su paciencia y fortaleza heroicas dieron frutos abundantes en todos los campos en que se movió. Con su inflamada devoción a Santa Teresa de Jesús dio un estilo propio a su vida y un tono singular a su piedad. La clásica robustez de la espiritualidad teresiana – oración, apostolado activo, sacrificio jugoso y vibrante amor de Dios – apareció en él como en un espejo cuyo único fin hubiera sido reflejarla. Ni siquiera le faltó la iluminada clarividencia que tanto distinguió a la Santa de Ávila. Don Enrique de Ossó, campeón en la lucha por la enseñanza y la educación católicas, abrió el camino de una reforma vitalmente necesaria. Y siempre con la conciencia clara y el gozo purísimo de servir a la Iglesia, a la que amaba con pasión. En un librito sobre Religión y Moral que escribió para uso de los colegios de la Compañía, aparecen estas palabras suyas que resumen con fidelidad el sentido de su vida: “¡Oh Iglesia Santa, Católica, Apostólica y Romana!... ¡Pléguese mi lengua al paladar y séquese mi mano derecha si no te bendijere, amare, respetare, obedeciere y defendiere como a mi más querida y bondadosa Madre siempre, siempre, siempre!”.

ÍNDICE GENERAL

DEDICATORIA
FUENTES
PROPÓSITO DEL AUTOR
PRÓLOGO

Primera parte
DESDE SU NACIMIENTO HASTA LA FUNDACIÓN DE LA COMPAÑÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS (1840-1876)

Capítulo I.- LA SEGUNDA SALIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS
1. Universalidad de la Santa y frutos de su reforma.- 2. La fuerza del espíritu no muere nunca.- 3. La España de 1830 al 60. Desolación y ruinas.- 4. Reacción salvadora.

Cataluña y sus hijos gloriosos: Balmes, Claret, Ossó.- 5. Don Enrique, el gran desconocido.

Cap. II.- NACIMIENTO. AQUELLOS AÑOS DE LA INFANCIA

1. Jaime y Micaela, vecinos de Vinebre.- 2. Cuando Cabrera empezó a ser el Tigre del Maestrazgo.- 3. Una fecha teresiana.- 4. Los abuelos y los nietos.- 5. Una escena que hubiese podido inspirar a Lacordaire.- 6. Me ha tocado en suerte un alma buena.

Cap. III.- YO QUIERO SER MAESTRO

1. Los deseos de don Jaime.- 2. Enrique en la escuela.- 3. El alma de la madre. ¡Qué gusto me darías, si fueses sacerdote!- 4. Carácter y cualidades del niño.- 5. El comercio del tío Juan y la campanilla del Viático.

Cap. IV.- COMERCIANTE EN REUS

Grave enfermedad en Quinto de Ebro.- 2. La Primera Comunión por Viático.- 3. A los pies de la Virgen del Pilar.- 4. De nuevo hacia Vinebre.- 5. Otra vez su vocación.- 6. Reus, patria del general Prim.

Cap. V.- LA MUERTE DE LA MADRE Y LA VOCACIÓN DEL HIJO

El cólera de 1854.- 2. Vida de don Enrique en Reus.- 3. Muera doña Micaela: “Miren a mi madre que sube al cielo”.- 4. Terquedad de don Jaime.- 5. Evolución de Enrique.- 6. Santa Teresa de Jesús en Reus.

Cap. VI.- LA HUÍDA A MONTSERRAT

1. Una carta interesante.- 2. Análisis de su contenido.- 3. Planes secretos de Enrique. El mendigo de Papiol.- 4. Reacción de la familia.- 5. En la Basílica, orando junto a la Virgen.- 6. Influencia de Santa Teresa en estas determinaciones.

Cap. VII.- EN EL SEMINARIO DE TORTOSA

1. Ambiente de los Seminarios españoles en esta época.- 2. Tortosa y el foco de Vich.- 3. Teatro de sus alegrías y sus penas. Alumno externo. 4.- Cómo era el seminarista.- 5. Raíz y fundamento de su prestigio entre los compañeros.- 6. Distribución del tiempo.

Cap. VIII.- EL ESTUDIANTE DE LATÍN Y FILOSOFÍA. SUS VACACIONES DE VERANO

1. El famoso Domine Sena. Éxitos de Enrique.- 2. La Filosofía. Formación de la cabeza y del corazón.- 3. Las vacaciones en Vinebre. El futuro Catequista.- 4. Su vida interior y su descanso.- 5. Sus aficiones literarias. Fray Luis de León y el P. Granada.

Cap. IX.- AÑOS DE TEOLOGÍA EN TORTOSA Y BARCELONA. FORMACIÓN ESMERADÍSIMA

1. Su talento científico. Alumno predilecto del doctor Arbós.- 2. Estudios de Dogma en Tortosa.- 3. Consciente del momento que vivía.- 4. En Barcelona. Perfiles de su espíritu.- 5. Sus vacaciones en el Desierto de las Palmas.- 6. Tendencias apostólicas.

Cap. X.- LA PRIMERA MISA O HISTORIA DE UN ALMA

1. Una advertencia al lector.- 2. Órdenes menores y Subdiaconado. ¡Veni Sancte Spiritus!.- 3. San Antonio María Claret, Director de los Ejercicios. Una consulta con él.- 4. Últimas Órdenes.- 5. En Montserrat, Catedral de las montañas.- 6. Atado para siempre.- 7. Presencia de Santa Teresa de Jesús.

Cap. XI.- LA REVOLUCIÓN DEL 68

1. Descomposición de España en el siglo XIX.- 2. Destronamiento de Isabel II y consecuencias de la evolución.- 3. La Iglesia y la política.- 4. Panorama sombrío de Tortosa.- 5. La ruina del espíritu y los hombres escogidos por Dios.

Cap. XII.- PROFESOR DE MATEMÁTICAS EN EL SEMINARIO DE TORTOSA

1. Ofrecimiento del Obispo de Barcelona.- 2. Su prestigio científico.- 3. Retiro fecundo en Vinebre.- 4. Crítica situación del Seminario.- 5. Catedrático, pero siempre sacerdote.- 6. Fama extraordinaria.

Cap. XIII.- EN ORDEN DE COMBATE. LA BATALLA DEL CATECISMO
1. La Teología Pastoral y el ministerio de la niñez.- 2. Organización de las Catequesis. Apóstol de los suburbios.- 3. Por los pequeños a los grandes.- 4. Las mamás de Tortosa y las cartas en el pecho.- 5. Sin posible descanso.- 6. El brazo derecho del Obispo.- 7. El grito de los serenos por la noche.

Cap. XIV.- AFANES PERIODÍSTICOS Y APOSTOLADO ENTRE LOS JÓVENES
Una carta memorable.- 2. La prensa revolucionaria.- 3. Aparece "El Amigo del Pueblo".- 4. Sagacidad de don Enrique.- 5. La nieve en las alturas.- 6. Con los recios labradores.

Cap. XV.- DE TORTOSA A TODA ESPAÑA CON SANTA TERESA DE JESÚS
LA REVISTA TERESIANA
1. Plenitud de vida y limitación humana.- 2. Dolor sacerdotal.- 3. Aspiraciones y propósitos de la revista.- 4. Ambiente en que nacía.- 5. El Teresianismo, fuerza fecunda.- 6. Despersonalización de don Enrique.- 7. A un tiro de ballesta del mar.- 8. Tortosa por Santa Teresa de Jesús.

Cap. XVI.- LA ARCHICOFRADÍA TERESIANA. CLARIVIDENCIA APOSTOLICA
DE DON ENRIQUE
1. Precursor de la Acción Católica.- 2. Carácter de la Archicofradía.- 3. Confianza en la mujer.- 4. Piedad, estudio y acción.- 5. Magnífica acogida del Episcopado español.- 6. La Archicofradía, instrumento providencial.- 7. Palabras del Obispo de Tortosa.

Cap. XVII.- AVANCE CONTINUO DE SUS OBRAS
1. "El Cuarto de Hora de Oración" y otros escritos.- 2. Los Rebañitos del Niño Jesús.- 3. Con los Curas de los pueblos. Su amor a los niños.- 4. Naturalidad y simpatía.- 5. Un recuerdo emocionante.- 6. Identificación con Santa Teresa.- 7. Viaje a Ávila y Alba de Tormes, con su amigo Altés.- 8. Profunda estimación a su persona de los Obispos de Salamanca y Ávila.

Cap. XVIII.- A LA CONQUISTA DE LOS HOMBRES
ALGO DE SU CARÁCTER Y SU ALMA
1. La Hermandad Josefina.- 2. Prodigiosos frutos de renovación cristiana.- 3. Rendido al poder de Jesucristo.- 4. Las ironías de don Jaime.- 5. El padre de los pobres.- 6. Actividad extraordinaria.

Cap. XIX.- LAS CARMELITAS DESCALZAS EN TORTOSA.
PEREGRINACIÓN A ÁVILA Y ALBA DE TORMES
1. Don Enrique y el Convento de Carmelitas.- 2. El gozo de su alma.- 3. Fiesta solemnísima mientras don Enrique explica Matemáticas.- 4. Resonancia nacional de la Peregrinación a la cuna y sepulcro de Santa Teresa.- 5. La Hermandad Teresiana Universal.- 6. Beneficiosa influencia de la Peregrinación en España.

Cap. XX.- SU INTENSO AMOR AL PAPA
1. Los Pontificados de Pío IX y León XIII.- 2. A Roma con don Manuel Domingo y Sol.- 3. Romanismo de la Revista.- 4. El Papa y las obras teresianas.- 5. Peregrinación Teresiana a Roma.- 6. Afectuosa ternura de su devoción al Papa.- 7. Autógrafo de León XIII.

Cap. XXI.- AMIGOS Y COLABORADORES DE ESTA ÉPOCA
1. La amistad sacerdotal.- 2. Colaboración y abandono.- 3. Don salvador Rey. Los PP. Arbona y Martorell, S. J.- 4. Juan Bautista Altés y don Francisco Marsal, Deán de Solsona.- 5. Sardá y Salvany.- 6. Don Manuel Domingo y Sol.- 7. La restauración de los Seminarios.- 8. Mutuas confidencias.- 9. Doscientos duros en deuda.

Cap. XXII.- PRIMERAS MANIFESTACIONES DEL PROBLEMA DE LA ENSEÑANZA EN ESPAÑA

1. Afán renovador de don Enrique.- 2. Las honras raíces del mal.- 3. La restauración de la Monarquía y la nueva Constitución.- 4. El peligro protestante.- 5. Giner de los Ríos y la Institución Libre.- 6. Trascendencia de una visita de don Enrique a Ávila y Alba de Tormes.

Cap. XXIII.- DON ENRIQUE DE OSSÓ Y LA ORGANIZACIÓN DE LAS FUERZAS CATÓLICAS

1. Bastante más que fundador de un Instituto Religioso.- 2. Atención al Ministerio de Fomento.- 3. Ineficaces procedimientos de los católicos.- 4. Cómo veía don Enrique el panorama.- 5. Palabras de Pío IX a los católicos españoles.- 6. Obligados a cuidarnos por nosotros mismos.

Cap. XXIV.- EN LA MADRUGADA DE UN DOMINGO DE PASIÓN

1. La Revista Teresiana empieza a hablar de una obra predilecta.- 2. El Colegio de doña Magdalena Mallol.- 3. Campaña de marzo en Tortosa.- 4. Orando a altas horas de la noche.- 5. La Compañía fruto de las oraciones de los niños.

Segunda parte
DESDE LA FUNDACIÓN DE LA COMPAÑÍA HASTA
LA MUERTE DE DON ENRIQUE (1876-1896)

Cap. XXV.- PENSAMIENTO DE DON ENRIQUE AL FUNDAR LA COMPAÑÍA

1. La calma y prudencia necesarias.- 2. Unos Ejercicios Espirituales y la fiesta del Corazón de Jesús.- 3. Santa audacia de sus planes.- 4. Consultando a los demás.- 5. Cualidades que, según él, habían de tener los dirigentes.- 6. En el fondo mismo del problema. Don Pedro Poveda y Castroverde.

Cap. XXVI.- PRIMEROS PASOS DE LA COMPAÑÍA Y PRIMERAS DIFICULTADES SERIAS

1. Aquella casa de la Bajada del Patriarca.- 2. Género de vida que observaban.- 3. Murmuración de los descontentos.- 4. Una honda crisis interna.- 5. Enérgica intervención de don Enrique.- 6. Altura de sus ideas y dignidad de su conducta.- 7. Los acontecimientos vienen a darle la razón.- 8. El canto del cisne de Pío IX. La Compañía, monumento vivo a su memoria.

Cap. XXVII.- LA OBRA DE LA COMPAÑÍA, QUERIDA POR DIOS NUESTRO SEÑOR

1. Las ocho fundadoras y el eco del teresianismo.- 2. Éxitos de don Enrique en la peregrinación a Ávila.- 3. La visita de un Obispo mártir.- 4. Inmensos horizontes en perspectiva.- 5. El premio de Santa Teresa de Jesús.- 6. Providencial coincidencia de tres sacerdotes que pensaban lo mismo, sin conocerse.

Cap. XXVIII.- CONSOLIDACIÓN DEFINITIVA DE SU OBRA PREDILECTA

1. Don Enrique abandona el Seminario.- 2. Los primeros títulos oficiales de Profesoras de Magisterio.- 3. Nuevo plantel de Teresianas en Tortosa.- 4. “Pues Mosén Enrique lo dice, ya te puedes ir”.- 5. Se reúnen todas en Tarragona.- 6. Hacia una congregación religiosa propiamente dicha.- 7. Meritoria novedad introducida por don Enrique.- 8. Los primeros votos.

Cap. XXIX.- CONSTITUCIONES DE LA COMPAÑÍA Y PRIMEROS COLEGIOS. LA VOZ DE LEÓN XIII

1. Totalmente entregado a su obra.- 2. Redacta las primeras Constituciones.- 3. Vilallonga y Aleixar en Tarragona.- 4. Orientaciones de León XIII sobre la cuestión de la enseñanza.- 5. Un autógrafo del Papa.- 6. Gozo y entusiasmo de don Enrique.- 7. Fe y confianza.

Cap. XXX.- EL NOVICIADO DE TORTOSA

1. Rápida extensión de la Compañía.- 2. Razón de sus éxitos primeros.- 3. Primeros pasos a favor del Noviciado. Pensamiento de don Enrique.- 4. Una fiesta memorable.- 5. Llegan las novicias. Intrepidez de la Hermana Saturnina.- 6. El movimiento teresiano

en Tortosa y la Institución Libre.- 7. Reacción de don Enrique ante un discurso de Azcárate.

Cap. XXXI.- VISIÓN DE CONJUNTO. DON ENRIQUE, HOMBRE DE ACCIÓN

1. Panorama de España de 1880 a 1885.- 2. Nuevos Colegios y nuevos éxitos de la Compañía.- 3. Intensa actuación apostólica de don Enrique.- 4. Su interés por los problemas de Francia.- 5. Repercusión de éstos en España.- 6. La Unión Católica y una Encíclica de León XIII a los Obispos españoles.

Cap. XXXII.- EL TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE DE SANTA TERESA

1. Llamamiento de don Enrique a toda España.- 2. Grandioso certamen de todo el mundo católico en honor de la Santa.- 3. Entusiasmo general.- 4. Interviene la Masonería.- 5. Valiente oposición de don Enrique.- 6. Extensión del teresianismo y peregrinación a Montserrat.- 7. Invitación a la prensa católica.- 8. Nuevos trabajos y proyectos.

Cap. XXXIII.- VIAJE A PORTUGAL Y OTRAS EMPRESAS

1. El robo de la mano de Santa Teresa.- 2. A Ávila otra vez.- 3. De camino por tierras teresianas.- 4. Accidentado viaje a la frontera portuguesa.- 5. Propósito que le llevaba.- 6. Adaptación de la Compañía a las necesidades de la época. Una multa a León XIII.- 7. Triste situación de Portugal. Planes de don Enrique.- 8. Interés por la Compañía en Francia.- 9. Nuevas consignas pontificias.- 10. Pensando en América.- 11. Muerte de su padre.

Cap. XXXIV.- LA COMPAÑÍA EN ÁFRICA. VIAJES DE DON ENRIQUE A ORÁN

1. La preocupación de don Enrique por los emigrados españoles. Viaje de exploración- 2. Muerte de su hermano Jaime.- 3. Su vida interior.- 4. La Compañía en tierra de misiones.- 5. El P. Catá. Penosa situación de las Religiosas.- 6. Pensando en América.- 7. El laicismo y el cólera en España.- 8. Las Teresianas cuidan a los apestados.- 9. Fecundidad de la Compañía y misiones de don Enrique en Orán.- 10. Termina el año. Fama de don Enrique.

Cap. XXXV.- VÍA DOLOROSA. ANTECEDENTES NECESARIOS

1. El dolor y la alegría como agentes de la Providencia.- 2. La cruz de todo apóstol.- 3. Don Enrique, reo ante los tribunales.- 4. El Convento de Carmelitas Descalzas.- 5. Solares para el Noviciado y grandioso plan de don Enrique.- 6. Por qué habían de estar próximos ambos edificios.

Cap. XXXVI.- BREVE HISTORIA DE UN PLEITO

1. Reclamación de las Madres Carmelitas.- 2. Decreto Gubernativo del Provisor y Vicario de Tortosa.- 3. De Tribunal en Tribunal.- 4. Conducta admirable de don Enrique.- 5. Pena de Entredicho al Noviciado. Noble reacción de sus moradoras.- 6. Don Enrique, confiado en el Señor.- 7. Sentencias favorables. Interviene el Nuncio de Su Santidad.

Cap. XXXVII.- BUSCANDO LA MEJOR FORMACIÓN DE SUS HIJAS

1. Primeros meses del año 1886.- 2. Asesinato de su amigo, el Obispo de Madrid.- 3. Progreso espiritual de las Novicias.- 4. Dom Bosco en Barcelona.- 5. Fortaleza de alma de don Enrique.- 6. Nuevo viaje a Portugal.- 7. Progresos del movimiento teresiano y de la Compañía.- 8. Fundación en Ciudad Rodrigo. Ambiente español.

Cap. XXXVIII.- VIAJES DE DON ENRIQUE A ROMA Y ESTABLECIMIENTO DE LA COMPAÑÍA EN AMÉRICA

1. Jubileo sacerdotal de León XIII.- 2. Reacción del mundo católico frente al liberalismo de la época.- 3. Don Enrique moviliza a las fuerzas teresianas.- 4. Su viaje a Roma. Es recibido por el Papa.- 5. Otros propósitos que le animaban.- 6. Detalles de su estancia en Roma.- 7. “Decretum Laudis” a favor del Instituto.- 8. América a la vista.- 9. Verdaguer y don Enrique en el puerto de Barcelona.

Cap. XXXIX.- LA CASA MADRE DE SAN GERVSAIO, EN BARCELONA

1. El arquitecto Gaudí y don Enrique de Ossó.- 2. Por todo capital, una peseta.- 3. Ayuntamiento de milagros.- 4. Dificultades económicas y modo de solucionarlo.- 5. Un monumento, orgullo de Barcelona.- 6. Frutos logrados en la Casa Mare.- 7. Prestigio y arraigo de la Compañía en España. Calahorra, Madrid, Ciudad Rodrigo, etc.

Cap. XL.- DON ENRIQUE ANTE EL PROBLEMA ESPAÑOL

1. Modificación en el gobierno de la Compañía.- 2. Grave enfermedad de don Enrique.- 3. ¿Una nueva fundación?- 4. Situación político-social de España.- 5. Severas advertencias de León XIII a los católicos españoles.- 6. Magníficas orientaciones de don Enrique.- 7. Abierto a todos los problemas.- 8. Cuando la Rerum Novarum.- 9. Una fiesta en Montserrat.- 10. Decreto de aprobación de la Compañía por el Gobierno español. Nuevas fundaciones.

Cap. XLI.- CARTAS DESDE ROMA REVELADORAS DE SU INTTIMIDAD ESPIRITUAL

1. La Peregrinación Obrera organizada por el Marqués de Comillas.- 2. Don Enrique acude a Roma para defender el pleito.- 3. Preciosos testimonios de su epistolario.- 4. Un nuevo libro escrito junto a las ruinas del Coliseo.- 5. Regreso a España.

Cap. XLII.- CRISIS INTERNA EN LA COMPAÑÍA

1. Natural influencia de don Enrique en el Instituto.- 2. Carácter de la Madre Saturnina.- 3. La sucede la Madre Elías. Condiciones de ésta última.- 4. Prudentes consejos de don Enrique.- 5. Surge el conflicto.- 6. Graves deficiencias en el gobierno de la Compañía.- 7. Inmenso sacrificio de don Enrique.- 8. Su estancia en Vinebre. Construcción de un nuevo Colegio.- 9. Su último viaje a Barcelona.- 10. “Para qué tener más pena”.

Cap. XLIII.- MUERTE DE DON ENRIQUE

1. Misteriosos presentimientos.- 2. Dos hechos extraños. “Me acogeré a los PP. Franciscanos”.- 3. Se retira al Desierto de las Palmas.- 4. De aquí al Monasterio de Sancti Spiritus.- 5. Recuerdos de su visita.- 6. Su vida en el Monasterio.- 7. Soledad y misticismo.- 8. En los brazos del Señor.

Cap. XLIV.- “POST MORTEM”

1. Es enterrado en el cementerio de Sancti Spiritus.- 2. Tremenda impresión en la Compañía y viaje apresurado de las Madres al Monasterio.- 3. Duelo en los ambientes católicos de España. Un artículo de Altés en la Revista Teresiana.- 4. Testimonios de dolor. Funerales solemnes en Barcelona. Dos despachos de Roma. Empieza el reconocimiento.- 5. Juicios de personas eminentes. Una carta de su confesor en Sancti Spiritus.- 6. La Compañía sigue su marcha. Un deseo ardientemente sentido.- 7. Traslado de los restos al Noviciado de Tortosa. “Soy hijo de la Iglesia”.

Tercera parte
FISONOMÍA INTERIOR.
CARÁCTER, ESCRITOS, VIRTUDES

Cap. XLV.- PERSONALIDAD HUMANA DE DON ENRIQUE. SU CARÁCTER

1. Razón de este estudio.- 2. Paradójicas apariencias.- 3. Explicación detallada. Tenacidad y reflexión atenta.- 4. Fidelidad progresiva al ideal. El P. Claret y el ambiente de la época. Generosidad.- 5. Unión del apostolado y la vida contemplativa.- 6. Afabilidad y dulzura.- 7. Humanismo cristiano de don Enrique.- 8. El vestido y la comida. Austeridad amable.- 9. Retrato físico.

Cap. XLVI.- DON ENRIQUE EN LA INTIMIDAD

1. Su lugar de residencia. Viajes y conversaciones.- 2. Su habitación en el Noviciado de Tortosa y en la casa Madre de Barcelona.- 3. Empleo del tiempo. Su jornada diaria de trabajo.- 4. En los recreos.- 5. Testimonios de su bondad.- 6. Delicadeza suma.

Cap. XLVII.- CÓMO GOBERNABA

1. Fidelidad a las Reglas.- 2. Nada de torpe rigidez.- 3. Formación de las Superioras.- 4. Un hermoso corazón. Su modo de corregir.- 5. Saber pedir consejo.- 6. Con las Hermanas Legas y las enfermas.- 7. Criterios sobre la mortificación.- 8. Detallista y minucioso.- 9. El arma de la palabra.- 10. En las pláticas y sermones.

Cap. XLVIII.- CARTAS DE DON ENRIQUE A SUS HIJAS

1. Frecuencia y estilo de las mismas.- 2. Ejemplos varios.- 3. Consejos a una Superiora y otros temas.- 4. Preocupación especial por las de América.

Cap. XLIX.- DON ENRIQUE COMO ESCRITOR

1. Mérito extraordinario.- 2. Periodista católico. Su estilo y sus ideas.- 3. Autor de libros doctrinales y piadosos: a) Sobre Pedagogía Catequística; b) Libros para la Archicofradía: el Kempis Teresiano; c) Libros de devoción de tipo más amplio; d) Sobre Santa Teresa y San José; e) Otros libros de devoción; f) Propaganda religioso-social; g) Libros para las Religiosas de la Compañía; h) Libros para los Colegios; i) Escritos póstumos.

Cap. L.- SU TERESIANISMO

1. Su alma, una llamarada de amor a Santa Teresa.- 2. Insuperable conocimiento de la vida y obras de la Santa.- 3. Vida interior de su corazón teresiano.- 4. La voluntad y las obras al servicio de Santa Teresa: a) Sobrecogedora labor en la Revista: b) Otras publicaciones y trabajos.- 5. Nos ha habido nadie en España…

Cap. LI.- LAS CONSTITUCIONES Y EL DIRECTORIO

1. Redacción y aprobación en Roma.- 2. El Directorio, reflejo del espíritu de don Enrique.- 3. El fin y los medios.- 4. Las virtudes de la Teresiana.- 5. Documento importantísimo sobre las Superioras.

Cap. LII.- CÓMO VIVIÓ SU SACERDOCIO

Espiritualidad sacerdotal conocida y vivida.- 2. Su vida de oración. La santa Misa.- 3. Celo del apóstol.- 4. Ministerium verbi. Su oratoria. Misiones y Ejercicios Espirituales.- 5. Amplitud de miras.- 6. Libre de apetencias humanas. Cuando querían hacerle Obispo.- 7. ¿Por qué se quedó en Bachiller? – 8. Su proyecto de Misioneros Teresianos.

Cap. LIII.- CATEQUISTA GENIAL

1. Un juicio que causará extrañeza.- 2. La Guía Práctica del Catequista.- 3. Valor de este libro. Su minuciosidad práctica.- 4. Los trabajos catequísticos de don Enrique.- 5. Frutos en Tortosa.- 6,- Notables palabras sobre la Primera Comunión de los niños.

Cap. LIV.- DON ENRIQUE CONSIDERADO COMO PEDAGOGO

1. Auténtica vocación pedagógica.- 2. Pedagogo en las Catequesis. Palabras del Dr. Llorente.- 3. Amor a los niños.- 4. El testamento pedagógico de don Enrique.- 5.- Su famoso “Plan Provisional de Estudios”. Atención especial a los párvulos. Su puesto en la historia de la Pedagogía católica española.- 6. Dedicado a la formación de la mujer.- 7. Máximas pedagógicas entresacadas de sus escritos.

Cap. LV.- SU AMOR A ESPAÑA Y A CATALUÑA

1. Alejamiento de la política.- 2. Patriotismo cristiano.- 3. Llamamientos a los españoles.- 4. Influencia del teresianismo de Ossó en la vida nacional.- 5. Gratitud que merece.- 6. Cataluña ardientemente amada.- 7. Su locura por Montserrat.- 8. Patria y religión.

Cap. LVI.- SU GRAN SERVICIO A LA ESPAÑA CATÓLICA.
DON ENRIQUE DE OSSÓ Y EL P. POVEDA

1. Reacción positiva ante los acontecimientos de la época.- 2. La batalla en el campo de la enseñanza.- 3. El supremo afán de su vida.- 4. Paralelo entre don Enrique y el P. Poveda.- 5. Otras demostraciones de amor a España.

Cap. LVII.- ESPÍRITU DE FE Y CONFIANZA. FORTALEZA HEROICA

1. Junto a la pila bautismal de Vinebre.- 2. Horror a la culpa más ligera. Tened fe y veréis grandes cosas.- 3. El dinero ya vendrá. Cruzareis los mares.- 4. Lo que más temo a mi lado…5.- Leyenda dorada. Don Enrique y San José.- 6. Naturalidad del que cree de veras.- 7. Intrepidez. "Si queréis que en casa nada os falte…".- 8. Fortaleza en el dolor.

Cap. LVIII.- ESPERANZA Y DESPRENDIMIENTO. POBREZA SUMA

1. ¡Oh cielo, hermoso cielo, cuándo os poseeré!- 2. Olvidado de sí mismo y esperando sólo en Dios.- 3. Razón y fundamento de su esperanza.- 4. En su vida práctica. Los cinco duros de un sermón. Dinero para el tranvía.- 5. Relaciones con su familia. Lo que dicen sus sobrinos.- 6. Cómo quería que sus hijas amasen la pobreza.- 7. El ejemplo maravilloso de su vida y de su muerte. Expecto resurrectionem mortuorum…

Cap. LIX.- SU AMOR A DIOS

1. Unión del amor a Dios y al prójimo en el cristianismo.- 2. Preguntas que hacemos en el ocaso de don Enrique.- 3. Su piedad y devociones principales: Santísima Trinidad, Espíritu Santo, Eucaristía, Sagrado Corazón de Jesús, Dulce Nombre de Jesús, La Virgen María, Arcángel San Miguel y Ángeles Custodios, San José, Santa Teresa de Jesús, San Francisco de Sales.- 4. Favorecido con el don de la piedad.- 5. La oración de su vida espiritual.- 6. Vivir y morir de amor. Éxtasis y arrobamientos.

Cap. LX.- CARIDAD CON LOS HOMBRES

1. Don Enrique, héroe de la caridad.- 2. En el Hospital de Tortosa. Las patatas y judías de su casa.- 3. Una niña pobre por cada diez de pago. La ropa blanca de su maleta.- 4. "La caridad es sufrida". Los papeles mojados. La señora de los perros. Testimonios de su mansedumbre.- 5. "Es dulce y bienhechora". Sembrando el bien por pueblos y ciudades. Caridad con las almas del purgatorio.- 6. "No tiene envidia". No nos estorbemos los buenos.- 7. "No obra precipitada ni temerariamente".- 8. "No se ensoberbece". De viaje con Mosén Sánchez, su enemigo.- 9. "No es ambiciosa…no piensa mal…".- 10. "Todo lo espera y lo soporta todo".

Cap. LXI.- OTRAS VIRTUDES

1. Justicia. Dar clase a una sola niña. Largueza y gratitud.- 2. Humildad. La vanidad es pecado de tontos.- 3. Templanza y mortificación corporal. Sémola en lugar de azúcar. Ni un vaso de horchata en el verano. En sus enfermedades.- 4. Modestia angelical. La única tribulación que no tuvo.- 5. Obediencia. Cómo se comportó con sus Superiores. Palabras del Directorio.- 6. Prudencia. Don de consejo.- 7. Sobre algo que estará pensando el lector. Recordemos a Dom Bosco. Unas palabras de Santo Tomás.

Cap. LXII.- FAMA DE SANTIDAD

A) **Mientras vivió en este mundo**. Testimonios elocuentes: 1. De seglares.- 2. De Prelados y dignidades de la Iglesia.- 3. De amigos íntimos.- 4. De iguales e inferiores.- 5. De los Religiosos: Jesuitas, Carmelitas, Franciscanos, Benedictinos, del Corazón de María.- 6. Fuera de España.- 7. De sus hijas.- 8. ¿Sufrió esta fama con motivo del pleito? – B) **A la hora de la muerte**. 1. Reconocimiento unánime.- 2. Apariciones a algunas personas.- C) **Después de la muerte hasta hoy.** 1. Aumento y consistencia de esta fama. Las espigas brotaron solas.- 2. Desde el traslado de los restos hasta la incoación del proceso. Esperando.

Epílogo**.-** LAS OBRAS DE DON ENRIQUE DESPUÉS DE MUERTO. RESUMEN FINAL